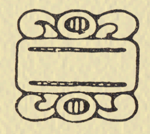
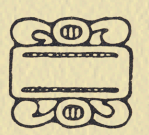
EL · MAESTRO





Octubre de 1921 Marzo de 1922

Primera edición facsimilar, 1979
Primera edición facsimilar
en libro electrónico, 2018

El Maestro. Revista de cultura nacional II, octubre de 1921 a marzo de 1922 [recurso electrónico]. – México : FCE, 2018
[648] p. : ilus. -- (Colec. Revistas Literarias Mexicanas Modernas)
Notas: edición facsimilar de la de 1981
ISBN 978-607-16-5967-5 (PDF)

1. Literatura Mexicana – Publicaciones periódicas - Siglo XX
I. Ser.

LC PQ7230 Dewey M860 M316 Vol. 2

Distribución mundial

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-607-16-5967-5 (PDF)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Revistas Literarias Mexicanas Modernas

EL MAESTRO

Revistas Literarias Mexicanas Modernas

EL MAESTRO
1921-1923

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición facsimilar, 1979

Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

ISBN 968-16-0278-1 (edición completa)
ISBN 968-16-0280-3 (volumen II)

Impreso en México

EL MAESTRO, II
Octubre de 1921-Marzo de 1922

MEX ICO
EL
MAES
T.RO
RE
VIS
TA
DE CULTURA NACIONAL

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTORES:

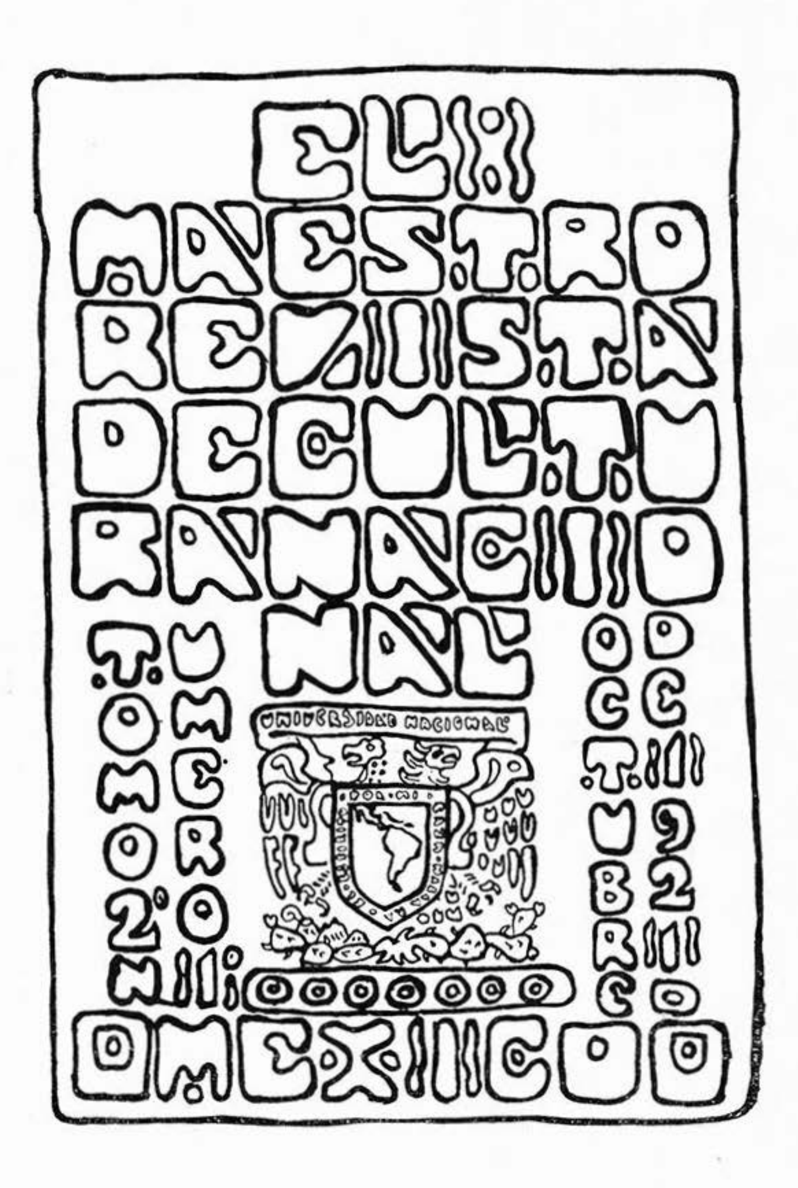
Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO


EL MAESTRO
REVISTA DE CULTURA NACIONAL
TOMO 2°
OCTUBRE
UNIVERSIDAD NACIONAL
MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8
MEXICO, OCTUBRE DE 1921

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

EL MENSAJE PRESIDENCIAL

LA prensa mexicana ha comentado con unánime satisfacción, especialmente la prensa capitalina, el mensaje del Ejecutivo leído al inaugurarse las sesiones del Congreso de la Unión, el primero de septiembre último.

El Universal alaba en primer término "la precisión y claridad" del documento presidencial en lo relativo a Relaciones Exteriores. "El Presidente de la República" —dice el editorial de ese diario— "ha pronunciado las palabras justas, sin añadir nada ni nada omitir, y ciñéndose al sentir popular, pues que el Gobierno, en este asunto, no ha hecho más que normar sus actos por los dictados de una opinión pública celosa del honor y de los intereses de la patria." **Excelsior,** aunque llama "conflicto" a la cuestión de las relaciones con los Estados Unidos, halla satisfactorio a ese respecto el mensaje presidencial; "pero no lo es tanto," —dice— "en lo relativo a la paz interior. No queremos significar con esto" —añade— "que la estabilidad gubernamental esté amenazada por alguna facción rebelde, cualquiera que sea su matiz." A lo que teme **Excelsior** es a la democracia, y así dice: "Lo grave, lo gravísimo, lo casi inevitable, si no lo es del todo, es que esa anarquía blanca" (refiriéndose a ciertos disturbios locales que enumera) "es resultado de la tentativa de ejercicio de la Democracia" cuyas prácticas —continúa— el pueblo mexicano "es totalmente incapaz de comprender."

Visión menos estrecha demuestra **El Heraldo de México,** y se regocija diciendo que "buena decepción se llevarán en tierras extrañas quienes imaginaron que el informe presidencial sería un documento empapado en demagogía comunista, adverso a la democracia y el republicanismo."

Del bien digerido artículo editorial de **El Universal** sobre el mensaje del Presidente de la República, copiamos los siguientes párrafos:

"Asienta el señor Presidente que la dificultad principal de nuestro problema internacional radica en lo anómalo de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Como consecuencia de ello, algunos países han adoptado una actitud de abstención; pero otros, en cambio, siguiendo la regla de Derecho Internacional, no sólo han reconocido a nuestro Gobierno y cultivado con México relaciones cordiales, sino que nos han distinguido y nos distinguen con honrosas muestras de cortesía internacional.

"Deseoso de restablecer la armonía total de nuestras relaciones con el extranjero, el Gobierno la ha procurado por medio de una política ajustada a los dictados de la ley y de la moral. No aceptó, ni podía aceptar, el Tratado de amistad y comercio insinuado o "informalmente" propuesto por la Casa Blanca, como requisito previo para otorgar aquel Gobierno el reconocimiento al nuestro. Sobre que dicho tratado no era justificable a la luz del Derecho Internacional, dado que México es un Estado cuya existencia y soberanía jamás han sido cuestionadas durante un siglo; su no aceptación traíanla implícita la circunstancia de contener estipulaciones contrarias a nuestra Constitución y la no menos atendible de su inutilidad, dado que México tiene capacidad para cumplir espontáneamente sus obligaciones y compromisos internacionales.

"Que la tiene y sabe practicarla, dedúcese claramente de la actitud asumida por el Gobierno en cuanto a los puntos fundamentales a que se contraía el referido proyecto de tratado que presentó la administración de Wáshington. Tres son las cuestiones que principalmente interesan a los derechos de los extranjeros en México; a saber: la reanudación del servicio de la deuda pública; la reparación equitativa de los daños causados por la Revolución, y la no retroactividad del artículo 27. Y esas tres cuestiones, por lo que a la política internacional de México respecta, ya han sido resueltas; primero, invitando a los banqueros extranjeros para que vengan a nuestro país a arreglar los asuntos pendientes relativos a la méncionada deuda; segundo, invitando a los gobiernos extranjeros a la formación de comisiones mixtas permanentes encargadas de conocer de las reclamaciones de sus nacionales; tercero, definiendo por ejecutoria de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el carácter no retroactivo del famoso articulo 27.

"La puerta está, de consiguiente, abierta; y de nuestra parte hemos puesto y estamos dispuestos todavía a poner cuanto sea compatible con nuestro honor y nuestros derechos, a fin de apartar toda sombra de mala inteligencia. Así se desprende del documento que comentamos, el cual destaca, al tratar el problema internacional, por su serenidad, por su sinceridad, por su elevación, por su reposo. México —expresa el Presidente Obregón— anhela 'trabajar empeñosamente y en perfecta armonía con los otros países, para su propio provecho y para el mayor bien de la humanidad.'"

LA CUESTION DEL PETROLEO

EL Presidente de la República, en sus declaraciones a la prensa del 17 de agosto, se refirió nuevamente a la cuestión del petróleo, que es, quizá, el problema más importante de nuestro país.

A propósito del nuevo impuesto sobre las exportaciones de ese combustible, dijo el señor Presidente que no se derogaría, a pesar de la crisis; pues las industrias que se agotan en más o menos años, no deben protegerse por exenciones de impuestos a fin de que rindan las debidas utilidades al Erario, mientras estén en explotación.

Es preferible, pues, que el petró-

leo permanezca en el subsuelo hasta que, resuelta la crisis mundial, sea costeable su exportación.

El Presidente añadió que de disminuir los derechos al petróleo, no obtendría ningún beneficio la nación, y menos tratándose de una industria transitoria. Al contrario, opinó que era de lamentarse el no haber establecido este gravamen seis meses antes, lo cual pudo evitar la baja de precios, que llegaron a ser irrisorios.

En nuevas declaraciones el Presidente explicó la publicación de un decreto que manda cobrar los impuestos al almacenamiento del petróleo. Dijo que era un decreto viejo que se ponía en vigor para cobrar los Derechos, ya no sobre la exportación, que es mínima, sino sobre el almacenamiento. Es decir, como no se exporta debido a la crisis petrolera, y se sigue almacenando, los mismos anteriores impuestos se cobrarán sobre el almacenamiento, como quien dice, se cobran por adelantado los derechos de exportación.

La cuestión petrolera que desde varios años es motivo de discusiones internacionales y de desacuerdo con los explotadores, ha venido a agravarse transitoriamente por el nuevo impuesto y por la crisis mundial en el mercado del aceite. Para resolver algunos puntos referentes a esta cuestión, varios prominentes petroleros norteamericanos vinieron a conferenciar con el Secretario de Hacienda. Según el informe oficial del Secretario "el resultado de estas conferencias ha sido satisfactorio: sin perjuicio de los intereses ni de la política nacionalista de nuestro gobierno, se ha llegado a determinar un punto, de acuerdo favorable para ambas partes. Se ha convenido en una nueva reglamentación en el cobro del impuesto de exportación al petróleo, creado por decreto de 7 de junio último, fijando como fecha de pago hasta el día 25 de diciembre próximo, y previniendo que, en lo sucesivo, el pago de esos derechos se hará trimestralmente y no mensualmente como lo establece el decreto."

El señor Presidente de la República dió a la prensa las siguientes declaraciones sobre el mismo punto: "Creo que los arreglos a que se ha llegado serán altamente provechosos para el país, y demuestran la buena voluntad de que estuvieron animadas ambas partes para resolver las dificultades existentes en el curso de las conferencias.

"Desde luego, el hecho de que se reanudarán los trabajos en la región petrolera, es un motivo de satisfacción, e indiscutiblemente beneficiará a la República en general.

"Por lo demás, esto establece el precedente de que, para lo sucesivo, cualquiera dificultad que se suscite será tratada directamente con el Gobierno. Fácil es comprender que esto constituye también un gran adelanto en lo que se venía haciendo anteriormente."

Mr. Edward L. Doheny, presidente de una importante compañía petrolera y que estuvo en las conferencias a que nos referimos, declaró por su parte: "En nuestras negociaciones con los funcionarios mexicanos, fuimos tratados con toda clase de cortesías y se nos manifestó la mejor buena voluntad. Creo que este cambio de ideas nuestras con los funcionarios

mexicanos acarreará una mutua inteligencia que hará más fácil la resolución de los futuros desacuerdos que pudieran sobrevenir.''

Como se ve, la situación creada por el nuevo impuesto a la exportación del petróleo, se resolvió de manera satisfactoria para los intereses del país y de las compañías. Y es de esperarse que con la misma buena voluntad se resuelva de una vez por todas este problema que es causa de malas inteligencias y serios conflictos.

EL SERVICIO DE LA DEUDA

EL C. Presidente de la República, en sus declaraciones a la prensa del 6 de agosto, se refirió a la reanudación del servicio de la deuda en estos términos: ''El Gobierno Mexicano cumplió un deber moral al invitar a todos sus acreedores para que vinieran a México con el objeto de discutir las deudas pendientes. Esta invitación ha sido hecha dentro de los límites del honor y la dignidad del Estado, pues con ella hemos demostrado que estamos en la mejor disposición de pagar nuestros créditos y, por ello, solicitamos la cooperación de nuestros mismos acreedores, para solucionar estos asuntos. Son ellos los que deben resolver si vienen o no, en la inteligencia de que una vez por todas, queda demostrada nuestra intención de liquidar nuestras deudas.''

Como es sabido, el impuesto decretado recientemente al petróleo y que ha causado numerosas disputas, será aplicado íntegramente a la reanudación del servicio de la deuda, según el propio decreto, y aunque la abundancia de la producción de petróleo y por ende su bajo precio, ha venido a reducir las exportaciones y a restar los ingresos que debería producir el nuevo impuesto, el gobierno se mantiene firme en su propósito de pagar nuestras deudas; pues, en realidad, nada significa la cantidad de dinero que pueda tenerse acumulada en el momento, sino la plena seguridad de que los ingresos por concepto de petróleo suministrarán las cantidades necesarias para cumplir con nuestras obligaciones.

Además, el precio del petróleo reaccionará de un momento a otro, haciendo costeable la exportación, y el arreglo de nuestra legislación petrolera, conforme a principios de justicia y a los intereses nacionales, harán factible el servicio de la deuda.

Al redactar esta nota, deben de encontrarse ya en esta capital algunos banqueros estadounidenses que, correspondiendo a la invitación de nuestro gobierno, tratarán de la deuda con funcionarios de la administración. Los pasos que da el gobierno para cumplir con sus obligaciones internacionales, borrarán las dudas que pudieran abrigarse en el extranjero acerca de sus sanos propósitos y de su capacidad política.

UN DISCURSO DEL PRESIDENTE OBREGON

PARA despedir a las misiones diplomáticas que concurrieron a las fiestas del primer centenario de la consumación de nuestra independencia, el Gobierno mexicano ofreció un banquete en los salones del Palacio Nacional, la noche del 30 de septiembre.

El señor Presidente de la República, Don Alvaro Obregón, dió lectura, con tal motivo, a un discurso que ha sido comentado calurosamente por toda la prensa del país, pues los conceptos emitidos definen con la mayor claridad las ideas que respaldan la política de nuestro Gobierno. Por otra parte, la robustez del pensamiento, su espiritualidad y nobleza, nos hacen pensar en el Presidente Obregón como de un intérprete de bellos ideales. Exceptuando las fórmulas de rigor, copiamos el discurso del señor Presidente. Dijo:

"Antes de separarnos, y con la solemnidad que reclama la magnitud de esta hora, os ruego, en nombre del Pueblo Mexicano, cuyos sentimientos y anhelos espero interpretar fielmente, que aceptéis el encargo de transmitir a los gobiernos y a los pueblos de vuestros países un mensaje sobre lo que México piensa y sobre los propósitos que lo animan. Helo aquí.

"La definitiva liberación del espíritu colectivo es la conquista más grande que ha realizado el hombre en los últimos tiempos, al desvincular en absoluto los poderes divinos, en nombre de los cuales se han cometido desacatos a la humanidad y tantos errores pertenecientes ya, por ventura, al pasado.

"Han llegado los hombres al convencimiento de que son ellos los llamados a regirse a sí mismos y que, para llenar tan noble misión, los elegidos por sus semejantes necesitan rendir el más ferviente culto a la moral y subordinar siempre a ella los intereses materiales, para hacer así posible la distribución equitativa de los bienes con que la naturaleza dotó a la tierra.

"Nosotros creemos que la humanidad asiste actualmente al derrumbamiento de un pasado caduco construído por tiranías sobre base de fanatismo y prejuicios, y que bajo los escombros de esas formas envejecidas quedarán sepultados todos aquellos que intenten oponerse al derrumbamiento.

"Nosotros creemos que la humanidad entera surge a una nueva vida orientada por la más amarga de las experiencias, la experiencia de la última hecatombe europea, donde quedó demostrado el fracaso de la fuerza bruta, incapaz de dar una victoria ventajosa y definitiva a ninguno de los combatientes, ya que vencedores y vencidos se encuentran todavía perplejos ante la magnitud de los problemas que la tragedia ha creado. Y en el desarrollo de esta nueva vida, en el proceso de transición del viejo estado al estado nuevo, México será uno de los países que menos habrán de sufrir, porque la lucha de que ahora sale airoso trae, justamente, como una de sus principales finalidades, libertarlo de arcaicos prejuicios y darle una posición avanzada, propicia a una mayor armonía y a una mayor equidad sociales.

"Nosotros creemos que la moral, la inteligencia constructiva y generosa y la cultura son las fuerzas llamadas a gobernar el mundo en la vida moderna, y que no serán por cierto los países que construyan cañones de mayor alcance los que realicen las más grandes conquistas, sino aquellos que den a la humanidad pen-

sadores cuyo genio permita ahondar el porvenir y señalar las catástrofes que podrían nacer de la imprevisión y el egoísmo.

"Nosotros creemos que en la futura organización política y social de los pueblos quedarán abolidos los privilegios creados por los hombres y que sólo imperarán los impuestos por la naturaleza al distribuir desigualmente sus dones, pues la realización de ese ideal social traerá como consecuencia lógica el que cada sér humano ocupe el lugar que le corresponda por su inteligencia y su voluntad y obtenga en la lucha por la vida las ventajas a que le dan derecho esos mismos dones.

"Para colaborar en la nueva organización del mundo con el contingente que sus propios deberes y aspiraciones le exigen, México se propone levantar constantemente el nivel moral y mental de su pueblo, cosas de que ya da señales evidentes, aunque modestas, reduciendo sus presupuestos de guerra, licenciando regimientos y batallones, aumentando sus presupuestos de educación pública, alistando maestros y abriendo nuevos colegios. Y, en esta noble labor, el esfuerzo de México no se encerrará dentro de los límites de sus fronteras, sino que se saldrá de ellas para ir a trabajar con eficacia cerca de todos aquellos países que se encuentren en condiciones menos favorables para desarrollar esa labor y que crêan, como México, que son los factores espirituales los que darán cuerpo a la grandeza de los pueblos y harán posible el bienestar humano."

●

JUNTA DE GOBERNADORES

DURANTE el mes de agosto se reunieron en esta ciudad hasta ocho gobernadores de Estados, para resolver algunos problemas locales que se encuentran íntimamente relacionados con la Federación.

Las conclusiones de esta junta fueron transmitidas al C. Presidente de la República, quien conferenció con los gobernadores sobre los puntos culminantes de su memorial. La tendencia primordial de la junta era obtener que, mediante una distribución equitativa de los impuestos, las entidades federativas resuelvan sus problemas económicos dentro de más amplias perspectivas. Las conclusiones de la junta piden, a este respecto, una disminución del impuesto federal de 50 por ciento, que no perjudica a la Federación y beneficia a los Estados y, en general, a los causantes. El señor Presidente manifestó a los gobernadores que esperaba la opinión técnica de la Secretaría de Hacienda para resolver este punto.

En lo referente a petróleo, los Estados y Municipios participarán de los impuestos federales.

Habiendo ofrecido los gobernadores su cooperación para resolver el asunto ferrocarrilero, el Presidente aceptó en principio y les dijo que esperaba la opinión de la Junta Directiva de los Ferrocarriles sobre la forma práctica de utilizar dicha cooperación.

El C. Presidente y los gobernadores trataron aún de otro punto interesante: las Jefaturas de Operaciones Militares. Los gobernadores pretendían se reglamentara la capacidad de

los Jefes Militares para evitar algunas molestias que surgen, por fortuna con rara frecuencia, entre éstos y los gobernadores. El Primer Magistrado expresó que en casos semejantes se procederá a reemplazar inmediatamente a los Jefes de Operaciones. Algún gobernador aclaró que, al tratar este punto, se referían solamente a una cuestión de principio, pues ninguno de los presentes tenían motivos de queja contra los Jefes de Operaciones en sus Estados respectivos.

La junta de Gobernadores a que hacemos referencia en esta nota, ha logrado, contando con la buena disposición del señor Presidente, algunas ventajas que aliviarán la situación de las entidades federativas, que suele ser penosa.

LA APERTURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIANTES

UNO de los actos más importantes que se verificaron con motivo del primer centenario de la consumación de nuestra Independencia, fué la reunión de un Congreso Internacional de Estudiantes en esta ciudad.

Las conclusiones del Congreso se determinaron dentro de un espíritu libertario que hace honor a la juventud: pensamientos llenos de esperanza para la humanidad, conceptos de fuerte revolucionarismo y métodos educacionales adecuados a las necesidades modernas, animan los acuerdos de los congresistas.

En la sesión inaugural, el Licenciado José Vasconcelos dió lectura a un discurso, que reproducimos por su verdadera importancia, reservándonos para más tarde el comentar los diversos actos del Congreso. Dice el discurso:

"En nombre de la Universidad Nacional de México, doy la bienvenida más cordial a todos los jóvenes representantes de países extraños y de países hermanos nuestros; a todos por igual, porque en el seno de nuestra Universidad todos los hombres de todas las razas, merecen la misma atención y el mismo aprecio, tal como lo proclamó hace más de un siglo la boca inspirada del primero de nuestros libertadores, el insigne Miguel Hidalgo, libertador de esclavos y precursor de naciones. No sólo ante nuestras leyes, también conforme a nuestras costumbres, las diferencias de color, patria y lengua se funden en una viva fraternidad, que proclama semejantes y hermanos nuestros a todos los que vengan animados de espíritu de bondad y de justicia. Os hago esta declaración de que os encontrais en un país libre, porque habéis sido invitados para deliberar y tendréis razón de inquirir, primeramente si vuestro pensamiento ha de poder expresarse sin cortapisas. Los estudiantes mexicanos seguramente se hubieran abstenido de invitaros si no supiesen que nuestro país en estos instantes es igual a ese símbolo que ya habeis visto en nuestra bandera, del águila que se levanta destrozando entre sus garras la serpiente. Os halláis libres y por lo mismo sentiréis vuestra propia responsabilidad y tendréis que obrar sinceramente durante toda vuestra actuación en este congreso. Yo estoy seguro de que procederéis con cordura, porque mi breve contacto con la juventud de estos tiempos me ha de-

mostrado que sois capaces de abordar los problemas llegando a su fondo y buscando las soluciones que los resuelven radicalmente, sin pagaros gran cosa del lucimiento exterior del discurso o de las opiniones momentáneas que vuestros actos produzcan. Todos vosotros de cerca o de lejos, habéis visto los estragos de la guerra, todos sabéis cómo mueren los hombres por ideales, turbios o altísimos, y eso ha dado a vuestra generación una lucidez de criterio y una gravedad de resolución que os convierte en hombres aunque todavía seais extremadamente jóvenes.

No hay detrás de vosotros ninguna fuerza que respalde vuestros actos, pero en cambio el porvenir, que es el tesoro de los jóvenes, abrumará bajo su peso a todo el que intente oponerse a las resoluciones generosas que tengáis a bien adoptar. Toda la obra de los que hoy ejercen poderío será completamente vana, si no es bastante generosa para contestar los ánimos juveniles, puesto que ninguna empresa perdura si las nuevas generaciones no la secundan y desarrollan. Adelantáos, pues, a vivir y a meditar vuestro tiempo, esta gloriosa era presente, venerable porque ha librado magníficas luchas por la conquista del bien y la justicia, y porque los hombres de hoy no nos cruzamos de brazos ante el desastre de los pueblos, sino que buscamos y seguimos buscando el camino de su redención. Creo que en vuestro tiempo, y hablo del mundo entero, no sólo de México, se han resuelto, por lo menos teóricamente, los hondos problemas sociales que han impedido hacer de este mundo una morada de paz y bienandanza; y creo que estas soluciones, aunque todavía sujetas a rectificaciones de detalle, hacen de vuestra época una edad comparable solamente a la de los primeros siglos del cristianismo, cuando se resolvieron los problemas del alma y se dejaron sentadas las bases de una justicia social verdadera.

A vosotros os va a tocar seguir poniendo a prueba y corrigiendo los principios de organización colectiva que la edad nuestra ha descubierto, como las antiguas tablas de la ley, entre el fuego de la justicia vengadora y la luz serena de la verdad que triunfa. Si, 'desgraciadamente, os toca contemplar también hogueras, ellas serán las de la acción que realiza el bien, pero la lucha de las ideas no será ya tan intensa y quizá llegaréis a gozar de los triunfos que proceden del desprendimiento, el conocimiento y la generosidad. Vuestra época será tal vez mejor, pero cada alma es su propia misión en un momento activo, y no existe cuando rememora sino cuando crea; por eso no es cuerdo añorar tiempos pasados, ni permanecer inmóvil en espera del futuro, porque el instante pasa, y el yo pasa con él, y quien no se identifica con su misión y su instante, no conoce lo que la existencia vale en hondura y no puede apreciar tampoco el significado del conjunto infinito. Yo amo mi presente como vosotros amaréis, si sois activos, la hora vuestra; por eso, aun cuando vuestra suerte vaya a ser mejor, no os envidio, como no podréis envidiarnos a nosotros, porque el vivir sincero no puede renegar de sí mismo. Mi generación no os envidia; confía en vosotros, y confía porque presiento que así que llegue la ocasión viviréis más intensamente y combatiréis, no por nuestra verdad, ni por vuestra

verdad, sino por la veıdad absoluta que es inmutable y eterna.

Hay aquí jóvenes de todas las partes del mundo. Dirigiéndome primero a vosotros, nuestros huéspedes, debo deciros que, según ya tendréis noticia desde antes de venir a visitarnos, México es un país turbulento, donde la guerra se sucede a intervalos y la paz se consolida difícilmente; pero quizás no todos sabéis cuáles han sido los móviles de esas extrañas guerras, quizás no se os ha hecho notar que la guerra de hace cien años que en estos días se conmemora, tuvo por objeto, no sólo constituir una nacionalidad más entre tantas que ya hay bajo el sol, sino hacer un país libre de esclavitudes de todo género, manumitido políticamente y también económicamente, como lo proclamó el genio clarividente de José María Morelos.

Vuestra rápida información acaso no os ha dejado observar que el triunfo de la causa insurgente no lo aprovecharon los héroes sino que muertos ellos en el más noble de los martirios, la Iglesia Católica y las clases adineradas, las mismas que habían sacrificado a los héroes, robáronles la bandera así que convino a sus intereses, y consumaron la Independencia sin acordarse para nada de la libertad y la justicia.

Acaso no sabéis que a raíz de la Independencia y a pesar de la guerra de la Independencia, el clero católico era el propietario de más de las tres cuartas partes de la tierra cultivable de toda nuestra patria y que esas riquezas le servían para multiplicar los conventos, donde ni siquiera privaba la devoción sino la holganza; y para sofocar todo asomo de libertad reduciendo a esclavitud efectiva no sólo las conciencias, sino los cuerpos. Acaso no sabéis tampoco que para destruir este negro poderío, hubo una guerra sangrienta hasta dejar vencido el lema funesto de religión y fueros, que quería decir el privilegio y el abuso del militar y el fraile. Las armas liberales lograron separar la Iglesia del Estado, arrancando a la primera todos sus bienes para convertirlos en propiedad individual, y expulsando al invasor extranjero que era el aliado de la Iglesia. El héroe máximo de esta lucha se llamó Benito Juárez, el hombre cuya estatua habréis visto en todas las plazas de nuestras ciudades y aldeas. Pero quizás tampoco sabéis que después de unos cuantos años de paz fecunda, durante la cual se construyeron vías férreas como la de Veracruz a México y obras importantes de todo género, un cabecilla afortunado, el general Porfirio Díaz, asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó todas las antiguas libertades, y consumó alianza de intereses materiales con la clase de los grandes terratenientes, enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o por la astucia. Creció de esta suerte el póder de una clase propietaria que por tradición nada más cultiva lo suficiente para pagar sus vicios, dejando al peón de campo en la miseria, y una gran extensión de las tierras sin cultivo. De esta suerte el sufrimiento y el oprobio llegaron a su máximo; las clases intelectuales, bajamente dispuestas, ensalzaban al Dictador y los miembros del clero católico lo bendecían; pero el pueblo, el bajo pueblo rural, volvió a lanzar el

grito de guerra, y acaudillado por Francisco I. Madero, el apóstol magnífico, reanudó la vieja batalla, la batalla del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y la injusticia. Pensad en el más alto ideal político, teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de divisiones profundas de clase y de clericalismo siempre en acecho y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas, frente a crímenes horrendos; noches sombrías, y auroras de gloria y de redención. Tal es el terreno en que os encontráis, que yo considero propicio para las discusiones graves. Yo estoy seguro de que sabréis aprovechar vuestras sesiones. La época de superficialidad en que los congresos de este género servían sólo para conquistar aplausos tan vanos que no podían dejar huella ni en el alma del halagado, pasó para siempre. Las circunstancias actuales del mundo exigen que los hombres de pensamiento trabajen con pureza de propósitos y acrisolada buena intención. Aunque sois jóvenes, se os pedirán cuentas exactas del esfuerzo que vais a emplear en estas deliberaciones. En todas partes se observará con interés vuestra actitud, y todos los hombres rectos y los oprimidos de todo el mundo esperarán con ansiedad el fruto de vuestros empeños. No sé qué vago presagio nos hace confiar en que respaldaréis la obra más avanzada de la generación que os precede, en que nos exigiréis que vayamos todavía más adelante, siempre adelante, en todos sentidos. Aunque vuestro programa quizás os ciñe a determinados puntos, en realidad no hay asunto de interés social que no podáis tratar y difícilmente encontraréis ocasión mejor que la presente para formular el mensaje de vuestros corazones. Algunos de vosotros venís de países adelantados: no vaciléis en dejar aquí la semilla fecunda. Otros venís de pueblos que, aunque aparentemente rinden culto a la justicia, en realidad mantienen despotismos feroces. El mundo entero necesita reformas. Poned todo vuestro entusiasmo al servicio de esas reformas. No os sintáis como si os halláseis en un festín; toda fiesta es triste, y seguirá siendo triste mientras siga prevaleciendo en el mundo la injusticia. Esta tierra en que os halláis necesita del trabajo y la fé de todos sus hijos, pero también el resto del mundo necesita de la acción humana noblemente orientada. Yo espero que vuestros acuerdos serán tan generosos que las votaciones tendrán que ser unánimes; pero si surgiesen cuestiones opinables o graves diferencias de criterio, yo creo que vuestro deber es no tomar votaciones por nacionalidades, sino por razas. Con este objeto los hispanoamericanos harán bien si discuten y resuelven en discusión privada todas sus diferencias a fin de presentar después sus acuerdos en bloque. Esto por sí sólo sería un noble ejemplo para los Gobiernos de la América Latina que hasta ahora no han procurado lograr igual uniformidad de acción.

Hay una infinidad de cosas que nosotros no podemos hacer y que vosotros veréis realizadas; por eso van hacia vosotros, jóvenes congresistas, nuestros mejores, nuestros más altos votos. Nuestro paso hacia adelante no es todo lo apresurado que nosotros deseáramos, pero al fin parece

que marcha y no hay más recursos que seguir impulsándolo y esperar que vosotros también contribuiréis a su avance. Cuando volváis, jóvenes extranjeros, a vuestras patrias cercanas o distantes, decid a los vuestros que aquí se está abriendo paso, aunque lentamente, la justicia; si os lleváis esa convicción nos sentiremos alentados, y habréis contribuído a una obra benéfica. Y vosotros, los de habla española, que no sois aquí extranjeros sino dueños, tan dueños como nosotros mismos, de este territorio que el destino ha puesto en nuestras manos, quedaos o volved a vuestras respectivas naciones, pero hacedles saber en todo caso lo que es este girón del alma hispánica: una tierra en que el ideal ha librado y sigue librando rudos combates con la injusticia.''

LA UNION CENTRO AMERICANA

DESDE los tiempos de la conquista hasta su independencia, en septiembre 15 de 1821, el territorio centroamericano formó el Reino de Guatemala. Dividíase en provincias que gozaban de cierta autonomía, pero sujetas todas a la autoridad superior del Reino: un Capitán General y una Real Audiencia, residentes en la ciudad de Guatemala. Pocos meses después de lograda, sin derramamiento de sangre, la Independencia, el partido Conservador que representaba la aristocracia colonial, deseoso de conservar para los suyos los privilegios que el sistema republicano les negaba, logró unir, aun a pesar de fuerte oposición de parte de los centroamericanos liberales, el antiguo Reino de Guatemala al Imperio Mexicano de Iturbide.

Duró esta anexión forzada dos años, al cabo de los cuales, la provincia de Chiapas y el distrito de Soconusco, que los centroamericanos consideraban suyos, quedaron bajo el dominio de México, perdidos para Centro América. Las cinco provincias restantes, es decir, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, constituyéronse en una república federal, adoptando, en 1825, una constitución a cuyos defectos se debió en parte el que la federación durase corto tiempo.

Nominalmente la República de Centro América existió hasta 1840, pero ya en 1839 estaba disuelta de hecho. De haber obrado el partido Conservador con patriotismo, con honradez, aun a pesar de la defectuosa constitución la unión de esos pueblos hubiera prosperado. De entonces hasta nuestros días, aunque los conservadores hace tiempo perdieron toda esperanza de establecer la monarquía, y sus antiguos anhelos ya no tienen fundamento, ha sido ese partido funesto para Centro América, como para todo el continente, y la causa principal de que los centroamericanos en vez de tener la patria grande que merecen, con la que han soñado todos sus grandes hombres, y con que sueña tradicionalmente su juventud de ahora, tengan pequeños, dolorosos y despreciados paisecitos.

En 1842 se celebró un Pacto de Unión Centroamericana bajo cuyas bases, primero en Nicaragua y después, en 1844, en el Salvador, organizáronse débiles gobiernos provisionales. La oposición a estos gobiernos de parte del Presidente de Guatemala

y del de Honduras, frustraron los esfuerzos casi logrados de los unionistas de entonces.

En 1853, el General Trinidad Cabañas, Presidente de Honduras, hombre valiente, probo y caballeroso, a quien se ha llamado el Bayardo centroamericano, convocó un Congreso Unionista en Tegucigalpa, su capital. Allí se pactó otra vez la Unión, pero las rivalidades entre los jefes de las otras repúblicas hicieron imposible el cumplimiento de este pacto.

De 1854 a 1856, unióse en las armas Centro América para combatir a los filibusteros yanquis que, llamados por un bando de nicaragüenses para triunfar con su apoyo sobre los conservadores, se habían hecho dueños y señores feudales de esa república y amenazaban con posesionarse de las otras cuatro. Derrotados los aventureros norteamericanos, el momento era propicio para cimentar la Unión. Pero quiso la suerte que en todos los cinco estados gobernaran los conservadores, y Centro América siguió fraccionada.

Veinte años más tarde, en 1876, se reunió en Guatemala un Consejo de Plenipotenciarios para tratar de la federación, y por tercera vez se firmó un pacto, pero bajo tan malos auspicios que su único resultado fué una guerra entre Guatemala, El Salvador y Honduras.

En 1884 los presidentes de esos tres estados juntáronse en Mongoy, Guatemala, y convinieron en hacer común su esfuerzo para unir a los cinco países. Pero el Presidente de Guatemala, desconfiando del de El Salvador, resolvió proclamar él mismo la Unión y luchar hasta conseguirla. En 1885 invadió a El Salvador con un fuerte ejército, lo que hizo que Nicaragua y Costa Rica, separatistas, se alistasen a combatirlo. En territorio salvadoreño se libraron varios combates, y al morir en uno de ellos, en Chalchuapa, el jefe de la empresa, —el General Justo Rufino Barrios,— fracasó el movimiento unionista.

Cuatro años después, en 1889, siendo presidente de El Salvador don Francisco Menéndez, reunióse en esa república una Conferencia de Plenipotenciarios que decidió celebrar reuniones semejantes cada año, hasta llegar, por medio de pactos y convenios, a la unión efectiva. Este plan, aunque una de dichas conferencias llegó a tener lugar, en 1892, y aunque prometía resolver la cuestión, no tuvo buen éxito ninguno, debido, como casi siempre, al separatismo conservador y a los celos, envidias y rencillas de los gobernantes.

En 1895 el entonces presidente de Honduras, Dr. Policarpo Bonilla, invitó a los otros presidentes a una conferencia unionista en Amapala. Concurrieron los de Nicaragua y El Salvador, quienes pactaron un convenio, uniendo a sus pueblos y formando la entidad política que se llamó República Mayor de Centro América. Durante dos años se hizo cargo de las relaciones exteriores de la nueva federación una dieta que consiguió el reconocimiento de su república en los países extranjeros. En 1898 se convocó en Nicaragua una Asamblea Constituyente que creó un Consejo Ejecutivo Provisional y llamó a elecciones para un Presidente y un Congreso federales. Se instaló este Consejo en Amapala, puerto hondure-

ño del Pacífico, cercano a El Salvador y Nicaragua, pero pocos días después de su instalación, estalló un movimiento revolucionario separatista en El Salvador y quedó disuelta la República Mayor.

En 1917 el Presidente de Honduras, Dr. Francisco Beltrán, inició un movimiento unionista pacífico y logró que los otros gobiernos consintieran en enviar delegados a un congreso que se reuniría en Guatemala. Pero sobrevino el temblor de tierra que en ese año destruyó gran porción de la capital guatemalteca, por una parte, y por otra, Nicaragua, dominada por un gobierno conservador y vendida a banqueros norteamericanos, puso obstáculos insuperables a la Unión; de modo que nunca se reunió el congreso convocado.

Recientemente, en 1920, el Gobierno de El Salvador hizo suyo el ideal de Unión y a sus esfuerzos se debe que en enero de este año se haya reunido, en San José de Costa Rica, un Congreso de Plenipotenciarios centroamericanos que pactó la Unión de Centro América. Bajo ese pacto se formó un Consejo Ejecutivo Federal Provisional que convocó a la Asamblea Constituyente Centroamericana que acaba de reunirse en Tegucigalpa.

Según las últimas noticias recibidas en la redacción de **El Maestro**, Nicaragua y Costa Rica se han retirado del pacto, y Guatemala, El Salvador y Honduras se han unido formando otra República Mayor de Centro América, limitada así: Al Norte, México y el Mar de las Antillas; al Sur, el Océano Pacífico; al Este, Belice, el Mar Caribe y Nicaragua; y al Oeste, México.

Uno de los delegados por Nicaragua a la Asamblea reunida en Tegucigalpa, en vista de que su gobierno se retiraba, con más buen anhelo que buen juicio hizo una intentona de revolución contra los dominadores de Nicaragua, invadiendo el territorio de su patria con un grupo de cincuenta adictos centroamericanos. En un día apagó esa chispa revolucionaria el gobierno conservador de Nicaragua, pero se aprovechó de esa oportunidad para cerrar todas las escuelas de la República, pretextando considerables gastos de guerra que hacían imposible se gastase un centavo durante mucho tiempo en la instrucción pública de los nicaragüenses.

LOS TRATADOS DE PAZ ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y ALEMANIA, AUSTRIA Y HUNGRIA

En agosto 24, 25 y 29 se firmaron los tratados de paz entre los Estados Unidos y Austria, Alemania y Hungría, respectivamente, por cuyos términos los países europeos otorgan al americano los mismos derechos que se vieron obligados a otorgar a los demás Aliados en virtud del tratado de Versalles; pero los Estados Unidos quedan exentos de toda obligación con respecto a la Liga de Naciones, a la fijación de las nuevas fronteras alemanas, y al reajuste geográfico y político de Bélgica, de la orilla izquierda del Rihn, de Checo-Eslovaquia, Austria, Prusia Oriental, Memel, la Ciudad Libre de Danzig, Schleswig-Holstein, Heligoland, China, Siam, Liberia, Marruecos, Egipto, Turquía, Bulgaria y Shantung. Así mismo que-

dan excluídas del nuevo tratado con Alemania las cláusulas concernientes a la culpabilidad y castigo del ex-Kaiser.

En la prensa norteamericana la discusión de estos tratados ha seguido, como de costumbre, líneas estrictamente partidarias: los órganos del partido Demócrata, el partido de Wilson, acusan a la administración de Harding de haber traicionado a los Aliados, debilitando su posición frente a Alemania, al permitir una paz separada en la que no se hace mención a los derechos de los Aliados, y de haber dado la espalda con egoísmo a los ideales que inspiraron a los Estados Unidos durante la guerra. Los periódicos favorables al partido Republicano, que está en el poder, saludan con entusiasmo el completo regreso de sus relaciones exteriores al reino del sentido común, y el éxodo absoluto de la diplomacia norteamericana de su cautiverio en el Egipto laberíntico del idealismo Wilsoniano. La prensa independiente se inclina hacia la oposición, y sus editoriales se expresan en el sentido de que ni la diplomacia ni la conciencia norteamericanas tienen de qué enorgullecerse en estos tratados.

En Alemania la oposición declara que la infamia de Versalles se ha repetido; los periódicos amigos del Gobierno opinan que, al contrario, el tratado de Versalles ha recibido un fuerte golpe y que ahora le será relativamente fácil a Alemania hacer que Francia e Inglaterra revisen sus arduas condiciones. En los círculos de negocios hay casi júbilo porque al fin van a reanudarse las relaciones comerciales entre Alemania y los Estados Unidos.

En Francia también hay gran diversidad de opiniones. La del **Temps** de París, órgano semi-oficial, es que los Estados Unidos han defendido hábilmente sus intereses particulares, pero dejando a Francia, que antes fuera factor principal de una alianza mundial, en un estado de casi aislamiento. Los diarios más populares **(Le Matin,** por ejemplo), lejos de quejarse con o sin dignidad, celebran que los Estados Unidos hayan tenido suficiente valor moral para declarar abiertamente que las cuestiones europeas no les atañen y que Europa queda libre para entenderse y arreglarse como pueda.

En Inglaterra la Liga de Naciones aún tiene fuertes partidarios, especialmente entre aquellos que aspiran a postular al General Jan Smuts, premier de la Unión Sud-Africana y, quizá más bien que Wilson, el verdadero autor del pacto de la Liga, para Primer Ministro del Imperio Británico, para substituir a Lloyd George, en las próximas elecciones; éstos lamentan que ya de manera definitiva queden fuera de la Liga los norteamericanos. La actitud del gobierno, sin embargo, tiende a aceptar cuanto haga Wáshington, con tal de sacarle partido a su buena voluntad en las Conferencias del Desarme.

PEQUEÑA REVOLUCION EN LOS ESTADOS UNIDOS

La prensa del mundo se ha venido ocupando de la "revolución industrial" ocurrida en el Estado de la Virginia Occidental, en los Estados Unidos, dando a veces noticias falsas o exageradas. Lo exacto, según reza en

los más autorizados órganos de información norteamericanos, es como sigue: Las condiciones impuestas a sus operarios, hace más de un año, por las compañías propietarias de minas de carbón de hulla, en los condados de Boone, Logan, McDowell y Mingo, en el Estado de la Virginia Occidental, no pudieron seguirse soportando sin la violenta protesta de los mineros de Mingo. Les era prohibido formar uniones o adherirse a la de los Trabajadores Unidos de Minas de América; quien lo intentaba era sumariamente despedido de su trabajo, echado de su casa, y expulsado del Condado por la policía, pues las compañías eran dueñas absolutas de toda la tierra, de las casas, de los caminos mismos, y controlaban el correo, la policía, el servicio de aguas, el alumbrado, las tiendas de todas clases y hasta los sitios de diversión.

En mayo de 1920 la protesta de los mineros de Mingo se había vuelto una guerrilla abierta entre éstos y la policía de los propietarios, y fué necesario que interviniesen el gobierno y la milicia del Estado. La lucha, sin embargo, seguía tan encarnizada como siempre, tan pronto se retiraban las tropas, y además, llegó a extenderse por los otros Condados.

Ultimamen e, en 24 de agosto d este año, cinco mil mineros, individuos sin empleo y exsoldados, desde Marmet, en el Condado de McDowell, comenzaron una marcha armada hacia Mingo con e objeto de rendir a las compañías mineras. En agosto 28 tuvieron un encuentro con tropas del Estado, resultando cinco mineros muertos. Entretanto, en Marmet seguían formándose grupos armados dispuestos a marchar contra Charleston, capital del Estado, en vista de lo cual el gobierno federal, a petición del Gobernador amenazado, tuvo que intervenir. En vez de mandar tropas federales, el Presidente Harding lanzó una proclama a os mineros ordenándoles depusieran las armas y volviesen a sus hogares. Así lo hicieron los "revolucionarios" y aunque la situación no se ha resuelto, la revolución com(tal ha dejado de ser.

HAMBRE Y PESTE EN RUSIA

LA noticia capital de las últimas semanas, es la que de manera melodramática, revela abiertamente la trágica situación de Rusia, donde reinan el hambre y la peste. Con fecha 20 de julio, Máximo Gorky, el escritor de fama mundial, en nombre de la humanidad y con la aprobación del gobierno ruso, se dirigió a "todos los hombres de buena voluntad" del mundo, pidiendo ayuda inmediata para su pueblo. Ampliando su mensaje dijo que de hambre, del cólera morbus y del tifo, estaban pereciendo no menos de 300,000 rusos diariamente; que 6.000,000 de personas desvalidas y presas de pánico y miseria, habían abandonado la región del Volga y en vano buscaban asilo en las provincias comarcanas, regando de cadáveres los caminos, abandonando las madres a sus hijos, y llevando la peste dondequiera; y que esa terrible situación afectaba una área de diez y ocho provincias con una población entre 20 y 30 millones de almas.

Hambres semejantes, aunque jamás tan espantosas, no eran desconocidas en Rusia: se recordará la de

1891; y con respecto a las pestes, siempre sufrieron de ellas los súbditos del Zar.

Así, pues, dicen los amigos del actual régimen político ruso, la tragedia de hoy no es resultado de la práctica de las ideas bolcheviques, como aseguran a viva voz los partidarios de los sistemas capitalistas. La situación de Rusia, explican, se debe: primero, a las sequías, como nunca severas, que en todo el Valle del Volga, desde el mar Caspio hasta Siberia, han arruinado por completo las cosechas de la sección agrícola más rica de Rusia; segundo, al pésimo estado de las vías de comunicación, que han impedido el movimiento de granos, de manera que se hacen necesarios no sólo el envío de alimentos a Rusia, sino también el de material rodante y de construcción ferroviaria, para aliviar la situación; tercero, al estado convaleciente de Rusia, debilitada por la mala higiene tradicional (debido a la ignorancia en la que por largas generaciones se había mantenido al pueblo), por las pestes anuales (el año pasado perecieron unos ...... 10.000,000 de tifo) y por la guerra con todos sus concomitantes; y cuarto, al bloqueo de Rusia impuesto por los gobiernos anti-bolcheviques, que ha tenido, entre otros resultados, el del relajamiento de la agricultura rusa.

Ayuda adecuada en un todo a las necesidades de Rusia, de ninguna parte puede llegarle. El único pueblo del mundo en condiciones para prestar algún alivio efectivo, es el de los Estados Unidos. Pero siendo el gobierno norteamericano enemigo acérrimo del de los bolcheviques, y temeroso de que, del socorro que prestara, pudiera fortalecerse Lenine, su primera respuesta a la urgente y desgarradora súplica de Gorky fué una serie de condiciones que los rusos debían aceptar. El gobierno bolchevique debía poner en absoluta libertad a todos los prisioneros de nacionalidad norteamericana; el alivio que prestarían los Estados Unidos sería sólo para los enfermos y los niños; los delegados estadounidenses encargados de la distribución de alimentos y medicinas gozarían de libre tránsito y sus personas y correspondencia serían inviolables; quedaba entendido que ningún comité bolchevique participaría en la labor caritativa norteamericana, sino que ésta sería llevada a cabo exclusivamente por los comités que organizara la misión estadounidense; y, por último, se declaraba que ninguna significación política podría deducirse de la ayuda prestada. Para hacer más evidente que el socorro al pueblo ruso no podría interpretarse en manera alguna como un comienzo de relaciones amistosas entre los gobiernos, los americanos decidieron también que no llevarían consigo su bandera a Rusia.

El gobierno bolchevique, ya antes de recurrir a extraños, había echado a un lado la política, en sus esfuerzos para combatir el hambre. Se formó un Comité Central, con este propósito, compuesto por sesenta y tres miembros, de los cuales sólo diez son comunistas, y éstos del ala derecha o moderada, como Kámenev, Krassin, Lítvinov, **Lunacharsky, Rykov** y Semashko; cinco son Cadetes, entre ellos Gólovin, que fué presidente del segundo Duma; Kishkin, antiguo miembro del Gobierno Provisional, y

Kutler, que fué Ministro de Agricultura del Zar. Los demás miembros son, en su mayor parte, profesores universitarios, artistas, escritores, intelectuales no enteramente Leninistas, como por ejemplo, una hija de Tolstoy. Pero ni con este comité enteramente nacional ruso, quisieron cooperar los norteamericanos.

"Con una mueca agria, pero sin vacilar,"—dice la prensa capitalista de los Estados Unidos— "el gobierno de Lenine y Trotzky aceptó las condiciones norteamericanas." La ayuda que los Estados Unidos prestarán estará bajo la dirección suprema de Mr. Herbert Hoover, miembro del Gabinete del Presidente Harding y jefe de la **American Relief Administration**, corporación que rige a la Cruz Roja Norteamericana y a otras organizaciones semejantes de los Estados Unidos, y que se formó, al terminarse la guerra, para ayudar a la reconstrucción de las regiones devastadas de Francia y Bélgica y en la lucha contra el hambre y las pestes en Austria, en Hungría, en Armenia y en el norte de China.

En Europa han ofrecido socorro a Rusia el Consejo Supremo de la Liga de Naciones, la Cruz Roja Internacional y otras organizaciones de esa índole; pero no harán un esfuerzo común con los norteamericanos, puesto que éstos no lo desean, en vista de que de ello podría resultar que los europeos alcanzasen la dirección de la empresa. Mr. Hoover ha pedido que las diferentes organizaciones se distribuyan el territorio azotado por secciones y que cada una atienda separadamente a la suya.

Ya a fines de agosto empezaban a llegar a Rusia los primeros cargamentos de arroz y de azúcar de los Estados Unidos y el 29 de ese mes se distribuyeron en Moscou 600 toneladas de esos artículos para los niños.

LA CUESTION DE SILESIA

LA Alta Silesia, **causa principal de la disputa entre** Francia e Inglaterra que ha venido dificultando en los últimos meses las relaciones entre esas dos potencias, es la segunda región continental de Europa más rica en carbón de hulla, hierro y zinc. Ahora reclámanla como suya Alemania, a quien había pertenecido desde la formación del Imperio, y Polonia, entre las cuales yace, siendo apoyadas, ésta por Francia y aquélla por la Gran Bretaña.

Con respecto a su población, más de la mitad es eslava, es decir, polaca. Acerca de esto no hay discusión. Históricamente, por otra parte, desde hace cinco siglos la Alta Silesia ha estado separada de Polonia, habiendo sido posesión de los Hapsburgos (Austria) hasta que Federico el Grande de Prusia, en el siglo XVIII, se la arrebató a la Emperatriz María Teresa. Sin embargo, tan polaca juzgaron a Silesia los Aliados, en la Conferencia de París (1919), que en el primer borrador del Tratado de Versalles le fué adjudicada enteramente a Polonia. Pero pasado el primer impulso de desmembrar completamente el Imperio Alemán, al dictarse definitivamente las bases de la paz, los ingleses insistieron en que se modificase el tratado en el sentido de que la Alta Silesia misma, decidiera, por medio de un plebiscito, su propio destino, estableciéndose, así-

mismo, que el resultado se obtuviera por mayoría de distritos o comunas y no por el voto general.

Del plebiscito resultó que, en el área total, los alemanes ganaron un 60 por ciento del sufragio y los polacos sólo un 40 por ciento; pero esto se debió, dicen los amigos de Polonia, a que con anticipación y sigilo, los alemanes acumularon en Silesia un gran número de partidarios suyos, descendientes de silesianos, pero que hace mucho tiempo habían emigrado a otros puntos del Imperio Alemán.

Los polacos alegan que, faltos de fondos y ajenos a malas tácticas, no pudieron hacer otro tanto.

Los distritos norteños, limítrofes con Alemania, y que no poseen ni minas ni fábricas, dieron un voto decididamente pro-alemán; los dos grandes distritos de Pless y Rybnik, principalmente agrícolas, pero ricos en depósitos vírgenes de carbón, y que lindan con Polonia, se expresaron por ésta de modo concluyente. Pero entre estas dos áreas yace la región hullera en explotación y aquí el resultado fué indeciso, pues todas las comunas rurales votaron en favor de Polonia, mientras que las ciudades, donde estaban concentrados los elementos alemanes, se decidieron por Alemania.

Los alemanes declararon ganado el plebiscito por superior número de votos y suya la Alta Silesia. Pero esto contradecía lo estipulado en el Tratado de Versalles. Los ingleses propusieron que se les cediesen Pless y Rybnik a los polacos y lo demás a Alemania. Los franceses contestaron que más bien correspondía a Polonia toda la región minera, en vista de que, si no el mayor número de votos, sí más de las tres cuartas partes de los distritos o comunas habían votado por Polonia.

Discutíase esto en secreto, cuando Alemania publicó la propuesta inglesa. Entonces los polacos de Silesia, encabezados por Korfanty, que había representado a Polonia en la organización del plebiscito, se alzaron en armas. Las únicas tropas Aliadas que había en Silesia eran francesas, y los franceses abiertamente simpatizaban con los insurrectos; en vista de lo cual Alemania envió tropas suyas a Silesia, lo que alarmó profundamente a Francia entera.

Fué entonces cuando Lloyd George pronunció un discurso, obra maestra de la indiscreción, según los ingleses, de la duplicidad, según los franceses, censurando con fuertes palabras la parcialidad de Francia, amenazando a Polonia y hasta dando a entender que la Gran Bretaña podría llegar a favorecer la acción militar de Alemania en Silesia. El Primer Ministro francés, Briand, replicó categóricamente que Francia jamás permitiría el empleo de tropas alemanas en Silesia y les echó en cara a los ingleses que, de los Aliados, sólo Francia había enviado tropas a la región sublevada.

Después de un debate acérrimo entre las cancillerías, se convino en que Inglaterra también enviara tropas a Silesia, que con las francesas, lograron separar y desbandar a polacos y alemanes y poner orden. De esto ya hace varias semanas. En debates, acusaciones, recriminaciones y juegos del ajedrez armado de la diplomacia europea, se ha ido el tiempo sin que nada definitivo haya sido resuelto.

Francia favorece a Polonia porque teme a Alemania y prefiere dar a la

primera un territorio rico que pudiera fortalecer demasiado a su enemiga tradicional. Inglaterra favorece a Alemania porque sabe que, en caso de un conflicto anglo-francés, Polonia estaría de parte de Francia, mientras que protegiendo ahora a Alemania, ésta apoyaría a Inglaterra. Además, la Gran Bretaña quiere que la restauración económica de Alemania sea pronta y efectiva, pues la de Inglaterra depende en gran parte de eso. A los franceses les parece lo más egoísta del mundo que los ingleses ayuden a Alemania sólo por ventajas económicas, aunque esa ayuda sea una amenaza para Francia. Los ingleses replican que Francia, por su deseo de aniquilar enteramente a Alemania, demuestra estar poseída de un militarismo con el que no pueden estar de acuerdo los británicos.

No pudiendo llegar a ningún arreglo y a fuerza de palabrería, empeñando lo que llaman su honor, acordaron las cancillerías reñidas trasladar la cuestión de Silesia al Consejo de la Liga de Naciones. Al escribirse esta nota, el Consejo no ha obrado todavía.

LA SITUACION ECONOMICA DE EUROPA

SI sucesos como los de Silesia son aparentemente lo más discutido en Europa, lo que más preocupa a los europeos, en el fondo, es la situación económica de sus países. Recargadas de deudas colosales derivadas de la guerra, las naciones europeas están cara a cara con un problema quizás más serio que la guerra misma. Para resolverlo no parece sino que deberán optar entre la repudiación por lo menos de una parte de esas deudas y la confiscación de la propiedad y del capital, lo que en extremo alarma a los capitalistas.

El espectro de la confiscación es un hecho más bien que una amenaza, en Alemania. El gobierno que firmó el Convenio sobre las Reparaciones, impuesto por los Aliados, ha seguido una política económica que significa la confiscación de un 20 por ciento del capital privado. En el caso de capitales invertidos en negocios—empresas comerciales e industriales, bancos, etc.—el Estado reclama una hipoteca igual al 20 por ciento sobre el capital invertido. Estas hipotecas las venderá el Estado en el exterior para pagar lo que en calidad de reparaciones se le ha impuesto. En el caso de la propiedad raíz, ésta es valuada en lo que valía antes de la guerra, y el monto es convertido al actual papel moneda, a razón de 15 marcos papel por marco oro; y el capital resultante es la base de la hipoteca, de que dispone el Estado, de un 20 por ciento sobre la propiedad.

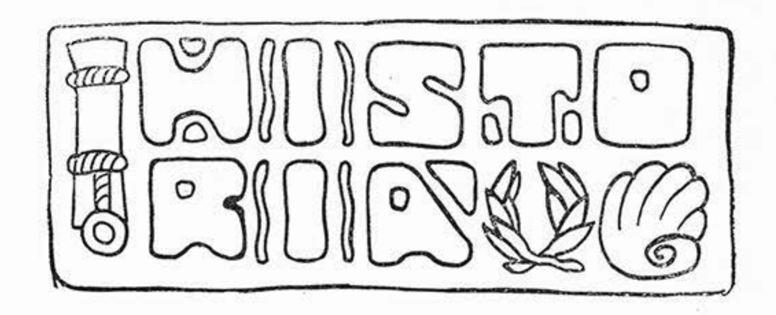
En Alemania han sido absolutamente necesarias estas medidas y tal vez lo lleguen a ser en el resto de Europa, aún en Inglaterra, donde los periódicos de finanzas y economías las discuten casi con obsesión. Pero después de Alemania, Francia es el país en situación más apremiante. El total de la deuda de Francia es de casi 100,000 millones de pesos mexicanos, tomando el franco al cambio normal, valor que por supuesto no tiene. De esta fuerte cifra puede restarse lo que Francia obtendrá de Alemania como indemnización. Pero lo más que Alemania pagará a Francia, sobre la

base del Convenio mencionado, será entre 12 y 30 mil millones de pesos; de modo que la deuda de Francia quedará en unos 80,000 millones de pesos. Para pagar el interés de esta deuda se necesitan 4,000 millones de pesos al año, suma que Francia no puede adquirir para ese fin con su sistema actual de impuestos. Sus ingresos nacionales no pasan de 20,000 millones de pesos al año y ni siquiera se intenta pagar de esa suma todos los intereses sobre la deuda; más bien, para hacerlo, Francia ha recurrido a nuevas deudas y recientemente realizó un empréstito de 200 millones de pesos en los Estados Unidos. En vista de esa dura realidad de los hechos, es difícil encontrar la manera de que podría servirse Francia para pagar sus deudas sin recurrir a la repudiación o a la confiscación parciales.

En el Convenio sobre las Reparaciones, los Aliados fijaron el valor de lo que llaman marco oro. Es ésta una unidad monetaria ficticia y arbitraria, más o menos equivalente al marco de antes de la guerra, cuyo valor se ha fijado en 15 marcos papel de la moneda alemana actual. Es decir, se convino en que para los efectos de pagos al extranjero y del comercio exterior, el valor del marco sería, arbitrariamente, 15 veces mayor que dentro de las fronteras alemanas.

En este precedente que han establecido los Aliados con respecto a su antigua enemiga, puede ser que ellos mismos encuentren la solución al problema que los agobia. Podrían establecerse el franco oro (Francia) y la lira oro (Italia), por ejemplo, para los efectos del comercio y deudas exteriores y fijar el cambio entre esta unidad y la moneda papel circulante dentro de los países respectivos. Así, sin repudiar sus deudas internas abiertamente, y sin sufrir en el comercio exterior la desventaja de tener una moneda depreciada, podrían los gobiernos pagar a sus nacionales en moneda de poco valor. Esta es la solución que más se favorece en las discusiones actuales y la que aconsejan los economistas norteamericanos; pero, en efecto, equivaldría de todos modos a la repudiación de parte de la deuda interna y a la confiscación de parte del capital privado invertido en bonos del Estado.

Esa solución se hace más fácil de comprender si consideramos que, aun con la actual depreciación de la moneda europea, al expresar las deudas en esas monedas, no resultan tan grandes. La deuda de Francia, por ejemplo, que al cambio normal del franco asciende a 100,000 millones de pesos, no es en realidad sino de 250,000 millones de francos que al cambio que rige, llegan apenas a unos 42,000 millones de pesos, o sea menos de la mitad de la cifra en pesos anterior. De manera que si los gobiernos francés e italiano pagan su deuda en moneda depreciada a la que se dé un valor oro arbitrario, quizás logren salir de sus dificultades.



HISTORIA UNIVERSAL

LOS HEBREOS

La historia judía es materia de estudio particular en su relación con las Escrituras. De aquí que no sea necesaria una información detallada de este pueblo. Lo que resta por hacer consiste en unos cuantos puntos *generales* que se encuentran en contacto con la historia universal.

Historia Sagrada

81. Los hebreos eran de raza semítica pura, de aquí que tuviesen parentesco con los fenicios, árabes y asirios. Según las Escrituras, el padre de este pueblo fué Abraham, quien, en el siglo XX A. C., se trasladó de las llanuras de la Mesopotamia a Canaán, la *tierra prometida.*

La Raza.

82. La historia de Abraham, así como la de sus hijos y nietos, es simplemente la de una familia nómada; y no es sino hasta el tiempo de la salida de los hijos de Israel, de Egipto, cuando empieza la historia nacional judía. Supónese que este acontecimiento tuvo lugar en 1320. El intervalo entre ese acontecimiento y el de la absorción de Judea por el Imperio Romano puede dividirse en cuatro períodos:

Períodos de la Historia Judía

I. Desde el Exodo hasta el establecimiento de la monarquía, bajo Saúl, 1320-1095 A. C.

II. Desde el establecimiento de la monarquía hasta la separación de los dos reinos, 1095-975 A. C.

III. Desde la separación de los reinos hasta el cautiverio en Babilonia, 975-586 A. C.

IV. Desde el cautiverio en Babilonia hasta la absorción de Judea por Roma, 586-63 A. C.

83. Durante el primer período el gobierno hebreo fué una

teocracia (o gobierno de Dios), manifestándose la divinidad por medio del Sumo Sacerdote. Para la dirección de los negocios hubo una sucesión de gobernantes y *Jueces;* éstos eran designados por revelación del cielo para el ejercicio de su ministerio y se les prestaba obediencia por común consentimiento, pero no reclamaban honores de realeza. El último de esta línea de gobernantes fué Saúl.

Primer Período

84. El segundo período de la historia judía incluyó la era de la monarquía unida y continuó durante tres reinados. El primero de los reyes fué Saúl, quien después de un reinado tormentoso de cuarenta años, fué sucedido por su yerno David. Este monarca, el más grande de los que llegaron a gobernar la nación, conquistó Jerusalén al poder de los Jebuseos, convirtiéndola en la sede, tanto del gobierno nacional como de la religión. Por sus guerras, David extendió su dominio desde el Mar Rojo hasta el Eufrates y subyugó a los filisteos y a otras tribus sirias. Su hijo Salomón le sucedió en 1015 A. C.

Segundo Período

85. Bajo el reinado de Salomón (1015-975 A. C.) los israelitas llegaron a ser la raza superior en Siria y el estado judío se convirtió en una potencia imperial. En ese tiempo entabló relaciones con Egipto y con Fenicia. Salomón participaba de los beneficios del comercio sirio y se casó con la hija de un Faraón.

Reinado de Salomón

86. Inmediatamente después del reinado de Salomón sucedióse un tercer período, el de la decadencia. Tres de los estados sacudieron el yugo judío; se inició la desunión entre los mismos judíos y el poder imperial se fraccionó en dos pequeños reinos: el de Israel, que estableció su capital en Samaria y estaba integrado por diez de las doce tribus, y el de Judá (capital Jerusalén), constituído por las otras dos.

Período de Decadencia

87. El reino de Israel duró como 250 años. Fué dominado finalmente por Sargón, rey de Asiria, y las diez tribus fueron llevadas al cautiverio, en 721 A. C. El reino de Judá subsistió por más de un siglo después; pero Jerusalén fué capturada por Nabucodonosor, rey de Babilonia (586 A. C.); la población de Judá fué arrojada de su suelo patrio para consumirse en Babilonia, interrumpiéndose así la historia de los judíos por espacio de setenta años. Al triunfo de Ciro sobre Babilonia, se siguió un edicto, por medio del cual se restablecía a los judíos en su patria (536 A. C.).

Israel y Judá

88. El intervalo entre el retorno del cautiverio y la conquista de los Romanos forma el cuarto período de la historia judía. Durante este tiempo la nación pasó por muchas vicisitudes. Al principio formó una satrapía o provincia del Imperio Persa; luego, en 332 A. C., cayó bajo el dominio de

Cuarto Período

Alejandro el Grande, y más tarde, después de su muerte, fué gobernada por los Ptolomeos de Egipto. El idioma griego llegó entonces a ser común en Judea y la versión del Pentateuco de los Setenta fué redactada en ese idioma bajo la dirección de Ptolomeo Filadelfo. En el año 166 A. C. los judíos sacudieron el yugo extranjero y proclamaron su independencia nacional; pero un siglo después, Jerusalén fué capturada por el general romano Pompeyo (63 A. C.) y Judea vino a formar parte de una provincia romana de Siria. Los judíos no eran súbditos obedientes y se les aplicaban severos castigos. Por último, (en el año 70 A. C.) Jerusalén fué tomada de nuevo por Tito; después de un prolongado sitio, la ciudad fué arrasada hasta los cimientos y la nación llegó a dispersarse, como lo está todavía, por todos los países del mundo.

Moneda de Tito. *

Resumen

89. Al compendiar la historia Hebrea, como conjunto, advertimos: 1. Que, en extensión geográfica, el estado judío no era sino un dominio limitado, ya que la totalidad del país tiene únicamente 150 millas de largo por un promedio de 50 millas de ancho. 2. Que, comparado con los grandes imperios orientales, con Asiria y Babilonia, Egipto y Persia, su importancia política era escasa. 3. Que el pueblo judío contribuyó poco a la civilización antigua desde los puntos de vista del arte, la ciencia o la política.

90. La significación y la misión de la raza hebrea no estribaba

(*) Esta interesante moneda fué acuñada en el año 77 A. C. La cara de la moneda (el anverso) dibujada a mano izquierda, representa la cabeza de Tito coronada de laurel, con la inscripción T (itus) C A E S (ar) I M P (erator) A U G (usti) F (ilius) T R (ibunicia) P (otestate) C O (n) S (ul) V I (i. e. sextum) C E N S O R: es decir: Tito; César, Emperador, hijo de Augusto (i. e Vespasiano) con poder tribunicio, Cónsul por sexta vez, Censor. En la parte posterior de la moneda (o reverso) a mano derecha, está una figura de mujer, sentada bajo una palmera, detrás de la cual están un estandarte, yelmos, etc.; y de este lado está la inscripción I V D A E A C A P T A, i. e. Judea ha sido tomada.

en estas formas de actividad: la influencia que en el mundo se ha concedido a ese pueblo es de un orden enteramente distinto; a saber, el conjunto de verdades espirituales e ideas morales englobadas en formas sublimes por bardos y sabios. Estas obras, reverenciadas por nosotros como materia de la literatura del Antiguo Testamento, siguen siendo la posesión de toda la familia humana.

Misión de los Judíos

Resumen Cronológico

	A. C.
Migración de Abraham ....(aproximadamente)	1920
El Exodo	1320
Establecimiento de la Monarquía bajo Saúl..........	1095
Advenimiento de Salomón	1015
División del reino	975
Cautiverio de los israelitas	721
Captura de Jerusalén por Nabucodonosor. (Cautiverio en Babilonia).	586
Retorno de los judíos	536
Subyugación de Judea por Alejandro	332
Absorción por Roma	63

LOS FENICIOS

91. Fenicia era de los más importantes países del mundo antiguo, por lo que su pueblo es interesante para nosotros en la historia primitiva.

Interés de su Historia

El interés y la importancia de esta nación no proviene de la extensión de su territorio—ya que la Fenicia propiamente estaba comprendida, en su totalidad, en una mera faja de terreno, entre el Monte Líbano y el Mar Mediterráneo—sino por el hecho de que los fenicios mantuvieron un alto lugar en la historia de la civilización.

92. Los fenicios fueron el pueblo primitivo más comercial y colonizador de las costas del Mar Mediterráneo. Precedieron a los griegos, quienes posteriormente llegaron a ser sus grandes rivales en el comercio y en el establecimiento de colonias. No fué sino hasta el año de 1000 A. C. cuando los griegos empezaron a ocupar las islas del Mar Egeo y las costas del Asia Menor y cuando comenzaron a diseminarse del continente a las islas, encontraron a los fenicios establecidos allí.

Traficantes y Colonizadores

93. Probablemente desde principios del siglo IX A. C., los em

prendedores fenicios habían fundado en la costa norte de Africa la Colonia de Cartago, que llegó a ser la más famosa de las colonias fenicias y la cual, quinientos o seiscientos años después de esto, guiada por el genio militar de Aníbal, se aventuró a contender con la poderosa fuerza de la República Romana.

Cartego

94. Los fenicios habían avanzado mucho más. Se habían abierto paso más allá del punto que los griegos llamaron las *Columnas de Hércules,* esto es, el Estrecho de Gibraltar; habían navegado desde el Mar Mediterráneo hacia el Océano Atlántico. Fundaron la ciudad de *Gades* (hoy Cádiz). Navegando por el Atlántico sus mercaderes se dirigieron a las partes meridionales de las Islas Británicas, para conseguir estaño de Cornwall.

Colonización

En los mares orientales los fenicios habían fundado establecimientos en los Golfos de Arabia y de Persia, desde donde hacían el comercio con la India y Ceylán y con las costas de Africa. Así vemos que los fenicios eran navegantes, mercaderes y fundadores de colonias, muchos siglos antes de que los griegos llegaran a hacerse notar en el mundo.

95. Los fenicios, como fundadores de colonias, adquirieron una influencia importante en el progreso de la civilización, así como de la libertad política; por lo tanto, debemos tratar de comprender cómo se logró esto. Las colonias son fundadas por naciones comerciales con objeto de asegurarse un comercio lucrativo, estableciendo un mercado para la producción manufacturada en el país y un tráfico de transportes para sus mercaderes y marinos. Este es el *motivo;* y vemos que contrasta notablemente con la causa que conduce a las naciones despóticas a formar establecimientos militares, lo que no es sino mera codicia de conquista, por razón de conquista. Se requiere que las Colonias fundadas por estados comerciales sean florecientes, con objeto de que la nación tenga relaciones ventajosas con ellas. Un país, conocedor de esto, deja a las colonias bajo la dirección de personas avezadas en la ciencia política, que sepan el modo de adaptar las instituciones del gobierno nativo al actual estado de negocios en la nueva colonia; de aquí que generalmente acontezca que la libertad civil se desenvuelva con más rapidez en las colonias comerciales que en la misma matriz.

Influencia de las Colonias

96. Los antiguos fenicios fueron los inventores del primer *alfabeto* perfecto; este es un hecho muy interesante y significativo porque, considerando bien las cosas, el arte de la escritura alfabética es probablemente la más importante invención hecha, en todo caso, por el hombre. Hemos visto que los egipcios desarrollaron el germen del alfabeto; pero la escritura egipcia era *fonética* tan sólo en parte: de aquí que el alfabeto jeroglí-

Alfabeto

fico fuese muy incómodo, consistente de varios centenares de caracteres, sin que hubiera ningún sonido de signo fijo e invariable para representarlo. Los caracteres *cuneiformes,* en forma de prismas triangulares o de extremos de flecha, de los babilonios y asirios, no eran verdaderamente fonéticos, sino que representaban, de una manera general, más bien *sílabas* que sonidos.

Estaba reservada a los fenicios la adopción del artificio aparentemente sencillo, aunque ingenioso y bello, de determinar los pocos sonidos elementales del lenguaje y de apropiar un carácter distintivo para representar cada sonido. No es conocido con precisión el período de la invención.

Cadmus

97. Los griegos son deudores del alfabeto a los fenicios; los romanos adoptaron el alfabeto griego con algunas variantes. El alfabeto griego es la base de nuestro moderno alfabeto. Los griegos mismos ignoraban la manera precisa de obtener el alfabeto de los fenicios. La relación que dan es que *Cadmus introdujo, de Fenicia a Grecia, dieciseis letras, en vista de lo cual Palamedes, en la época de la guerra de Troya, añadió cuatro más y después Simónides añadió otras cuatro.* * Los eruditos modernos han probado que *Cadmus* es un nombre fabuloso que significa *el Oriente.* Sin embargo, es enteramente cierto que los griegos *derivaron* su alfabeto de Fenicia.

Origen de los Fenicios

98. El origen de la nación fenicia se pierde en la obscuridad que oculta la historia primitiva. Es sabido que, como los hebreos era de origen semítico puro. Hay razones para suponer que los fenicios fuesen emigrantes de Caldea y como consta en las Escrituras Hebraicas que Abraham vino de *Ur de los Caldeos,* podemos inferir que la Mesopotamia Meridional fué el asiento nativo de los semitas. Cuando la rama fenicia de los semitas llegó a sus nuevos lares, en las playas del Mediterráneo encontraron una población aborigen de Canaanitas, a la cual subyugaron, lo mismo que los judíos hicieron en Judea. También sabemos que los gobernantes y pueblos fenicio y judío estaban relacionados con ligas de amistad. Hiram, rey de Tiro, fué amigo de David y de Salomón.

Idiosincrasia de la Nación

99. La Fenicia consistía en varios estados independientes, siendo, en realidad, cada ciudad un estado aparte, bajo su propio rey; y tan sólo en épocas de peligro se unían ocasionalmente bajo la dirección del más poderoso. Las principales ciudades de Fenicia eran propiamente Sidón y Tiro. De éstas, Sidón era la más antigua. Anteriormente, como en 1050 A. C., cuando Tiro llegó a predominar, era la más floreciente de las comunidades fenicias. Entonces, (en 1050 A. C.) se transfirió el poder a Tiro.

* Plinio.

100. Se describe el comercio de Tiro como muy extenso en esa época. Sus barcos de vela se dirigían a Tarshish (el sur de España) y buscaban el oro de Ofir a lo largo de la costa oriental de Africa. Fenicia crecía en riqueza por sus exportaciones; las principales eran los bordados y los vasos de Sidón, así como la púrpura de Tiro, un tinte producido por dos mariscos, que dió un alto valor a los materiales tejidos en los telares tirios. Los fenicios eran también diestros en el arte metalúrgico y sus bronces, sus vajillas de oro y plata y otros trabajos manufacturados con el metal lograron adquirir alta reputación.

Comercio de Tiro

101. La fenicia estuvo sucesivamente sometida a Asiria, en el siglo IX A. C.; a Babilonia, bajo Nabucodonosor, a fines del siglo VII; a los Persas, bajo el reinado de Cambises, al finalizar el siglo VI; y a los griegos, bajo Alejandro el Grande, en el siglo IV A. C. En época muy posterior fué absorbida por el dominio universal de Roma. (63 A. C.)

Revuluciones Políticas

102. El período más grande de la historia fenicia fué durante los quinientos años comprendidos desde el siglo XI hasta el VI A. C. En tanto que iba acrecentándose el poder de los griegos y que iba aumentando la importancia de Cartago, el comercio marítimo de Fenicia llegó a deprimirse en un grado considerable. Sin embargo, continuó conservando un gran tráfico de caravanas con el interior del Asia, *vía* Babilonia. La fundación de Alejandría como puerto de mar debe haber perjudicado al comercio de Fenicia. Además, no fué sino hasta las Edades Medias cuando su luz se eclipsó y llegó a convertirse en un *lugar para secar las redes.*

Vista General

103. La historia de Fenicia se aprovecha para conmemorarla paralelamente a la de las naciones griega y latina, puesto que los fenicios fueron los únicos, entre los pueblos asiáticos, que llegaron a ser *difundidores de civilización.*

Pape de los Fenicios

Deberíamos advertir, sin embargo, que su desenvolvimiento fué unilateral. Así, sus concepciones religiosas eran rudas e incultas, siendo esto un hecho digno de llamar la atención, cuando consideramos su parentesco con los hebreos. En ilustración y en producciones artísticas estaban muy retrasados respecto de los babilonios; de tal manera que, en asuntos intelectuales, parecen haber sido adaptadores más bien que creadores. Además, al contrario de griegos y latinos, los fenicios parecen haberse libertado del genuino instinto político: la libertad no tuvo encanto para ellos y no la desearon después de la dominación. *Moran exentos de cuidado* —dice el Libro de los Jueces— *a la manera de los sidonios quietos y seguros.*

SÓCRATES

EL filósofo Sócrates nació en Atenas, en 469 antes de Jesucristo, y murió en la misma ciudad, en el año 401, 400 o 399 antes de la era cristiana. Fué hijo del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta, ambos de condición libre y de mediana fortuna. La historia nada dice de la infancia ni de la juventud de Sócrates. Este, según parece, aprendió el arte de su padre, arte que le dió medios de subsistencia cuando, muerto Sofronisco, perdió Sócrates, por culpa de un pariente, la modesta herencia paterna. Luego, al decir de varios biógrafos, por los consejos y las riquezas de su discípulo Critón, pudo dejar la escultura y dedicarse a sus estudios favoritos; pero todas estas tradiciones son muy inciertas, como también las que se refieren a su aprendizaje filosófico, haciendo figurar entre sus maestros a Parménides, Anaxágoras, Arquelao, Teodoro de Cirene, Damón y otros. Es, sin embargo, innegable que Sócrates, dotado de un espíritu investigador, estudió todas las ciencias de su tiempo antes de señalar una nueva dirección a las inteligencias.

Cuando educó la suya en Atenas, predominaban los sofistas, siendo por tanto muy probable que entre éstos hallase sus primeros maestros y que en su juventud profesara también la doctrina sofista, que tanto combatió más tarde. Aceptando esta opinión algunos críticos modernos la ven confirmada en *Las nubes,* comedia de Aristófanes que ridiculiza al filósofo y que apareció veinticuatro años antes del proceso de Sócrates. Si en la edad madura el inmortal filósofo llegó a ser su propio maestro, según la frase de Jenofonte, no es menos cierto que de sus relaciones con los sofistas conservó siempre una forma de argumentación con frecuencia capciosa.

Los críticos modernos sustentan la creencia de que Sócrates comenzó su educación filosófica por las especulaciones de los físicos, dando a esta palabra la acepción de aquellos tiempos, y que la continuó oyendo a los sofistas; pero que, con el transcurso de los

años, reconoció que la verdad no se hallaba en unos ni en otros. Entonces, agregan, leyó y meditó las sentencias y máximas de los sabios antiguos, y en estos tesoros de experiencia práctica halló una tradición que quiso continuar. De una frase de dichos sabios: *Conócete a tí mismo,* hizo el comienzo y fin de la filosofía que enseñó. Aún después de haber adoptado una dirección nueva, conservó Sócrates algo de sus primeros maestros: de Anaxágoras la noción de inteligencia ordenadora, que supo desarrollar y fecundar maravillosamente; de los sofistas el hábito de volver el pensamiento sobre sí mismo, no para dudar como aquéllos, sino para buscar el tipo del ser como fundamento de toda investigación.

Hallado el camino de que no debía apartarse, dedicó su vida a la polémica y a la enseñanza, no descubriendo generalmente sus opiniones más que por la negación de las de sus adversarios. Enseñaba a la vista de todos y no en el secreto de una escuela. La plaza pública, los gimnasios, los pórticos, las tiendas de los artesanos, cualquier sitio era bueno para Sócrates, con tal de que hubiera hombres de buena voluntad que desearan ilustrarse, que estuvieran dispuestos a conversar con él, a responder a sus preguntas, a buscar y exponer la verdad. Iba de un lado a otro sin salir nunca de Atenas, pues nadie amó menos que Sócrates los viajes, y se detenía con cuantos hallaba al paso, prefiriendo a los jóvenes de talento. Con los poetas y artistas hablaba de poesía, de pintura y de escultura, discutiendo con ellos las reglas y principios de su arte; con los políticos trataba de las dotes necesarias a los gobernantes, y del fundamento de las leyes, de los recursos y necesidades del Estado; a los padres de familia les recordaba la economía doméstica, les decía el modo de arreglar su casa y de tratar a los esclavos; a los hijos les exponía sus deberes para con sus padres y hermanos, y a todos les hablaba del Dios que ha dispuesto el mundo con tanto orden y sabiduría. No perdonaba a los sofistas ni a los demagogos. Con aire bonachón y sonriente, con sencillez afectada, pretextando el deseo de hacerse discípulo de aquellos y de aprender de su boca maravillosos secretos, les interrogaba con instancia, suplicándoles que dejaran satisfecha su curiosidad, y luego, de consecuencia en consecuencia, los hacía caer en absurdos manifiestos que los dejaban confundidos ante un auditorio en un principio suspenso de los labios de aquellos sofistas, y a la postre desencantado.

Esta polémica de escaramuzas y emboscadas, de las que salía siempre vencedor, atrajo sobre la cabeza de Sócrates odios implacables. No se cuidaba de ellos el maestro, que diariamente procuraba el despertar de las almas y la mejora de las costumbres, haciendo la guerra a los prejuicios y a los vicios, poco atento en general a las teorías sobre el bien que le asigna Platón, buscando siempre, por el contrario, las aplicaciones, acomodando sus leccio-

nes a las circunstancias y a los caracteres, aclarando y fortificando sus preceptos con ejemplos, y dándoles autoridad con el espectáculo de una vida que nada ocultaba, que todos conocían.

Por Platón sabemos los efectos admirables que la palabra de Sócrates producía. Con los que hallaba atrincherados en sus afirmaciones, infatuados y orgullosos de su saber, se hacía humilde e ignorante, fingía una admiración y una curiosidad candorosa y solicitaba la gracia de recibir sus lecciones y de ser iniciado en los misterios de sus conocimientos. Comenzaban aquéllos a discurrir, y les detenía como si temiera ser deslumbrado por su elocuencia y no poder seguirlos en su vuelo. Rogábales que respondieran solamente a un corto número de preguntas sencillas, y comenzaba sus interrogatorios precisos y llenos de ardides, por medio de los cuales les obligaba a reconocer, finalmente, que sus ideas eran confusas, obscuras, que estaban mal digeridas, o que eran completamente falsas. Esto es lo que se ha llamado la *ironía de Sócrates.*

Después de haber aturdido por tal medio a sus adversarios, habiendo arrancado de su espíritu todos los prejuicios, Sócrates arrojaba a manos llenas las buenas semillas, o mejor, hacía que germinasen y fructificasen en las almas así purificadas. Proponiendo nuevas cuestiones, hábilmente desarrolladas, y aclarándolas con ejemplos comunes, hacía surgir poco a poco ideas sanas y justas, sacadas una a una de los espíritus de sus oyentes, sin que pareciese que el trabajo del maestro era otro que el de ayudarles en aquel alumbramiento. Sócrates decía, recordando el oficio de su madre, que aquel método era el *arte de partear los espíritus.* Al convertirse en instructor de almas, creía cumplir una misión sagrada. Platón pone en su boca estas palabras: "Obro del modo que veis para cumplir la orden que Dios me ha dado por la voz de los oráculos, por la de los sueños y por todos los otros medios empleados por una potencia celeste para comunicar su voluntad a un mortal."

Siendo innegable el buen sentido de Sócrates, acreditado por el hecho de basar el comienzo de la sabiduría en el conocimiento de sí mismo, y en el no menos fehaciente de probar que la antigua filosofía se perdía en vagas especulaciones, y que los sofistas, por sus negaciones, degradaban la inteligencia y dejaban vacía el alma, se ha discutido, sin embargo, en la antigüedad, como en los tiempos modernos, lo que fuera el *demonio* o *espíritu familiar* de Sócrates. Se ha llegado a decir que el gran reformador de la filosofía griega fué un apóstol, modelo de la más pura virtud, pero también un alucinado, un visionario. Al efecto, se recuerdan hechos singulares de la vida del inmortal maestro. En el sitio de Potidea, Sócrates, durante veinticuatro horas, permaneció en pie, inmóvil y como en éxtasis, a pesar del tumulto del campo, sin que nada pudiera sacarlo de su meditación solitaria. Habiendo ido a comer a casa de

Agatón, se detuvo repentinamente a la entrada y quedó largo tiempo abstraído en una especie de contemplación interior. Sin cesar hablaba de una *voz divina* que sólo él oía y que le apartaba de lo malo; de un *genio*, de un *demonio*, espíritu semejante al Angel de la Guarda de los cristianos, que le hacía advertencias que el filósofo aprovechaba para sí mismo y para los demás. Todo ello no es suficiente para calificar de loco a Sócrates. Consultado acerca de éste el oráculo de Delfos, la pitonisa respondió que era el más sabio de los hombres. Sorprendido por tal respuesta, fué Sócrates, según cuenta Platón, buscando a los que gozaban de mayor fama, con el propósito de desmentir al oráculo; mas pronto se convenció de que los más célebres estaban más lejos de la sabiduría, y si es cierto el relato de Platón, hubo de decir: "Atenienses, la verdad es que el único sabio es Apolo, el cual por su oráculo ha querido declarar solamente que toda la sabiduría humana no vale gran cosa, o que no vale nada; y es evidente que el oráculo no habla de mí sino que se sirve de mi nombre como de un ejemplo, y como si quisiera decir a todos los hombres: "El más sabio de vosotros es el que, como Sócrates, reconoce que su sabiduría no es nada.' "

El incansable discutidor iba así por todas partes confundiendo las necias pretensiones de la vanidad pedante, censurando a los ambiciosos, a los falsos sabios, a los malos poetas y a los malos oradores, prodigando saludables consejos y buenos ejemplos, y afirmando que la mejor manera de servir al Estado era corregir las costumbres, ilustrar las almas y preparar servidores útiles.

Aunque se mantuvo alejado de los negocios públicos, no ocultó su disgusto por los excesos de la democracia ateniense. En el sitio de Potidea figuró como simple soldado, dando ejemplo de bravura, de templanza, y salvando a Alcibíades herido. Igual intrepidez, continencia y serenidad mostró en Delium, especialmente en el desorden de una retirada, en la que se ha dicho que salvó la vida de Jenofonte, caído de su caballo. También en Anfípolis dió muestras de valor. Si es dudoso que se considerase *ciudadano del mundo*, título que no conviene a un ateniense contemporáneo de Pericles, pero que le atribuye Cicerón, consta a lo menos que honró a su patria en el ejército. Más tarde la suerte le designó para ser *prítane* o magistrado. Ejercía estas funciones cuando se discutió la conducta de los diez generales vencedores en las Arginusas (408 antes de Cristo) acusados por no haber dado sepultura a los muertos. La voz unánime del pueblo reclamaba una condena, y el Senado quería ceder a los clamores populacheros; pero Sócrates, pagando tributo a la justicia, votó en contra, no obstante las amenazas y los gritos de la multitud. Cuatro años más tarde, dominada su patria por los treinta Tiranos, el filósofo, que nunca había adulado al pueblo, no supo callar ante el despotismo. Censuró a los gobernantes

y por ello Critias y Caricles, los dos *nomotetas,* le prohibieron enseñar a la juventud y le amenazaron, todo lo cual no le hizo variar de conducta. Otro día le ordenaron que con cuatro ciudadanos más marchase a Salamina en busca de León el Salaminiano, cuya muerte deseaban. Sócrates se negó, prefiriendo la pérdida de la vida a la realización de una injusticia. "No es dudoso que mi muerte hubiese seguido a mi desobediencia" dijo Sócrates, según cuenta Platón, "a no ser abolido poco después el gobierno de los Treinta."

Eran muchos los enemigos de Sócrates. Los demagogos le reprochaban el haber atacado la institución más popular: la designación de magistrados por la suerte; los amigos de la democracia recordaban que Alcibíades, traidor a su patria, y Critias, el más cruel de los Tiranos, habían recibido un tiempo sus lecciones; los sacerdotes y los devotos le tachaban de incrédulo e impío; los retóricos, los poetas y los artistas no le perdonaban sus censuras. Melito, Licón y Anito recogieron estas quejas e intentaron la acusación, cuyo texto decía: "Melito, hijo de Melito, del barrio de Pitos, acusa bajo la fe de juramento, a Sócrates, hijo de Sofronisco, del barrio de Alopece. Sócrates es culpable porque no reconoce a los dioses de la República, y pone en su lugar extravagancias demoniacas. Es culpable porque corrompe a los jóvenes. Pena, la muerte." Esta acusación se hizo en uno de los años 400 ó 399 antes de Cristo. El caso no era nuevo. Anaxágoras, Esquilo, Diágoras, Protágoras, Pródico y otros pasaron por situación semejante. Algunos se salvaron huyendo; pero Sócrates se negó a hacerlo y a toda defensa, diciendo a un amigo, Critón, que le aconsejaba lo contrario: "¿No ves en lo que me he ocupado toda la vida? Jamás he cometido una injusticia. Este es, a mi juicio, mi más hermosa apología."

En el proceso intervinieron los *heliastas.* Los jueces de este tribunal, elegidos por la suerte, eran casi todos hombres del pueblo, susceptibles, dados a la ira, más acostumbrados a oír los humildes ruegos de los acusados que a sufrir con paciencia sus lecciones. Sócrates compareció ante ellos con sus discípulos. Lisias, el mejor orador de su tiempo, compuso para él una brillante defensa. El filósofo la rechazó y se defendió por sí mismo con la noble altivez del hombre de conciencia pura, fuerte en el sentimiento de su inocencia. Expresábase no como un acusado o como un culpable, ni suplicando, sino como el maestro y juez de sus propios jueces. La defensa propiamente dicha, tal como aparece en Platón y Jenofonte, es débil. Acusado de no creer en los dioses del Estado, Sócrates respondió que era piadoso, que reconocía la existencia de la Divinidad, a la que veía presente en todas partes, en el alma humana y en la naturaleza; pero esto no era afirmar la existencia de

los dioses en que creían los griegos, antes bien, parecía referirse a un Dios nuevo, al Dios de la conciencia, al Dios desconocido del que San Pablo habló más tarde a los mismos atenienses. Nunca atacó Sócrates de frente a los dioses del Estado; mas su silencio y su reserva a propósito de la religión oficial no eran una adhesión. Creía en los demonios o espíritus intermediarios, pero como divinidades inferiores y subalternas, guardianas y consejeras de la vida de los mortales, lo cual era introducir una novedad en la religión, o mejor, para los jueces equivalía a declararse culpable de impiedad.

Los jueces eran en número de quinientos cincuenta y nueve Una mayoría de seis votos afirmó la culpabilidad del acusado. Faltaba fijar la pena. Melito proponía la muerte. El acusado tenía derecho, ya declarado culpable, a indicar la pena a que se creía acreedor y el jurado elegía entre ésta y la pedida por la acusación. Sócrates, ejercitando su citado derecho, trazó el cuadro de su vida, y terminó pidiendo, no el castigo, sino una recompensa, la de ser alimentado en el Pritáneo, hotel de los magistrados. En vano para complacer a sus amigos, a la vez que para cumplir con la ley y destruir el efecto de sus anteriores palabras, se condenó en seguida a una fuerte multa. Los jueces, aceptando la pena propuesta por la acusación, pronunciaron sentencia de muerte.

Sublimes son las últimas palabras que Sócrates ya condenado, dirigió a sus jueces: "Cuando mis hijos sean mayores, si los veis buscar las riquezas u otra cosa distinta de la virtud, castigadlos con los tormentos que yo os he aplicado; y si creen ser algo, aunque no sean nada, hacedlos avergonzarse de su apatía y de su presunción. Tal ha sido mi conducta con vosotros. Si obráis de este modo, mis hijos y yo sólo tendremos motivos de alabanza para vuestra justicia. Pero llegó el tiempo de separarnos: yo para morir, para vivir vosotros. ¿Quién sale más ganancioso? Sólo Dios lo sabe."

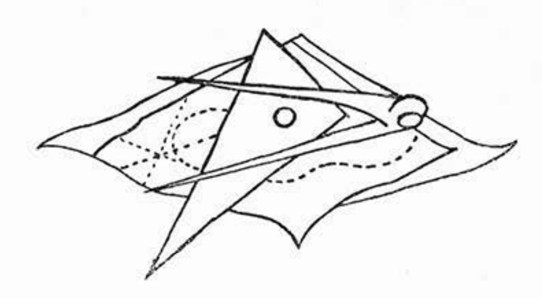
La víspera del día en que Sócrates fué juzgado, el sacerdote de Apolo había coronado la popa de la galera que llevaba a Delos las piadosas ofrendas de los atenienses; y como la ley prohibía ejecutar ninguna sentencia de muerte antes del regreso de la galera, hubo de permanecer Sócrates en la prisión un mes, rodeado de su mujer, de sus tres hijos y de sus amigos, sin perder la calma, con serenidad admirable, hablando con todos, animándolos y dándoles consejos. Su viejo amigo Critón le propuso la fuga a Tesalia, para la que todo estaba preparado. Sócrates no la aceptó, obedeciendo, según máxima que solía repetir, a la ley injusta, como a un padre poco razonable. Uno de sus discípulos, Apolodoro, o la mujer del reo al decir de otros, manifestó al filósofo su indignación contra la iniquidad de un juicio que le arrebataba del mundo de los vivos. Sócrates, con suave sonrisa, le respondió: "¿Preferirías verme mo-

rir culpable?" En el último día de su existencia habló a sus amigos de la esperanza que tenía de hallar en otro mundo hombres mejores, dioses justos y buenos. Luego, tranquilo y risueño, sin énfasis teatral, consolando a sus amigos (Critón, Platón, Apolodoro) que gemían, y al carcelero que lloraba, bebió el veneno, no sin hacer que antes se alejasen las mujeres. Bebida la cicuta, aún conversó algún tiempo Sócrates con sus amigos. Nada más conmovedor ni más patético que el relato de los últimos momentos del gran maestro escrito por Platón.

Célebre es también la mujer de Sócrates, llamada Xantipa, cuya memoria va unida a no pocas falsas anécdotas, si bien parece indudable que aquélla no era un modelo de dulzura, y que el filósofo en su propia casa vió puesta a prueba su paciencia. Xantipa le dió cinco hijos: el mayor y otro, murieron antes que el padre, a quien sobrevivieron otros tres varones, uno de los cuales había pasado de la niñez.

Sócrates no dejó obra escrita y sus enseñanzas han llegado hasta nosotros en las obras de Jenofonte y de Platón. La posteridad adoptó y respetó el magnífico testimonio de estos apologistas. Los doctores cristianos de los primeros tiempos, de ordinario poco tolerantes con los hombres y cosas del paganismo, se inclinaron todos con cariño ante la memoria de Sócrates, a quien se recuerda naturalmente cuando se busca el tipo de la virtud. San Justino llegó a decir que Sócrates era cristiano, que había conocido a Cristo en parte; Erasmo escribió esta frase: *Sancte Socrates, ora pro nobis;* y Montaigne declaró que el alma de Sócrates era la más perfecta de que había tenido noticia, y que dudaba que hubiese otra semejante.

Raro es el museo de antigüedades que no posea algún busto de Sócrates. Tenía los ojos saltones, la nariz chata, los labios gruesos; era calvo y ha venido a ser un tipo proverbial de fealdad física, como su alma lo es de belleza espiritual.



CRITÓN O EL DEBER DEL CIUDADANO

DIÁLOGO DE PLATÓN

SOCRATES.—¿Cómo por aquí a estas horas? ¿No es aún muy temprano?

Critón.—Sí

Sócrates.—¿Qué hora será?

Critón.—Apenas apunta el alba.

Sócrates.—Me extraña que el carcelero te haya dejado pasar.

Critón.—Es ya conocido mío, con las veces que vengo aquí, y además me debe algún favor.

Sócrates.—¿Y llegas ahora o hace rato qué llegaste?

Critón.—Hace ya buen rato.

Sócrates.—¿Cómo no me has despertado antes en lugar de estarte ahí sin decir nada?

Critón.—No, por Jove. Yo, en tan triste situación, no querría que me despertaran. Hace tiempo que estaba admirando la dulzura y tranquilidad de tu sueño, y no he querido despertarte, para dejarte que goces en paz de una calma tan profunda. Ya otras muchas veces durante tu vida te he admirado por tu carácter, pero mucho más ahora en medio de tu desgracia, reparando qué fácilmente y con qué mansedumbre la soportas.

Sócrates.—Es que sería impropio, mi buen Critón, que a mi edad me quejase de que haya de morir.

Critón.—Otros a tu edad se quejan, Sócrates, y se irritan contra su suerte cuando se encuentran así sin que se lo impida la vejez.

Sócrates.—Así será, Critón. Pero ¿qué es lo que te trae tan de mañana?

Critón.—Es que vengo a darte una triste noticia; triste, no para tí, por lo que veo, sino para todos tus amigos y más para mí. Una noticia abrumadora.

Sócrates.—¿Cuál? ¿Será que ha llegado de Delos la nave, a cuyo regreso he de morir?

Critón.—No, todavía no; pero parece que debe llegar hoy, según dicen algunas personas que vienen de Sunio y que la dejaron allí. Luego es indudable que llegará hoy, y mañana, Sócrates, será el último día de tu vida.

Sócrates.—Pues enhorabuena, Critón. Si tal es la voluntad de los dioses, cúmplase. Pero creo que habrá una demora de un día.

Critón.—¿En qué te fundas?

Sócrates.—Te diré. Yo debo morir al otro día del regreso de la nave.

Critón.—Así lo dicen las autoridades.

Sócrates.—Pues bien, no creo que llegue hoy sino mañana, y creo que mañana, por un sueño que he tenido esta noche, o más bien ahora mismo cuando afortunadamente me dejaste seguir durmiendo.

Critón.—¿Pues qué sueño ha sido?

Sócrates.—Parecíame que una bella mujer, esbelta y vestida de blanco, acercándose a mí, me llamaba diciéndome: "Dentro de tres días llegarás a la fértil Phtía."

Critón.—¡Qué sueño más extraño!

Sócrates.—Su sentido me parece clarísimo, Critón.

Critón.—Demasiado, sí. Pero, mi querido Sócrates, te lo vuelvo a decir: sigue mis consejos, y escápate; que si tú mueres no será una sola mi desgracia, sino que aparte de verme privado de un amigo tal como no encontraré otro jamás, las gentes, que no nos conocen bien ni a tí ni a mí, van a creer que pudiendo salvarte con un poco de dinero, no lo hice. ¿Y qué nota hay más vergonzosa para uno que la de ser tenido por hombre que estima más el dinero que la vida de un amigo? Porque la gente no podrá creer que eres tú quien no quiso salir de aquí a pesar de nuestras instancias.

Sócrates.—¿Y por qué, mi caro Critón, apurarse de ese modo por la opinión del vulgo? Las personas sensatas, que son las que más bien nos deben importar, juzgarán que todo pasó como es debido.

Critón.—Sin embargo, bien ves, Sócrates, que hay que cuidarse también de la opinión del vulgo. Lo que ahora está pasando, el que tengas que morir, muestra claramente hasta dónde puede llegar ese vulgo, el mal que puede hacer al hombre perseguido por la calumnia.

Socrates.—¡Ojalá fuese capaz de hacer los mayores males, si en cambio pudiese, asimismo, hacer los mayores bienes! Sería una gran cosa, Critón. Mas no puede ni lo uno ni lo otro; porque no depende del vulgo el hacer a los hombres prudentes o insensatos. El vulgo obra al azar.

Critón.—Bien, sea. Pero dime, Sócrates: ¿es por nosotros por quien te apuras? ¿temes que si escapas de la cárcel nos delaten por haberte sacado de aquí y tengamos que perder toda la fortuna. o cuantiosas riquezas, o nos pase algo peor? Si es eso lo que temes. tranquilízate. Justo es que corramos este riesgo, si es necesario, u otro mayor, por salvarte. Conque hazme caso, Sócrates.

Sócrates.—Siento esos temores que me dices, sí, y otros muchos.

Critón.—Pues deséchalos: lo uno porque no es mucho el dinero que piden por sacarte de aquí, y lo otro porque a los delatores se les compra por poco. Mi fortuna está a tu disposición y creo que bastará. Además, si por consideración a mí, no quieres que sacrifique todo mi capital, hay extranjeros en Atenas que están dispuestos a sacrificar los suyos. Uno de ellos, el tebano Simmias, ha traído con esta intención, todo el dinero necesario. Cebes se halla también dispuesto y lo mismo otros muchos. De manera que, ya te digo, por ese temor no renuncies a salvarte, no te desanimes Cuanto a aquello que decías ante el tribunal de que no sabrías qué hacer de tu vida saliendo desterrado, no hagas caso. Dondequiera que vayas te querrán bien. Si quieres ir a Tesalia allí tengo yo amigos que sabrán apreciarte y que velarán por tí de modo que no tendrás nada que temer de parte de los tesalienses.

Además, Sócrates, no me parece bien en tí el que quieras entregarte tú mismo, cuando puedes hacer que nosotros te salvemos. Con eso secundas los propósitos de tus enemigos; conspiras con ellos por tu perdición. Me parece también que traicionas a tus propios hijos, que los abandonas a la suerte y a todas las desdichas de los huérfanos; cuando es así que pudieras criarlos y educarlos. Porque, una de dos, o no tener hijos, o criarlos y darles la educación debida, compartiendo su destino, pero tú me parece que eliges lo más cómodo. Y el que se precia de haber cultivado siempre la virtud tiene que elegir lo que eligiría un hombre de corazón y de ánimo. Así es que me da vergüenza por tí y por nosotros que somos tus amigos, temiendo no se vaya a creer que en todo este proceso ha habido de nuestro lado cierta cobardía: el haberse llevado la acusación al tribunal, cosa que hubiera podido evitarse, esto es lo primero; luego la misma manera de celebrarse el juicio; y ahora tu negativa a escaparte que constituye el desenlace ridículo del drama. Sí, temo que se nos acuse de debilidad y de cobardía, a nosotros por no haberte salvado y a tí por no haber consentido en ello, siendo tan fácil la fuga, a poco que hubiésemos querido ayudarnos unos y otros. Conque, medítalo bien, Sócrates, no ocurra que a la vez que una desgracia, sea también una deshonra para tí y para nosotros. Decídete; no hay tiempo de andar deliberando: mejor que tomar una resolución, es haberla tomado ya; y no hay otra que huir. Es preciso hacerlo todo a la noche. Después será imposible. Habremos dejado escapar la ocasión. Por cuanto hay. Sócrates, atiéndeme y haz lo que te digo.

Sócrates.—Laudable es tu celo, mi querido Critón, si va de acuerdo con la rectitud; pero si no, cuanto más ardiente será más enfadoso. Luego hay que examinar si eso que me propones debe

hacerse o si el deber me lo prohibe; porque no sólo ahora no cedo, pero ni nunca he cedido en lo que concierne a otra razón que la que, reflexionando, me pareció más justa. (*) Los principios que profesé toda mi vida no me es dado abandonarlos hoy porque mi situación haya cambiado; los sigo mirando con los mismos ojos, les sigo teniendo el mismo respeto y veneración que antes; y si no hay mejores, ten por seguro que no cederé ahora tocante a lo que me propones, aun cuando la multitud, para espantarme como a un niño, me presente imágenes aún más terribles que la confiscación, las cadenas y la muerte. ¿Cómo, pues, examinaremos esto lo mejor posible? Volviendo a lo que decíamos ahora poco sobre las opiniones y viendo si siempre, en toda ocasión, está bien dicho que hay opiniones que debemos tomar en cuenta y otras que no nos deben importar; o si sólo estaba bien dicho esto antes de mi condena, mientras que ahora se ve que hablábamos así, hablar por hablar, por diversión. Lo que yo quiero examinar contigo, Critón, es si los principios que antes sustentábamos, cambian ahora que es otra mi situación, o si siguen siendo los mismos; si hemos de dejarlos o de ajustarnos a ellos. Me parece que hemos dicho muchas veces, y en serio, lo que yo decía hace un instante, a saber, que entre las opiniones de los hombres las hay que deben importarnos y otras que no merecen ninguna consideración. Critón, por todos los dioses, ¿no crees que eso está bien dicho? Y pues tú, según todas las apariencias humanas no corres riesgo de morir mañana, no turbará tu juicio el temor de una desgracia inminente. Por lo mismo, reflexiona; ¿no teníamos razón cuando decíamos que no hay que hacer caso de todas las opiniones, sino solamente de unas, las de ciertos hombres, pero no de las otras, de las de todo el mundo? ¿Qué dices? ¿No te parece esto justo?

Critón.—Muy justo.

Sócrates.—¿De manera que según esto, hay que respetar las buenas y despreciar las malas opiniones?

Critón.—Sí, cómo no.

Sócrates.—Pero las buenas ¿no son las de los hombres juiciosos? y las malas ¿no son las de los ignorantes?

Critón.—Innegablemente.

Sócrates.—¿Y en qué nos fundábamos entonces, Critón? Dime: el que se ejercita en la gimnasia y se dedica a ella seriamente. ¿hace caso de la opinión de un cualquiera, de sus elogios, de sus censuras o sólo se cuida de lo que diga el médico o el maestro de gimnástica?

(*) La idea de lo justo es la dominante de Platón en la mayor parte de sus diálogos, sobre todo en el **Euthifrón**, la **Apología**, el **Critón**, el **Fedón**, el **Gorgias o triunfo de la justicia por la retórica**, **La República** y **Las Leyes**. En el libro IV de **La República**, dice Sócrates que la justicia consiste en no apoderarse del bien ajeno y a la vez en no dejarse privar del propio: a seguido desarrolla y generaliza este principio; vuelve a él sin cesar y en todas formas.

Critón.—Sólo le importa la opinión del médico o del gimnasta.

Sócrates.—Luego sólo debe temer la censura y buscar la alabanza de ambos, sin cuidarse de la muchedumbre.

Critón.—Claro.

Sócrates.—Consecuentemente deberá conducirse, ejercitarse, comer y beber según el consejo del hombre entendido, más bien que como opinan todos los demás.

Critón.—Cierto.

Sócrates.—Mas si desatiende al maestro en vez de escucharle sólo a él, si desdeña sus consejos y sus elogios para escuchar al vulgo que nada sabe, ¿no le ocurriría ningún mal?

Critón.—Sí.

Sócrates.—Pero ¿qué mal? ¿de qué índole? ¿cuáles serán sus consecuencias? ¿dónde atacará al hombre que así desobedece?

Critón.—En el cuerpo, evidentemente; en el cuerpo, que es el que se perjudica.

Sócrates.—Tienes razón. Y, por no ser prolijo, te diré que lo mismo sucede con todo lo demás, pero singularmente con lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, el bien y el mal, que son ahora el tema de nuestra discusión. ¿Nos cumple temer y seguir la opinión de la multitud o es la opinión de aquel uno, si le hay que sea entendido, la que debemos respetar y temer más que todas las otras juntas? Si no la seguimos, corromperemos y dañaremos la parte de nuestro ser que se perfecciona mediante la justicia y perece mediante la injusticia. ¿O no habrá nada de eso?

Critón.—Sí, lo hay.

Sócrates.—Y si por seguir la opinión de los que no entienden degradamos la parte de nuestro ser que mejora con un régimen higiénico y desmejora con lo insalubre, ¿es posible que vivamos cuando esta parte se halla así corrompida? ¿es deseable la vida de ese modo? Y esta parte que digo es el cuerpo, ¿verdad?

Critón.—Sí.

Sócrates.—¿Y podrá sernos grata la vida con un cuerpo enfermo y lleno de podre?

Critón.—Ya lo creo que no.

Sócrates.—Y si hemos dejado corrompérsenos esa otra parte de nuestro ser que fortifica la justicia y que la injusticia daña, ¿entonces qué? ¿O es que consideramos menos noble que el cuerpo esa otra parte a la cual se refiere la justicia y la injusticia?

Critón.—De ningún modo.

Sócrates.—¿No es, por el contrario, la más valiosa?

Critón.—Mucho más.

Sócrates.—De consiguiente, mi caro amigo, no hay que apurarse por lo que haya de decir de nosotros la multitud, sino que lo

único que nos importa debe ser lo que diga aquel que conoce lo justo y lo injusto; y tal juez no es otro que la verdad. Ya ves que, por de pronto, no tenías razón cuando asegurabas que hay que cuidarse de la opinión de la multitud sobre lo justo, lo bello, el bien y sus contrarios. Pero, bueno—se me dirá tal vez—la multitud puede condenarnos a muerte.

Critón.—Seguro que se te dirá eso, Sócrates.

Sócrates.—Y con motivo. Pero, Critón, eso no quita nada a nuestro razonamiento. La multitud puede condenarnos; ¿y qué? Di: el principio de que lo que importa no es el vivir sino el vivir bien ¿subsiste o ha cambiado?

Critón.—Subsiste.

Sócrates.—¿Y el de que vivir bien no es otra cosa que vivir con arreglo a la probidad y a la justicia?

Critón.—Subsiste asimismo.

Sócrates.—Luego, según esto, lo que hay que examinar ahora es si con arreglo a la justicia cabe que intente yo salir de aquí sin el consentimiento de los atenienses. Caso de que sí, intentémoslo; de lo contrario, desistamos de ello. Por lo que hace a esas consideraciones de dinero que gastar, fama que perder e hijos que educar, resguárdate, Critón, que así es precisamente como razona esa multitud insensata que condena de ligero a un hombre a muerte y que de seguida, con la misma ligereza, devolveríale la vida, si pudiera. No; nosotros no podemos, en razón considerar otra cosa que lo que ahora decíamos, a saber: si pagando con dinero el servicio que recibamos haremos una acción justa; si ellos, los carceleros, sacándome de aquí, y yo consintiéndolo obraremos justamente; o si al obrar así cometeremos una injusticia todos. Es lo único que hay que tener en cuenta; y si resulta lo último, que no somos justos obrando así, no hay que discutir siquiera, sino que hay que esperar la muerte con tranquilidad y sufrirlo todo primero que cometer injusticia ninguna.

Critón.—No te falta razón, creo. Conque mira lo que hemos de hacer.

Sócrates.—Examinémoslo juntos, mi querido amigo; y caso de que tengas alguna objeción que oponerme, expón tus razones; que he de ceder a ellas si las creo buenas; pero, de otro modo, cesa de repetirme a cada paso que debo salir de aquí contra la voluntad de los atenienses. Tengo en mucho el que me persuadas a hacerlo. Mira, pues, si el principio en que me fundo se encuentra suficientemente demostrado y procura responder a mis preguntas con la mayor sinceridad.

Critón.—Lo procuraré.

Sócrates.—¿No decimos que nunca hay que cometer deliberadamente una injusticia? ¿O lo que decimos es que en ciertas cir-

cunstancias sí está permitido cometerla, y en ciertas otras no? Di, Critón: ¿aquello de que jamás es bueno ni honesto cometerla. en que conveníamos antes de ahora, es verdad hoy? ¿o porque han pasado unos cuantos días ya no queda nada de este acuerdo de ideas que nos unió antes? ¿Será posible, Critón, que a nuestra edad, sin darnos cuenta de ello, nuestras pláticas más graves no hayan sido más que niñerías? ¿Será posible que no haya nada de lo que decíamos entonces? Que el vulgo lo reconozca o no, que la fatalidad nos reserve una suerte más rigurosa o más benigna, di: ¿no sigue siendo tan verdad que en todo caso la injusticia es para quien la comete un mal y un oprobio? ¿Admitirás o negarás este principio?

Critón.—Lo admito.

Sócrates.—Luego de ningún modo se debe hacer una injusticia.

Critón.—De ningún modo.

Sócrates.—Ni tampoco volver injusticia por injusticia, como cree el vulgo, pues aunque a uno se la hagan no hay que hacerla.

Critón.—Evidentemente.

Sócrates.—¿Y es lícito o no el hacer mal a alguno, Critón?

Critón.—Ya lo creo que no.

Sócrates.—¿Pero, es cosa justa devolver mal por mal como asegura el vulgo?

Critón.—Injusta.

Sócrates.—Sí. Porque no hay diferencia entre hacer mal a alguno y ser injusto.

Critón.—Cierto.

Sócrates.—Luego no se debe volver injusticia por injusticia. ni hacer mal a nadie, sea cual fuere el mal que nos haya hecho. Pero ten mucha cuenta aquí, Critón; al concederme esto, no vayas contra tu propia opinión; porque bien sé que pocas personas lo admiten. Es imposible que entre los que lo admiten y los que no. haya comunidad de ideas, antes tendrán que despreciarse mutuamente, viendo lo opuestas que son. Conque reflexiona bien sobre este punto; mira si estás conmigo o no. Comencemos, pues, la discusión partiendo del principio de que nunca se debe ser injusto. ni devolver injusticia por injusticia, ni vengarse de un mal con otro mal. ¿O te separas en esto de mí y niegas la verdad de tal principio? Por mi parte hace mucho que lo adopté y sigo creyendo en él. Pero si eres de otro parecer, dilo, y dame tus razones. O, si por el contrario, persistes en las mismas ideas que antes, óyeme lo que se infiere de ellas.

Critón.—Persevero en las mismas ideas y sigo pensando como tú. Conque, habla.

Sócrates.—Te diré, pues, las consecuencias que dimanan de

dicho principio. O, mejor, responde: ¿Una persona que ha contraído un compromiso justo debe cumplirlo o faltar a él?

Critón.—Debe cumplirlo.

Sócrates.—Sentado esto, examina ahora esto otro: Saliendo de aquí sin consentimiento de la República, ¿haremos mal a alguno, y precisamente a quien menos debemos hacerlo, o no? ¿Permanecemos fieles, sí o no, a los justos compromisos que hemos contraído?

Critón.—No acierto a responder a esa pregunta, porque no la comprendo.

Sócrates.—A ver si la comprendes de esta otra manera, Critón; si estando nosotros para fugarnos o para salir de aquí, como quieras decirlo, viniesen las Leyes y el Estado y presentándose delante de nosotros nos dijeran: —"¿Qué vas a hacer tú, Sócrates? La acción que intentas no tiene otro fin que el de destruirnos, en lo que está de tu parte, a nosotras que somos las Leyes y con nosotras a toda la República. ¿O crees que subsista el Estado y no caiga por su base cuando las sentencias que se dan no tienen fuerza alguna y son violadas y anuladas por simples particulares?" Dime, Critón, lo que responderías a éste y otros parecidos reproches. Porque habría mucho que decirnos, sobre todo si es un abogado el que habla, tocante a esta infracción de la ley que ordena que las sentencias tengan toda su sanción. ¿O responderíamos a las Leyes que la República ha sido injusta con nosotros y no ha sentenciado bien? ¿Esto es lo que responderíamos?

Critón.—Eso, y nada más que eso, Sócrates.

Sócrates.—"¡Cómo, Sócrates!—replicarían las Leyes—¿en eso habíamos quedado contigo? ¿no habíamos convenido en que las sentencias dictadas por la República serían ejecutadas?" Y si nos sorprendiésemos de oírlas hablar así, tal vez nos dirían: "No te extrañes, Sócrates, antes respóndenos, ya que siempre andas preguntando y respondiendo. Ea, di: ¿qué quejas tienes contra nosotras y contra la República, que así intentas derrocarnos? En primer lugar ¿no somos nosotras las que te dimos vida? ¿no somos nosotras las que hemos regido la unión de tu padre y de tu madre como también tu nacimiento? (*) Di; ¿tienes que quejarte de aquellas de nosotras que regulan los matrimonios; las encuentras malas?"

Critón.—No, en verdad—diría yo.

Sócrates.—"¿O te quejarás de aquellas otras que atañen a la crianza del hijo y a la educación que recibiste? Las que fueron establecidas para tal objeto, no eran buenas cuando ordenaban

(*) En Atenas había una ley que ordenaba casarse a todo ciudadano.

a tu padre que te educase en los ejercicios de la gimnasia y de la música?" (*)

Critón.—Muy buenas,—respondería yo.

Sócrates.—"Entonces, pues que a nosotras nos debes tu nacimiento, tu crianza y tu educación, ¿negarás que eres hijo nuestro, y aun esclavo, tú y tus mayores? Y siendo así, ¿crees por ventura que tienes los mismos derechos que nosotras, de modo que sea en ti justo intentar contra nosotras lo que nosotras podamos intentar en contra tuya? Pues qué; ¿conque no tienes el mismo derecho respecto a tu padre, ni respecto a tu señor, si te tocó tener alguno, de tal manera que no te es lícito devolverles mal por mal, ni injuria por injuria, ni golpe por golpe, ni otras muchas cosas a ese tenor; y te va a ser lícito respecto a la patria y a las leyes, de manera que si pronunciamos tu sentencia de muerte, creyéndola justa, intentas a tu vez matarnos, a nosotras las Leyes, y a la Patria con nosotras, en cuanto esté de tu parte, y dirás que obrando así estás en tu derecho, tú el que te consagras del culto de la Virtud y la Justicia? ¿a tan poco llega tu sabiduría que ignoras que la Patria es más veneranda, más augusta y más santa y en mayor consideración tenida entre los dioses y los hombres sensatos, que la madre, el padre y todos los abuelos? ¿que hay que tener para con la patria, así esté irritada, más respeto, más sumisión y consideraciones que para con un padre? ¿que se la debe apaciguar por la persuasión o sufrir sin murmurar lo que ella ordena, ya nos condene a azotes o a prisiones, ya nos envíe a la guerra a ser muertos o heridos? ¿que nos cumple obedecerla siempre, que es de justicia obedecerla, que nunca jamás hay que cejar, ni huír, ni abandonar el puesto? ¿que allá en los combates, como acá en los tribunales, siempre dondequiera se debe hacer lo que la Patria y el Estado mandan o emplear los medios de persuasión debidos? ¿que, en fin, que si es una impiedad cometer violencia con el padre de uno o con la madre, impiedad mucho mayor aún es cometer violencia contra la patria?" —¿Qué responderíamos a esto, Critón? ¿Reconoceríamos que las leyes decían verdad, o no?

Critón.—Me parece que sí.

Sócrates.—"Considera, pues—añadirían las Leyes—que si decimos la verdad, como tú reconoces, lo que intentas contra nosotras no es justo. Porque no sólo te hemos dado la vida, te hemos alimentado y educado, te hemos hecho compartir, a ti y a los demás ciudadanos, aquellos bienes que podemos, sino que además, declaramos que cualquier ateniense que después de haber sido

---

(*) La música comprendía el estudio de las letras, de las ciencias y de las artes: la gimnástica no se ocupaba sino en lo tocante a ejercicios del cuerpo.

inscrito en la clase de los efebos y de haber visto cómo funciona la República y de habernos visto a nosotras las Leyes, quiera irse, libre es de hacerlo, y tiene derecho, si no le gustamos, a emigrar con sus bienes dondequiera. Ninguna de nosotras las Leyes impide que si alguno quiere ir a una colonia, porque no le agradamos ni nosotras ni la República, o hasta si quiere irse a establecer en tierra extraña, lo haga de seguida. Pero aquel que se quede aquí después de saber cómo administramos justicia y regimos los negocios de la ciudad, de ese decimos que con sólo el hecho de quedarse, se ha comprometido a hacer cuanto le ordenamos; y si no obedece le declaramos tres veces culpable: lo uno porque nos desobedece, a nosotras que le dimos el ser; lo otro porque nos desobedece, a nosotras que le dimos la educación; y luego, porque habiendo contraído la obligación de sernos sumiso, no quiere ni obedecer ni persuadirnos, si hacemos algo que no esté bien. Mientras nosotras le proponemos a buenas, no como orden tiránica, que haga lo que le ordenamos, permitiéndole una de dos cosas, o que nos persuada o que nos obedezca, él ni nos persuade ni menos nos obedece.

"He ahí, Sócrates, los delitos en que vas a incurrir si ejecutas tu propósito; y tu incurrirás en ellos más que ningún otro ateniense."

Y si yo dijese; ¿pues por qué así? ¿por qué más?—ellas me responderían: "Sócrates, tú nos has dado grandes pruebas de que te agradamos; pues no hubieras vivido siempre en la ciudad, a diferencia de los demás atenienses, si no te hubiese sido singularmente grata; y no saliste jamás de la ciudad, ni para ir a las solemnidades de Grecia, como no sea una sola vez a los juegos del Istmo, (*) ni a ninguna otra parte, sino para la guerra, ni hiciste jamás ningún viaje como suelen otros, ni se apoderó de ti el deseo de conocer otras ciudades y otras leyes, sino que te bastó con nosotras y nuestra ciudad; y de tal manera nos preferías y te avenías a vivir bajo nuestro régimen que, entre otras cosas, quisiste ser padre de familia aquí, prueba evidente de que la ciudad te agradaba. Sobre que, aún en tu proceso, Sócrates, hubieras podido hacerte condenar al destierro, si lo hubieses querido, haciendo así con nuestra venia lo que intentas ahora pese a nosotras. Entonces te jactabas de no temer la muerte y de preferirla a la expatriación. Y ahora sin consideración a estas bellas palabras, sin respeto a nosotras las Leyes, meditas nuestra ruina, haces lo que el más vil esclavo, vas a huír, Sócrates, contra los pactos y compromisos que habías contraído de vivir bajo nuestro régimen. Por-

---

(*) En el istmo de Corintio es donde se celebraban los juegos ístmicos, en honor de Neptuno.

que, ante todo, responde: ¿decimos o no verdad cuando aseguramos que has convenido, no de palabra, sino de hecho, en someterte a nosotras?" ¿Qué contestar a esto, Critón? ¿Hay otra cosa que confesarlo?

Critón.—De veras, es preciso confesarlo.

Sócrates.—"¿Y no violas los pactos y compromisos que te ligan a nosotras?—seguirían diciendo.—Sí, los violas. Y sin embargo, no los habías contraído ni por presión ni por sorpresa, ni por engaño, ni porque no tuvieras el tiempo de pensar sino que has tenido, para pensar en ello, setenta años, durante los cuales te dábamos el derecho de ausentarte si no estabas satisfecho de nosotras y si nuestros pactos no te parecían justos. Pero tú no has salido de aquí, no has preferido a Lacedemonia (*) y ni a Creta, que tanto las elogias por su gobierno, ni a ninguna otra ciudad griega o extranjera, sino que te has ausentado de Atenas menos aún que los cojos, ciegos y demás inválidos; prueba clara de que sentías más cariño que los demás atenienses por esta ciudad y por nosotras las Leyes: ¿pues cabe amar una ciudad sin amar las leyes de ella? ¿Y habías de ser ahora infiel a tus compromisos? No, Sócrates, no; haznos caso y no te expondrás al ridículo saliendo de Atenas.

"Considera, además, ¿qué vas a ganar tú ni qué van a ganar tus amigos, con que seas infiel a tus compromisos; qué, Sócrates? Porque es casi seguro que tus amigos serán desterrados, se verán privados de su patria, o perderán todos sus bienes; y tú si te refugias en alguna ciudad vecina, en Tebas o en Megara, que están regidas por buenas leyes, serás recibido como un enemigo del régimen; todos aquellos que sientan apego a su país verán en ti un hombre sospechoso, un corruptor de las leyes y tú mismo confirmarás la opinión de que tus jueces te condenaron justamente: que todo corruptor de las leyes pasará también por corruptor de jóvenes y de gentes sencillas. ¿Y huirás de las ciudades mejor gobernadas y del trato de los hombres más virtuosos? Pero, dinos: ¿merece entonces la pena de vivir? O si te acercas a ellos, ¿qué palabras les dirás. ¿Tendrás el cinismo de repetirles lo que sueles ahora, de que el hombre debe amar por encima de todo la virtud, la justicia, las leyes, la obediencia a las leyes? ¿No crees que han de hallar vergonzosa la conducta de Sócrates? Pues fuerza es que lo creas. Pero bien; te irás lejos de estas ciudades bien regidas y llegarás a Tesalia, a casa de los amigos de Critón. Y allí sí; allí reinan el desorden y la licencia, y tal vez te oigan con gusto referir la manera chusca cómo te fugaste envuelto en un manto, cubierto

---

(*) Tanto en **La República**, libro VIII, como en el **Primer Alcibíades**, el **Minos** y el libro primero de **Las Leyes**, Sócrates, en Platón, hace gran elogio del gobierno y las leyes de Creta y Lacedemonia.

con alguna piel de chivo, disfrazado, en fin, según van todos los fugitivos, sin que nadie pudiera conocerte. ¿No habrá ninguno que se extrañe de que a tu edad, quedándote tan poco tiempo de vivir, hayas tenido el valor de transgredir las leyes más santas por conservar una existencia tan mísera? Posible es que no, si no ofendes a nadie; porque de otro modo, habrás de oír no pocas frases humillantes e indignas de tí, Sócrates. Vivirás reducido a sobajarte, a captarte la benevolencia de todos con halagos y vilezas. ¿Y qué harás allí en Tesalia no siendo andar en busca de festines, como si no hubieras ido a otra cosa que a una cena? Y todos tus discursos sobre la justicia y sobre las demás virtudes, ¿en qué quedarán? Pero tus hijos, dices que por tus hijos quieres vivir, para criarlos y educarlos. ¿Y cómo es eso? ¿los llevarás a Tesalia (*) a educarlos? ¿los harás extranjeros encima, para que te deban este otro favor? ¿O no harás esto, sino que los dejarás en Atenas, lejos de tí y así, aun cuando no estés con ellos, se criarán y educarán mejor? Tus amigos se cuidarán de ello; cierto. Pero ¿qué necesidad tienes de irte a Tesalia desterrado para que los amigos se cuiden de la educación de tus hijos? ¿Es que si vas al Orco los han de abandonar? No, Sócrates, si los que se dicen tus amigos valen algo, y es de creer que valen.

"Conque sigue los consejos de nosotras a quienes debes la existencia; no hagas más aprecio ni de tus hijos, ni de tu vida. ni de cosa del mundo, que de la Justicia, para que allá cuando llegues al otro mundo puedas alegarlo en tu defensa ante los jueces que allí juzgan. Porque si haces lo que te proponen, huír, no tornas mejor tu causa, ni más justa ni más santa, así para tí como para los tuyos, aquí ni en el otro mundo que te espera. Mientras que si mueres ahora, mueres víctima de la injusticia, que no de las Leyes; mueres víctima de los hombres. Mas si te fugas, cometiendo injusticia a tu vez y de un modo tan vergonzoso, volviendo mal por mal, violando tus convenios con nosotras, maltratando a aquellos a quien debes mayores miramientos, a tí mismo, a tus amigos, a tu patria, a nosotras las Leyes, si tal haces. entonces te perseguiremos mientras vivas con toda nuestra enemistad, y después de tu muerte nuestras hermanas las leyes de la otra vida no te acogerán bien, sabiendo que hiciste cuanto estuvo de tu parte por derrocarnos. Conque, Sócrates, no sigas los consejos de Critón, sino los nuestros."

Tales son, sábelo mi querido amigo, las palabras que creo oír. como los Coribantes creen oír las flautas sacras de los místicos, y que resuenan dentro de mi alma de manera que soy insensible a

(*) La Tesalia era un país en que reinaban la licencia y el libertinaje: así es que Jenofonte nota que fué allí donde Critias se perdió.

otras voces. Está seguro que cuanto dijeres para combatirlas será inútil; al menos esa es mi convicción. Ahora, sin embargo, si piensas que has de adelantar algo, habla.

Critón.—No; nada tengo que decir, verdaderamente.

Sócrates.—Dejemos, pues, esta cuestión, querido amigo, y sigamos el camino por donde Dios nos guía.

LA INJUSTICIA DE LAS CONDICIONES SOCIALES

POR HENRY GEORGE

STA en la naturaleza de las cosas que unos han de ser pobres y otros ricos. Esta consoladora teoría, acompañada por la no menos errónea de que "la grande y constante desigualdad en la distribución de la riqueza no implica defecto en nuestras instituciones," penetra en nuestra literatura y se enseña en la prensa, en la iglesia y en la escuela.

Este es, se nos dice, un país libre; cada hombre posee un voto y una ventura. El hijo del labriego puede llegar a ser presidente; pobres niños de hoy, pueden llegar a ser millonarios de aquí a treinta o cuarenta años, y los nietos de los millonarios serán pobres probablemente. ¿Qué más puede pedirse? Si un hombre tiene energía, iniciativa, prudencia y previsión, puede abrirse camino hacia la gran riqueza. Si carece de la habilidad necesaria para ganarla, no debe lamentarse de que otros la tengan. Si algunos disfrutan mucho y hacen poco, es porque ellos mismos o sus padres gozaban de las superiores cualidades que les permitieron *hacerse propietarios* o *reunir dinero*. Si otros tienen que trabajar mucho para ganar poco, es porque no han sabido llegar a la meta, porque son ignorantes, faltos de ingenio, incapaces de practicar las necesarias economías para la primera acumulación de capital o porque sus padres tenían estos mismos defectos. Las desigualdades de condición resultan de las desigualdades de la naturaleza humana, de las diferencias de las capacidades y facultades de los individuos. Si el uno tiene que afanarse durante diez o doce horas al día por unas cuantas centenas de pesos al año, mientras el otro, haciendo poco o ningún trabajo costoso, percibe una renta de varios miles, es porque todo con lo que el primero contribuye al aumento de la riqueza común es poco más de lo que da la fuerza de sus músculos.

Puede pretender poco más que el animal, porque apenas pone en juego algunas facultades más que las de éste. No es más que un soldado raso en las filas del gran ejército de la industria, que ha de marchar o permanecer firme, según se le manda. El otro es el organizador, el general, que guía y maneja la gran máquina completa, que tiene que pensar, concertar y proveer, y sus grandes

remuneraciones son únicamente proporcionadas al compararlas con las más altas y arduas potestades que ejerce y con la mucha mayor importancia de las funciones que desempeña. ¿No ha de tener la educación su premio y la habilidad su pago? ¿Qué incentivo habría entonces en aprender bien cualquier cosa, si no fuera por los diplomas que puedan obtener los que se distinguen? No sería solamente una gran injusticia negar más a un Rubens o a un Rafael que a un pintor de brocha, sino que sería tanto como impedir el adelanto y la existencia de grandes pintores. Destruir la desigualdad de condición equivaldría a destruir el incentivo del progreso. Oponerse a ella es oponernos a las leyes de la naturaleza. Lo mismo podríamos oponernos a la duración del día o a las fases de la luna; quejarnos de que haya valles y montañas, zonas de calor tropical y regiones de nieves eternas. Y si pudiéramos por medio de medidas violentas dividir con igualdad la riqueza, no realizaríamos más que un daño; al poco tiempo volverían a ser las desigualdades tan grandes como antes.

Esta es, en substancia, la doctrina que constantemente oímos, y que aceptan, unos porque halaga su vanidad, porque concuerda con sus intereses o porque agrada a sus esperanzas, y otros porque con ella tienen aturdidos sus oídos. Como todas las falsas teorías que han adquirido vasta aceptación, contienen éstas mucha verdad. Pero verdad aislada de otra verdad o ligada con falsedad. Tratar de extraer el agua de un barco que tenga un agujero en el fondo, sería vano; pero esto no quiere decir que no pueda cerrarse la vía de agua y entonces dejarlo seco. Es innegable que bajo las presentes circunstancias, las desigualdades en la fortuna tenderían a reaparecer por sí mismas y a afirmarse de nuevo, aun siendo arbitrariamente niveladas por un momento; pero esto no prueba que las condiciones de las cuales esas tendencias de desigualdad provienen, no puedan ser modificadas. Ni porque existan diferencias entre las cualidades y facultades humanas, puede seguirse que las desigualdades de fortuna existentes queden justificadas o respondan a aquellas diferencias. He visto cajistas compositores muy rápidos y otros muy lentos, pero el más ágil de los que vi no podría colocar el doble de tipos que el más pausado, y dudo que en las demás profesiones sean mayores las diferencias. Entre personas normales, la diferencia de un sexto o un séptimo es una gran diferencia en la estatura: el más alto gigante que se ha conocido tenía escasamente cuatro veces la altura del más pequeño enano conocido también, y dudo que algún buen observador pueda decir si las diferencias mentales entre los hombres son más notables que las físicas. No obstante tenemos hombres cientos de millones de veces más ricos que otros.

El que produce debe poseer, el que economiza debe disfrutar;

este principio está de acuerdo con la razón humana y con el orden natural. Pero las desigualdades de fortuna existentes no pueden justificarse en este terreno. En materia de hechos, ¿cuántas grandes fortunas pueden decirse leal y honradamente ganadas? ¿Cuántas de entre ellas representan riquezas producidas por sus poseedores o por aquellos de quienes deriva su actual posesión? ¿No entró en la formación de esas fortunas algo más que la alta iniciativa y la habilidad? Estas cualidades producen el primer impulso, pero cuando las fortunas empiezan a rodar hacia los millones, se encontrará siempre algún elemento de monopolio o alguna apropiación de riqueza producida por otros. Frecuentemente hay en ellas una ausencia absoluta de alta iniciativa, habilidad o abnegación de sí mismo y, si de cerca se las mira, de gran escrupulosidad.

Recientemente ha muerto en San Francisco un conocido mío, dejando 8.000,000 de pesos que irán a parar a herederos residentes en Inglaterra. He conocido muchos hombres más industriosos, más listos, más sobrios que él; hombres que no dejaron o que no dejarán un céntimo. Este no ganó su fortuna por su industria, por su perspicacia o por su sobriedad. No la creó ni más ni menos que aquellos dichosos parientes de Inglaterra que ahora podrán vivir sin hacer nada hasta el fin de sus días. Se hizo rico por la adquisición de unos terrenos en los primeros tiempos, los cuales ascendieron a un valor inmenso al extenderse la ciudad. Su riqueza no representaba, pues, lo que él hubiese ganado, sino lo que el monopolio de aquel pedazo de la superficie terrestre le había permitido apropiarse de las ganancias de los demás.

El otro día murió un hombre en Pittsburg, dejando 6.000,000 de pesos. Puede o no haber sido particularmente industrioso, listo y económico, pero no fué por virtud de estas cualidades por lo que llegó a ser tan rico. Fué porque en Washington ayudó a hacer pasar un proyecto de ley que, so pretexto de "proteger a los obreros norteamericanos contra el mezquino trabajo de Europa," le dió la ventaja de la tarifa al 60 por 100. Hasta el día de su muerte fué un decidido proteccionista, y aseguraba que el libre cambio arruinaría nuestras "nacientes industrias." Es evidente que los 6,000.000 de pesos que consiguió ahorrar en su propia "industria naciente" no representaban lo que él había añadido a la producción. Era, por el contrario, lo que la ventaja obtenida por la tarifa le había permitido apropiarse de los bienes y beneficios de otros.

Estos elementos del monopolio, de la apropiación y de la expoliación, serán cuando vengamos a analizarlos, la explicación de todas las grandes fortunas.

Hay dos clases de individuos que razonan siempre como si las fortunas resultasen de la fuerza del aumento debido al capi-

tal: los que declaran que el sistema social presente es perfecto, y los que denuncian el capital e insisten en la abolición de los intereses. El capitalista típico de una de estas dos series, es el que economizando sobre sus beneficios dedica el remanente a ayudar la producción y se hace rico por el natural aumento de su capital. La otra serie calcula lo que un peso colocado al seis por ciento e interés compuesto produce en cien años, y dice que debemos abolir los intereses si queremos evitar el desarrollo de las grandes fortunas.

Pero considero difícil poder citar como ejemplo cualquier gran fortuna debida realmente al legítimo aumento del capital obtenido por la industria.

La gran fortuna del duque de Westminster, el hombre más rico entre los ricos de Inglaterra, es el resultado de la apropiación únicamente. No proviene de ganancias obtenidas por el duque actual ni por ninguno de sus antecesores, como tampoco de ellas provienen las grandes fortunas otorgadas por los monarcas rusos a sus favoritos, al reconocerles propiedad sobre millares de súbditos rusos que les daban como siervos. Un rey de Inglaterra, muerto ha mucho tiempo, concedió a uno de los antepasados del actual duque de Westminster una extensión de terreno, sobre la cual se levanta hoy una gran parte de la ciudad de Londres, es decir, le dió el privilegio, reconocido aún por el estúpido pueblo inglés, que permite al citado duque una parte de las ganancias de tantos miles de ingleses de la presente generación.

De igual modo también, las grandes fortunas de los cerveceros y destiladores ingleses han sido edificadas en su mayor parte por la operación de sisar sobre los paternales monopolios y la concentración de los negocios.

O volviendo de nuevo a los Estados Unidos, tomad como ejemplo la fortuna de los Astor. En su mayor parte representa, como las rentas del duque de Westminster y de otros potentados ingleses, una apropiación semejante de las ganancias de los demás. El primer Astor hizo un convenio con cierta gente de su tiempo, por virtud del cual sus hijos tienen derecho ahora a tasar a los hijos de otros, a exigir una gran parte de sus beneficios a muchos miles de individuos de la actual población de Nueva York. Su principal elemento no es ni la producción ni el ahorro. No hay sér humano que pueda producir o atesorar tierra. Aunque todos los Astor hubieran permanecido en Alemania, o aunque nunca hubiese existido ningún Astor, la tierra de la isla Manhattan estaría aquí lo mismo.

Tomad la gran fortuna de Vanderbilt. El primer Vanderbilt era un banquero que ganó y reunió sus primeras economías a fuerza de rudo trabajo. Pero no fué el trabajo ni la economía lo

que le permitió dejar tan colosal fortuna. Fué la expoliación y el monopolio. Tan pronto tuvo dinero bastante, lo utilizó como una maza para arrebatar a los demás sus beneficios. Impulsó líneas de concurrencia y monopolizó servicios de vapores. Luego emprendió la misma táctica con los ferrocarriles. La fortuna de los Vanderbilt no proviene, pues, de la economía y el trabajo.

Tomad, si no, la asombrosa fortuna de Gould. Mr. Gould puede haber adquirido su primer impulso por una superior iniciativa y gran abnegación. Pero no es eso lo que lo ha hecho dueño de cien millones. Fué haciendo quebrar ferrocarriles, comprando jueces, corrompiendo legisladores, formando círculos y combinaciones para elevar o depreciar valores y tarifas de transportes.

Ved las fortunas creadas por medio de prósperas patentes. Así como en muchas fortunas el primer elemento ha sido el aumento de valor de las tierras, así en éstas lo ha sido el monopolio puro y simple. Y aún cuando no discuto ahora la ventaja de las leyes sobre las patentes, puede observarse de paso que, en la gran mayoría de los casos, los hombres que hacen su fortuna con patentes no son los mismos que han hecho los inventos.

Entre todas las grandes fortunas, y en realidad entre casi todas las adquisiciones que en nuestros tiempos pueden legítimamente calificarse de fortunas, discurren esos elementos de monopolio, expoliación y azar. El jefe de una de las más importantes casas manufactureras de los Estados Unidos me decía recientemente: "No es con nuestros negocios ordinarios con lo que ganamos el dinero; lo ganamos cuando podemos obtener un monopolio." Y esto es lo cierto en la generalidad de los casos, según yo creo.

Considerad la importantísima parte que en la creación de las fortunas ha tenido y sigue teniendo el aumento del valor del terreno en los Estados Unidos. Esto, por supuesto, no es más que un monopolio puro y simple. Cuando el terreno aumenta en valor, no significa que su dueño haya añadido nada a la riqueza general. El dueño puede no haber visto nunca el terreno ni haber hecho nada para mejorarlo. Puede, y aun esto ocurre a menudo, vivir en una capital muy distante, o en un país extranjero. El aumento del valor de la tierra indica únicamente que sus propietarios, por virtud de su apropiación de una cosa que existía antes que el mismo hombre, tienen la facultad de apoderarse de una parte importante de la riqueza producida por el trabajo de otros individuos.

Considerad cuánto han hecho los monopolios creados y las ventajas concedidas a gente sin escrúpulos por las tarifas y por nuestro sistema de tasación interior; cuánto han hecho el ferrocarril, el telégrafo, el gas, el agua y otros monopolios semejantes en la concentración de la riqueza, y las tarifas especiales, el agio-

taje sobre regadíos, el juego, el destructivo empleo de la riqueza en el estímulo o la compra de una oposición que al fin paga el público, y otras muchas cosas que éstas sugieren; consideradlo, y al final resultará que la desigual distribución de la riqueza es en gran parte debida a pura expoliación; que la razón por la cual los que trabajan penosamente ganan tan poco, mientras que tantos que trabajan poco ganan mucho, es en gran medida que los beneficios de una de las clases son de una manera o de otra, estafados con más o menos sutileza para hinchar las ganancias de la otra.

Este estado de cosas, que pretende ser más correcto porque haya individuos que constantemente se abren camino desde las filas de los que obtienen poco en sus ganancias a las de los que obtienen mucho, sería como el caso de que los marinos mercantes se hicieran piratas de continuo y participando en los beneficios de la piratería, quisiesen probar que ésta es legal y que nada debiera hacerse para suprimirla.

No estoy delatando al rico, ni tratando, al hablar de estas cosas, de excitar la envidia ni el odio, pero si deseamos obtener un claro conocimiento de los problemas sociales, tenemos que reconocer el hecho de que los monopolios que permitimos y creamos, las ventajas que damos a un hombre sobre otro, los métodos de extorsión sancionados por la ley y por la opinión pública, son las causas a que se debe que algunos individuos hayan llegado a hacerse tan inmensamente ricos mientras otros permanecen miserablemente pobres. Si miramos a nuestro alrededor y observamos los elementos de monopolio, extorsión y expoliación que contribuyen a elevar todas o casi todas las fortunas, vemos cuán poco francos e ingenuos son aquellos que nos predican que nada hay de injusto o de erróneo en las relaciones sociales, y que las desigualdades en el reparto de las riquezas proceden de las desigualdades de la naturaleza humana, y también cuán aturdidos son los que hablan del capital como si fuese un enemigo público y proponen planes para restringir arbitrariamente la adquisición de la riqueza. Podemos dejar que cada uno llegue libremente a ser todo lo rico que pueda, si no despoja a los demás al enriquecerse.

MEXICO Y PEREZ GALDOS

POR JOSE JUAN TABLADA

SE recomienda la lectura de todas las novelas y dramas de Galdós, porque Galdós es el génio de nuestra raza en los últimos tiempos; porque sus obras están inspiradas en un amplio y generoso concepto de la vida, y porque en ellas se descubre un motivo que no está en la tragedia griega, ni en ninguna otra literatura: la bondad del corazón como una forma de lo sublime, como un sacrificio en que se aniquila el sujeto; pero derramando sobre el mundo raudales de gracia vivificadora y fortificante."

Estas son las razones que tuvo la Universidad Nacional de México, para recomendar la lectura de las obras de Pérez Galdós. A esas consideraciones de vasto alcance moral y estético, se unen otras que deben inspirar a todo mexicano una especial simpatía por el gran novelista.

Galdós se manifestó siempre como un alto apreciador de las virtudes mexicanas y así lo manifiestan los siguientes párrafos que desglosamos de sus obras:

El Charro Mexicano. "Era diestro y seguro jinete, de esa escuela mexicana, única que parece fundir en una sola pieza el corcel y el hombre."

Las figuras de tecali...... "variedad grande de objetos fabricados con ese jaspe mexicano que, por la viveza de sus colores y la transparencia de sus vetas no tiene igual en el mundo. Eran jarroncillos y pisapapeles, la mayor parte de estos imitando frutas, siendo en algunas piezas casi perfecto el engaño de la piedra haciéndose pasar por vegetal."

Las figuras de trapo y cera. "Dentro de lujosa vitrina había una linda colección de figurillas mejicanas, tipos populares expresados con verdad y gracia admirable en cera y trapo. Nada existe más bonito que estas creaciones de un arte no aprendido, en el cual la imitación de la Naturaleza llega a extremos increíbles demostrando la aptitud observadora del indio y la habilidad de sus dedos para dar espíritu a la forma.

Sólo en el arte japonés encontramos algo de valor semejante a la paciencia y gusto de los escultores aztecas."

UNA CARTA DE GABRIELA MISTRAL

A JOSE VASCONCELOS

MI respetado Rector i compañero:

He recibido su Revista *El Maestro,* i quiero i debo felicitarlo por ella, útil, sencilla i sana de la primera a la última página.

He de confesarle que tengo la antipatía de las publicaciones pedagójicas. Son generalmente una mezcla de estadística i de artículos de un tecnicismo árido i torpe; son revistas que parecen escritas exprofeso para no ser leídas por nadie, fuera de unos cuantos eruditos pacienzudos, por lo unilaterales i lo pedantes. I muchas veces había pensado que tales publicaciones, llamadas pomposamente de educación, pero que no pueden educar a nadie, pues apenas son leídas, debieran ser semanarios amenos, donde halle algo aplicable a su vida todo hombre i toda mujer, donde el niño halle narraciones interesantes, el obrero conocimientos científicos puestos a su alcance i halle el profesor lectura espiritual. La crisis de los maestros es crisis espiritual: preparación científica no suele faltarles, les faltan ideales, sensibilidad i *evanjelismo* (perdone la palabra). La enseñanza técnica que recibieron primero i la cátedra después han ido haciendo de ellos, un recitador ordenado i paciente de textos i fórmulas, i el alma, o no la tuvo nunca o la ha perdido. Tal semanario haría más por la formación moral de un pueblo que la escuela muerta, fábrica de bachilleres; limpiaría las costumbres, crearía, con el amor a la lectura, una fuente delicada de placeres al hombre i la mujer pobre; haría más patria que los discursos del parlamento i, por último, obligaría a los escritores a ver claramente que tienen el deber de dar el sustento espiritual de su raza, que esa es su razón de que lleven el nombre i los honores de "intelectuales."

Piense usted si no me habrá alegrado encontrar todo, i algo más todavía, en su revista. Ahora, el que sea gratuita, colma mis ideales.

Gracias sean dadas a usted, i mui calurosas, por este inmenso bien, que los mejicanos han de saber medir i apreciar. Una obscura maestra del extremo del continente se las da con toda la sinceridad de su alma.

Como es bueno mostrar el bien que se realiza sólamente para que el milagro se multiplique, es preciso que ustedes la envíen a

todas partes. Mandándola a los semanarios populares de América, enseñarán a muchos periodistas inescrupulosos a *hacer* una revista para el pueblo, sin literatura dañada o cursi, sin la mundanería que les da tanta fotografía banal e inútil que publican con pretexto de actualidades; sin ese carácter tan antipático de folletines ilustrados, explotadores de la crónica policial más repugnante. Le pido, que, a ser posible, la manden a nuestras escuelas secundarias i sobre todo a las Normales.

No recuerdo bien si le hablé en mi anterior de su libro leído con verdadera delectación, delectación intelectual, por la claridad, el orden i la hondura del pensamiento; delectación artística por su forma hermosa. Es para mí inmenso asombro ver que es usted profesor universitario i que se ha librado de estas dos plagas de la literatura hecha por profesores: el recargo, por alarde de erudición, i la barbarie del estilo. Parece que ser profesor fuera tener la obligación de un estilo pedregoso o enjuto i muerto. Se lee mucho a los franceses, pero no se aprende su majia de divulgadores amenos i claros de la ciencia. El enseñar con gracia que pedía Rodó no es cosa de la cual se haya penetrado el hombre de ciencia en América. Es heroico que un joven lea, sin obligación para la prueba escolar, una obra de fondo. Teniendo excelentes historiadores, apenas se conocen sus obras, se leen sólo entre los especialistas. No quieren acordarse de que Dios mismo no ha soplado su aliento en libros sin belleza, puesto que la Biblia es un océano de hermosura, i dejan sólo a los poetas la lengua del sentimiento i la armonía, como si no fuera una especie de mandamiento tácito para el que pretende ser leído *el encantar*.

Ha hecho usted un esfuerzo mui honrado i enteramente nuevo en América, con explicar el budismo, i sobre todo, con darlo sin marañas de misterio, como lo da la teosofía. Yo me he leído varias obras sobre este tema, sin que de toda esa lectura me haya quedado un concepto nítido, neto, i mi ansia de claridad es mui grande cuando leo libros de esta índole, porque la vaguedad está permitida únicamente a la poesía, si es que le está permitida.....

Aquí, i a propósito de un elojioso comentario de Armando Donoso en *El Mercurio* se publicaron dos protestas por el latigazo de usted a la Teosofía. No lo libró de ellas su juicio afectuoso i justo sobre Ana Besant. En verdad, la señora Blavatski es un caos, a veces portentoso, pero a veces horrible i desconcertante, de ciencia i de imajinación infernal; se parece a los cráteres; tal vez su lava hirviente i sombría sea vivificante, pero da miedo e inspira desconfianza. Es una especie de cordillera, llena de abismos, su alma i su cerebro. La señora Besant, por el contrario, tiene la dulzura de las colinas; no siente el odio del cristianismo, i la luz del Evanjelio la conserva.

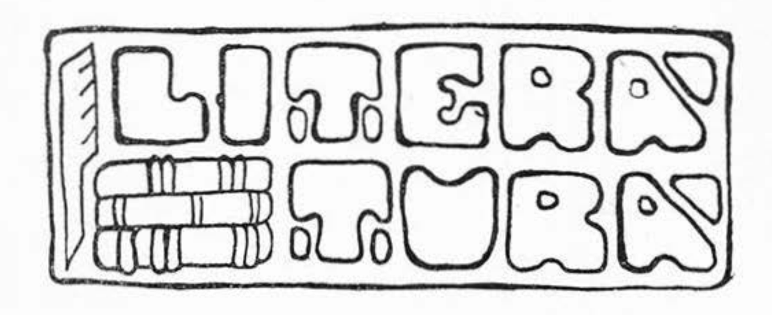
En nuestra época materialista, es valor escribir un libro en

el cual se comenta con respeto, sin chanzas necias i groseras, la gran relijión oriental; se teme caer en el ridículo, aunque los sabios tienen solamente otra forma de ridículo en ejercicio: la de una limitación de alumno de kindergarten i la de una manía del laboratorio, llevada a todo; creo que hasta al amor de la madre, porque nada han respetado i a nada que no sean sus aparatos de experimentación se han acercado con intención amorosa i respetuosa de comprender.

Es lástima grande que su libro, como la mayoría de las obras valiosas de la literatura mejicana, no llegue a las librerías. Hai aquí una librería de un profesor, mui prestijiosa, la *Editorial Minerva,* i podría remitir con confianza volúmenes allí.

Le agradezco infinitamente estos dos envíos i lo saludo con respeto i cordialidad.

Santiago, Correo 7. Ag. 21.



COMO ANDA EL MUNDO

POR F. MARIE AROUET DE VOLTAIRE

ENTRE los gênios que a los imperios del mundo presiden, ocupa Ituriel uno de los primeros puestos, y tiene a su cargo el departamento de Alta Asia. Bajó una mañana a la mansión del escita Babuco, a las orillas del Oxo, y le dijo así: Babuco, los persas han incurrido en nuestro enojo por sus excesos y sus desvaríos, y ayer se celebró una junta de genios de la Alta Asia para decidir si habían de castigar o destruir a Persépolis. Vete a este pueblo, examínalo todo; me darás cuenta, y por tu informe determinaré si he de castigar o exterminar la ciudad. Yo, señor, respondió humildemente Babuco, ni he estado nunca en Persia, ni conozco en todo aquel imperio a nadie. Más vale así, dijo el ángel, que no serás parcial. Del cielo recibiste sagacidad, y yo añado el dón de inspirar confianza: ve, mira, escucha, observa, y nada temas, que en todas partes serás bien visto.

Montó, pues, Babuco en su camello y se marchó con sus sirvientes. Al cabo de algunas jornadas encontró en los valles de Senaar el ejército persa que iba a pelear con el ejército indio; y dirigiéndose a un soldado que halló en un paraje remoto, le preguntó cuál era el motivo de la guerra. Por los dioses celestiales que no lo sé, dijo el soldado, ni me importa; mi oficio es matar o que me maten para ganar mi vida: servir aquí o allí es para mí todo uno; y aun puede ser que me pase mañana al campo de los indios, que dicen que dan a los soldados cerca de media dracma de cobre al día más que en este maldito servicio de Persia. Si queréis saber por qué pelean, hablad con mi capitán. Babuco, después de haber hecho un regalejo al soldado, entró en el campo, y habiendo hecho conocimiento con el capitán, le preguntó el motivo de la

guerra. ¿Cómo queréis que lo sepa yo? ¿y qué me importa, sea el que quiera? Yo resido a doscientas cincuenta leguas de distancia de Persépolis; me dicen que se ha declarado la guerra, y al punto dejo mi familia, y como es costumbre voy a buscar fortuna o la muerte, porque no tengo otra cosa que hacer. ¿Y vuestros camaradas, dijo Babuco, no están tampoco más instruídos que vos? No, dijo el oficial: solamente nuestros principales sátrapas son los que a punto fijo saben por qué nos degollamos.

Atónito, Babuco se introdujo con los generales, y se insinuó en su familiaridad. Al fin le dijo uno de ellos: La causa de la guerra que asuela veinte años ha el Asia, procede en su origen de una contienda de un eunuco de una de las mujeres del gran rey de Persia, con un oficinista del gran rey de las Indias.

Tratábase de un impuesto que producía con corta diferencia un trigésimo de dárico, y como tanto el primer ministro de Indias como el nuestro sustentaron con dignidad los derechos de su amo respectivo, se inflamaron los ánimos y salieron a campaña de cada parte un millón de soldados. Cada año es necesario reclutar estos ejércitos con cuatrocientos mil hombres. Crecen las muertes, los incendios, las ruinas y las talas; padece el universo y sigue la enemiga. Nuestro ministro y el de Indias protestan con mucha frecuencia que no les mueve otra cosa que la felicidad del linaje humano; y a cada protesta se destruye alguna ciudad, o se asuelan algunas provincias.

Habiéndose al otro día esparcido la voz de que se iba a firmar la paz, dieron el general indio y el persa a toda prisa la batalla, que fué sangrienta. Vió Babuco todos los yerros y todas las abominaciones que se cometieron, y fué testigo de las maquinaciones de los principales sátrapas, que hicieron cuanto estuvo en su mano para que la perdiera su general; vió oficiales muertos por su propia tropa; vió soldados que acababan de matar a sus moribundos camaradas, por quitarles algunos andrajos ensangrentados, rotos y cubiertos de inmundicia; entró en los hospitales adonde llevaban a los heridos, que perecían casi todos por la inhumana negligencia de los mismos que pagaba a peso de oro el rey de Persia para que los socorriesen. ¿Son hombres éstos, exclamaba Babuco, o son fieras? ¡Ah! bien veo que ha de ser destruída Persépolis.

Preocupado con esta idea pasó al campo de los indios, donde conforme a lo que se le había pronosticado, le recibieron con tanto agasajo como en el de los persas, y donde presenció los mismos excesos que le habían llenado de horror. ¡Ah, ah! dijo para sí: si quiere el ángel Ituriel exterminar a los persas, también tiene que exterminar a los indios el ángel de las Indias. Habiéndose informado luego más menudamente de cuanto en ambos ejércitos había sucedido, supo acciones magnánimas, generosas y humanas, que

le pasmaron y le embelesaron. Inexplicables mortales, exclamó, ¿cómo podéis juntar con tanta torpeza tanta elevación, y tantas virtudes con tantos delitos?

Declaróse en breve la paz y los caudillos de ambos ejércitos que por sólo su interés habían hecho verter la sangre de tantos semejantes suyos, se fueron a solicitar el premio a su corte respectiva, aunque ninguno había ganado la victoria. Celebróse la paz en escritos públicos que anunciaban el reino de la virtud y de la felicidad en la tierra. Loado sea Dios, dijo Babuco; Persépolis va a ser la mansión de la más acendrada inocencia, y no será destruída como querían aquellos malditos genios: vamos sin más tardanza a ver esta capital del Asia.

Llegó a esta inmensa ciudad por la antigua entrada, aun sumida en la barbarie, y que inspiraba asco por su rudo desaliño. Sentíase toda esta porción del pueblo del tiempo en que se había edificado; que hemos de confesar, sea cual fuere el empeño de exaltar lo antiguo a costa de lo moderno, que en todas cosas las primeras pruebas siempre son toscas.

Metióse Babuco entre una muchedumbre de gentío compuesto de cuanto más puerco y más feo en ambos sexos pueda hallarse, la cual entraba a toda prisa en un obscuro y tenebroso recinto. El contínuo zumbido, el movimiento que notaba y el dinero que algunas personas daban a otras para tener derecho a sentarse, le dió a entender que estaba en un mercado donde se vendían sillas de paja, pero cuando vió que muchas mujeres se hincaban de rodillas, mirando al parecer a lo que tenían enfrente, y en realidad a los hombres de lado, echó de ver que se hallaba en un templo. Unas voces ásperas, carrasqueñas, desentonadas y gangosas, hacían que en mal articulados sonidos la bóveda resonara, parecidas a la voz de los onagros cuando responden, en las llanuras de los Pictavos, al cuerno que los llama. Tapábase los oídos; más tuvo luego que taparse ojos y narices, cuando vió que entraban en el templo unos zafios con palas y azadones. Levantaron éstos una ancha piedra; tiraron a mano derecha y a mano izquierda una tierra que exhalaba un hedor intolerable; pusieron luego un muerto en el hueco que habían hecho y volvieron a sentar la piedra. ¡Conque entierran estas gentes, exclamó Babuco, a sus muertos en los sitios mismos donde adoran la divinidad! ¡Conque están empedrados con cadáveres sus templos! Ya no me espanto de las pestilenciales dolencias que con tanta frecuencia afligen a Persépolis; capaz de envenenar todo el globo terráqueo la podredumbre de tantos muertos y de tantos vivos apeñuscados en un mismo sitio. ¡Ah, qué sucio pueblo es Persépolis! Sin duda que la quieren destruir los ángeles, para edificar otra ciudad más hermosa, y poblarla de gentes más aseadas y que canten mejor; la Providencia sabe lo que se hace; no nos metamos en quitarle su idea.

Acercábase ya el sol a la mitad de su carrera, y tenía Babuco que ir a comer al otro extremo del pueblo a casa de una dama para quien le había dado carta de recomendación su marido, que era oficial del ejército. Anduvo por mil y mil calles de Persépolis; vió otros templos más bien adornados, adonde concurría gente más culta, y donde se oía una armónica música; reparó en fuentes públicas, que aunque defectuosas hacían maravilloso efecto; vió frescas y amenas calles de árboles, jardines donde se respiraban los más exquisitos olores, y se veían reunidas plantas de los más remotos pueblos. Maravillóse al ver magníficos puentes, aunque estaban destinados a pasar un arroyuelo que sin mojarse los pies se vadea las cuatro quintas partes del año; pasó por calles anchas y magníficas, llenas de palacios a una y otra acera, y entró por fin en casa de la dama que con una sociedad de personas decentes le esperaba a comer. Estaba su casa limpia y bien adornada; la señora era moza, hermosa, discreta y cortés, y la sociedad amable, y decía Babuco entre sí: Sin duda que había perdido el juicio el ángel Ituriel, cuando quería destruír una ciudad tan cumplida.

Mas advirtió muy en breve que la señora, que al principio le había pedido amorosamente nuevas de su marido, al fin de la comida hablaba más amorosamente a un mago mozo. Luego vió que un magistrado delante de su propia mujer hacía mil halagos a una viuda, la cual estrechaba con una mano el cuello del magistrado, y daba la otra a un mozo muy lindo y modesto. La primera que se levantó de la mesa fué la mujer del magistrado, que se encerró en un gabinete inmediato para conferenciar con su director de almas, hombre elocuentísimo, que con tal energía hubo de discurrir con ella, que volvió abochornado el rostro, humedecidos los ojos, la voz trémula y los pasos vacilantes.

Babuco entonces se empezó a recelar de que tenía razón el genio Ituriel. Con el dote que tenía de granjearse la confianza, supo aquel día mismo los secretos de la dama, la cual le fió su cariño al mago mozo, asegurándole que en todas las casas de Persépolis encontraría lo mismo que en la suya había visto. Infirió Babuco que no podía durar semejante sociedad; que todas las casas habían de estar asoladas por celos, venganzas y rencillas; que sin cesar habían de verterse lágrimas y sangre; que infaliblemente habían de matar los maridos a los cortejos de sus mujeres, o de ser muertos por ellos; finalmente, que hacía Ituriel muy bien en destruír de una vez un pueblo abandonado a horrendos desórdenes.

Hallábase sumergido en estas tristes ideas, cuando se presentó a la puerta un hombre grave con capa negra, el cual pidió humildemente licencia para hablar al joven magistrado. Este; sin

levantarse, y sin mirarle siquiera, le dió con altivez y con aire distraído unos papeles y le despidió. Babuco preguntó quién era aquel hombre y la dueña de la casa le dijo por lo bajo: Es uno de los mejores abogados de la ciudad; hace cincuenta años que se dedica al estudio de las leyes. Este otro caballero, que no tiene más que veinticinco años y que es sátrapa del rey desde hace dos días, le encarga que le haga el extracto de un pleito que tiene que sentenciar mañana y que aún no ha tenido tiempo de examinar. Este joven aturdido obra con prudencia en pedir consejo a un anciano, dijo Babuco; pero ¿por qué no es juez, en su lugar, ese anciano? Usted se burla, le dijeron; los que han envejecido en empleos laboriosos y subalternos no llegan nunca a ocupar tales dignidades. Ese joven tiene un cargo importante porque su padre es rico, y aquí se compra, como granjería, el derecho de hacer justicia.

¡Oh costumbres! ¡oh desgraciada ciudad! exclamó Babuco; éste es el colmo del desorden; sin duda los que de esta suerte compran el derecho de juzgar, deben traficar con la justicia. No veo aquí sino abismos de iniquidad.

Mientras de esta suerte manifestaba su dolor y su sorpresa, díjole un joven guerrero que había llegado del ejército aquel mismo día: ¿Por qué pretende usted que no se compren los cargos de la magistratura? Yo también he comprado el derecho de afrontar la muerte a la cabeza de los dos mil hombres que tengo a mis órdenes; me ha costado cuarenta mil dáricos de oro este año el poderme acostar treinta noches seguidas sobre el duro suelo con mi casaca roja, y el haber recibido dos buenas heridas de que todavía me resiento. Si yo me arruino por servir al emperador persa, a quien no he visto en mi vida, el señor sátrapa puede muy bien pagar alguna cosa por tener el gusto de dar audiencia a los litigantes. Babuco, indignado, no pudo menos de condenar en lo íntimo de su corazón un país donde se vendían en pública subasta las dignidades civiles y militares, y de aquí dedujo con alguna ligereza que allí debían ser desconocidos el arte de hacer la guerra y las leyes, y que aun cuando el mismo Ituriel no exterminase a semejantes naciones, ellas mismas perecerían víctimas de su deplorable administración.

La mala opinión que había formado fué en aumento, cuando vió llegar a un hombre gordo, que, después de saludar muy familiarmente a toda la concurrencia, se acercó al joven oficial y le dijo: No puedo prestaros sino cincuenta mil dáricos de oro, porque, en realidad de verdad, las aduanas del imperio no me han producido este año sino trescientos mil. Babuco preguntó quién era aquel hombre que se quejaba de ganar tan poco y supo que había en Persépolis cuarenta reyes plebeyos que tenían arrendado

el imperio de Persia y pagaban, por vía de renta, alguna cosa al monarca.

Fuése después de comer a uno de los más soberbios templos de la ciudad, y se sentó en medio de una muchedumbre de hombres y mujeres que habían ido allí a matar el tiempo. Subió un mago a una tribuna alta, y discurrió largo tiempo acerca del vicio y de la virtud; y habiendo dividido en varias partes lo que no era menester dividir, probó metódicamente las cosas más claras, enseñó lo que sabía todo el mundo, se exaltó sin motivo, y salió sudando y sin respiración. Despertóse entonces la gente, y creyó que había asistido a una instrucción. Babuco dijo: Este buen hombre ha hecho cuanto ha podido por fastidiar a doscientos o trescientos conciudadanos suyos; pero su intención era buena y esto no es motivo para destruir a Persépolis.

Lleváronle, al salir de esta asamblea, a que viera una fiesta pública que se celebraba todos los días del año en una especie de basílica, en cuya parte interior se veía un palacio. Formaban un hermoso espectáculo las ciudadanas más hermosas de Persépolis, y los principales sátrapas colocados en orden, y al principio creyó Babuco que se reducía a esto la fiesta. En breve se dejaron ver en el vestíbulo de este palacio personas que parecían reyes y reinas; su idioma era muy distinto del que estilaba el vulgo, y tenía ritmo, armonía y sublimidad. No se dormía nadie, que todos en alto silencio escuchaban, y si le interrumpían, era para dar pruebas de admiración y ternura general; y con tan vivos y bien sentidos términos se hablaba de las obligaciones de los reyes, del amor, de la virtud, y de los riesgos de las pasiones, que arrancaron lágrimas a Babuco: el cual no dudó que fuesen los predicadores del imperio aquellos héroes y heroínas y aquellos reyes y reinas que acababa de oír, y hasta hizo propósito de persuadir a Ituriel que los viniese a escuchar, cierto de que semejante espectáculo le reconciliaría con Persépolis para siempre.

Concluída la fiesta, quiso visitar a la reina principal que en aquel hermoso palacio había anunciado tan sublime y acendrada moral. Hizo que le introdujeran en casa de Su Majestad; y le llevaron por una mala escalerilla a un segundo piso, donde halló en un aposento pobremente alhajado una mujer mal vestida, que con noble y patético ademán le dijo: Mi oficio no me da para vivir; uno de los príncipes que habéis visto me ha hecho un hijo: estoy para dar a luz; no tengo dinero, y sin dinero todo parto es un mal parto. Babuco le dió cien dáricos de oro, diciendo: Si no hubiera cosas peores en la ciudad, poco motivo tuviera Ituriel para estar tan enojado.

Fué de allí a pasar la tarde a las tiendas de mercaderes de magnificencias supérfluas. Llevóle un sujeto inteligente que se ha-

bía hecho amigo suyo, compró lo que halló de su gusto, y con muchas cortesías se lo vendieron mucho más caro de lo que valía. Cuando hubo vuelto a casa, le hizo ver su amigo que le habían estafado, y apuntó Babuco en su libro de memoria el nombre del mercader, para que el día del castigo de la ciudad no le echara Ituriel en olvido. Estando escribiendo, llamaron a la puerta y entró el mercader que le traía a Babuco su cartera que había dejado olvidada encima del mostrador. ¿Cómo es posible, dijo Babuco, que seáis tan generoso y escrupuloso, después de haber tenido cara para venderme vuestras bujerías cuatro tantos más de lo que valen? No hay en toda la ciudad, le respondió el mercader, negociante ninguno algo conocido, que no hubiese venido a traeros la cartera; más cuando os han dicho que os he vendido lo que en mi tienda habéis comprado al cuádruplo de su valor, os han engañado, porque os lo he vendido diez veces más de lo que vale; y esto es tan cierto, que si dentro de un mes os queréis deshacer de ello, no os darán ni el diezmo, y no hay, empero, cosa más conforme a razón, porque siendo el antojo de los hombres lo que da valor a estas fruslerías, ese mismo antojo da de comer a cien obreros que empleo yo, y a mí me da una casa bien puesta, un buen coche y buenos caballos. Este antojo es lo que vivifica la industria, y mantiene el fino gusto, la circulación y la abundancia. A las naciones comarcanas les vendo mucho más caras que a vos esas mismas frioleras, y de este modo sirvo con provecho al imperio. Paróse Babuco pensativo un rato y le borró luego de su libro.

No sabiendo qué pensar de Persépolis, se determinó a visitar a los magos y a los literatos, lisonjeándose de que alcanzarían éstos el perdón de todo lo restante del pueblo, porque unos se aplican a la sabiduría, y a la religión los otros. La mañana siguiente fué a visitar un colegio de magos, y le confesó el archimandrita que tenía cien mil escudos de renta por haber hecho voto de pobreza, y que ejercía una vasta jurisdicción en virtud de otro voto de humildad. Dicho esto, dejó a Babuco en manos de un aprendiz de mago, para que le obsequiase.

Enseñábale éste las preciosidades de esta casa de penitencia, cuando se esparció la voz de que traía comisión de hacer reformas. Al punto le dieron memoriales de cada una, que todos en sustancia venían a decir: *Conservadnos a nosotros y suprimid todos los demás.* Si daba crédito a sus propias apologías, todas estas congregaciones eran necesarias; si atendía a sus recíprocas acusaciones, todas merecían ser destruídas. Pasmábase Babuco de que no hubiese ninguna que, por edificar el universo, no quisiese ser árbitro de él. Presentósele entonces un hombrecillo que era semi-mago, el cual le dijo: La grande obra se va a cumplir, y Zerdust ha vuelto a la tierra; por tanto os rogamos que nos amparéis

contra el Gran Lama. ¿Conque contra el pontífice monarca, respondió Babuco, que reside en el Tibet?—Contra ese mismo.—¿Pues qué? ¿le hacéis la guerra y alistáis contra él un ejército? —No es eso; pero dice que el hombre es libre, y nosotros no lo creemos: escribimos contra él libracos que no lee; y apenas si nos ha oído mentar, aunque nos acaba de condenar, como un propietario que manda extirpar las orugas de su huerto. Asombróse Babuco de la locura de hombres que profesan la sabiduría, de las marañas de los que habían renunciado al mundo, de la ambición y altiva codicia de los que predicaban humildad y desinterés; y coligió que sobraban razones valederas a Ituriel para destruír toda esta raza.

Retiróse a su casa, mandó que le compraran libros nuevos para calmar su enfado, y convidó a comer a varios literatos para su recreo. Llegaron más del doble de los que había llamado, como acuden las avispas a la miel. No se daban vado estos gorreros a hablar y a engullir, y elogiaban dos clases de hombres: los muertos y ellos propios; mas nunca a sus coetáneos, exceptuando el amo de casa. Si decía uno un dicho agudo, bajaban los demás los ojos, y se mordían la lengua de sentimiento de no ser ellos los autores. Eran menos cautelosos que los magos, porque no aspiraba su ambición a tan altos objetos, solicitando cada uno un empleo de sirviente y la reputación de grande hombre. Decíanse en su cara denuestos, que se les figuraban agudos epigramas. Habíaseles translucido algo de la comisión de Babuco, y uno de ellos en voz baja le suplicó que exterminase a un autor que no le había dado suficientes elogios hacía cinco años; otro le pidió la pérdida de un ciudadano que en sus comedias nunca se reía; y otro la extinción de la Academia, porque jamás había podido conseguir ser su individuo. Acabada la comida, se fueron solos todos, porque en toda esta caterva no había dos que se pudieran sufrir, ni se hablaban más que en las casas de los ricos que a su mesa los convidaban.

Creyó Babuco que poquísimo se perdía con que pereciese toda esta landre en la general destrucción.

Apenas se zafó de ellos, se puso a leer algunos de los libros que acababan de publicarse, en los que advirtió el carácter de sus convidados. Indignáronle más que todo las gacetillas de calumnias y los archivos de mal gusto dictados por la envidia, la hambre y la torpeza; viles sátiras que respetan los buitres y despedazan las palomas; novelas faltas de imaginación, donde se ven mil retratos ideales de sujetos que sus autores no conocen. Tiró al fuego todos estos detestables escritos, y salió aquella tarde de casa para ir al paseo. Presentáronle a un literato anciano que no había venido a aumentar el número de sus pegotes. Esquivaba

éste la muchedumbre, conocía a los hombres, sabía servirse de ellos y se explicaba con cordura. Hablóle Babuco con mucho sentimiento de cuanto había visto y leído. Cosas muy despreciables habéis leído, le dijo el cuerdo letrado, pero en todos tiempos y en todo país es muy común lo malo y rarísimo lo bueno. Habéis dado acogida en vuestra mesa a las heces de la pedantería, porque en toda profesión lo que siempre se presenta con más descaro es lo que menos merece salir a la plaza. Viven unos con otros, sosegados y en el retiro, los verdaderos sabios, y aun no nos faltan libros y autores que son acreedores a vuestra atención. Mientras que estaba hablando llegó otro literato y fueron sus razonamientos tan instructivos y agradables, tan superiores a las preocupaciones, y tan conformes con la virtud, que confesó Babuco que nunca había oído semejante cosa. Hombres son éstos, decía para sí, a quien no se atreverá el angel Ituriel a hacer mal, a menos que sea muy despiadado.

No conservaba menos enojo contra lo demás de la nación, aunque se había reconciliado con los literatos. Sois un extranjero, le dijo el hombre juicioso que le hablaba, y se os presentan de tropel los abusos, mientras que se os esconde el bien oculto que no pocas veces de estos mismos abusos resulta. Supo entonces que había entre los literatos muchos que no eran envidiosos, y hasta entre los magos algunos que eran virtuosos. Al fin entendió que estos grandes cuerpos, que con sus choques preparaban al parecer su ruina común, eran en la realidad fundaciones provechosas; que cada asociación de magos era un freno para sus émulas; que si a veces éstas diferían de opinión, todas enseñaban una moral misma; que instruían el pueblo, y vivían sujetas a las leyes: semejantes a los preceptores que celan los hijos de casa, mientras que a ellos los cela el amo. Trató a muchos, y encontró almas celestiales, y supo que entre aquellos mismos locos que querían poner guerra al Gran Lama, había varones eminentes. Sospechó al cabo que podían ser lo mismo las costumbres de Persépolis que sus edificios, que unos le habían parecido dignos de lástima y otros le habían sobrecogido en admiración.

Dijo un día al literato: Ahora conozco que los magos, que por tan peligrosos había tenido, pueden ser muy provechosos, especialmente cuando un prudente gobierno estorba que se granjeen sobrado influjo, pero no podrá usted menos de confesar que estos magistrados jóvenes que compran su cargo tan pronto como aprenden a montar a caballo, deben ostentar en los tribunales la más ridícula impertinencia y la más perversa iniquidad; preferible sería, sin duda, dar esos puestos a los viejos jurisconsultos que han pasado su vida estudiando el pro y el contra. El letrado le replicó: Usted ha visto nuestro ejército al llegar a Persépolis, y

sabe que nuestros jóvenes oficiales se baten muy bien, aunque han comprado sus cargos; tal vez echará usted de ver que nuestros magistrados jóvenes no juzgan tan mal aunque han pagado para hacerlo.

Llevóle el día siguiente al tribunal donde debía verse un pleito importante. Todo el mundo conocía el asunto. Los viejos abogados que hablaron en pro y en contra andaban indecisos en sus opiniones, aducían cien leyes, que no venían al caso, y miraban el asunto por todos lados menos por el verdadero. Los jueces tardaron mucho menos en decidirse y su sentencia fué casi unánime; juzgaron bien porque siguieron la luz de la razón; en tanto que los otros habían opinado mal, porque sólo habían consultado sus libros.

Babuco dedujo de ello que muchas veces suelen traer grandes ventajas ciertos abusos. Aquel mismo día vió que la opulencia de éstos, que tanto le había repugnado, producía a veces mucho fruto, porque habiendo necesitado dinero el soberano, halló en una hora por su medio lo que por las vías ordinarias no hubiera en seis meses encontrado, y se convenció de que estas pardas nubes, alimentadas con el rocío de la tierra le restituían en lluvias lo que de ella recibían, aparte de que los hijos de estos hombres nuevos, por lo común más bien educados que los de las más antiguas familias, valían mucho más que éstos, porque tener por padre a un buen calculador no quita que sea uno juez recto, valiente soldado o hábil estadista.

Poco a poco perdonaba Babuco la codicia del asentista, que en la realidad no es ni más ni menos codicioso que los demás, y que es indispensable; disculpaba la locura de disipar su caudal por hacer la guerra que era origen de tantas bélicas proezas, y perdonaba los celos de los literatos, entre quienes se hallaban sujetos que ilustraban el mundo; se reconciliaba con los magos ambiciosos y tramoyistas, que con pequeños vicios juntaban grandes virtudes, aunque le quedaban no pocos escrúpulos, especialmente sobre los galanteos de las damas y las horrendas consecuencias que infaliblemente habían de producir, y que le llenaban de horror y sustos.

Queriendo examinar todos los estados, hizo que le llevaran a casa de un ministro, y en el camino iba temblando de ver alguna mujer asesinada por su marido en presencia suya. Llegó a la antesala del hombre de Estado, y estuvo dos horas aguardando a que dijeran que estaba allí y otras dos después que lo hubieron dicho, haciendo en este tiempo firmísimo propósito de recomendar al ministro y sus insolentes conserjes al enojo del angel Ituriel. Estaba la antesala atestada de damas de todas clases, de magos

de todos colores, de jueces, mercaderes, oficiales y pedantes, que todos estaban quejosos del ministro. Decían el avariento y el logrero: No hay duda de que roba este hombre las provincias. Afeaba sus rarezas el extravagante; decía el sensual que sólo con sus gustos tenía cuenta, y esperaban las mujeres que en breve le sustituiría otro ministro más mozo.

Oía Babuco todas estas razones, y no pudo menos de decir: ¡Qué hombre tan dichoso es éste! Todos sus enemigos los tiene en su antesala; su potencia abruma a sus envidiosos, y mira a sus plantas a cuantos le detestan. Al fin entró en su gabinete y vió a un viejecito agobiado de años y quehaceres, pero vivo todavía y muy inteligente. Gustóle Babuco y a Babuco le pareció un sujeto muy digno de estimación. Fué muy interesante la conferencia; el ministro le confesó que era el hombre más desgraciado; que le tenían por rico y era pobre; que le creían omnipotente, y para todo encontraba impedimentos; que todos sus beneficios habían sido pagados con ingratitudes, y que en cuarenta años de continuas faenas había tenido apenas un rato de satisfacción. Enternecióse Babuco, y dijo entre sí que si había cometido algunos yerros este hombre, y por ellos le quería castigar el angel Ituriel, bastaba con dejarle su cargo sin exterminarle.

Estaba razonando con el ministro cuando entró desatentada la hermosa dama en cuya casa había comido Babuco, manifestando su rostro y sus ojos los síntomas del dolor y el enojo. Prorrumpió en amargas quejas contra el hombre de Estado; vertió lágrimas; se lamentó amargamente de que hubieran negado a su marido un cargo a que podía aspirar por su cuna, y a que le hacían acreedor sus heridas y servicios; y habló con tanta energía, se quejó con tal gracia, desvaneció con tal maña los reparos, con tal elocuencia esforzó sus razones, que no salió del gabinete hasta haber conseguido la fortuna de su marido.

Salió Babuco dándole la mano, y le dijo: ¿Es posible, señora que os hayáis tomado tanto trabajo por un hombre que no queréis, y que tanto tenéis por qué temer? ¿Cómo es eso que no le quiero? replicó la dama, sabed que mi marido es el mejor amigo que tengo en este mundo, y que sacrificaré por él todo cuanto tengo, como no sea mi amante; lo mismo que hiciera él, menos sacrificar a su querida. Quiero que la conozcáis, que es una muy linda señora, muy discreta y de excelente genio; esta noche cenamos juntos con mi marido y mi amiguito el mago; venid a participar nuestro gusto.

Llevóse la dama consigo a Babuco, y el marido, que estaba sumido en el más hondo dolor, recibió a su mujer con raptos de gratitud y alborozo, dándole mil abrazos a ella, a su dama, al mago y a Babuco. El banquete lo animaron el contento, las gracias

y los donaires. Sabed, le dijo la hermosa dama con quien cenaba, que las que a veces califican de mujeres sin honra casi siempre poseen las virtudes de un hombre honrado, y en prueba de ello, venid mañana a comer conmigo en casa de la hermosa Teone. Algunas vestales viejas murmuran de ella; pero más obras de beneficencia hace ella sola que todas juntas las que la muerden; no cometiera la más leve injusticia por todos los intereses del mundo; a su amante le da siempre consejos generosos: sólo su gloria le ocupa, y se sonrojaría él si en su presencia malograra una sola ocasión de obrar bien, porque no hay mayor estímulo para virtuosas acciones, que tener por juez y testigo de su conducta una amada cuyo aprecio anhela uno merecer.

No faltó Babuco a la cita, y vió una casa que era el emporio de los placeres. En ellos reinaba Teone; con cada uno hablaba el idioma que entendía; su natural entendimiento dejaba explayarse el de los demás; agradaba casi sin querer; tan amable era como benéfica; y para dar más lustre a todas sus dotes, era muy hermosa.

Conoció Babuco, aunque era escita y enviado por un genio, que si se detenía más tiempo en Persépolis le haría Teone olvidarse de Ituriel. Cogía cariño a la ciudad cuyos vecinos eran afables, corteses y benéficos, aunque murmuradores, insustanciales y vanidosos. Temía ya que fuese condenada Persépolis, y hasta temía la cuenta que a dar iba.

Así para darla hizo lo siguiente: mandó al mejor estatuario del pueblo que le fundiera una estatua pequeña, compuesta de todos los metales y de las tierras y piedras más preciosas y más viles, y se la llevó a Ituriel. ¿Haréis pedazos, le dijo, esta linda estatua porque no es toda ella de oro y diamantes? Comprendió Ituriel el emblema, y se determinó a no tratar ni siquiera de enmendar a Persépolis, y dejar que anduviera el mundo como anda, diciendo: *Si no todo es bueno, a lo menos todo es tolerable.* Subsistió, pues, Persépolis, y Babuco estuvo muy distante de quejarse, como hizo Jonás que se enfadó porque no fué destruída Nínive. Verdad es que quien ha pasado tres días en el vientre de una ballena, no gasta tan buen humor como el que ha estado en la ópera, en la comedia y ha cenado con gente de fino trato.

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

LA VENTILACION

DESDE la primera respiración de la infancia hasta el último débil suspiro de la vejez, la primera necesidad de la vida es el aire. El aire es el alimento de los pulmones como el pan es el primero para el estómago. Más son los millones de gentes que mueren por falta de este alimento pulmonar que por la falta de cualquier otro. Si no tenemos lo suficiente, nuestra es la culpa; pues cuando cerramos las puertas y las ventanas, a más no poder, este elemento fortificante y vivificante está soplando afuera, buscando modo para entrar.

La gente que clava las ventanas, cierra toda grieta en las paredes, calafatea con fieltro los quicios de las puertas y fija alguna invención de patente en el dintel para impedir la entrada del menor soplo de aire puro, que de otro modo quizá podría penetrar, se está defendiendo contra su mejor amigo. A un hombre que con tanto cuidado y tanta deliberación se privara de los medios de procurarse el alimento ordinario, se le consideraría como un suicida. ¿Será menos culpable, aunque sea por ignorancia, aquél que se priva de una necesidad aún mayor, cual es el aire puro?

La demanda de aire puro es la más imperiosa de todas las necesidades del sistema. Se morirá más pronto el individuo a quien le falte el aire que cualquiera otra necesidad de la vida. Un individuo puede vivir hasta varias semanas sin ningún alimento sólido. Muchos de estos casos han sido observados por autoridades eminentes. Privado completamente de líquido no dura mucho la vida. Pero si se le priva del aire, la muerte resulta en pocos minutos.

La necesidad primera, mayor y constante para un individuo, es el aire y necesariamente debe contener cierta cantidad de oxígeno para que la vida se mantenga. A cada persona le debe tocar dos mil pies cúbicos o sea cincuenta y seis mil litros de aire fresco cada hora. El aire respirado dos veces, contiene bastante gas ácido carbónico para apagar una luz. Un solo quemador de gas consume el oxígeno que bastaría para diez y seis personas.

El aire, ese don precioso del cielo, que todos pueden tener, os bendecirá con su poder vigorizante si no le vedáis la entrada. Dadle la bienvenida, cultivad un amor para él y se declarará un calmante precioso para los nervios. La influencia del aire puro y fresco hace que la sangre circule con mejor salud por el sistema. Refresca el cuerpo y tiende a hacerlo fuerte y sano, y al mismo tiempo su influencia se hace sentir decididamente en la mente, impartiéndole serenidad y reposo. Estimula el apetito, hace más perfecta la digestión e induce a un sueño profundo y dulce.

Podemos elegir que sea el aire bueno o malo; pero no está en nuestra mano el elegir si hemos de respirar o no. La naturaleza ha puesto en nosotros el deseo del aire fresco y puro y un disgusto para el aire impuro, los malos olores y los gases venenosos.

LA IMPORTANCIA DE LA VENTILACION

Los esfuerzos persistentes que en algunas casas se hacen para excluir el aire puro, es una causa abundante de enfermedades y de debilidad física. Cada soplo de aire puro que respiramos, libra la sangre de impurezas. Cada latido del corazón envía la sangre por las arterias a todas las partes del cuerpo, donde ésta recoge las materias gastadas y envenenadas y vuelve por las venas al corazón; el corazón, funcionando luego como bomba, impele la sangre a los pulmones, donde se purifica y se vitaliza con el oxígeno del aire que respiramos. Si este aire está cargado de venenos, su poder para purificar y vitalizar se disminuye y la sangre tiene que volver a cargarse con estos venenos y arrojarlos sobre los otros órganos delicados, sobrecargándolos y debilitándolos. De tal suerte el cuerpo se llena de impurezas, hasta que la naturaleza se desahoga, quemando las impurezas con fiebres o expeliéndolas en la forma de humores escrofulosos, llagas y otras enfermedades graves.

LA VENTILACION DIARIA

No basta abrir las puertas y las ventanas y ventilar bien la casa una vez por semana. Algunas amas tienen un día especial para tal ventilación y se consuelan creyendo que esa sola corriente, junto con el poco de aire que entra por la cerradura, basta para una familia, por una semana. Cada habitación en la casa debe ventilarse diariamente. Cuando el tiempo es bueno, las puertas y las ventanas deben abrirse de par en par una hora todas las mañanas; si se pueden tener abiertas más tiempo durante el día, mejor será.

LA CANTIDAD DE AIRE QUE SE NECESITA

Si no se ha hecho bastante provisión para ventilar constan-

temente, las ventanas deben acomodarse a tal fin, lo mejor que se pueda, abriéndolas bien.

La ventilación necesaria depende del tamaño de las habitaciones, del número de personas que viven en la casa y del uso que se haga de lámparas de gas o estufas de petróleo. Cada individuo y cada llama consume oxígeno y despide gas ácido carbónico, uno de los venenos más peligrosos; y la ventilación debe ser suficiente a fin de dar una cantidad abundante para todos. A medida que se agota el oxígeno, las lámparas arden mal; lo mismo sucede con la lámpara de la vida. Para arder bien y con brillo, debe tener una cantidad de aire puro y fresco y debe arrojarse el aire viciado.

DORMITORIOS MAL VENTILADOS

Las habitaciones para dormir, mal ventiladas, perjudican mucho la salud. La vitalidad está en su punto más bajo durante las horas de dormir y entonces el sistema absorbe más fácilmente los venenos. Con bastante frecuencia se hallan las ventanas cerradas y las aberturas en las paredes cubiertas con gruesas cortinas. Es realmente peligroso dormir en una pieza semejante. Al entrar en tales habitaciones por la mañana, se encuentra uno con un hedor insoportable, estando el aire cargado con las impurezas exhaladas durante la noche.

EL TEMOR A LOS RESFRIOS

Muchas personas se encierran cuidándose del aire por temor a un resfrío, cuando en verdad las habitaciones mal ventiladas constituyen una de las causas principales de resfríos, mal de garganta y una pesadez y decaimiento general. Las habitaciones y dormitorios mal ventilados son indudablemente responsables, en gran parte, de la pérdida de vitalidad y de energía física, que abre las puertas a las enfermedades del pulmón y los bronquios. El *aire cocido* no se puede recomendar como se recomiendan las habas cocidas. Es la causa de muchos resfríos. Más vale endurecernos poco a poco contra el frío, y por medio de la buena ventilación reforzar nuestra capacidad para resistir. El aire fresco a los cero grados, es mejor que el aire impuro o viciado, no importa a qué número de grados de temperatura agradable. Las gentes que viven en casas mal ventiladas no pueden ser ni sanas ni vigorosas

CUARTOS HUMEDOS

Algunas personas viven bajo la creencia de que con cerrar puertas y ventanas están protegiendo sus habitaciones contra el frío y la humedad. Todo lo contrario acontece, pues es muy difícil calentar el aire impuro; aun en tiempo de frío, cuando se tiene que calentar algún salón grande, se ahorra tiempo y combustible

dejando llenar el salón con el aire puro y fresco, antes de encender el fuego. Si el aire se mantiene puro en una casa, puede tenerse a buena temperatura con menos combustible que cuando el aire está viciado. Toda casa mal ventilada es seguramente húmeda y la humedad no tiene por donde escaparse; así, pues, baña las paredes y los cuartos se hacen húmedos y fríos.

CUARTOS CALIENTES

Se estorba frecuentemente la ventilación debido a la costumbre inconsiderada de tener los cuartos a una temperatura muy elevada. Con frecuencia, algunas casas tienen una temperatura de veinticinco a veintisiete grados en la estación fría. Tal temperatura causa un decaimiento excesivo y se expone uno a cambios peligrosos por el enfriamiento repentino que se experimenta al pasar de una pieza caliente al frío exterior o al de los corredores le otros cuartos.

CORRIENTES DE AIRE

Evítense las corrientes de aire cuando esté uno caliente. Puede ser muy agradable, pero el bienestar que se siente será de poca duración. Debe entenderse que una brisa o el aire en movimiento no es precisamente una corriente. Esta precaución se da como un aviso contra la repentina detención del sudor. *Enfriarse poco a poco* es un dicho muy común que se debe recordar.

Los dormitorios mal ventilados son un sepulcro, ha dicho un médico. Por otro lado, los dormitorios con exceso de aire en la estación del frío también hacen sepulcros. Un chiflón de aire que viene del exterior y da sobre la persona dormida, que tiene mal de garganta o de los bronquios, es más peligroso que una ventilación imperfecta. En esto, como en otras cuestiones sanitarias, las circunstancias individuales tienen que tomarse en cuenta.

En una convención reciente, que se convocó a mediados del invierno, los concurrentes habían estado sentados por más de dos horas en un salón mal ventilado y muy caliente. Durante un receso de quince minutos las ventanas y las puertas fueron abiertas de par en par y el viento frío penetró dentro del edificio, trayendo el aire, ciertamente puro, pero causando un cambio repentino. Al terminar la intermisión, un médico eminente se presentó y explicó los peligros que ocasionan cambios tan repentinos. Dijo que *podían causarse enfermedades mortales con una exposición que dure cinco minutos; mientras que un hombre podía vivir, aunque con dificultad, por cincuenta años en un aire impuro.*

APLICACIONES UTILES DE LA GEOMETRIA

POR JOSE ARTEAGA

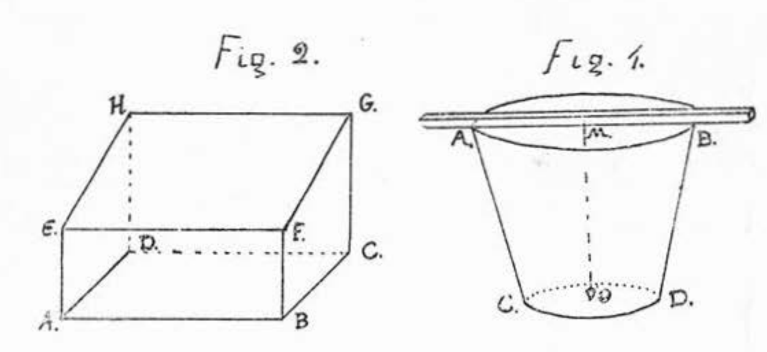
He aquí una regla fácil para encontrar el volumen de un vaso en forma de un trozo de cono, una de las más comúnmente usadas.

Se mide con cuidado el diámetro de la boca, el del fondo y la altura del vaso. Con los datos así obtenidos se procede como sigue:

Se obtiene el cuadrado de los diámetros (multiplicando cada uno por su propia longitud) se suman los cuadrados y a la suma se agrega el producto de la longitud de un diámetro por la del otro. El resultado anterior, se multiplica por la altura y éste producto por 0.7854. El resultado así obtenido se divide por 3 para encontrar el volumen deseado.

Tenemos, por ejemplo, un vaso de la forma de las cubetas que comúnmente se utilizan para usos domésticos (figura 1).

Los diámetros AB y CD se miden por cualquiera de los procedimientos ya explicados en *EL MAESTRO*.



Para obtener la altura OM, conviene colocar una regla bien fuerte sobre los bordes de la cubeta y con una plomada, medir cuidadosamente la distancia que hay de los bordes de la misma al fondo.

Sea en el ejemplo propuesto:

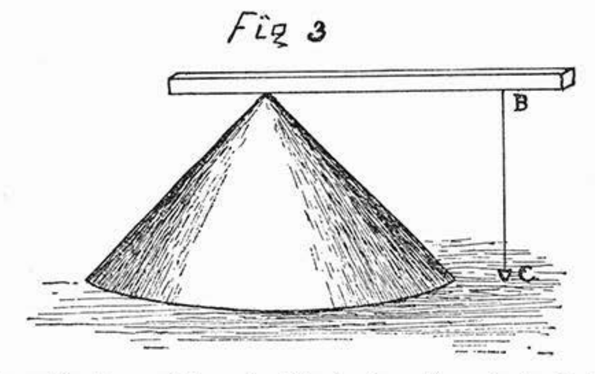
Díametro AB. . . ..30 centímetros.
Díametro CD. . . ..25 centímetros
Altura OM. . . . .35 centímetros.

Según la regla se tendrá:

AB^2 cuadrado del diámetro AB=. 900
CD^2 cuadrado del diámetro CD=. 625
AB × CD producto de los díametros. 750

Suma............2275

2275 X 35=79625
79625 X 0.7854=62527.—Tercera parte del resultado anterior.



20842 centímetros cúbicos (omitiendo las cifras decimales) o sea 20 litros y 842 centímetros cúbicos. Muy aproximadamente 21 litros.

Si se desea saber el volumen de una caja cuya tapa está inclinada con respecto al fondo (figura 2), o de cualquiera otro sólido de forma semejante, se procede así:

Se mide la arista AE, BF, CG, DH, y la suma de sus dimensiones se divide entre el número de aristas. Este resultado se multiplica por la superficie de la base o fondo de la caja. El producto es el volumen.

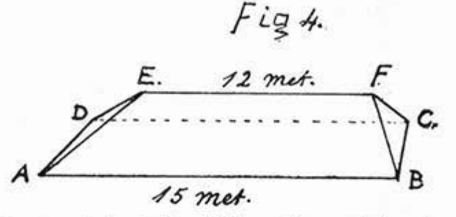
Cuando se quiere saber violentamente la cantidad de metros cúbicos o de hectólitros que hay en un montón de arena, grava, tierra o aún de grano, se comienza por dar al montón una forma regular. (Cono o prismo, figuras 3 y 4.)

Si se trata de un cono, figura 3, se encuentra la superficie de la base como ya se ha dicho al tratar del volumen del tinaco (número anterior de *EL MAESTRO*)

Se mide, por medio de una regla colocada a nivel y una plo-

mada, la altura BC del cono. Se multiplica la superficie de la base por la altura y la tercera parte de este producto es el volumen.

Si el material no se puede disponer como anteriormente se expresa, se arregla de modo que tome la forma de un trozo de prisma triangular o cuña, figura 4, procurando que la base AB, CD



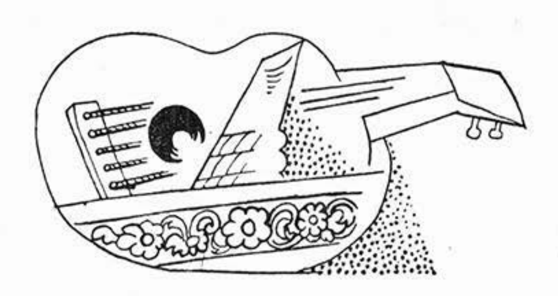
sea rectangular y que la arista EF quede a nivel y tan recta como sea posible.

Hecho esto se mide, como al tratarse del cono, la altura del punto E valiéndose de una regla a nivel y de una plomada. Se miden las aristas AB, CD y EF, se suman sus dimensiones, se multiplica la suma por la altura medida y por el ancho AD de la base Dividiendo el producto por 6 se tiene el volumen.

Tomando las indicaciones de la figura 4, se tiene:
AB+BC+EF=42 metros.... Altura del punto E, 1.20.... ancho AD=2 metros.
$42 \times 1.20 \times 2 = 100.80$...... $\frac{100.80}{6} = 16.80$ metros cúbicos.

NOTA.—Es conveniente para evitar errores, expresar todas las medidas en metros o en centímetros. En el primer caso, se obtendrán metros cúbicos; en el segundo caso, centímetros cúbicos

Metros cúbicos divididos por 10 dan hectólitros. Centímetros cúbicos multiplicados por 1,000 dan litros. Litros multiplicados por 100 dan hectólitros.



LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO

LOS METODOS DEL PROFESOR CATTERSON-SMITH

TODOS los que—iniciados o profanos en el arte del dibujo, maestros o discípulos—hayan experimentado alguna vez la dificultad de "pintar" de memoria hasta los objetos de uso más familiar y más triviales (un par de tijeras, por ejemplo), harán bien en leer un pequeño e interesante libro que acaba de publicar el señor R. Catterson-Smith, exdirector de Educación Artística de la ciudad de Birmingham, Inglaterra.

Bajo el título de *Drawing from Memory and Mind Picturing* (*) el señor Catterson-Smith expone en su libro, en forma lúcida, atractiva hasta para el profano, y con gran acopio de ilustraciones, los métodos de enseñanza que por muchos años, y con admirables resultados, ha estado poniendo en práctica en la Escuela de Arte de Birmingham. Esos métodos son el fruto de largos y pacientes estudios dedicados a la investigación de las funciones de la memoria en relación con las obras de arte. Su exposición está llamada seguramente a abrir un nuevo y ancho campo a la enseñanza del dibujo en todas partes, y a darle a este arte el lugar que le corresponde, no sólo en la educación artística propiamente dicha, sino en el cuadro general de la educación moderna.

Hasta hace unos cuarenta años, el dibujo se enseñaba como un mero ornamento cultural, sin ningunos fines prácticos de educación bien definidos, y su estudio se reservaba casi exclusivamente a los aspirantes a la carrera de las Bellas Artes. Hoy, en cambio, se le considera como un elemento importantísimo de educación general, y su enseñanza se practica con esmero en todas las escuelas. Pero si es cierto que en los últimos tiempos ha habido una revolución saludable en cuanto al concepto educativo del dibujo, no puede decirse lo mismo en cuanto a los sistemas adoptados para su enseñanza, que en la mayor parte se limitan a perfeccionar la habilidad puramente mecánica del alumno para reproducir o imitar modelos y diseños, descuidando una función mucho más importante y útil, como es la de estimular su espíritu de observación, educar su memoria (para aprovechar inteligentemente todo lo que ésta ha atesorado, y que ha sido ya asimilado e individualizado)

(*) Sir Isaac Pitman and Sons. Litd. Bath, England.

y, en el caso de artistas, de desarrollar su facultad inventiva—única capaz de producir obra de arte.

El señor Catterson-Smith es uno de los pocos educadores que ha comprendido la necesidad de reformar estos anticuados métodos de enseñanza del dibujo, haciéndolos más adaptables a su objeto, y más en consonancia con nuestras ideas modernas de lo que debe ser la educación.

"Si el objeto principal de la educación artística"—dice el señor Catterson-Smith—"es infundir el conocimiento del Arte en las masas, descubrir a los que están dotados de talentos especiales y, una vez descubiertos, desarrollar sus facultades imaginativas y creadoras de artistas, es muy discutible entonces la bondad de los métodos usuales de enseñanza, que consisten, en general, en la reproducción o copia directa de objetos y modelos." Los métodos que él ha puesto en práctica, son enteramente diferentes, y vienen a ser en cierto modo una continuación, aunque desde un punto de vista diverso, de las teorías expuestas por Lecoq de Boisbaudran hace tres cuartos de siglo, en su tratado sobre la educación de la memoria en relación con el Arte.

Catterson se dirige a la imaginación, no a la habilidad más o menos mecánica del alumno. "La imaginación"—dice Wordsworth—"no tiene nada que ver con las imágenes que son una mera copia fiel que el cerebro guarda de los objetos externos ausentes: es una palabra de un significado más alto, y que denota ciertas operaciones del cerebro sobre esos objetos." Y John Ruskin escribía en 1883: "Por imaginación entiendo, sobre todo, la facultad de ver cualquier cosa que describimos, como si fuera real: de tal suerte que viéndola como la describimos (o pintamos), observemos en ella ciertos puntos que hagan más vívida la descripción,—puntos que una *vaga memoria* no hubiera percibido, o que fácilmente se hubieran podido tomar de las expresiones de otros escritores." Dickens expresa un pensamiento semejante cuando dice en *David Copperfield*: "Cuando escribo, más que *recordar,* lo que hago es *ver y oír.*"

Atento a este orden de ideas, el objeto principal que persigue el señor Catterson-Smith, es desarrollar en el principiante, no la mera habilidad para copiar o imitar lo que ve, sino su facultad inventiva y constructiva —creadora, en una palabra—. No es la reproducción fiel de un modelo u objeto cualquiera lo que debe interesar al alumno, sino la *concepción mental* que de él se forme, y que le sirva después para expresar ese modelo u objeto en términos de Arte.

No de otra manera procedían los grandes artistas griegos de la antigüedad, cuyas obras eran el resultado de concepciones mentales provenientes de la observación, de la memoria y de la experiencia, más bien que de la copia directa y fiel de objetos y mode-

los. En apoyo de esto, el autor cita las palabras del profesor Loewy en su tratado sobre la representación de la naturaleza en el arte griego primitivo: "Al lado de las imágenes que la realidad presenta a los ojos, existe otro mundo de imágenes, que viven ya, o que toman vida, sólo en nuestra mente, y que aunque sugeridas de hecho por la realidad, han sufrido sin embargo una metamorfosis. Todos los artistas primitivos, al imitar a la Naturaleza, tratan meramente de reproducir, con la espontaneidad de una función física, esas imágenes mentales: y así era como pasaba con los griegos."

El desarrollo de esta facultad de producir o percibir *imágenes mentales,* debe ser, en opinión de nuestro autor, el punto de partida de la educación del artista, y debe entrar en gran parte en el programa de todos los planteles en que se enseña el dibujo. Para lograr este objeto implantó en la Escuela de Arte de Birmingham un método original de enseñanza, que consiste en habituar a los alumnos a dibujar y modelar de *memoria,* valiéndose de imágenes mentales, ya sean conscientes o inconscientes, es decir, espontáneas.

El señor Catterson-Smith dice al alumno: "Quiero que veas con los ojos de la imaginación, no que des forma o que pienses *constructivamente*: más bien dejando que la imagen o imágenes lleguen a tu cerebro libremente. Si piensas y construyes, lo más probable es que en la mayor parte de los casos te equivoques; pero en cambio, tu libre *visualización* es muy posible que sea siempre justa y correcta. Porque tu *vista mental* ha obtenido su conocimiento de las cosas por medio de un flujo constante de imágenes transmitidas a tu cerebro del exterior—la presencia de millares de cosas que pasan por tus ojos sin que puedan analizarlas, y que forman un gran tesoro de imágenes en tu mente. De algunas de ellas, quizá puedas comprender la construcción, y en tal caso las evocarás en un momento dado; pero la gran mayoría escapan a tu análisis y comprensión. Puedes, sin embargo, evocar sus imágenes, y si dejas que éstas lleguen a tu cerebro libremente y sin esfuerzo, te será dado reproducirlas fielmente."

Claro es que estas imágenes mentales no deben confundirse con la imagen que persiste en la retina cuando se cierran los ojos después de haber mirado fijamente un objeto, especialmente un objeto luminoso. Esta última es una imagen óptica, que puede, no obstante, convertirse en imagen mental si la memoria la evoca; pero su valor en la educación artística es casi nula, como no sea en relación con el estudio del colorido.

Entre los métodos empleados por el señor Catterson-Smith, el más ingenioso quizá, es el que consiste en hacer que los alumnos dibujen *con los ojos cerrados* un objeto cualquiera cuya imagen mental han percibido de antemano. Naturalmente, estos

dibujos resultan defectuosos en línea y proporción, pero no en concepción, y generalmente reproducen con suficiente claridad y precisión el objeto imaginado. Después de hacer el dibujo con los ojos cerrados, el alumno procede a hacer un diseño acabado *con los ojos abiertos,* pero sin permitirle que copie el dibujo hecho a ciegas, ni que se guíe por él. La práctica constante y sistemática de esta clase de ejercicios, desarrolla en el alumno una facultad de *visualización* verdaderamente extraordinaria, como podrá ver cualquiera que se tome el trabajo de examinar las ilustraciones que presenta el autor.

Para desarrollar esta facultad en los principiantes, el maestro puede poner en práctica ejercicios como éste:

"Imaginen ustedes"—les dirá a los alumnos—"que tienen un disco de papel blanco en la mano: dóblenlo (todas estas operaciones mentalmente, por supuesto) en forma de semicírculo, y en seguida, en forma de cuadrante de círculo: imaginen ahora que con unas tijeras recortan una muesca en el ángulo formado por los lados del cuadrante (que corresponde al centro del disco), y otra en el centro de cada uno de estos lados. Finalmente, imaginen que desdoblan el papel y lo extienden sobre la mesa. El problema es dibujar ahora, *con los ojos cerrados,* el disco, mostrando los dobleces y las muescas hechas." Este ejercicio, uno de los más sencillos, permite variantes y modificaciones ilimitadas al maestro. quien únicamente debe cuidar de no exigir demasiado esfuerzo de concentración mental al alumno, para que sus dibujos sean siempre el resultado de la visualización de las imágenes, y no de esa "vaga memoria" de que habla Ruskin.

Entre los dibujos hechos por los alumnos de la Escuela de Arte de Birmingham, de memoria y a ojos cerrados, hay algunos que podrían competir ventajosamente con las mejores copias y reproducciones directas de objetos y modelos de cualquier academia. Esos dibujos, por otra parte, abarcan un inmenso campo de experimentación y de estudio. El alumno empieza por dibujar (todo de memoria, como se ha dicho) hojas y plantas de sencilla estructura; pasa después a la combinación de unidades de ornato; en seguida a la reproducción de objetos proyectados por breves instantes en una pantalla, por medio de una linterna mágica Más tarde se le hace que dibuje de memoria, objetos de todas clases vistos en una visita a un museo público. Viene, en seguida, el dibujo al dictado, que consiste en hacer que el alumno dibuje con los ojos cerrados, y después con los ojos abiertos, alguna combinación estructural, como un cubo a un ángulo determinado, arriba o abajo del horizonte visual, y que tiene superpuesta en cada una de sus caras, una pirámide cuadrangular, por ejemplo. Estos ejercicios sirven para aplicar los principios de perspectiva que el alumno recibe en clases especiales. Una vez adquirida práctica en

estos ejercicios, el alumno pasa a dibujar (de memoria también) animales en reposo y en movimiento, al diseño de artículos manufacturados, tales como cafeteras, jarras, etc.; al modelado, a la composición, a la ornamentación, etc., etc., y finalmente, al dibujo de la figura humana en todos sus aspectos.

Hay algunos otros ejercicios suplementarios que son dignos de mención, a saber:

El maestro muestra a los alumnos una parte de un objeto cualquiera, y les pide que dibujen el objeto completo. Muestra en una pantalla un animal cualquiera en una actitud determinada, y pide a los alumnos que dibujen ese mismo animal en *otra actitud*. Lleva a los alumnos a un cinematógrafo, y al volver a la escuela les hace dibujar algo de lo que vieron. El maestro hace una descripción verbal de un cuadro de una galería de pinturas, y pide a los alumnos que lo reproduzcan. (Ejemplo notable de esto, es una ilustración que representa un dibujo a colores hecho por los alumnos de la Escuela de Arte de Birmingham, basado en una descripción verbal de un cuadro de Antonio Pollajuolo, que los alumnos no habían visto nunca.)

De los resultados obtenidos en la aplicación de estos métodos, nada habla más alto que la serie de ilustraciones y ejemplos que presenta el señor Catterson-Smith en su libro. El señor F Marley Fletcher dice de ellas:

"En ellas encontrará el maestro y el educador revelada una nueva fuente de inspiración en la enseñanza, y su estudio aumentará el conocimiento que ya poseemos de las facultades latentes que pueden ser capaces de desarrollo, para altos fines, en el Arte del porvenir."

Para concluir, séame permitido citar las palabras de Henry Wilson en su informe sobre la Escuela de Arte de Birmingham:

"Mi experiencia personal, y una larga observación de los resultados obtenidos, me han convencido de que el método de enseñanza ideado y puesto en práctica por el señor Catterson-Smith .....es el sistema que por tanto tiempo han estado buscando los dibujantes, los trabajadores y los maestros. Este sistema ofrece una solución al problema de la educación artística, que puede aplicarse de la manera más extensa posible a cualquier forma de la educación..... No solamente capacita al alumno para obtener resultados que parecen verdaderamente milagrosos si se les compara a los que se obtienen con los sistemas comúnmente en uso hoy día; sino que la aplicación de esos métodos, crea y desarrolla en un grado extraordinario la personalidad de cada alumno..... Apenas puedo imaginar, o desear, un beneficio más grande que el que recibiría la educación, si todos los planteles adoptaran los principios fundamentales del sistema de enseñanza que se practica en la Escuela de Arte de Birmingham."

J. F. U.

ENFERMEDADES DE LA VACA LECHERA

POR HERIBERTO RUIZ STANFORD

EN esta sección hemos tratado ya de los cuidados generales y de la alimentación más propia de la vaca lechera y de su cría; ahora, aunque de una manera elemental, trataremos de sus enfermedades más frecuentes, que son, a saber: la *mamitis* o inflamación de la ubre, los *meteorismos* o indigestiones gaseosas, las indigestiones sencillas y la tuberculosis, en la vaca; y las diarreas en la cría.

Por supuesto que no son estas todas las enfermedades a que está expuesta la vaca, pero sí las más comunes y por consiguiente las que debemos explicar en estos artículos de divulgación general y elemental. Las otras enfermedades, que omitimos porque no es posible hacer aquí un tratado completo de patología vacuna, no son tan frecuentes y resultan de causas especiales, de los diversos climas, etc.

Mamitis. La mamitis, o inflamación de toda o de parte de la ubre, es muy común en las vacas lecheras y se presenta bajo diversos aspectos según la parte de la ubre donde se localiza la inflamación. Sus causas son varias: la retención de la leche por taparse un pezón, heridas, desaseo de las camas, etc. También suele ocurrir debido a algún enfriamento, pero la causa más frecuente es la infección de la ubre, o penetración en ella de microbios que, hallando allí un medio favorable a su desarrollo, producen la inflamación.

Síntomas: Bien sea que un *gajo* (cuarto) o varios sean los afectados, se nota en toda la ubre un aumento de volumen; su piel se vuelve brillante, se pone dura, caliente y dolorosa; se observa a veces que el animal abre las piernas tratando de buscar mayor comodidad, y en el período intenso del malestar la vaca pierde su apetito, cesa de rumiar y entra en calentura.

Por lo que respecta a la leche, sufre cambios notables, como es de entenderse: se altera en su aspecto y composición; se forman coágulos en ella, debidos a la presencia de pus, y el escurrimiento es de un color amarillento y a veces sanguinolento. Cuando la enfermedad se presenta en una forma benigna, al cabo de tres o de cuatro días se observa la disminución de los síntomas indicados y poco a poco la leche va tomando sus caracteres normales; pero este caso es bien raro; lo frecuente es que la enfermedad tienda a des-

arrollarse hasta ocasionar la pérdida de la ubre y a veces la muerte de la vaca. En los casos más graves se forman abcesos, o sea colecciones de pus, ya superficiales o bien profundos en la ubre, y en ocasiones se presenta la terrible *gangrena*. Esta se da a conocer, cuando es superficial, por unas manchas de color violáceo o negruzco, pues cuando es profunda no es fácil determinar su aparición; y por último, se presenta la muerte del animal por una especie de envenenamiento de la sangre.

De lo expuesto se comprende la necesidad de que un facultativo examine al animal y determine la clase de mamitis de que adolece, así también como para que ordene el tratamiento más adecuado. Al hablar de esto, indicaré algunos medicamentos que pueden emplearse al principiar la enfermedad, a reserva de recurrir a un veterinario.

Al notarse la menor inflamación, aunque la disminución de la leche sea poca, debe de procurarse dar a la vaca enferma una cama limpia que se cambiará todos los días. Desde ese instante se dejará de ordeñar la vaca para vender la leche, y sólo se hará para evitar un recargo del líquido que puede ser perjudicial. La leche extraída de los gajos sanos puede, cuando mucho, darse como alimento a los cerdos, pero de ningún modo venderse como pura ni darse a la gente.

Una vez que la vaca esté en un medio lo más aseado posible, se le harán aplicaciones calientes de cocimiento de *tlalchichinole* o *toloache,* en las partes de la ubre inflamadas, y se hará ésto con un lienzo o con algodones limpios. Las aplicaciones se harán tres veces al día cuando menos, y durarán unos diez minutos cada una.

Es muy conveniente procurar que las tetas enfermas no estén tapadas, para lo cual se puede hacer uso de unos alambres delgados y de punta redonda, bien desinfectados. Lo mejor, desde luego, es el uso de sondas especiales. Una vez que se observa que la teta está destapada, se procede a aplicarle, con una jeringa de vidrio de punta delgada, una inyección de agua boricada al 3 por ciento, dos veces al día, mañana y tarde. Durante todo este período de cura, la vaca deberá mantenerse en un lugar abrigado.

Cuando la mamitis es, por decirlo así, de carácter no grave, es fácil por medio del tratamiento descrito detener el avance de la enfermedad y curarla; pero en el caso de la mamitis contagiosa o de la mamitis aguda, debe llamarse con la mayor urgencia a un médico veterinario.

Meteorismo. El meteorismo, o indigestión gaseosa de las vacas, es otra de las enfermedades más frecuentes de estos animales. La causan por lo general los gases que se forman en el primer compartimento estomacal (panza) de las vacas, producidos por la fermentación excesiva de los alimentos o por otros trastornos

digestivos, muchas veces ocasionados por cualquier cambio de alimentación.

Síntomas: El vientre aumenta de volumen, el animal muestra ansiedad y falta de apetito y deja de rumiar; sufre ligeros cólicos, su respiración se acelera y la boca se le pone seca y la lengua pastosa.

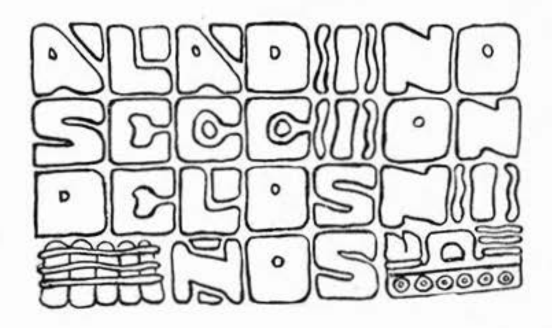
Por lo general las vacas tuberculosas son las más propensas a contraer esta enfermedad, la cual, sino se atiende debidamente, causa la muerte por asfixia una media hora después de principiada

Su tratamiento es sencillo, pues sólo consiste en dar al animal enfermo un brebaje de la siguiente fórmula:

Infusión de Manzanilla.	1 litro.
Alcohol.	200 gramos.

o también:

Salol.	10 gms
Bicarbonato de sodio.	50 „
Eter sulfúrico.	5 „
Nuez vómica.	5 „
Agua.	C. B.



LA ODISEA

DESPUES de la guerra de Troya los griegos volvieron a su patria, pero el hado quiso que Ulises vagara errante durante varios años antes de llegar a su país, y la *Odisea* contiene la narración de sus aventuras durante estos años. El nombre griego de Ulises era Odiseo, y la palabra *Odisea* significa "referente a Odiseo."

Cuando los griegos se hicieron a la vela en la costa del Asia Menor, a fin de volver a su hermoso país, ninguno de los príncipes estaba más ansioso por llegar a su patria que el sabio y valiente Ulises. Pero a pesar de todos los esfuerzos de sus marinos, unos vientos adversos llevaron sus naves lejos de las islas de Grecia. En el hogar, su esposa Penélope y su hijo Telémaco aguardaban su regreso; pero aún hubieron de esperar durante diez años después de la guerra de Troya, y en este tiempo nuestro héroe tuvo veinte aventuras. Aquí mencionaremos sólo unas cuantas.

En vez de ser llevados hacia Grecia, los barcos de Ulises fueron empujados a lo largo de la costa del Asia Menor y, acosados por el hambre, él y sus hombres no tuvieron al fin más recurso que desembarcar y atacar a los habitantes de una pequeña ciudad, quienes huyeron despavoridos. Los griegos satisficieron entonces largamente el hambre y la sed que les devoraba. Mientras tanto los habitantes regresaron y les acometieron, matando a más de la mitad de los marinos que habían desembarcado. Los restantes pudieron difícilmente volver a sus barcos.

Ulises y aquellos de sus hombres que pudieron escapar, desembarcaron en la isla que en la actualidad se llama Sicilia y vagaron por ella hasta llegar a una gran cueva. En esta cueva hallaron enormes jarros de leche, y otras señales de que estaba habitada. Era, en efecto, la vivienda de uno de aquellos fabulosos gigantes

que, como los dioses y diosas de las antiguas leyendas, existían sólo en la imaginación del pueblo de aquella época. El gigante se llamaba Polifemo y hubiera sido difícil imaginar nada más feo y cruel. Tenía un solo ojo, colocado en medio de la frente. Era el jefe de una raza de gigantes de un solo ojo, llamados cíclopes.

Por la noche, mientras Ulises y su gente esperaban en la cueva, entró en ella el gigante conduciendo delante de sí un rebaño de carneros gigantescos y obstruyendo luego la entrada por medio de una piedra que no habrían podido mover veinte hombres juntos. Ulises se adelantó hacia él, y ofreciéndole un odre de vino—pues en aquel entonces en vez de botellas se usaban pellejos—pidió gracia para él y sus compañeros. El gigante bebió el vino, saboreándolo. Prometió una dádiva a Ulises por su regalo; pero, como procediera inmediatamente a comerse a dos de los griegos, apareció bien claro que no podía esperarse piedad de aquel monstruo.

Polifemo preguntó luego a Ulises cómo se llamaba; pero el príncipe era demasiado inteligente para darse a conocer, y respondió:

"Mi nombre es *Nadie;* mi padre, mi madre y todos mis compañeros me llaman lo mismo."

A lo cual replicó el gigante:

"¿Quieres saber cuál será mi dádiva? Bueno: *Nadie* será el último que comeré de todos tus compañeros; los demás le precederán: este será el regalo de hospitalidad."

Transcurrieron seis días de terror y el gigante cada noche disminuía en dos a los compañeros de Ulises, antes de que este sabio príncipe encontrara un medio de fuga. Durante la séptima noche, mientras Polifemo dormía tendido en el suelo. Ulises asió una enorme estaca de madera y ayudado por sus hombres, la introdujo en el ojo del gigante, cuyos quejidos de dolor despertaron a otros de los fabulosos habitantes de la isla, pero éstos no pudieron entrar en la cueva, gracias a la piedra que obstruía la entrada. Entonces, desde fuera, llamaron a su jefe, preguntándole qué le sucedía, a lo que respondió:

"Amigos, *Nadie* me mata, no con violencia sino con astucia."

A lo cual replicaron los demás:

"Puesto que nadie te hace violencia, solo como te hallas, no es posible que te libres de la enfermedad que el gran Júpiter te envía."

Dicho lo cual se marcharon, abandonándole. Pero todos los griegos juntos eran incapaces de mover la piedra y tuvieron que esperar hasta el amanecer, en que el gigante, aunque ciego, apartó a un lado la piedra a fin de dejar salir a su rebaño de enormes carneros. El mismo se sentó en la entrada para impedir que pudieran escaparse los griegos. Pero Ulises había sido lo bastante perspicaz para preverlo, y había atado a uno de sus hombres bajo cada

uno de los carneros, de manera que, cuando aquellos animales pasaron por la puerta llevaban consigo a todos los griegos. Ulises y su gente escaparon hacia sus barcos y así termina la tercera de sus aventuras sorprendentes.

Más curiosa es todavía la aventura de los griegos cuando en sus peregrinaciones caen en poder de una bruja llamada Circe, quien les ofrece vino que los transforma en bestias. Aquí también Ulises es demasiado prudente para caer en el lazo, y rehusa beber el vino, lo cual redunda en beneficio suyo, ya que la bruja no puede menos de admirar su talento, y por él devuelve a sus compañeros al estado natural.

Varias de las aventuras de Ulises son muy significativas y están llenas de enseñanzas para nosotros, si procuramos aprovecharlas. Una de las más interesantes es la aventura de las sirenas, bellos monstruos que se situaban a lo largo de la costa y cantaban tan dulcemente que los marinos sentían la tentación de dirigirse a tierra. Las sirenas no eran sino verdaderas furias, que mataban a cuantos desembarcaban.

Aquí la prudencia de Ulises salvó de nuevo a su gente. Tapó con cera los oídos de sus marinos, de manera que no pudieran oír el canto de las sirenas, y pasaron por aquel sitio sanos y salvos.

La aventura siguiente, consiste en el paso de las naves por entre un escollo llamado Escila y un terrible torbellino llamado Caribdis; Ulises consigue pasar con éxito. Pero vayamos al final

de estas extraordinarias aventuras y veremos a Ulises desembarcando felizmente en la costa de Itaca, la isla griega de la cual era rey.

Veinte años habían transcurrido desde que abandonó el país para tomar parte en la gran guerra contra los troyanos; y durante todo este tiempo, Penélope, que se ha hecho célebre por su bondad, su belleza y su sabiduría, estuvo aguardando pacientemente su regreso. Varios pretendientes habían deseado casarse con ella y habían ido al palacio diciendo: "Ulises ha muerto, de lo contrario ya habría vuelto." Pero ella los rechazó a todos, diciéndoles que no se casaría de nuevo hasta que terminara un lienzo que estaba tejiendo; pero como cada noche deshacía lo que había tejido durante el día, el lienzo nunca estuvo terminado.

Al llegar Ulises a su palacio, se hallaban allí varios de los príncipes que deseaban casarse con Penélope. Nadie conoció al rey (excepto su vieja ama de leche y su perro), porque había cambiado mucho en los veinte años de aventuras. Pero Ulises comunicó quién era a su hijo Telémaco, y entre ambos mataron a los príncipes que habían estado molestando a Penélope. Luego fué Ulises en busca de su esposa, quien al principio no podía creer que era su marido que había vuelto; pero, por último, su regocijo no tuvo límites al ver que su sabio y noble rey se encontraba salvo después de tan extrañas aventuras.

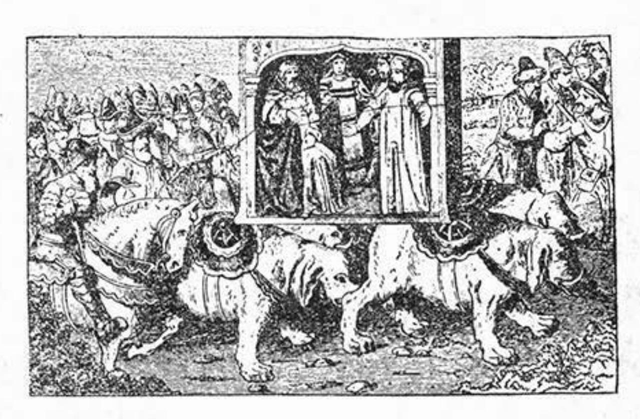
LOS VIAJES DE MARCO POLO

EXTRAORDINARIO es el caso, pero no por esto menos cierto, de un joven que movió a varios hombres a realizar aventuradas exploraciones por mares desconocidos a fin de descubrir y dar a conocer las ignoradas regiones del planeta.

De cuando en cuando habíanse emprendido antes viajes de exploración; pero, como los viajeros no escribían lo que habían visto, sus descubrimientos ninguna utilidad reportaban al resto del género humano. Marco Polo, joven de quince años y de constitución no muy robusta, acometió la empresa de viajar por países desconocidos y salvajes en busca del camino de China; pero después escribió las memorias de sus viajes dando cuenta de todo lo que había visto. Con sus narraciones, en que se describían lejanos países y la riqueza y esplendor de otros territorios, inspiró a otros hombres el deseo de visitarlos. En sus memorias refería Marco Polo cómo había llegado a tan extrañas tierras, y así los viajeros sucesivos no tenían más que seguir el camino que él había recorrido; pero sugirióles además el deseo de ir a ellas por mar.

Marco Polo era natural de Venecia; su padre y su tío, llevados del amor a los viajes, habían realizado ya el viaje a China, y al emprender una segunda expedición, resolvieron que el valiente Marco los acompañara. Debían atravesar abruptas montañas, áridos desiertos, países de sol abrasador y otros terriblemente fríos; el pobre Marco apenas podía sufrir al principio tan rudas fatigas, pero habiéndose repuesto después, todo lo resistió con valor hasta el final.

Llegaron, por fin, a China, donde un poderoso monarca, llamado Kublai Jan, los recibió con suma amabilidad. Marco creció en la corte y llegó a ser privado del rey; aprendió también varios idiomas y dió tales muestras de su buen ingenio que Kublai le envió de embajador a Cochinchina, a la India y a otros países. De regreso de cada una de estas embajadas, Marco daba cuenta al rey, no tan sólo del resultado de su mensaje, sino de las condiciones, topografía y demás particularidades de los países que había visitado, de las costumbres de la gente y negocios a que se dedicaba de las ciudades más importantes, y por último, de los ríos y montañas. Jamás había tenido el rey un emisario tan hábil y en



El Rey Kublai Jan

agradecimiento a sus servicios colmó de riquezas a Marco, a su padre y a su tío.

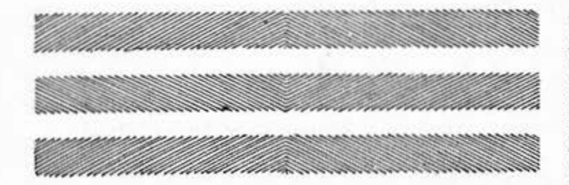
Los Polo desearon, por fin, regresar a Venecia, su patria, de la que habían estado ausentes por espacio de veintitrés años. El soberano sintió muchísimo su partida; pero al cabo, consintió en ella. Marco recordaba todo cuanto había visto y observado, y posteriormente lo escribió en un libro; mas por espacio de mucho tiempo, no se dió crédito a sus narraciones. Nadie podía, en efecto, creer en la existencia de países tan extensos como China y la India, poblados de millones y millones de habitantes; y, al leer lo que Marco Polo refería de las ricas sedas, de las deslumbrantes joyas y de los exquisitos perfumes y manjares, se consideraron sus relatos como pura fábula. Pero, andando el tiempo, y con los progresos de la cultura, echóse de ver que había cierto fondo de verdad en las memorias del célebre viajero veneciano, sirviendo esto de poderoso estímulo para que otros hombres estudiaran y concibieran atrevidos planes de realizar nuevos descubrimientos. El gran Colón, que vivió dos siglos más tarde, fué uno de los que estudiaron la obra de Marco Polo, de la que sacó gran provecho para concebir su plan de llegar por mar hasta la India.

A fin de comprender las dificultades con que tropezó Marco Polo para hacer creer la narración de sus viajes, bueno será recordar lo que les sucedió a él, a su padre y a su tío, cuando regresaron a Venecia. ¡Nadie los reconoció! Nadie quiso creer que el pequeño Marco Polo, que había salido de la ciudad siendo todavía un muchacho, hubiera llegado a ser un expertísimo viajero y un hombre de gran opulencia. A fin de vencer tanta incredulidad, los Polo

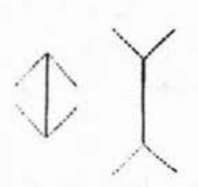
Marco Polo desembarcando en Ormuz

invitaron a sus antiguos amigos a una gran fiesta en la que se presentaron ataviados primeramente con trajes de satín carmesí, que trocaron después por otros no menos preciosos, y finalmente, aparecieron con los sucios y rotos vestidos que habían usado en sus peregrinaciones. Los amigos mirábanlos con sorpresa que aumentó hasta convertirse en asombro, cuando los tres anfitriones, arrancando los remiendos de sus destrozadas vestiduras, mostraron que estaban llenas de riquísimas joyas. Entonces sus conciudadanos creyeron, por fin, que aquellos desconocidos eran realmente los Polo, venidos de lejanos países.

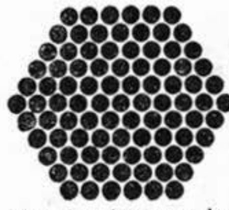
PODEMOS DAR SIEMPRE CRÉDITO A NUESTROS OJOS?



Si se fija la vista en los dos espacios blancos que hay entre las líneas parecerá que el espacio superior se ensancha en los extremos y el inferior se ensancha en el centro; sin embargo, las tres líneas son perfectamente rectas y paralelas.

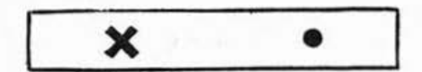


¿Cuál es la línea más larga? La de la derecha parece más larga que la otra, y no obstante, ambas tienen la misma longitud.

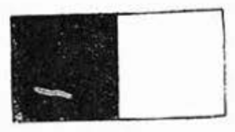


Si se les mira con mucha fijeza, parecerá que estos circulitos tienen seis lados, (como las celdillas de un panal de abejas), y sin embargo, todos son bien redondos.

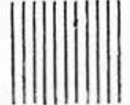
¿Cuál es el mayor de los tres? — El agente de policía— dirán muchos; y sin embargo, éste es el más pequeño, siendo la niña la mayor de las figuras.



Tenemos en los ojos un punto ciego, es decir, cierta parte que no puede ver. Se prueba esto, cerrando el ojo izquierdo y mirando la X con el derecho. Sosténgase esta página a 30 centímetros de distancia de los ojos, y váyase acercando a ellos poco a poco. Aunque se mire a la X, se verá también el círculo colocado a la derecha; pero llegará un momento en que éste desaparecerá. Si se acerca más el dibujo a los ojos, se vuelve a ver el círculo.



¿Cuál de estos dos cuadros es el mayor? Al parecer, el mayor es el blanco; pero en realidad, éste es más pequeño que el negro.



Uno de estos dos grupos de líneas parece más alto que ancho, y el otro más ancho que alto; sin embargo, tienen las mismas dimensiones en ambos sentidos.

EL GATO Y EL LORO

MADAMA Teófilo era una gata rubia, de la cual un escritor francés, Teófilo Gautier, refiere la siguiente encantadora historieta:

Tenía el pecho blanco, la nariz rosada, los ojos azules, y se llamaba Madama Teófilo por hallarse conmigo en los más amistosos términos, durmiendo al pie de mi cama, acurrucándose en el brazo de mi sillón cuando escribía, bajando al jardín para seguirme en mis paseos, asistiendo a mis comidas e interceptándome a veces algún bocado al llevarlo con el tenedor a mi boca.

Cierto día, un amigo que debía ausentarse por breve tiempo, confió a mi cuidado un papagayo que tenía. El loro, al sentirse transportado a tierra extraña, se encaramó, valiéndose del pico, hasta el tope de su percha y ya situado allí, silencioso y trémulo, comenzó a rodar los ojos, lleno de alarma.

Madama Teófilo no había visto nunca ningún loro, y aquel ser tan nuevo para ella, le causó evidentemente una inmensa sorpresa Inmóvil, cual un embalsamado gato de Egipto, miraba al ave con aire de profunda meditación, evocando todas las nociones de historia natural que había podido recoger en los tejados, en el corral y en el jardín.

Cruzaba por sus ojos guiñadores la sombra de aquellos pensamientos y pude descifrar tan claramente como si hubiese hablado en lenguaje humano, el resultado de su examen:

Decididamente, este bicho tan raro no puede ser una gallina verde.

Llegada a esta conclusión la gata saltó de la mesa donde había establecido su observatorio y se agachó en un rincón de la sala, con el vientre contra el suelo, las patas adelantadas, la cabeza baja, los lomos extendidos, como una astuta pantera, en espera de las gacelas que abandonan sus madrigueras para ir a apagar su sed en el lago.

El loro seguía aquellos movimientos con febril ansiedad; erizó sus plumas; hizo resonar su cadena; levantó agitado el pie y aguzó el pico contra el borde de su comedero. El instinto le decía que había un enemigo dispuesto a cometer alguna maldad.

En los ojos de la gata, fijos en el loro con fascinadora intensidad, leíase en un lenguaje que el volátil comprendía perfecta-

mente y no dejaba la menor duda: "Aunque verde, este pollo debe ser bueno de comer."

Seguía yo la escena con interés, pronto a intervenir cuando llegara el caso. Madama Teófilo se fué acercando al loro; agitóse su nariz rosada, entornó los ojos, abrió y cerró sus zarpas. Corríanle ligeros estremecimientos de arriba a abajo del espinazo, como a un goloso que se relame ante un delicioso pollo trufado y deleitábase al pensar en el suculento y raro manjar pronto a ser engullido. Aquel plato extraño, tan nuevo para ella, despertaba su apetito.

De pronto doblóse su lomo como un arco tirante y de un salto elástico llegó al pie de la percha. El loro, viendo el peligro que corría, exclamó de pronto con voz baja y solemne:

¿Has almorzado Jaime?

Esta frase, causó un terror indescriptible en la gata, que dió un salto atrás. Una banda de trompetas, un estruendo de bombos y platillos, un pistoletazo disparado al oído no le hubiera producido un terror más loco. Todas sus ideas sobre los volátiles estaban trastornadas. Su cara expresaba claramente la trastornadora idea que repentinamente le había asaltado:

¡¡¡Este no es un pájaro!!! ¡Este es una persona! ¡Habla!

Entonces el papagallo comenzó a cantar, con voz ensordecedora, convencido de que el terror ocasionado por su disgusto había sido su mejor medio de defensa.

La gata vino corriendo hacia mí, dirigióme una mirada de interrogación, y como mi respuesta no le satisficiera, se metió debajo de la cama de donde fué imposible hacerla salir en todo el día.

Al siguiente, algo más valerosa Madama Teófilo, se aventuró a intentar otro tímido ataque, pero con igual fortuna que anteriormente.

Desde aquel instante echó un velo sobre lo ocurrido y dió por indiscutible que el pájaro verde era un individuo a quien debía tratarse con respeto.

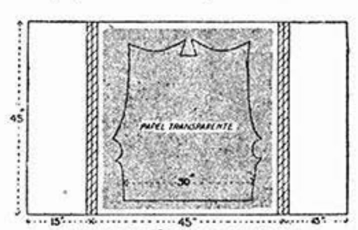
UN TEATRO DE SILUETAS

CON tijeras, goma, cartulina, papel y un pedazo de madera, cualquier niño un poco despejado puede construir un sencillo juguete que resultará muy divertido. Haremos las siluetas de la manera siguiente: cortaremos dos pedazos de cartulina de 0.35 centímetros, por 0.15. Luego cortaremos otro de 35 por 45 centímetros y del centro de éste recortaremos un espacio de 30 centímetros en cuadro. Con esto formaremos los bastidores y el telón. Luego, por medio de papel de goma, pegaremos los trozos primeramente cortados, a ambos lados de la pieza mayor, de manera que puedan plegarse. Mejor aún se hará con tela engomada.

El grabado nos muestra cómo saldrá el escenario. La cara exterior del conjunto puede forrarse de negro. En la interior taparemos la boca del escenario con un papel blanco traslúcido.

Ahora recortaremos cuatro figuras de cartulina fuerte, dándoles una altura de 7,5 centímetros, y una forma tan fantástica y cómica como sea posible, a fin de hacer el juego más entretenido. En el pedazo de madera de 30 por 15 centímetros, haremos seis hendiduras de bastante profundidad y largura para colocar en ellas las figuras.

Luego se toma papel fuerte para hacer cuatro cucuruchos



LA ARMAZÓN DEL TEATRO

destinados a cubrir las figuras; y para salir con nuestro intento se plega el papel como en los paquetes de forma cónica, usados en las tiendas de comestibles. En el pico del papel se cose un anillito. El cucurucho debe tener 10 centímetros de altura por 5 de diámetro.

Se toma entonces una varilla de unos 80 centímetros de lon-

gitud, en cuyo extremo se fija un trozo de alambre de unos 30 centímetros que termine en gancho.

No necesitamos ya más que una vela para proyectar las sombras.

Los presentes tratarán de adivinar las siluetas. Colóquese el escenario sobre una mesa, como se ve en el grabado, y detrás una vela encendida.

LAS FIGURITAS PARA EL TEATRO DE SILUETAS

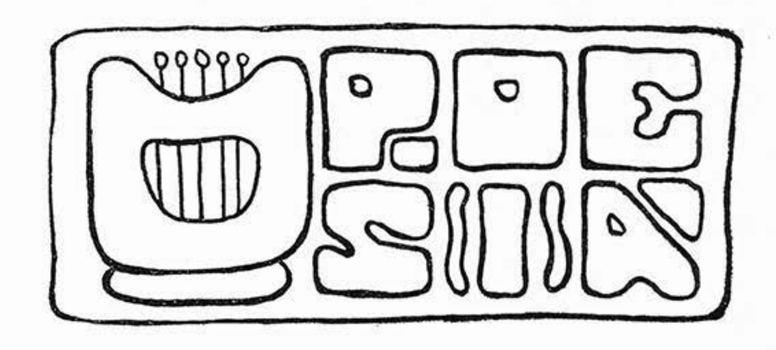
Uno de los jugadores coloca en las hendiduras las diferentes figuras recortadas. Las demás luces de la habitación deben estar apagadas. Otro de los jugadores se adelanta hasta el escenario, con uno de los cucuruchos u ocultadores, puestos en un alambre. Se levanta el telón; y guiado sólo el jugador por las sombras que en el papel transparente proyectan las figuras y el ocultador, procura poner éste sobre una de aquellas. Mientras el ocultador está encima de las sombras se le puede mover en cualquier dirección. Pero una vez que toca una sombra se le ha de bajar inmediatamente. Entonces se le desengancha del alambre con cuidado y se pone otro para continuar el juego.

Mucho extrañará ver que en lugar de tapar las figuras, los ocultadores se han colocado a gran distancia de ellas.

El encargado de las figuras cambiará de sitio la vela y los recortes para desorientar a los jugadores.

El que tapa más figuras gana; pero puede convenirse en que el juego sea por tantos.

El director del juego no habrá de hacer ninguna indicación y la vela deberá colocarla a la suficiente distancia para evitar que se quemen los cucuruchos.



SIETE PINTURAS

en las que sonríe mi hombrecito

I

EL VUELO

No pudo dar sus primeros pasos sino con una naranja en cada mano.

Un arbusto resiste más al viento cuando está cargado de frutos.

II

SU CANCION

Canta para adormecerse. Inclinada sobre él, su madre le reprende.

Pero él quiere, por de pronto, arrullar su canción.

III

LOS DOS PRISIONEROS

Acabó por descubrir que su rana de jade estaba junto a la puerta.

Se fué a meterla en la jaula donde gorjeaba su pájaro.

IV

EL FUEGO

Como las fieras de la montaña Kao-chan, sólo del fuego tiene miedo. El menor tizón lo asusta.

Debo decir que se esfuerza en espantar al tizón, lanzando roncos rugidos.

V

EL ESPEJO

Busca a su madre, que acaba de salir. Levanta las esteras. La busca hasta en el espejo.

¡Ahora da saltitos de alegría! Se parece tanto a su madre, que cree haberla encontrado en el espejo.

VI

LAS ESTAMPAS

Ya sabe imitar el ladrido del perro, el mugido de la vaca y los rebuznos desordenados del asno. También sabe reconocer a estos animales en las estampas que le enseño, designándolos por sus gritos.

Es tan lindo, que los hombres y las bestias de las estampas permanecen inmóviles.

VII

LA INUTIL PEREGRINACION

Los viajeros exaltan la belleza de una tarde de nieve en Hua-chan, la música de la campana del crepúsculo en el monasterio de U-tchien, el color del cielo de Tsu-kiang, el encanto de una noche de lluvia en Wao-tai.

Yo no iré a Hua-chan, pues el cuerpo de mi niño es bermejo como la nieve en el crepúsculo; ni a U-tchien, porque su voz es más conmovedora que la campana de un monasterio; ni a Tsu-kiang, pues todo un cielo, lavado por la brisa, está en su mirada.... Pero tal vez iré a Wao-tai, a fin de evocar cierta noche de lluvia en la que una mujer concibió un niño, que tengo por la duodécima maravilla del Imperio.

CHANG-WU-KIEN

Traducción de F. Orozco Muñoz.—Berna, mayo de 1921.

MARGARITA

I

SILENCIO, los lebreles
de la jauría maldita!
No despertéis a la implacable fiera
que duerme silenciosa en su guarida.
¿No veis que de sus garras
penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebreles......
¡los malos pensamientos homicidas!
y despertaron la temible fiera......
¡la pasión que en el alma se adormía!
y ¡adiós! en un momento,
¡adiós gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
a la luz de la lámpara nocturna
contempla el noble y varonil semblante
que un pasado sueño abruma.
Bajo aquella triste frente
que los pesares anublan,
deben ir y venir torvas visiones,
negras hijas de la duda.

Ella tiembla.... vacila y se estremece...
¿de miedo acaso, o de dolor y angustia?
Con expresión de lástima infinita
no sé qué rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía,
trémulo el labio a su pesar pronuncia,
mientras dentro del alma la conciencia
contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
librada ante la víctima, que muda

duerme el sueño intranquilo de los tristes
a quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,
que abandona la estancia, entre las brumas
de la noche se pierde, y torna al alba,
ajado el velo..... en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,
¡oh! ¿de cuál de vosotros es la culpa?
¡Silencio!.... El día soñoliento asoma
por las lejanas alturas,
y el anciano despierto, ella risueña,
ambos su pena ocultan,
y fingen entregarse indiferentes
a las faenas de su vida oscura.

III

La culpada calló, más habló el crimen....
Murió el anciano, y ella, la insensata,
siguió quemando incienso en su locura,
de la torpeza ante las negras aras,
hasta rodar en el profundo abismo
fiel a su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! Cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo
hacer traición a su virtud sin mancha,
malgastar las riquezas de su espíritu,
vender su cuerpo, condenar su alma?

Es que en medio del vaso corrompido
donde su sed ardiente se apagaba,
de un amor inmortal, los leves átomos
sin mancharse en la atmósfera flotaban.

ROSALIA DE CASTRO

LAMENTACION

OIDME niños:
Ha muerto vuestro padre.
De sus sacos raídos
os haré dos pequeños chaquetines
y unos pantaloncitos
de los suyos tan viejos.
Deben guardar sus bolsas
las cosas que tenía:
Sus llaves y centavos
de tabaco cubiertos.
Daré a Dan los centavos
para guardarlos en una alcancía;
las llaves serán de Ana
para sonarlas juntas.
La vida irá adelante
mientras se olvida al muerto;
la vida irá adelante
aunque mueran los buenos.
Ana, toma el almuerzo
y Dan tu medicina!
La vida irá adelante;
no puedo recordar por qué motivo.

(*Traducción de José Gorostiza*)

SONETO

NO sólo en este cuarto, cuando recién nacida,—
terminada la larga vigilia misteriosa
de aquella noche inmensa—mi saludo a la vida
se desgarró en el aire como se abre una rosa,

sino que en toda parte donde el dolor se aferra
al vientre dilatado, grité con pulmón pleno.
Hija de toda madre, nativa de la tierra,
¡jamás cuarto ninguno me contendrá de lleno!

Hoy que el calor se agota del corazón del mundo,
hogar no tengo en donde ampararme del frío;
gasto mi aliento en vano soplando un moribundo

fuego que ya no puede calentarme siquiera;
me duelen las espaldas! y de dolor y hastío
recogiera los dioses de mi casa, y me fuera.

(*Traducción de J. Glenton*)

EDNA ST VINCENT MILLAY

•

SOY EL ARBITRO DE MI DESTINO

EN la noche profunda que me cubre
Bajo su inmenso palio, negro como el abismo,
A aquellos dioses que existir pudieran
Las gracias doy rendidas por mi indomable espíritu.

El cruel zarpazo de homicida ambiente
Hallóme siempre impávido: jamás lancé una queja;
Y al golpe rudo de la hostil fortuna,
Sangrando, pero erguida, yo llevo la cabeza.

Más allá de las lágrimas y enojos
De estos terrenos lares, sólo culmina inmenso
Y pavoroso lo desconocido.
Nada importa: la muerte me encontrará sereno.

Quizá esté mi redención lejana:
Tal vez un riguroso e inmérito castigo
El negro arcano reservarme pueda;
No importa; ¡Soy el árbitro de mi alma y mi destino!

(*Traducción de F. González Garza*)

WILLIAM ERNEST HENLEY

PIECECITOS . . .

PIECECITOS de niño,
azulosos de frío,
cómo os ven y no os cubren,
¡Dios mío!

Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre, ciego, ignora
que allí donde os posáis
una flor de luz viva
dejáis;

Que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

HIMNO AL ARBOL

ARBOL hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia,
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre los otros ejercida.

Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador,

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
un soplo de divinidad.

HIMNO AL ARBOL

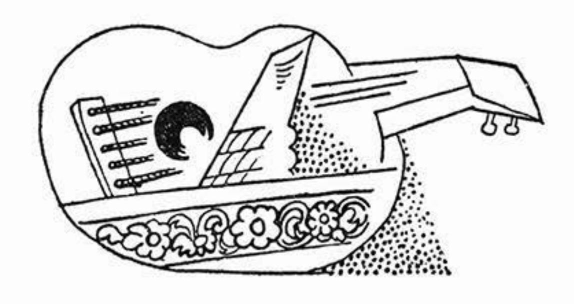
Arbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada tibio nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano—inmenso—
rama no hallaron para hogar!

Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor,—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

GABRIELA MISTRAL



EL POEMA DE LA MADRE

A doña Luisa F. de García Huidobro

1.—ME HA BESADO

ME HA besado profundamente y ya soy otra; otra, por el latido que duplica mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble, como mi corazón, más noble que mi corazón.... hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre las hierbas!....

2.—¿COMO SERA?

¿COMO será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa y los palpé con delectación. Querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así obscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida.

Miro las quiebras de las sierras cuando se van poblando de nieblas y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima, que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, que tenga el temblor leve de su voz, cuando me hable, pues en el que viene quiero seguir amando a aquel que me beso profundamente.

3.—SABIDURIA

AHORA sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado que cortara las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como el racimo azulado me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino y mi miel.

Para éste yo recé, para traspasar del nombre de Dios mi barro con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, porque recoja de mi carne su ardor inextinguible.

4.—LA DULZURA

POR el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan el por qué de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan las codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente, porque ahora creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

5.—LA HERMANA

HE VISTO una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, poı el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura, y la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, puesto que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

6.—EL RUEGO

¡PERO no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si El mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra, como de promesa, sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recojer el rocío de la noche, pongo yo mis senos ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamó EL HENCHIDOR, y le pido para ellos el licor de la vida.

¡Todo el amor de mi corazón suba a enriquecer mi pecho para aquél que llegará buscándolo con sed!

7.—SENSITIVA

YA NO juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Ya soy como la rama con fruto. Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín.

Y un simple canto que viene en el viento, o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

8.—EL DOLOR ETERNO

PALIDEZCO si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado en mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta, que por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío!

9.—LA QUIETUD

YA NO puedo ir por los caminos; tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí, a mi lado, las macetas con flor, y tocad la cítara largamente, pues yo quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. He de destilar, como la fruta, miel, pero hacia mis entrañas. La luz colore y lave mi sangre. Para lavarla también, yo no odio, no murmuro. ¡Amo, solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas y rostro, y mirada, y depurado el corazón.

10.—IMAGEN DE LA TIERRA

NO HABIA visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido maternal de todo. La montaña que me mira también es madre y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas......

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente, que las breñas hacían todavía invisible. Yo soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

11.—PALABRAS AL ESPOSO

ESPOSO, no me estreches. Lo hiciste subir al fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como una agua en reposo. ¡Amame, ámame ahora un poco más! Yo ¡tan pequeña! te duplicaré por los caminos; yo ¡tan pobre! te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo ¡tan tierna! me hendiré como una ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mí.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es solamente un velo bajo el cual hay un niño dormido!

12.—LA MADRE

VINO mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas, que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía una onda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

13.—EL AMANECER

TODA la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Señor, te llamo ahora Dulzura Infinita, para que lo desprendas blandamente de la red de mis vísceras!

Nazca ya y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros.

14.—LA SAGRADA LEY

DICEN que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares; más yo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro.

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la tierra con este hijo en los brazos y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, ¡como sus palmas y como sus surcos!

Temuco, Chile, 1920.

GABRIELA MISTRAL

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana.

Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. Mexico, D. F.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al cuatro, pues están completamente agotados. Esta Revista a partir del número anterior, es grátuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 10.00 DIEZ PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 5.00 CINCO DOLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante, 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.

Nos decimos: Amemos a la patria. ¿Y en qué consistirá esto de amar a la patria? Los poetas, que son seres instintivos, nos la representan como una mujer bella y deseable que sea nuestra amada, o como una noble matrona que sea nuestra madre.

Pero más bien que como a madre y como a novia debiéramos los mexicanos, amar a nuestra patria como a hija.

Pues si es cierto que hemos heredado patria, la patria que nos legaron nuestros mayores, es más verdad aún que nos toca HACER PATRIA. *Gran misión es la de nosotros de estas generaciones, tan grande como la de los ilustres abuelos que veneramos. La patria mexicana que mañana será en un todo la madre de nuestros nietos, será obra nuestra, hija nuestra.*

Es muy niña todavía. Tiene instintos que requieren dirección y educación. Está aprendiendo sus primeras letras. Necesita ayuda, necesita cariño, necesita enseñanza.

Su cerebro es el cerebro de millones de mexicanos que no saben leer.

La patria seguirá siendo una indita analfabeta hasta que el dón de las letras sea posesión de todo mexicano. Amemos a la patria difundiendo la enseñanza.

Es más noble ser maestro voluntario de nuestros conciudadanos que ser soldado. Y mejor ama a la patria quien enseña a sus vecinos, a sus compañeros o a sus peones a leer, que quien nada hace sino estremecerse cuando oye el himno o saluda la bandera.

El corazón de la patria es el corazón de millones de mexicanos inconscientes de la belleza de las cosas mexicanas. La patria seguirá siendo una indita que no tiene noción de su hermosura y la echa a perder, hasta que todo mexicano sepa ver en las cosas de México tanta belleza como el italiano ve en las cosas de Italia y el francés en las de Francia.

No puede haber patria sin arte nacional reconocido y apreciado. Mal aman a la patria quienes desfiguran nuestras ciudades con barrios de imitación europea; quienes intentan hacer arte extranjero. Amemos a la patria desarrollando su propio genio artístico, amando su arte por sobre toda imitación de arte que no sea expresión de la raza.

Las manos de la patria son las manos de millones de mexicanos que las tienen torpes. Amemos a la patria, hagámosla bella, educando todas nuestras manos a hacer algo hermoso. Sepamos todos o modelar barro, o dibujar, o tejer, o tocar un instrumento musical. Entonces tendrá cada uno su consuelo, su diversión, con qué calmar su pena o llenar sus ratos de ocio. ¡Que esta patria hija nuestra sea doncella juiciosa de manos hábiles, capaz de hacerse ella misma su ropa y sus adornos!

METOECUS

■

Todas las dudas sobre asuntos de la vida práctica, de educación, de organización familiar y social, etc., que se tengan, pueden ser estudiadas por los redactores de esta Revista. Haga usted sus preguntas con el más sincero propósito a la Dirección de "EL MAESTRO," 1ª de Gante núm. 3, o Apartado Postal 105 bis, México, D. F., quien las contestará en el tono de sencillez y claridad que la pregunta exija.

EL MAESTRO

REVISTA DE CULTURA NACIONAL

NOVIEMBRE MEXICO MCMXXI

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1 16 30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

EL
MAESTRO
REVISTA-DE
CULTURA
NACIONAL
NOVIEMBRE
TOMO 2 1921 NRO. 2
MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8.
MEXICO, NOVIEMBRE DE 1921

Revista Editorial Informativa

LAS CONFERENCIAS DEL DESARME

EL 11 de noviembre se reunieron en la ciudad de Wáshington los representantes de las principales naciones del mundo, para tratar sobre la limitación de armamentos y sobre los problemas del Oriente. Las conferencia internacional, publicado en El Universal del 11 de noviembre. El general Obregón estudia la posible, las guerras futuras, pero como hasta ahora no se llega a ninguna conclusión, en el próximo número de **El Maestro**. daremos un relato de las citadas conferencias.

Sin embargo, por ser de verdadera importancia, transcribimos un artículo del Presidente Obregón sobre este asunto de la mayor trascendencia internacional, publicado en **El Universal** del 11 de noviembre. El general Obregón estudia la posibilidad de verificar el desarme y de si tal posibilidad se logre en las conferencias. Posteriormente, Bernard Shaw, uno de los grandes escritores que comentan las juntas en los periódicos neoyorquinos, coincide en algunos conceptos con nuestro Presidente y esto viene a dar mayor importancia al artículo que transcribimos en séguida y que se titula **El Problema del Desarme:**

"El desarme de las naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades, sino para la destrucción en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

"La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas a la moral y a la ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido

actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un sólo sér humano que no aplauda sin reservas la idea del desarme, es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países.

"Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero. Si la existencia material del desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.

Segundo. Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la realización de tan noble fin, y

Tercero. Si los representantes de los países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

"Por lo que respecta al primer punto es indiscutible que al suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos, para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá precisarse mientras no se concedan por igual a todos los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua o su religión, y mientras no sean considerados, así mismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el desarme, al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, que el nivel moral de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

"Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la humanidad entera donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el Derecho Internacional, da cabida a la presunción de que no existe por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluídos de ese Congreso, en cuyo caso el anhelado desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los países que no quisieran someterse a ellos.

"Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, ya que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

"Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun conseguido el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres. Las armas han sido una necesidad de la guerra, y nunca la guerra una necesidad de las armas. En to-

das las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra, lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuere dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicaciones, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndole ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

"Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace sino proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y la ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones, un estado de cosas menos angustioso."

EL VI CENTENARIO DE DANTE

PARA celebrar el VI centenario de Dante, el excelentísimo señor don Stefano Carrara, Ministro de Italia en nuestra República, hizo entrega de una estatua del inmenso poeta, a la Universidad Nacional. Con tal objeto se verificó una ceremonia en el atrio de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que será convertida en la sala de conferencias y conciertos de la Universidad, en que los señores licenciado José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, y el Ministro de Italia, pronunciaron los discursos que transcribimos. La estatua de Dante quedó erigida en el lugar de la ceremonia.

El discurso del excelentísimo señor Carrara, juzgado por la prensa como un bello modelo de elocuencia, es el siguiente:

Señor Presidente de la República, señor Ministro Vasconcelos, señor Ministro de Relaciones Exteriores, estudiantes mexicanos, señoras, señores, miei Fratelli d'Italia:

Mi débil voz tiembla y se pierde en el breve circuito de su flaqueza y en las sílabas de un idioma que no es el mío. Tengo que invocar toda vuestra indulgencia a fin de que si en mis labios el idioma que un ilustre escritor llamó "la mirra que quema al Sol Latino: la lengua de España" titubea como un verso de Homero escandido por la cítara de un bárbaro, mis corteses oyentes quieran juzgar que es ya algo meritorio para un bárbaro, atreverse a cantar versos de Homero.

La piedra fundamental del modesto monumento que ofrecemos a México, en el mármol de nuestras montañas, hay que buscarla muy lejos en el tiempo, muy lejos en el espacio.

(El Ministro Carrara, después de una breve síntesis del pensamiento griego hasta el sacrificio de Sócrates, continúa:)

En la lápida cuadrangular que, a la sobra del Parthenon cubrió para siempre al Ejecutado, los Hombres habían encontrado, por fin, la piedra fundamental de lo que ayer, hoy y mañana, en el vocabulario común del género humano, se llamó, se llama y se llamará, con una palabra heroica de la historia moderna: la Bastilla.

Cuatro siglos después, a orillas de un lago, un modesto lago olvidado entre el Carmelo y el Hernón, encontraron también a otro hombre quien, desde unas humildes barquillas, decía palabras nunca oídas y maravillosas. Los niños de las aldeas de Cinnereth jugaban, de tarde, en sus proas. Las mujeres de Magdala regaban de perfumes y de llanto sus pies. Hablaba de un Padre en los cielos y llamaba hermanos a los hombres. Decía también: —El que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra el primero.. y (como observó en el pasado siglo un escritor y diplomático brasilero) él, sin pecado, no la arrojó. Sobraban, por lo tanto, motivos para matarlo. Y los hombres que, desde el tiempo de Sócrates, habían ya adelantado y reemplazado el remedio natural de la cicuta por el remedio mecánico de la cruz, clavaron al Hombre del lago, al Hombre de las barquillas, en la cumbre de una colina para que todos lo vieran, hasta las mujeres de Magdala...

Y, en esto, no se engañaron: todos lo vieron, lo ven y lo verán.

Desde entonces, cada vez que un pensamiento más vasto que el pensamiento vulgar, surca el cerebro de un hombre, cada vez que una conciencia más clara que la conciencia de los otros aparece en los caminos de la historia a encender una lámpara más, cruces y cadalsos levantan pensamientos y lámparas de la tierra, tal vez para aproximarlas al Sol de que son la pura emanación. Desde entonces, sobre el Gólgotha del Ideal, cada cruz tuvo a su Cristo y cada frente su corona de espinas, quizás porque las espinas duran más que las rosas. Descubrieron también los hombres, unas ideas generales, por ejemplo, que la virtud está en el término medio y cada uno monopolizándola por sí, puso el término medio, hasta donde había llegado él mismo y todos los hombres fueron virtuosos. En una cosa no se modificaron nunca: en el odio implacable y común

De todo lo que se arrastra
Contra todo lo que vuela

y para cien Bastillas sirvieron las

piedras derrumbadas de una sola, y doquiera hubo alas, hubo una Bastilla por jaula.

En esto, unánime es la doctrina en todos los continentes y el siglo XX contempló en la orilla americana del Atlántico y en una quinta solitaria, un hombre que se moría. Poca gente, muy poca; poco ruido de voces. Un ruido sí el del mar: las olas. Concluído el reinado de la gloria, empezaba el de la ingratitud. Ese hombre se moría casi solo y se llamaba Simón Bolívar.

Pero, volviendo al Hombre del Golgotha... después? Después, pueblos y siglos pasaron. Nació gente, murió gente, hubo primaveras y otoños en los árboles y en los corazones. Nació gente, murió gente: como el viento por un campo yermo, pasaron también otros siglos y se llamaron Edad Media. En las postrimerías de esa Edad, y en la melancólica tarde de un melancólico invierno, alrededor del año 1300 al umbral de un monasterio, sepultado en un obscuro valle de Italia, un viandante se detuvo, cansado del largo camino. Al monje que, desde la puerta entreabierta, le preguntó qué quería, el Desterrado contestó una sola palabra: PAZ. Llevaba escondido en el sayo dos arrugados pergaminos con unos versos escritos en el dialecto del pueblo toscano. Su nombre era Dante Alighieri: en los dos pergaminos se leían los primeros tercetos de la Divina Comedia.

Era el libro, señor Presidente de la República y mis corteses oyentes, era el libro cuyos ritmos, desde casi seis siglos, retumban, ¡oh Italia!, en la canción de tus vientos solitarios y en las playas de tu cuádruple mar: era el mensaje eterno de belleza, de fraternidad, de justicia que Roma e Italia transmiten, bajo todo libre cielo, a toda libre tierra, a todo libre espíritu, a todo libre corazón: era el breviario y el viático donde la milenaria virtud del nombre italiano se enarbola a cumbres que no fueron alcanzadas jamás: eran las páginas en que rezaron las muchedumbres heroicas que tuvieron que pararse por un largo viacrucis de siglos debajo del cadalso y del hacha, pesando la sangre de sus mártires, para avanzar barriendo satélites y verdugos en nombre de la Nación y de Dios, hasta que todo un pueblo, bueno para la dicha y bueno para el dolor, bueno para la opulencia y bueno para la pobreza, bueno para el arado y bueno para el cañón, bueno para todos los calvarios y bueno para todos los Capitolios, se levantó a atestiguar con Dante Alighieri que, en la historia de los fuertes, toda gota de sangre derramada por el azote, tiene que ser pagada por una gota de sangre derramada por la espada, y por fin de cien diferentes estandartes la cruz blanca de Saboya campeó en la única bandera que hace de Italia, no solamente una patria, sino una religión del mundo: era el libro del cual, ¡oh italianos que me escucháis! yo quisiera que cada uno de vosotros recordara, y cada día, el canto inmortal donde el Alighieri, suspendiendo perplejo el andar de su místico viaje, dialoga con Virgilio así:

> ...Vedi lá un'anima che a posta
> Sola soletta verso noi riguarda:
> Quella ne insegnerá la via piú tosta.

Se non che l'anima (soggiunge l' Alighieri)

Ma lasciavane gir, solo guardando.
...non ci diceva alcuna cosa,

A guissa di leon quando si posa,
Par Virgilio si trasse a lei pregando
che ne mostrasse la miglior salita;
E quella non rispose al suo dimando.

Ma di nostro paese e della vita.
C'inchiese. E'l dolce Duca incominciava;
—Mantova... e l'ombra tutta in sé romita

Surse ver lui dal loco ove pria stava
Dicendo. —O Mantovano, io son Sordello
Della tua terra. E l'un l'altro abbracciava.

Era, por fin, el libro que hoy, señor Secretario de Educación Pública, golpea a esta vuestra Catedral del Espíritu y del Pensamiento mexicanos y encuentra en el umbral, por el imborrable mérito del licenciado Vasconcelos, su gran hermano: el poema de Homero. Dignos son de estar juntos, el gran ciego que vió bajar del Olimpo a los dioses, el gran desterrado que vió subir los hombres al Olimpo: ambos sin hogar hicieron, conscientes de su inmortalidad, su propio hogar del cielo, de la tierra y del infierno.

Acogedlo con el fraternal cariño con que os lo ofrecemos.

Ambos esperan a otro gran hermano, el Soñador, del que no es cierto que volviese a morir como un pacífico burgués a su aldea entre su sobrina, su ama, su cura y su barbero, sino que "desde un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme," subió a las galeras de Cortés, escaló inexploradas cumbres con su encantada lanza y su yelmo de Mambrino, hacia los molinos de viento del Eldorado. De su magnífico sueño, o si queréis de su magnífica locura, surgió México. Acogedlo con los dos inmortales que le precedieron y será, ¡oh mexicanos! el regreso a la realidad, a la verdad, el regreso al hogar, a vuestra tierra santa, el regreso a la patria del ideal.

Abrid todas las puertas. El llega de lejos, con el alma aún más rica de fe, con el corazón aún más latiendo de dulzura y de amor. Repica hoy la hora histórica y grave, en la cual de los cuatro vientos del horizonte, llegan a cada madre todos los hijos dispersos de la humana familia, los que se habían atrasado para enterrar sus muertos, para edificar sus casas, para llenar de flores sus tálamos, para engalanar de velos sus cunas.

¡Abrid todas las puertas!, los últimos son los más queridos.

Antes de dejar esta tribuna, permitidme señor Presidente de la República, os exprese nuestro más cordial agradecimiento, por habernos honrado con una benévola presencia, de la cual los italianos en México guardaremos imperecedera gratitud. imperecedero recuerdo. Huéspedes y extranjeros, comprendemos todos nuestros deberes y pedimos a México únicamente dejarnos unir a la vuestra, nuestra fecunda labor y participar en sus fortunas como, en el pasado, hemos participado de sus amarguras. Cuando en la vida se lloró y se sonrió juntos, los vínculos de las familias y de los pueblos se vuelven sagrados y la tan abusada palabra de "hermano" se levanta de las contingencias del tiempo y de las limitaciones de la geografía o de la historia a esa expansión y a esa verdad superiores, donde se igualan y aplacan los más diferentes contrastes y las más opuestas esperanzas en las cumbres de la comun definitiva frontera de los hombres: la

frontera de Dios. Es sobre libre, abierto y civil respeto a la patria de los demás, como nosotros, los italianos, fundamos el derecho a la libre, abierta y civil glorificación de nuestra patria en el mundo. No hay, para nosotros, ni grandes ni pequeñas nacionalidades. Hay la nación, como no hay ni grandes ni pequeños hogares, hay el hogar, y lo que mide de la nación y del hogar el justo valer no es una medida que se arrastra hecha con metros, es una medida que sube hecha con alas.

Entre demasiados ecos de inmortalidad nace cada italiano para no tener con la espontaneidad con que otros tienen la nostalgia de una tierra, la nostalgia de la gloria. Tal vez, esta luminosa palabra suena en mi voz como una palabra de orgullo; pero, todo lo que de grande cuentan histórias y poemas, parece su grandeza y su historia a cada expatriada familia de las nuestras cuando, como hoy, está conjunta bajo el símbolo más suave que nos ilumina por el destierro el camino y en el nombre más augusto que suena en los labios de los hombres: la bandera de Italia y el nombre de ROMA.

Cuando el señor Ministro de Italia terminó su discurso, ocupó la tribuna el licenciado Vasconcelos para leer la siguiente pieza oratoria:

"Claro presagio es poder celebrar el centenario de Dante junto con la apertura de esta sala de las discusiones libres, que el Gobierno de México dedica a los ingenios de todo el mundo, para que en ella mediten, discutan, construyan o expongan ideas y doctrinas. Un recinto amparado con un nombre indostánico de la época de los Asokas y el Buda, y a la entrada, como evocación sublime, la figura del más alto, del más inspirado de los poetas del mundo. Coincidencias extrañas al parecer, inexplicables, conforme a la lógica rigurosa de la historia, pero perfectamente naturales para el que penetra el sentido de las enseñanzas, para el que no atiende ni quiere atender a los procesos cronológicos o históricos, si ellos no significan una unión interna y esencial de las verdades reveladas en el curso de los tiempos. Coincidencia muy explicable dentro de la cultura latinoamericana, que tiende a producir una síntesis profunda de todos los valores universales, y fundada en el juego libre del espíritu, en su busca de la revelación y la belleza. Una síntesis superior al criterio que cataloga épocas y acontecimientos en orden de ciega sucesión, sin la fuerza de adivinar la verdad profunda que se desarrolla dentro del caos absurdo de los acontecimientos y de la historia.

"Universalidad, que no es multiplicidad discorde y dispersa, sino aliento organizador y creador; sucesión de relámpagos en la noche de los tiempos, teoría luminosa surcada a trechos de confusión y sombras: esa es la historia del alma y esa es también la historia del mundo. La mentira que los sentidos forjan se rasga primeramente como nube rota por el sol, cuando resuenan en la conciencia los primeros cantos del Rig Veda y los mitos de Orfeo. La luz parece extinguirse apenas nace y las sensaciones corporales vuelven a rodearse de sombras, pero, periódicamente, las tinieblas se rompen y se suceden los preceptos pitagóricos impregnados del ritmo interior de los seres

y los secretos de Osiris que son como el rasgar de muchos velos. Resuenan en seguida los gritos inspirados de los profetas hebreos, y se aclara la verdad en los diálogos sublimes de los Upanishads. Aparece en seguida como una aurora la doctrina de Buda Sakia Muni, el verdadero Bautista, el anunciador de Jesús, cuya venida confirmó la profecía de los orientales que lo llamaron el Buda Martreya, el Buda Misericordioso. De esta suerte cobra sentido la historia, y el alma levanta su vuelo, y, dentro de tal visión de conjunto, la de Dante es una de esas cosas que proclaman y confirman las verdades eternas.

"El dón del vuelo lo poseemos todos, pero la inmensidad del espacio nos lo llena de vacío, y, desencantados entonces de la movilidad de la nada, quisiéramos el ser de la cosa inerte, de la roca que es firme y definitiva, sin exaltaciones, sin trémolo y sin destello: eterna como el basalto o clara y tranquila como la esmeralda. ¡Cuánto más perfecta la gema que el rastrear asqueroso del germen que se hunde en el pantano o se envilece en la oruga, con tal de lograr un resplandor fugaz y una sacudida momentánea de goce! ¡Cuánto más puro el barro que aún no se contamina del estertor micro orgánico que crea la vida! Mineralista, adoradores de piedras preciosas como la forma ideal de existencia, eso seríamos todos si no fuese porque en el roce turbio que crea la vida emerge una partícula de luz intangible de que carecen la gema y el sol, un género especial de luz que, si arde, lejos de consumirse se acrecienta. Tal es la luz que mira el vidente, ya nazca de adentro o ya esplenda en lo interno, mientras más se la mida, más se agiganta. Tal es la luz que en medio de lo absurdo que es toda vida, irradia súbitamente de la entraña de los seres y nos envuelve en arrebatos de júbilo.

"Claridades de los grandes cielos abiertos; estrellas de la noche profunda; ríos que fluyen; nubes que danzan; tierra extensa y mansa; todo es signo y trasunto de un devenir que corre y que a veces choca con nuestro destino que pugna. De allí nace el fuego desbordado de la fantasía que, a semejanza de la potencia divina, ensaya con las formas la visión de los mundos nuevos. He aquí lo que se encuentra en Dante.

"Como vidente lo concebimos los modernos: vidente y apóstol, y por lo mismo, superior al genio: más que filósofo y más que poeta: iluminado, uno de aquellos para quienes la vida es tragedia; tragedia mas no desastre: transfiguración que produce valores eternos. Cuando Dante habló, la verdad cristiana, renovada por San Francisco, permeaba las almas de gracia, y la ansiedad, la angustia, la luz que palpita en las conciencias humanas y aún en el alma obscura de las bestias, todo pugnaba por libertarse en un cántico; y un cántico hecho acción fué toda la vida sublime del santo. En seguida el Dante bajó al mundo de las sombras, como si con el pensamiento pretendiera redimirlo; y así nació la Comedia apellidada Divina; como un ritmo profundo que nace de los conflictos infernales de la conciencia confusa y se depura y

triunfa al confundirse con la fuerza, con "el amor que mueve el sol y las estrellas."

"El alma de Dante, tormentosa pero llena de gracia, tenía que buscar la redención de las almas en el amor, que es júbilo infinito. Pero ¿de cuál amor? ¿De la fiebre genésica que a todos los seres perturba, pero jamás los sacia, o del afán que nos impele a superarnos buscando algo que no es nosotros mismos, ni tampoco criatura alguna procreada a semejanza nuestra? Nadie ha contestado estas preguntas mejor que Dante. A los ojos del vulgo literario, Dante es un enamorado; un hombre que pone el sentimiento del amor por encima de todo lo humano y que ha simbolizado en Beatriz el fin supremo del deseo, la cumbre más alta del esfuerzo. Si los que así piensan tuvieran razón, Dante no sería más que un Petrarca, es decir, uno de tantos que sólo viven en la memoria de estudiantes de literatura o de críticos desocupados; un simple cantor sentimental o un eslabón literario. Pero muy por encima de todo esto, la obra dantesca se hace parte necesaria de la conciencia humana y fuerza inextinguible que a cada edad comunica impulso y aliento.

"Desde la época juvenil del amor ardiente que se ha inmortalizado en la Vita Nuova, ya hay en Dante un sentimiento que no es el del enamorado común, sino una especie de aptitud nata para convertir la pasión en visión; el sentimiento en fuego creador. De esta suerte, su instinto trabaja para todo el espíritu humano; su amor no busca posesión como todos los amores comunes la buscan, sino para crear maravillas de fantasía que superan a toda realización amorosa. Convertido en belleza su amor, sube de grado y ya no es afán sino consubstanciación de lo humano en lo eterno. Quien esto logra supera al artista, y se hace vidente, y ya no sólo expresa la belleza sino la revelación. El mero artista es un espejo que refleja y devuelve copias de la realidad; sólo cuando improvisa revela vida nueva y se hace profeta.

"Se encuentran en Dante los agravios y el tormento que preceden a toda verdadera revelación. El mundo lo lastimó en todas las formas materiales, sociales, mentales, pero su fantasía crea seres más poderosos que las cosas reales y su mente palpa las substancias eternas.

"Su capacidad para tornar en substancia real la obra de la fantasía, hace que la figura de Beatriz, insignificante, como es insignificante siempre el amor terrestre, sea, sin embargo, motivo de visiones poéticas y de revelaciones trascendentales. La fantasía dantesca participa de la energía divina que sopla sobre la realidad para hacerla imperecedera; que convierte lo real en la substancia de que están hechos los sueños, para fijarla mejor y perpetuarla.

"Convertir la pasión amorosa en visión de belleza ardiente es, a la vez que libertarla, superarla, y equivale a crear la realidad nueva del esplendor trascendental. Y como lo bello es un ritmo ascendente y se asciende hacia algo, la belleza es movimiento y camino, pero no fin en sí, no es término, sino ruta, y el mero poeta contempla sólo el movimiento de la forma pero no su término divino. El Dante, en cam-

bio, no se detiene en la visión, sino que lleno de arrebato sublime se va muy lejos de la simple belleza y del amor mismo, y poseído de iluminación comienza a revelar el misterio.

"Es cierto que en el Paraíso Dante vuelve a encontrar a Beatriz y la abraza ebrio de dicha, pero no por eso suspende su marcha ni juzga que ha llegado a la meta de su destino. Repuesto apenas de la dulce sorpresa, la marcha prosigue, y es entonces la amante, lo que sería más grato encontrar en este mundo, una compañera de peregrinaciones, adelantada unas veces en la ruta por obra de su gracia candorosa, unida siempre como una parte armoniosa del alma incompleta que anida en nuestros pechos distantes. Una suerte de fusión moral que podría compararse al concierto de melodía y armonía; eso es Beatriz, y no la amante que sacia el cuerpo. La media naranja del inmortal símil platónico, que devuelve al alma la armonía perdida: y no la que, por excesivamente hermosa, hacía exclamar a los héroes helénicos: "di si eres diosa o mujer." El amor de Beatriz supera también al de la dama a cuyos pies se rinden las espadas y se entona el lloro de los versos. Más radiante que la diosa, más dulce que la señora, más profunda que la amante; su amor se asemeja al de la Virgen María, que es lleno de gracia, porque, lejos de robar para sí el afán de la conciencia, nos abre el alma al conocimiento y nos conduce a los espacios celestes.

"Beatriz llena casi toda la vida de Dante, y sin embargo, el poeta no se entrega totalmente a su amor, no da su alma a su amada, adivina que las almas pueden andar juntas y aun confundirse, pero sin darse la una a la otra, sino entregándose ambas a superior impulso. Cada alma es insaciable, y dos insaciables, lejos de nutrirse, se devoran: así se explica que la pasión de dos almas sea como un incendio que devasta y sólo deja cenizas y muerte en la conciencia.

"La negación del petrarquismo, la negación del amor como objetivo final, eso es lo que se deduce del amor dantesco. En el drama prodigioso de su vida, Beatriz la muerta, la imposible, es la compañera que no lograría revelársenos en este mundo y sólo se aparece en los sueños que nos forjamos del otro. Su amor es manantial de gracia precisamente porque ya no tiende a la criatura sino a lo eterno. Un amor hecho belleza, no belleza formal sino belleza en proceso, belleza en ritmo. Esto es lo que se siente frente al castigo que padecen en el infierno los amantes, condenados a unión perpetua, que por serlo se convierte en desesperado tormento, ya que dos seres no pueden amarse en todos los instantes, a causa de que la criatura puede ser objeto de piedad, objeto de ternura, de angustia o de goce, pero jamás de amor absoluto. Somos brotes de lo imperfecto, composiciones temporales, puntos de confusión atormentados y andantes, poseídos de sed; somos sed de amor, pero no objeto de amor. Y el propósito natural del amor es la adoración y la conversión en algo que nos trasciende y es infinito.

"Dante era un desencantado del amor humano. Como todos los grandes, padecía de soledad, inmensa

y desgarradora soledad; certeza dolorosa de que no ha de encontrarse un corazón verdaderamente ligado al nuestro; no existe más pavorosa ni más incurable desdicha. Y este dolor, que perdura en el triunfo, se acentuó mucho más en su penosa vida de proscrito que sufre persecusión por la justicia y mira por todas partes la maldad triunfante, la ineptitud insolente y la esperanza muerta. Pero su alma férrea no se doblega; ni la nostalgia, ni el martirio de la distancia, ni la sangrienta burla de los viles, nada es capaz de callar la lengua valiente que contesta a los que le ofrendan perdón: "Si para volver he de confesarme culpable, no volveré jamás."

"Habituados estamos a leer como una novela de tiempos lejanos la historia de estas altiveces que fustigan la cobarde hipocresía de la vida social, pero rara vez miramos en torno para observar que todavía ayer, que aun hoy, en muchísimas naciones del mundo, no habría lugar para un alma excelsa como la de Dante. No podría tolerársela viva porque todavía sus anatemas marcarían con fuego muchísimas espaldas. Los hombres más grandes parecen condenados a no poder conquistar amor durante su vida. No se les ama; se les admira o se les odia, y la admiración es ya un principio de apartamiento: en cambio, poseen el dón de despertar el amor vivísimo, el apasionamiento de sus sucesores. ¿Será porque dejan de ser temibles al convertirse en teoría, en literatura o en arte? Pensarán de ese modo los que no aprecian más que el atractivo formal, la belleza externa de sus obras; pero los que sentimos la energía viviente, la potencia inmortal que mana de sus obras, no podemos sentir sino reverencia y amor, todo el amor que sus contemporáneos les negaron, todo el amor que anda por el mundo desbordándose, sin hallar cauce o noble empleo.

"Aquí estamos celebrando la memoria de un genio magnífico que si pudiera hablarnos, seguramente nos diría: antes de levantarme estatuas atended a corregir vuestras iniquidades. Pues esa es la tortura y la fatalidad de los grandes: el no poder callar la verdad, ni disimular su indignación frente a la injusticia. Sus palabras lastiman, aunque sus pechos rebosan de amor, y poco a poco la pequeñez humana los va dejando, los deja solos, y de lejos parecen todavía más hoscos. De allí nace esa especie de terror sagrado con que nos acercamos a los verdaderamente grandes, pues para estar con ellos, en simpatía fácil, sería menester toda una serie de sacrificios personales y de tremendos esfuerzos interiores. Una sola mentira en la conciencia nos desliga y aparta de su grandeza y nos impide sentir la efusión filial de los que pueden llamarlos padres. Padre y maestro es Dante; padre por la energía de su espíritu que quisiéramos revivir en todas las almas latinoamericanas, y maestro de altivez y rectitud que debe servir de ejemplo cada vez que sea preciso luchar por la verdad o por la libertad, y finalmente, profeta por su don excelso de adivinar en los aspectos de la representación humana el sentido y el destello de la belleza eterna.

"No es ésta una ceremonia protocolaria en la que un país agrade-

ce a otro país amigo la entrega de un objeto de ornato. El nombre de Dante no es de aquellos que se convierten en frío recuerdo histórico, sino llama viva que ha de servir de guía a todas las edades y que revela una belleza superior a todas las críticas.

"Puedé la pasión nacionalista o la ingenuidad de los que sólo perciben con los sentidos del cuerpo, comparar a Dante con otros poetas que son capaces de darnos visiones esplendorosas de la vida o comunicarnos el fuego de sus instintos; perc ningún poeta ha logrado la unidad trascendental, ni la clarividencia imperecedera que se expresa en los versos de la Divina Comedia. Dante no es la pitonisa que balbuce verdades parciales, escondidas entre el desecho de disparates rotundos; no es el vate que emite voces sublimes en un coro de trivialidades sonoras; no es támpoco el mago de los sentidos corpóreos, un Shakespeare, o un Goethe, que dan ojos nuevos para ver el mundo y fuerza para gozar sus pasiones. Dante es un trasmutador de la corriente eterna; un transfigurador de valores cuya potencia influye en el devenir mismo del alma. Después de leer a Shakespeare sentimos que hemos gozado mucho, pero que somos los mismos; después de leer a Dante, nos sentimos hombres nuevos frente a un destino infinito. Y si hemos de insistir en la comparación ya casi obligada de Dante con Shakespeare, diremos que Shakespeare es el hombre de la tierra, el poeta genial, pero cortesano y carente de ánimo propio y de visión remota; en tanto que Dante parece una parte de la revelación misma, un soplo de lo divino hecho verbo y deslumbradora belleza.

"Señor Ministro:

"Nos entregáis, a nombre de vuestro gobierno, la estatua de la mayor gloria de Italia, el símbolo de una de las mayores luces del mundo, y nosotros os aseguramos que esta dádiva no cae en corazones indiferentes, ni en conciencias adormecidas. Decid a los vuestros que comprendemos que nadie podrá hacernos un regalo mejor. Decidles que el alma mexicana rica en gérmenes propios y nutrida en la noble savia de España, ha sentido muchas veces la influencia vigorizante del gran poeta, y si no ha logrado llegar a su altura, es porque no a todos nos es dado alcanzar la belleza y el misterio infinito; pero haremos esfuerzos para aclarar nuestra conciencia, y el día en que este pueblo llegue a la expresión definitiva de su civilización, nuestros sucesores triunfantes, seguramente contarán al poeta entre sus antepasados por el espíritu.

"Cansados de loar obras aparentemente bellas, obras quizás geniales, pero que revelan a la reflexión íntima una especie de debilidad o de equívoco que proviene de que la vida del autor no está de acuerdo con su idea; cansados de admirar la falsa belleza, la verdad a medias y el bien que calcula sin darse del todo, llegamos a Dante, hombre altivo a la vez que genio sublime, con entusiasmo ardiente y confianza bienhechora. Recibimos sabiduría, recibimos fuerza y saturados de inmortal belleza repetimos ante su imagen sagrada las palabras del verso inmortal: "Tu duca, tu signore e tu maestro."

INQUIETUDES SUDAMERICANAS Y UNA CARTA DE UNAMUNO

DE la memoria anual presentada por el presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, que se publica en **Juventud**, interesante y ameno órgano de esa Federación, tomamos los siguientes párrafos:

"Uno de los actos de mayor trascendencia verificados durante el período de 1920-1921, fué la primera Convención Estudiantil Chilena, realizada durante los días 12 a 16 de junio, con una asistencia de 1.200 estudiantes, que representaban todas las tendencias ideológicas y las más distintas ramas de la enseñanza. Precisaba definir los ideales estudiantiles. Esa fué la importantísima labor de la primera Convención. El torneo intelectual nos dió una declaración de principios, que desde entonces sirvió de guía a nuestras actividades. Diseñáronse en aquella memorable ocasión dos tendencias. La primera de carácter francamente internacionalista, aprobaba en forma amplia el rumbo que había tomado la Federación, esto es, de participar activamente en los problemas sociales e internacionales, acelerando el movimiento de emancipación de las clases trabajadoras. La otra tendencia quería una restricción en el radio de acción de nuestra colectividad; pero sus ideales eran más vagos e indeterminados. Como era de prever, el triunfo correspondió a los primeros.

"Las numerosas campañas de carácter público de la Federación habían herido numerosos intereses y provocado irritación de diferentes grupos de ciudadanos, especialmente en los círculos clericales, militaristas y oligárquicos, irritación que se iba acentuando cada día más por el acercamiento de las clases explotadoras de la sociedad.

"Había pues, un grupo numeroso de adversarios—cuyo núcleo central estaba formado por clericales, aristócratas y "chauvinistas" rabiosos—, que estaba dispuesto, ya que no con argumentos, a terminar con la nueva ideología y con la Federación de cualquier modo. Esta situación agravóse con las declaraciones de la Convención y culminó con las manifestaciones patrioteras (contra Bolivia y Perú) de julio de 1920.

"El gobierno de aquel entonces ordenó una movilización irregular de ejército hacia la frontera peruana, con el pretexto de que había estallado una revolución en Bolivia y porque los nuevos dueños del gobierno de este país abrigaban sentimientos hostiles contra nosotros

"La Convención Estudiantil se había pronunciado francamente contra el militarismo agresivo y contra la guerra. El ideal era hermoso. Y había llegado el momento en que el ideal debía traducirse en manifestaciones concretas acerca del pensamiento real de la colectividad estudiantil.

"En las calles las turbas enardecíanse por el odio, y la prensa—vil negociante que no titubea en lanzar un pueblo a las puertas de una guerra para aumentar las utilidades del negocio—, tergiversaba en una forma indigna la verdad y excitaba los bajos sentimientos de un patrioterismo agresivo.

"En estas condiciones ¿íbamos a eludir un pronunciamiento ante el

temor de los ataques que seguramente recibiríamos?

"El 18 de julio se reunió el Directorio de la Federación. Tres días después, a raíz de vergonzosos sucesos, la mayoría de los estudiantes se preguntó si la Federación era un organismo que convenía mantener en medio de tanto sofisma e inmoralidad. La respuesta se obtuvo a fines de septiembre cuando cuarenta mil hombres, deteniendo el movimiento de la ciudad, desfilaron—ante la casa donde se había incitado al saqueo—con un cadáver envuelto en un trapo rojo.

"¿Para qué hacer una narración de ignominiosos hechos? Basta señalar la destrucción y saqueo de nuestro club, después de cinco asaltos realizados en el espacio de tres días; basta pensar que una turba incitada desde la Moneda, destruyó, a golpes de martillo, obras de arte y muebles durante una hora y media; basta recordar la irritante complicidad de la policía; la estúpida acusación de recibir dinero del Perú; el incendio de una biblioteca en la calle pública, ante los aplausos de centenares de aristócratas que, indudablemente, sabían leer; la irritante presión de los defensores del club; el cinismo de los asaltantes que se hicieron fotografiar en una revista; la actitud del Presidente de la República que recibió a los asaltantes que le llevaban parte de lo saqueado; la censura del Consejo de Instrucción Pública y la intromisión en asuntos en que jamás le reconoceremos derecho para hacerlo; la debilidad de las altas autoridades universitarias que no se atrevieron a defender los fueros del profesorado, encargadas de resguardar; las criminales persecusiones a estudiantes y obreros; la iniciación de procesos ridículos y, finalmente, el martirio y la muerte de Domingo Rojas, porque creía, como nosotros, que en la sociedad actual impera la injusticia y que ella debe reemplazarse por un régimen mejor.

"Hemos triunfado. Pero el triunfo es sólo parcial. El enemigo se ha retirado; pero sus fuerzas subsisten intactas, porque la violencia y la mentira cuentan aún con numerosos partidarios. Mejor dicho, cuentan con la inmensa mayoría.

"Precisa, pues, recomenzar la lucha para que se haga plena luz acerca de nuestra actitud pasada; sin odio, sin espíritu de venganza, pero también sin resignarse ante lo sucedido; porque quien se doblega ante el mal pierde el derecho a soñar una vida mejor, y pierde el derecho a que se le haga justicia."

A propósito de la declaración de principios de la Federación de Estudiantes de Chile, el doctor Baltasar Brum, Presidente de la República del Uruguay, envió este mensaje: "Formulo los más sentidos votos por que esos ideales se cumplan y porque las juventudes intelectuales de todos los países sigan la ruta brillante y digna de los estudiantes chilenos."

Y don Miguel de Unamuno, el ilustre escritor e idealista español, escribió a la Federación, desde Salamanca, "donde lo tienen como preso," las siguientes recias y altivas palabras, en las que comenta la situación de España actual:

"Amigos y compañeros: En los números de **Juventud** aparecidos después del saqueo y destrucción

de sus oficinas por las hordas de la incivilización, veo que a modo de aliento a mi labor, piensan dedicarme un homenaje. Y adelantándome a él, y para que no influya lo que hayan de decirme, quiero a mi vez, dirigirles, sacándomelas del cogollo del corazón, unas palabras que lleguen ahí, por sobre el Océano, calientes de indignación, que es hoy ya la única vida que merece vivirse. Y van en castellano de vasco, como era el con que cantó Ercilla la bravura de Arauco.

"Esto me recuerda que hace algunos años leí, con mis propios ojos, en el hueco de una ventana del solar de Ercilla, en Bermeo— "solar antes fundado que la villa—," unas líneas escritas con lápiz que venían a decir: "quisiera cumplir hazañas dignas de ser cantadas por un nuevo Ercilla—. Carlos." Este Carlos era Carlos de Borbón y Este, pretendiente a la corona de España, llamado Carlos VII. Y pensé si se proponía imitar a Valdivia o a Caupolicán ("y el bárbaro en el hombro la gran viga...") Encendió aquí la guerra civil, tomando acaso a España por Arauco. Y le felicitaba por sus victorias su parienta la archiduquesa doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, que vino a ser luego Reina Regente de España y causante principal de las desdichas de esta mi patria.

"Bajo sus manos secas y amarillentas acabó de deshacerse el dominio colonial ultramarino de la corona—que no de la nación—española, y su hijo, nuestro actual rey, educado en el concepto patrimonial e imperialista que de la realeza tienen los Hapsburgos, soñó en un vice-imperio ibérico, con Marruecos —incluso Tánger—, Gibraltar y Portugal. Y digo vice, porque había de fundarse al amparo de los Imperios Centrales militaristas y oligárquicos.

"En estos días ha sufrido la corona de España un rudo revés en Marruecos, donde un general dinástico se ha metido en una aventura sin contar ni con su jefe inmediato ni con el Gobierno. Aunque aquí no lo hay. Que no es gobierno un cotarro de lacayos de la camarilla militarista que mantiene el actual despotismo del reino de España, régimen de clandestinidad y de engaño.

"¡Orden! orden!," claman los accionistas del patriotismo, los fariseos como aquellos que hicieron crucificar al Cristo por antipatriota (v. Juan XI, 47 y 48). Vociferan sobre el principio de autoridad para que no se vea que la civilización se asienta sobre el fin de autoridad y que este fin es la justicia. Y que como la justicia es dar a cada uno lo suyo—suum cuique tribuere—hay que reconocer no ya lo suyo, sino el cada uno, el quisque. Justicia es el reconocimiento de la libre individualidad, que cada individuo vale por todo el universo y es infinito el precio del espíritu. Y el socialismo es sólo esto, el reconocimiento de lo infinito y absoluto del espíritu individual hecho sociedad.

"Y ahí como aquí. Que ahí en ese generoso y noble Chile, donde se mezclaron las sangres de Valdivia y de Caupolicán—y no poca de mi sangre vasca—ha sido una oligarquía pseudo-aristocrática, plutocrática, que tenía su tesoro cerca del altar y al amparo del cuartel, la que ha dado origen a vuestra leyenda negra, a la leyenda del Chile imperia

lista, militarista, prusianizado, revolcándose en guano y en salitre.

"¡Y esos hablan de la patria! ¡Esos! Los accionistas del patriotismo. Para ellos la patria es una empresa o una hipoteca de los tenedores de la deuda. Y los sin tierra son los sin patria; los que sudan bajo la tierra, en obscuras galerías, sin recibir la luz del sol que sobre todos luce.

"He visto que se os acusa de vendidos a la plata peruana. No podían acudir a otra argucia. Es lo de todas partes. Esos accionistas del patriotismo no se explican actitud ninguna sino por dinero que es su único dios.

"Ahí como aquí, y ahí con ese triste y viejo pleito de Tacna y Arica, con ese pleito en que se le niega a un pueblo hermano una liquidación de justicia y se le mantiene a otro pueblo hermano sin su natural respiradero al mar, desembarazado y libre, ahí como aquí esos pleitos internacionales, de oligarcas accionistas, no sirven sino para distraer y corromper a los sin tierra y para que no se vea que no es con sangre y espada en mano sino con el sudor y empuñando la esteva del arado como se hace patria. Ni Caín fundó su ciudad sobre la sangre de Abel.

"¡Los patriotas de profesión! ¡los profesionales de la patriotería! ¡los capitanes que asaltan una imprenta! He leído la lista de las personas que tomaron parte en el asalto y saqueo—se creerían en campaña—y he visto que dicen de uno que era "piloto y sportsman." Yo no sé ahí, pero aquí sportsman quiere decir holgazán y hombre de poca o ninguna sal en la mollera. Y aquí los conocemos bien porque la sportsmanship viene de muy alto. Y veo que los más de esos asaltantes eran... ¡estudiantes! ¡No estudiosos, claro! Estudiantes de patriotería.

"Conozco a esos tristes estudiantes cachorros de la oligarquía plutocrática y accionistas del patriotismo, conozco a esos estudiantes. Son los mismos que hacían aquí de "policías honorarios" y que un día se prestarán a hacer de "verdugos honorarios" para restablecer el principio de autoridad, el orden, ahogando su fin, la justicia.

"Son los de ahora para ese como para este pueblo de lengua española, de esta lengua que creó a Don Quijote, tiempos de suprema prueba, de congojas y agonías de parto, del parto de la civilidad universal y humana, de la justicia entre los pueblos. El imperialismo militarista y plutocrático se resiste en sus últimas trincheras y asalta... imprentas. Su odio es a la inteligencia. En sacristías y cuartos de bandera se pronuncia el mote de "intelectual" con un fingido desdén de dientes apretados, con un desdén que envuelve envidia y la rabia de la impotencia.

"Antes de haberse aplicado la imprenta para las letras, hacia 1440, fué aplicada, al acabar el siglo XIV, para imprimir unos naipes de baraja con que se entretuviese el pobre Carlos VI de Francia, el rey loco. Y con la baraja o con la ruleta, se entretienen hoy reyes, accionistas del patriotismo, y valientes de profesión. Aquí al menos, con este el último despotismo que en la Europa queda—como dijo la Saturday Review—sólo campan a sus anchas el juego de azar, la pornografía más

baja, la servilidad de las autoridades y los negocios turbios.

"Por encima del Océano, tumba de tantas esperanzas y cuna de muchas más, les tiende una mano trémula y cálida **Miguel de Unamuno.**"

CONGRESO POSTAL PANAMERICANO

A fines de 1920 se celebró en Madrid una Convención Postal Universal, que resultó ser de gran interés para toda la América.

Los gobiernos europeos, obligados a adoptar medidas radicales para aumentar sus ingresos, se proponían convertir el correo en fuente de impuestos para el fisco. Contra esta proposición se manifestaron unánimes las naciones de América, sosteniendo que el correo no podría considerarse de otro modo que como un servicio público a cargo de los gobiernos, especialmente en su fase internacional. Sobre el bloque europeo triunfó el bloque americano, al que España se adhirió desde un principio. Los representantes de estos países acordaron entonces celebrar este año un Congreso Postal Panamericano para llevar más adelante su teoría del correo y hacer más estrechas las relaciones postales del continente. Ese Congreso se reunió en Buenos Aires, durante la primera quincena de septiembre. De las columnas editoriales de **La Nación**, de Buenos Aires, tomamos la siguiente información:

"Bajo reserva de ratificación por parte de sus respectivos gobiernos, los miembros del Primer Congreso Postal Panamericano han concertado, después de dos semanas de intensa labor, los convenios a que tendía la convocatoria. Delegados de diecinueve países de América han expuesto, en las sesiones plenarias, anhelos que revisten trascendencia. Decididos a planear las bases de una unión postal firme, que responda a los requerimientos del continente, no han escatimado esfuerzos para llevarla a cabo. El tiempo revelará si tan loables aspiraciones pueden ser realizadas sin hondos sacrificios. Mientras no se ensaye suficientemente el nuevo plan bosquejado, será prematuro adelantar juicios definitivos. Pero, cualesquiera que sean los resultados prácticos, el recuerdo del Congreso perdurará como expresión inequívoca de franca solidaridad.

"La Convención celebrada determina que los países adherentes formarán un solo territorio postal, en el que regirá la libertad de tarifa y la gratuidad del transporte. Una oficina internacional, con asiento en Montevideo, efectuará los estudios y trabajos que la comunidad de intereses aconseje. En vez del franco oro, adoptado por convenciones anteriores, el Congreso acepta el dólar como unidad monetaria.

"En lo concerniente a encomiendas introduce una reforma, de vastos alcances económicos, concebida así: "Las administraciones de destino podrán cobrar a los destinatarios de encomiendas: los derechos de importación que corresponden; un derecho fijo, de diez centavos de dólar como máximo, por la entrega de la encomienda y formalidades aduaneras; un derecho de almacenaje, por depósito de las encomiendas que no hayan sido retiradas dentro del plazo de diez días; una sobretasa, de diez centavos de dólar como máximo

por el transporte de cada encomienda al domicilio del destinatario.''

''Si bien, salvo en lo tocante a Panamá, el Congreso ha denotado íntegro auspicio a la iniciativa básica sobre gratuidad del transporte, no ha ocurrido lo propio en cuanto a la unidad monetaria y a los derechos sobre encomiendas. El franco oro, que facilita la equivalencia de tarifas, ha contado abiertamente con adhesión de la República Argentina, Brasil, Chile, Guatemala, Panamá, Paraguay y Uruguay. Estas naciones no han advertido conveniencia alguna en modificar la cláusula pertinente de la Convención Postal Universal de Madrid. Han creído que el argumento mayormente agitado, el de la necesidad de que el Primer Congreso Panamericano se desligue de monedas europeas, carecía de solidez, desde que el tipo monetario no perfila la significación del acto, ni es factible substraerse a compromisos surgidos de la Unión Postal Universal. Si las siete naciones que se inclinan a mantener el franco oro no ratifican el convenio, éste quedará desvirtuado. Y la misma innovación sobre encomiendas levantará resistencias, merced a lo que estatuyen las legislaciones internas de los distintos Estados.

''Cuando la delegación del Uruguay preguntó al Congreso si el convenio principal podría ser refrendado por los países de Europa que desearan adherirse, los representantes de Estados Unidos señalaron que, exceptuando a España, que subscribió en Madrid el compromiso postal hispanoamericano, era prudente no permitir adhesiones europeas, hasta que el ensayo de la gratuidad del transporte evidenciara el monto exacto de las cargas que impone a los gobiernos. Ha bastado tal sugerencia para que el Congreso sólo deje abierto el convenio a la administración española.

''Examinadas, en sus primordiales lineamientos, las resoluciones del Primer Congreso Postal Panamericano reflejan destacado espíritu de concordia y definido propósito de intensificar las comunicaciones. Aunque la gratuidad del transporte obligue a los gobiernos a crecidos desembolsos, encarna un ideal de acercamiento que América viene persiguiendo desde años atrás. La defensa de ese principio, que contraría normas que acogió el Congreso de Madrid, trasunta que las naciones americanas avanzan en la ruta que les indica su propio porvenir. Son de deplorar, pues, las divergencias suscitadas por la unidad monetaria y el sistema de encomiendas, que quebrantan la armonía del conjunto. Quizá hubiese sido posible evitarlas mediante un aplazamiento de la votación, a efecto de que los delegados volvieran a examinar los intereses recíprocos de las naciones representadas. De haberse llegado a una solución tomada por unanimidad, no provocaría temores la suerte del convenio.

''Con todo, Buenos Aires ha sido teatro de una reunión cuyas ventajas nadie osaría discutir. Y, al estrechar vínculos entre naciones amigas que marchan hacia destinos comunes, el Congreso ha verificado obra fecunda de confraternidad internacional.''

EL CONFLICTO ANGLO-IRLANDES

IRLANDA, una de las dos grandes islas que forman el Reino Unido de la Gran Bretaña, conocida por los griegos del siglo IV, pero que los romanos, más tarde, no llegaron a conquistar por estar relegada al Oeste de Europa y rodeada por mares de difícil navegación, ha sido, sin embargo, en la historia moderna, junto con Polonia y Armenia, una de las naciones cristianas víctimas del imperialismo de los pueblos más fuertes. La cruel conquista de Irlanda por Inglaterra comienza a fines del siglo XII y sigue acentuándose durante los reinados de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra y la dictadura de Cromwell, hasta llegarse a subyugar a toda la isla e incorporársele al Reino Unido en 1800.

El cristianismo llegó a Irlanda en el siglo IV, de manos de San Paladio, pero no se propagó sino hasta el siglo V, gracias a San Patricio, verdadero apóstol de Irlanda. La nueva religión cundió y adquirió gran brillo, habiéndose fundado allí grandes y numerosos monasterios, de manera que Irlanda llegó a ser llamada "la Isla de los Santos." Hombres de pura raza céltica, que se ha dicho originaria de España, poseían todas las buenas cualidades y defectos de su sangre: valerosos hasta la temeridad, afectuosos y pródigos para con el extranjero, poetas entusiastas, hábiles músicos y más diestros en el arpa que los galos, eran al mismo tiempo coléricos y vengativos, odiaban toda clase de yugo y carecían de todo espíritu de unión y de disciplina. El carácter de los irlandeses, si bien modificado por la civilización moderna, no ha cambiado en lo esencial, y a ello se debe por una parte su debilidad que ha hecho posible el dominio inglés y por otra, su sostenida lucha por recobrar su independencia.

Irlanda no es un país industrial; sólo tiene relativa importancia la fabricación de aguardientes, cervezas y algunos tejidos de lana y lino. Su población de hace cien años era mayor de 8 millones, pero hubo de disminuir durante todo el siglo pasado, debido a la miseria del pueblo y a la gran corriente de emigración hacia los Estados Unidos, donde el elemento irlandés es poderoso. De 1846 a 1847 perecieron más de medio millón de individuos en un hambre semejante a la que ahora asuela a Rusia. Por 1889 habían emigrado al nuevo mundo cerca de tres millones de irlandeses. Distritos enteros de la isla paupérrima quedaron desiertos, y la población se alimentaba, como lo hace todavía, en su mayor parte de patatas. Una de las causas primordiales de este mal estado ha sido la inicua distribución de las tierras entre grandes propietarios que residían en Inglaterra o en el Continente y gastaban sus rentas en el exterior. El problema agrario ha sido el problema de Irlanda y para resolverlo de una vez por todas favorablemente, los irlandeses puros, que son católicos, han deseado ante todo su independencia. A esto se oponen los irlandeses del Norte de la isla, protestantes ingleses trasplantados, que de ningún modo quieren consentir en la completa autonomía de la isla ni mucho menos en su separación del Imperio Británico.

Durante la guerra europea, con cierto apoyo alemán, los irlandeses sinn-feinistas, el partido de la independencia, intentaron hacer una revolución libertadora, pero fracasaron, habiendo sido ajusticiados los cabecillas de la insurrección. No por eso se apagaron los ánimos celtas; más bien, especialmente después del armisticio, vinieron sosteniendo contra las autoridades inglesas y contra los ulsteristas (los colonos ingleses de la gran provincia de Ulster, leales a Inglaterra) una guerra continua de asesinatos cometidos por ambas partes, de matanzas horrorosas y de inhumanas represalias.

Los sinn-feinistas habían proclamado la República y electo su gobierno, con Eamonn de Valera de Presidente. Entre éste y Lloyd George, Primer Ministro del Imperio Británico, se han venido llevando a cabo en los últimos meses, conferencias tendientes a dar fin al ya secular escándalo anglo-irlandés, habiendo abierto Lloyd George las negociaciones, a instancias del rey Jorge, en junio 24 de 1921. En julio 8 de Valera aceptó la invitación de pasar a Londres a conferenciar y en esa misma fecha se declaró un armisticio entre el pueblo irlandés sinn-feinista y la oposición. Del 14 de julio al 11 de agosto duraron las conferencias londinenses, como resultado de las cuales Inglaterra ofrecía a Irlanda autonomía dentro del Imperio (dominion home-rule) semejante a la del Canadá. De Valera rehusó esta propuesta, pidiendo en cambio independencia absoluta para Irlanda. De Valera también proponía que se sometiera el conflicto al arbitraje de un miembro por cada parte litigante y de un tercero que fuese el Presidente de los Estados Unidos. El 24 de agosto de Valera, en vista de que Lloyd George se negaba rotundamente a aceptar sus proposiciones, le informa que el Dail Eireann (así se llama el Congreso republicano irlandés), apoya la actitud de los sinn-feinistas, proclama el principio de que "el poder de los gobernantes tiene su origen sólo en la voluntad de los gobernados" y sobre ese principio pide que se discuta el problema irlandés. Añade de Valera que Irlanda ,está dispuesta a defender su voluntad por la fuerza. El 26 de agosto Lloyd George replica que parece inútil seguir la discusión por notas y solicita nuevas conferencias personales con de Valera, pero indica que no puede discutir con él el principio a que apela el Dail Eireann. A estas nuevas conferencias se opone de Valera, a menos que Lloyd George acepte la discusión del principio invocado por los irlandeses, y declara que el pueblo de Irlanda no reconoce ninguna unión voluntaria con Inglaterra. En septiembre 8 el Consejo de Ministros del Imperio Británico invita a los irlandeses a que manden representantes para una conferencia en Inverness (Escocia) que tendría lugar el 20 de septiembre, pero bajo la condición previa de que Irlanda no abandonaría el Imperio. De Valera acepta esta invitación, haciendo pública su respuesta en Dublín (su capital) el 11 de septiembre, pero insiste en que los delegados sinn-feinistas pueden concurrir sólo como representantes de un Estado independiente En esa misma fecha Lloyd George cancela la conferencia, declarando

que obrar de otra manera equivaldría a reconocer la independencia de Irlanda. De Valera telegrafía a Lloyd George la expresión de su sorpresa ante la actitud del Primer Ministro y explica que si Irlanda no definiese claramente el carácter de sus enviados, sufriría mengua su posición. El 17 de septiembre Lloyd George reitera su oposición a conferenciar dando la misma razón que el día anterior. De Valera replica que al aceptar su gobierno la invitación inglesa, se abstuvo de pedir que Inglaterra abandonara los principios que alegaba, y declara que "no podemos los representantes del pueblo irlandés reconocernos como nada, sino como lo que somos, representantes de un pueblo que ha declarado su independencia." El 18 de septiembre Lloyd George contesta que está dispuesto a conferenciar con los representantes del pueblo irlándés, pero que éstos no deben aparecer como enviados de un Estado soberano. El 19, de Valera propone a Lloyd George que se celebre un tratado entre el pueblo de Irlanda y los de la Gran Bretaña y sus dominios, "de acomodación y asociación" para concluir de ese modo "y para siempre" la larga y dolorosa contienda. No se llega a ningún acuerdo a este respecto y en septiembre 25 se abre de lleno otra vez la lucha armada entre los sinnfeinistas y los ulsteristas y soldados ingleses, en Belfast, capital de Ulster, resultando cuatro muertos y cincuenta y siete heridos. Derrotado por de Valera en las discusiones abiertas sostenidas hasta esa fecha, puesto que de Valera ha apelado a un principio fundamental de la civilización moderna Lloyd George, con fecha 29 de septiembre, pide al Presidente de Irlanda que se den por no habidas las negociaciones anteriores y que sobre nuevas bases se comience otra vez la discusión en Londres, el 11 de octubre. Accede a esto de Valera, y en esa fecha se reúnen los delegados de ambas partes: cinco irlandeses, entre los cuales no aparece de Valera, y siete británicos encabezados por Lloyd George.

Al escribirse esta nota no se ha tenido noticia exacta en la redacción de **El Maestro** del resultado de las nuevas negociaciones, excepto que el 19 de octubre el Papa católico y Jorge de Inglaterra cambiaron mensajes rogando a Dios por el buen éxito de la conferencia y que el 20 de octubre el Presidente irlandés protestó ante el Pontífice declarando que Irlanda no debía a la corona inglesa vasallaje ni dependencia algunos; lo que demuestra que hasta esa fecha no se había llegado a ningún arreglo, puesto que ambas partes sostenían lo mismo que antes.

RABINDRANATH TAGORE EN SUECIA

EN 1913 la Academia Sueca concedió el premio Nobel de Literatura al escritor hindú Rabindranath Tagore, quien no pudo presentarse en Estocolmo para dictar una conferencia, como es de costumbre, sino hasta el mes de mayo de este año.

La admirable conferencia de Tagore es el último de los grandes acontecimientos intelectuales y por tal motivo la transcribimos íntegra, con la seguridad de que im

presionará gratamente la belleza sencilla de sus ideas.

"Recuerdo la tarde en que recibí un telegrama de mi editor en Inglaterra, comunicándome que se me había acordado el premio Nobel. Me encontraba en Shantiniketan, (Escuela de Tagore en Bolpur) que yo supongo que la mayoría de ustedes conocen, y justamente en ese instante estábamos en camino hacia el bosque, cerca de la escuela. Cuando pasábamos frente a la casa de Correos y Telégrafos, vino un mensajero con un telegrama en la mano, corriendo hacia mí. Iba conmigo en ese momento un huésped inglés y como creí que el telegrama no era importante, lo metí en el bolsillo con el propósito de leerlo a la llegada; pero mi huésped tenía seguramente conocimiento de su contenido, porque me pidió que lo abriera inmediatamente. Leí el mensaje, que yo apenas podía creer. Consideré probable que el giro telegráfico hubiera sido mal interpretado, pero finalmente me convencí de que era la verdad. Lo que especialmente me conmovió fué el contento de los niños y de los maestros, por el grato suceso. Estos, que me amaban y a quienes yo amaba, se regocijaban por el honor recibido y yo comprendí entonces que mis compatriotas participarían de la misma manera del contento, ante la honrosa demostración. A la noche, sentado solo en la terraza, me preguntaba cuál sería la causa de que mis poesías fueran bien acogidas en Occidente, siendo hijas de otra raza, separada de los hijos de Occidente por aguas y montañas. Y yo puedo asegurar a ustedes que no fué con arrogancia sino con temor, como yo mismo me examinaba; y en ese instante me sentía humilde.

"Me acuerdo cómo mi actividad se desarrolló desde mi más temprana juventud. A los veinticinco años vivía en el más completo retiro en mi bote-casa, flotando sobre las aguas rumorosas del Ganges, con los patos silvestres del río como única compañía. Allí bebí como vino el sol profuso de las extensiones, y el murmullo del río me hablaba de los secretos de la naturaleza. Yo soñaba y daba forma a mis sueños en poesías y relatos que mandaba a los diarios y revistas de Calcuta. No sé si los poetas occidentales pasan su juventud en tal retiro; pero no creo que sea posible: la soledad no tiene ningún lugar en el mundo occidental. En consecuencia, era yo por este tiempo un hombre desconocido, conocido sólo en mi propia provincia Yo estaba satisfecho con este aislamiento, que me protegía de la curiosidad de la gente. Pero vino un tiempo en que mi corazón sintió un anhelo de salir de este aislamiento, con el objeto de trabajar por el bien de la especie humana, anhelo de no sofiar y meditar sobre los problemas de la vida solamente, sino también dar expresión a mis ideas, trabajando por otros. Entonces tuve el pensamiento de enseñar a los niños. Yo no tenía ninguna predisposición, especialmente no habiendo tenido la ventaja de una enseñanza ordenada; pero tenía amor a los niños y a la naturaleza y mi finalidad era dar a aquellos la libertad de disfrutar de la vida. Yo mismo, cuando niño sufrí mi tiempo de prisión en la escuela, necesité también pasar a través de máquinas de instrucción, que aplastan todo contento de la exis

tencia, de lo que los niños tienen sed. Fué mi objetivo dar a éstos la libertad a que tienen derecho desde su nacimiento.

"Reuní algunos niños a mi alrededor; traté de hacerlos felices, fuí su compañero de juegos, el mayor de la banda. Crecí como ellos en esta atmósfera de libertad. Los gritos y cantos de los niños llenaban el aire y yo bebí este espíritu de alegría día por día. A la puesta del sol, solía sentarme retirado, contemplando la naturaleza y escuchando voces infantiles, y me parecía que los niños eran como los árboles, creciendo del corazón de la tierra, fuentes de vida, y como un niño grande enviaba también mi voz jubilosa hacia el cielo. En este medio compuse GITANJALI y los versos los cantaba a veces para mí mismo, bajo la magnificencia del cielo hindú. Y continué con esta vida, hasta que vino un día en que sentí otra vez la necesidad de ir al corazón del mundo. Concebí que esta existencia en el retiro sólo era el preludio de mi gran viaje de peregrino. Anhelaba ponerme en contacto con los hombres de Occidente; sabía que nuestra época pertenece al Occidental, con su exuberante energía; sentía que antes de la muerte debía ir a Occidente, para encontrarme con la gente en el santuario secreto donde la Divinidad tiene su templo.

"Fuí, y conmigo llevaba en manuscrito mis poesías, que había traducido al inglés, aunque sin el propósito especial de publicarlas. Pero cuando se presentaron al público británico, éste las elogió; el corazón occidental se abría para ellas sin retardo. Fué un milagro para mí, que había vivido todos esos años separado del Occidente y de su espíritu, ser inmediatamente aceptado por éste como uno de sus propios poetas. Pero comprendía que esto tal vez tuviera un significado más profundo y que los sentimientos que he interpretado en mis poesías eran comprensibles para los occidentales con su ardiente vivir, sedientos de paz, infinita paz. Con la preparación que mi musa había tenido desde la juventud a orillas del Ganges, podía presentarme y ofrecer al Occidente mi copa que fué recibida y ensalzada. Pero ésta no es mi gloria; del Oriente vino al Occidente; porque ¿no es acaso el Oriente la madre espiritual de la humanidad? Y cuando los hijos de Occidente, heridos, hambrientos, se vuelven a esta alta madre, el Oriente, ¿no esperan de ella remedio y alimento? Felizmente para mí, vine en el preciso instante en que el Occidente otra vez se volvía hacia el Oriente y como su representante, obtuve mi recompensa de amigos de Occidente.

"El premio que recibí de Suecia no fué empleado en beneficio mío; como individuo no tenía derecho a usarlo; lo destiné a los niños y estudiantes del Oriente, fué como una semilla que se siembra, germina y fructifica para utilidad del sembrador. He usado el dinero para iniciar y sostener mi Universidad en la patria, donde quiero que los estudiantes de Occidente vayan y lo mismo que mis hermanos de allá, trabajen buscando la verdad, que ha estado escondida para nosotros durante centurias, y en encontrar los tesoros espirituales que la humanidad necesita. Recuerdo aquellos días, cuando la India tenía sus grandes universidades, en la época de oro de su civi-

zación. Entonces no se encerraba la India en sí misma, abría sus puertas a todas las razas y pueblos y venían y se les ofrecía oportunidad de tomar parte de lo mejor que el país podía regalar. Se les ofrecía sin paga, porque es la tradición en nuestra tierra no recibir remuneración material por la dádiva de la verdad. La responsabilidad de transmitir el conocimiento descansa sobre el que lo posee. No es deber del alumno ir hacia el maestro, sino del maestro ofrecer sus presentes a aquellos que lo necesitan. Era esto lo que hizo posible la existencia de nuestras grandes universidades en las diferentes provincias de la India y siento que de lo que más sufrimos es de nuestro aislamiento. Hemos perdido nuestras posibilidades de ofrecer al mundo lo mejor que poseemos. Hemos perdido la confianza en nuestra propia civilización; hemos perdido el contacto con el mundo. No tenemos ningún tiempo que perder. Tenemos causa para estar orgullosos de la herencia de nuestros padres y ésta debe dilapidarse, no sólo por nosotros, sino por la humanidad.

"Esto es lo que me ha inducido a iniciar esta institución, donde los estudiantes del Oriente y del Occidente se encuentren para recibir nutrición espiritual. Esto me trae al Occidente, para invitar a todos ustedes a la fiesta que espera en el Oriente y estoy convencido de que no recibiré desaire, porque en otros países he sido recibido con entusiasmo y he encontrado la opinión general de que el Occidente necesita del Oriente como éste de aquél. Ha llegado el tiempo de que nos encontremos en la verdad y abrigo la satisfacción de pertenecer a esta época, de haber podido expresar todo esto por escrito y colaborado en la construcción de la cultura de un gran porvenir. Aunque pueda haber aparecido obscuro en la traducción de otras lenguas, creo, sin embargo, que lo fundamental ha sido comprendido.

"Esta excursión al Occidente ha significado para mí la obligación de abandonar el aislamiento en que he vivido, de presentarme ante los ojos de todos, algo a lo cual no estaba habituado. Me siento tímido estando en vuestra presencia. Pero agradezco a Dios haber podido juntar los corazones del Oriente y del Occidente, y hasta el final de mi vida debo continuar mi misión: llenar el abismo que existe entre ambos pueblos. No está de acuerdo con el espíritu de la India rechazar alguna raza o cultura. La India siempre ha proclamado el ideal de la unidad, que comprende todo, no excluye nada en la existencia; comprende con una sola alma en la claridad del amor y de los sentidos. En estos tiempos de inquietud política, siento que la India es el país que unirá las razas humanas. Por eso el problema de las razas es el problema de la India; nosotros mismos estamos disgregados y ninguna unidad política puede tampoco satisfacernos; debemos ir más hondo: a la unidad espiritual. Al respecto estamos bien preparados con nuestra vetusta literatura y nuestra religión, que es la religión de la comprensión; la que dice: aquel que se ve a sí mismo en todos los seres, que concibe todos los seres como a sí mismo, conoce la verdad. Esta verdad será manifestada por los hijos del Oriente.

"Necesitamos recordar estas palabras: hemor nacido seres huma

nos con el amor y la reconciliación y no con la lucha como objetivo. No somos animales de presa; es el espíritu del YO lo que crea ilusiones y con ello desgracias. Pero las ilusiones desaparecerán cuando penetremos en el corazón de la humanidad.

"Para proseguir esta gran misión de la India, he erigido mi Universidad y os invito a todos vosotros a juntaros con nosotros y a que vuestros estudiantes y hombres de ciencia cooperen en hacer de ella una institución común, oriental y occidental. Por esto vengo y ruego y demando vuestra ayuda, en el nombre de la humanidad, del amor y de Dios."

LAS OCHO HORAS

POR EUGENIO D'ORS

ES, en la memoria, una imagen clara y confusa por mitad Yo era un niño. Mi mano alcanzaba a la mano de alguien —no recuerdo ahora de quién—, de alguien doméstico y benévolo... Y llevaba en la otra un rollo de papel—tampoco recuerdo qué, tal vez un cuaderno escolar recientemente adquirido—, pero cuyo color veo ahora con gran precisión: un verde muy tierno.

Llenaba el gentío la rambla barcelonesa, bajo el sol radiante. Pasó entonces una manifestación larga. Situado, por la casualidad, demasiado a ras de ella, desprendióse mi mano, sin sentir, de la mano protectora. Y me encontré solo, criatura extraviada entre la multitud, criatura burguesa, arrastrada ramblas abajo, por una manifestación del primero de mayo.

Lloraba. Y sé que entre lágrimas vi unas banderas rojas y negras y un estandarte blanco, en el cual había pintados los tres ochos.

Una mujer manifestante se burló de mí. Dijo que lo que yo llevaba entre las manos parecía una lechuga. Hubo otra mujer que rió muy fuerte al oír esto. Pero otra tercera, viéndome deshecho en lágrimas, me acarició, mandó callar a las deslenguadas y me dió la mano para que no me apartara de ella. Y así, de la mano de una mujer de fábrica, yo era un manifestante más, un manifestante lloroso, un niño que pedía también las ocho horas.

¿Qué importa que, al llegar al Llano de la Boquería, la mujer me dejase recomendado a una tienda y siguiese su camino? El cuño de aquella mano en la mía, yo continué sintiéndolo. El cuño de aquella mano en la mía, lo siento ahora. El cuño de aquella mano en la mía me ha sellado ya, tal vez para siempre.

Y esta debe ser la causa del salto de mi corazón—ahora que se ha alcanzado el ideal de aquella manifestación *nuestra*—, ahora que se ha preceptuado las ocho horas.

II

...Pero si estas "ocho horas" han de lograr algún efecto de cultura, es necesario que la implantación del nuevo régimen coincida con una manera de gran incendio espiritual. Sobre los ejérci

tos generosos de la educación popular pesa ahora más responsabilidad que nunca.

Recuerdo la ironía de algún escritor ilustre (¿tal vez Jean Dolent, el gran esteta fragmentario?) Como le hablasen del bello programa: Ocho horas para el trabajo, ocho para el reposo, ocho para la cultura... él insinuaba: —"Muy bien, muy bien. Pero ¿la cultura se prestará?"

...Esto es para decir que hay que tener cuidado que, de las ocho horas de cultura, no se lleve tres el *cine.*

III

Momento decisivo para la suerte futura de nuestro pueblo. Estas dos horas ganadas al trabajo. Este "de siete a nueve."

Decimos del *cine.* Y, más abajo, ¿la taberna, no? —Nuestro pueblo es sobrio: lo sabemos, contamos con ello—. Pero, ¿sobrio por naturaleza y disposición inevitable? Este "de siete a nueve" ¿no constituirá una ocasión y una tentación demasiado fuerte? Hemos visto pueblos cambiados, *precipitados*, en ocasiones parecidas a esta nuestra de hoy. Asturias, con la rebaja de horas de trabajo ha pasado de beber la cidra al uso de los peores venenos alcohólicos. Me dicen que ahora es corriente que los lunes, por la mañana, falte la mitad de los obreros a la lista de las minas y de las fábricas

No hay que contar demasiado con "las virtudes tradicionales." La virtud se gana cada día, no se hereda. Y más vale ganarla con la entrada en nuevas actividades, que fiarse de viejas abstenciones

El "de siete a nueve" es un problema, e importa frente de él no dormirse en un optimismo etnográfico beato. Que de él se preocupen cuantos soportan magistratura y responsabilidad en nuestro pueblo.

Historia

TRES HEROES

POR JOSE MARTI

UENTAN que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a las leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo mal tratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en el camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En la América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay

otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible, contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les debe perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fué más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desgraciados no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuándo parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se extremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales pelaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español, en Santa Marta. Murió pobre y dejó una familia de pueblos.

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos

jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vió maltratar a los indios que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar; creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El les devolvió sus tierras a los indios. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. El les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles, los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.

San Martín fué el libertador del Sur el padre de la República

Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón; pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándoles tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco, parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morrillo el cruel de Venezuela. Hidalgo estaba muerto: O'Higginis salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar; San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean por hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los qué pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

HISTORIA UNIVERSAL

LOS HINDUES

LAS naciones orientales de que tenemos noticias, han sido Semitas o Hamitas.

Ahora, nuestras investigaciones se dirigen hacia la historia de los dos grandes representantes asiáticos de la gran raza aria: los hindúes o indostanos y los persas.

Sede Primitiva de los Arios

106.—Hemos visto ya que los antepasados de todos los grandes pueblos europeos vinieron del Asia Occidental, en donde habitaron al mismo tiempo que los ancestros de los persas e hindúes. Pero la sede original de la indivisa familia aria no fueron ni Persia ni la India. Los persas llegaron como inmigrantes a Persia, así como los hindúes a la India; de la misma manera que los griegos, latinos, teutones, celtas y eslavos, habían llegado a Europa con el carácter de inmigrantes. La morada original del indiviso tronca ario se ha fijado por los doctos en esta clase de estudios, en el nordeste de Persia, en la región de los ríos Oxus y Jaxantes.

Migración Hindú

107.—Los primitivos *hindúes* al dejar el lugar de su origen, se establecieron primeramente en la parte noroccidental de la India. Parece que fué en el año 3,000 A. C. (°) cuando cruzaron el Indus y se establecieron entre ese río y el Jumna, conocido desde entonces entre ellos con el nombre de Arya Varta. Sabemos que, algún tiempo después, ocupaban toda la región Norte de la comarca Vindya.

Amalgama

108.—Encontramos que en esa época la península de la India estaba ocupada por razas de obscuro origen. Estas fueron subyugadas desde luego por los arios de hermosa piel, quienes eventualmente se extendieron por todo el país. Con el transcurso del tiempo, los arios perdieron mucho de su primitiva pureza de sangre, al mezclarse con las tribus vernáculas, de quienes adoptaron costumbres e ideas, hasta perder casi totalmente su identidad. Este hecho explica lo peculiar de la civilización de los hindúes. Los arios, en general, son una

(°) Según doctos en Sanscrito, 3101 A. C.

raza progresista y práctica; pero los hindúes, después de lograr considerables progresos en literatura y filosofía, convirtiéronse en estacionarios y tuvieron muy poca influencia en la gran corriente de la historia mundial. Veremos cómo sus afines, los persas, que habían permanecido sin mezclarse, desenvolvieron mucho más esas características que distinguen a los miembros europeos del tronco ario: los griegos, latinos, teutones, etc.

Visita de Alejandro

109.—La primera noticia histórica que tenemos de la India, en relación con Europa, es la invasión por Alejandro el Grande (326 A. C.) en el curso de su expedición para conquistar el mundo. El jefe macedonio apenas si hizo caso de la India y empeñó unas cuantas batallas con los príncipes nativos; pero los historiadores que le acompañaron en la expedición, dejaron descripciones de la sociedad india, que corresponden casi exactamente con la de nuestros días.

Castas

110.—En la época de Alejandro la sociedad india estaba firmemente establecida en castas (algo semejante al estado de cosas que encontramos en Egipto), y en el momento actual prevalece aún el mismo sistema, que data de tiempos inmemoriales. Los hindúes hicieron cuatro divisiones de la sociedad: 1. Los *Brahmines*, que se ocupaban exclusivamente de religión y de filosofía. 2. Los *Kshatriyas*, que atendían a asuntos de guerra y de gobierno. 3. Los *Vaisyas*, que eran comerciantes y agricultores. 4. Los *Sudras*, o artesanos y labriegos. Todavía más abajo de estas clases estaban los *Paviahs*, o descastados, quienes desempeñaban los trabajos más insignificantes. Por regla general se exigía de toda persona que siguiese la profesión de la casta a que pertenecía y los reglamentos sobre matrimonio entre hermanos eran muy estrictos.

Origen de la Casta

111.—La división en castas tuvo su origen, probablemente, en el deseo de los conquistadores arios de mantener una distinción entre sí mismos y las tribus inferiores, con relación a ellos; y la palabra hindú por la que se da a entender casta (*varna*) dícese que significa *color*.

Idioma Sanscrito

112.—El idioma de los antiguos hindúes fué el sanscrito. Actualmente no se habla y sólo es comprendido por los brahmines y por los eruditos que lo han estudiado. El conocimiento de esta lengua por los eruditos europeos, a fines del siglo antepasado. los llevó a reconocer todos los idiomas de Europa, junto con el sanscrito, como de la familia de las lenguas indo-europeas (familia aria). Se encontró que el sanscrito, en sus palabras y en su gramática, tiene una notable semejanza con las lenguas griega, latina, germánica, celta y eslava, y aunque ya no se considera el sanscrito como *matriz* de estos dialectos, se le conceptúa el idioma que más se acerca al lenguaje original de los arios indivisos.

113.—En su lengua superiormente desarrollada, los hombres cultos del antiguo Indostán legaron una vasta literatura, de la que se conserva mucho en nuestros días. Entre los más antiguos de estos escritos están *Los Vedas,* que se cree daten de 2,000 años A. C. Formaron parte de los libros sagrados de la religión brahmánica.

Literatura Hindú

114.—Los vedas establecen claramente la doctrina de que existe "un verdadero sér desconocido, omnipotente, omnipresente, creador, conservador y destructor de todo el universo." Este Sér Supremo "no es concebible por la visión ni por ningún otro de los órganos del sentido." Pero la teología predominante es lo que llamamos *panteísmo*; es decir, el sistema que trata de Dios como alma del Universo o como el Universo en sí mismo: "En El está absorbido el mundo entero: de El procede; El está compenetrado y entretejido con toda la creación... Todo lo que existe es Dios, todo lo que olemos, gustamos, vemos, oímos o sentimos, es el Supremo Sér." Este Supremo Sér invisible, según los hindúes, se manifiesta a sí mismo en tres formas: Como Brahma (el Creador), Vishnu (el Conservador) y Siva (el Destructor).

Religión

115.—El punto central de la teología hindú es la doctrina de la transmigración de las almas. Según ella, el alma encarna en formas terrestres, con el objeto de ser castigada y su fin estriba en reunirse con el Espíritu Divino del Universo. El hindú, por consiguiente, considera la existencia en este mundo como una prueba y un castigo que debe ser abreviado mediante la oración, el sacrificio y la penitencia; es decir: por la purificación. Si un hombre descuida esto, su alma encarnará después de la muerte en formas inferiores y habrá de comenzar de nuevo su evolución.

Doctrina de la Transmigración

116.—Además de *Los Vedas,* poseen los hindúes una vasta literatura en prosa y verso. Un número considerable de estas obras se ha traducido por eruditos modernos. Son sumamente curiosas y de un valor inestimable, como ilustradoras del estado mental de esta antigua representación de nuestro propio tronco ario; pero la ausencia de forma artística hace que no sean apreciadas por la generalidad de los lectores y de aquí que se aminore su *valor literario.*

Otras Escrituras

117.—Hay en la India copiosas reliquias de arte antiguo. Entre los monumentos más notables se encuentran los templos y cavernas talladas en la roca, especialmente los que se descubrieron en Ellora, al centro de la baja India, y en la Isla de Elefanta. Los templos, que están primorosamente esculpidos y llenos de interesantes inscripciones, requirieron la labor de millares de manos por espacio de muchas edades.

Arquitectura

118.—En el siglo VI A. C., surgió en la India un nuevo sistema de religión, llamado budismo.

Budismo

Su fundador fué un príncipe indio llamado Gautauma. Proviene su doctrina de una reacción social y religiosa contra los abusos del antiguo brahmanismo; y seguramente no fué en muchos respectos una reforma importante. Se extendió con rapidez y es todavía la religión de la tercera parte de la raza humana.

119.—Aun cuando, durante el período completo de la antigüedad, la India permaneciera ajena a todo lo que entonces constituía el mundo civilizado, tuvo no obstante, una influencia importante sobre el comercio antiguo. La abundancia de productos naturales y artísticos: perlas, piedras preciosas, marfil, especierías, gomas y sedas, hicieron de esa región en el período primitivo, el centro de un gran tráfico marítimo y de caravanas. Los fenicios, como hemos visto, se habían consagrado al tráfico con la India por mar y por tierra. La misma ocupación fué heredada por las repúblicas italianas durante la edad media; y las "perlas y el oro" de la India, encontraron salida por Arabia y el Mar Rojo, hacia el Mediterráneo, hasta que Vasco de Gama, en tiempo de Colón, rodeó el Cabo de Buena Esperanza.

Comercio

Diversos Temas

NUEVA LEY DE LOS TRES ESTADOS

POR JOSE VASCONCELOS

ARIAS veces se ha formulado en los últimos tiempos la teoría, seguramente exacta, de que las nacionalidades son una forma de organización social que pronto será reemplazada por federaciones de pueblos unidos entre sí, ya no únicamente por un pacto político, ni tampoco por el solo efecto de los intereses comerciales, sino por los lazos más estrechos de la tradición, el idioma y la sangre. Dentro de esta teoría—esbozada antes de la guerra por los alemanes y contradicha en cierto sentido por los vencedores—las nacionalidades constituyen una forma transitoria que se inicia al terminar la Edad Media y llega a esplendor cabal a fines del siglo XIX. Epoca que ve dividirse los hombres de una misma raza y de una misma lengua en fracciones y subfracciones independientes, que combaten unas contra otras o se mantienen apartadas aun cuando a veces procedan de un mismo tronco.

Pueblos de habla y de raza distintas se juntan más o menos forzadamente para constituir naciones jamás confundidas, como Austria Hungría, o grandes reinos que han llegado a ser casi homogéneos como Inglaterra y España. Otras veces, como en el caso de los países de América, una misma sangre, a causa de la naturaleza del terreno, se ha visto disgregada y subdividida hasta hacer veinte naciones débiles de una antigua dominación fuerte y poderosa. Y estos absurdos, debidos a circunstancias territoriales, económicas, políticas, a circunstancias, desde el punto de vista del espíritu, mezquinas y fortuitas, llegan sin embargo a enraizar en el corazón de los pueblos, dando lugar a los mil prejuicios y aberraciones del patriotismo nacional.

Patriotismo corresponde a nacionalismo y se resuelve en el culto de la bandera, y la adhesión al territorio de una antigua provincia, de un gran imperio. ¿De dónde procede este modo de sentir, extraño para una reflexión despejada?

Anteriormente a la fundación de las nacionalidades había tribus y grandes imperios. El gran imperio militar era una expresión de la tribu, y el uno y la otra procedían de la conquista que junta ciegamente a los pueblos. Cierto que en Grecia y Roma aparte del yugo militar y de la situación geográfica existía cierta comunidad

de sangre y un idioma común; a pesar de eso, ambos imperios constituyeron conglomerados de pueblos y de razas, unidos por la necesidad y prestos a desintegrarse tan pronto como cesara la amenaza de las espadas. En ellos el conquistador no asimila: sojuzga; no impone su lengua ni sus dioses, su conquista no es espiritual y por lo mismo ni perdura ni transforma a los vencidos, y ni siquiera intenta crear con ellos humanidad nueva.

El ideal nacional representa un progreso sobre tal forma primitiva de organización porque tiende a fundar organismos más homogéneos. Algunas veces no lo logra, como en el caso de Austria Hungría, porque la sola obra de la fuerza no es perdurable: pero cuando la nacionalidad se constituye sobre la base de un ideal generoso, se obtienen éxitos como Francia, que es venerable por su devoción a la libertad, o como España que es grande porque supo crear un nuevo mundo en América. Sin embargo, no es la nacionalidad el tipo acabado de la organización social, porque a semejanza de la tribu guerrera y del imperio antiguo, la nacionalidad se funda en las necesidades de la geografía, en las ventajas del comercio y en los dictados de la fuerza, causas todas ajenas a la voluntad humana. Y la civilización desde sus comienzos es una lucha entre las fuerzas naturales que siguen determinada trayectoria repetida y fija, y las fuerzas del espíritu que se empeñan en crear un orden nuevo por encima de la necesidad y del girar siempre en círculo. Lucha del movimiento en espiral que es el del espíritu y el círculo que representa la necesidad constreñida a repetirse. El poderío del espíritu, imponiendo leyes a las cosas, se manifiesta en el orden social en un anhelo como de patria más libre y grande. De allí que cada día se nos hagan más intolerables las divisiones arbitrarias que entre nosotros ha impuesto el medio, y circunstancias como, por ejemplo, que sea uno el patriotismo chileno y otro el patriotismo argentino, y así sucesivamente; de igual manera, nuestra conciencia exige que la política no la gobiernen ya las conveniencias locales ni la limiten los obstáculos del territorio, sino que obedezca los dictados del espíritu cuya misión es reformar el ambiente para imponerle nueva ley y sentido. Esta ansia contemporánea de rebasar el patriotismo, de dilatar las fronteras, de celebrar pactos y alianzas según nuestro gusto y no de acuerdo con nuestras conveniencias materiales; este poderío del espíritu que en todos los órdenes se afirma avasallador, nos permite formular una ley de desarrollo, una especie de "ley de los tres estados"—tomando de Comte sólo el nombre—una ley de tres períodos de la organización de los pueblos.

El primero de estos estados es el período materialista en que el trato de tribu a tribu se sujeta a las necesidades y azares de las emigraciones y el trueque de los productos. La ley de este primer estado es la guerra. El segundo período lo llamaremos intelectua-

lista, porque durante él las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y el cálculo; comienza a triunfar la inteligencia sobre la fuerza bruta y se establecen fronteras estratégicas después de que la guerra ha definido el poder de cada nación. Los grandes imperios de la antigüedad participaron de los caracteres del primero y segundo períodos, y las nacionalidades modernas viven todavía en el segundo. El tercer período está por venir y lo llamamos estético, porque en él las relaciones de los pueblos se regirán libremente por la simpatía y el gusto. El gusto, que es ley suprema de la vida interior y que hacia fuera se manifiesta como simpatía y belleza, llegará a ser entonces la norma indiscutible del orden público y de las relaciones entre los Estados.

Y el advenimiento del período del gusto y de la simpatía será bastante para suprimir la discordia entre los hombres, porque las antipatías y las opiniones del juicio estético suelen ser profundas, pero se resuelven en júbilo y no en rencor, y los otros conflictos, los conflictos verdaderos, dependen de causas materiales, que sólo la igualdad económica relativa puede suprimir. En efecto, la discordia y la guerra dependen de que los hombres se reproducen con exceso en un planeta cuya superficie tiene un límite, pero la educación, reduciendo el número y perfeccionando la calidad, convertirá al hombre en cosa preciosa que sea orgullo y regocijo de cada uno de sus semejantes. De esta suerte los conflictos materiales se irán resolviendo y la vida sólo conservará los dolores.que sirven de estímulo al espíritu y le impiden caer en la conformidad que es causa de todo lo mediocre y terrestre.

¡Caminamos hacia el período que está regido por la ley del gusto! Operan entonces los apetitos más francos e intensos, pero se sacian o quedan abolidos, porque la conciencia clarividente los desdeña para anegarse en el poder infinito.

EL TERCER PERIODO EN HISPANOAMERICA

Concretándonos a nuestro mundo hispano-americano, ¿que es menester que hagamos para apresurar el advenimiento del período estético de la humanidad?

Se han aconsejado medidas políticas, medidas económicas y medidas morales. La unión política la previó Simón Bolívar—el genio más preclaro de nuestra raza—. Sus planes luminosos aún hoy parecen perfectos. Desgraciadamente la tesis de la nacionalidad, los prejuicios de campanario y las barreras físicas han hecho que subsista sólo como sueño lo que debiera ser una resplandeciente realidad. El medio físico en este caso ha colaborado para que nosotros adoptemos las teorías dudosas que en nombre de pequeñas glorias multiplican los patriotismos con mengua de los grandes ideales humanitarios y étnicos. Esta desorientación de los senti-

mientos ha traído todo este siglo caótico de nuestra historia continental en que hemos visto acuchillarse a hermanos y en que hemos contemplado con disgusto y asombro que alguna vez nuestros países tuvieron que aceptar auxilios extraños para defender sus intereses contra la agresión de una potencia de la misma estirpe. Afortunadamente México no ha emprendido una guerra de agresión, pero si mañana gobiernos criminales pretendiesen crear un conflicto, nuestro deber será oponernos a sus resoluciones y negarnos a batir la bandera de Guatemala o cualquiera de las banderas que ondean hacia el Sur. Pues en el instante mismo en que se mira hacia el Sur, concluye el patriotismo y nace en nuestros corazones el amor mucho más grande de la raza en el continente.

Las almas están ahora muy cerca pero las manos siguen distantes. Ya no son los días sombríos del porfirismo en que los pensadores de la época hacían creer al obtuso déspota que con un buen embajador en Wáshington basta, y que además había que mandar a Francia algún señor rico para convencer a los franceses que no todos usábamos plumas; pasaron para nosotros esos días tristes y ha pasado también para toda la América Latina el período *simiesco* del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin compenetrarnos de su sentido. Ha pasado todo eso; pero ahora es menester que tome impulso una nueva era activa: una gran época de construcciones y de creaciones, de puentes y de vías férreas, de barcos y transportes; la gran época en que el espíritu, aprovechando la fuerza misma de las cosas, las haga a su manera y una para siempre lo que la naturaleza dividió con el provisionalismo augusto de sus cordilleras, y sus bosques, y sus mares.

Emprendamos obras materiales, pero obras cuya mira no sea el lucro sino el servicio de los más altos intereses, y el lucro vendrá por añadidura; hagamos política ya no simplemente nacionalista sino continental y humana, poniendo por encima de todas nuestras acciones políticas, y después de que la justicia interior esté satisfecha, el criterio hispano americano, como norma invariable de todas nuestras acciones patrióticas.

LA BARRERA ECONOMICA

Una de las calamidades inherentes al nacionalismo es la aduana que marca la frontera con el sello de la expoliación y la desunión. Lo primero que deberíamos suprimir es la aduana. El zollverein, la liga aduanera: ese es el primer paso de nuestra salvación como raza. Durante la guerra europea debimos celebrar un pacto general, pero ya que no se hizo así, suprimamos prontamente, por lo menos, las aduanas que existen entre México y Guatemala, en-

tre el Uruguay y la Argentina, entre Chile y el Perú. Un simple tratado de comercio libre entre México y Guatemala hubiera significado más para la unidad latino-americana que todos los alardes y proyectos descabellados con que distrajo la atención de los ingenuos el gobierno espurio que no supo aprovechar para nosotros el magno conflicto europeo. Todas las perogrulladas que entonces repetían los aduladores con el pomposo título de doctrina Carranza, fueron vanos como es criminal o es vano todo lo que toca la mano del déspota.

PROPAGANDA EXENTA DE RENCORES

Un buen número de los propagandistas de la unión latino-americana funda su credo en ataques más o menos legítimos contra los Estados Unidos del Norte. Particularmente en los últimos años y a consecuencia de actos inexcusables, los liberales hispano-americanos, que a principios del siglo se mostraban entusiastas de casi todo lo anglosajón, ven ahora con justo recelo la transformación de la noble República de Lincoln en un vasto imperio amenazante. Legítimos son estos temores, pero es menester hacer constar que la unión latino-americana no es sólo un acto de defensa, sino un ideal mucho más antiguo que la situación contemporánea y mucho más alto que cualquier interés del momento; un movimiento fundado en el derecho que nos asiste de unirnos libremente a nuestras simpatías e intereses y de acuerdo con la ley espiritual que en estos instantes transforma las organizaciones sociales del planeta. La hora de las rivalidades, si acaso ella es inevitable, debiera estar muy distante, pues todavía hay en el continente mucho espacio libre para la acción de las dos razas que lo pueblan, y ambas necesitan de los beneficios que resultan de un trato leal, sin sombra de odio, aunque resguardado por la más celosa autonomía. Al mismo tiempo, es menester convencerse de que nuestra fuerza no se afirma lanzando improperios, sino corrigiendo los males internos que son la causa determinante de nuestras calamidades. Para tener el derecho de censurar la idiosincrasia extranjera se necesita ser superior moralmente al extranjero, y un pueblo sometido al despotismo no puede acusar los vicios de otro, ni tiene derecho de opinar sobre él. Lo único que tiene es un deber, el deber exigente, el deber primordial, de derrocar, de matar, de aniquilar al déspota. Los Estados Unidos se reirán con razón de nuestros ataques mientras vean que interiormente nuestra vida social es corrompida; por eso no debemos conceder el derecho de exhibirse como campeones del hispanoamericanismo o del patriotismo, a los Cipriano Castro, ni a los Victoriano Huerta, y tantos otros falsos héroes que la estupidez y la maldad forjan. Quienes oprimen y envilecen a sus hermanos, no tienen y no tendrán lugar en las páginas de gloria del Continente.

DESPOTISMO Y PATRIOTISMO

Los países que no soportan dictaduras prolongadas, rara vez tienen que sufrir la agresión extranjera. Chile y la Argentina, por ejemplo, han sido respetados porque difícilmente se ataca a un pueblo cuya vida interior es decorosa. En cambio, la Venezuela de Cipriano Castro fué combatida porque se fundaba en la injusticia y tenía de enemigo a los mejores hijos de Venezuela. Una Colombia clerical tenía que perder a Panamá. El México de Santa Anna, enfermo de vanagloria y de mentira, hubo de provocar las agresiones que tan caro costaron a nuestra patria. Los déspotas hacen concesiones ilegítimas al extranjero o persiguen a los nacionales a tal punto, que llega a gozar de mayores privilegios un extranjero; pero así que llega la hora de la justicia, así que los pueblos se disponen a la venganza, los Victoriano Huerta y los Cipriano Castro del Continente, injurian a los Estados Unidos del Norte para calumniar a los revolucionarios que los combaten, acusándolos de complicidad con el poderoso. Entonces la patriotería engañada grita por las calles en defensa del déspota, contra quien debiera combatir. De esta manera el despotismo y la patriotería trabajan en contra de los intereses de nuestra civilización y hacen que no podamos juntarnos. Pues no podemos juntarnos mientras no seamos libres todos, mientras no acabemos de comprender que el propósito primero del hispanoamericano debe ser el aniquilamiento de las tiranías, de todas las tiranías del Continente.

EL PROBLEMA DEL BRASIL

La fuerza de los impulsos espirituales es capaz de reformar la geografía y de borrar en un instante todos los prejuicios del nacionalismo; pero el Brasil ¿acaso no tiene otro idioma, tradiciones y origen distintos de los nuestros; y sus intereses no llegarán a estar en conflicto con los de la América Española?

El Brasil realizó su independencia pacíficamente, de suerte que no se verificaron allí las transformaciones radicales que la guerra de independencia produjo desde el Bravo hasta el Plata. Social y políticamente, el Brasil ha continuado unido a su patria de origen, de una manera mucho más íntima que nosotros con España. De esta suerte y a causa de la evolución normal, el Brasil se ha conservado criollo; no ha roto su tradición, no se ha hecho cosa nueva en el mismo grado en que lo somos nosotros.

Por otra parte, los grandes recursos que el país posee; su territorio inmenso y feracísimo, su creciente población, todo lo lleva a convertirse en una gran potencia; una de las primeras del mundo, así que la ciencia aprenda a vencer los inconvenientes que el excesivo calor opone a la vida humana, pero sin prescindir de su rique-

za germinadora, ni de la magnífica potencialidad que da al ambiente.

Quizás antes de un siglo, el Brasil, henchido de población, comenzará a abrirse nuevos caminos; se sentirá tal vez ahogado por el abrazo hispánico desde el Plata, a través de Bolivia y Perú, hasta Colombia y Venezuela; y así como los Estados Unidos de América codiciaron y obtuvieron la California, el Brasil quizás llegue a codiciar el Perú y lo obtendrá, si antes el Perú no puebla con su noble raza laboriosa, toda la región amazónica que le pertenece —una región donde ya el Brasil ha realizado avances considerables, gracias al estancamiento de la población peruana—. Y al caso del Brasil hay que agregar otros muchos síntomas adversos: por más que el sentimiento de los pueblos afirme los sinceros deseos de la unión, ¿para qué son esas escuadras en que se malgasta un dinero que tanta falta hace para el desarrollo interno? Junto con muchos beneficios, heredamos de Europa una infinidad de prejuicios y de vicios: la ambición de territorio, aunque no lo necesitemos; el nacionalismo que derrocha esfuerzos colectivos en alimentar rivalidades necias, pero se desentiende de los grandes proyectos generosos y prácticamente fecundos. Basta mirar el mapa de la América del Sur para comprender la obra del nacionalismo estrecho y ambicioso que nos ha dominado durante un siglo. Países divididos; países dispersos, disputas de fronteras, cordilleras que separan a los pueblos, desiertos que prolongan esas distancias, envidias que las ahondan y por encima de todo esto, un sueño que parece vano; un sueño formulado hace un siglo por la boca profética del libertador y que nosotros, hombres pequeños, no hemos podido cumplir.

Los hechos, se nos dice, poseen una fuerza incontrastable; la dura realidad de los hechos, en efecto, nos parece a veces más fuerte que el valor de las palabras, y al fin y al cabo sólo de palabras dispone el que piensa y pretende reformar con el pensamiento; pero al mismo tiempo, frente a esta doctrina inglesa, hay que poner la otra, que corresponde al tercer período de las relaciones sociales, la doctrina de que el espíritu no es más que un esfuerzo victorioso sobre la ley ciega de los hechos, y de que si este esfuerzo no fuera capaz de reformar el medio ambiente, la humanidad jamás se habría levantado del nivel del bruto. Una contemplación inteligente de la historia demuestra que las acciones, las voluntades, las aspiraciones de los hombres, forman una corriente suprema que pasa por encima del medio y de todos los lugares comunes del materialismo. El alma de los pueblos vigorosos e iluminados constituye un factor mucho más importante que todas las fatalidades ambientes. La historia de nuestro continente comenzó con un cambio de la geografía del mundo; nada de extraño tendrá, pues, que andando los años veamos operarse un cambio espiritual que transforme las relaciones humanas haciéndolas depender, ya no del comercio, ni del medio

físico, ni de la necesidad estratégica, sino del albedrío y del goce.

Todo esto que se intenta expresar en forma obscura y difusa, se me apareció muy claro una vez, y no fué por obra de la razón racional, de por sí tan vacía de sentido, sino por aquel otro supremo juicio que Kant llamó "juicio estético," del cual es fácil deducir una ley de afinidades y fusiones no alógicas, ni lógicas, sino estéticas y sintéticas. El caso ocurrió en un teatro limeño; el anuncio de bailes y canciones del Brasil había llenado la sala; el lujo de aquellas mujeres finas y vivaces, de dulces ojos sentimentales, entretenía la espera.

Salió por fin la pareja brasilera y comenzaron las machichas y los fados, alternando con canciones en portugués; era ella mórbida y delicada, de ojos negros inmensos y una suavidad fascinadora. Con voz clara y un dejo de gracia inolvidable cantaba y repetía una copla: "No hay lugar como el Sertao," y se movía con la soltura melodiosa de la bailarina ibérica. Mirándola nos parecía estar en presencia de una de las hermosas de Eca de Queiroz y aún hacía pensar en las caricias incitantes de que él nos habla en su picaresco y magnífico estilo.

Pero aparte de asociaciones literarias, el arte intenso y espontáneo de la bailarina nos producía goce como de quien vuelve a algo suyo ignorado o muy distante, o como si del fondo de nuestra conciencia étnica naciesen emociones de dicha profunda jamás gustada. Aquello era extraño pero no discorde. No era el són, tantas veces escuchado pero nunca afín, del "rag-time" sajón que parece desarrollar una esfera de sensibilidad a donde no podemos ni queremos entrar; era un canto oído por primera vez, y sin embargo, sonaba amable y familiar como la voz de una amante conocida en sueños y cuya queja descubría los bosques lozanos, los confines ilimitados del pródigo Brasil, donde una raza hermana nos acoge y nos invita a quedarnos. Por eso el estribillo de la canción despertaba músicas interiores: "No hay lugar como el Sertao," y el enigmático Sertao subía en la imaginación como un símbolo de toda la dulce América del Sur.

Muchas gentes dirán que esta es una manera trivial de discutir problemas graves. Pero a mí la lección de la bailarina me parece más profunda que muchas sociologías: ella enseña que así que se junten, por el crecimiento y la proximidad, las dos razas afines, la brasileña y la nuestra, no van a quedar como estamos con otras, pegados, pero no confundidos; sino que allí sí la simpatía unirá las conciencias, y la pasión amorosa romperá las barreras políticas. Allí la común sensibilidad estética desarrollará una cultura homogénea, el ideal colectivo prevalecerá sobre las rivalidades del interés, y siendo como uno en el alma, seremos uno en historia y en bienes —los hispanos y los lusitanos—hasta el día en que pueda decirse igual cosa de todos los pueblos de la tierra, en esta civilización indo-

española que ya hace tiempo adoptó la divisa de: América para la Humanidad.

Y si es cierto que pretendemos crear una civilización benéfica para toda la humanidad, ¿no resultará nuestro culto de la raza un retroceso respecto de los ideales socialistas que ya predican el sacrificio del patriotismo para servir mejor el interés general de todos los hombres?

No es un retroceso, porque la era estética supone que no sólo las naciones, sino también los individuos, regirán sus actos, ya no por el móvil de la codicia y el odio, sino por la ley de belleza y de amor, que es innata en los corazones.

Una vez que los conflictos económicos sean resueltos equitativamente, y así que ya no haya explotadores ni esclavos, no existirán tampoco odios internacionales, ni antipatías de raza, y entonces cada pueblo cultivará sus características propias sin ánimo de rivalidad, sino más bien con el afán de enriquecer el acervo de la civilización. Las diferencias individuales serán motivo de estímulo y de goce, y se resolverán sin choques en el anhelo común que a todos nos impele hacia arriba.

La riqueza dentro de la unidad, esto es, el individuo, y cada estirpe es como un género en la multiplicidad de los aspectos de la belleza. Y en el orden moral una estirpe se constituye, más bien que por la sangre, por las ideas y la especial manera de concebir lo hermoso. Este modo de considerar el proceso de la historia, no se funda en una clasificación arbitraria, sino que corresponde al mismo proceso del espíritu humano en su desarrollo terrestre. Primero es la individualidad dominada por el apetito, gobernada por la necesidad; después la inteligencia amplía la acción del yo y se adapta a sí misma una parte del mundo; y finalmente aparece el sentido estético, el juicio estético distinto y superior al intelectual y al ético, explorando el universo para construir un mundo desinteresado y mejor que los otros: lejos de que el individuo sea un producto y consecuencia de su medio, el milagro de la conciencia es lo que construye y transfigura el medio, no siendo el universo más que una ilusión nuestra, una especie de nebulosa que rodea el alma, y que acaso es trasunto de realidad divina, pero no la realidad misma.

PLATON

A los griegos haced más familiares, en su lección os emplead primero....
El Conde D. Bernardino de Rebollodo.

Si en Xenócrates vemos dura vía,
sigamos a Platón su gran maestro,
y templemos con él la fantasía.
Juan Boscán.

LATON, hijo de padres aristócratas, nació en Atenas en 429 antes de Jesucristo, época de infortunio para su ciudad, por ser el año de la muerte de Pericles y el segundo de la desastrosa guerra del Peloponeso. Nada sabemos de su primera educación, fuera de los inútiles nombres de sus ayos. Algo singular parece que un joven de alta alcurnia haya preferido, desde su mocedad, el estudio y la disciplina de la filosofía en vez de anhelar la vida pública, especialmente cuando, por la elevada posición de sus familiares, se le ofrecían grandes oportunidades para triunfar en la política. Critias, por ejemplo, uno de los treinta tiranos oligárquicos de Atenas, era hermano de su madre, y Cármides, compañero de Critias hasta la muerte, cuando los tiranos se defendían contra Trasíbulo, también era tío suyo. Sin embargo, jamás el más luminoso de los griegos se presentó en su vida como orador en las asambleas del pueblo; jamás el escritor ático que más se preocupara en sus escritos de estudiar el Estado, su formación y sus funciones, se ocupó en su juventud de la política ateniense. Debe de haberse sentido extraño a su pueblo, viendo cómo degeneraba en Atenas la virtud y cómo, cizaña en campo propicio, cundía en cambio la corrupción de los hombres y de las nobles tradiciones. Y tal vez hubiera querido luchar por señalar el camino recto a la política loca de esos días; pero debió pensar que en la acción sólo le esperaba una derrota total, y a ser mártir de sus convicciones, prefirió hacer de la ciencia su ocupación única. Para él, el Estado ateniense estaba perdido irremediablemente, y se consagró a edificar para el porvenir.

Veinte años tenía Platón cuando oyó a Sócrates por primera

vez. En compañía asidua del maestro pasó ocho años, hasta la muerte de Sócrates. De este período de su vida sólo tenemos un manojo de anécdotas que no merecen ser creídas. En las *Cosas memorables* de Jenofonte sólo una vez, de paso, se hace referencia a Platón; pero basta para deducir de ello que entre éste y Sócrates existía una gran intimidad. Platón, en sus diálogos, no da a conocer sus relaciones personales con Sócrates y sólo una vez también, en el *Fedón*, se menciona entre los amigos más familiares del maestro. Pero qué influencia recibió de Sócrates, cómo reconoció en él un retrato perfecto del hombre sabio, cómo halló no sólo en su enseñanza sino también en su vida y sus acciones, los más fructuosos gérmenes y estímulos filosóficos, en fin, qué significación tuvo para él en lo general, la personalidad del maestro, como ejemplar de autoridad, Platón lo ha demostrado de manera suficiente en sus escritos, poniendo en boca de Sócrates, personaje central y árbitro de la conversación de sus *Diálogos*, sus propias ideas filosóficas, más desarrolladas que las del maestro.

La filosofía de Sócrates no es una filosofía escrita ni desenvuelta en sistema. La filosofía de Sócrates está más bien en su vida; era vida y no ciencia. Sus enseñanzas se suman en un principio único: que la virtud es conocimiento, sabiduría, discernimiento intelectual. En otras palabras, la virtud es un acto que procede del reconocimiento claro de la noción de cualquier acción que se medite; de los fines, medios y condiciones de esta acción. Por tanto, la virtud no es cosa innata ni adquirida mecánicamente. La acción sin percepción es una contradicción y se destruye a sí misma: *Sucederán* cosas, pero no se *hará* nada. Hay que comprender lo que se hace. Sin comprender lo que se hace, nada bueno se hará. Comprendiéndolo, no es dable que el resultado sea malo. Es siempre un error de percepción, de entendimiento, lo que conduce a obrar el mal. Nadie es malo voluntariamente; los malos lo son contra su voluntad, engañados, cegados. Sócrates no admitía que nadie, conociendo el bien, dejase de hacerlo; y el bien era para él, no una ley arbitraria, como para los sofistas, a quienes atacó toda su vida y con todas las fuerzas de su prodigioso ingenio, sino un acto intelectual del que depende incondicionalmente el bienestar del individuo, del Estado y de la raza.

El principio de que la virtud es conocimiento, tiene además, como consecuencia *lógica*, la unidad e identidad de todas las virtudes, y como consecuencia *práctica* la posibilidad de la enseñanza de la virtud. La virtud, en suma, es algo universalmente humano, a cuya posesión podemos llegar todos por medio de la instrucción y de la práctica.

Sócrates dió base a la consideración científica de la moral, que data de él, con estas tres proposiciones. Sobre estas bases, pero nutrido también por otras muchas influencias, edificó Platón. Pero no

hizo obra sistemática como afirman muchos textos. En la obra de Platón, desde un principio, se encuentra sistema concebido de antemano y elaborado parte por parte; al contrario, hay una sucesiva renovación de ideas, hay una cultura palpable: amplitud de visión y de comprensión de la vida, más y más anchurosa, más y más honda. Platón es el padre del idealismo juicioso; del idealismo sano, bien plantado, que mira siempre más allá y que con su propia luz va descubriendo mejores senderos. Platón es el poeta, el poeta auténtico, hacedor de ideas más bien que de versos, ideas que serán instrumentos intelectuales de las generaciones futuras. Jowet, el más ilustre traductor de Platón al inglés, juzgaba inútil la labor de Schleiermacher y de otros, que intentaban arreglar los *Diálogos* de modo que formasen un todo armonioso. Hay cierta unidad espiritual en todos los escritos de Platón, pero no unidad de plan, y tal vez ni unidad perfecta en ningún diálogo.

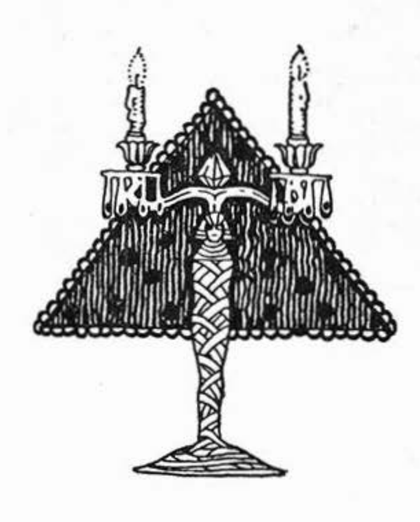
Después de la muerte de Sócrates, en 339 antes de Jesucristo, Platón, temeroso de la reacción furibunda contra la filosofía, abandonó su ciudad natal a los treinta años de edad, y en compañía de otros amigos de Sócrates se estableció en Megara, donde su amigo y condiscípulo Euclidio fundó una escuela. De Megara partió luego para Cyrene, Egipto, Magna Grecia y Sicilia. En Magna Grecia se familiarizó con la filosofía de Pitágoras, que entonces alcanzaba su apogeo de perfección y de cuyo estudio adquirió, como hombre, un interés práctico en la vida, en la sociedad y en las cosas del Estado y como filósofo un gran estímulo científico y literario. Ancha vena pitagórica recorre como veta del oro más puro la mina riquísima de su última producción. En el Tetito había opinado que la vida pública era incompatible con la dedicación a la filosofía; pero en la más plena madurez de sus días y de sus ideas, cuando escribía el *Estadista* y la *República,* cambia de pensar gracias a los pitagóricos y declara su famosa proposición de que "los jefes de Estado deben ser filósofos."

En Sicilia conoció a Dionysos el mayor y a su cuñado Dión, con el primero de los cuales, como tirano que era, Platón tuvo un serio disgusto que puso su vida en peligro. De Sicilia, después de diez años de viajar y a los cuarenta de edad, regresó Platón a Atenas, donde se rodeó de discípulos con quienes fundó su famosa Academia, en el jardín consagrado al héroe Académico y que había heredado de su madre, en las afueras de la ciudad. El resto de su vida lo pasó en sosiego sólo dos veces interrumpido por viajes que hizo a Sicilia, donde Dionysos el menor había ascendido al poder y tenía por consejero a Dión, ardiente admirador del filósofo. Platón intentó poner en práctica sus ideas, hacer de Sicilia su Estado ideal, educar en la filosofía a su gobernante y efectuar una reforma saludable en la constitución siciliana. Sus esfuerzos fueron inútiles. Por una parte, las circunstancias no favorecían sus planes

y por otra, Dionysos el menor era una de esas naturalezas mediocres que en su medianía aspiran a tener fama y distinción, pero que son incapaces de ninguna profundidad ni de ningún esfuerzo sostenido.

En la Academia, lo más notable fué el cambio de ideas que se había efectuado en Platón y el que impuso a las relaciones entre la filosofía y la vida pública. En vez de considerar a la filosofía tema de conversación social y de plática ordinaria, en vez de discurrir en las calles con cualquiera que desease hablar con él, en vez de la manera socrática en una palabra, Platón impone el retiro, la escuela, el estudio apartado. La filosofía tiende a sistematizarse y requiere preparación especial; deja de ser popular y se hace esotérica. Sin embargo, tan grande era su renombre de filósofo todavía y la fama popular de Platón, que varios Estados le pidieron que les hiciese sus leyes y formase sus códigos.

Rodeado de numerosos discípulos fieles, mujeres vestidas de hombre, entre ellos, Platón llegó a los ochenta y un años de edad sin que hubiesen disminuido un ápice sus estupendas fuerzas intelectuales. Hacia fines de su vida perturbaron su serenidad ciertas divisiones de ideas en su escuela, atribuídas a la naciente personalidad de Aristóteles. En 347 antes de Jesucristo, mientras escribía, según unos, o durante unas fiestas nupciales según otros, se apoderó de él la muerte con suavidad de sueño. Sus restos fueron depositados en el Cerámico, cerca de la Academia.



LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA

POR HENRY GEORGE

UANDO se propone abolir la propiedad privada de la tierra, la primera cuestión que se debe presentar es la de su justicia. Aunque desviado con frecuencia por la costumbre, la superstición y el egoísmo hacia torcidas formas, el sentimiento de justicia es, a pesar de eso, fundamental a la mente humana, y sea cual fuere la causa que excite las pasiones de los hombres, el conflicto no procede seguramente tanto de la pregunta: "¿Es prudente?" como de esta: "¿Es justo?"

La tendencia de las discusiones populares a tomar una forma ética, tiene su razón de ser. Nace de una ley de la inteligencia humana; se apoya en un reconocimiento vago e instintivo de lo que es probablemente la verdad más profunda, de la cual podemos posesionarnos: que sólo es prudente lo que es justo, que sólo la verdad es duradera. En la estrecha balanza de las acciones y de la vida individuales, esta verdad puede estar frecuentemente obscurecida, pero en el campo más vasto de la vida nacional es en todas partes firme.

¿Qué constituye el justo fundamento de la propiedad? ¿Qué permite al hombre decir con justicia de una cosa: "es mía"? ¿De dónde nace el sentimiento que reconoce su exclusivo derecho contra todo el mundo? ¿No es, principalmente, del derecho del hombre a sí mismo, al uso de sus propias facultades, al goce de los frutos de sus propios esfuerzos? ¿No es este derecho individual, nacido de la naturaleza de su organización propia y atestiguado por ella, el hecho de obedecer cada par de manos a un cerebro y estar relacionado con un estómago, el hecho de ser cada hombre un todo definido, coherente e independiente, lo único que justifica la propiedad particular? Así como un hombre se pertenece a sí mismo, así también su trabajo le pertenece.

Por esta razón, lo que un hombre hace o produce es suyo, contra todo el mundo: para su disfrute o destrucción, para poderlo usar o cambiar, o para darlo. Nadie más lo puede rectamente pretender, y su exclusivo derecho a ello, no envuelve perjuicio alguno para nadie. Por lo tanto, todo lo producido por el esfuerzo humano tiene un título claro e indisputable de su exclusiva posesión y goce,

que está perfectamente de acuerdo con la justicia, porque deriva del primer productor, en quien radica el derecho por ley natural. La pluma con que escribo es mía con justicia. Ningún otro sér humano puede con justicia reclamarla, pues en mí está el título de productor que la hizo. Se ha hecho mía, por habérmela cedido el dueño de la tienda de efectos de escritorio, a quien fué transmitida por el importador, que obtuvo su derecho exclusivo a ella del fabricante, en quien, por el mismo procedimiento de compra, residían los derechos de los que extrajeron el material del suelo y le dieron la forma de pluma. Por esto, mi derecho exclusivo a la propiedad de la pluma, tiene su origen en el derecho natural del individuo al uso de las facultades que le son propias.

Ahora bien, no sólo esta es la fuente de donde nacen todas las ideas de propiedad exclusiva, como lo hacen evidente la natural propensión de recurrir a ella, cuando la idea de propiedad exclusiva se pone en duda, y la manera de manifestarse las relaciones sociales, sino que es por necesidad la única fuente. No puede haber justo título de propiedad de cosa alguna que no derive del título del productor y no descanse sobre el derecho natural del hombre sobre sí mismo. No puede existir ningún otro título justo: 1.° porque no hay otro derecho natural de que pueda derivar, y 2.° porque el reconocimiento de cualquier otro título es incompatible con éste y lo destruye.

1.° Pues, ¿qué otro derecho existe, del cual pueda derivarse el derecho a la exclusiva posesión de una cosa cualquiera, que no sea el del hombre sobre sí mismo? ¿De qué otro poder está revestido el hombre por la naturaleza, fuera del de ejercer sus propias facultades? ¿Cómo puede obrar sobre el mundo material o sobre los demás hombres, o afectarlos de otro modo? Paralizad sus nervios, y vuestro hombre no tiene más influencia o poder exterior que una madera o una piedra. ¿De qué otra cosa puede derivar el derecho a poseer y gobernar las cosas? Si no nace del mismo hombre, ¿de dónde puede nacer? La naturaleza no reconoce más dominio ni autoridad en el hombre que el resultado del esfuerzo. De ningún otro modo se pueden extraer sus tesoros, dirigir sus energías, utilizar ni gobernar sus fuerzas. No hace distinción entre los hombres, sino que es absolutamente imparcial. No reconoce diferencias entre el amo y el esclavo, el rey y el súbdito, el santo y el pecador. Todos los hombres son iguales ante ella y tienen iguales derechos. No reconoce más pretensión que la del trabajo, y la reconoce sin consideración al demandante. Si un buque pirata tiende sus velas, el viento las hincha del mismo modo que las del pacífico buque mercante o las de la barca de un misionero; si un rey y un hombre común son echados al mar, ninguno de los dos conseguirá mantener su cabeza sobre el agua, si no es nadando; los pájaros no podrán ser cazados por el dueño del suelo con más facilidad que por el cazador

furtivo; el pez morderá o no el anzuelo sin consideración ninguna a que le sea presentado por un buen muchacho que va a la escuela dominical o por un muchacho malo que hace novillos; el grano germinará únicamente si el terreno está preparado y sembrada la semilla; sólo al impulso del trabajo el mineral puede extraerse de la mina; el sol brilla y la lluvia cae igualmente para el justo y para el que no lo es. Las leyes de la naturaleza son los decretos del Creador. No se ha escrito en ellas el reconocimiento de ningún derecho más que el del trabajo; y en ellas está escrito abierta y claramente el derecho igual para todos los hombres, al uso y goce de la naturaleza; para aplicar a ella sus esfuerzos y recibir de ella y tener la recompensa. En consecuencia de esto, como la naturaleza premia sólo el trabajo, el esfuerzo del trabajo en la producción es el único título a la posesión exclusiva.

2.° El derecho de propiedad que nace del trabajo, hace imposible cualquier otro derecho de propiedad. Si un hombre tiene justo derecho al producto de su trabajo, entonces nadie puede tener derecho a la propiedad de nada que no sea producto de su trabajo o de quien le haya transferido el suyo. Si la producción da al productor el derecho a la exclusiva posesión y disfrute, no puede existir, con justicia, posesión ni disfrute de nada que no sea el producto del trabajo, y el reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es injusto. Porque el derecho al producto del trabajo no se puede gozar sin el derecho al libre uso de los dones de la naturaleza y, al admitir el derecho de la propiedad de éstos, se niega el derecho de propiedad al producto del trabajo. Cuando los no productores pueden reclamar como renta una porción de la riqueza creada por los productores, el derecho de éstos a los frutos del trabajo, es en esta porción denegado.

Este argumento no tiene réplica. Asegurar que un hombre tiene derecho a reclamar la propiedad exclusiva de su trabajo, cuando está incorporado en las cosas materiales, es negar que se pueda con derecho reclamar la propiedad exclusiva de la tierra. Afirmar el derecho a la propiedad de la tierra es afirmar una pretensión que no tiene apoyo en la naturaleza, por ser contrario a un título fundado en la organización del hombre y en las leyes del universo material.

Lo que dificulta más la comprensión de la injusticia de la propiedad de la tierra es la costumbre de incluir todas las cosas que pueden ser poseídas en una sola categoría como propiedad, y si alguna distinción se hace, es trazando la línea, de acuerdo con la clasificación poco filosófica de los abogados, entre propiedad personal y bienes raíces, o en bienes muebles y bienes inmuebles. La verdadera y natural distinción consiste en cosas que son el producto del trabajo y cosas que la naturaleza ofrece gratuitamente en-

tre riqueza y tierra, si adoptamos los términos de la economía política.

Estas dos clases de cosas son en esencia y relaciones completamente diferentes, y clasificarlas juntas como propiedad, produce la confusión de toda idea cuando se trata de considerar la justicia o la injusticia, la razón o la sinrazón de la propiedad.

Una casa y el terreno en que se alza son igualmente propiedad, por estar sometidos a la posesión, y de este modo se clasifica por los abogados. Sin embargo, en su naturaleza y relaciones son completamente distintos. Lo uno es producido por el trabajo humano y pertenece a la clase que en economía política se denomina "riqueza." Lo otro, es una parte de la naturaleza y pertenece a la clase llamada "tierra" en economía política.

El carácter esencial de las cosas de una clase, es que tienen el trabajo incorporado, han recibido la existencia por el esfuerzo humano, dependiendo del hombre que existan o no, su aumento o disminución. El carácter esencial de las otras consiste en que no tienen el trabajo incorporado y existen con independencia del esfuerzo humano y del hombre mismo; son el campo de acción del hombre y lo que le rodea, el almacén de donde se ve obligado a sacar la primera materia en que ha de aplicar su trabajo, y las fuerzas que le servirán para ello.

En cuanto se advierte esta distinción, se ve que la sanción dada por la justicia natural a una especie de propiedad, es negada a la otra; y la equidad que enlaza la propiedad individual con el producto del trabajo, implica la iniquidad de la propiedad individual de la tierra; y así como el reconocimiento de una de ellas coloca a todos los hombres en las mismas condiciones, asegurando a cada uno la recompensa debida a su trabajo, el reconocimiento de la otra equivale a la negación de la igualdad de derechos del hombre, permitiendo a los que no trabajan usurpar la recompensa natural de los que trabajan.

Digan lo que quieran respecto a la institución de la propiedad privada de la tierra, es indudable por esta razón que no se puede defender desde el punto de vista de la justicia.

La igualdad de derecho de todos los hombres al uso de la tierra, es tan claro como su derecho igual a respirar el aire, es un derecho proclamado por su mera existencia; porque no se puede imaginar que algunos hombres tienen derecho a estar en este mundo y los otros no.

Si estamos todos aquí por igual permiso del Creador, estamos con un derecho igual al disfrute de su munificencia, con un derecho igual al uso de lo que la naturaleza ofrece tan imparcialmente. Este es un derecho natural e inalienable: es un derecho que radica en todo sér humano al venir al mundo y que sólo puede ser limitado por el derecho igual de los demás durante su permanencia en él.

No hay en la naturaleza nada parecido a un simple feudo en tierra. No hay en el mundo poder alguno que pueda conceder con derecho un privilegio de exclusiva propiedad de la tierra. Si todos los hombres que existen se unieran para ceder sus derechos iguales, no podrían ceder el derecho de los que les han de suceder. Pues, ¿somos algo más que usufructuarios por un día? ¿Hemos hecho la tierra, acaso, para poder determinar los derechos de los que han de usufructuarla a su vez después de nosotros? El Omnipotente creó la tierra para el hombre y el hombre para la tierra, y la vinculó en todas las generaciones de los hijos de los hombres por una ley escrita en la constitución del universo, un decreto que ninguna acción humana puede estorbar y ninguna prescripción limitar. Que los pergaminos sean muchos, o que la posesión sea antigua, la justicia natural no puede reconocer en un hombre derecho a la posesión o disfrute de tierra alguna que no sea igualmente el derecho de todos sus semejantes. Aunque los títulos del duque de Westminster a sus bienes raíces hayan sido reconocidos por generación tras generación, la más pobre criatura que nazca hoy en Londres tiene sobre ellos igual derecho que su hijo mayor. (°) Aunque el pueblo soberano del Estado de Nueva York consienta a los Astors la posesión de sus bienes raíces, el niño más débil que viene llorando al mundo en la habitación más sucia de la más miserable casa de alquiler, adquiere en el momento de nacer el mismo derecho que poseen los millonarios. Y se le usurpa si se le niega el derecho.

Los grandes males sociales que por todas partes oprimen al hombre, en medio de una civilización que avanza, tienen su origen en una gran injusticia: la apropiación, como propiedad exclusiva de algunos hombres, de la tierra sobre la cual hemos de vivir todos. De esta injusticia fundamental parten todas las injusticias que falsean y hacen peligroso el desarrollo moderno; ella condena al productor de la riqueza a la miseria y mantiene en el lujo al no productor; levanta el hospicio y el palacio; coloca las mancebías cerca de la iglesia y nos obliga a edificar cárceles a medida que abrimos nuevas escuelas.

Nada es raro, nada es inexplicable en los fenómenos que ahora

---

(°) Este derecho natural e inalienable al uso y disfrute igual de la tierra es tan evidente, que ha sido reconocido por el hombre dondequiera que la fuerza o la costumbre no hayan embotado las ideas elementales. Véamos un solo ejemplo: Los colonos blancos de Nueva Zelanda no podían obtener de los maoris lo que éstos estimaban un título completo a la tierra, pues aunque toda la tribu hubiese consentido en una venta, cada recién nacido entre ellos podía reclamar un pago adicional, porque ellos habían enajenado sus propios derechos solamente y no podían vender los de aquellos que no habían nacido todavía. El gobierno se vió obligado a intervenir y arregló el asunto comprando la tierra por una anualidad para la tribu, de la cual cada niño que nace adquiere una parte.

dejan asombrado al mundo. Si el progreso material produce frutos tan amargos, no es porque sea un mal en sí mismo, no es que la naturaleza dé la existencia a seres que no puede mantener; el Creador no ha dejado en las leyes naturales una mancha de injusticia ante la cual hasta la mente humana se subleva. Si en medio de la civilización más adelantada hay hombres que desmayan y mueren de necesidad, no se debe a la ruindad de la naturaleza, sino a la injusticia del hombre. El vicio y el infortunio, la pobreza y el pauperismo, no son el resultado inevitable del aumento de población y del desarrollo industrial; sólo acompañan al aumento de población y al desarrollo industrial, porque la tierra se considera como propiedad particular: son los resultados directos y necesarios que trae consigo la violación de la ley suprema de justicia, dando a algunos la posesión exclusiva de lo que la naturaleza ofrece a todos.

El reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es la negación de los derechos naturales de los demás, es una injusticia que *debe* manifestarse en la impropia división de la riqueza. Porque el trabajo no puede producir sin el uso de la tierra, negar la libertad o derecho de usarla, equivale a negar el derecho del trabajo a su propio productor. Si un hombre puede tener dominio sobre la tierra que otros deben trabajar, puede apropiarse el producto de su trabajo como precio del permiso concedido. La ley fundamental de la naturaleza, de ser su disfrute la consecuencia de los esfuerzos del hombre, es de este modo violada. El uno gana sin producir, el otro produce sin ganar. Mientras uno se enriquece injustamente, el otro es despojado. Es el aumento continuo de la renta, el precio que el trabajo está obligado a pagar por el uso de la tierra, lo que despoja a los demás de la riqueza que justamente ganan, para amontonarla en manos de los menos, que no hacen nada para ganarla.

¿Por qué los que sufren esta injusticia titubean un momento en destruirla? ¿Quiénes son los propietarios para que se les permita de este modo recoger lo que no han sembrado?

Reflexionad por un momento cuán absurdos son los títulos por los cuales consentimos que pase gravemente de Fulano a Zutano el derecho de poseer exclusivamente la tierra, dándole absoluto dominio sobre todos los demás hombres. En California, nuestros títulos territoriales proceden del gobierno supremo mexicano—que lo arrancó del Rey de España, y éste lo tomó del Papa, cuando con un rasgo de pluma dividió las tierras por descubrir entre españoles y portugueses—o si queréis, se basan en la conquista. En los Estados orientales nacen de tratados con los indios y de concesiones de los reyes de Inglaterra; en la Luisiana, del gobierno francés; en la Florida, del español, mientras en Inglaterra tienen su origen en la conquista de los normandos. En todas partes arrancan de una fuerza que predomina, no de un derecho que obliga. Y cuando un título radica sólo en la fuerza no cabe agravio cuando la fuerza lo anula.

Donde el pueblo, que tiene facultad para ello, se determine a anular estos títulos, no puede hacerse objeción alguna en nombre de la justicia. Han existido hombres que tuvieron el poder de poseer o dar posesión exclusiva de porciones de la superficie de la tierra; pero ¿dónde y cuándo ha existido el sér humano que tuviese este derecho?

El derecho a la exclusiva propiedad de toda la producción humana, es claro. No importa por cuántas manos haya pasado; en el principio de la serie hay en el trabajo humano alguien que, habiéndolo alcanzado o producido con sus esfuerzos, tiene a ello un título evidente contra todo el resto de la humanidad, y desde éste puede pasar de uno a otro por venta o donación. ¿Al final de qué serie de traspasos de dominio o concesiones se puede hallar o suponer un título semejante de parte alguna del universo material? Para las mejoras se podrá presentar este título fundamental; pero es tan sólo un título a las mejoras, y no a la tierra misma. Si desbrozo un bosque, desaguo un pantano o lleno un tremedal, todo lo que puedo reclamar es el valor alcanzado por estos esfuerzos. Esto no me da derecho alguno a la tierra en sí misma, ni otro título que mi parte igual a la de cualquier otro miembro de la sociedad en el aumento de valor añadido a ella por el crecimiento de la sociedad.

Pero se objetará: ¡Hay mejoras que con el tiempo no se distinguen de la tierra misma! Muy bien; entonces el título de las mejoras se funde con el de la tierra; el derecho individual se pierde en el derecho común. Lo importante absorbe lo secundario, no lo secundario lo importante. La naturaleza no procede del hombre, sino el hombre de la naturaleza, a cuyo seno él y todas sus obras han de volver.

Sin embargo, podrá decirse: como todos los hombres tienen derecho al uso de la tierra y al goce de la naturaleza, al hombre que usa la tierra debe serle permitido el exclusivo derecho de emplearla con el objeto de obtener todo el beneficio de su trabajo. Pero no hay dificultad alguna en determinar dónde acaba el derecho individual y principia el derecho común. El valor nos proporciona una exacta y delicada piedra de toque, y con su auxilio no hay dificultad, por densa que sea la población, para determinar y asegurar los derechos exactos de cada uno, los derechos iguales de todos. El valor de la tierra, según hemos visto, es el precio del monopolio. No es su capacidad absoluta, sino la relativa la que determina su valor. No importa cuáles sean sus cualidades intrínsecas: una tierra no tiene valor si no es mejor que otra que se pueda alcanzar de balde para usarla. Y el valor de la tierra expresa siempre la diferencia entre ella y la mejor tierra que se pueda usar de balde. Por tanto, su valor expresa en forma exacta y tangible el derecho de la sociedad sobre una tierra ocupada por un particular, y la renta expresa el importe exacto que debería pagar el particular

a la sociedad, para satisfacer los derechos iguales de los demás miembros de la misma. De modo que, si damos a la prioridad de posesión el uso tranquilo de la tierra, confiscando la renta en beneficio de la sociedad, reconciliamos la fijeza de la posesión que es necesaria para las mejoras con el reconocimiento amplio y completo de los derechos iguales de todos al uso de la tierra.

En cuanto a deducir de la prioridad de ocupación un derecho completo y exclusivo a la tierra, es el principio más absurdo sobre el cual puede apoyarse su propiedad. ¡La prioridad de ocupación dar título exclusivo y perpetuo de la superficie del globo, sobre el cual, en el orden de la naturaleza, generaciones innumerables se han seguido una a otra! Los hombres de la última generación, los de cien o mil años atrás, ¿tuvieron acaso mejor derecho que nosotros al uso de este mundo? ¿Le tenían los constructores de montículos, los habitantes de las rocas, los contemporáneos del mastodonte o las generaciones más antiguas aún, que en obscuros tiempos, a que sólo como períodos geológicos podemos referirnos, habitaron sucesivamente la tierra que ahora usufructuamos por tan breves días?

El que primero llega a un banquete, ¿tiene por eso derecho a poner de espalda todas las sillas y a pretender que ninguno de los convidados participe del alimento preparado, a no ser que se pongan de acuerdo con él? ¿Acaso el primero que presenta la entrada en la puerta de un teatro y entra, adquiere por su prioridad el derecho de cerrar las puertas y hacer que se represente la función para él sólo? ¿Tiene acaso el primer pasajero que entra en un tren el derecho de extender su equipaje sobre todos los asientos y obligar a los viajeros que trás él vengan a quedarse de pie?

Estos casos son análogos. Llegamos y nos vamos: convidados a un banquete continuamente preparado, espectadores y partícipes en una diversión donde hay sitio para todos, pasajeros de estación a estación en un orbe que gira en el espacio, nuestros derechos a tomar y poseer no pueden ser exclusivos: deben estar limitados en todas partes por el derecho igual de los demás. Del mismo modo que el pasajero con su equipaje, en un vagón del ferrocarril, puede ocupar tantos asientos como quiera, mientras no vengan otros pasajeros, igual un colono puede tomar y usar tanta tierra como le plazca, hasta que la necesiten otros—lo que se manifiesta adquiriendo la tierra un valor— entonces su derecho ha de quedar limitado por el derecho igual de los demás, y ninguna prioridad de ocupación puede dar un derecho que limite el de los otros, igual al suyo. Si así no fuere, por la prioridad de ocupación un hombre podría adquirir y transferir a quien quisiera, no sólo el derecho exclusivo a un centenar de acres, sino a todo un partido, a todo un Estado o a un continente entero.

Y el reconocimiento del derecho individual a la tierra llevado

al extremo, causa este absurdo evidente: que cualquier sér humano, si pudiera concentrar en sí mismo los derechos individuales a la tierra de algún país, podría arrojar de él a los demás habitantes; y si pudiera reconcentrar del mismo modo los derechos particulares de la superficie entera del globo, sólo él, entre toda la fecunda población de la tierra, tendría derecho a vivir.

Y ocurriría suponiendo esto, lo que en más pequeña escala ha ocurrido en realidad. Los dueños del territorio de la Gran Bretaña, a quienes las concesiones de tierra han dado "los parasoles blancos y los elefantes locos de orgullo," han arrojado repetidas veces de grandes distritos a la población cuyos antecesores habían vivido en el país desde tiempo inmemorial, obligándola a emigrar, a mendigar o a morirse de hambre. Y en regiones enteras sin cultivo del nuevo Estado de California, se pueden ver las chimeneas ennegrecidas de las moradas cuyos colonos han sido arrojados por la fuerza de las leyes que desconocen el derecho natural, y grandes extensiones de terreno que podrían ser pobladas, están desiertas, porque el reconocimiento de la propiedad exclusiva las ha puesto en poder de un sér humano que impide usarlo a sus semejantes. El número relativamente pequeño de propietarios que poseen la superficie de las Islas Británicas, con sólo hacer lo que las leyes inglesas les permiten con amplia facultad y que muchos de ellos han hecho ya en pequeña escala, conseguirían excluir de sus islas natales a millones de habitantes ingleses. Y esta exclusión, por la cual algunos cientos de miles de habitantes podrían desterrar a otros treinta millones de su país natal, si bien sería más provocativo, no repugnaría más al derecho natural que el espectáculo que ofrece ahora la gran masa del pueblo británico, obligado a pagar sumas enormes a algunos propietarios, para obtener la gracia de vivir en la tierra que tan cariñosamente llaman suya, y de poder usarla; por la cual tienen, si es necesario, el imperioso deber de derramar su sangre y de perder sus vidas.

FRENTE A FRENTE

POR LAURO G. CALOCA

AJO los relámpagos de la semi-tempestad de 1910 surgió de los fondos de las clases rurales, el problema más serio del país, es decir: el problema agrario. Este hecho despertó cierta zozobra en el espíritu de los magnates de la tierra, pero seguros de su poderío, volvieron, después de los tratados de Ciudad Juárez, a reclinarse muellemente sobre el fútil prestigio de sus pergaminos.

¿Cuánto les duró la tranquilidad? ¡Nada! Su reposo o sueño fué en el fondo de su conciencia una pesadilla, de la cual regresaron espantados hacia la realidad con las armas en las manos. Desde este momento las castas se colocaron frente a frente, disputándose el dominio público, para asegurar: los primeros, su pasado; y los segundos, su presente. Pero las argucias de la reacción fueron tales, que consiguieron poner al discípulo querido frente al maestro, es decir, a Orozco frente a Madero.

Las jornadas de aquellos tiempos por poco ponen en peligro los impulsos de la revolución, pero la República entera se alzó serena sobre la traición, castigando, no al instrumento, sino a los directores intelectuales; pero éstos, versados en las complicidades de la política, pronto buscaron otro ídolo para repetir el golpe. El problema era serio; sin embargo, para ellos era muy sencillo, pues pronto dieron con Félix Díaz, sujeto que además de estar cubierto con el manto de la popularidad barata, llevaba pomposamente el apellido de su tío el dictador.

No obstante la habilidad de la reacción, el éxito se les cayó de la mano, pues su ídolo, antes de probar fortuna o cubrirse con los rayos de la victoria, se dejó tomar prisionero como tímida paloma.

Una carcajada estrepitosa resonó en todos los ámbitos de la República, principalmente en las montañas del Sur, donde la revolución ya había tomado serios caracteres. Allá surgió por vez primera un grito potente, poderoso, cristalizándose en los vocablos TIERRA Y LIBERTAD.

La reacción, fuerte por abolengo, fuerte por su pasado, fuerte por las prodigalidades del dictador, no cedió ante su segundo fracaso; al contrario, sobre el tapete del destino, puso el tercer albur.

Con la linterna de Diógenes se fué cautelosamente por las an-

tesalas de los palacios, buscando al hombre necesario, al hombre fuerte, al hombre capaz de jugar con talento, con habilidad, la carta más interesante del partido. Dicho y hecho, se encontró con Mondragón.

Preparado el golpe, se presentaron los pretorianos una mañana semi-fría del mes de febrero de 1913, frente al Palacio Nacional, pidiendo con voz de tempestad, acceso al gran palacio. Los hechos hijos de esta aventura sangrienta, son demasiado conocidos; en tal virtud, ¿para qué recordarlos? basta en estos momentos de liquidación social, hacer constar que el pueblo mexicano en masa fué sobre el enemigo, sepultando los últimos vestigios de las huestes usurpadoras en las barrancas y caminos de la ciudad de Zacatecas.

El golpe fué severo, pero la reacción no se dió por vencida: lo único que hizo desde estos momentos fué cambiar los cuartelazos como medios de lucha, por los complicados golpes políticos, con los cuales ya sabemos cuánto ha conseguido en el ánimo de los gobernadores, de los políticos torpes o ambiciosos, de los pagados de su abolengo, de los mediocres del pensamiento, de los filosofos rutinarios, pero su lucha, aunque intensa, siempre estéril.

El pueblo mexicano, principalmente el campesino, cansado de tanta espera, entra de lleno en el ejercicio de sus derechos, para cuyo efecto, toma la tierra aquí y allá, bajo el concepto de tierras ociosas, dispuesto a todos los sacrificios, antes que dejarse arrebatar lo que le pertenece por derecho divino, por derecho natural, fuentes supremas de todos los derechos.

¿Dónde están los lindes de esta nueva cruzada? En el reparto equitativo y efectivo de la tierra. Esta verdad se inició con lineamientos precisos en las tempestuosas sesiones de la Convención; más tarde, en Veracruz se cristaliza en parte en el decreto de 6 de enero de 1915; después se le concede un lugar distinguido en el texto del artículo 27 de la Constitución vigente.

Estos intentos no preocuparon mucho a la reacción, pues dar un pedazo de tierra para los ejidos de los pueblos no era un despilfarro para ellos, supuesto que la mayoría de sus latifundios están lejos de los centros agrícolas; pero un día el licienciado Soto y Gama lanzó en el recinto de la Representación Nacional, el grito de que había que desmembrar el latifundio.

La clarinada fué terrible; en el acto se movieron en todas direcciones, principalmente en el seno de la Cámara Baja, donde los reaccionarios de la misma, juntamente con los constitucionalistas, vencieron al Partido Agrarista, quien con su ley, pretendía noble y sensatamente legislar para todo el país.

Salvos de este nuevo peligro, baten palmas, pero aun no habían terminado de paladear su placer, cuando en pleno centenario se presenta en escena el Primer Congreso Nacional de Agrónomos. ¿Otro peligro más para sus intereses? ¡Sin duda! Desde luego pre-

tendieron coger incautos, pero los agrónomos, víctimas como los campesinos de las miserias de los latifundistas, pusieron el grito en el cielo, sentando tanto bajo los auspicios del ciudadano Ministro de Agricultura, como del ciudadano Presidente de la República, la verdad incontrovertible de que hay que crear la PEQUEÑA PROPIEDAD por todos los medios, principalmente por los directos.

El golpe no sólo fué terrible, sino mortal, supuesto que hoy ya no tienen medios legales para salvar sus dominios; pero firmes en sus propósitos, saltaron al estadío como los agrónomos, esgrimiendo los carcomidos cánones del derecho de propiedad. ¿Consiguieron algo? Repletar los bolsillos de la prensa reaccionaria, hacerse de desconocidos, conocidos nominalmente de todo el país; fraternizar cínicamente con el Congreso de Abogados; provocar temores en los campesinos, quienes imposibilitados para contrarrestar los gritos de los magnates de la tierra, tomaron la resolución de presentar ante las autoridades competentes 100 solicitudes de tierras por cada discurso o artículo de latifundista.

Así las cosas, se encuentra hoy de nuevo el mismo asunto en la Cámara Alta. La polvareda se ha alzado con visos de tempestad. La reacción representada aquí por dos o tres indiferentes y uno que otro ignorante, ha pretendido detener la marcha triunfal de la revolución.

¿Estamos en el epílogo de la obra iniciada en 1910? ¡No! Empezamos el camino; en consecuencia, carguemos nuestras alforjas de voluntad, de fe, de resignación, pues el más pequeño alto, reposo o complacencia, sería suficiente para que la reacción nos tomara la ventaja que le hemos ganado noblemente en el terreno de los hechos.

LAS CORRIDAS DE TOROS

POR JOSE BATLLE ORDOÑEZ(*)

LAS corridas de toros se distinguen de todas las otras fiestas por un rasgo característico: el hacer asuntos de agradable entretenimiento del dolor y la muerte.

Para que uno de esos espectáculos alcance su mayor brillo, ha de haber quedado una veintena de caballos tendidos en el redondel; han de haber salido de él otros tantos con las tripas de rastro y ha de haber sido suficientemente hábil el matador, que es el primer actor de la compañía, para atravesar los corazones de los toros lidiados, a la primera o a la segunda estocada. La delicia suprema del buen aficionado al toreo se produce, para unos, cuando este bruto bravío hunde sus cuernos en las entrañas del indefenso caballo, revolviéndolas y destrozándolas, y para otros, en el momento mismo en que la ancha y larga espada, entrando hasta el pomo, crispa el poderoso organismo del toro, herido de muerte. La muerte del torero no es un número obligado en una buena corrida. Pero cuando ocurre, alguna rara vez, no hace menos hermosa la fiesta. La emoción que se ha buscado es, al contrario, más intensa. Y ningún aficionado deja de felicitarse de haber presenciado el fúnebre accidente—aparte, por supuesto, los sentimientos de conmiseración que la víctima inspira.—

Ninguna otra fiesta civilizada presenta este carácter, propio del circo romano.

Se habla de las carreras de caballos, en que los jockeys suelen ser víctimas de accidentes más o menos terribles; de las pruebas de los circos, en que los equilibristas y volatineros se exponen a perder la vida y a veces la pierden; de los domadores de fieras, etc. Pero hay que establecer una diferencia profunda entre estas fiestas y las corridas de toros: la de que no se concurre a ellas a presenciar cómo se descalabran un caballo o un jockey, ni cómo cae un equilibrista, ni cómo devora una fiera a su domador; sino a regocijarse en la contemplación de ejercicios de habilidad, de fuerza, de inteligencia; la de que el espectáculo del derramamiento de sangre, que es parte obligada y capital en los programas de las

(*) Expresidente del Uruguay.

corridas de toros y que enardece y entusiasma al espectador, es un accidente desgraciado en las otras fiestas citadas, que las entristece y enluta. No quita, por ejemplo, nada de su prestigio a los ejercicios de volatineros y equilibristas, la previsora malla preparada para librarlos de todo daño en el caso de una caída posible. Pero quita a las corridas de toros todo su mayor atractivo el embolamiento de los cuernos, que salva al caballo, y la supresión de la suerte de la espada. Un aficionado sostendrá siempre que una corrida de toros realizada en semejantes condiciones, no merece nombre.

En la plaza debe correr sangre. Cuando el picador logra detener al toro, por más de una vez, en su embestida, y el pobre cuadrúpedo que monte queda ileso, el público irritado pide que tome más corta la pica... lo suficientemente corta para que el caballo sea irremisiblemente sacrificado; y cuando el torero, ora porque el bruto enemigo tiene una cornamenta demasiado larga o abierta, ora porque sus movimientos se apartan algo de los comunes y conocidos, u ora por cualquier otra causa, se muestra irresoluto o vacilante, álzase un clamor iracundo en la plaza que lo empuja hacia el peligro, y que, si pudiera convertirse en fuerza material, lo tomaría en peso e iría, con entero menosprecio de la vida humana, a colocarlo frente y junto al toro, para que muriese cualquiera de los dos.

Ahora bien: Este carácter cruento de la plaza de toros la convierte en agente de corrupción de una de las tendencias morales más sanas del hombre. Todos experimentamos, en efecto, con mayor o menor intensidad, una sensación dolorosa, con frecuencia profunda y absorbente, cada vez que nos encontramos en presencia de la destrucción parcial o completa de un organismo animal.

Una instintiva percepción de la solidaridad que nos vincula con los otros seres vivientes, hace que su dolor repercuta en el nuestro con todos los caracteres de un dolor real. Así, cuando un transeunte está a pique de ser arrollado por un vehículo cualquiera, o lo es, y la pesada armazón se va sobre él, nuestros nervios se crispan y experimentamos una conmoción física que podría considerarse como el reflejo, en nuestra sensibilidad, de la que ha sufrido la víctima del accidente. La emoción que se sufre al presenciar una operación quirúrgica es tan honda, que produce vahidos, con frecuencia, en las personas que someten a esa prueba su sensibilidad. El bañista, el náufrago que va a ser tragado por las olas, nos producen una congoja semejante a la que ellos experimentan. Las úlceras, los vicios orgánicos que exhiben los mendigos, despiertan en nosotros sensaciones reales de condolencia. Y estas sensaciones nos las hacen experimentar también los animales, con tanta mayor viveza cuanto mayor es la perfección y la vitalidad de sus organismos. Todas las angustias, todos los dolores encuen-

tran en nuestro sér una angustia, un dolor correlativo, que nos impulsa, que nos empuja, a veces con una fuerza invencible, a emplear toda nuestra actividad en suprimirlos o en mitigarlos.

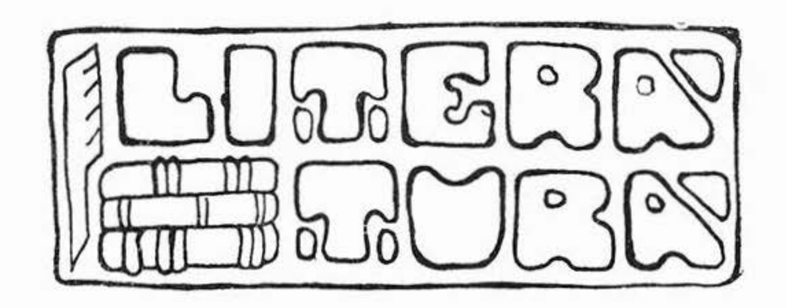
Las más altas y delicadas concepciones morales tienen apoyo eficaz en estas profundas emociones de simpatía hacia todos los seres vivientes. Lo que la razón concibe como bueno se prestigia como grato, como suave, en nuestra entidad física. Cuando aliviamos un dolor extraño, aliviamos nuestro propio dolor. Y cuando, para realizar actos de esta naturaleza, tenemos que hacer el sacrificio de nuestros intereses, de nuestras afecciones; cuando tenemos que atormentarnos físicamente, hallamos todavía una recompensa en el alivio, en la supresión del mal ajeno, que es también nuestro mal. La inmoralidad y el crimen tienen, por otra parte, una valla a veces invencible, en esta manera de ser nuestra. Cuando el interés personal se ha sobrepuesto a toda consideración moral; cuando las leyes y las penalidades que imponen no ejercen ya influencia alguna sobre el futuro delincuente, tiene éste que vencer, todavía, la repulsión física de su organismo hacia el acto delictuoso. Cuando se trata de un hecho cruento, sobre todo, la mano se resiste a obedecer; el organismo entero se convulsiona contra una orden que repugna a su naturaleza. Estadística llena de enseñanzas a este respecto, sería la que podría formarse si fuese dado penetrar en el secreto de las conciencias, de los casos en que, vencidos todos los reparos, todos los obstáculos, todos los terrores, el crimen se detiene ante esa valla.

La plaza de toros, agregada a las diversiones lícitas de los pueblos civilizados, es centro de conspiración contra esa emoción salvadora. El que concurre por primera vez a una corrida, se horroriza de la atrocidad del espectáculo; pero la sensibilidad se gasta, se cansa con su repetición y el horror del primer día se convierte, al fin, en una voluptuosidad que podría calificarse, quizás, por su carácter atávico y sin un propósito declamatorio, de verdaderamente salvaje. Cierto: se puede ser asiduo aficionado a los toros y conservar excelentes convicciones morales y ajustar a ellas de una manera estricta la conducta; pero la repugnancia física que inspira al hombre el dolor extraño y que fortifica sus tendencias morales, queda debilitada en él de una manera extraordinaria.

Se ha creído encontrar, con acierto, sin duda, la explicación de la crueldad de una parte de nuestros paisanos y de su desprecio por la vida ajena, en las condiciones de su existencia, que los familiariza con la sangre por el sacrificio cotidiano y necesario de animales superiores, que se ven obligados a efectuar por sí mismos. De la misma manera se explica, en los pueblos primitivos, el carácter más dulce y apacible de las tribus dedicadas a la agricultura, y el más duro y terrible de los que se dedican al pastoreo. La plaza de toros establecida en el centro mismo de las ciudades más civi-

lizadas, renueva como un placer, el espectáculo que se produce en los campos, y siendo tan cruel o más que éste, debe dar el mismo o peor resultado.

Si uno de los fines más preciados de la civilización es el de suavizar los caracteres y las costumbres y hacer cada vez más efectivos los dictados de la moral, la plaza de toros es contraria a la civilización.



PAKHOM EL MUJIK

POR LEON TOLSTOI

¿Hace falta mucha tierra para un hombre?

LA hermana mayor, esposa de un comerciante, viene a la campiña a visitar a su hermana menor, casada con un mujik. Hace la primera el panegírico de la vida que su posición desahogada le permite; enumera las comodidades de que goza, el lujo de sus vestidos, los exquisitos manjares que adornan su mesa y que regalan su paladar, y los paseos y teatros, en que solaza su vista y su espíritu.

Molesta por aquel brillante cuadro en que parece descubrir ciertos dejos de malicia, encaminada, sin duda a hacerla sentir la diferencia de posición social que entre las dos existe, comienza la hermana menor a disminuir la importancia de la vida que puede darse la esposa de un comerciante y a realzar la de una campesina.

Yo— dice—, no cambiaría mi posición por la tuya porque si bien es cierto que no es brillante nuestra existencia, en cambio nos son desconocidas las inquietudes que os asaltan. Vivir con más lujo; pero si unas veces ganáis, otras lo perdéis todo de golpe, y el proverbio dice: *la pérdida es respecto de la ganancia una hermana mayor*. Ocurre que hoy eres rica y mañana no tienes nada. Nuestra existencia es más segura. En casa del mujik, la subsistencia es mezquina, pero duradera. Nunca seremos ricos, pero siempre tendremos qué comer.

—Es verdad— repuso la otra hermana—; ¡pero a costa de vivir entre cerdos y terneros! Ni modales corteses ni comodidades a pesar del trabajo de tu marido. Vivís entre basura y moriréis en ella y la misma suerte aguarda a vuestros hijos.

—¿Y qué?—dijo la otra hermana—el oficio lo requiere; mas

por esto mismo, nuestra vida es estable cuando tenemos tierras. No tenemos que inclinarnos ante nadie y a nadie tememos. Vosotros, en la ciudad, estáis expuestos a la tentación. Hoy estáis bien; pero tal vez mañana haga el diablo que a tu marido le dé por los naipes, por el vino o por las mujeres, y todo irá manga por hombro. ¿Qué no puede ocurrir con cualesquiera de esas cosas?

Pakhom, el marido, sentado sobre la estufa, escuchaba la charla de las dos mujeres.

—Lo que dice mi esposa—exclamó—es la fiel expresión de la verdad. Ocupados en remover la tierra que nos mantiene, jamás pensamos, desde niños, en futilidades. La única desgracia es tener pocas tierras; pero si yo tuviera toda la que deseara, no tendría miedo ni al mismo diablo.

Las mujeres, después de haber tomado el té, siguieron hablando de trajes; arreglaron la vajilla y después se fueron a acostar.

El diablo estaba sentado detrás de la estufa escuchándolo todo y se alegró de que la mujer del campesino hubiera dado pie a su marido para que éste le desafiase. ¿No se había alabado de que, si tuviera tierra, no tendría miedo ni del propio Satanás?

¡Está bien!—se decía—¡ahora nos veremos las caras! Voy a darte mucha tierra y por la tierra te cojeré.

*

Al lado del mujik vivía una *barinia* (°) que poseía ciento veinte deciatinas (°°) de tierra. Estaba en las mejores relaciones con los mujiks y no hacía mal a nadie, cuando tomó por administrador a un licenciado del ejército, que comenzó a abrumar a multas a los colonos.

A pesar de todas las precauciones de Pakhom, ya era un caballo que se mete en un campo de avena, ya la vaca que penetra en el jardín, o los terneros que entran a la pradera, y por todo ello multa al canto.

Pakhom pagaba, juraba y castigaba a los suyos. Durante todo aquel verano tuvo que sufrir muchas vejaciones del administrador, por lo cual vió con sumo gusto que volvía el tiempo de recoger el ganado, aunque lamentase el tenerlo que mantener; pero al menos, ya no tenía miedo a las multas y estaba tranquilo.

Durante el invierno, circuló el rumor de que la barinia vendía sus tierras y que el dvornik del camino real quería comprarlas.

Esto impresionó dolorosamente a los mujiks.

—Si la tierra vuelve a manos del dvornik—se decían—aún nos va a tratar peor que la barinia.

(°) Mujer perteneciente a la nobleza.
(°°) Aproximadamente 121 hectáreas.

Los campesinos, representados por los jefes de cada familia, fueron en masa a suplicar a la señora que no vendiese sus tierras al dvornik, sino a ellos, que estaban dispuestos a pagarlas más caras. Consintió la barinia y los mujiks se concertaron para que la compra al efectuarse el *mir*. (°) Reuniéronse una, dos veces, y el asunto casi no se arreglaba porque el diablo los dividió y les era imposible llegar a un acuerdo. Por último, decidieron comprar cada uno su parte, en la medida de sus recursos, y también accedió a ello la barinia.

Pakhom supo que su vecino había comprado veinte deciatinas y que la barinia le había concedido que pagase por años la mitad del precio de las tierras, y esto excitó su envidia.

—Van a quedarse con toda la tierra—se dijo— y yo sin nada.

Entonces consultó a su mujer.

—Todo el mundo compra—le dijo—y es preciso que nosotros compremos también una decena de deciatinas, porque de otro modo no podríamos vivir; ese administrador nos ha arruinado a fuerza de multas.

Luego reflexionó acerca del modo de hacer la adquisición.

Tenía ahorrados cien rublos, y vendiendo el potro, la mitad de las abejas y colocando a su hijo como mozo de labranza en una granja, pudo reunir la mitad de la suma.

Pakhom tomó el dinero, escogió quince deciatinas de tierra con un pequeño bosque, y fué a casa de la barinia a cerrar el trato, dejando cierta cantidad como señal. Fué a la ciudad para hacer la escritura de venta, y en ella hizo constar que daba la mitad del importe al contado, y en cuanto al resto se comprometía a pagarlo en dos años. Con esto Pakhom fué dueño de aquella tierra.

Para comprar semillas, pidió dinero a su cuñado; pero tan bien se dió la cosecha, que en sólo un año pagó la deuda a la barinia y a su pariente, y quedó como verdadero propietario. Al fin trabajaba en terrenos de su exclusiva pertenencia, en sus entrañas clavaba la reja del arado, y en ellos la diestra mano del sembrador hacía caer la lluvia de grano, que la fecunda savia de la madre tierra había de devolver centuplicada, y también de sus tierras procedían los maderos y la leña que, próvido, su bosquecillo le brindaba.

Cuando Pakhom va a labrar su terruño, cuando mira cómo crece su trigo y cómo el verdor cubre sus prados, la alegría le transfigura y le parecen sus plantas diferentes de las que nacen en las ajenas fincas y sus flores más bellas que las que brotan en los demás campos. En otro tiempo, cuando aquello no era suyo, le pa-

(°) Mir es la asociación de jefes de familia que rige los asuntos de la agrupación rural; especie de Municipio.

recía que nada tenía de extraordinario; pero ahora, cada día descubre nuevas cualidades en sus tierras.

•

Así vivía Pakhom dichoso. Todo iba bien, cuando los mujiks comenzaron a entrarse por los trigos y los prados de Pakhom, y aun cuando él les rogaba que no lo hicieran, ellos continuaban sus intrusiones. Unas veces los pastores dejaban a las vacas entrar en los prados, otras eran los caballos los que arrollaban los trigos, y Pakhom se contentaba con echarlos y les perdonaba, sin querer llevar el asunto ante la justicia.

Acabó por enfadarse, y fué en queja al tribunal de la comarca, aun cuando sabía que los mujiks no lo hacían por mala voluntad, sino porque estaban estrechos.

—Si los perdono siempre—pensaba—, acabarán por comerse cuanto poseo. Es preciso asustarlos para que tengan cuidado.

Hizo, en efecto, un primer ejemplo, y luego un segundo, llevando ante el tribunal a otro mujik. Los campesinos colindantes a Pakhom se disgustaron contra él, y entonces enviaban exprofeso a sus ganados a pacer en las tierras de aquél. Una noche fué uno al bosquecillo y cortó una docena de tilos para aprovechar la corteza. Al atravesar la floresta, advierte Pakhom algo blanquecino por el suelo, se acerca, ve por tierra unos tilos descortezados. Sólo quedaban plantadas las raíces. ¡Y si todavía no hubiera cortado los árboles de la orilla! ¡Si al menos hubiese respetado alguno! Pero no; el salteador los había cortado todos.

Pakhom se indignó.

—¡Ah! decía—. Si yo supiera quién ha hecho ésto, no le quedarían ganas de volver.

Comienza a pensar y se le ocurre que no puede haber sido otro que Seman. Va al corral de éste; pero nada encuentra. Riñe con Seman y se persuade aun más de que éste es el autor de la fechoría. Le cita a juicio y el mujik es absuelto por falta de prueba.

Pakhom se irritó más y llegó a decir al *starschina* (°) y al juez:

—Estáis protegiendo a los ladrones. Si cumplierais con vuestro deber no absolveríais a esa gente.

Pakhom se enfadó también con sus vecinos, y éstos, al fin, acabaron por amenazarle con el incendio. Pakhom podía vivir en sus tierras con más holgura; pero mal visto por los mujiks, se sentía estrecho en aquella zona.

En estos momentos circuló el rumor de que el pueblo emigraba.

Yo—dijo Pakhom—no necesito abandonar mis tierras; pero si

(°) Especie de alcalde.

algunos de los nuestros se fueran, los demás tendríamos más espacio. Compraría su tierra, la añadiría a las mías, y viviría mejor, porque me encuentro muy apretado aquí.

Un día en que Pakhom estaba en su casa, entró en ella un transeunte que pidió hospitalidad.

Se le dejó que pasara allí la noche, se le dió de comer, y luego le preguntaron a dónde iba. El mujik repuso que venía de allá abajo, de las orillas del Volga. De hilo en ovillo, el mujik cuenta cómo su pueblo ha emigrado a aquellas tierras. Los suyos se han establecido allí, se han inscrito en el municipio y se les ha distribuído diez deciatinas por persona.

—Y la tierra es tan buena—dijo—, que cuando se siembra en ella centeno, nacen unas espigas con unos tallos tan altos y tan espesos, que cubren a los caballos. Cinco puñados de espigas forman un haz. Un mujik pobre, que llegó con sólo sus brazos, labra ahora cincuenta deciatinas de tierra de pan llevar. El año último vendió su trigo en cinco mil rublos.

Y Pakhom pensaba con el corazón lleno de entusiasmo.

¿Por qué he de vivir aquí, estrecho, cuando puedo estar mejor en otra parte? Yo vendería tierra y casa, y con el dinero que me produjeran, edificaría allá abajo y me establecería allí, mientras que quedarme aquí, donde me encuentro tan estrecho, es un pecado. Lo único que hace falta, es que yo vaya a informarme en persona.

Hacia el verano se preparó y partió. Hasta Samara descendió el Volga en un barco de vapor; luego recorrió cuatrocientos verstas a pie, y por fin llegó a donde se proponía. Era, en efecto, cierto lo que le habían dicho. Los mujiks viven allí cómodamente. El municipio, muy hospitalario, da a cada persona diez deciatinas de tierra, y el que llega con dinero, puede, además del terreno concedido, por cierto tiempo, comprar tierra a perpetuidad, a razón de tres rublos la deciatina, y aun eso tratándose de terrenos de primera y pudiendo, además, adquirir tantos como deseara.

Pakhom se informó de todo esto, volvió a su casa hacia el otoño y se dispuso a vender sus bienes. Realizó su tierra con ventaja, vendió su casa, su ganado, se hizo borrar de las listas municipales, aguardó a la primavera, y se fué con su familia hacia el nuevo país.

*

Llega Pakhom con su familia y se inscribe en una gran aldea, convida a beber a los antiguos, según costumbre, y se pone en regla. Se recibe a Pakhom en debida forma y se le conceden, por las cinco personas que constituyen su familia, cincuenta deciatinas de tierras en diferentes lotes, sin contar los pastos. Pakhom edificó su casa y compró ganado. Ahora posee, sólo en tierras concedidas, dos veces más de la que antes tenía. Sus terrenos son fértiles, su vida en

comparación de la que antes hacía, es diez veces mejor. Entre tierras de labor y de pastos, tiene tanto como quiere.

Al pronto, y mientras edificaba y hacía su instalación, todo le parecía hermoso; pero cuando hubo vivido allí algún tiempo, ya se le figuró mezquino. Deseaba, como los demás, sembrar trigo blanco, el trigo turco, y precisamente, de la tierra a propósito, tenía poca en sus dominios. El trigo blanco se siembra en tierra virgen, en donde crecen los tallos plumosos, o en tierra de barbecho. Se la cultiva un año o dos y se la deja de nuevo hasta que esté en condiciones de dar nueva cosecha. De la tierra ordinaria tenía de sobra; pero en ella no se daba más que el centeno, pues el trigo necesita tierra fuerte, muy solicitada por todos, y como escaseaba, se la disputaban con empeño. Los más ricos quieren labrarla por sí mismos, y los más pobres la venden para pagar sus contribuciones. El primer año, sembró Pakhom trigo viejo en sus tierras y se dió bien, pero deseaba sembrar mucho y la extensión no se lo permitía. Como las restantes no eran buenas para aquello, quería mejorar su posesión y para ello fué a casa de un comerciante, con objeto de tomarle en arriendo tierra por un año. Sembró más y se dió bien; pero el campo estaba lejos del pueblo, tanto que para llegar a él había que andar una quincena de verstas. Advirtió Pakhom, que en aquel país, los comerciantes y campesinos tenían casas de campo y se enriquecían.

—He aquí—pensaba—cómo estaría yo si hubiera podido comprar tierra a perpetuidad y edificar casa de campo. Tendría todos mis terrenos a la mano.

No dejaba de pensar en los medios de adquirir la tierra a perpetuidad.

Así vivió Pakhom cinco años. Arrendaba la tierra y sembraba el trigo, los años eran buenos, el trigo se daba bien y él ganaba dinero. No había más que continuar; pero le molestaba arrendar todos los años la tierra, porque dondequiera que había una buena, los demás acudían para tomarla, y si no llegaba a tiempo, no hubiera tenido donde sembrar. Alguna vez le ocurrió también, que después de haber arrendado un campo y haberle labrado, los mujiks reclamaron en justicia contra él y perdió todo el trabajo hecho. Si la tierra hubiera sido suya, todo hubiera ido perfectamente.

Pakhom se informa en dónde comprar tierra a perpetuidad y encuentra a un mujik que poseía quinientas deciatinas, se había arruinado y vendía barato. Pakhom habla con él, regatea, y al fin llegan a un acuerdo, vendiendo la propiedad, el primero, en mil quinientos rublos, pagaderos mitad al contado y mitad a plazos. Ya estaba cerrado el trato, cuando cierto día se detuvo en casa de Pakhom un negociante. para dar de comer a sus caballos. Le invitó a tomar té, hablaron, y el negociante refirió que venía del territorio de los Baschkirs. Allí, decía, había comprado cinco mil deciatinas, y sólo le ha-

bían costado mil rublos. Pakhom preguntaba y el negociante respondía.

—Para esto no he tenido que hacer más—añadió el comerciante—, que halagar a los que se hallan establecidos en el país. Les regalé vestidos y tapices, por valor de cierta cantidad de rublos, una caja de té, y ofrecí de beber a todo el que quisiera. Entonces pude comprar a razón de veinte copeks la deciatina. Al decir esto, enseñaba el contrato de venta.

—La tierra—continuó—está situada al lado de un riachuelo, y por todas partes crecen los dorados tallos del trigo.

Pakhom no se cansaba de preguntar los más minuciosos detalles de todo.

—Hay tierra—decía el negociante—en tal extensión, que no es posible recorrer su contorno ni aun andando durante un año. Todo aquello es de los Baschkirs, que son inocentes como corderos; se podría adquirir sus tierras, hasta de balde.

—¡Ah!— se dijo Pakhom— ¿Para qué comprar, con los mil rublos que poseo, quinientas deciatinas y quedar aún debiendo, mientras que con el mismo dinero podré comprar, Dios sabe cuánto?

*

Se enteró Pakhom del camino que había que seguir para llegar a aquellas tierras, y en cuanto hubo despedido al negociante, hizo sus preparativos de marcha. Dejó la casa al cuidado de su esposa, y partió con su criado.

Fueron, por de pronto, a la ciudad a comprar una caja de té, regalos, vino y todo lo que el negociante le había dicho. Luego se pusieron en marcha, y habían recorrido ya quinientas verstas, cuando al séptimo día llegaban a un campamento de baschkirs. Todo era, en efecto, tal y como el negociante lo dijera. Las baschkirs viven en la estepa, cerca del arroyuelo, bajo las tiendas de tela de lana. No cultivan la tierra ni comen pan, y pasan la vida recorriendo la estepa con sus caballos y sus rebaños.

Detrás de las tiendas están atados los potros, y se les lleva a sus madres, dos veces al día. Se ordeña a las yeguas, y de su leche se hace el kumis. Las mujeres baten el kumis y hacen queso. Los baschkirs no saben más que beber kumis y té, comer carne de carnero y tocar la flauta. Todos están robustos, alegres, y pasan el verano en continua fiesta. Este pueblo es en absoluto ignorante, no conoce el ruso: mas, a pesar de su ignorancia, es afable y hospitalario.

A la vista de Pakhom, los baschkirs salieron de sus tiendas y rodearon al recién venido. Había entre ellos un intérprete, y por medio de él, les hizo saber Pakhom que venía para adquirir tierras. Los baschkirs le festejaron y le alojaron en una bonita tienda de campaña. Instaláronle sobre blandos tapices, le cubrieron de edre-

dones de pluma y le invitaron a tomar té y kumis. Se sacrificó un carnero y con su tierna carne agasajaron al recién llegado.

Pakhom sacó de su carro los regalos que traía y los distribuyó entre sus huéspedes. Estos, locos de contento, charlaban entre sí; luego ordenaron al intérprete que tradujera lo que decían.

—Me mandan decirte—exclamó el intérprete—que te han tomado afecto y que tenemos por costumbre tratar a un huésped lo mejor que podemos y devolver regalo por regalo. Tú nos has obsequiado con presentes y ahora vas a decirnos lo que deseas, para que nosotros te lo demos en cambio.

—Lo que más me agrada—repuso Pakhom—es vuestra tierra. En nuestro país no estamos bien, porque hay poca y está agotada, mientras que aquí tenéis mucha y buena. Jamás he visto ninguna semejante.

El intérprete tradujo lo dicho por el mujik, los baschkirs volvieron a conversar entre ellos, y aunque Pakhom no entendió lo que decían, vió que estaban contentos, que gritaban no sé qué y reían como descosidos. Luego callaron, volvieron a mirar a Pakhom y el intérprete dijo:

—Me encargan te manifieste que por tu generosidad se te dará con gusto tanta tierra como quieras. No tienes más que señalar con el dedo la que desees y será tuya.

Volvieron aquellas gentes a hablar entre sí y a discutir, y Pakhom preguntó de qué trataban, a lo cual repuso el intérprete:

—Dicen unos que hay que dar conocimiento de esto al starschina, porque sin su intervención no es posible hacer la cesión, y otros aseguran que puede presindirse de él.

•

Mientras los baschkirs discutían, apareció de pronto un hombre con gorra de piel de zorro. Todos enmudecieron y se levantaron.

—Ese es el starschin —dijo el intérprete.

Pakhom cogió en el acto su más bello traje y se lo ofreció al jefe baschkir, en unión de cinco libras de té. Aceptó el starschina y se colocó en primera fila. Inmediatamente los baschkirs le sometieron el asunto y él escuchó sonriente, y luego dijo:

—Pues bien, será como tú deseas. Aquí hay mucha tierra y puedes elegir la que tú quieras.

—¿Cómo podría tomar toda la que deseo?—se preguntaba Pakhom—. Es preciso que se me conceda en debida forma, porque si no me dirán: "esto es tuyo" y luego me lo quitarán.

Movido por esta idea, dijo al starschina:

—Os agradezco vuestras amables frases. Vosotros tenéis terrenos de sobra y yo no necesito muchos. Se trata solamente de saber qué tierras serán mías y para ello es preciso, de un modo o de otro,

marcar sus límites y regularizar la cesión, porque todos somos mortales. Vosotros, buenas gentes, las dáis, pero puede suceder que vuestros hijos las quiten.

El starschina se echó a reir.

—¡Como quieras!— dijo—. Lo haremos de manera que no haya nada tan en regla.

—Y Pakhom añadió:

—He oído decir que ha venido hasta aquí un negociante y que le habéis vendido terreno por medio de un contrato; pues bien, me daréis a mí otro. El starschina comprendió lo que Pakhom quería.

¡Conformes!— dijo—. Tenemos un *pissar;* (°) iremos a la ciudad, levantaremos acta y se pondrán en ella los sellos necesarios.

—¿Y cuál será el precio?—preguntó el mujik.

—Nuestro precio es único: mil rublos por jornada.

Pakhom no entendió aquella manera de medir la tierra.

—Y ¿cuántas deciatinas hará la jornada?

—No podemos precisarlo; pero nosotros lo que vendemos es una jornada de tierra. Todo lo que abarques marchando durante una jornada, será tuyo, y el precio de ello será mil rublos.

—¡Pero en un día—dijo Pakhom sorprendido—se puede rodear mucha tierra!

El starschina se echó a reir.

—Pues toda será tuya—repuso—; pero con una condición: si no vuelves en una jornada al punto de partida, pierdes tu dinero.

—Y ¿cómo poner jalones por los puntos donde pase?

—Nos colocaremos en el sitio que te plazca y allí permaneceremos mientras tú das la vuelta. Nuestros criados te seguirán a caballo, y allí en donde tú ordenes, plantarán jalones, y luego, de un jalón a otro, trazaremos un surco con el arado. Puedes hacer el recorrido tan grande como quieras, pero ten presente que has de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Todo lo que encierres en tu carrera será tuyo.

Pakhom se avino a ello, y se decidió que la partida comenzase al alba siguiente. Se habló todavía un poco, se bebió kumis, se cenó carne de carnero y se volvió a tomar té.

Dieron a Pakhom un colchón de pluma, y luego los baschkirs se retiraron, después de haber prometido reunirse al día siguiente, al amanecer, y marchar al sitio convenido antes de la salida del sol.

•

Se acostó Pakhom sobre el colchón de pluma, pero no pudo dormir. Tenía siempre lo de la tierra en la imaginación.

(°) Especie de notario.

—¡Lo que he conseguido!— pensaba—. Voy a tener mañana un hermoso dominio, porque en una jornada puedo muy cómodamente andar cincuenta verstas, ya que el día, en esta estación, es tan largo como el año. Cincuenta verstas de perímetro harán seguramente unas diez mil deciatinas. Ahora sí que no tendré que inclinarme ante nadie. Ya me procuraré bueyes para dos arados y además tomaré mozos. Cultivaré la parte que me plazca y sobre el resto dejaré pacer el ganado.

En estas cavilaciones pasó la noche y hasta poco antes del alba no quedó medio dormido, y apenas comenzó a adormecerse cuando tuvo un ensueño.

Se vió acostado bajo la tienda en que estaba y oyó que alguien reía hasta desternillarse. Queriendo saber quién era el que de aquel modo tan estruendoso manifestaba su regocijo, se levanta, sale de la tienda y ve al propio starschina de los baschkirs sujetándose el vientre con ambas manos y riendo a mandíbula batiente. Se aproxima y pregunta: "¿De qué te ríes?" Entonces ve que aquel hombre no es ya el starschina baschkir, sino el negociante que fué a su casa a hablarle de las tierras, y tampoco era el negociante, sino el mujik que primero fué a verle. Y, por último, advierte Pakhom, que tampoco es el mujik, sino el diablo en persona, son sus cuernos y sus pies de cabra, riendo a más no poder y mirando atentamente algo. Y entonces piensa Pakhom: "¿qué mirará? ¿de qué se ríe?" Va de aquel lado para ver lo que era, y se encuentra un hombre tendido, con los pies desnudos, en camisa y calzoncillos, boca arriba y blanco como la nieve. Fija su vista Pakhom en el muerto y ve que es él mismo: en aquel momento lanza una exclamación y se despierta.

Al despertarse piensa: "¡Quién hace caso de sueños!" Se vuelve de otro lado y ve que comienza a clarear.

—Hay que despertar a los demás y partir—se dice.

Y Pakhom se levanta, llama a su criado, le da orden de enganchar y va a despertar a los baschkirs.

Estos se levantan, se reúnen, acude el starschina y se pone a beber kumis. Ofrecieron té a Pakhom; pero éste no quiso entretenerse.

—Puesto que hay que partir, partamos— dijo—. Ya es hora.

Reuniéronse los baschkirs, montaron unos a caballo y otros en carro, y partieron. Llegaron a la estepa y la aurora comenzaba a apuntar, cuando subieron a una pequeña colina. Los baschkirs se apearon de sus carros y se reunieron en un solo grupo. El starschina se acercó a Pakhom y mostrándole con la mano el país, le dijo:

—Todo cuanto la vista alcanza nos pertenece. Escoge, pues, la parte que más te convenga.

Brillaron los ojos de Pakhom. Toda la tierra estaba cubierta de tallos, llana como la palma de la mano, negra como la semilla de

la adormidera, y hasta las ramblas estaban cubiertas de hierbas diferentes, pero altas hasta el pecho.

El starschina se quitó la gorra de piel de zorra y la puso sobre lo más alto de la colina.

—Este—dijo—será el punto de partida. Tu criado va a quedarse aquí. Deposita el dinero. Vuelve, y aquello que hayas abarcado en tu carrera te pertenecerá.

Sacó Pakhom el dinero, le puso en la gorra del starschina, se quitó el caftán y no conservó más que el *poddiovka* o túnica ligera. Se ciñó fuertemente el cinturón, tomó un saquito con pan, ató al cinturón una botella de agua, se estiró las botas y se dispuso a partir. Estaba indeciso acerca de la dirección que había de tomar; pero como por todos lados la tierra era buena, se dijo:

—Puesto que por todas partes la tierra es igual, iré del lado de donde salga el sol.

Se colocó entonces en la dirección del Oriente y esperó la salida del astro del día. En tanto pensaba lo siguiente:

—No hay que perder tiempo: con el fresco la marcha es más fácil.

Los baschkirs, a caballo, estaban preparados para seguirle. En cuanto el borde del astro rey asomó por el horizonte, echó a andar Pakhom y penetró en la estepa seguido de los jinetes.

Iba el mujik con paso igual, ni lento ni rápido. Recorrió una versta, dijo que pusieran un jalón y continuó su camino. Cuando empezó a animarse aceleró la marcha. Después de haber andado algún tiempo, ordenó que pusieran otro jalón. Pakhom se volvió y pudo ver perfectamente la colina y en ella reunidos a los baschkirs.

Calculó el mujik que ya había recorrido cinco verstas, y como estaba sofocado, se quitó la túnica, se ciñó nuevamente el cinturón y continuó andando. Franqueó otras cinco verstas; hacía calor, miró al sol y vió que era la hora del almuerzo.

—Ya he hecho—se dijo—una cuarta parte de la jornada y como me quedan tres aún, no me parece tiempo de volver. Pero voy a quitarme las botas.

Se sentó, se quedó descalzo y prosiguió su camino. Iba muy animado pensando:

—Voy a andar todavía cinco verstas en línea recta y torceré a la izquierda. El sitio es admirable y cuanto más avanzo es mejor.

Siguió, pues, todo derecho: se volvió y apenas pudo ya columbrar la colina. Las gentes que en ella había, le parecían insectos.

—Ahora—se dijo Pakhom—ya es tiempo de volver de este lado. Ya he tomado bastante tierra.

Estaba bañado en sudor y sentía una sed abrasadora. Pakhom se puso la botella en los labios y bebió sin detenerse. Ordenó que pusieran otro jalón y dió vuelta a la izquierda. La yerba era alta,

el calor sofocante y Pakhom comenzaba a fatigarse. Miró al sol y vió que era llegado el momento de comer.

—Pues nada—se dijo—hay que descansar.

Se detuvo el ambicioso, comió un poco de pan; pero no se sentó.

—Si me siento—se dijo—acabaré por acostarme y quedarme dormido.

Se detuvo un momento, respiró y siguió la marcha. La comida le había devuelto las gastadas fuerzas y comenzó a caminar a paso acelerado; pero hacía mucho calor y le invadía el sueño. Pakhom estaba rendido, pero se decía:

—Es una hora de sufrimiento a cambio de un siglo de buena vida.

Aún marchó de aquel lado durante unas diez verstas; iba a volver a la izquierda, cuando vió una fresca cañada.

—Sería lástima—pensó—dejarla fuera. Aquí se dará bien el lino.

Y continuó marchando en línea recta abarcando la cañada en la cual plantó un jalón e hizo un segundo ángulo, volviéndose hacia la colina. Apenas se distinguía la gente que había en ella. Debía distar de allí lo menos quince verstas.

—He alargado en exceso los dos primeros lados—pensó—y es preciso que éste sea más corto.

Recorrió el tercer lado apretando el paso. Miró al sol y le vió próximo a declinar. No había más que dos verstas del tercer lado y la meta se hallaba aún a quince.

—Mi finca no va a ser regular—pensaba—, pues hay que ir derecho al límite porque ya tengo bastante tierra.

Y Pakhom marchó derecho a la colina.

*

El mujik se dirige al punto de partida; pero está rendido. Los pies no le dejan andar. Los lleva destrozados y siente que le flaquean las piernas. Descansaría de buena gana un poco; pero no puede si ha de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Y éste no espera; al contrario, parece que alguien le empuja hacia el límite del horizonte.

—¡Ay de mí!— pensó Pakhom—tal vez me he equivocado abarcando demasiado terreno. ¿Qué va a ser de mí si no llego a tiempo? ¡Qué lejos está aún y que fatigado estoy! Con tal que no haya perdido en vano mi dinero y mi trabajo. Hay que hacer lo imposible.

Pakhom echa a correr, destrozándose los pies hasta saltarse la sangre, pero sigue trotando. Corre, corre, pero aún está lejos. Tira su túnica, sus botas, su botella y su gorro.

—¡Ay!—pensaba—he sido demasiado ambicioso y he perdido esta ocasión. No podré llegar antes de la puesta del sol.

Y de miedo se le cortó la respiración. Siguió corriendo el ambicioso; el sudor pega a su piel el vestido, tiene la boca seca; su pecho se levanta como un fuelle de fragua, su corazón golpea como un martillo contra su pecho, y no siente ya los pies.

Vacila. Ya no piensa en las tierras, sino en no morir de cansancio. Tiene miedo a la muerte; pero no se puede detener.

—He corrido ya tanto—se decía—que si ahora me detengo, van a tratarme de idiota.

Oye a los baschkirs silbar y gritar. Al oír estos gritos su corazón se inflama aun más, sigue corriendo y gasta sus últimas energías. El sol parece que se oculta a propósito y, sin embargo, el final de la carrera ya no está lejos. Pakhom ve ya a las gentes que hay en la colina. Se le hace señas con la mano para que apresure. Ve también en el suelo la gorra con el dinero y al starschina sentado en tierra, apretándose el vientre con las manos. Pakhom recuerda su sueño.

—He cogido mucha tierra—se dijo—. ¿Me permitirá Dios que viva? Creo que me he perdido yo mismo.

Continúa corriendo. Mira al sol y le ve rojo, agrandado; se acerca al límite de la tierra, ya su borde se oculta tras la estepa.

—¡Ay!—exclama Pakhom—. Creo que todo está perdido—; pero recuerda que si de abajo no ve ya el sol, el astro aún no se ha ocultado para los que están en lo alto de la colina.

Sube rápidamente, ve la gorra, ¡hela aquí! da un mal paso, cae, y con la mano alcanza el birrete del starschina.

—¡Bravo! ¡valiente!—exclama éste: —¡te has ganado mucha tierra!

El criado de Pakhom acude y quiere levantar a su amo; pero ve que la sangre fluye de su boca. Está muerto. El starschina incorporándose prorrumpe en carcajadas y se sujeta el vientre con ambas manos... se levanta, coge del suelo un azadón y se lo da al criado.

—Toma—dice—; entiérrale.

Todos los baschkirs se levantaron y se fueron.

Quedó sólo el criado y abrió para Pakhom una fosa de la longitud justa del cadáver: tres archinas de la cabeza a los pies, y allí lo enterró.

Conocimientos Prácticos

CARTAS SOBRE EL IMPUESTO UNICO

POR LEON TOLSTOI

EDIS mi parecer respecto a la *actividad* (°) de Enrique George y su sistema del impuesto único; helo aquí:

La humanidad progresa sin cesar en el sentido del desarrollo de su conciencia y el establecimiento de las formas de la vida correspondientes a esa conciencia modificable. Por eso en cada período de la vida de la humanidad se observa, por una parte, el proceso del desarrollo de la conciencia, y por otra el de la realización en la vida de lo que está iluminado por la conciencia.

A fines del siglo XVIII, y a principios del XIX, surgió en la humanidad cristiana la luz de la conciencia con relación al orden de los obreros sometidos a diversas formas de la esclavitud y el proceso del establecimiento de nuevas formas en la vida correspondientes a la conciencia modificada: la abrogación de la esclavitud y su substitución por un trabajo de libre contrato.

Actualmente se desarrolla el proceso de la *iluminación* de la conciencia de los hombres con relación al disfrute de la tierra, y me parece que muy pronto debe florecer el de la realización de esa conciencia en la vida.

Y en esta iluminación de la conciencia con relación al disfrute de la tierra, así como en la realización de esa conciencia, principal problema de nuestro tiempo, el *pioneer* y caudillo del movimiento ha sido Enrique George. Su importancia es considerable y de primer orden. Con sus hermosos libros ha contribuído al desarrollo de la conciencia de los hombres, llevando esta cuestión al terreno de la práctica.

Pero durante la abrogación del execrable derecho de propiedad, se produce lo mismo que ocurrió, según mis recuerdos, durante la abolición de la esclavitud. El gobierno y las clases dominantes, conocedores de que la cuestión de la tierra está íntimamente enlazada con su ventajosa situación en la sociedad, fingen el mayor celo por el interés de los pueblos, fundan cajas obreras, nombran

(°) Actividad equivale aquí a modo de acción.

inspectores del trabajo, crean impuestos sobre la renta, llegan al extremo de establecer la jornada de ocho horas, pero nada dicen de la cuestión territorial, y con ayuda de su ciencia mentirosa que demuestra todo lo que es ventajoso para ellos, afirman que la expropiación territorial es inútil, perjudicial y aun imposible, y ocurre lo mismo que en tiempo de la esclavitud.

Los hombres de principios del siglo XIX y fines del XVIII conocen que la esclavitud es un anacronismo horrible y que subleva el ánimo. Pero la pseudo religión y la pseudo ciencia demostraban que en la esclavitud no hay nada malo, que era un mal necesario que no había llegado la hora de abolir. Ahora ocurre lo mismo con la propiedad territorial. De igual modo la pseudo religión y la pseudo ciencia prueban que en la propiedad territorial no hay nada malo y que no es necesario destruirla.

Creemos que debiera ser evidente para todo hombre instruído de nuestra época, que el derecho exclusivo a la tierra, ejercido por los hombres que no la cultivan y que privan de ella a centenares y millares de familias pobres, constituye un hecho tan cruel y odioso como la posesión de esclavos, y no obstante vemos que los que se llaman instruídos y refinados autócratas, ingleses, austriacos, prusianos, rusos, que gozan de ese derecho cruel e inicuo, no sólo no se avergüenzan de semejante posesión, sino que están orgullosos de ella.

La religión la bendice y la ciencia político-económica prueba que debe ser así para el mejor bien de los hombres.

El mérito de Enrique George consiste no sólo en haber destruído todos esos sofismas por los que la religión y la ciencia justificaban la propiedad, sino también en haber llevado la cuestión a tal grado de claridad que ya no cabe negar la injusticia más que tapándose los oídos. Tiene además el mérito de haber dado una respuesta precisa y directa a los motivos comúnmente invocados por los enemigos de todo progreso y que consisten en que las exigencias del progreso son ensueños no ya prácticos, sino irrealizables.

El proyecto de Enrique George destruye ese error planteando la cuestión de tal modo, que con poco trabajo podría un comité reunirse para discutir el proyecto y convertirlo en ley. En Rusia, por ejemplo, la discusión de la cuestión de compra de la tierra o de su expropiación gratuita por la nacionalización, podría empezar en seguida y ser con diversas peripecias resuelta, como lo fué hace treinta y tres años la cuestión de la emancipación de los siervos.

Aparece evidente no sólo la necesidad de un campo de situación, sino también su posibilidad (cabe introducir cambios y mo-

dificaciones en el sistema de *single tax*, pero la idea principal es realizable); y los hombres no quieren realizar aquello que comprenden. Es necesario que la idea se convierta en opinión pública y para esto debemos propagarla y engrandecerla. Como lo hacéis así, os envío la expresión de mi simpatía y os deseo un buen éxito.

El proyecto de Enrique George consiste en lo siguiente: Las ventajas y las comodidades del disfrute de la tierra no son iguales en todas partes, y como siempre habrá muchos aficionados a las tierras más fértiles, más cómodas y contiguas a los sitios bien poblados, y como este número aumentará a medida que sean mejores y más productivas las tierras, será necesario apreciarlas según sus ventajas: lo más ventajoso es lo más caro; lo menos ventajoso, más barato, y a menos ventaja mayor baratura. Y la tierra que no tenga muchos aficionados no será apreciada y se concederá gratis a los que quieran cultivarla personalmente.

Así estimada la tierra, sucederá que entre nosotros, por ejemplo, en la provincia de Tula, la tierra ventajosa y fértil será valuada en cinco o seis rublos la deciatina; las huertas en los alrededores de las ciudades, en diez rublos la deciatina; el campo de trigo, en quince rublos, etc. En las ciudades la tierra valdrá quinientos rublos la deciatina, y en Moscou o en Petersburgo, en buen paraje o cerca de los puertos de los grandes ríos, algunos millares o quizás algunas decenas de millares de rublos la deciatina. Al justipreciar de esta manera toda la tierra del Estado, Enrique George propone declarar por medio de una ley que a partir de determinada fecha la tierra ya no pertenecerá a los particulares, sino al Estado, a todo el pueblo, y que aquellos que poseen la tierra deben pagar por ella al Estado, es decir, a todo el pueblo, el precio en que se ha valuado la tierra; las cantidades obtenidas se emplearán en obras sociales y substituirán a todos los impuestos y gabelas interiores, exteriores y arancelarios. Según este proyecto el propietario que posee en la actualidad 2,000 deciatinas podrá seguir poseyéndolas, mas para esto deberá entregar al Tesoro, en Tula, de 12,000 a 13,000 rublos por año, porque tendrá tierras de pan llevar y verjeles. Pero como ningún propietario podrá soportar tal pago, renunciará a la tierra. Y en la misma comarca, el aldeano de Tula pagará unos dos rublos por deciatina—lo que paga en la actualidad—y dispondrá en torno suyo de tierra libre que podrá tomar por cinco o seis rublos; y además, no sólo no pagará ningún impuesto, sino que tendrá todos los productos que le son necesarios, rusos o extranjeros, sin derechos de aduanas. En las ciudades los propietarios de las casas y de las fábricas continuarán poseyendo sus bienes, pero tendrán que pagar al Tesoro según el justiprecio de los terrenos que ocupen.

He aquí las ventajas de ese estado de cosas:

1.° Que no habrá hombres privados de la posibilidad de gozar de la tierra.

2.° Que no habrá gentes ociosas que posean la tierra y obliguen a otros hombres a trabajar por ellos en cambio del derecho de disfrute de la tierra.

3.° Que la tierra estará en poder de aquellos que trabajan y no en poder de aquellos que no trabajan.

4.° Que los hombres del pueblo que puedan trabajar la tierra cesarán de contratarse como obreros en los talleres o criados en las ciudades, y se dispersarán por la campiña.

5.° Que ya no habrá inspectores ni cobradores de impuestos en los talleres, fábricas y demás establecimientos, ni aduanas, y que sólo se cobrará el impuesto de la tierra que no se puede ocultar y para la que es fácil comprobar los impuestos.

6.° Los hombres que no trabajan se librarán del pecado de gozar del trabajo ajeno, pecado del que no siempre son culpables, puesto que desde la infancia se han criado en la ociosidad y no pueden trabajar. Se librarán del pecado y además de todas las mentiras inventadas para justificarlo. Los obreros se librarán de las seducciones del pecado de la envidia, la ira y el despecho, contra los hombres que no trabajan. Y así desaparecerá una de las causas de la división de los hombres.

EL EJERCICIO

A actividad es una de las manifestaciones de la vida y una vida más larga es el premio de la actividad. La inmovilidad es la precursora de la muerte.

Esta ley de la vida ès la misma para el funcionamiento de todos los órganos del cuerpo. Los músculos que se usan poco, se debilitan; los dientes que no trabajan, se pudren; los ojos que se ejercitan poco, pierden la fuerza; y otro tanto puede decirse de todos los demás órganos del cuerpo. Cumplen sus funciones respectivas con una fuerza que está en proporción directa al ejercicio que les corresponde. La causa principal de las debilidades y enfermedades es debida a la inactividad; la sangre se entorpece y deja de cumplir con sus funciones, que consisten ante todo, en quitar las materias gastadas y destruídas, provenientes de los órganos, músculos y huesos del cuerpo, y además en reconstruir con materiales nuevos y mejores, lo que se desgastó. Es imposible que la sangre haga este trabajo, si los pulmones no reciben aire puro y fresco y el cuerpo buen alimento; luego, el régimen de la vida debe ser tal, que la sangre corra vigorosamente hasta las últimas extremidades del cuerpo y pueda cumplir con su tarea de renovar constantemente el organismo.

El valor de un ejercicio regular e inteligente no puede ponderarse. Es la ley de la existencia para toda cosa viviente.

LA MEJOR HORA PARA HACER EJERCICIO

El ejercicio es bueno a todas horas del día, con la sola excepción de que no debe hacerse ejercicio violento inmediatamente después de la comida; y en verdad, el ejercicio violento no puede recomendarse a ninguna hora. Si la gente ocupada se atiene a la creencia necia de que el ejercicio debe hacerse sólo a determinadas horas del día, es muy posible que esa hora se ocupe en algún otro trabajo y entonces de hecho se abandona el ejercicio, como en el caso del filósofo perezoso, quien argüía que no era higiénico hacer ejercicio entre comida y comida.

La tendencia natural entre muchas personas y sobre todo entre los que trabajan con el cerebro, es tener pereza cuando se trata de hacer ejercicio. Mucha razón tenía aquel filósofo chino, que cuan-

do le preguntaron: ¿En qué se parecen todas las naciones? contestó: "Todas son igualmente perezosas." A medida que los venenos se acumulan en el sistema, aumenta la inclinación a la pereza.

El ejercicio diario debe ser constante. Puede requerir bastante valor moral y determinación para hacer a un lado el deseo sordo e inexplicable de estar quieto; pero tiene que hacerse uno el ánimo de tomar algún ejercicio diariamente, si se quiere estar bien y ser fuerte. Una vigorosa caminata en la mañana, media hora de trabajo en el jardín; ir a pie a la oficina en vez de tomar el tranvía; una gimnasia ligera por unos momentos en la oficina, durante las horas de trabajo; una vigorosa ablución de cara y de manos, cuando se siente el cansancio de un trabajo excesivo; algún juego afuera con los niños, al volver a la casa por la tarde; ejercicios de respiración profunda a cualquier hora del día, todos estos medios pueden aprovecharse para hacer ejercicio sin perder casi nada de tiempo. Debemos someternos a una regla de ejercicio suficiente y que asegure una buena transpiración.

LA MEJOR CLASE DE EJERCICIO

Afortunadamente el ejercicio más provechoso es el trabajo físico, útil e interesante a la vez. Lo que vamos a decir sobre este particular, se refiere principalmente a los sedentarios y a los que trabajan con el cerebro. Los trabajadores endurecidos en sus quehaceres materiales, hacen bastante ejercicio y para ellos la cuestión del descanso es la de mayor importancia. El ejercicio que se toma como tal, es sin duda benéfico, pero la faena útil y el juego gozoso, son lo mejor que hay para la mente y para el cuerpo.

EL TRABAJO EN EL JARDIN, ASERRAR MADERA, ETC.

No hay ejercicio mejor para el hombre o la mujer, para los niños y las niñas, que los quehaceres domésticos; la jardinería, cortar madera con el serrucho o el hacha, cuidar los animales domésticos y hacer otros trabajos caseros, sencillos e interesantes. Se ha dicho que nadie sabe cuán dulce es el sabor de las habas y los nabos, hasta que uno mismo los ha sembrado y cuidado con sus propias manos. Toda persona que esté encerrada en la oficina debe tener, siempre que sea posible, un jardín y trabajar en él una o dos horas diarias. El ejercicio de aserrar madera es excelente para todos los músculos del cuerpo. Se cuenta de un afamado poeta, que en sus últimos días, cuando sufría de una enfermedad mortal, alargó su vida por varios meses, comprando un caballo y cuidándolo. La persona débil y anciana que no pueda hacer trabajos pesados, puede beneficiarse mucho en esas faenas sencillas y gratas.

Estos ejercicios al aire libre son de tanto provecho para la mujer como para el hombre y los niños. Las amas de casa deben pasar cuando menos una hora diaria trabajando al sol, cultivando flores y verduras o entreteniéndose en alguna otra faena ligera, al aire libre. No hay mejor ejercicio para los niños que cortar leña, rastrillar la tierra, lavar los platos y otras muchas cosas tan útiles como benéficas para la salud y mil veces mejores que la ociosidad.

EL EJERCICIO A PIE

No hay ejercicio que valga tanto como el de caminar a pie. Se dice de un famoso estadista inglés que caminaba diariamente legua y media. Si se tiene el cuerpo en una postura erguida, si se respira fuerte y desahogadamente y si los movimientos son vigorosos y enérgicos, el ejercicio resultará benéfico. Poco provecho se saca caminando perezosamente.

Que esté la cabeza bien erguida, la barba metida para dar un aire de dignidad. Piénsese en un punto encima de la cabeza, como a unos dieciocho centímetros detrás de la frente, dándose un estirón de cabello, si fuere necesario para fijar el punto en la mente. Téngase la cabeza y el cuerpo como si se tratara de levantar ese punto lo más alto posible. Aunque no se piense en los hombros, los brazos, el pecho, el cuello y la barba, si se piensa sólo en ese punto de la cabeza, todos los miembros del cuerpo tomarán una posición correcta y fácil.

RESPIRESE HONDAMENTE AL CAMINAR

Las caminatas deben de ser una oportunidad para dilatar el pecho y los pulmones y para alimentar la sangre con aire puro y fresco. La respiración honda es un ejercicio inmejorable. Al andar se debe respirar de lo hondo del pecho, parándose de vez en cuando, y haciéndolo con empeño. Por muy ocupado que esté uno, se puede practicar la respiración a todas las horas del día; esto avivará la circulación, aumentará la vitalidad, dará calor al cuerpo e impedirá los resfríos.

EL EJERCICIO DE REMAR

Es muy natural que cualquier forma de ejercicio agradable, tomado al aire libre y al sol, sea benéfico para la salud. Además de los beneficios físicos que se obtienen del ejercicio mismo y también el descanso del pensamiento, hay una renovación y estímulo para el ánimo, que a su vez da fuerza y vigor. El íntimo contacto con la naturaleza causa además un sentimiento de calma, bienestar y

descanso, que da temple a los nervios desequilibrados y cansados.

El ejercicio de remar es sobre todo un buen entretenimiento para dar fuerza y vida nuevas. Es inmejorable para todo el cuerpo, pues pone en acción gran número de músculos, principalmente los de los brazos, la espalda y el pecho. Muy frecuentemente el abuso del ejercicio en las carreras, anula todos los beneficios.

LA NATACION

La natación es uno de los mejores ejercicios. Casi todos los músculos se ponen en juego. Los músculos de la espalda sirven para tener la cabeza fuera del agua. De ahí sigue naturalmente que el ejercicio de la natación da un porte correcto y airoso. También corrige el defecto de la espalda encorvada. La respiración se mejora mucho, porque los pulmones toman más aire que de costumbre y se ensanchan lo más posible. Se estimula la circulación y todo el cuerpo se vigoriza. Los músculos, tanto de los brazos como de las piernas, se ejercitan activamente y el pecho se ensancha.

Todos los músculos de la respiración se ponen en juego. La presión del agua sobre el pecho es mayor que la presión del aire, así es que esta resistencia extra, tiene que vencerse. La respiración debe corresponder a los movimientos del nadador. Cuando las piernas se extienden se expira el aire; al encoger las piernas, vuelven los pulmones a tomarlo.

"No debe uno apresurarse nunca al nadar, pues así se gasta mucha fuerza con muy poca ventaja y no llega uno a su destino más pronto que cuando se dan las brazadas tranquilas y regulares.

"Además de nadar sobre el pecho, puede aprenderse a nadar de espalda o de lado. De espalda no se cansa uno tanto como cuando se nada de pecho; pero no se avanza tan rápidamente. Las piernas se ejercitan más cuando se nada de lado. Cuando se quiere descansar, no hay más que voltearse de espalda y quedarse flotando. Esta es la cosa más sencilla que se puede hacer en el agua.

"Conviene observar las siguientes precauciones:

"Nunca se debe nadar ni inmediatamente antes, ni después de comer. Que haya un intervalo de hora y media antes o después de la comida.

"Mientras no se sea un nadador experto, no se debe nadar nunca alejándose de la playa.

"Más vale quedarse poco tiempo en el agua que permanecer en ella demasiado.

"Nunca debe uno tratar de nadar cuando esté cansado.

"Al sentirse con frío, no debe uno quedarse en el agua.

"Después del baño y antes de vestirse conviene correr un poco."

LA GIMNASIA PESADA

Los médicos no recomiendan la gimnasia pesada más que en el caso de que se la ejecute con mucho cuidado. Los ejercicios de gimnasia ligera son mucho más apropiados para dar una forma simétrica a todas las partes del cuerpo. Los ejercicios demasiado fuertes, cansan, destruyen los músculos y son frecuentemente un verdadero peligro para la vida.

Los ejercicios deben ser siempre proporcionados a las fuerzas del individuo. Si pasan de ese límite, pronto se resienten. Entonces la cantidad de nutrición que recibe el cuerpo no corresponde a lo que ha gastado y sobreviene el decaimiento. Evítense los dos extremos, la falta de ejercicio y el exceso de ejercicio. Es preferible hacer el ejercicio frecuente y moderado hasta que la acción más enérgica de los nervios y de los vasos sanguíneos se haga permanente. Llegando a este punto, la nutrición que recibe el cuerpo excede a los desgastes y los órganos ganan en fuerza, grosor y actividad; pero si el ejercicio es excesivo, al grado de cansar y agotar la fuerza vital, entonces el desgaste orgánico excede a la nutrición.

Un ligero ejercicio físico, hecho con inteligencia y con oportunidad, es mucho mejor para el desarrollo simétrico del cuerpo que la gimnasia fuerte. El descubrimiento de esta verdad importante han causado el desarrollo, en los últimos años, de varios sistemas excelentes de cultura física.

(De *Salud y Hogar.*)

LA REPUBLICA ARGENTINA

A República Argentina, es un Estado de la América meridional, que confina al Norte, con las repúblicas de Bolivia, Paraguay y Brasil; al Este, con Paraguay, Brasil, Uruguay y el Océano Atlántico; al Sur, con los dos océanos, puesto que la zona oriental de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, son territorios de la República. y al Oeste, con la cordillera de los Andes. Argentina ocupa una superficie de 3.027,088 kilómetros cuadrados, de modo que es, después del Brasil, el mayor Estado de la América meridional.

REGIONES NATURALES.—La República Argentina se divide, geográficamente, en tres grandes regiones de aspecto y condiciones diversos. La región andina al Oeste, que es el territorio cruzado por las cordilleras de los Andes y por sus ramificaciones. La región de las llanuras y de las pampas, comprendida entre el estrecho de Magallanes y los ríos Paraná y Paraguay y los últimos declives de los Andes. La región interfluvial o *Mesopotamia Argentina*, entre los ríos Paraná y Uruguay, en que hay ondulaciones del terreno o *cuchillas* que cruzan el territorio en todas direcciones, y cuya máxima altitud no pasa de 100 metros.

La segunda región, o sea de las llanuras, puede subdividirse en tre partes: La primera, a la que pertenece el territorio del Chaco, está bien arbolada, cubierta de pastos excelentes y surcada por grandes ríos. Es la región más inmediata al trópico; el calor y las lluvias sostienen exuberante vegetación. La segunda, es la Pampa, inmensa llanura cubierta de gramíneas, en la que pastan numerosos rebaños y viven algunas tribus indígenas. En la parte occidental de la Pampa, hay otra vasta llanura de aspecto completamente distinto, pues parece la cuenca desecada de un mar. Es una llanura salitrosa, conocida con el nombre de *Desierto de las Salinas*. Forman la tercera región las planicies de la Patagonia, que se extienden desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes.

Los Andes, que separan las Repúblicas de Chile y Argentina, van aumentando de elevación, conforme avanzan hacia el Norte, y en los límites con Bolivia se encuentra la región más accidentada de la Argentina. Los picos alcanzan alturas considerables (alrededor de seis mil metros sobre el nivel del mar) y el agrupamiento de montañas nevadas, es uno de los más bellos espectáculos de la tie-

rra. Los Andes forman mesetas y altiplanicies de gran altitud y pasos o gargantas por donde pueden comunicarse las repúblicas argentina, chilena y boliviana.

RIOS.—La más importante de las redes fluviales argentinas. se forma por el río de la Plata y sus afluentes, los ríos Uruguay y Paraná, y numerosos tributarios de menor importancia. Deben mencionarse, sin embargo, el río Negro, formado por los ríos Encarnación y Nanquín, y que separa la Pampa y la provincia de Bue nos Aires, de la Patagonia. El Chubut que riega la parte septentrional de la Patagonia, y el Santa Cruz, formado por los ríos Chalín y Chico, en cuya desembocadura se encuentra el puerto de su nombre.

CLIMA.—En conjunto y sobre todo en las latitudes centrales, es de los mejores del globo, menos riguroso en invierno, aunque a veces algo más caliente en verano, que el de Italia. Más seco en el interior que en el litoral, no se manifiesta en parte alguna del país ni el clima propiamente continental ni el marítimo puro, siendo en realidad una transición entre ambos tipos, o sea el clima que conviene a la salud del hombre y a la productividad de la tierra. Sólo a veces sopla con tanta violencia el viento SO. o *pampero*, que al rasar la pampa, en tiempo de prolongada sequía, levanta inmensos torbellinos de tierra vegetal. Inútil es decir que como país situado en el hemisferio austral, las estaciones son opuestas a las de nosotros.

Individuos de todas las razas, sin distinción de origen, pueden trasladarse a Argentina, sin aclimatación previa, y seguir sus costumbres de vida sin riesgo para su salud. No hay enfermedades endémicas malignas, y las epidémicas son más raras que en Europa. Sin embargo, son un poco más frecuentes las fiebres eruptivas, la disentería y las enfermedades del hígado.

POBLACION Y RAZAS.—Dos tercios de la población argentina son de origen europeo y el resto comprende individuos de raza africana e indígenas; siendo la población total de 7.122,000, de habitantes en 1911, y que debió aumentar considerablemente en los últimos diez años.

Los indígenas pertenecen a las razas guaraní, quechúa y araucana. Esta ocupa todavía la Pampa y la Patagonia y sus tribus principales son los Puelches, Tehuelches, Moluches, Ranqueles y Aucas. En la población europea predominan los italianos y siguen por importancia decreciente, españoles, franceses e ingleses. El idioma oficial es el español, pero se hablan varias lenguas y dialectos de la población indígena.

El gobierno argentino pone gran empeño en fomentar la inmigración y con tal objeto sostiene agentes en las principales naciones de Europa. Según las leyes especiales, los inmigrantes deberán ser de preferencia agricultores. El gobierno sufraga los gastos que

ocasione su desembarco, su residencia en los depósitos y su traslación hasta el punto de destino. A cada familia que se establece en los distritos coloniales, se le extiende un título de propiedad provisional de cierto número de hectáreas de terreno de cultivo, un rancho, y los instrumentos necesarios para el trabajo. Según el mayor o menor cultivo que hagan, adquieren derecho o más hectaras y a convertir en definitivo el título provisional. Pueden elegir el punto de la República donde prefieran fijar su residencia, e introducir libres de derechos, las prendas de uso, vestidos, instrumentos y herramientas. El bienestar económico de la Argentina se debe, en gran parte, a la colonización.

MINAS.—Los Andes argentinos y sus ramificaciones encierran riquísimas minas, sobre todo en la provincia de Catamarca, donde se han descubierto más de doscientas de oro, plata y cobre. En Tucumán y Córdoba, hay minas de oro, plata, hierro, cobre, arsénico, plomo, carbón de piedra y canteras de mármol. En Rioja, Mendoza, San Juan y San Luis, existen también minas y lavaderos de oro, plata, níquel y platino.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.—La cría de ganados es la principal fuente de riqueza del país, sobre todo la de ganado lanar, vacuno y caballar. Los productos de la ganadería: lanas, cueros, carne, sebo, cerda, astas, huesos y cenizas de huesos, alimentan en conjunto el 95% del total comercio de exportación.

La agricultura, aunque tiene menos importancia que la ganadería, no sólo produce lo indispensable para el consumo, sino que resta, además, un considerable exceso para la exportación. El cultivo de maíz, sobre todo, da excelentes resultados. Comparando las cantidades cosechadas con las sembradas, se obtiene una proporción de 94 por uno. En la provincia de Buenos Aires, además de trigo, maíz, papas, etc., se cultivan árboles frutales y diversas plantas industriales. Los productos agrícolas que se exportan en mayor cantidad, son: trigo, lino, pasto seco, maíz, harina, papas y semilla de nabo.

Dadas las condiciones del país, es fácil comprender que no puede haber más industrias que las de primera transformación de la materia prima, para adaptar el artículo a posterior elaboración en los grandes centros industriales de Europa. Así es que fuera de los ingenios de azúcar, las destilerías y los molinos, no hay más industrias importantes que las de los saladeros, los curtidos y las fundiciones de minerales. La producción azucarera ha hecho en los últimos años, notables progresos, especialmente en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy. La industria minera no ha conseguido gran desarrollo, porque el capital halla remuneración más inmediata y segura en la ganadería, en la agricultura y en el comercio, y además, porque en los distritos mineros escasean el combustible y las vías de comunicación.

COMERCIO.—Como país productor de materia prima en gran escala, y falto a la vez de bastantes industrias, necesariamente ha de alimentar un vasto comercio exterior, exportando los productos de la ganadería y de la agricultura que le sobran e importando artículos manufacturados. Los principales artículos que importa son: los empleados en la industria y materiales de construcción; tejidos de algodón, vinos, quincallería, ferretería, maquinaria, y objetos de arte; comestibles en general, ropa hecha, hulla, petróleo y sus derivados.

ORGANIZACION POLITICA.—La República Argentina es una república federativa, formada por 14 Estados, 10 territorios y un Distrito Federal. Los Estados autónomos, llamados *provincias*, tienen cada uno su Constitución propia, amoldada a la Constitución Nacional y cuyos principios deben respetar. Los fundamentales, son la abolición de la esclavitud, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la inviolabilidad de la propiedad, del domicilio y de la correspondencia epistolar, y la abolición de la pena de muerte por delitos políticos; los extranjeros gozan de los mismos derechos y prerrogativas civiles que los nacionales, y pueden nacionalizarse después de dos años de residencia en el país. Las constituciones provinciales deben asegurar a cada provincia su administración de justicia, su régimen municipal y la instrucción primaria. Las provincias eligen sus gobernadores, legisladores y demás funcionarios, sin intervención del Gobierno Federal, y las diferencias político-administrativas entre las provincias, las dirime la Corte Suprema de Justicia. Hay tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

CIUDADES.—Las ciudades más importantes de la República Argentina son: Buenos Aires (su capital) uno de los primeros puertos de la América del Sur, fundada en 1535 por Mendoza, en la orilla derecha del Río de la Plata y que cuenta actualmente con más de un millón y medio de habitantes; Rosario, capital del departamento de su nombre, en la provincia de Santa Fe, con 201,000 habitantes; Córdoba (95,000) capital de la provincia del mismo nombre; Santa Fe, fundada en 1573 por Juan de Garay, capital de la provincia, que tiene 48,000 habitantes; Mendoza, capital de la provincia de su nombre, fundada por el capitán español Pedro Castillo, y que cuenta con 39,000 habitantes y Paraná (30,000) capital de la provincia de Entre Ríos.

Aladino Sección de los niños

EL CABALLERO SIN MIEDÓ Y SIN TACHA

N día de fines del siglo XV veíase un hermoso espectáculo ante un antiguo y noble castillo de Francia, el Castillo de Bayardo.

El anciano caballero de ese nombre, inválido a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla, se sostenía apoyado en dos bastones, teniendo a su lado a su bella esposa y rodeado de un gran séquito de servidores. Los ojos del viejo guerrero brillaban, mostrando a la vez afecto y admiración. Todos sus servidores aplaudían.

La causa de su alegría era un muchacho de catorce años, que vestido de seda y terciopelo y adornado el birrete con hermosa pluma, hacía diestramente evolucionar a un caballo de poca alzada.

El caballero, herido e inválido, no podía adiestrar por sí mismo a su hijo en el arte de la caballería; así, pues, le había comprado un brioso potro, le había vestido suntuosamente, y Pedro (que así se llamaba el joven) partía para aprender el ejercicio de las armas, en la corte del duque de Saboya.

El muchacho se distinguió mucho en su nueva profesión por su valor y destreza, y conquistó el cariño de todos por su sencillez y generosidad.

En cierta ocasión quiso el duque hacer un magnífico presente al rey de Francia, y se le ocurrió mandarle a su valiente paje.

Estando un día el rey rodeado de su corte, apareció Pedro montado en su caballo con tanta gallardía y manejándolo con tanta habilidad, que daba gusto verlo.

—"¡Bravo! ¡Bravo! ¡Espolead de nuevo!"—exclamó el monarca, mientras aplaudía—. Y toda la corte repitió: "¡Bravo! ¡Bravo!"

Entonces Pedro dió de nuevo la vuelta al campo, llevando el caballo a medio galope, y todos prorrumpieron en exclamaciones de admiración ante su destreza como jinete.

Dejaremos sin mencionar muchas de las hazañas de este intrépido joven, puesto que llenarían varios volúmenes, y pasaremos a otra escena, en la que Pedro es ya hombre. Es alto, apuesto,

de ojos brillantes, y lleno de gracia y gentileza. Ha vencido a los más valientes caballeros de su tiempo y ha conquistado los más grandes honores en los campos de batalla. Se le llama el caballero *sin miedo y sin tacha*. Todos han oído hablar de él; todos conocen su valor indomable, su generosidad para con las mujeres, su bravura como caballero y su nobleza como cristiano.

La escena que vamos a describir, es la siguiente: acaba de tener lugar una gran batalla y el nuevo rey de Francia, que es todavía un adolescente, vuelve de su primer combate, envanecido por la victoria alcanzada. Desea sólo una cosa: ser armado caballero. Pero ¿quién podrá armarle tal? ¿No es él mismo el poder supremo que los crea?

Por la noche tiene lugar un maravilloso espectáculo ante la tienda del soberano. Los más valientes soldados de Francia forman un gran cuadro; flamean al aire las banderas y los heraldos hacen resonar sus trompetas. Los que han de recibir recompensas de manos del rey, ocupan la primera fila, embargados por la emoción. Todos esperan con alegría el comienzo de la ceremonia. El monarca, Francisco I, sale de su tienda y se dirige hacia Bayardo. Se arrodilla sobre la yerba ante él y Bayardo, dándole un espaldarazo, le arma caballero. El rey había escogido, para que le elevase a esta dignidad, al más valiente y cortés de todos sus vasallos.

Una de las mayores hazañas del gran Bayardo, fué la defensa del castillo de Brescia, contra tropas considerables. Cuando la reina, cuyas eran aquellas tropas, preguntó al general cómo era que con todos sus hombres y cañones no pudo tomar aquel débil palomar, el general respondió: "Señora, porque había en él un águila."

Y esta era precisamente la característica de Bayardo en la guerra: temperamento de águila. No temía salir al encuentro del enemigo, cualquiera que fuese. Volaba como un torbellino en auxilio del débil y destruía el poder de los tiranos. Pero en la paz era de carácter afable. En la guerra, un águila; en la paz, una paloma.

Bayardo murió de manera noble y heroica. En una batalla, luchando contra los españoles, el ejército francés tuvo que retirarse, y Bayardo, con un puñado de hombres, permaneció a retaguardia para proteger la retirada.

Allí le alcanzó una piedra disparada por una ballesta, la cual le partió la espina dorsal. Bajáronle del caballo y recostáronle en un árbol.

Ya moribundo, levantó el bravo caballero su espada y pronunció una breve oración. Luego aconsejó a sus amigos que se pusieran en salvo, y les rogó que le volvieran de cara al enemigo.

Así murió uno de los hombres más valientes que blandieron espada.

LA ENEIDA

NTRE los príncipes troyanos que tomaron parte prominente en la gran guerra, se hallaba Eneas, y al cabo de unos ochocientos años después de haber escrito Homero aquellos dos grandes poemas en honor de Aquiles y Ulises, el poeta latino Virgilio, siguió el estilo de Homero, al componer el gran poema conocido por *Eneida*, que significa "referente a Eneas." El verdadero objeto de este poema fué el de halagar al pueblo latino y sus soberanos, demostrándoles que sus reyes descendían de ese gran príncipe troyano, la historia de cuya vida había dejado de ser verídica y se había convertido, en su mayor parte, en pura fábula. En ella vemos cómo consiguieron los griegos destruir la ciudad de Ilión, o Troya. Debióse a la inteligencia de Ulises, el que terminara en victoria el prolongado sitio. Fué él quien indujo a que se construyera un enorme caballo de madera, dentro del cual se escondieron gran número de soldados griegos. Esta mole tan extraña fué conducida sobre ruedas hasta las puertas de Troya y abandonada allí. Luego los demás soldados griegos volvieron a sus barcos, haciendo ver que se alejaban como si estuvieran cansados de la guerra. La curiosidad de los troyanos fué lo que les perdió, pues salieron de la ciudad y con gran trabajo consiguieron introducir en ella al caballo de madera. Durante la noche salieron del mismo los soldados griegos, sorprendiendo a los troyanos, mientras el resto del ejército, que había aparentado marcharse, retrocedía y penetraba en la ciudad. Troya ardió por los cuatro costados y sus habitantes fueron muertos o huyeron. La hermosa Helena, que había sido causa de la contienda, fué restituída a su esposo Menelao, y así terminó el famoso sitio.

En la *Eneida* no empieza su autor contándonos lo referido, sino que da comienzo con la descripción de una terrible tempestad que sorprende a Eneas, quien, después de la caída de Troya (de la cual había escapado llevando a su padre en hombros, pero perdiendo a su esposa), había reunido algunos hombres, haciéndose a la mar, y llegando a Italia al cabo de siete años.

Durante la gran tempestad naufragan algunos de los barcos; pero el suyo y seis más arriban a un puerto del Africa, en la rica y espléndida región de Cartago, a cuya reina, Dido, cuenta la caída de Troya y el ardid del caballo de madera, de que acabamos de ha-

blar. También le describe sus diferentes viajes, desde su huída hasta su llegada a Cartago. Dido no puede menos que admirar al noble príncipe, y desea casarse con él; pero Eneas abandona a Cártago, sin que puedan retenerle los agasajos de la reina. Esta, desesperada, se suicida.

Después de levar anclas con rumbo a Sicilia, donde celebra funerales en memoria de su padre, visita Eneas los Campos Elíseos, que son el lugar donde los antiguos creían que iban las almas después de la muerte, y allí encuentra a su padre, quien le hace ver la raza de héroes que descenderá de Eneas y que gobernará al pueblo latino.

Eneas parte de nuevo, y llega a la tierra del Lacio, o Italia, cuyo rey latino le agasaja y promete concederle por esposa a su única hija, Lavinia, heredera de la corona. Pero otro príncipe, llamado Turno, rey de los rútulos, pueblo latino, está enamorado de ella y es favorecido por la madre de ésta. Estalla entonces la guerra entre troyanos y rútulos, en la cual tienen lugar varias sangrientas batallas, y al final, parece que los troyanos, en ausencia de su jefe, van a quedar completamente derrotados. Pero Eneas, que ha recibido un escudo hecho por Vulcano (el mismo dios mitológico que forjó la armadura de Aquiles) y en el que se hallan simbolizados las futuras glorias y triunfos de la nación latina, o romana, vuelve al combate y cambia la suerte de la guerra.

En la última batalla debe tener lugar un duelo entre Eneas y Turno; pero los soldados de éste consiguen herir al príncipe troyano. Sin embargo, Eneas es curado de su herida por su madre Venus (que era una de las diosas en que creían los romanos) y, después de curado, obliga a Turno a batirse con él, consiguiendo matarle.

Así termina la historia de las sorprendentes hazañas de Eneas, tal como se refieren en la *Eneida*.

CRISTOBAL COLON

RISTOBAL Colón llevó a cabo un descubrimiento mucho más importante de lo que él pensó; pues creía haber llegado a la India, y no fué este el país que encontró cruzando la gran extensión del desconocido Océano, sino una tierra enteramente nueva, a la que se ha llamado América, aunque el gran navegante murió antes que se la denominara con ese nombre.

Colón era muy pobre cuando muchacho, pero de gran despejo y afición al estudio; y así, por su propio esfuerzo, aprendió la geografía y leyó cuantas historias de viajes le fué posible: era asimismo, de valeroso corazón, de suerte que, habiéndose embarcado en edad muy temprana, navegó por los más lejanos mares, a la sazón conocidos. Una vez naufragó y a duras penas pudo salvarse de perecer ahogado. Siempre que se le ofrecía ocasión leía los viajes de Marco Polo y otros libros semejantes. Nacido probablemente en Génova, al llegar a la edad madura pidió a sus ricos compatricios un navío para viajar en busca de países desconocidos. Creyendo que la tierra era redonda, y no plana, como entonces universalmente se admitía, y sabiendo además que la India estaba situada a gran distancia de Italia, hacia el Sudeste, supuso que formaba parte de un gran continente a cuya extremidad occidental podría llegarse en virtud de la redondez de la tierra, navegando por el gran Océano Atlántico.

El pueblo genovés renunció a tener parte en este descubrimiento y Colón marchó a Portugal, y pidió al rey que le ayudara en su empresa. El monarca portugués había enviado diferentes flotas a explorar la costa africana y juzgó que hubiera algún fundamento en el proyecto que se le proponía. Dejándose llevar de su natural, perverso y desleal, envió secretamente, y por su cuenta, una expedición para comprobar la realidad del pensamiento de Colón; mas los marineros enviados por el monarca portugués eran cobardes y regresaron, aterrados por la inmensidad del gran Océano.

Cuando Colón tuvo noticia de este proceder, retiróse entre colérico y entristecido, y escribió al rey Enrique de Inglaterra en demanda de auxilio. Sin aguardar a recibir la contestación del monarca británico, pasó con su hijo, niño aún, a España; y por más que el rey de Portugal le envió mensajes rogándole que volviera, no quiso hacerlo. Recurrió primeramente a un magnate español, el

duque de Medinaceli, quien no pudiendo facilitarle el socorro solicitado, escribió a la reina Isabel y al rey Fernando, presentándoles al navegante. España estaba a la sazón en guerra con los moros de Granada y la empresa de Colón fué muchas veces aplazada, hasta que el pobre marino, cansado ya de tantos desengaños, resolvió partir del país y pasar a Francia. Tanta era su pobreza, que tuvo que emprender el viaje a pie y detenerse a la puerta de un monasterio, donde pidió por caridad un poco de pan para su tierno hijo. Los monjes le acogieron amigablemente y quedaron maravillados de su extraña conversación. Uno de los religiosos gozaba de gran crédito cerca de la reina de España; y muy gustoso le escribió para ponderarle la grandiosidad de los planes de Colón, instando a éste a que regresara a la corte. Así lo hizo, en efecto, sin otras resultas que sufrir un nuevo desengaño, porque la reina, muy ocupada en la campaña contra los moros, no pudo recibirle. Cansado, por fin, de tan larga espera, Colón resolvió marchar a Francia; pero persuadida, ya por entonces, la reina de la importancia de sus proyectos, llamóle y fletó para él tres pequeñas embarcaciones.

Hízose Colón a la vela con ellas, el viernes 3 de agosto de 1492, contando 46 años de edad. Atrevido era el viaje a través de un mar por el cual nadie hasta entonces se había aventurado. La tripulación, aterrorizada, pidióle repetidas veces que desistiera de llevar adelante su empresa y regresara a España; y Colón se vió en los mayores apuros para reducir a sus hombres a la obediencia. Dos meses y una semana duró la travesía; y, por fin, a las diez de la noche del día once de octubre, Colón, viendo lucir una luz en la obscuridad, pensó que habían llegado a vista de tierra, y a la mañana siguiente pudo confirmar que no se había engañado: los viajeros tenían ante sus ojos una hermosa isla; Colón, vestido de gran gala y enarbolando el pabellón castellano, echó pie a tierra con sus hombres, a quienes ordenó que a su ejemplo, se arrodillaran, y después de besar la tierra a que la Providencia los había guiado, dieran gracias al cielo por tan gran beneficio. Seguidamente tomó posesión de la isla en nombre del rey de Castilla, y luego prosiguió su navegación en busca de otras islas. Creyó que todas ellas pertenecían a un archipiélago occidental de la India, porque las Indias Orientales se encontraban en la otra parte del mundo y así llamó Indias Occidentales a las tierras descubiertas, e indios a sus moradores. He aquí como, a pesar de que tal denominación entrañaba una impropiedad, los pieles rojas de Norteamérica fueron denominados indios rojos o simplemente indios. Colón había descubierto la América, pero él estaba en la creencia de haber llegado a la India.

Descubrió otra isla, la de Cuba, y una tercera, a la que dió el nombre de Santo Domingo. Dejando en ésta algunos de sus hombres, regresó a España, donde fué recibido con grandes honores; y no mucho después emprendió un segundo viaje al país

descubierto En esta navegación descubrió nuevas islas; y todavía más en otro tercer viaje. A pesar de haber llevado a cabo tan incomparable empresa, Colón tuvo enemigos implacables: la envidia inventó contra él las más absurdas calumnias; y en cierta ocasión se llegó al indigno extremo de encadenarle como un ladrón vulgar. El gran navegante murió en el aislamiento y en la pobreza.

América es el nombre que se dió al continente descubierto por Colón, después de la muerte de éste. Un explorador llamado Américo Vespucio, exploró las costas visitadas por Colón, y pudo demostrar que no eran las de la India. "Es un Nuevo Mundo"—exclamó—; y en efecto, por mucho tiempo designóse genéricamente aquel continente con el título de *El Nuevo Mundo,* hasta que se convino en darle el nombre del que había demostrado que no era la India, llamándosele América, de Américo, y no como era más justo, Colombia, en recuerdo del inmortal navegante que en 1492 lo había descubierto. El nombre de América no empezó a ser usado hasta 1506.

LA CAMARA PROHIBIDA

ABIA una vez un hechicero, que disfrazado de mendigo, iba recorriendo las casas, llevándose a las muchachas más bonitas que encontraba, ninguna de las cuales volvió jamás al hogar paterno.

Un día fué a pedir limosna a la puerta de un hombre que tenía tres hijas muy hermosas, la mayor de las cuales le dió una gran rebanada de pan.

Al volverse a ella el hechicero la tocó en el brazo, y aun contra su voluntad, la pobre muchacha se sintió obligada a entrar en la cesta que el mendigo conducía a cuestas; una vez dentro de ésta, el hechicero se la llevó a su casa, situada en medio de un espeso bosque. Todo era allí magnífico y había cuanto la muchacha pudiera apetecer.

Pasados algunos días, le dijo el hechicero que se veía precisado a emprender un viaje, por lo cual le entregaba las llaves de la casa, añadiendo que la dejaba en libertad para recorrer todas las habitaciones, excepto una, y previniéndole que si entraba en ella moriría. Al mismo tiempo le dió un huevo y le encargó sobremanera que no se le extraviara.

No bien el hechicero se hubo perdido de vista, empezó la joven a discurrir por toda la casa, encontrando todas las habitaciones llenas de bellos objetos. Por fin, llegó a la puerta de la cámara prohibida y, después de vacilar por un momento, la curiosidad la venció y traspasó sus umbrales. El espectáculo que se le ofreció a la vista la dejó aterrada: vió un sinnúmero de muchachas que habían sido hechas prisioneras, y todas ellas estaban como dormidas. La joven, impresionada por la inmovilidad de aquellos cuerpos, salió corriendo del cuarto, huyendo todo lo más lejos que le fué posible.

En su espanto dejó caer el huevo que llevaba en la mano, el cual no se rompió, pero cuando lo levantó del suelo advirtió que se le había manchado de rojo y a pesar de lo mucho que lo intentó, no pudo limpiarlo.

Pocas horas después volvió el hechicero, y al punto pidió a la joven las llaves y el huevo que le había dejado. Tan pronto como vió las manchas rojas en el huevo, comprendiendo que había entrado en el cuarto prohibido, la derribó al suelo y arrastrándola hasta la cámara secreta, la dejó allí encerrada con las otras.

El hechicero se dirigió de nuevo a la casa en que había pedido

el pan y esta vez se llevó a la hija segunda. También ella se dejó vencer por la curiosidad y corrió la misma suerte que su hermana.

El brujo, entonces, capturó y se llevó a la única hermana que quedaba, pero ésta era muy astuta, de tal manera, que cuando a su vez recibió el huevo y las llaves antes de que el hechicero saliera, sin la menor tardanza depositó el huevo con cuidado en una alacena. Cogió luego la llave y se dirigió a la cámara prohibida, para averiguar qué había en ella.

Con gran estupor vió que el suelo se hallaba cubierto de muchachas sumidas en profundo sueño y que entre ellas estaban sus dos hermanas. Como era más juiciosa que las otras, tuvo mucho cuidado en conservar el huevo bien limpio. Cuando el brujo regresó a casa, corrió la joven a su encuentro, llevando las llaves y el huevo; entonces, viendo él que éste estaba limpio, exclamó:

—Tú serás mi esposa, ya que has sabido resistir la prueba.

Pero el hechicero ya no podía obrar a su antojo, porque su prometida había roto el encanto y hacía lo que quería de él; valiéndose de ésto se fué al cuarto prohibido y despertó a las durmientes prisioneras que estaban allí encantadas. Luego dijo al brujo:

—Antes de que me case contigo debes llevar una cesta llena de oro a mis padres.

Tomó una cesta muy grande y mandó entrar en ella a sus dos hermanas, a las que cubrió con una capa de monedas de oro, para que no se las viera. Hecho esto dijo al hechicero que cargara con la cesta y que tuviera buen cuidado de no entretenerse por el camino, pues ella le estaría vigilando desde una ventana. El hombre se cargó la cesta a las espaldas y echó a andar, pero era la carga tan pesada, que se caía de fatiga. Sentóse, pues, para descansar, pero en el mismo momento oyó una voz que salía de la cesta y le decía: "Te estoy mirando desde mi ventana." Creyendo que era la voz de su futura esposa, se puso en marcha otra vez, haciendo no poco esfuerzo. Cada vez que trataba de descansar, ocurría lo mismo, hasta que por fin llegó a la casa de los padres, donde dejó la cesta. Mientras él hacía este camino, su prometida cogió una cabeza de cartón y la colocó en una ventana del piso superior, como si fuera alguien que vigilara. Luego dió libertad a todas las víctimas del hechicero y repartió invitaciones para la boda. Finalmente se cubrió el cuerpo con plumas, de modo que pareciese un pájaro raro y nadie pudiese reconocerla. Así salió de la casa. A poco encontró a algunos de los invitados, que le dijeron:

—¿De dónde vienes, ave tan hermosa?
—De la casa en que el brujo se desposa.
—¿Y qué hace, di, la linda prometida?
—Después de haberse puesto muy pulida,
con el traje nupcial engalanada,
a la ventana la dejé asomada:

Cuando volvió el brujo a la casa, miró hacia la ventana, y viendo la cabeza creyó que era su futura esposa. Entró precipitadamente; mas, apenas lo hubo hecho, los parientes y amigos de las tres hermanas, que le aguardaban allí para vengarse del mal que a ellas les había causado, cerraron las puertas y pegaron fuego a la casa.

Este fué el fin que tuvieron el hechicero y su cámara prohibida.

Poesía

TRES CANCIONES

CANTAR

TRISTURA e grant cuidado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asi man desanparado.

Asi man desanparado
sin los nunca merecer,
ca siempre ame plaser,
de alegria fuy pagado.
E agora por mi pecado
contra mi tomaron saña,
en esta tierra estraña
me dexaron olvidado. . . . .

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asi man desanparado.

Dexaronme olvidado
en una prision escura,
de cuydado e tristura
me fallaron muy penado
pues me vieron apartado,
nunca se parten de mi,
desde entonce fasta aqui
dellos ando acompannado.

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asy man desanparado.

Dellos ando acompannado
en mi triste coracón,
sienpre, e en toda sason

lo tienen muy bien guardado;
e veo que a su grado
de mi non se partiran,
e conmigo moraran
en cuanto fuere cuytado.

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavia,
pues plaser e alegria
asy man desanparado.

PERO LOPEZ DE AYALA

CANCION

SI tu deseas a mi
yo non lo sé;
pero yo deseo a ti
en buena fe.

E non e ninguna mas
asy lo ten:
nin es, ni sera jamas
otra mi bien.
En tan buena ora te vi
e te fable
que del todo te me di
en buena fe.

Yo soy tuyo, non lo dubdes,
sin fallir;
e non pienses al, ni cuydes,
sin mentir.
Después que te conoci
me captive,
e sesso e saber perdi
en buena fe.

A ti amo e amare
toda sazon,
e siempre te servire
con grand razon:
pues la mejor escoji
de quantas sé,
e non finjo nin fengi
en buena fe.

MARQUES DE SANTILLANA

CANCION

AMOR, yo nunca penssé,
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé.

Pensaba que conocido
te devia yo tener,
mas non podiera creher
que eras tan mal sabido,
nin tan poco yo penssé,
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé.

JUAN II

CANCION DE CASSANDRA

DIZEN que me case yo;
no quiero marido, no.
Mas quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien o no.
Dizen que me case yo;
no quiero marido, no.

Madre, no sere casada,
por no ver vida cansada,
o quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio.
Dizen que me case yo;
no quiero marido, no.

No sera ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la so,
dizen que me case yo,
no quiero marido, no.

GIL VICENT

ROMANCES VIEJOS

ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS

QUIEN hubiese tal ventura sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos la mañana de San Juan!
Con un halcón en la mano la caza yba cazar,
vio venir una galera que a tierra quiere llegar.
Las velas traia de seda, la ejercia de un cendal,
marinero que la manda diziendo viene un cantar
que la mar fazia en calma, los vientos haze amainar,
los pezes que andan, nel hondo arriba los haze andar,
las aves que andan volando en el mastel las faze posar.
Alli fablo el conde Arnaldos, bien oyreys lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero, digasme ora esse cantar—
Respondiole el marinero, tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo esa canción sino a quien conmigo va.

ROMANCE DE BLANCA NIÑA

BLANCA sois, señora mia, mas que el rayo del sol:
si la dormire esta noche desarmado y sin pavor?
que siete años, habia, siete, que no me desarmo, no.
Mas negras tengo mis carnes que un tiznado carbon.
—Dormilda, señor, dormilda, desarmado sin temor,
que el conde es ido a la caza a los montes de Leon.
—Rabia le mate los perros y aguilas el su halcon,
y del monte hasta casa, a el arrastre el moron.
Ellos en aquesto estando, su marido que llego:
—Que hazeys, la Blanca-Niña, hija de padre traydor?
—Señor, peyno mis cabellos, peynolos con gran dolor,
que me dexeys a mi sola y a los montes os vays vos
—Essa palabra, la niña, no era sino traycion:
cuyo es aquel caballo que alla baxo relincho?
—Señor, era de mi padre, y enviooslo para vos.

—Cuyas son aquellas armas que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano y oy os las envio.
—Cuya es aquella lança desde aqui la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla, matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde, bien os la merezco yo.

ROMANCE QUE DICEN: DE FRANCIA PARTIO LA NIÑA

DE Francia partió la niña, de Francia la bien guarnida:
íbase para París, do padre y madre tenía.
Errado lleva el camino, errada lleva la guía:
arrimárase a un roble por esperar compañía.
Vió venir un caballero, que a París lleva la guía.
La niña desque lo vido de esta suerte le decía:
—Si te place, caballero, llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora, pláceme, dijo, mi vida—.
Apeóse del caballo por hacelle cortesía;
puso la niña en las ancas y él subiérase en la silla.
En el medio del camino de amores la requería.
La niña desque lo oyera díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero, no hagais tal villanía:
hija soy de un malato y de una malatía; (°)
el hombre que a mi llegase malato se tornaría—.
El caballero con temor palabra no respondía.
A la entrada de París la niña se sonreía.
¿De qué vos reís, señora? ¿De qué vos reís, mi vida?
—Ríome del caballero, y de su gran cobardía,
¡tener la niña en el campo, y catarle cortesía!
Caballero con vergüenza estas palabras decía:
—Vuelta, vuelta, mi señora, que una cosa se me olvida—
La niña como discreta dijo: Yo no volvería,
ni persona, aunque volviese, en mi cuerpo tocaría:
hija soy del rey de Francia y de la reina Constantina,
el hombre que a mí llegase muy caro le costaría.

ROMANCE DE ABENÁMAR

ABENAMAR, Abenámar, moro de la morería,
el día que tu naziste grandes señales había!
Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida:
moro que en tal signo naze... no debia dezir mentira!—
Allí respondiera el moro, bien oyreys lo que dezia:

(°) Malato, leproso.

—Yo te lo diré, señor, aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho mi madre me lo dezia:
que mentira no dixesse, que era gran villanía:
por tanto pregunta, rey, que la verdad te diria.
Yo te agradezco, Abenámar, aquessa tu cortesia:
Que castillos son aquellos? Altos son y reluzian!
—El alhambra era, señor, y la otra la mezquita;
los otros los Alixares, labrados a maravilla.
El moro que los labraba cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra otras tantas se perdía.
El otro es Generalife, huerta que par no tenia,
el otro Torres Bermejas, castillo de gran valia—.
Allí hablo el rey don Juan, bien oyreys lo que dezia:
—Si tu quisieses, Granada, contigo me casaria;
darete en arras y dote a Cordoba y Sevilla.
—Casada soy, rey don Juan, casada soy, que no viuda.
el moro que a mi me tiene, muy grande bien me queria.

ROMANCE DE ROSA FRESCA

ROSA fresca, rosa fresca, tan garrida y con amor,
quando vos tuve en mis brazos, no vos supe servir, no;
y agora que os serviria no vos puedo haber, no.
—Vuestra fue la culpa, amigo, vuestra fue, que mia no;
enviasteme una carta con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar el dixera otra razón:
que erades casado, amigo, alla en tierras de Leon:
que teneys mujer hermosa y hijos como una flor.
—Quien os lo dixo, señora, no vos dixo verdad, no;
que yo nunca entre en Castilla ni alla en tierras de Leon,
sino quando era pequeño, que no sabia de amor.

CUATRO SONETOS

QUEJASE DE LA SUERTE: INSINUA SU ADVERSION A LOS VICIOS Y JUSTIFICA SU DIVERTIMIENTO A LAS MUSAS...

EN perseguirme Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor en mis verdades,
consumir vanidades de la Vida,
que consumir la Vida en vanidades.

ENGRANDECE EL HECHO DE LUCRECIA

¡OH, famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho,
salió la sangre que extinguió, a despecho
del Rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud; pues por premio de tal hecho,
aun es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama!

Pero, si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento

con que pusiste fin a tantos males;
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

RESUELVE LA CUESTION DE CUAL SEA PESAR MAS MOLESTO EN ENCONTRADAS CORRESPONDENCIAS, ¿AMAR O ABORRECER?

*QUE no me quiera Fabio al verse amado
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Sylvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.*

*¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?*

*Si de Sylvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida:
si de éste busco el agradecimiento,*

*a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.*

DE AMOR PUESTO ANTES EN SUJETO INDIGNO, ES ENMIENDA BLASONAR DEL ARREPENTIMIENTO

*CUANDO mi error y tu vileza veo,
contemplo, Sylvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.*

*A mi mesma memoria apenas creo,
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término fatal de un mal empleo.*

*Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte,*

*que sólo se remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena, confesarlo.*

SÓR JUANA INES DE LA CRUZ

AL COMBATE

La tierra entibia primavera
y con retoños y con flores
tiembla en la brisa pasajera
y arde del sol a los fulgores.
Y es luz, matiz y ardor, la vida,
y hacia esto pugna hora por hora;
el que no lucha se suicida,
y aquel que lucha se mejora.

El luchador del sol apura
calor, pujanza de la tierra;
del árbol, nuevo nacimiento,
y rapidez del raudo viento;
y halla en la libre sepultura
descanso al cabo de la guerra.

Todos los astros en el cielo
le dan fraterna compañía:
Las Siete Hermanas su consuelo,
Orión su cinto de energía.

Y cuando cruza la espesura
halla en cada árbol un hermano,
que al són del viento le murmura
y que lo lleva de la mano.

El raudo halcón que al sol caldea
y el buho, en sombras escondido,
le enseñan ambos a que sea
agudo en vista y en oído.

Le dice el tordo: "Hermano, hermano,
si es el postrero en tu garganta,
canta tu cántico temprano,
Hermano, canta!"

En horas de hosco sobresalto
dan su nobleza los bridones
antes del choque del asalto,
¡firmes y bravos corazones!

Y cuando el ígneo instante llega,
todo en la mente se levanta,
y un férreo júbilo lo ciega
y se le anuda en la garganta.

Y por tal júbilo y ceguera
sabe en su trágico camino,
que no hay acero que lo hiera
sino en la mano del destino.

Y aunque en los choques cotidianos
la muerte silba con sus balas,
el sol le tiende firmes manos,
como la noche suaves alas.

JULIAN GRENFELL

Flandes, abril 1915.

LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

■

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL
- DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA -

TRADUCCIONES DIRECTAS DEL GRIEGO

HOMERO	LA ILIADA	2 Vol.	tela inglesa	Precio	$	2 00
"	LA ODISEA	1 "	"	"	"	"	1 00
ESQUILO	TRAGEDIAS	1 "	"	"	"	"	1 00
EURIPIDES	TRAGEDIAS	1 "	"	"	"	"	1 00
DANTE	DIVINA COMEDIA	1 "	"	"	"	"	1 00
PLATON.	DIALOGOS	1 "	"	"	"	"	1 00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD, NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS

■

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

■

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana.

Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis, México, D. F.

■

No podemos atender un solo pedido de los números uno al cuatro, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a EL MAESTRO," primera de Gante 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.

No existe mayor desgracia en el mundo que la ignorancia absoluta; un hombre que no sabe leer y escribir es el ser más dolorosamente herido por el infortunio. ya que la vida no representa para él sino el contraste brutal entre su actividad de bestia y la alegría radiante de quienes fundan su pequeña felicidad en el desarrollo progresivo de los espíritus.

Los que vivimos con cierto desahogo, en cierto nivel de cultura, somos cruelmente egoístas. Nos parece un ultraje descender desde nuestra vanidad a los niveles inferiores y consideramos despreciables a seres dotados de nuestras mismas capacidades y que sólo se diferencian de nosotros por una desventura más.

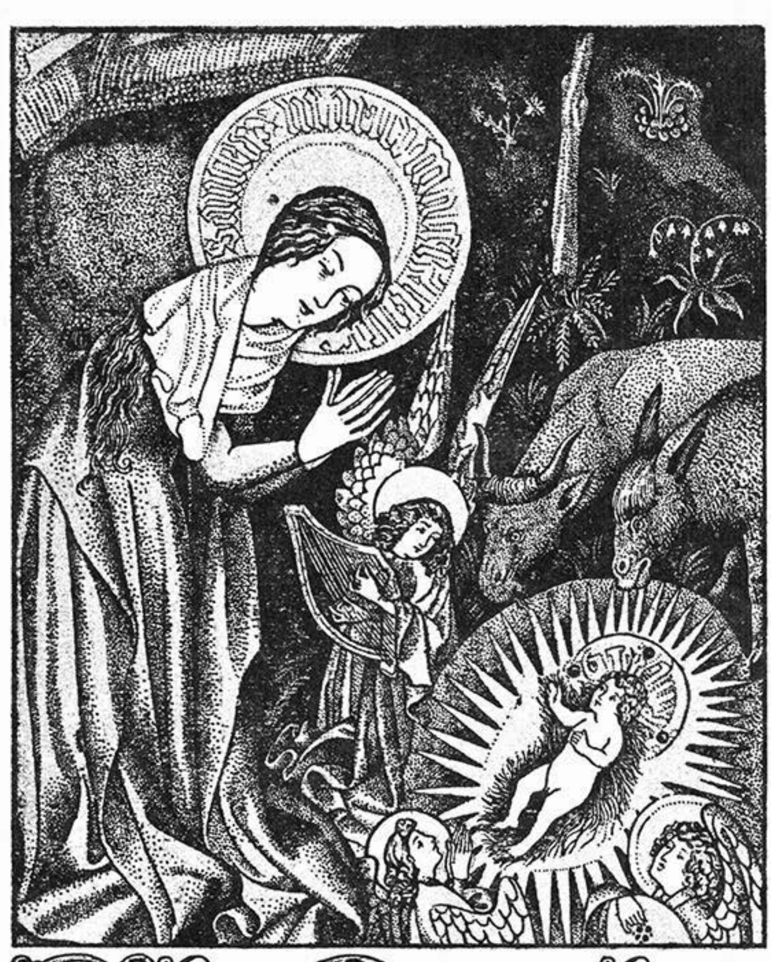
Veamos con ojos de benevolencia la condición de los ignorantes: Dotados, casi siempre, de una inteligencia natural, en algunos casos verdaderamente asombrosa, viven en un medio de oprobio y de desdicha. El trabajo no tiene para ellos aliciente alguno. Lo aceptan como una imposición de la necesidad de proporcionarse un alimento insuficiente y malsano, y el ocio no les brinda oportunidad de esparcimiento.

¿Es despreciable un hombre así? Nadie que tenga el corazón bien puesto puede convenir en ello; al contrario, la compasión más grande se despierta ante la desgracia indescriptible de seres que reconocemos iguales a nosotros y de cuya condición debe culparse a los que saben algo y pudiendo enseñarles un poco, se abstienen de hacerlo.

Os dirán necedades acerca de estos hombres desgraciados, quienes necesitan que sean así para explotarlos como bestias y contarlos entre sus animales más productivos por inteligentes. Si alienta en el alma del lector un sentimiento noble, se dará por llamado a impartir enseñanza con bondad, con cariño y entusiasmo, a estos hombres infortunados que constituyen por su mayoría el infortunio de nuestra Patria. Un impulso de nobleza se pide, lector, de tus virtudes de mexicano y tu integridad de hombre. La Universidad Nacional concede el título de profesores honorarios a todos los que deseen enseñar a leer y escribir y les proporciona los útiles indispensables. Pedid vuestros títulos o trabajad sin ellos; pero dad vuestro esfuerzo, el noble esfuerzo que se compensa a sí mismo creando la satisfacción de un acto bueno.

■

Todas las dudas sobre asuntos de la vida práctica, de educación, de organización familiar y social, etc., que se tengan, pueden ser estudiadas por los redactores de esta Revista. Haga usted sus preguntas con el más sincero propósito a la Dirección de "El MAESTRO," 1ª de Gante núm. 3, o Apartado Postal 105 bis, México, D. F., quien las contestará en el tono de sencillez y claridad que la pregunta exija.



El Maestro

Revista de Cultura Nacional

México — Diciembre — MCMXXI

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como articulo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

EL MAESTRO
REVISTA D CVLTVRA NACIO
NAL TOMO II - NVMERO III DI·
CIEMBRE D MCMXXI MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8

MEXICO, DICIEMBRE DE 1921

Revista Editorial Informativa

LA INCONSCIENCIA DE LA HORA

LOS diarios más importantes de la capital publicaron, en sus ediciones de 5 de diciembre, un artículo del señor Presidente de la República, titulado **La Inconsciencia de la Hora**, y que reproducimos a continuación:

"Un ambiente de inconsciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos.

"El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y les hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

"Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

"A la última tragedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarles el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto que poseían distintos idiomas y tenían la tez de distinto color, en cambio, la sangre que todos ellos derramaron fué igualmente roja e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

"En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados a la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado; cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora; cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad, en holocausto a sus empeños generosos, aparecieron los números sobre la carpeta de las discusiones, y el cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no alcanzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila más allá de nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

"Las conferencias de Wáshington hicieron nacer una esperanza antes de que fueran conocidas las bases que se establecerían para la discusión; pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, dejando una sombra de desaliento y de dolor. La humanidad

toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

"Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, porque creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, porque abrigan la esperanza de que un choque, producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano, pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las Conferencias de Wáshington, porque sus intereses mezquinos encuentren en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos indudablemente porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que anuncian el fracaso de las Conferencias de Wáshington y que todavía no hayamos oído una sola voz que aconseje un remedio.

"Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den cuenta de que el fracaso definitivo de las Conferencias del Desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera; pero que la conflagración tendrá que envolver y desolar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso que, según sus criterios, solamente restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar su error demasiado tarde.

"La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias obscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro, y a superar en pesimismo aquella denominación que hicieron los primeros cristianos al llamar **Valle de Lágrimas** a lo que tendrían que denominar, los que sobrevivieran a la catástrofe, **Valle de Sangre y de Exterminio.**

"¡Pensadores de todos los confines del mundo, exigid a vuestros cerebros el contingente máximo de luz, y aportadlo, noble y desinteresadamente, en esta hora solemne que puede convertirse en trágica!

"¡Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando los manes de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos, para que inspiren a los congresistas y sean retirados los números de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fué equivocado y que se acepta,

de la manera más solemne, que todos los hombres son iguales, y que sobre esas nuevas bases se renovará la convocatoria a las Conferencias del Desarme!''

NO SE HA PEDIDO EL RECONOCIMIENTO

CON motivo de ciertas informaciones, publicadas por diarios de los Estados Unidos y de esta capital, que suponen que nuestro Gobierno **pide** ser reconocido por los Estados Unidos, con insistencia de mendicante, el Secretario de Relaciones Exteriores declaró: Que no es cierto que el actual Gobierno de México haya mendigado o esté mendigando su reconocimiento por el de los Estados Unidos. Que nuestro Gobierno no paga ni un centavo ni un privilegio por la actitud favorable del periodista norteamericano William R. Hearst. Que es falso que el señor Elmer Dover sea agente del general Obregón, como se asegura en el **New York American,** poderoso diario amarillo, de la propiedad de Hearst, que en los años de más dura prueba para México no perdió oportunidad para calificar al pueblo mexicano de salvaje, irredimible y necesitado de la intervención armada de los Estados Unidos.

El señor Dover vino a México con una carta del Presidente Harding para el Presidente Obregón, y en tal correspondencia, simplemente, no fué más que un amable portador.

El carácter de esa correspondencia se define con claridad en los telegramas cambiados entre el Presidente Obregón y el señor Dover. El primero dice: ''**New York American** hoy publica declaraciones Dover, diciendo haber sido portador tres ocasiones cartas Presidente Obregón a Wáshington pidiendo reconocimiento, sin ser contestadas por Presidente Estados Unidos. Juzga futuro México depende pronto reconocimiento.

''Como considero hay error en declaraciones referencia, suplico a usted atentamente formule rectificación, haciendo más honor la verdad, **pues Ejecutivo mi cargo no ha solicitado en ninguna carta cruzada con H. Presidente Harding, reconocimiento México,** habiéndose limitado expresar sus ideas sobre este tópico. Permítome recordarle, además, que cartas dirigidas propio H. Harding hanme sido contestadas con toda oportunidad.''

Lo que sigue es la respuesta de Dover:

''Contestando su telegrama, manifiéstole informe cita sobre mi entrevista está enteramente equivocado. No tengo conocimiento de que háyase publicado declaración atribúyeseme, la que naturalmente nunca hice. **Los hechos son como usted los relata,** y así se entiende en todos Estados Unidos. En una entrevista dije haber sido portador tres comunicaciones amistosas entre Presidentes Obregón Harding, y que he urgido reconocimiento, considerándolo conveniente, tanto para intereses México como Estados Unidos.''

EL ERROR DEL DIA

DE LA Prensa de esta capital tomamos un artículo del señor Presidente de la República, publicado bajo el título de **El Error del Día.** Es el se-

gundo de una serie que se propone escribir el señor Presidente para exponer sus opiniones personales sobre asuntos de interés nacional. Dice:

"La solidaridad, que significa uno de los principales factores, si no el primero, para el desarrollo de las sociedades y de los pueblos; la solidaridad, que en el hogar, en la sociedad y en la vida toda, significa el refugio de los débiles, que atenúa muchos dolores y robustece muchos esfuerzos, está siendo, en los actuales tiempos, desvirtuada, equivocando por completo su verdadera significación, para tratar de convertirla en fuerza bruta, para imponer con su presión, ya no las tendencias más o menos nobles de determinadas agrupaciones gremiales, sino los caprichos o errores que algunos de sus miembros pueden cometer.

"La solidaridad incondicional que está empezando a proclamarse por las asociaciones gremiales, no ya sólo en México, sino en muchas partes del mundo, entraña un absurdo que bien pudiéramos llamar **El Error del Día.**

"La solidaridad incondicional, comprometida previamente como pacto intergremial, equivale a proclamar la infalibilidad de todos y cada uno de los componentes de los diversos gremios que constituyen toda una sociedad. Y así vemos con qué frecuencia un individuo o un grupo, que no son sino partes integrantes de una asociación gremial, ejecuta un acto, ya sea en forma de protesta contra un gobierno o contra una ley, ya en forma de protesta contra una empresa o contra un artículo de prensa, y recibe en seguida protestas de adhesión y de apoyo **por espíritu de solidaridad**, sin conocer siquiera los factores verdaderos que han inspirado el acto, ni conocer siquiera el alcance de los actos mismos, y, en muchos casos, sin conocer siquiera el asunto de que se trata.

"Este error, que ha venido tomando cuerpo, alcanza en los últimos tiempos un aspecto muy serio que, en mi concepto, amerita un estudio minucioso de parte de la prensa independiente que tiene a su cargo, como una de las principales obligaciones, la de señalar los errores, estudiar su origen y proponer las formas de conjurarlos. Y digo que en los últimos tiempos alcanza proporciones alarmantes, porque ya no son, solamente, las manifestaciones de solidaridad incondicional que se registraban entre las clases laborantes, que en sus errores tienen que ser seguramente más disculpadas, porque sus integrantes, por lo general, carecen de la instrucción suficiente y de la preparación necesaria para obrar con más reposo y más acierto; sino que ahora estas manifestaciones empiezan a presentarse entre gremios que por su cultura, su preparación y su experiencia, están obligados, seguramente, a cometer menos errores que las clases menos cultas.

"Los acontecimientos últimamente desarrollados en Puebla dan un aspecto curioso al fenómeno de que me vengo ocupando:

"La Legislatura de aquel Estado aprobó una ley; el ciudadano Gobernador del mismo la promulgó; y la Cámara de Comercio de Puebla elevó una protesta por dicha ley, en forma inadecuada, apoyando su protesta con procedimientos inadecua-

dos también. Y, cosa curiosa, un día después se recibían en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo y en la Presidencia de la República, un sinnúmero de telegramas de Cámaras de Comercio de distintos lugares del país, protestando su apoyo decidido, por **solidaridad,** a la Cámara de Comercio de Puebla, sin conocer muchas de estas Cámaras siquiera la ley diz que origen de su protesta; sin conocer el texto y la forma en que dicha protesta fué hecha, declarando en la mayor parte de los casos que lo hacían únicamente por **espíritu de solidaridad.**

"Si este error siguiera tomando cuerpo, todas las asociaciones agremiadas cometerían la aberración, o de proclamar la infalibilidad de todos sus componentes, o de estar resueltos a apoyar, por espíritu de solidaridad, todos los errores que sus componentes pudieran cometer.

"Es tiempo de que todas las asociaciones gremiales estudien cuidadosamente el alcance de la palabra **solidaridad,** que estudien todas las ventajas que a sus asociados, a la sociedad y a la humanidad entera reportará tan noble precepto si es usado con las limitaciones que la moral y la discreción exigen, apoyando todos y cada uno de los actos de sus coasociados que estén dentro de esa misma moral y dentro de la más estricta equidad; y los trastornos que reportaría si este concepto se desvirtuara y si tratara de convertirse en fuerza bruta, para imponer, en forma incondicional, con toda la que pueden tener a sus alcances los gremios que la proclamen, aquellos actos de sus coasociados que signifiquen un error."

LA REPUBLICA ARGENTINA Y LA LIGA DE LAS NACIONES

A MEDIADOS de marzo de 1919, cuando se le hubo dado forma definitiva al Pacto de la Liga de las Naciones, incorporado en el Tratado de Paz firmado en Versalles el 29 de junio de ese año, los hacedores de ese convenio, representantes de los países aliados vencedores en la gran guerra, invitaron a una conferencia privada y enteramente sin carácter oficial a algunos Gobiernos de los países neutrales, para darles una oportunidad de expresar su punto de vista respecto de la Liga antes de que fuese adoptada esa convención definitivamente. Se deseaba que desde sus comienzos esos países invitados formaran parte de la Liga. A este respecto la Argentina expresó, por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Honorio Pueyrredón, que el Gobierno argentino aceptaba, en principio, la formación de la Liga propuesta por el Presidente Wilson, y que en reuniones privadas no debía su Gobierno adelantar opinión sobre sus condiciones; pero que tratándose de una Liga que había de establecer y regir la paz futura entre todos los pueblos, no cabía ya el distingo entre beligerantes y neutrales; es decir, que la Liga debiera ser obra de todas las naciones y no sólo del grupo de potencias triunfantes en la guerra europea.

Después de firmar el Tratado de Versalles y de habérsele hecho invitación oficial al Gobierno argentino para adherirse al pacto de la Liga, el señor Pueyrredón comunicó a su Ministro en París que el Poder Ejecutivo de la República Ar-

gentina había resuelto adherirse sin reserva alguna. Sin embargo, para que la Argentina integrara en esa corporación en toda forma, era necesaria la ratificación de su adhesión por la Asamblea Nacional, y esto no se había hecho al reunirse la Asamblea de la Liga, en Ginebra, a mediados de noviembre de 1920. El Gobierno argentino, antes de resolverse a ser parte constitutiva de la Liga, deseaba que en ella se fijasen ciertos principios. El doctor Pueyrredón, presidente de la delegación de su país a la Asamblea de la Liga, precisó, en su discurso de noviembre 17, los postulados y puntos de vista de su Gobierno, a saber:

''1.º Es esencial que todos los Estados soberanos, reconocidos por la comunidad internacional, sean admitidos a formar parte de la Liga de las Naciones, de tal modo que su no incorporación sea el resultado de una decisión voluntaria de su parte;

''2.º Todos los miembros del Consejo deberían ser elegidos por la Asamblea, de conformidad con el principio de la igualdad de los Estados, para que en un espacio de tiempo dado todas las naciones que forman parte de la Liga hayan estado representadas en el Consejo, y

''3.º Debe establecerse el principio del arbitraje obligatorio para todos los conflictos, salvo las cuestiones que afectasen los preceptos de la constitución política de los Estados; y debe establecerse una Corte de Justicia, investida de jurisdicción y sobre el principio de la igualdad de los Estados.''

En la sesión del 2 de diciembre, 1920, de la Asamblea de la Liga, se decidió aplazar hasta otra reunión de la Liga la consideración de las enmiendas al Pacto presentadas por diversas naciones y entre las cuales eran las enmiendas argentinas quizás las más importantes. El señor Pueyrredón comunicó entonces al Presidente de la Asamblea, de Ginebra, que ''el objeto principal'' del Gobierno argentino al enviar a esa Asamblea una delegación, era ''el de colaborar con enmiendas al Pacto, a la Constitución de la Carta, en la que esperaba hallar inscritos los ideales y principios que la Argentina ha sostenido siempre en materia internacional y de los que no puede apartarse;'' y que ''desaparecida esa tarea por el aplazamiento de las enmiendas,'' la delegación argentina debía ''cesar en su colaboración,'' es decir, retirarse, quedando de hecho fuera de la Liga.

El Ejecutivo argentino apoyó entonces, y antes había inspirado, la actitud de su delegación. Al tener noticias de lo hecho por el señor Pueyrredón, el Presidente de la Argentina, doctor Hipólito Irigoyen, cablegrafió a su plenipotenciario, por medio del Ministro de Relaciones Exteriores, expresándole su conformidad. De ese telegrama tomamos los siguientes párrafos:

''La permanencia de la Delegación habría implicado una desviación de los principios sustentados y una verdadera profanación a la integridad de ellos, que ninguna sanción posterior adoptada por el Gobierno argentino habría llegado a justificar.

''La nación argentina, parte integrante del mundo, nacida a la existencia con tantos títulos como cada una de las demás, no está con nadie contra nadie, sino con todas para el bien de todas. Ha asistido a la

Asamblea de la Liga sin prejuicios ni inclinaciones algunas, llevando en su definición de conceptos de una nueva vida universal, la unión santa que siente y profesa profundamente.

"Se ha encontrado sola en la hora de las deliberaciones sobre los ulteriores destinos de la paz humana, no buscando adhesiones y aun declinando las que gentilmente se le ofrecieran, porque no deseaba comprometer a nadie en la defensa de sus postulados, por sagrados que sean; pero sintiéndose poderosa para llevar al seno de la humanidad el aporte de su concurso, no debió omitir sus esfuerzos, y los deja cumplidos, íntimamente convencida de que, al fin, la suprema justicia se impondrá en el mundo."

Como los compañeros de delegación del señor Pueyrredón no estuvieran de acuerdo con él, opinando que la Argentina no debía retirarse, sino antes bien que el Congreso argentino debía ratificar la adhesión de su país a la Liga; y como le telegrafiaran al Presidente Irigoyen expresándole su parecer, éste se dirigió a uno de ellos en una carta que hubo de convencerlos, de la cual extractamos lo siguiente:

"Usted conoce, por la delicadeza infinita de la amistad que nos vincula, todo el alcance de mis designios. Debíamos reintegrar la patria a la plenitud de su autoridad moral, al ejercicio soberano de sus fueros y al normal funcionamiento de sus facultades constitutivas, para que volviera a derivarse, más allá de los tiempos, tal como surgiera en las emancipaciones y redenciones humanas, y restaurando todo lo perdido en el desastre pasado, fecundara su vida en progresiones superiores hacia sus infinitos destinos.

"Así como en una poderosa concepción política nos propusimos redimirla de todos sus males y desgracias, así también, por magnos juicios y actitudes concordantes, buscamos afirmar y consolidar su personalidad, en el orden internacional, elevándola al templo del honor, de la razón y de la justicia. Y es ese apostolado de fundamental esenciabilidad, el que ha tenido la virtud de culminar tan esplendentes soluciones, por lo que, de hoy más, la Argentina vibrará en la tarea renovadora de todos los perfeccionamientos y de los aspectos perdurables de la humanidad.

"Esta es la síntesis de mis profundos convencimientos, robustecidos por la más notoria evidencia de sus inmensos beneficios, que han hecho a nuestra patria eminente, grandiosa y hasta privilegiada del mundo, y símbolo de la más justa y sublime inspiración en pos de la paz universal."

CAMBIO DE GOBIERNO EN GUATEMALA

CENTROAMERICA está dividida de dos modos: geográfica e ideológicamente. Estas dos divisiones no coinciden. La geográfica separa, por ejemplo, al nicaragüense del hondureño; pero si ambos pertenecen a uno de los dos partidos políticos que constituyen la otra división centroamericana, la diferencia de patria desaparece; en todo caso es menos honda que la diferencia entre dos hondureños de partidos opuestos o entre dos nicaragüenses lo mismo. La divi-

sión geográfica sólo ha servido para mantener cinco gobernantes, quienes, para sostenerse en el Poder, han creado conflictos patrioteros: cuestiones de límites, etc. La división ideológica es la división verdadera. Los centroamericanos se dividen en liberales y conservadores. En el fondo todas sus luchas no han sido sino esfuerzos de uno y otro bando para dominar en todos los cinco Estados. Viendo las cosas con ojos claros, resulta falso hablar de guerra entre Honduras y Nicaragua, por ejemplo. No ha habido más que guerra de un gobierno liberal nicaragüense, al que se han unido los elementos liberales de Honduras, contra un gobierno conservador hondureño, al que se han unido los elementos conservadores de Nicaragua. Tal fué el caso en 1894. Tal fué el caso en 1907. Así ha obrado siempre la política centroamericana, y sólo El Salvador y Costa Rica se han apartado a veces del partidarismo ideológico, entablando sus pleitos políticos sobre base personalista, lucha de candidatos más bien que de partidos.

En un tiempo, cuando Morazán, liberal, y cuando los antiguos Chamorros, conservadores, esos partidos eran relativamente puros. Los hombres de los últimos treinta años han hecho degenerar ambos partidos. Tuvieron la culpa primero los liberales, cuyos gobiernos se convirtieron en horrorosas tiranías, siendo la de Zelaya en Nicaragua y la de Estrada Cabrera en Guatemala las más durás, y después los conservadores, con sus pactos con banqueros yanquis; de modo que ser liberal ahora significa no lo que antes—tener ideas avanzadas, separación de la Iglesia y del Estado, enseñanza laica obligatoria, abolición de la pena de muerte; en una palabra, liberalismo verdadero,—sino monopolios, robos, asesinatos políticos, concupiscencia en todo sentido; y ser conservador quiere decir otro tanto, añadiéndose, a semejantes títulos vergonzosos, el de "vende-patria."

Bandidos por un lado, bandidos por otro, esa es ahora la división en política—porque otra división verdadera no hay— que existe en Centroamérica. Hombres justos debe de haber, ya que no ha llovido fuego en esas tierras. Y si salvación tiene esa cara porción del continente latinoamericano, en esos hombres estriba. ¿Quiénes serán?

Seguramente no lo son los antiguos secuaces de los tiranos liberales; no lo son los que han vendido a Nicaragua, y tratan de vender a Guatemala y a El Salvador, por medio de empréstitos bochornosos, ni lo son tampoco los que se oponen a la Unión centroamericana, fuente de idealismo de la que sí podrá brotar un nuevo sentimiento de patriotismo puro.

Los sucesos recientemente ocurridos en Guatemala son, por esto último, dolorosos. No se lamenta el cambio de un gobierno conservador por un gobierno liberal: se lamenta un cuartelazo que ha hecho zozobrar la Unión parcial de Centro-América, pactada este año y que iba a llevarse a efecto a principios de 1922, cuartelazo que, además, ha sido causa de que un gobierno de raza no latina se entrometa en cuestiones latinoamericanas.

Los hechos ocurridos en Guatemala han sido los siguientes: Con fecha 5 de diciembre de 1921, el partido liberal federalista del Estado de

Guatemala hizo circular un manifiesto al pueblo guatemalteco, haciéndole un llamamiento para que así como derribó el régimen de Estrada Cabrera en marzo de 1921, se aprestara a cambiar por otro el régimen conservador que con don Carlos Herrera como jefe existía desde la caída de aquél. A la media noche de ese día, fuertes grupos de ciudadanos armados empezaron a recorrer las calles, instigados por generales del ejército. Estos se presentaron ante don Carlos Herrera y le pidieron que resignase el mando y ordenara que los cuarteles no hicieran oposición al movimiento de cambio de gobierno. Obligado a ello, el Presidente Herrera se resignó a deponer el mando. Acto continuo los cabecillas levantados organizaron un consejo de dictadura militar, presidido por el general José María Orellana, quien, desde ese momento, quedó constituído en jefe provisional del Poder Ejecutivo, con los generales José María Lima y Miguel Larrave, encargados de las Secretarías de Estado. Los miembros del Gabinete del Presidente Herrera fueron encarcelados "para contestar cargos que se les harían." También se hicieron cambios de jefes en los cuarteles y de personal en las oficinas del Gobierno, y se aprisionó a muchos ciudadanos. Toda la noche del 5 al 6 hubo tiroteos en las calles, causando pánico en la población, de los que resultaron un número de muertos y heridos.

El consejo militar en ejercicio del Poder Ejecutivo, publicó el 6 de diciembre un decreto convocando para sesiones extraordinarias a la Asamblea Legislativa, disuelta en septiembre de 1920 por los conservadores que bajo égida del unionismo habían derrocado a Estrada Cabrera. Reunióse ese cuerpo al día siguiente para tratar de la renuncia de don Carlos Herrera y designar su sucesor, la que fué presentada y aceptada, no sin la protesta enérgica de algunos diputados, el 8 de diciembre. El general Orellana y el licenciado Alberto Mencos fueron nombrados designados primero y segundo para ejercer la presidencia de la "República" de Guatemala.

La Unión de Centroamérica, tantas veces pactada y roto el pacto, quedó de hecho disuelta una vez más con el cuartelazo de los generales, pues la Asamblea del nuevo régimen aceptó el mensaje que le dirigió el Consejo Militar, en el cual se declaraban nulas, por "inconstitucionales," las negociaciones unionistas del gobierno del señor Herrera y se recomendaba la reconsideración de "todo lo relativo a la Unión Centroamericana."

En México la Unión de Centro-América había sido motivo de fraternal regocijo y entusiasmo, ya que, reconociendo su misión como avanzada de la raza latinoamericana, el pueblo mexicano no puede menos de interesarse como de cosa propia de todo lo que ocurre que afecte nuestro Continente. Las noticias del cuartelazo guatemalteco produjeron honda y amarga impresión. Expresando ese sentir general, la Cámara de Diputados de México, con fecha 15 de diciembre, aprobó una moción que dice así:

"Envíese por la Cámara de Diputados, mensajes a cada uno de los cuerpos legislativos de los países latinoamericanos, excitándolos a protestar por la intromisión del preto-

rianismo en la República de Guatemala, manifestándole a la vez a este país hermano que, con nuestro carácter de genuinos representantes del pueblo, declaramos nuestra su causa y hacemos votos por su pronta libertad.''

Bolivia, Costa Rica y El Salvador contestaron a este mensaje; pero no se tiene noticia en la redacción de **El Maestro** de que hayan obrado en conformidad con la excitativa mexicana. Pero en vista de que ni en Guatemala ni en el resto de la América Latina se vería con buenos ojos a un gobierno destruidor de la Unión Centroamericana, aun cuando contra ese gobierno no se levantara ni una voz, la asamblea que aceptó la renuncia del señor Herrera y que había declarado todos sus actos inconstitucionales, ha simulado aprobar lo hecho por el renunciante obligado, respecto a la Unión de Centroamérica.

Como se dijera que El Salvador y Honduras—los Estados que con Guatemala habían pactado la Unión —se alistaban militarmente para luchar si era necesario contra el nuevo régimen guatemalteco en caso de que éste quisiera desligar a Guatemala de la Unión, los Estados Unidos, que sostuvieron larga y cruenta guerra civil para mantener su unión cuando, siendo Lincoln Presidente, en 1861, los Estados del Sur proclamaron su separación de los Estados del Norte, dirigieron, sin embargo, una nota oficial al Gobierno de El Salvador, notificándole que el Gobierno norteamericano se sentía ''obligado a declarar que los Estados Unidos verían con la mayor preocupación toda tentativa de un país centroamericano, encaminada a ingerirse en los asuntos de alguno o de algunos de los otros países, ya sea por medio de invasión o bien ayudando a cualquiera de los partidos políticos de uno de ellos. Si alguno de los gobiernos de Centro-América ejecutara un intento de esa naturaleza, incurriría, por el hecho mismo, en las más graves responsabilidades consiguientes a embrollar a Centroamérica en una guerra que no podría dejar de causar el descrédito de dichos países a los ojos de todo el mundo civilizado. El Gobierno de los Estados Unidos tiene la más firme convicción de que ninguna unión federal podría ser impuesta por la fuerza. Por consiguiente, espera que el Gobierno de El Salvador, en sus relaciones con sus vecinos, durante la presente emergencia no faltará a cumplir los principios que fueron consignados en los Tratados de Wáshington en 1907.''

Los Tratados de Wáshington, pactados para diez años, se dieron por terminados en 1917, no renovándose debido a que los Estados Unidos se negaron a reconocer un fallo de la Corte de Justicia Centroamericana, tribunal establecido en virtud de esos tratados.

EL CONFLICTO SUDAMERICANO DEL PACIFICO

DESDE la independencia de Chile, Perú y Bolivia, las fronteras de estos países limítrofes habían sido causa de controversias entre Chile y Perú, por una parte, y Chile y Bolivia, por otra. Por un tratado secreto, de alian-

za ofensiva y defensiva que se firmó en Lima en 6 de febrero de 1873, se comprometieron el Perú y Bolivia a marchar unidos contra cualquier enemigo que amenazase su independencia, soberanía o integridad territorial. Por otro tratado, no secreto, del siguiente año, entre Chile y Bolivia, éste se comprometía a no imponer nuevos derechos por un período de veinticinco años a las industrias establecidas por los chilenos en la región del desierto minero de Atacama, sobre la cual Bolivia proclamaba soberanía. Sin embargo, alegan los chilenos, en 14 de febrero de 1878, el Ejecutivo de Bolivia sancionó una ley imponiendo tales derechos. Contra ese proceder se entablaron reclamaciones, las que tuvieron por resultado que el Gobierno boliviano, por decreto de 1.o de febrero de 1879, suspendiera las contribuciones que había impuesto, pero al mismo tiempo se desentendiera del tratado de 1847, y anulara los títulos de propiedad de la Compañía Chilena de Salitres y del Ferrocarril de Antofagasta, decretando la confiscación de sus bienes. Chile inmediatamente (11 de febrero, 1879) retiró su representante en Bolivia y rompió las hostilidades, desembarcando en Antofagasta un cuerpo de su ejército que impidió el despojo decretado por Bolivia. En 1.o de marzo se hizo público en Bolivia el desembarco de tropas chilenas en territorio de la República, se declaró el estado de guerra con Chile y se decretó la expulsión de todos los chilenos.

Perú trató de varios modos de intervenir en la discordia como pacificador; pero al mismo tiempo armábase para dar la ayuda contratada a Bolivia, por lo que, en 5 de abril, las Cámaras nacionales chilenas hicieron solemne declaración de guerra al Perú. Chile comenzó esta guerra estableciendo el bloqueo de Iquique, puerto principal de la provincia de Tarapacá, y de Antofagasta. Después de sangrientas campañas por mar y tierra, en las que derrotaron los chilenos a los aliados, Chile quedaba, en junio de 1880, en posesión del territorio que yace al Sur del Departamento peruano de Moquegua, y emprendía su avance hacia la capital del país invadido. A fines de octubre de 1880 parecía cercano el triunfo definitivo de Chile, y plenipotenciarios de las tres repúblicas beligerantes se reunieron en Arica, por mediación de los Estados Unidos de Norteamérica, celebraron allí, a bordo de un buque norteamericano, algunas conferencias que fueron inútiles, porque bolivianos y peruanos rechazaron las condiciones de cesión de territorio que imponía Chile.

La campaña chilena contra Lima terminó con la rendición de esta plaza capital y de la del puerto de Callao, a mediados de enero de 1881. No por esto quedó el Perú rendido. Antes bien, la encarnizada guerra se extendió durante más de dos años por toda la costa peruana y por una gran parte del interior, llegándose a dar la última batalla, de Guamachuco, a 10 de julio de 1883. Victoriosos los chilenos, ocuparon poco después y sin resistencia alguna los últimos baluartes del Perú, en Arequipa, Puno y Cuzco.

El 20 de octubre de ese año se celebró el famoso tratado de Ancón, haciendo la paz entre Chile y Perú, por el cual tratado la República peruana cedía a Chile, incondicional-

mente, el territorio de Tarapacá y convenía en que Tacna y Arica continuasen en poder chileno durante diez años, al cabo de los cuales sus mismos habitantes decidirían en votación popular, a cuál de las dos naciones habían de pertenecer definitivamente, debiendo, la que se quedara con Tacna y Arica, dar a la otra en cambio una suma de 10.000,000 de pesos.

Desde la batalla de Tacna (26 de mayo de 1880), Bolivia, por escasez de medios, no pudo auxiliar efectivamente al Perú en el curso posterior

El área sombreada de este mapa indica el territorio de Tacna y Arica, corazón de la disputa sudamericana del Pacífico.

de la guerra. Cuando vió que su aliado quedaba enteramente vencido, ella también entró en negociaciones con Chile y en abril de 1884 se convino en un pacto de tregua en el que se estipulaba que el litoral boliviano seguiría sometido a la jurisdicción chilena.

El plebiscito en Tacna y Arica, pactado para llevarse a cabo en 1894, no ha tenido lugar hasta esta fecha, debido a que en aquel año y más tarde no han llegado a ponerse de acuerdo los litigantes con respecto a la manera de hacer efectiva esa parte del tratado de Ancón. Han pretendido los chilenos que en la votación se admita a todos los residentes, y los peruanos que sólo a los nativos de Tacna y de Arica. Mientras tanto, Chile ejerce soberanía sobre esa rica comarca. Desde 1910 han mantenido rotas sus relaciones diplomáticas esas dos repúblicas, y desde antes de ese año la cuestión que las divide ha sido explotada por los políticos de uno y otro país para encariñarse con la patriotería, no sin la protesta viril contra esos modos de proceder, de muchos grupos de trabajadores, intelectuales y estudiantes.

La tregua firmada entre Chile y Bolivia en 1884 se mantuvo hasta 1895, año en que se firmó un tratado de paz entre las dos naciones. En este tratado, que no se llegó a ratificar, se estipulaba que en caso de triunfar Chile en el plebiscito en Tacna y Arica, ese país daría a Bolivia un puerto de mar en la provincia ganada. En 1904 se formuló otra tratado que sí se ratificó, por el cual Bolivia cedía definitivamente a Chile la provincia de Antofagasta, y Chile, en cambio, asumía el pago de ciertas deudas del Gobierno boliviano. Al mismo tiempo, para dar a Bolivia salida al mar, Chile construyó un ferrocarril de La Paz a Arica. Sin embargo, Bolivia desea tener puerto propio y recobrar, si le es posible, la provincia perdida. El Perú no ha dejado de protestar contra lo que asegura es prueba de la mala fe chilena: la construcción de un ferrocarril chi-

leno a través de un territorio de ninguna manera chileno por completo. En 1919 parecía inevitable la renovación de la guerra sudamericana del Pacífico. Había llegado al poder en Bolivia un gobierno revolucionario resuelto a recobrar el suelo boliviano antes cedido a Chile, y en el Perú el Congreso Constituyente del dictador Leguía declaraba nulo el tratado de Ancón.

En las sesiones de 1920 de la Asamblea de la Liga de Naciones, en Ginebra, Perú pidió que ese cuerpo internacional dirimiera su controversia con Chile. Como la Liga se inclinara a postergar la discusión de esta moción, el Perú se decidió a retirarla. En septiembre de 1921, Bolivia presentó a la Liga el mismo problema, pidiéndole que "revisara el tratado de 1904, de modo que le fuese devuelta la provincia de Antofagasta, con lo cual tendría el libre acceso al mar a que tiene derecho." Chile se opuso a que la Liga tratara de esta cuestión, y en septiembre 15 Bolivia retiró su alegato. Recientemente se ha querido que los Estados Unidos intervengan en ese pleito de familia, como árbitros del litigio. Sobre esta nueva fase del conflicto sudamericano del Pacífico, dolorosa para toda la América Latina, ya que toda diferencia entre pueblos hermanos la debieran resolver ellos mismos sin apelar a extraños, daremos amplia noticia próximamente.

SOLUCION DEL PROBLEMA IRLANDES

EN ESTA sección del número de noviembre de **El Maestro**, analizamos la cuestión irlandesa y dijimos las dificultades que para su solución tenían los políticos de Inglaterra e Irlanda. La última conferencia de plenipotenciarios de ambas partes, celebrada en Bírmingham, Inglaterra, durante el mes de noviembre y la primera semana de diciembre, por fin logró llegar a una acuerdo en la noche del 5 de diciembre, y al día siguiente la noticia de que Irlanda sería "Estado libre" electrizó al mundo.

En efecto, reconociendo por una parte que era justa la ambición irlandesa de ser un pueblo libre, y por otra la absoluta necesidad de no despedazar el Imperio Británico, los conferencistas acordaron dar su libertad a Irlanda; pero quedando ésta dentro del Imperio como "uno de los Estados libres (Canadá, la Confederación del Africa del Sur, Australia y Nueva Zelandia) que forman y constituyen la comunidad de naciones del Imperio Británico."

A Irlanda se le otorga tener parlamento propio con poderes para formular y dictar las leyes del Estado, un Poder Ejecutivo responsable ante ese parlamento, y propia representación diplomática. En su relación con la corona inglesa, Irlanda queda en igual posición que el dominio del Canadá, en virtud de lo cual, Inglaterra tendrá en Irlanda un gobernador general como representante del Imperio. En proporción a su población dentro del Imperio, Irlanda asume corresponsabilidad de la deuda de guerra de Inglaterra; pero, en cambio, Inglaterra indemnizará a Irlanda por las pérdidas ocasionadas a ésta en su dura lucha por la libertad en los últimos tres años.

Irlanda podrá tener ejército y armada propios, pero nunca mayores, con relación a su población que los

de Inglaterra. Irlanda concede a Inglaterra el libre uso de sus puertos y radas en caso de guerra o de peligro de guerra, e Inglaterra se compromete a defender a Irlanda contra toda invasión. Finalmente, Irlanda pacta dar entera libertad de religión.

Ulster, la región norteña de Irlanda, cuya población es enteramente de origen inglés, y protestante, queda incluída en el nuevo Estado libre; pero puede retirarse si así acuerda desde un principio, en el cual caso seguirá siendo provincia del Reino Unido de la Gran Bretaña, como hasta la fecha, y de ningún modo se le concederá ser Estado libre.

La prensa de todo el mundo alaba el arreglo y ve en Lloyd George, el primer ministro inglés, un sagaz político que ha sabido salvar de inminente disrupción el Imperio Británico. De ser aprobado ese tratado, y la opinión universal es que tanto el "Daily Eireann," de Dublín, como el parlamento de Londres, lo aprobarán, Irlanda queda en libertad para negociar su unión de Norte y Sur. Ulster, que ha sido separatista y antiindependiente, en vista del cambio de política de Inglaterra sin duda cambiará de opinión y, tarde o temprano, se solidarizará con el Sur de Irlanda.

EL CARDENAL MERCIER, DE SANTO DOMINGO

(Traducido de THE NATION, de Nueva York)

L hombre mejor parecido, o el más querido en Santo Domingo, así llaman los dominicanos a su Arzobispo. Efectivamente, ni la grave enfermedad que lo aquejó recientemente y cubrió de nieve su cabeza y aniquiló su organismo, pudo quebrantar su espíritu y su valor que salen a raudales por sus ojos cafés, colocados en el rostro más bondadoso y venerado. Es fácil darse cuenta de por qué dicen que es el "hombre más querido en Santo Domingo," pues ni el cariño que el pueblo dominicano tiene a su valiente y abnegado Presidente, el doctor Henríquez y Carvajal, excede al que se profesa a Monseñor Nouel.

Al domingo siguiente a la llegada de la Comisión Investigadora del Senado norteamericano, se cantó un solemne Te Deum, por el pronto restablecimiento de Monseñor Nouel, en la histórica catedral, bajo cuyas naves se encuentra la tumba de Cristóbal Colón, símbolo que une dos épocas memorables en nuestro hemisferio. Cuando el "peregrino" más anciano de los que arribaron a playas de Norteamérica a bordo del "May Flower" aún no había nacido, Santo Domingo se encontraba ya floreciente. El Arzobispo Nouel ha sido el partidario más decidido y el defensor más abnegado de esta civilización y esta cultura. No ha sido posible acallar la voz de este Cardenal Mercier del Mar Caribe.

Cuando estuve a visitarle se encontraba muy débil aún y temí provocar un esfuerzo perjudicial a su salud, presentándole con tal motivo un cuestionario, que contestó en una forma clara y precisa, ampliando sus respuestas con un dejo de humor que medio apaga el fuego inextinguible que no han podido sofocar cinco años de ley marcial. El señor Arzobispo ha llevado a cuestas una cruz pesada. Los sufrimientos de su pueblo, las persecuciones y torturas de que ha sido víctima, también han sido suyas. Ni él mismo puede substraerse a esta persecución.

El Arzobispo Nouel es un notable historiador, y en el año de 1918 pidió a Sevilla algunos documentos originales importantes para ampliar la segunda edición de la historia de Santo Domingo, escrita por él. Las fuerzas invasoras encontraron en el paquete que

le fué enviado al señor Arzobispo, algunos documentos que se relacionaban con "Carlos V, Emperador de Alemania." ¡Horror! Documentos alemanes.......Fueron confiscados y posteriormente destruídos, considerándose al señor Arzobispo como persona sospechosa. Culminó este incidente cuando las autoridades militares no le quisieron entregar un ejemplar del "Directorio de Misas" para el año siguiente. Este libro estaba impreso en latín y le había sido enviado a Monseñor Nouel de Roma; forzosamente debía ser algún tratado alemán en clave. ¡Hermosa lógica y manera de pensar de las autoridades militares que controlaban la administración de Santo Domingo para que pudiera subsistir la democracia mundial!

¿Quién, después de haber visto a Adolfo Nouel, puede dudar que Santo Domingo recobrará su libertad?, a pesar de las comisiones de disimulo, del militarismo, del imperialismo financiero y de la incesante propaganda con que se pretente comprobar que todos los habitantes de Santo Domingo y Haití sienten cariño por los invasores. Un puñado de agitadores políticos y de descontentos constituyen la única excepción. Para estos individuos y para quienes creen como ellos, el Arzobispo Nouel es un agitador político y un descontentadizo. Efectivamente lo es —¡Dios lo bendiga!— Está descontento con la tiranía extranjera y con la opresión. Es un agitador que predica la libertad, la justicia, el derecho divino de los pueblos para ser dueños de sus destinos, animado por el mismo espíritu que en el año de 76 prevaleció en los Estados Unidos de la América del Norte.

Damos a continuación el cuestionario y las respuestas del Arzobispo Nouel:

¿Cuáles son sus deseos en lo que se refiere a la República de Santo Domingo y a la ocupación norteamericana?

—Mi deseo es ver esta república disfrutando libremente de su independencia, libertad y soberanía.

¿En su concepto es ese el deseo general del pueblo de Santo Domingo?

—Es el deseo unánime del pueblo dominicano.

¿Cree usted que está justificada de alguna manera la ocupación militar de la isla?

—Creo que la invasión norteamericana no está basada en ninguno de los principios del derecho y la justicia, y que por ningún motivo está justificada.

¿Cree usted que los cinco años de ocupación militar han beneficiado en alguna forma a los dominicanos?

—No creo que hayan obtenido ningunas ventajas ni beneficios de la intervención; por el contrario, considero que se han defrau-

dado completamente las esperanzas del pueblo de Santo Domingo con respecto a la ocupación norteamericana.

¿Qué sabe usted del estado de ánimo en la América Latina con motivo de la ocupación norteamericana y los sentimientos que abriguen las otras repúblicas latinoamericanas hacia los Estados Unidos?

—Cuando estuve en Roma, el año pasado, tuve oportunidad de hablar con varios señores arzobispos y obispos de diferentes partes de Sur y Centroamérica, y la opinión de estos señores fué siempre que la intervención es injustificada. Más aún, se expresaron con franqueza, diciendo que sus países deben estar listos porque nadie sabe a quién le toque después.

¿Qué mensaje quiere usted enviar al pueblo de los Estados Unidos, amante de la libertad y de la justicia, es decir, casi en su mayoría, o por lo menos hasta hace poco ignorante de lo que ha ocurrido en Santo Domingo y Haití durante los últimos cinco años?

—El único mensaje que quiero enviar al pueblo de los Estados Unidos que ama la libertad y la justicia, es que, en mi concepto, parece imposible que el mismo pueblo que derramó generosamente su sangre y segó lo más granado de su juventud en defensa de la libertad, quiera, al mismo tiempo, privar a un pueblo débil y pequeño de esa misma libertad e independencia que le corresponde por herencia desde hace casi un siglo.

¿Qué conducta cree usted que debe seguir el pueblo dominicano, si el Gobierno de los Estados Unidos no satisface sus aspiraciones?

—La única conducta que yo puedo aconsejarle, es que confíe en Dios, dueño de nuestros destinos, y que espere con paciencia.

Historia

LA MUERTE DE DON SANTOS DEGOLLADO

POR ALFONSO TEJA ZABRE

LA vida heroica de don Santos Degollado parece una constante lucha en contra de la adversidad, desde la infancia pobre y obscura y la juventud ardorosa enervada entre la penumbra de una sacristía, hasta su época de caudillo y de reformador, en la que los fracasos militares se transforman en desastres, los errores políticos se convierten en crímenes de lesa patria, las buenas intenciones son retorcidas por la calumnia, y las propias virtudes sirven de pasto a la envidia. Pero el último capítulo de esta vida golpeada, parece reunir y aglomerar en un tiempo brevísimo una lluvia de adversidades. Ya no es la mala suerte, sino algo superior y más trágico, los sucesos corren con velocidad fulgurante, los errores se entrelazan con las torpezas y las imprevisiones se anudan con las casualidades, como para urdir una red mortuoria. Es la aparición del viejo Destino que fragua sin cesar sobre la cabeza de los mortales sus rayos de tormenta; es el antiguo Destino invisible de las tragedias helénicas, más fuerte que los dioses, y que busca para destruir con su fuego los corazones más puros y las fuentes más altas.

La relación de tales hechos no sólo debe interesar por su aspecto dramático y su desarrollo emocionante, ni es tampoco algo de pura importancia personal, digno únicamente de encerrarse entre los límites de una biografía; y aunque por estas solas circunstancias merece recordación, puesto que la víctima en este drama es un gran mexicano, y los rasgos biográficos que aparecen son los de una gran personalidad humana, en este caso deben agregarse el interés de las enseñanzas sociales que encierra y el de los delicados problemas morales que suscita.

Hay en los sucesos que precedieron y ocasionaron la muerte de don Santos Degollado circunstancias tan reveladoras, que pueden servir de lección para todos los tiempos: celos políticos, imprevisiones militares, lentitudes administrativas, toda una trama de esa gran telaraña que ha ceñido el cuerpo de la Nación desde la época colonial, y ha estorbado su marcha hacia el progreso. Tal vez sea útil exponer una vez más esta lección, consagrada por la sangre de aquel de nuestros héroes que mejor supo sacrificarse por la

Patria, y del cual no solamente puede decirse que murió por ella, sino más aún, que sufrió por ella toda su vida.

Los actos de la obscura tragedia que vamos a relatar se sucedieron en unos cuantos días. El 3 de junio de 1861 se supo en la ciudad de México que don Melchor Ocampo había sido capturado en Pomoca, y el día 4 que sus mismos aprehensores lo habían asesinado. El clamor público se encendió airadamente, y don Santos Degollado, que no tenía motivos especiales de afecto para el mártir de Pomoca, pero que nunca dejó de ofrecerse en cuerpo y alma para servir de paladín a las causas justas, quiso inmediatamente salir en busca de los asesinos.

Si hubiera obedecido a sus primeros impulsos, el mismo día 4 de junio, con unos cuantos amigos, tal vez sin más compañero que su fiel ayudante José María Gómez, o seguido por don Benito Gómez Farías — que fué como el escudero de este caballero andante, — habría hecho su última salida como desfacedor de agravios, sin ver para dónde acometía, mal guiado por sus ojos enfermos y sus nervios temerarios, sin más preparaciones que ceñir al cinto la pistola y montar en su caballo consentido, *El Pollo,* que precisamente en aquellos días disfrutaba en una pensión de merecidas vacaciones. Y sus contendientes que esperaban, acechando entre los montes, eran los guerrilleros sin ley, los hombres que tenían por capitanes a Leonardo Márquez, el de la roja fama, y a los torvos salteadores Lindoro Cajiga, José María Gálvez y el Chato Alejandro.

Seguramente hubiera salido a pesar de todo, tan mal pertrechado como el Caballero de la Triste Figura, pero lo retenían en la ciudad de México muy vulgares obstáculos. Había sido el General en Jefe del ejército liberal, pero su jerarquía se hallaba sujeta a un lento juicio, sabiamente enmarañado entre jurisdicciones, competencias y moratorias. Era un General y podía menos que un soldado. Estaba en México, no sólo bajo la autoridad de los tribunales militares y de las Comisiones Instructoras de la Cámara de Diputados, sino ante el gran jurado de la opinión y de la prensa, y tenía que responder a la justicia rígida, al sectarismo y a la mala fe. Todo era bueno para echárselo al rostro con violencia: el asunto Forbes-Barrón y el robo de la conducta de Laguna Seca, la derrota de la Estancia de las Vacas y el malhadado proyecto de pacificación de Mr. Mathew. Y como nadie, o casi nadie, se alzaba para defender a un general procesado, sin mando de tropas, pagado a medias, con muy pocos recursos y menos amigos todavía, él mismo tenía que hacer de periodista y de defensor.

Para allanar todas las trabas, el propio día 4 de junio se presentó Degollado en el Congreso, y en una sesión tumultuosa y memorable, obtuvo permiso para salir a campaña.

El día 5 de junio escribió al Ministerio de la Guerra un ocurso perentorio, solicitando que se aprovecharan desde luego sus servicios en el ejército. En esta conducta aparentemente ansiosa, no hay ese deseo de obrar en caliente de los que tienen miedo de arrepentirse, sino que se advierte una templada decisión, un impulso férreo, enérgico y sereno. Esta firme rapidez de don Santos Degollado, hacía contraste con la firme lentitud del que era entonces la figura política más alta de la República, del Presidente de bronce, don Benito Juárez. Y tal vez el choque sordo de estas dos firmezas contradictorias, tuvo parte en los incidentes más penosos de la vida pública de Degollado, y es posible que hasta en los sucesos trágicos que precedieron a su muerte.

Ha habido algún historiador, apasionado enemigo de Juárez, que insinúe la idea de que la inacción en las esferas administrativas superiores, la falta de elementos que perdió a Degollado, no fueron extrañas a la mala voluntad que tenía el Presidente para el ex-General en Jefe y ex-Ministro de la Guerra. (Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma, por Francisco Bulnes.)

Ya veremos en el curso de este relato cómo tales conjeturas no son más que suposiciones muy problemáticas, y cómo la catástrofe que costó a Degollado la vida, es el desenlace de una larga serie de pequeños sucesos, y no la obra deliberada y directa de una sola mano.

Lo que sí es imposible negar es que la falta de acuerdo entre don Benito Juárez y don Santos Degollado, se hizo más visible que nunca en esta ocasión. La Cámara de Diputados, sin rehabilitar a Degollado, lo dejó en aptitud "de prestar sus servicios a la causa constitucional" y el Ministro de la Guerra lo nombró General en Jefe de "las fuerzas que deben obrar sobre los asesinos Zuloaga, Márquez y demás facciosos que merodean por el rumbo de Toluca." Dichas fuerzas, según la minuta de contestación que el mismo Ministro ordenó se enviara a Degollado, deberían componerse del Batallón de Rifleros de San Luis, Regimiento Defensores de la Libertad, media batería de montaña de la División de Zacatecas, y la caballería que el Gobernador del Estado de México pudiera proporcionar.

Esto era en el papel timbrado del Ministerio de la Guerra. En realidad fué mucho menos. El mismo Degollado llama a las tales tropas que se le iban a confiar "una pequeña brigada." Pero ya hemos dicho que era bien capaz de salir a un combate sin más elementos que los propios, y hasta manifestó expresamente su decisión de pelear como simple guerrillero en el oficio que dirigió al Ministerio de la Guerra. Así es que el día 7 de junio salió para Tacubaya y el 8 para Lerma; en este punto pernoctó la tropa, según dice el mismo General en el cuaderno de sus apuntes, que se encontró en

su cadáver. Y agrega: "Nos detuvimos dos horas en el llano de Salazar tiroteando al enemigo. Yo me adelanté a Toluca."

El mismo día 9 de junio en que llegó a Toluca estudió un plan de campaña, en unión del Coronel O'Horán, lo aprobó y lo remitió a México, y comenzó desde luego los trabajos para la organización de su "brigadita".

Aquel organizador de los ejércitos que lidiaron en la Guerra de Tres Años, el que supo sacar de la carne del pueblo las columnas liberales que después de foguearse en múltiples derrotas, conocieron al fin el triunfo definitivo en Calpulálpam, se dispuso a formar un núcleo de tropas, como siempre lo había hecho, sacándolo de la nada.

Para que se comprendan los esfuerzos humildes de aquellos últimos ocho días, para convencerse de la buena fe con que el gigantesco luchador trató de ajustarse las piezas de una exigua armadura, es necesario leer los renglones de su libro de apuntes, y la carta que el mismo día 9 de junio envió al General González Ortega.

La "mínima brigada" se reducía al Batallón de Rifleros de San Luis y al cuerpo llamado Lanceros de la Libertad. El General Berriozábal, Gobernador del Estado de México, sólo pudo proporcionarle *catorce dragones*. El parque para rifle alcanzaba a cuatro paradas por plaza, y eso en malas condiciones. Las piezas de artillería tenían cincuenta tiros cada una, y para la media batería de montaña no había ni un solo oficial. Los haberes apenas eran suficientes para llegar al 15 de junio, y de los pocos oficiales disponibles, algunos necesitaban caballos y equipo. Los proveedores rapaces no dejaban de aparecerse de vez en cuando, aunque la presa que espiaban no era muy codiciable por su riqueza; vale la pena mencionar estos datos curiosos y reveladores, que demuestran al mismo tiempo la atención cuidadosa que empleaba Degollado en sus tareas: "Junio 12.—Compré un caballo alazán en ciento cincuenta pesos y un prieto en ochenta y cinco.—Junio 14. Devolví el caballo prieto por estar lacrado." (Del cuaderno de apuntes.)

Todavía fué necesario disminuir el efectivo de la brigada, enviando a México una sección, y con ella a los Coroneles Agustín Cruz y Tomás O'Horán, para gestionar el envío de oficiales, parque y recursos, y hacer presentes al mismo Ministro todas las necesidades de la tropa.

Al fin llegaron noticias de que auxilios enviados de la ciudad de México iban a ponerse en camino. Según los informes recibidos en Toluca, el 15 de junio a las seis de la mañana saldría de Tacubaya un convoy militar, llevando parque y armas, y a las órdenes del Coronel O'Horán. Como este convoy era preciso en aquellos momentos, y tenía que atravesar por lugares de mucho

peligro, sin ser suficiente para defenderse por sí mismo, Degollado se dispuso a protegerlo. No tenía otra custodia que ofrecer a sus auxiliadores, más que un puñado de hombres mal pertrechados, y creyó servir mejor a los que venían en su auxilio, exponiendo para ello su propia persona.

El Coronel jefe del Batallón de Rifleros de San Luis, don Félix Vega, que se hallaba en Lerma con sus tropas, recibió órdenes escritas de don Santos Degollado, en la noche del día 14, para estar listo a las seis de la mañana del día siguiente. Antes del alba salió el mismo General Degollado de la ciudad de Toluca, a pesar de que algunos amigos le suplicaron que no asistiera personalmente a la expedición. Lo acompañaba el Gobernador Berriozábal, resultando que los dos generales llevaban a sus órdenes, al salir de Toluca, un escuadrón de caballería de los lanceros de la Libertad y una pequeña pieza de montaña.

Es de presumirse que el General Berriozábal no concurría con gran entusiasmo a la maniobra que Degollado había concebido, y esta suposición parece confirmarse por el tono de sus partes oficiales, dirigidos después de los sucesos al Ministerio de la Guerra.

Así como ha habido quien haga indirectamente culpable a Juárez del desastre que vamos a referir, y del mismo modo que el Ministerio de la Guerra atribuyó toda la culpabilidad al Coronel O'Horán, no ha faltado quien señale vagamente a Berriozábal como uno de los factores determinantes de la desgracia. (Partes relativos al Coronel Vega, publicados en la Colección de Documentos de don Genaro García.—El Libro Rojo.—Santos Degollado, por Angel Pola.—Págs. 392-93.) Como ya se ha dicho, toda inculpación en este caso viene de temeridad o de informes parciales, pues si se juzga con equidad, sólo se encuentra esa cadena de hechos insignificantes, que se van juntando fatalmente hasta causar las supremas catástrofes. Que se suprima un eslabón de esta cadena, que O'Horán salga puntualmente de Tacubaya, que los exploradores descubran oportunamente la presencia del enemigo, que los guías no lleven a la tropa por el peor sendero, que los clarines no se apresuren a tocar diana antes de tiempo en la cima del Monte de las Cruces, que la descubierta de los Rifleros de San Luis no quede cortada del grueso de la tropa, que se suprima un solo eslabón, y no hay fuerza humana tan poderosa, así sea la mano de hierro de don Benito Juárez, que pueda reunir los tramos rotos de la cadena del Destino.

Antes de las siete de la mañana llegaron a Lerma los Generales Berriozábal y Degollado con su gente, se reunieron en este punto con el Batallón de Rifleros de San Luis, y continuaron inmediatamente su marcha.

Tomaron el camino real de México, y antes de llegar a un

paraje llamado El Portezuelo, donde se hizo un alto, Degollado explicó al Coronel de Rifleros los planes de la expedición.

Mostró al mismo Coronel Vega una carta, en la cual se le avisaba la salida del convoy, a las órdenes de los Coroneles Cruz y O'Horán. Se dispuso la marcha de columna, de acuerdo con el General Berriozábal. Los planes no eran muy complicados, porque ni las circunstancias, ni los elementos disponibles se prestaban para mayores combinaciones. Una pequeña exploración, destinada a no encontrar ni huella de aquellos enemigos que sabían pelear en forma de guerrillas invisibles; marchar después por el camino real hasta los llanos de Salazar, en este punto desviarse y ascender por la serranía, despejar las alturas y seguir por ellas hasta el llamado cerro de la Pila, y en este sitio, que era el más peligroso para el convoy esperado, por ser guarida y reparo habitual de los bandoleros, hacer la reunión de las dos columnas, y continuar ya juntos con dirección hacia Toluca.

El Coronel Vega indicó que, no habiendo seguridad de que el convoy hubiera salido de Tacubaya a las seis de la mañana como estaba dispuesto, era preferible esperar la diligencia de México, y obtener de los pasajeros datos precisos a este respecto. Llegó la diligencia de México, y el ayudante Francisco Taboada comunicó a Degollado que, según sus noticias, el convoy todavía estaba en Tacubaya a la hora en que la diligencia salió de dicha población.

Era prudente esperar algún aviso, o retrasar el avance, y el General Berriozábal lo mismo que el Coronel Vega, hubieran con mucho gusto aplazado la expedición, y hasta parece que el primero de estos jefes llegó a indicar la conveniencia de retroceder hacia Lerma. Lo que pensó Degollado no lo sabremos nunca de un modo preciso, porque todos estos sucesos no se saben más que por testigos interesados o por presunciones, y es seguro que si conocemos algo de la verdad, nunca conoceremos toda la verdad.

Pero es necesario apurar la imaginación para adivinar los pensamientos y las resoluciones de Degollado en el trance que vamos refiriendo. El, que era el soldado menos militar, tenía sin embargo las más altas virtudes que honran a un soldado: disciplina, bravura y abnegación.

Tenía que proteger el paso de un convoy, que iba a pasar bajo los fuegos de un enemigo emboscado, con crueldades y astucias de fiera montaraz. Se habían cambiado comunicaciones y órdenes, se habían formado planes, y aunque el convoy saliera con retraso de Tacubaya, tendría que salir de todos modos, seguiría el camino real de Toluca, y al pasar por los puntos que domina el cerro de la Pila, llevarían O'Horán y Cruz la confianza de que entre aquellas alturas intrincadas, eran custodiados y protegidos por tropas amigas y que desde ese lugar ya no caminarían solos el resto del viaje,

sino que lo harían reforzados por la columna de auxilio, con su General en Jefe a la cabeza.

Para Degollado, retroceder a Lerma o detener su avance, era exponer al convoy de refuerzos a un ataque doblemente peligroso; continuar hacia adelante, era exponerse a no encontrar el convoy, y a lidiar con fuerzas desconocidas en terreno desconocido, en la propia madriguera de los facciosos.

Degollado aceptó con toda naturalidad la situación más peligrosa para sí mismo, y sin duda por esto se empeñó en marchar personalmente con el Batallón de Rifleros, a pesar de las indicaciones contrarias del Coronel Vega.

Y la fatalidad seguía entretejiendo sus ligaduras invisibles: aunque los exploradores no anunciaban la presencia del enemigo, sí pudieron después de un ligero examen dar cuenta de que la marcha de la columna no se podría realizar según el proyecto, porque las veredas y senderos que subían hacia la parte más elevada de la serranía no eran accesibles para los jinetes, y menos aún para la pieza de artillería. Fué preciso dividir la columna en dos partes: los hombres del Batallón de Rifleros subirían al monte y seguirían por el filo de la sierra hasta el cerro de la Pila; la caballería y la pieza de montaña quedarían a las órdenes del General Berriozábal, con instrucciones de esperar a que el Batallón de Rifleros ganara las cimas, y continuar después su camino hasta encontrar el convoy o reunirse con Degollado al pie del cerro de la Pila. Para servir de sostén a la pieza de montaña, todavía se disminuyó el Batallón de Rifleros desprendiéndose de treinta hombres, que por una circunstancia de mal augurio se quedaron con la bandera del mismo batallón, como si previeran el desastre y quisieran salvar cuando menos la insignia.

Seguramente la nueva disposición de marcha agradó menos aún que todos los sucesos anteriores a Berriozábal y a Vega. Pero este último, como buen soldado a quien se confía una misión peligrosa, se dispuso a obedecer dignamente, y del mismo modo el General Berriozábal se aprestó a cooperar en el movimiento, quedando entendido de que la señal anunciadora de que el Batallón de Rifleros estaba posesionado de las alturas, sería el toque de diana.

Se escogió un guía, elegido por Degollado de entre los hombres del Escuadrón de Lanceros, y sin esperar más, los infantes del Coronel Vega, el General en Jefe con algunos de sus oficiales que fungían como miembros de su Estado Mayor, entre ellos el Ayudante José María Gómez, comenzaron su ascensión hacia la muerte.

El guía, como un inconsciente instrumento de la adversidad, los condujo por una vereda tortuosa, muy honda y accidentada.

Las tropas de Berriozábal, apostadas abajo, en el camino, vieron al último hombre perderse entre los matorrales. Después de una gran pausa llena de ansiedad, se escuchó repentinamente una descarga de fusilería, que anunció la presencia de los facciosos. El Coronel Vega dió órdenes para apresurar la ascensión, hizo adelantar la descubierta a las órdenes del Comandante Soberón, y movió hacia el flanco izquierdo una compañía. Después de una lucha rápida y heroica, llegó el Batallón de Rifleros a la cima, y los soldados lanzaron vítores y gritos de triunfo, dejándose oír los toques de una diana jubilosa.

El General Berriozábal oyó con satisfacción la diana, y se puso en marcha desde luego, sin darse cuenta de que el triunfo que le anunciaba aquella música era efímero.

En efecto, la descubierta que se adelantó a las órdenes del Comandante Soberón fué tan rudamente tiroteada, que resultaron heridos el mismo Comandante y varios oficiales, y numerosos muertos, heridos y dispersos entre la tropa; al llegar a la cima los hombres de Soberón, en vez de esperar a sus compañeros, tal vez desmoralizados por el estrago que habían sufrido, con sus jefes inmediatos heridos, volvieron a emprender su camino en sentido opuesto, y comenzaron a descender hacia la llanada, con el deseo de reunirse nuevamente a la caballería de Berriozábal y a los infantes que se quedaron de sostén con la pieza de montaña.

Pero ya el General Berriozábal debía encontrarse mucho más lejos, porque cuando terminaron su descenso estos soldados de la descubierta, después de bajar casi en huída, sin que el enemigo dejara de fusilarlos, ya no pudieron encontrar el apoyo que creían, y comenzaron a dispersarse francamente, a pesar de los esfuerzos que hacían para contenerlos sus oficiales, casi todos heridos.

El desastre se fué precipitando. Eran cerca de las doce de la mañana, y a esa hora aún no salía el convoy, y Berriozábal iba ya muy adelantado en su camino hacia México, creyendo que las tres columnas se unirían con toda felicidad al pie del cerro de la Pila. Y en realidad, los hombres que quedaban del Batallón de Rifleros, con el General Degollado y el Coronel Vega a la cabeza, quedaban acorralados en lo alto del monte, casi sin parque y sin más esperanza que un auxilio imposible. Se intentó el último recurso, enviando al Ayudante don Perfecto Soto para que alcanzara a Berriozábal y lo hiciera retroceder en auxilio de la fuerza de Soberón y del mismo Batallón de Rifleros.

Ya era demasiado tarde, porque el General Berriozábal se había movido tan eficazmente, que cuando el Ayudante Soto pudo alcanzarlo, a las cuatro y media de la tarde, cerca de la Hacienda del Contadero, ya la tropa de Soberón había desaparecido por muerte y dispersión, y era imposible regresar en auxilio de los Rifleros,

que en aquellos momentos ya estaban muy próximos a sucumbir. En cuanto al deseado y esperado convoy, salió de Tacubaya entre cuatro y cinco de la tarde, se unió poco después a Berriozábal, y no pudieron las dos columnas juntas intentar más auxilios que una exploración del camino real con dirección hacia Toluca, hecha por el Escuadrón de Lanceros de la Libertad y después por los Lanceros de Lerdo, mandados por O'Horán. Pero muy pronto estos mismos socorros tuvieron que detenerse, paralizados por la noche y por las noticias y datos que iban descubriendo en el tránsito.

Así es que don Santos Degollado se encontró desde el mediodía en las espesuras del Monte de las Cruces, bien rodeado por las partidas que capitaneaban bandoleros sin alma y casi sin nombre, llamados reaccionarios porque combatían contra el gobierno liberal, pero realmente sin más bandera que la del pillaje. Entre los jefes que aquel día lograron cercar al Batallón de Rifleros, pueden citarse los nombres de José María Gálvez y el Chato Alejandro.

La escasez de parque, anunciada como un peligro de muerte al Ministerio de la Guerra por Degollado, se dejó sentir con aterradora evidencia. Mientras los soldados tuvieron balas en sus fusiles, lograron detener a su invisible enemigo. Los jefes les infundían valor con la esperanza de un auxilio próximo, con el regreso de Berriozábal, con la llegada de Cruz y de O'Horán..... Pero a las tres de la tarde se disparó el último cartucho, y ya la resistencia sólo fué sostenida por la desesperación, tan cegadora como la esperanza. Con el Batallón de Rifleros estaba nada menos que el antiguo General del gran Ejército Republicano, el vencedor de Guadalajara y de Cuevitas, el caballero Bayardo de la causa liberal. No era posible rendirse a unos salteadores de caminos. Era necesario luchar hasta la muerte.

Los oficiales llegaron a hacer creer a aquellos valientes que podían defenderse con las bayonetas, y a la bayoneta fué defendido el punto más importante que hasta entonces habían conservado, una eminencia que sobresalía y dominaba el resto del monte; allí se combatió cuerpo a cuerpo, en peleas singulares, hasta que el jefe del destacamento defensor, el Capitán Juan Guerrero, cayó en poder de los asaltantes.

Ya éstos habían ofrecido entrar en tratos para la rendición, por medio del toque militar de "parlamento admitido", pero el Coronel Vega, que obedecía las órdenes del General Degollado, no a endió a la señal de dichos toques, y continuó intentando sostener el ánimo de su gente.

Todos se daban cuenta de que en el llano, cerrando todas las bajadas, la misma caballería enemiga que había destrozado a la tropa de Soberón, estaba ya esperando el descenso de los fugitivos

para coronar y rematar con su persecución aquella jornada. Cuando se perdió la eminencia que defendía el Capitán Guerrero, cuando ya no era ni físicamente posible resistir, autorizó Degollado que se diera el toque de retirada.

¡Sálvese el que pueda! Ya no hubo entonces ni generales, ni coronel, ni soldados, sino hombres en fuga. Por una ironía final de la suerte, todavía pudo Degollado ir descendiendo con trabajo por los senderos escabrosos, llevando su caballo por la brida, con la pistola en la mano y defendiéndose personalmente. A su lado murió su Ayudante José María Gómez, y en la ansiedad de la derrota los oficiales que lo habían acompañado tuvieron que irse separando de él, para seguir cada quien la ruta que le marcaba la necesidad.

Fué como un milagro que el jefe vencido pudiera llegar con vida hasta el llano, todavía acompañado por el Teniente Coronel Castañeda, el único que había podido seguirlo, y fué más insólito aún que ambos pudieran sortear la cadena que sus enemigos formaban al pie del cerro.

El Coronel Vega, que también había podido salvarse por otro rumbo, los vió desde lejos, y se dió cuenta de cómo salieron de aquella barrera mortal, combatiendo palmo a palmo, hasta ganar los montes vecinos y perderse en la espesura. Llegó a creer que podían salvarse.

Pero detrás de ellos se lanzó con furia la persecución de los salteadores, que no se resignaron a perder la presa más codiciable. Conocían como verdaderas alimañas de la tierra aquellas fragosidades, y no tardaron en alcanzar a Degollado. Todavía se defendió el héroe con los últimos tiros de su pistola, pero al fin fué cogido y obligado a caminar entre sus aprehensores. En aquellos momentos de confusión, nadie pudo ver más: por informes muy vagos sabemos que un indio apellidado Neri le disparó por detrás con rifle, que el Chato Alejandro le dió una lanzada en el cuello, y algún otro lo remató, disparándole a quemarropa en el pecho. Las heridas que se encontraron después en su cadáver confirman estas versiones, o son tal vez la causa de que estas versiones se hayan formado.

La Historia sólo puede recogerlas a falta de mejores datos, pero sí puede asegurarse con firmeza que nunca fué más exacta la frase que el laconismo guerrero coloca en los partes de honor: "Murió combatiendo".

En cuanto a la suerte que tuvieron los restos del famoso General de la Guerra de Tres Años, desde el despojo de sus vestidos, su entierro transitorio en Huixquilucan, el simbólico anillo que un soldado arrancó de su mano ya muerta y que tenía esta inscripción "Todo por Ti," abajo del escudo nacional, sus honras

fúnebres en la montaña, su tumba en el Cementerio Inglés, que se creyó provisional y va resultando definitiva, deben ser motivos de otra relación.

La suerte que han tenido los restos mortales de Degollado, lo mismo que su nombre y su fama, está íntimamente reunida con un fenómeno que se ha designado con la frase de "ingratitud nacional". Seguramente hay mucho en México de esta ingratitud, como la hay en todo organismo colectivo y humano, pero la figura de don Santos Degollado obliga a pensar en los problemas no resueltos aún del choque entre la moral personal y la moral social, en el destino de los redentores populares, en la omnipotencia del éxito y en otras incógnitas que no pueden dilucidarse sin emprender previamente hondas investigaciones y largos debates de dudoso éxito.

Pero en el corazón de todo mexicano, cuando conozca en verdad la existencia del héroe más puro de nuestra Historia, todas las incógnitas quedarán como interrogaciones para los eruditos, y se desvanecerán con estas palabras:

¡Sufrió por la Patria y murió combatiendo!

HISTORIA UNIVERSAL

EL IMPERIO PERSA

SERA conveniente relacionar la historia de los medos con la de los persas por dos razones: 1.ª El pueblo de ambos países pertenecía a la misma raza; 2.ª Aun cuando Media y Persia tuvieron en un tiempo gobiernos separados, sin embargo, Media fué absorbida pronto por Persia.

121.—En la planicie oriental de la cadena Zagros — la llanura de la antigua *Irán* — habitó una raza fuerte, la de los medos, y una raza afín, la de los persas. Ambas eran arias puras.

Origen de las Razas

Eran inmigrantes del asiento original nordoriental del tronco ario. Por varios movimientos sucesivos, a los que no se dió fin hasta el siglo VIII a C., se establecieron en las montañas de Media y Persia.

Medos Primitivos

122.—Se tiene noticia de los primeros medos en relación con los asirios. Por el año de 710, a. C., Sargón, monarca asirio, conquistó una parte del territorio de Media, y estableció en ella colonias, en las cuales instaló a los israelitas de las ciudades de Samaria, que habían sido llevados como cautivos por los asirios.

Elevación y Caída

123.—Pero los asirios no pudieron mantener en sujeción a los medos, quienes crecieron en poder y establecieron una gran monarquía meda bajo Cyaxares, 635 a. C. Cyaxares fué un rey conquistador: al invadir Asiria destruyó Nínive, en 625 a. C., e hizo avanzar a las armas medas hacia el Oeste, hasta penetrar al Asia Menor. Este rey, fundador de la monarquía meda, fué sucedido por su hijo Astiajes, bajo cuyo breve reinado en Media se abrió paso al gobierno de Persia, bajo Ciro el Grande.

Persas Primitivos

124.—Durante este primitivo período de la monarquía meda, los persas habían establecido también un reinado (en Persis, o la antigua Persia, propiamente dicha); pero, hasta cierto punto, estaba sujeta a Media. Cuando Astiajes era rey de los medos, Cambises lo era de los persas; pero Cambises reconoció a Astiajes como su soberano, y

le pagó tributo. La hija del monarca medo Astiajes casó con el príncipe persa Cambises, y de esa unión nació un hijo, llamado Ciro. Ciro vivió como en calidad de rehenes en la corte de su abuelo Astiajes, y no podía dejarla sin permiso.

125.—Así, pues, gran parte de la vida de Ciro es verdaderamente *historia;* pero, si escudriñamos más adelante, nos encontramos inmediatamente sumergidos en la fábula. Tanto Herodoto como Jenofonte (*) exaltaron a Ciro a la categoría de un héroe de novela. Lo que sigue es lo generalmente aceptado como historia de su vida primitiva: Astiajes había soñado que su nieto llegaría a conquistar toda el Asia, por lo que confió a un cortesano, Harpago, el encargo de dar muerte al pequeño Ciro. Harpago entregó al niño a un pastor, quien le prometió exponerlo en las montañas. Pero al pastor se le ocurrió sustituir al príncipe vivo por su propio hijito muerto. El príncipe creció desempeñando un humilde oficio. El secreto fué descubierto cuando Ciro empezó a dominar sobre sus camaradas de juegos y a golpearles. El hijo de un noble se quejó al rey y el vástago real fué reconocido. Astiajes tomó una bárbara venganza sobre Harpago: hizo guisar al hijo del cortesano, haciéndole servir como vianda para que el padre participase de ella. Ciro fué enviado a su padre y Harpago consagró el tiempo a preparar su venganza. Cuando todo estuvo bien meditado, envió un mensaje a Ciro, quien invadió Media, fué aclamado por multitud de tropas desertoras y, con su ayuda, subvirtió el trono de Media, en 558, a. C. No hay necesidad de descubrir qué fundamento de verdad, si hay alguno, pueda haber en esta leyenda. Un hecho es cierto: que bajo Ciro llegó a ser Persia la potencia gobernadora del mundo.

Leyenda de Ciro

126.—Al principio de su reinado, en 558 a. C., Ciro subyugó primero todas las provincias septentrionales y occidentales del antiguo reino medo. El más formidable enemigo que encontró en la frontera occidental fué Creso, rey de Lydia, en Asia Menor. Creso, tomando la ofensiva, condujo su ejército desde Sardis, su capital, a través del río Halys (que formaba los límites entre Persia y el territorio de Lydia), y, cerca de Sínope, hubo un combate indeciso. Pero Ciro le persiguió y con la derrota de Creso y la captura de Sardis anexó, al dominio persa (554 a. C.), toda el Asia Menor, al Oeste del Halys (°). Después fueron subyugadas la mayor parte de las ciu-

Conquistas de Ciro

(*) Jenofonte, historiador griego, nació el año 444 a. C. y fué discípulo y amigo de Sócrates. Escribió una obra sobre Ciro, llamada Cyropaedia (literalmente, Educación de Ciro); pero es más bien un romance político que una historia auténtica.

(°) Esta es la fecha de la caída de Creso, según Rawlinson. La mayoría de otros cronologistas la señalan 546 a. C.

dades y colonias griegas, así como las islas adyacentes. El remoto Oriente llamaba ahora la atención de Ciro y, entre los años 553-540, a. C., se consagró a la sujeción de las tribus de la región comprendida entre Persia y el Indo: Parthia, Bactriana, Sogdiana, etcétera. Faltábale sólo una gloria aún mayor: la de haber reducid la formidable potencia de Babilonia; ésta se alcanzó con la captura de Babilonia (538 a. C.) como ya se ha descrito.

Extensión de su Imperio

127.—Durante su carrera de veintinueve años, Ciro extendió el dominio persa desde el Indo hasta el Helesponto, desde el Jaxartes hasta la costa de Siria; y, ciertamente, dejó a sus sucesores sólo la tarea de completar y consolidar su obra, porque sus propios esfuerzos habían hecho de Persia la gran potencia imperial del Asia.

Carácter de Ciro

128.—En toda la línea de los monarcas persas, Ciro fué el más grande, y su carácter es muchísimo más digno de respeto que el de cualquiera de sus sucesores. Fué un gran conquistador sin ser un gobernante cruel, y a sus notables aptitudes como soldado unió muchos rasgos de nobleza como hombre.

Cambises

129.—A Ciro sucedió su hijo Cambises. A otro hijo suyo, llamado Smerdis, le había dado Ciro el dominio sobre algunas importantes provincias. Esta medida costóle la vida a Smerdis al despertar los celos de su hermano, quien, desde muy al principio de su reinado, lo mandó ajusticar en secreto. El principal acontecimiento del reinado de Cambises fué su conquista de Egipto, 525 a. C. En Egipto se portó Cambises con gran impudor y crueldad. Obligó a beber veneno al rey de Egipto, Pasanménito; horrorizó a los egipcios apuñaleando a una ternera que ellos consideraban como sagrada; y en una ocasión, cuando un cortesano le refirió, atendiendo a sus instancias, que el rumor popular le vituperaba por beber con exceso, probó la firmeza de su pulso y de sus ojos hiriendo en el corazón co una flecha al hijo de este cortesano.

130.—La ausencia de Cambises dió por resultado una revolución en la capital de Persia. Un mago, llamado Gomates, arrogándose los derechos del hermano asesinado, Smerdis, encabezó una conspiración que le elevó al trono. Cuando Cambises oyó las nuevas, se apresuró a dirigirse a Persia, pero murió en el camino: algunos dicen que por suicidio, mientras otros afirman que fué por una herida accidental de su propia daga, en 522 a. C., habiendo reinado menos de ocho años.

El reinado del falso Smerdis fué breve; Darío, hijo de Histaspes, gobernador de una de las provincias persas, y perteneciente él mismo a la familia real, encabezó una insurrección y el impostor fué derrocado después de un reinado de ocho meses.

131.—Darío I (Darius Hystaspes), quien ascendió al trono en 521 a. C., fué, después de Ciro, el más grande de los monarcas persas. Completó la obra que había empezado Ciro. Ciro por sus conquistas *fundó* el imperio; Darío lo *organizó*. A él corresponde el mérito de haber dado al imperio persa ese peculiar sistema político y de organización que le mantuvo en una posición brillante por casi dos centurias.

Reinado de Darío

132.—Darío dividió todo el imperio en veinte *satrapías* o provincias; los antiguos reyes tributarios fueron desposeídos, y cada provincia gobernada por un funcionario persa llamado *sátrapa*. Una proporción fija del tributo substituyó a arbitrarias exacciones. Se establecieron *caminos reales* y se organizó un sistema de correos, por medio del cual recibía la corte rápidas noticias de todo lo que ocurría en las provincias. Los grandes centros del poder persa se habían fijado en Susa, residencia de primavera del rey Ecbatana, en donde habitaba durante el verano, y Babilonia, su cuartel de invierno.

Gobierno Persa

133.—El acontecimiento más interesante del reinado de Darío es el principio de las invasiones persas de Grecia. Algunas de las ciudades griegas de Jonia y Asia Menor, que habían sido sometidas por Ciro al dominio persa, se sublevaron; los atenienses les alentaban en esta sublevación, y esto dió por resultado una colisión entre Persia y Grecia, en las llanuras de Maratón, 490 a. C. (Como casi todo lo que es sorprendente en la historia posterior de Persia se entremezcla con los asuntos de Grecia, la narración de esta batalla la haremos más bien en conexión con la historia griega.)

Relaciones con Grecia

134.—Los persas pertenecían al mismo tronco que los medos; pero parecen haber sido arios más puros todavía y el término *ario* es, en sí mismo, una palabra persa que significa *noble*. Cuando por primera vez. los encontramos en la historia, son una raza de audaces montañeses, valientes en la guerra, rudos en sus maneras, sencillos en sus costumbres, abstinentes del vino, y desdeñosos de todo lujo en la alimentación y en la indumentaria. Aun cuando no eran de una intelectualidad superior, sí eran los persas de ingenio sutil, vivaces y afectos a la poesía y al arte. Ciertamente, en muchos respectos, parecen prototipos de los griegos, de quienes eran afines por una común descendencia aria. Más tarde. perdieron sus más nobles rasgos de carácter y se convirtieron en una servil raza asiática; pero durante su alborada osada y virtuosa fué cuando hicieron todas sus conquistas.

Civilización Persa.
Carácter Persa.

135.—Si se considera a los persas como constructores y artistas, debe tenérseles como inmediatos discípulos de los asirios y

babilonios. Los magníficos templos y palacios de Nínive y Babilonia tenían ya muchos siglos de existencia antes de que los persas empezaran a hacer algo en cosas de arte. Y no fué sino hasta que estuvieron en contacto con los asirios y babilonios cuando empezaron a erigir insignes construcciones.

Aún, entonces, sin embargo, no hicieron más que imitar; *adaptaron* hasta llegar a darle forma a un estilo arquitectónico enteramente suyo. Puede decirse de este estilo que oscila entre la solemne y aplastante grandeza de la arquitectura egipcia y asiria y la perfecta belleza de los griegos. Las grandes obras maestras de las construcciones persas consisten en *palacios* y *tumbas,* ya que su poca elevación sobre el mundo material y la simplicidad de su culto estaban lejos de inspirarles la erección de *templos.* Las reliquias más famosas de la arquitectura persa son las ruinas de los palacios reales de Persépolis. Los rasgos que caracterizaban a éstos son la solidez y hermosura de sus plataformas de piedra, las majestuosas escalinatas ricamente esculpidas con bajorrelieves y la profusión de columnas de piedra, ligeras y elegantes.

Artes

136.—Los persas no sobresalieron en las artes mecánicas. Su empeño principal consistía en formar soldados que ganaran con sus espadas una posición privilegiada, respecto de los productos y mercaderías de otras naciones. Mientras las alfombras y telas de Babilonia y Sardis, los chales de Cachemira e India, el lino de Egipto y las diversas manufacturas de Fenicia, se vaciaron continuamente en Persia, la población nativa no necesitó dedicarse a la industria manufacturera.

Religión

137.—Los persas tenían una religión más noble y pura que la de los egipcios, asirios, babilonios y fenicios. No eran idólatras. Sin duda. en el período primitivo el rasgo principal de su religión era el reconocimiento y adoración de un solo Dios supremo. — *el Señor Dios de los cielos.*—Pero esto, más tarde, originó la doctrina de un perpetuo conflicto entre dos grandes principios primordiales: el de la luz y el de la obscuridad, personificados bajo los nombres de Ahura-Mazda u Ormuz, y Ahrimán.

De Persia nació la idea católica del diablo, del espíritu malo, que no tenían los antiguos hebreos y griegos y que no se halla en los libros sagrados de los judíos.

Adoración del Fuego

138.—La religión persa se corrompió, más tarde, por la mezcla de un sistema de adoración de los elementos, sistema que los medos aprendieron de los escitas y que últimamente desvirtuó las más puras doctrinas de los persas. El rasgo principal era la adoración del fuego, o *magia* (de mago, nombre de los sacerdotes de este rito).

En lo más alto de las montañas fueron erigidos altares en que ardía una llama perpetua, vigilada constantemente, a fin de que no expirara, y que se creía encendida por los cielos. Allí, día a día, los magos decían sus encantamientos, extendían sus varas de virtud y practicaban aquellas artes llamadas, después de ellos, *artes mágicas*.

139.—El gobierno de Persia, dominador de muchos otros países, significaba un adelanto en la teoría del gobierno sobre otros imperios orientales. Era algo más que una simple agrupación de reinos: era un verdadero dominio imperial. El gobierno se ejercía sobre todo el conjunto de manera singularmente moderada, y era el más noble y el mejor de todos los imperios de la antigüedad.

Gobierno

140.—No cabe duda acerca de que los persas tuvieron una literatura considerable; pero son pocos los fragmentos que les sobrevivieron. El más antiguo monumento literario de la raza iránica, es la colección llamada *Zend-Avesta,* que contiene los libros sagrados de los persas y que fueron reunidos por Zoroastro, su gran legislador .eligioso. Podemos obtener una idea de la antigua poesía persa de un poema llamado el *Shah Nameh,* compuesto por Firdousi, el gran poeta de Persia, en la mitad del siglo X, a. C. Aunque escrito largo tiempo después de la grandeza de Persia, es, sin embargo, valioso documento que atestigua esa grandeza, pues se basa en viejas tradiciones y fragmentos de poesía y de historia. Juzgando la capacidad poética de los persas por este poema, diríamos que se distingue más bien por una fantasía vivaz y delicada, que por la verdadera imaginación creadora que distingue a los griegos, o por la gran inspiración de los profetas y bardos hebreos.

Literatura

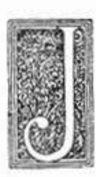
Díversos Temas

DIEZ CAPITULOS DE LA HISTORIA DE CRISTO

POR GIOVANNI PAPINI

(*Traducción directa del italiano.*)

EL ESTABLO



ESUS nació en un Establo.

Un Establo, un verdadero Establo, no es el alegre pórtico ligero que los pintores cristianos han edificado al Hijo de David, como avergonzados de que su Dios yaciese en la miseria y en la suciedad. Y no es tampoco el Pesebre de yeso, que la fantasía confitera de los figuristas ha imaginado en los tiempos modernos; el Pesebre pulido y delicado, gracioso de color, con la artesa linda y aseada; el Burrito estático, y el compungido Buey, y los Angeles sobre el techo con el festón ondulante y los muñequitos de los reyes con mantos, y de los Pastores con capuchas, de rodillas a los dos lados de la escena. Este puede ser el sueño de los novicios, el lujo de los curas, el juguete de los niños, la "posada vaticinada" de Alejandro Manzoni; pero no es, en verdad, el Establo donde nació Jesús.

Un Establo, un Establo verdadero, es la Casa de las Bestias, la prisión de las Bestias que trabajan para el Hombre. El antiguo, el pobre Establo de los países antiguos, de los países pobres, del país de Jesús, no es el Alojamiento con pilastras y capiteles, ni la Cuadra higiénica de los ricos de ahora, ni es la Choza bonita de los altares de Navidad. El Establo es sólo: cuatro muros toscos, un empedrado sucio, un techo de viguetas y lámina. El verdadero Establo es obscuro, sucio, maloliente: lo único limpio en él, es la Artesa donde el amo mezcla heno y trigo.

Los prados de primavera, frescos en las serenas mañanas, ondeantes al viento, asoleados, húmedos, olorosos, fueron segados; cortadas con el fierro las yerbas verdes, las altas hojas finas; segadas también las bellas flores abiertas: blancas, rojas, amarillas, celestes. Todo se marchitó, se secó, tomó el color pálido y único del heno. Los bueyes acarrearon a casa los despojos muertos de mayo y de junio.

Ahora aquella yerba y aquellas flores, aquellas yerbas tornadas

áridas, aquellas flores que siempre aromaron, están allí en la Artesa, para saciar el hambre de las Bestias, Esclavas del Hombre. Los Animales las enguyen despacio, con los grandes labios obscuros, y más tarde el prado florido vuelve a la luz, sobre la paja que les sirve de lecho, cambiado en estiércol húmedo.

Este es el verdadero Establo donde nació Jesús. El lugar más Asqueroso del mundo fué la primera habitación del único Puro entre los nacidos de mujer. El Hijo del Hombre, que debía ser devorado por las biestias que se llaman Hombres, tuvo, como primera cuna, la Artesa donde los Brutos rumian las flores milagrosas de la Primavera.

No por azar nació Jesús en un Establo. ¿El mundo no es, acaso, un inmenso Establo donde los hombres comen y estercolan? Las cosas más bellas, más puras, más divinas, ¿no las cambian, acaso, por infernal alquimia, en excremento? Después se tienden sobre los montones de estiércol y llaman a aquello "gozar de la vida."

Sobre la tierra, chiquero precario donde todos los embellecimientos y los perfumes no pueden esconder el estiércol, apareció una noche Jesús, sin más arma que la Inocencia, nacido del vientre de una Virgen sin mancha.

EL BUEY Y EL ASNO

Los PRIMEROS que adoraron a Jesús fueron animales y no hombres.

Entre los hombres buscaba a los sencillos, entre los sencillos a los niños, más sencillos que los niños y más mansos, lo acogieron los Animales domésticos. Aunque humildes, aunque siervos de seres más débiles y feroces que ellos, el Asno y el Buey habían visto arrodillarse, delante de ellos, las multitudes. El pueblo de Jesús, el pueblo de Jehová, el pueblo santo que Jehová había librado de la servidumbre de Egipto, el pueblo que el Pastor había dejado solo en el desierto cuando subió a hablar con el Eterno, había forzado a Araón a hacerle un Buey de Oro para adorarlo.

El Asno era consagrado en Grecia al Dios Ares, a Dionisos, a Apolo Iperbóreo. La burra de Balaam había salvado con sus palabras al profeta, más sabia que el sabio; Ocós, rey de Persia, puso un Asno en el Templo de Fta y lo hizo adorar.

Pocos años antes de que naciese Cristo, su futuro amo, Octaviano descendiendo hacia su flota la víspera de la batalla de Azio, encontró un burrero con su asno. La bestia se llamaba Nicón, el Victorioso, y después de la batalla el emperador hizo erigir un asno de bronce en el templo que recordó la victoria.

Reyes y Pueblos se habían, hasta entonces, postrado ante Bueyes y Burros. Eran los Reyes de la Tierra, los Pueblos que preferían la Materia. Pero Jesús no nacía para reinar sobre la Tierra ni para

amar la Materia. Con él terminará la adoración de la Bestia, la debilidad de Araón, la superstición de Augusto. Los Brutos de Jerusalem lo matarán; pero, en tanto, aquellos de Belem lo calientan con su aliento.

Cuando Jesús llegue, para la última Pascua, a la ciudad de la Muerte, cabalgará un asno. Pero él es profeta, más grande que Balaam, venido a salvar a todos los hombres y no sólo a los hebreos, y no cambiará su camino aunque todos los mulos de Jerusalem relinchen contra él.

LOS PASTORES

DESPUES de las Bestias, los Guardianes de las Bestias. Pues aun cuando el Angel no hubiese anunciado la gran Natividad, ellos hubieran acudido al Establo para ver al Hijo de la Recién llegada.

Los Pastores viven casi siempre solitarios y distantes. No saben nada del mundo lejano ni de las Fiestas de la Tierra. Cualquier acontecimiento acaecido cerca de ellos, aunque pequeño, los conmueve. Velaban los rebaños en la noche larga del solsticio cuando fueron heridos por la luz y las palabras del Angel.

Y apenas percibieron en la poca luz del Establo una Mujer joven y bella, que contemplaba en silencio a su Hijito; y vieron al niño con los ojos abiertos entonces; sus carnes sonrosadas y delicadas; su boca, que no había aún comido, les enterneció el corazón.

Un nacimiento, el nacimiento de un nuevo hombre, una alma que hace pocos instantes ha encarnado y viene a sufrir con otras almas, es siempre un milagro tan doloroso que conmueve aun a los sencillos que no lo comprenden. Y aquel recién nacido no era, para esos advertidos, un ignorado, un niño como todos los otros, sino el que, por miles de años, esperaba su pueblo doliente.

Los Pastores ofrecieron lo poco que tenían, aquel poco que es mucho si se da con amor; llevaron los blancos regalos del pastoreo: la leche, el queso, la lana, el cordero. También hoy, en nuestras montañas, donde están muriendo los últimos vestigios de la hospitalidad y de la fraternidad, apenas una esposa ha dado a luz, acuden las hermanas, las mujeres, las hijas de los pastores y ninguna con las manos vacías: quién tiene dos pares de huevos todavía tibios del nido, quién una botella de leche ordeñada ha pocos momentos, quién un queso que apenas empezaba a hacer corteza, quién una gallina para hacer el caldo a la parturienta. Un nuevo sér ha aparecido en el mundo y ha comenzado su llanto: los vecinos, como para consolar a la madre, le llevan sus ofertas.

Los pastores antiguos eran pobres y no despreciaban a los pobres; eran sencillos como niños y gozaban en contemplar a los niños; habían nacido de un pueblo engendrado por el Pastor de Ur, salvado por el Pastor de Madián. Pastores habían sido sus pri-

meros Reyes: Saúl y David. Pastores de rebaños antes que Pastores de tribus. Pero los Pastores de Belem, "desconocidos del mundo," no eran orgullosos. Un Pobre nacía entre ellos, y ellos lo miraban con amor y le daban, con amor, aquellas pobres riquezas. Sabían que aquel Niño, nacido de Pobres en la Pobreza, nacido Sencillo en la Sencillez, nacido del Populacho en medio del Pueblo, sería el rescatador de los Humildes, de aquellos hombres de "buena voluntad" para quienes el Angel había invocado la paz.

También el Rey Desconocido, el vagabundo Odiseo, por ningún otro fué acogido con tanta alegría como por el Pastor Eumeo en su Establo; pero Ulises iba a Itaca para tomar venganza, retornaba a su hogar para dar muerte a sus enemigos. Jesús nacía, al contrario, para condenar la Venganza, para mandar el Perdón a los enemigos. Y el amor de los Pastores de Belem ha relegado al olvido, sobrepasándola, la piedad hospitalaria del porquero de Itaca.

LOS TRES MAGOS

ALGUNOS días después, tres Magos llegaban de Caldea y se arrodillaban delante de Jesús.

Venían, quizá, de Ecbatana, tal vez de las orillas del Mar Caspio; jinetes en sus camellos, con las alforjas llenas colgadas de las sillas, habían vadeado el Tigris y el Eufrates, atravesado el gran desierto de los Nómadas, costeado el mar Muerto. Una estrella nueva — parecida al cometa que reaparece de vez en cuando en el cielo para anunciar el nacimiento de un Profeta o la muerte de un César, — los había guiado hasta Judea.

Venían para adorar un Rey, y encuentran sólo un Niño de pecho, mal fajado, oculto en un Establo.

Casi mil años antes que ellos, una Reina de Oriente había venido en peregrinación a Judea y había traído también ella sus dones: oro, aromas y piedras preciosas; pero había encontrado un gran Rey en el trono, el más grande Rey que haya reinado en Jerusalem y de él había aprendido lo que ninguno le había sabido enseñar.

Los Magos, en cambio, que se creían más sabios que los Reyes, encontraron un Niño de pocos días, un Niño que no sabía aún ni preguntar ni responder, un Niño que desdeñaría, de grande, los tesoros de la Materia y la ciencia de la Materia.

Los Magos no eran Reyes; pero eran, en Media y en Persia, amos de los Reyes. Los Reyes mandaban a los Pueblos; pero los Magos guiaban a los Reyes. Sacrificadores, Intérpretes de Sueños, Profetas y Ministros, nadie más que ellos podía comunicarse con Ahura-Mazda, el Dios Bueno; sólo ellos conocían el Futuro y el Destino. Con sus propias manos mataban los Animales enemigos del Hombre y de las Mieses: las serpientes, los insectos nocivos, las

aves nefastas. Purificaban las almas y los campos: ningún sacrificio era aceptado por Dios si no era ofrecido por sus manos; ningún Rey hubiera emprendido guerra sin haberlos escuchado. Poseían los secretos de la Tierra y los del Cielo; privaban sobre toda su gente en nombre de la Ciencia y de la Religión. En medio de un pueblo que vivía para la Materia, representaban la parte del Espíritu.

Era justo, pues, que fuesen a postrarse ante Jesús. Después de las Bestias, que son la Naturaleza; después de los Pastores, que son el Pueblo, esta tercera Potencia — el Saber — se arrodilla ante el Pesebre de Belem. La vieja casta sacerdotal del Oriente hace acto de sumisión al nuevo Señor, que mandará sus anunciadores hacia Occidente; los Sabios se arrodillaron delante de Aquel que someterá la Ciencia de las Palabras y de los Números a la nueva Sabiduría del Amor.

Los Magos en Belem significan las viejas Teologías que reconocen la definitiva revelación, la Ciencia que se humilla delante de la Inocencia, la Riqueza que se postra a los pies de la Pobreza.

Ellos ofrecen a Jesús el Oro que Jesús hollará: no se lo ofrecen por que María, pobre, lo pueda necesitar para el viaje, sino para obedecer, de antemano, los consejos del Evangelio: "vende aquello que poseas y dalo a los pobres." No ofrecen el Incienso para vencer el mal olor del pesebre, sino porque sus liturgias están por terminar y ya no tendrán más necesidad de humos y perfumes para sus altares. Ofrecen la Mirra, que sirve para embalsamar los Muertos, porque saben que este Niño morirá joven y que la Madre, que ahora sonríe, necesitará aromas para el Cadáver.

Vestidos con suntuosos mantos reales y eclesiásticos, hincados sobre la paja del pienso, ellos, los Poderosos, los Doctos, los Divinos, se ofrecen como Prenda de la obediencia del Mundo.

Así obtuvo Jesús, para siempre, todas las investiduras a las cuales tenía derecho. Apenas partidos los Magos, comenzaron las persecuciones de los que le odiarían hasta la muerte.

OCTAVIANO

CUANDO Cristo apareció sobre la Tierra, los Criminales reinaban, obedecidos, en ella. El nacía sujeto a dos Amos: uno, más fuerte y lejano, en Roma; el otro, más infame y cerca, en Judea. Una Canalla aventurera y afortunada se había apoderado violentamente, a precio de estragos, del Imperio; otra Canalla aventurera y afortunada se había apoderado, también violentamente, a precio de estragos, del Reino de David y de Salomón.

Las dos habían llegado al poder por caminos perversos e ilegítimos, a través de guerras civiles, traiciones, cuartelazos, crueldades y crímenes; habían nacido para entenderse; eran, en efec-

to, amigos y cómplices en cuanto lo permitía el vasallaje del Malvado subalterno hacia el Malvado superior.

El hijo del estrangulador de los veletros, Octaviano, se había mostrado bellaco en la guerra, vengativo en las victorias, traidor en las amistades, cruel en las represalias. A un condenado que le pedía al menos sepultura, respondió: "Esa es tarea de los enterradores." A los peruginos asesinados que pedían gracia, gritaba: *moriendum esse!* (¡mueran ésos!) Al Pretor Q. Galio, por una simple sospecha, quiso sacarle los ojos por sí mismo antes de hacerlo degollar. Dueño del Imperio, muertos y dispersos sus enemigos, obtenidas todas las magistraturas y los poderes, se había puesto la máscara de la mansedumbre y no le había quedado de los vicios juveniles más que la lujuria. Se contaba que en su juventud había vendido por dos veces su virginidad, la primera vez a César, la segunda en España a Irzio, por trescientos mil sextercios. Ahora se divertía divorciándose muchas veces, celebrando nuevas bodas con las mujeres que raptaba por medio de sus amigos, en adulterios casi públicos, y en fingir la comedia de restaurador del pudor.

Este hombre, sucio y enfermizo, era el amo del Occidente cuando nació Jesús, y no supo jamás que había nacido quien debía, al fin, disolver su régimen.

Le bastaba la fácil filosofía del plagiario, gordo y pequeño Horacio: "Gocemos hoy, vino y amor; la muerte, sin esperanza, nos espera; no se pierda un día." En vano Virgilio, que era celta, el hombre de campo, el amigo de las sombras, de los plácidos bueyes, de las abejas doradas, que había descendido con Eneas a contemplar los castigos del Infierno y desahogaba su inquieta melancolía con la música de la palabra, en vano Virgilio, el amoroso, el religioso Virgilio, había anunciado una nueva edad, un nuevo orden, una nueva raza, un Reino de los Cielos, más profano y menos vivo que el que Jesús anunciaría, pero igualmente más noble y puro que el Reino del Infierno que estaba preparándose. En vano, porque Augusto había visto en aquellas palabras una fantasía pastoral y había tal vez creído, él, el corrompido protector de corrompidos, ser el Salvador anunciado, el restaurador del reino de Saturno.

Pero un presentimiento del nacimiento de Jesús, del verdadero Rey que venía a echar abajo a los Reyes del Mal, lo tuvo quizá antes de la muerte, el gran cliente oriental de Augusto, su vasallo de Judea, Herodes el Grande.

HERODES EL GRANDE

Herodes era un Monstruo: uno de los monstruos más pérfidos salidos de los abrasadores desiertos del Oriente, que también habían engendrado más de uno, horribles a la vista.

No era hebreo, ni griego, ni romano: era un idumeo, un bár-

baro que importunaba delante de Roma e imitaba a los griegos para asegurar mejor su dominio sobre los hebreos. Hijo de un traidor, había usurpado el reino a sus señores, a los últimos malvados asmoneos. Para legitimar su traición casó con su sobrina, Mariamne, a quien después mató por injustas sospechas. No era su primer delito; había hecho antes ahogar a traición a su cuñado Aristóbulo; había condenado a muerte a otro cuñado, José, y a Ircano Segundo, último reinante de la dinastía vencida. No contento con haber hecho morir a Mariamne, hizo matar también a la madre de ésta, Alejandra, y por último a los hijos de Baba, nada más porque eran lejanos parientes de los Asmoneos. Entretanto se divertía en hacer quemar vivos a Judas de Sarite y a Matías de Margaloth, junto con otros jefes fariseos. Más tarde tuvo temor de que los hijos tenidos de Mariamne quisiesen vengar a su madre y los hizo estrangular; cercano a la muerte, dió orden de matar también a un tercer hijo, Arquelao. Lujurioso, desconfiado, impío. ávido de oro y de gloria, no tuvo jamás paz ni en su casa, ni en Judea, ni consigo mismo. Para que olvidasen sus asesinatos, hizo al pueblo de Roma un donativo de trescientos talentos para gastarse en fiestas, se humilló delante de Augusto para que consintiese sus infamias y, al morir, le dejó 10,000.000 de dracmas, y además, una nave de oro y otra de plata para Livia.

Este soldaducho revestido, este árabe mal pulido, pretende conciliarse y conciliar helenos y hebreos; llegó a comprar los degenerados discípulos de Sócrates, que en Atenas llegaron al punto de levantarle una estatua; pero los hebreos lo odiaron hasta la muerte. Inútilmente reedificó a Samaria y restauró el Templo de Jerusalem: él era siempre, para ellos, el Pagano y el Usurpador.

Tremebundo como los malhechores que envejecen y los príncipes nuevos, cada rumor de hoja, cada agitar de la sombra, lo hacían estremecerse. Supersticioso como todos los orientales, crédulo en los presagios y en los vaticinios, pudo fácilmente creer a los Tres que venían del fondo de Caldea, conducidos por una estrella, hacia el país de que él se había apoderado por medio del fraude. Cualquier pretendiente, por fantástico que fuese, podía hacerle temblar. Y cuando supo por los Magos que un Rey de Judea había nacido, su corazón de bárbaro inquieto aceleró sus latidos. No viendo volver los Astrólogos a enseñarle el lugar donde había aparecido el nuevo hijo de David, ordenó que todos los niños de Belem fuesen muertos. José Flavio calló esta última hazaña del Rey; pero aquel que había hecho matar a sus propios hijos, ¿sería tal vez capaz de perdonar a quienes no lo eran?

LOS INOCENTES

NINGUNO supo jamás cuántos fueron los niños sacrificados

al pavor de Herodes. No era la primera vez que en Judea eran pasados a cuchillo hasta los lactantes, todavía prendidos al pecho de las madres. El mismo pueblo hebreo había castigado, en los antiguos tiempos, a las ciudades enemigas con el asesinato de los ancianos, de las esposas, de los jóvenes y de los niños: no perdonaba más que a las vírgenes para hacerlas esclavas y concubinas. Dios mismo, el celoso Jehová, había dado a menudo la orden de la destrucción, y ahora el idumeo aplicaba la ley mosaica del talión al pueblo que la había aceptado.

No sabemos cuántos fueron los Inocentes; pero sabemos — si Maclovio amerita fe — que entre ellos había un hijo pequeño de Herodes que se estaba criando en Belem.

Nadie sabe tampoco si esto sirvió de castigo para el viejo monarca, uxoricida e infanticida; quién sabe si ni siquiera padeció cuando le llevaron la noticia del error. Poco después él mismo debía de dejar la vida, asaltado de males asquerosos. El cuerpo se le pudría en vida; gusanos le consumían los testículos; tenía los pies abrasados, la respiración sofocada, el aliento insoportable. Repugnándose a sí mismo, intentó matarse con un cuchillo estando a la mesa, y finalmente, murió después de haber ordenado a Salomé dar muerte a muchos jóvenes que tenía prisioneros.

La Matanza de los Inocentes fué la última hazaña del corrompido y sanguinario viejo; esta inmolación de Inocentes cerca de la cuna de un Inocente; este holocausto de sangre para un recién nacido que ofrecerá su sangre para el perdón de los culpables; este sacrificio humano, para aquel que a su vez será sacrificado, tiene un sentido profético. Millares de millares de Inocentes deberían morir después de su muerte por el solo delito de haber creído en su Resurrección: nacía para morir por los otros, y he aquí a millares de nacidos que mueren por él, como para expiar su nacimiento.

Hay un tremendo misterio en esta oferta sangrienta de Inocentes, en este diezmo de coetáneos. Pertenecían a la generación que lo debía traicionar y crucificar; pero aquellos que fueron degollados por los soldados de Herodes ese día, no lo vieron, no llegaron a ver matar a su Señor. Lo salvaron con su muerte, y se salvaron para siempre. Eran Inocentes, y han permanecido Inocentes para siempre. Sus padres, sus hermanos supervivientes, un día los vengarán; pero serán perdonados "porque no saben lo que hacen."

EL DESTIERRO EN EGIPTO

UN POETA cristiano, italiano, cantaba a Jesús recién nacido, este arrullo:

Duerme, niño, no llores;
Duerme, niño celeste;
Sobre tu cabeza rugir
No osen las tempestades.

Pero el hijo de María no se hizo carne para dormir. Y aunque las tempestades rujan, no le darán miedo.

Mejor que de Siddharta, merece el sobrenombre de Despierto. No podrá dormir en el Establo donde el Burro rebuzna — precursor de todos los Burros que rebuznen detrás de sus pasos; — donde el Buey muge — esperando que otros Bueyes hablen a su vista; — donde los Pastores interrogan, donde los Magos bendicen. No podrá dormir mientras se aproximan los pasos de los asesinos enviados por Herodes. No dormirá jamás hasta la última noche, cuando esté bajo los Olivos, angustiado entre los cuerpos de los Once adormecidos.

Y María no puede dormir. De tarde, apenas las casas de Belem se esfuman en la oscuridad y se encienden las primeras luces, la Madre parte a escondidas como una fugitiva, como una ladrona, como una perseguida. Roba una vida al Rey; salva una esperanza al Pueblo; estrecha contra su pecho al niño, su riqueza, su pena.

Vuelve hacia el Occidente la mirada; atraviesa la vieja tierra de Canaán, y llega por pequeñas etapas — los días son cortos, — a la vista del Nilo, a aquella tierra de Mizraim que tantas lágrimas había costado a sus padres catorce siglos antes.

Jesús, el continuador de Moisés, pero, al mismo tiempo, el Ante Moisés, rehace, a su modo, el camino del primer Redentor. Los hebreos habían estado bajo el yugo de los egipcios; esclavos mal comidos, mal tratados y vejados.

El Pastor de Madiár se hizo Pastor de Israel y, a través del desierto, condujo a la gente de la cerviz dura a la vista del Jordán y de las viñas maravillosas. El pueblo de Jesús había salido de Caldea con Abraham y había llegado, con José, a Egipto; Moisés lo había llevado de Egipto hacia Canaán; ahora el más grande de los Libertadores volvía amenazado a las orillas de aquel río, donde el primer Salvador había sido salvado de las aguas y había salvado a sus hermanos.

Egipto, tierra de todas las infamias y magnificencias de las Primeras Epocas, India africana donde las olas de la Historia se perdían en la muerte, — Pompeyo y Antonio en pocos años habían terminado sobre sus playas el sueño del imperio y la vida misma, — este país prodigioso nacido del agua, quemado del sol, regado de tantas sangres de pueblos diversos, habitado de tantos dioses en forma de bestias, este país absurdo y sobrenatural era, por razón de contraste, el asilo predestinado del fugitivo.

La riqueza de Egipto estaba en el fango, en el grueso limo que el Nilo vertía cada año sobre el desierto. La idea fija de Egip-

to era la muerte; los burgueses egipcios no querían morir, negaban la muerte; pensaban vencerla con la simulación de la materia, con los embalsamamientos, con las estatuas que esculpían sus escultores, retratando los cuerpos de carne. El rico, el ventrudo egipcio, el hijo del lodo, el adorador del Buey y del Cinocéfalo, no quería morir. Fabricaba para la segunda vida las inmensas necrópolis, llenas de momias vendadas y perfumadas, de imágenes en madera y mármol, y erigía pirámides sobre los cadáveres para que la duración de las piedras los resguardase de la consumación.

Jesús, cuando pueda hablar, pronunciará la sentencia contra Egipto: el Egipto que no está solamente sobre las riberas del Nilo, el Egipto que no ha desaparecido aún de la faz de la tierra con sus reyes, con sus gavilanes, con sus serpientes. Cristo dará la respuesta definitiva y eterna al terror de los egipcios. Condenará la riqueza, que viene del lodo y vuelve al lodo, y todos los fetiches de los ventrudos ribereños del Nilo; y vencerá a la muerte sin féretros esculpidos, sin regios funerales, sin estatuas de granito y basalto. Vencerá a la muerte, enseñando que el pecado es más voraz que los gusanos, y que la pureza del espíritu es el único perfume que preserva de la corrupción.

Los adoradores del Fango y de lo Animal, los servidores de la Riqueza y de la Bestia, no podrán salvarse. Y sus sepulcros, así sean tan altos como montañas, adornados como gineceos de reinas, blancos y cubiertos de flores como aquellos de los fariseos, no conservarán más que Ceniza, cieno que se transforma como la carroña de los Animales. No se triunfa de la muerte copiando la vida con piedra o con madera: la piedra se desmorona y se vuelve polvo; la madera se apolilla y se vuelve polvo, y ambas son fango. eterno fango.

EL PERDIDO ENCONTRADO

El destierro en Egipto fué breve. Jesús fué transportado en brazos de la Madre, mecido todo el largo camino por el paso lento de la cabalgadura, a la casa paterna de Nazaret, pobre casa y taller donde el martillo golpeaba y la lima chirriaba hasta la puesta del sol.

Los Evangelistas canonizados no dan noticias de estos años; los apócrifos dan muchas, pero casi difamatorias.

Lucas, sabio médico, se contenta con escribir que el niño "crecía y se robustecía;" que no era, entonces, débil y macilento Muchacho bien desarrollado, sano, lleno de salud, como debía ser aquel que habría de dar a los otros alivio con sólo tocarlos con la mano.

"Todos los años, cuenta Lucas, los padres de Jesús iban a Jerusalem para la Fiesta del Pan sin Levadura, recuerdo de la sa-

lida de Egipto. Iban en masa vecinos, amigos, familiares, para hacer el viaje en compañía, para engañar mejor lo largo y fastidioso del camino. Iban contentos, más como si fuesen a un Festival que a la solemnidad memorable de un padecimiento, porque la Pascua se había convertido, en Jerusalem, en una inmensa Consagración, en una junta de todos los judíos dispersos en el Imperio."

Doce Pascuas habían pasado desde el nacimiento de Jesús. Aquel año, después de haber partido de la ciudad santa los vecinos de Nazaret, María advirtió que su hijo no estaba con ellos. Todo el día lo buscó, preguntando a cuantos conocidos encontraba si lo habían visto; pero ninguno pudo darle razón. A la mañana siguiente volvió atrás, rehizo el camino andado, se dirigió por las calles y las plazas de Jerusalem, fijando los negros ojos sobre cada muchacho que se encontraba, interrogando a las madres en los umbrales de las puertas, recomendando a los paisanos que no habían partido aún que la ayudasen a seguir la pista del perdido. Una madre que ha perdido a su hijo, no tiene descanso hasta que lo encuentra: no piensa más en sí; no siente el cansancio, el sudor, el hambre; no se sacude el polvo del vestido, no se arregla el cabello, no se cuida de la curiosidad de los extraños, y sus ojos extraviados no ven más que la imagen de aquél que ya no está cerca de ella.

Finalmente, al tercer día, subió al Templo, espió en los corredores y vió por fin, en la sombra de un pórtico, un corrillo de ancianos que hablaban; se acercó vergonzosa — que aquellas largas capas y largas barbas parecían de gente de importancia que no hubiese escuchado a una pobre mujer de Galilea, — y descubrió, en medio del círculo, los cabellos rizados, los ojos esplendentes, la faz morena, la fresca boca de su Jesús. Aquellos ancianos hablaban, con su Hijo, de la Ley y de los Profetas; lo interrogaban y él respondía, y, después de haber respondido, preguntaba a su vez y aquéllos lo instruían, maravillados de que un muchacho de tan poca edad conociese tan bien las palabras del Señor. Pero él se acordaba de los Libros que había escuchado leer en la pequeña sinagoga de Nazaret; y su memoria no había perdido una sílaba.

María permaneció por algunos momentos contemplándolo, y casi no creía lo que veían sus ojos: su corazón, que un momento antes latía con ansia, ahora latía más fuerte, con estupor. Pero no pudo resistir más y, de improviso, lo llamó por su nombre en alta voz; los ancianos se apartaron y la mujer atrajo a su hijo hacia el pecho y lo estrechó fuertemente en silencio, humedeciéndole el rostro con las lágrimas retenidas hasta entonces.

Lo cogió, se lo llevó para siempre, segura de tenerlo consigo, de haberlo recobrado, de tenerlo cerca, de no haberlo perdido; la madre feliz se acuerda de la madre desesperada.

—¿Por qué has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, acongojados, andábamos en busca de ti.

—¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?

Graves palabras, especialmente si son dichas por un niño de doce años a una madre que ha padecido tres días por él.

"Y ellos — prosigue el Evangelista — no comprendieron aquello que les había dicho." Pero nosotros, después de tantos siglos de experiencia cristiana, podemos comprender aquellas palabras que parecen, a primera vista, duras y soberbias.

¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que yo no puedo perderme, que yo no estaré jamás perdido para ninguno, ni siquiera para aquellos que me sepulten dentro de la tierra? Yo estaré en todas partes donde alguien crea en mí, aunque no me vean con los ojos; no puedo estar perdido para ningún hombre con tal que me tenga en el corazón. No estaré perdido cuando esté solo en el Desierto, cuando esté solo sobre las aguas del Lago, cuando esté solo en el huerto de Olivos, cuando esté solo en el Sepulcro. Si me escondo, vuelvo; si muero, resucito; quien me pierde, no puede hacer otra cosa que volverme a encontrar.

¿Y quién es aquel padre del cual me habláis? Es el padre según la ley, según los hombres. Pero el verdadero Padre está en los cielos; es el Padre que ha hablado a los Patriarcas cara a cara, que ha puesto las palabras en la boca a los Profetas. Yo debo saber lo que ha dicho a ellos de mí, sus voluntades eternas, las leyes que ha impuesto a su pueblo, los pactos que ha firmado con todos. Si debo de hacer lo que ha mandado, debo ocuparme de aquello que verdaderamente es suyo. ¿Qué cosa es un vínculo legal, temporal, comparado con una liga mística, con una liga espiritual, con una liga eterna?

EL CARPINTERO

Pero no había llegado, para Jesús, la hora de la evasión definitiva. La voz de Juan no se había oído, y él volvió a tomar, con el padre y la madre, el camino de Nazaret, y volvió al taller de José para ayudarlo en su trabajo.

Jesús no estuvo en las escuelas de los Escribas ni en las de los griegos. Pero no le faltaban maestros: conoció los tres más grandes Doctores: el Trabajo, la Naturaleza y el Libro.

No se olvide que Jesús fué un Obrero e hijo adoptivo de un Obrero: no se debe ocultar que nació Pobre, entre gente que trabajaba con sus propias Manos, que ganaba su pan con el trabajo de las Manos, y que él se ganó el Pan cotidiano, antes de transmitir la Anunciación, con el trabajo de sus Manos: aquellas Manos que bendijeron a los humildes, que sanaron a los leprosos, que

iluminaron a los ciegos, que resucitaron a los muertos. Aquellas Manos que fueron agujereadas por los clavos sobre la madera, eran Manos que bañó el sudor del trabajo, Manos que sintieron el entorpecimiento del trabajo, Manos encallecidas en el trabajo, Manos que habían manejado las herramientas del trabajo, que habían clavado clavos en la madera: Manos de oficio.

Jesús fué un Obrero de la Materia antes de ser un Obrero del Espíritu; fué Pobre antes de llamar los Pobres a su mesa, a la fiesta de su Reino. No nació entre gente adinerada, en casa lujosa, en lecho cubierto de lana y de púrpura. Descendiente de Rey, vivía en la casa de un Carpintero; hijo de Dios, nació en un Establo. No pertenecía a la casta de los Grandes, a la aristocracia de los Guerreros, a la sociedad de los Ricos, al consejo supremo de los Sacerdotes. Nació en la ínfima clase del Pueblo, aquella que no tiene, bajo de sí, más que los Vagabundos, los Mendigos, los Prófugos, los Esclavos, los Criminales, las Prostitutas. Cuando ya no sea Obrero manual, sino espiritual, descenderá aún más bajo a los ojos de las Personas Respetables y buscará sus amigos entre la malvada chusma, aun inferior a la Plebe. Esperando el día en que bajará al Infierno de los Muertos, Jesús bajará al Infierno de los Vivos y figurará, en la jerarquía de las castas que dividen eternamente a los hombres, como un pobre Trabajador y nada más.

El oficio de Jesús fué uno de los cuatro más antiguos y más sagrados. Los del Campesino, del Albañil, del Herrero y del Carpintero son, entre las artes manuales, las más afines con la vida del hombre, las más inocentes y religiosas.

El Guerrero degenera en Saqueador, el Marinero en Pirata, el Comerciante en Aventurero; pero el Campesino, el Albañil, el Herrero y el Carpintero no traicionan, no pueden traicionar, no se corrompen. Manejan las materias más familiares y deben transformarlas, a los ojos de todos, para el servicio de todos, en obras visibles, sólidas, concretas, verdaderas. El Campesino rompe la tierra, y saca el Pan que comen el Santo en su gruta y el Homicida en su cárcel. El Albañil talla la piedra y construye la Casa, la Casa del Pobre, la Casa del Rey, la Casa de Dios; el Herrero pone al fuego el Fierro y le da forma, para dar la Espada al Soldado, el Arado al Campesino, el Martillo al Carpintero; el Carpintero corta y clava la Madera para construir la Puerta que protege la casa de los Ladrones, para fabricar la Cama sobre la cual los Ladrones y los Inocentes morirán.

Estas simples cosas, estas cosas ordinarias, comunes, usuales, tan usuales, comunes y ordinarias que no las miramos jamás, que pasan desapercibidas bajo nuestros ojos acostumbrados a más complicadas maravillas, son las más sencillas creaciones del hombre;

pero más milagrosas y necesarias que todas las otras inventadas después.

El Carpintero Jesús vivió, en su juventud, en medio de estas cosas y las fabricó con sus manos, y entró por la primera vez, por medio de estas cosas, hechas por él, en comunión con la vida cotidiana de los hombres, con la vida más íntima y sagrada: la del hogar. Fabricó la Mesa, a la cual es tan dulce sentarse en la noche con los amigos aunque haya, entre ellos, un traidor; la Cama donde el hombre respira la primera y última veces; la Caja donde la mujer de la campiña encierra sus pobres andrajos, los delantales y los pañuelos de las fiestas, y las blancas y planchadas camisas de su hombre; la Artesa donde se amasa la harina que la levadura esponja, a fin de que esté pronta para el horno; la Silla donde los viejos, en la noche, se sientan al fuego a hablar de la juventud que no puede volver.

A menudo Jesús, mientras las virutas claras y ligeras se enroscaban bajo el filo del cepillo, y el aserrín caía en tierra al áspero ritmo de la lima, debió pensar en las promesas del Padre, en los pronósticos de los Profetas, en un Trabajo que no era de sierras y de reglas, sino de espíritu y verdad.

El oficio le enseñó que vivir significa transformar las cosas muertas e inútiles en cosas útiles y vivas; que la materia más vil, golpeada y transformada, puede volverse preciosa, amiga servicial para los hombres; que para salvar, en suma, es necesario cambiar; y que así como se saca de un torcido tronco de olivo, costrudo y terroso, el lecho del niño y de la esposa, se puede hacer, del vil adinerado y de la pobre ramera, dos ciudadanos del Reino de los Cielos.

INQUIETUD, REBELDIA, PERFECCION

POR JOSE INGEGNIEROS

I. Inquietud

T*ODA juventud inquieta elabora gérmenes de renovación.* —Insatisfecha del pasado o anhelosa del porvenir, cada generación anuncia la posibilidad de algo mejor, presintiendo el ritmo de lo que vendrá, aunque no acierte a definirlo en precisos ideales. Inquietud es vida; inquietud es voluntad; inquietud es esperanza.

Los portavoces de la moral quietista, destinada a obstruir todo espíritu de progreso, contemplan el universo como una obra harmónica y de ello infieren que la vida humana se desenvuelve en la mejor de las formas posibles, en el más perfecto de los mundos; ese rancio optimismo de envejecidos metafísicos, que llevaría a mirar como grandes bienes las guerras y las epidemias, el dolor y la muerte, ha merecido críticas risueñas, jamás contradichas eficazmente.

La moral meliorista es el presupuesto necesario de todos los que tienen ideales y opone al quietismo abstracto la creencia activa en la perfectibilidad; optimismo no significa ya simple satisfacción frente a lo actual, sino confianza en la posibilidad de perfecciones infinitas. Lo existente no es perfecto en sí; pero marcha hacia un perfeccionamiento que, para el hombre en particular, se traduce en dignificación de su vida. Todo lo humano es susceptible de mejoramiento progresivo y es natural el devenir de un bien mayor, mensurable por el conjunto de satisfacciones en que los hombres hacen consistir la felicidad.

Afirmar que vivimos en una sociedad perfecta implica prescribir al hombre una mansedumbre de siervo. De esa premisa escéptica partieron en todo tiempo los más hipócritas defensores de los intereses creados; mirar el instable equilibrio actual como un orden definitivo, implica desconocer que en la sociedad pueden existir desharmonías eliminables por una incesante perfección.

Cada nueva generación reconoce la existencia de injusticias reparables y afirma con su rebeldía que no hay orden social preestablecido sino relaciones humanas destinadas a variar en el devenir infinito. Su moral optimista no mira hacia atrás, sino hacia

adelante; no es para corazones seniles, que ya no pueden perfeccionar el ritmo de sus latidos. Frente a la pasiva aquiescencia de los viejos al mal presente, el destino de los pueblos florece en manos de los jóvenes que saben sentir la infinita inquietud de bienes venideros.

2. *Todo esfuerzo renovador deja un saldo favorable para la sociedad.*—La lluvia que fecunda el surco no cuenta sus gotas ni teme caer en exceso; aunque una generación sólo realice una parte mínima de sus ideales, esa parte justifica sobradamente la totalidad de su esfuerzo. Renovarse o morir, dijeron en su tiempo los renacentistas; renovarse o morir, repita siempre la juventud que entra a vivir en un mundo sin cesar renovado. Esa, y ninguna otra, será la fórmula de los hombres y de los pueblos que aspiren a tener un porvenir mejor que su pasado.

La inquietud de saber más, de poder más, de ser más, renueva al hombre incesantemente; cuando ella cesa, deja él de vivir, porque envejece y muere. La personalidad intelectual es función, no es equilibrio; siguiendo un curso lógico, tiende a una integración permanente, enriquecida sin cesar por una experiencia que crece y un sentido crítico que la rectifica. Renovarse es prueba de juventud funcional, revela aptitud para aumentar y expandir la personalidad sin apartarse de sus caminos hondamente trazados; lo que es muy distinto del variar con la moda, que sólo denuncia ausencia de ideas propias y pasiva adhesión a las ajenas. La incapacidad de perfeccionar su ideología permite sentenciar el envejecimiento de un pensador; implica la declinación de esas aptitudes asimiladoras e imaginativas que ensanchan el horizonte elevando los puntos de vista.

En la sociedad, como en el hombre, la inquietud de mayor libertad, de mayor justicia, de mayor solidaridad, es la fuerza motriz del mejoramiento social; cuando ella deja de actuar, las sociedades se envilecen, marchando a la disolución o a la tiranía. El progreso es un resultado de la inquietud implícita en todo optimismo social; la decadencia es el castigo de las épocas de escéptico quietismo.

3. *Lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor.*—Dice la Historia que ninguna juventud renovadora ha visto íntegramente realizados sus ensueños; la práctica suele reducir sus ideales, como si la sociedad sólo pudiera beber muy diluída la pura esencia con que aquélla embriaga su imaginación. Es cierto; pero dice, también, que en las exageraciones de los ilusos y utopistas están contenidas las realizaciones que, en su conjunto, constituyen el progreso efectivo. ¡Alabados sean los jóvenes que equivocándose como ciento auguran un beneficio igual a uno! ¡Alabados sean los que arrojan semillas a puñados, generosamente, sin preguntarse

cuántas de ellas se perderán y sólo pensando en que la más pequeña puede ser fecunda!

Para el perfeccionamiento humano son inútiles los tímidos que viven rumiando tranquilamente, sin arriesgarse a tentar nuevas experiencias; son los innovadores los únicos que sirven descubriendo un astro o encendiendo una chispa. Podrá ser más cómodo no equivocarse nunca que errar muchas veces; pero sirven mejor a la humanidad los hombres que, en su inquietud de renovarse, por acertar una vez aceptan los inconvenientes de equivocarse mil.

Los quietistas aconsejan dejar a otros la función peligrosa de innovar, reservándose el pacífico aprovechamiento de los resultados; los epicúreos de todos los tiempos han resuelto la cuestión según su temperamento. Pero los inquietos renovadores de las ciencias, de las artes, de la filosofía, de la política, de las costumbres, son los arquetipos selectos, las afortunadas variaciones de la especie humana, necesarias para revelar a los demás hombres alguna de las formas innumerables que devienen incesantemente.

La juventud es, por definición, inquietud renovadora; la virilidad misma sólo se mide por la capacidad de renovar las orientaciones ya adquiridas. Cuando se apaga, cuando se miran con temor las ideas y los métodos que son piedras miliares en el sendero del porvenir, podemos asegurar que un hombre o un pueblo comienza a envejecer. Y si el quietismo se convierte en odio sordo, en suspicacia hostil a toda renovación, debemos mirarlo como un signo de irreparable decrepitud.

II. Rebeldía

1. *Rebelarse es afirmar la propia personalidad.*—Tres yugos impone el espíritu quietista a la juventud: rutina en las ideas, hipocresía en la moral, domesticidad en la acción. Todo esfuerzo por libertarse de esas coyundas es una expresión del espíritu de rebeldía.

La sociedad es enemiga de los que perturban sus "mentiras vitales". Frente a los hombres que le traen un nuevo mensaje, su primer gesto es hostil; olvida que necesita de esos grandes espíritus que, de tiempo en tiempo, desafían su encono, predicando "verdades vitales".

Todos los que renuevan y crean, son subversivos: contra los privilegios políticos, contra las injusticias económicas, contra las supersticiones dogmáticas. Sin ellos sería inconcebible la evolución de las ideas y de las costumbres, no existiría posibilidad de progreso. Los espíritus rebeldes, siempre acusados de herejía, pueden consolarse pensando que también Cristo fué hereje contra la rutina, contra la ley y contra el dogma de su pueblo, como lo fuera antes

Sócrates, como después lo fué Bruno. La rebeldía es la más alta disciplina del carácter; templa la fe, enseña a sufrir, poniendo en un mundo ideal la recompensa que es común destino de los grandes perseguidos; la humanidad venera sus nombres y no recuerda el de sus perseguidores.

Siempre ha existido, a no dudarlo, una conciencia moral de la humanidad, que da su sanción. Tarda a veces, cuando la regatean los contemporáneos; pero llega siempre, y acrecentada por la perspectiva del tiempo, cuando la discierne la posteridad.

2. *El espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos.*—Creencias que el tiempo ha transformado en supersticiones, siguen formando una atmósfera coercitiva que impide el desenvolvimiento de la cultura humana; en cada momento de la historia se yergue heroico contra ellas el espíritu de rebelión, que es la crítica, libre examen, iconoclastia.

Atrincherarse en la tradición significa renunciar a la vida misma, cuya continuidad se desenvuelve en un constante devenir; la obsecuencia al pasado cierra la inteligencia a toda verdad nueva, aparta de la felicidad todo elemento no previsto, niega la posibilidad misma de la perfección. Maniatarse ante los intereses creados, en el orden moral lo mismo que en el material, significa renunciar al advenimiento de una humanidad moralmente mejor. ¿Por qué — se pregunta el filósofo — seguiremos bebiendo aguas estancadas en pantanos seculares, mientras la naturaleza nos ofrece en la veta de sus rocas el chorro de fuentes cristalinas, que pueden apagar nuestra sed infinita de saber y de amor? Las aguas estancadas son los dogmas consagrados por la tradición; las fuentes de roca son las fuerzas morales que siguen manando de nuestra naturaleza humana, incesantes, eternas. Esas fuerzas rebeldes no han dejado de brotar nunca; viven, crean todavía, cada vez mejores; renunciar a ellas, como quiere el tradicionalismo, es decir ¡alto! a la vida misma; es decir ¡no! a los futuros ideales de la humanidad.

El espíritu de rebeldía es la antítesis del dogma de obediencia que induce a considerar recomendable la sujeción de una voluntad humana a otras humanas voluntades. En ese inverosímil renunciamiento de la personalidad, la obediencia no es a un sér sobrenatural sino a otro hombre, al Superior; ilustres teólogos han dado de ella una explicación poco mística y muy utilitaria, mirándola como uno de los mayores descansos y consuelos, pues el que obedece no se equivoca nunca, quedando el error a cargo del que manda. Este dogma lleva implícito un renunciamiento a la responsabilidad moral; el hombre se convierte en cosa irresponsable, en instrumento pasivo de quien lo maneja, sin opinión, sin criterio, sin iniciativa.

3. *La rebeldía intelectual es eterna y creadora.*—La leyenda

bíblica personifica en Satanás al ángel denunciador de las debilidades y corrupciones de la humanidad; y es Satanás en la poesía moderna el símbolo más puro del libre examen, del derecho de crítica, de todo lo que significa conciencia rebelde a la cuadriculación previa del pensamiento humano.

No es admisible ninguna limitación al derecho de buscar nuevas fuentes que fertilicen la vida. Obra de bienhechora rebeldía es descubrirlas, afirmarlas, aprovecharlas para el porvenir, impregnando la educación, ajustando a ellas progresivamente la conducta de los hombres. La sabiduría antigua, hoy condensada en dogmas, sólo puede ser respetable como punto de partida para tomar de ella lo que sea compatible con las nuevas creencias que florecen incesantemente; pero acatarla como inflexible norma de la vida social venidera, confundiéndola con un término de llegada que estamos condenados a no sobrepasar, es una actitud absurda frente al eterno mudar de la naturaleza.

El arte y las letras, la ciencia y la filosofía, la moral y la política, deben todos sus progresos al espíritu de rebeldía. Los domésticos gastan su vida en recorrer las sendas trilladas del pensamiento y de la acción, venerando ídolos y apuntalando ruinas; los rebeldes hacen obra fecunda y creadora, encendiendo sin cesar luces nuevas en los senderos que más tarde recorre la humanidad.

Juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre precoz.

III. Perfección

1. *En todo lo que existe actúan fuerzas de perfección.*—La perfectibilidad se manifiesta como tendencia a realizar formas de equilibrio, eternamente relativas e instables, en función del tiempo y del espacio. Nada puede permanecer invariable en un cosmos que incesantemente varía; cada elemento de lo inconmensurable varía para equilibrarse con todo lo variable que lo rodea y en esa adecuación funcional a la harmonía del todo consiste la perfección de las partes. El sistema solar varía en función del universo; el planeta, en función del sol que lo conduce; la humanidad, en función del planeta que habita; el hombre, en función de la sociedad que constituye su mundo moral. La más imprecisa nebulosa, la estrella más brillante, las cordilleras y los océanos, el roble y la mariposa, los sentimientos y las ideas, lo que conocemos y lo que concebimos entre la vía láctea y el átomo, está en perpetua renovación y perfeccionamiento. La muerte misma es palingenesia renovadora: sólo nos parece quietud y estabilidad porque suspende funciones que, en una parte mínima de lo real, llamamos vida.

Cuando esa perfectibilidad incesante es inteligida por la mente humana, engendra creencias aproximativas acerca de la perfección

venidera: se concibe como futuro lo mejor de lo presente, lo susceptible de variar en función de nuevas condiciones de equilibrio, lo que sobrevivirá selectivamente en formas siempre menos imperfectas. Los ideales son hipótesis de perfectibilidad, simples anticipaciones del eterno devenir.

Toda perfección en el mundo moral se concibe en función de la sociedad, sacudiendo la herrumbre del pasado, desatando los lazos del presente. Una visión de genio, un gesto de virtud, un acto de heroísmo, son perfecciones que se elevan sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres de su época; no pueden pensarse sin inquietud, ni pueden actuarse sin rebeldía.

2. *La perfectibilidad humana es privilegio de la juventud.*— Sólo puede concebir una futura adecuación funcional la mente plástica y sensible al devenir de la realidad; sólo en los jóvenes nace el sentimiento de perfección, como deseo que invita a creer y como esperanza que impulsa a obrar. El anhelo temprano de lo mejor dignifica el carácter y eleva la personalidad; la concepción meliorista de la vida social impide al joven acomodarse a los intereses creados y lo pone en tensión hacia el porvenir.

La perfectibilidad es educable, como todas las aptitudes. El hábito de la renovación mental, extendiendo la curiosidad a lo infinito que nos rodea, observando, estudiando, reflexionando, puede prolongar la juventud en la edad viril. El hombre perfectible, si considera incompleta su doctrina o insegura su posición, busca fórmulas nuevas que superen el presente, en vez de cerrar los ojos para volver a los errores tradicionales. La juventud, cuando duda, rectifica su marcha y sigue adelante; la vejez, incapaz de vencer el obstáculo, desiste y vuelve atrás.

En todos los campos de la actividad humana el deseo de perfección impone deberes de lucha y de sacrificio; el que dice, enseña o hace, despierta la hostilidad de los quietistas. No afrontan esa contingencia los hombres moralmente envejecidos; han renunciado a su propia personalidad, entrando a las filas, marcando el paso, vistiendo el uniforme del conformismo. Si son capaces de esfuerzo, será siempre contra los ideales de la nueva generación, aunándose en defensa de los intereses creados y sintiéndose respaldados por el complejo aparato coercitivo de la sociedad.

Amar la perfección implica vivir en un plano superior al de la realidad inmediata, renunciando a las complicidades y beneficios del presente. Por eso los grandes caracteres morales se han sentido atraídos por una gloria que emanara de sus propias virtudes; y como los contemporáneos no podían discernirla, vivían imaginativamente en el porvenir, que es la posteridad.

3. *Camino de perfección es vivir como si el ideal fuese realidad.*—Fácil es mejorarse pensando en un mundo mejor; está cerca

de la perfección el que se siente solidarizado con todas las fuerzas renovadoras que en su rededor florecen. Es posible acompañar a todos los que ascienden, sin entregarse a ninguno; se puede converger con ideales afines sin sacrificar la personalidad propia. No es bueno que el hombre esté solo, pues necesita la simpatía que estimula su acción; pero es temible que esté mal acompañado, pues las imperfecciones ajenas son su peor enemigo. Hay que buscar la solidaridad en el bien, evitando la complicidad en el mal.

El hombre perfectible sazona los más sabrosos frutos de su experiencia cuando llega a la serenidad viril, si el hábito de pensar en lo futuro le mantiene apartado de las facciones henchidas de apetitos. En todo tiempo fué de sabios poner a salvo su juventud moral, simplificando la vida entre las gracias de la Naturaleza, propicias a la meditación. Lejos del pasado que se defiende en vano, fácil es, como desde una cumbre, abarcar a las nuevas generaciones en una mirada de simpatía, no turbada por la visión de sus pequeñas imperfecciones.

Quien tiende hacia la perfección procura harmonizar su vida con sus ideales. Obrando como si la felicidad consistiera en la virtud, se adquiere un sentimiento de fortaleza que ahuyenta el dolor y vence la cobardía; todos los males resultan pequeños frente al supremo bien de sentirse digno de sí mismo. El virtuoso no puede ser infeliz: *beatitudo non praemium virtutis, sed ipso virtutis.* La santidad es de este mundo; entran a ella los hombres que merecen pasar al futuro como ejemplos de una humanidad más perfecta.

DE LA JUSTICIA

DIÁLOGO DE PLATÓN

I

SÓCRATES REFUTA LA MAXIMA DE QUE "ES JUSTO HACER EL BIEN A SUS AMIGOS Y HACER EL MAL A SUS ENEMIGOS"

UIMOS a casa de Polemarco, en donde encontramos a sus dos hermanos, Lidias y Eutidemo, con Tracímaco de Calcedonia, Carmántido, del barrio de Peaneo, y Clitofonte, hijo de Aristónimo; Céfalo, el padre de Polemarco, también se encontraba allí. Como yo no le había visto desde hace mucho tiempo, me pareció que había envejecido bastante. Estaba sentado, con la cabeza apoyada sobre un cojín, y llevaba una corona, porque ese día había celebrado un sacrificio doméstico. Tomamos asiento a su lado, en los bancos que estaban colocados en círculo. Tan pronto como me vió, me saludó.

CEFALO.—No vienes con frecuencia al Pireo, Sócrates; sin embargo, tus visitas nos serían gratas. Si yo tuviera fuerzas suficientes para ir a la ciudad, te ahorraría el trabajo de venir aquí, e iría yo mismo a buscarte. Pero ahora te corresponde venir más a menudo, porque has de saber que todos los días hallo nuevos encantos en la conversación, a medida que los placeres del cuerpo disminuyen y me abandonan. Ten, pues, por mí esta condescendencia. Reúnete a estos jóvenes, y ven a menudo a ver a tus devotos amigos.

SOCRATES.—Yo también, Céfalo, hallo suma complacencia en la compañía de los ancianos. Como ya se encuentran al fin de una carrera que a nosotros corresponderá seguir un día, me parece natural obtener informes de ellos acerca de si la ruta es fácil o penosa. Y como tú estás ahora en esa edad que los poetas llaman el umbral de la vejez, me será grato oír lo que me digas acerca de ella y si la consideras como la época difícil de la vida.

CEFALO.—Te diré mi pensamiento, Sócrates, tal como él viene a mi espíritu. Suele ocurrir, según el antiguo adagio, que me

encuentre entre gentes de mi edad; todo el tiempo que con ellos paso se va en quejas y en lamentaciones de su parte; recuerdan con pesar los placeres del amor, los de la mesa, y todos los demás de ese carácter de que disfrutaban en su juventud. Se conduelen de estar privados de todos aquellos bienes que les parecieron tan preciosos. Al oirlos, se llega a la conclusión de que la vida que entonces llevaban era feliz, y de que en la actualidad ya no viven. Algunos se quejan de las ofensas a que les expone la vejez, de parte de sus vecinos; y no cesan de repetir los innúmeros males que su avanzada edad les depara diariamente. En cuanto a mí, Sócrates, creo que ellos no acusan la verdadera causa de su mal; porque, si ella fuese la vejez, yo, y todos aquellos que llegan a mi edad, deberíamos sentir los mismos efectos. Además, he conocido otros de una disposición muy diferente; y recuerdo que un día que me encontraba con el poeta Sófocles, habiéndole preguntado alguien en mi presencia si la edad le permitía aún disfrutar los placeres del amor, repuso: "A Dios no le place, y experimento la mayor satisfacción de haber sacudido el yugo de ese amo apasionado y brutal." Juzgué entonces que él tenía razón al hablar de esta suerte, y el tiempo no ha modificado mi pensamiento. En efecto, la vejez es un estado de reposo y de libertad de los sentidos. Tan luego como las pasiones dejan de hacer sentir su aguijón, y, por decirlo así, quedan en suspenso, lo dicho por Sófocles se comprueba plenamente: se liberta uno de una multitud de pasiones tiránicas. Con respecto a estas quejas de los viejos y a sus pesares domésticos, no es en la vejez, Sócrates, sino en el carácter de los viejos, en donde hay que buscar la causa. Con costumbres apacibles y tranquilas encuentra uno soportable la vejez. Con un carácter opuesto, la vejez y la juventud son igualmente difíciles.

Me encantó su respuesta y quise hacerle hablar más.

SOCRATES.—Estoy convencido, Céfalo, de que cuando tú hablas de esa manera, la mayor parte de los hombres no aprueban lo que dices, y que piensan que encuentras menos recursos contra las incomodidades de la vejez en tu carácter que en los grandes bienes que posees; porque se dice que los ricos tienen muchos consuelos.

CEFALO.—Dices bien: no me escuchan; la verdad es que hay algo de cierto en lo que ellos dicen, pero mucho menos de lo que ellos piensan. He aquí la bella respuesta que dió Temístocles a un serifio que le atribuía su reputación a la ciudad en que había nacido más que a sus propios méritos: "Verdad es, repuso, que si yo fuese de Serifo, no sería conocido; pero tú no lo serías más si fueses hijo de Atenas." Podría darse la misma respuesta a los ancianos poco ricos y quejumbrosos, diciéndoles que la pobreza haría

la vejez insoportable hasta para los mismos sabios; pero que, sin la sabiduría, las riquezas no podrían hacérsela jamás más dulce.

SOCRATES.—Pero estos grandes bienes que tú posees, ¿los has heredado de tus antepasados o los has adquirido tú en su mayor parte?

CEFALO.—¿Me preguntas qué he adquirido yo, Sócrates? Mis bienes de fortuna me dan un promedio entre la de mi abuelo y la de mi padre; porque mi abuelo, cuyo nombre llevo — habiendo heredado un patrimonio poco más o menos igual a mi actual fortuna,— hizo adquisiciones que sobrepasan en mucho los haberes que había recibido. Mi padre, Lisanias, me dejó, por el contrario, menos bienes de los que ahora poseo. Quedaría contento si mis hijos reciben de mí una herencia que no sea ni inferior ni superior a la que yo mismo he heredado.

SOCRATES.—Lo que me ha llevado a hacerte esta pregunta, es que no me parece que tú tengas mayor apego a las riquezas; cosa que es común a aquellos que no son los artífices de su propia fortuna; en tanto que aquellos que la deben a su industria, sí tienen mayor apego a ella, porque la aman por ser obra suya, así como los poetas aman los versos y los padres a sus hijos; aparte de que, como todos los demás hombres, sienten apego a las riquezas por los bienes que ellas les proporcionan. Por tanto, los hombres de que te hablo son de un trato difícil y no tienen estimación sino por el dinero.

SOCRATES.—Perfectamente. Pero dime: ¿cuál es, en tu opinión, la mayor ventaja que las riquezas procuran?

CEFALO.—Mi opinión a este respecto es precisamente la que con dificultad aceptarían muchas gentes. Sabrás, Sócrates, que cuando un hombre cree próximo el fin de su vida, experimenta temores e inquietudes que en otro tiempo no le preocupaban. Teme que aquellas cosas que hasta entonces ha considerado como fábulas, sean en realidad otras tantas verdades; y bien puede ser que esta aprensión provenga de la debilidad consiguiente a la edad, o de que el alma las vea entonces más claramente a causa de su proximidad. El hombre es presa, entonces, de dudas y temores, y repasa en la memoria todos los actos de su vida a fin de averiguar si ha hecho, o no, mal a nadie. Aquel que al examinar su conducta la encuentra llena de injusticias, despierta a menudo sobresaltado, como los niños durante la noche; tiembla, y vive en una inquieta expectativa. Pero aquel que nada tiene que reprocharse, abriga siempre una dulce esperanza que le sirve de nodriza en su vejez, según Píndaro. Ve ahora lo que dice — empleando una imagen, la más graciosa y admirable —al hablar de un hombre que ha llevado una vida justa y santa:

"La esperanza le acompaña haciendo palpitar dulcemente su corazón y amamantando su vejez,
La esperanza que nutre sin tropiezos
El espíritu flotante de los mortales."

Ahora bien; es porque la riqueza prepara este porvenir por lo que tiene tanto valor a mis ojos; y no para todos los hombres, sino solamente para los sabios; porque es a la riqueza a lo que en gran parte se debe el no hallarse expuesto a engañar a persona alguna involuntariamente, ni a mentir. Ella nos proporciona, además, la ventaja de salir de este mundo libres de todo temor de no haber hecho ciertos sacrificios a los dioses o por no haber pagado algunas deudas a los hombres. Tiene ella, además, otras ventajas indudables; pero, al considerarlas una por una, creo que todo hombre sensato no vacilará en dar a ésta preferencia marcada sobre las demás.

SOCRATES.—Lo que acabas de decir, Céfalo, es muy bello; pero ¿es propio definir la justicia haciéndola consistir simplemente en decir la verdad y en dar a cada cual lo que hemos recibido? ¿O no es ello más justo, o más injusto según las circunstancias? Por ejemplo, si alguien que hubiese confiado sus armas a un amigo, pidiese su devolución después de haber enloquecido, todo el mundo convendría en que no sería conveniente devolvérselas, y que habría injusticia en hacerlo. Todo el mundo convendría, además, en que sería perjudicial no disfrazarle la verdad en el estado en que se encuentra.

CEFALO.—Eso es cierto.

SOCRATES.—No consiste, pues, la justicia, en dar a cada uno lo suyo.

POLEMARCO.—Pero, si hemos de creer a Simónides, en eso precisamente es en lo que consiste la justicia.

CEFALO.—Os dejo que continuéis la discusión; es preciso que yo vaya a concluir mi sacrificio.

SOCRATES.—Entonces será Polemarco quien ocupará tu lugar.

CEFALO (*sonriendo*). Sí.

Y diciendo esto, salió Céfalo para ir a terminar su sacrificio.

SOCRATES.—Infórmame, pues, Polemarco, ya que tomas el lugar de tu padre, acerca de lo que dice Simónides con respecto a la justicia, y en qué puntos apruebas sus opiniones.

POLEMARCO.—Dice él que es propio de la justicia dar a cada uno lo suyo, y en este punto hallo que tiene razón.

SOCRATES.—Es bien difícil no estar de acuerdo con Simónides; era un sabio, un hombre divino. Pero ¿acaso comprendes tú, Polemarco, lo que ha querido él decir con eso? En cuanto a mí, yo no lo comprendo. Es evidente que él no quiere decir que uno

esté en la obligación de devolver, como lo decíamos hace un momento, un depósito, cualquiera que éste sea, cuando aquel que lo reclama ha perdido el juicio, y, sin embargo, ese depósito es una deuda, ¿no es así?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Y, por tanto, es necesario cuidarse de devolverlo, cualquiera que sea, a aquel que no tiene razón de reclamarlo.

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Simónides, pues, ha querido decir otra cosa cuando ha dicho que es justo devolver a cada cual lo que se le debe.

POLEMARCO.—Sin duda, una vez que él piensa que uno debe hacer siempre el bien a sus amigos y no hacerles nunca mal.

SOCRATES.—Ya lo oigo. Devolver a un amigo lo que se le debe, devolverle, por ejemplo, el dinero que nos ha confiado aun cuando no pueda recibirlo sino con perjuicio suyo. ¿No es esa la interpretación que das tú a las palabras de Simónides?

POLEMARCO.—Absolutamente.

SOCRATES.—Pero ¿debe uno devolver a sus enemigos aquello que uno crea deberles?

POLEMARCO.—Sí, lo que uno les deba; pero uno no debe a su enemigo sino aquello que cuadra con la enemistad, es decir, lo que le cause daño.

SOCRATES.—Simónides se ha explicado, pues, sobre la justicia en estilo poético y de una manera enigmática; ha creído, a lo que parece, que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le conviene. Pero, en lugar de decir esto, ha dicho que consiste en dársele lo que se le debe.

POLEMARCO.—¿Piensas tú que ha querido él decir otra cosa?

SOCRATES.—¿Qué crees tú que hubiese contestado Simónides si alguien le hubiese formulado la siguiente pregunta?: ¿A quién da el arte que llamamos medicina lo que debe dar y lo que conviene dar, y qué es lo que ella da?

POLEMARCO.—Contestaría que ella da al cuerpo los remedios, los alimentos y las bebidas convenientes.

SOCRATES.—Y el arte culinario, ¿a quién da lo que debe y lo que conviene dar?; ¿qué es lo que él da?

POLEMARCO.—Sazona los manjares.

SOCRATES.—Y lo que se llama justicia, ¿a quién da lo que conviene, y qué es lo que da?

POLEMARCO.—Si hemos de atenernos a lo dicho anteriormente, la justicia consiste en hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos.

SOCRATES.—¿Considera entonces Simónides. que es de justicia hacer el bien a sus amigos y hacer el mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—Paréceme que sí.

SOCRATES.—¿Quién puede hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos en caso de enfermedad?

POLEMARCO.—El médico.

SOCRATES.—¿Y en el mar, en caso de peligro?

POLEMARCO.—El piloto.

SOCRATES.—¿Y en qué ocasión y de qué manera puede el hombre justo hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—Paréceme que en la guerra, atacando a los unos y defendiendo a los otros.

SOCRATES.—Perfectamente. Pero, mi querido Polemarco, nada tiene uno que hacer con el médico cuando no está enfermo.

POLEMARCO.—Así es la verdad.

SOCRATES.—Ni tiene necesidad de piloto cuando no se halla en el mar.

POLEMARCO.—También es eso cierto.

SOCRATES.—Siguiendo este mismo razonamiento, ¿es lo justo inútil cuando no hace uno la guerra?

POLEMARCO.—No lo creo así.

SOCRATES.—¿Sirve entonces la justicia también en tiempo de paz?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—La agricultura también sirve en esta estación, ¿no es cierto?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Para la recolección de los bienes que nos brinda la tierra?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Es útil también el oficio de zapatero?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Dirás tú que para proveerse de calzado?

POLEMARCO.—Sin duda.

SOCRATES.—Del mismo modo me dirás con qué objeto y en servicio de qué puede ser útil la justicia durante la paz.

POLEMARCO.—Para el comercio.

SOCRATES.—¿Entiendes tú por comercio la asociación para los negocios o para alguna otra cosa?

POLEMARCO.—Me refiero a las asociaciones.

SOCRATES.—Tratándose de la construcción de una casa, ¿será un hombre justo un socio mejor y más útil que un arquitecto?

POLEMARCO.—De ningún modo.

SOCRATES.—Si el músico vale más que el hombre justo para el estudio de la música, ¿cuál es, entonces, el género de asociación en la cual vale el hombre justo más que el músico?

POLEMARCO.—Me parece que tratándose de asuntos de dinero.

SOCRATES.—Si no es el caso de que haya necesidad de hacer uso de él; si hay que comprar o que vender un caballo, creo yo que el negociante en caballos será el mejor socio, ¿no es así?

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Si se tratase de un barco, el constructor o el piloto serían los mejores asociados.

POLEMARCO.—Así me parece.

SOCRATES.—¿En qué caso, pues, será el justo más útil que los otros cuando la asociación haya de usar de su dinero?

POLEMARCO.—Cuando se trata, Sócrates, de ponerlo en depósito y de conservarlo.

SOCRATES.—Es decir, cuando sea necesario no hacer ningún uso de él, sino dejarlo ocioso.

POLEMARCO.—Exactamente.

SOCRATES.—Así pues, cuando el dinero se hace inútil, comienza a ser útil la justicia.

POLEMARCO.—Quizás.

SOCRATES.—Y cuando sea necesario conservar una pequeña podadera, será útil la justicia al interés común y al interés particular. Mas cuando se trate de servirse de ella, lo que será útil será el arte del viticultor.

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Tú dirás, pues, que cuando se trate de conservar un escudo, o una lira, sin hacer uso de ellos, será útil la justicia; pero si es preciso servirse de ellos, serán la esgrima y la música las que serán útiles.

POLEMARCO.—Necesariamente.

SOCRATES.—Y en general, trátese de lo que se tratare, la justicia será inútil cuando uno se sirve de un objeto, y útil cuando no se sirve de él.

POLEMARCO.—Bien puede ser.

SOCRATES.—Pero, querido, la justicia no será, pues, de gran de importancia si sólo nos es útil tratándose de aquellas cosas de que no hacemos uso ninguno. Estudiemos esto un poco más: aquel que sea más hábil para escapar a los golpes en una batalla, en la lucha, o en cualquiera otro caso, ¿no es, también, el más diestro para guardarse de los golpes que le asedien?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Y aquel que es más hábil para precaverse de una enfermedad y para prevenirla, ¿no es, al mismo tiempo, el más capaz para dársela a otro?

POLEMARCO.—Así lo creo.

SOCRATES.—¿Cuál es el hombre más adecuado para pro-

teger un ejército? ¿No será aquel que sepa descubrir los designios y las maniobras del enemigo?

POLEMARCO.—Sin duda.

SOCRATES.—Por consiguiente, el mismo hombre apto para conservar una cosa lo será también para robarla.

POLEMARCO.—Así me parece.

SOCRATES.—Así pues, si el justo es apto para guardar el dinero, lo será, asimismo, para sustraerlo.

POLEMARCO.—Al menos es esa la consecuencia inevitable de tu razonamiento.

SOCRATES.—El hombre justo está, pues, convencido de ser un diestro ladrón, y antójaseme que tú has tomado esta idea de Homero, quien elogia demasiado a Autólico, abuelo materno de Ulises, de quien dice que sobrepasa a todos los hombres en el arte de despojar y de mentir bajo la fe de juramento. Por consiguiente, según Homero, Simónides y tú, la justicia no es otra cosa que el arte de despojar para bien de los amigos y para el mal de los enemigos, ¿no es así como la entiendes tú?

POLEMARCO.—¡Por Júpiter, que no! No es eso lo que he querido decir. Sin embargo, siempre me parece que la justicia consiste en ser grato a tu amigo y en causar perjuicio a tu enemigo.

SOCRATES.—Mas ¿qué entiendes tú por amigos? ¿Aquellos que parezcan ser gentes de bien, o los que realmente lo sean aunque no lo parezcan? Lo propio digo de los enemigos.

POLEMARCO.—Paréceme natural amar aquellos a quienes crea uno gente de bien y odiar a los que crea malos.

SOCRATES.—¿No es lo ordinario que los hombres se engañen sobre este punto y que juzguen que es honrado un hombre, cuando no lo es sino en apariencia, o que se tome por pícaro al que en realidad es hombre honrado?

POLEMARCO.—Convengo en ello.

SOCRATES.—Quienes así se engañan, ¿toman por enemigos a las gentes de bien y por amigos a los perversos?

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Así, pues, para ellos la justicia consiste en hacer el bien a los perversos y el mal a los buenos.

POLEMARCO.—Eso es evidente.

SOCRATES.—Pero las gentes de bien son justas e incapaces de perjudicar a nadie.

POLEMARCO.—Esa es la verdad.

SOCRATES.—De acuerdo con tu razonamiento, resulta entonces justo hacer el mal a quien no lo merece.

POLEMARCO.—De ningún modo, Sócrates; es criminal hablar así.

SOCRATES.—Entonces lo que es justo es hacer el mal a los malos y hacer el bien a los buenos.

POLEMARCO.—Ese lenguaje me parece más razonable que lo que decíamos hace un momento.

SOCRATES.—Pero, Polemarco, sucederá que para todos aquellos que se engañan en su juicio acerca de los hombres, será justo perjudicar a sus amigos, desde el momento en que pueden considerarlos malos, y hacer el bien a sus enemigos porque los consideran como gentes de bien. Y con esto llegamos a una conclusión directamente contraria a la que atribuíamos a Simónides.

POLEMARCO.—Ello es rigurosamente exacto; pero cambiemos en algo la definición que hemos dado de amigos y de enemigos, y en ese caso no me parece que sea exacta la conclusión.

SOCRATES.—Recapitulemos, Polemarco; ¿qué decíamos?

POLEMARCO.—Decíamos que podíamos considerar como amigo a aquel que nos pareciese hombre de bien.

SOCRATES.—¿Cómo quieres tú que cambiemos esa definición?

POLEMARCO.—Yo diría que debiéramos considerar como amigo al que no sólo parezca hombre de bien, sino que lo sea en efecto; que aquel que lo parece, sin serlo, no es amigo sino en la apariencia. Lo propio habría que decir del enemigo.

SOCRATES.—Según esto, el amigo verdadero será el hombre de bien, y el hombre malo el verdadero enemigo.

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Tú quieres, pues, que modifiquemos también algo respecto de lo que decíamos de la justicia, o sea que ella consistía en hacer el bien al amigo y el mal al enemigo; y ahora quieres que agreguemos "si el amigo es hombre honrado y si el enemigo no lo es."

POLEMARCO.—Sí, encuentro que eso está bien dicho.

SOCRATES.—¡Pero cómo! ¿es que debe un hombre justo hacer el mal a quienquiera que sea?

POLEMARCO.—Sí, a lo menos debe hacer el mal a sus enemigos, si ellos son perversos.

SOCRATES.—Aquellos caballos a quienes se martiriza, ¿se tornan mejores o peores?

POLEMARCO.—Peores.

SOCRATES.—¿Se debe esto al carácter propio de su especie o al que es propio de los perros, por ejemplo? Y aquellos perros a quienes se martiriza, ¿se tornan peores por razón del carácter propio a su especie y no por razón del carácter que es propio de los caballos?

POLEMARCO.—Necesariamente.

SOCRATES.—¿No podemos decir también que los hombres

a quienes se hace el mal se tornan peores debido a los sentimientos propios del hombre?

POLEMARCO.—Ello no admite contradicción.

SOCRATES.—¿No es la justicia un sentimiento propio del hombre?

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Es también evidente, caro amigo, que los hombres a quienes se hace mal se tornan más injustos.

POLEMARCO.—Así parece.

SOCRATES.—Un músico, por virtud de su arte, ¿puede convertir a cualquiera en un ignorante de la música?

POLEMARCO.—Eso es imposible.

SOCRATES.—¿Puede un maestro de equitación, por virtud de su arte, inhabilitar a alguien para montar a caballo?

POLEMARCO.—Imposible.

SOCRATES.—¿Puede el hombre justo, por razón de su sentimiento de justicia, convertir a otro en un hombre injusto? En general ¿pueden los buenos, por razón de su virtud, convertir en malos a los otros?

POLEMARCO.—Eso no puede ser.

SOCRATES.—Porque la acción de enfriar no me parece ser efecto del calor, sino de lo contrario al calor.

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—La humedad no es efecto de un ambiente seco, sino del agente contrario.

POLEMARCO.—Sin duda alguna.

SOCRATES.—El efecto del bien no es tampoco el de causar perjuicio, sino el efecto de lo que es contrario al bien.

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Pero el hombre justo es bueno.

POLEMARCO.—Ello no admite contradicción.

SOCRATES.—No es, pues, propio del hombre justo el mortificar a sus amigos, ni a nadie, acto que corresponde a su antítesis, es decir, al hombre injusto.

POLEMARCO.—Paréceme, Sócrates, que tienes completa razón.

SOCRATES.—De suerte que si alguien dijese que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le corresponde, ello implicaría que el hombre justo sólo debe hacer el mal a sus enemigos, así como el bien a sus amigos; pero no es ese el lenguaje de un hombre sensato, porque no está conforme con la verdad, y acabamos de ver que no es nunca justo causar perjuicio a nadie.

POLEMARCO.—Convengo en ello.

SOCRATES.—Y, si alguien se atreve a sostener que máxima

semejante ha sido expuesta por Simónides, por un Bias, o por un Pítaco, o por cualquier otro sabio, tú y yo lo negaríamos.

POLEMARCO.—Estoy pronto a sostener la lucha contigo.

SOCRATES.—¿Sabes tú de quién es esa máxima de que es justo hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—¿De quién?

SOCRATES.—Creo que esa máxima ha sido expuesta por Periandro (1), por Perdicas de Jerjes (2), por Ismenio el Tebano (3), o por cualquiera otro rico personaje embriagado de poder.

POLEMARCO.—Dices bien.

SOCRATES.—Pero si la justicia no consiste en eso, ¿quién nos dirá en qué consiste?

(1) Tirano de Corinto.
(2) Rey de Macedonia, padre del rey Arquelao.
(3) Poderoso ciudadano de Tebas.

Literatura

DEMOCRACIA CRIOLLA

POR RUFINO BLANCO-FOMBONA

L PUEBLECITO de Camoruco es la puerta de los Llanos. La carretera parte el pueblo en dos, recta y clara, como la crencha en la cabeza de un elegante. El pueblucho, tendido en la sabana, consiste en dos hileras de casas a lo largo del camino. Las casucas, en ringla, a las veras de la vía, se asoman como a ver al caminante. Parecen una doble fila de golondrinas asoleándose en dos alambres paralelos del telégrafo.

Cerca del pueblo corre el Guárico, copiosa regadora de la pampa, en cuyas arenas duerme la raya; a cuya orilla sestean, entreabierta la boca, los perezosos caimanes.

Las lluvias de invierno fertilizan la sabana, quemada en el verano del sol. Verdea la hierba con la lluvia invernal; rebosan los abrevaderos, y la piel de los caballos y de los toros salvajes se torna lucia. Pero esas lluvias, al mismo tiempo que un bien, causan al hombre un mal. Depositadas en la llanura, forman pozos, y primero que el padre sol las evapore, se convierten en criaderos de mosquitos palúdicos. Y de esos mortales pozos emerge la malaria con todas sus ponzoñas; la malaria que anemia la sangre, florece de úlceras el cuerpo, y mina, hasta la destrucción, los organismos.

Por eso los habitantes de Camoruco son, en su mayoría, de una palidez mortal.

*

Era época de elecciones. Se trataba de elegir al presidente del Estado. Circunstancias de la política interesaban a buena parte de la República en aquella elección de un mero prefecto, de un gobernador seccional.

"El Faro," periodiquillo fundado *ad hoc,* y del cual apenas vieron la luz dos ediciones, decía en su primer número: "Quizás por la primera vez en Camoruco, las elecciones dejarán de ser la obra de un grupo de politicastros, fabricantes de votos; por la primera vez acaso en Camoruco hilarán la tela eleccionaria las manos limpias del pueblo."

Los candidatos se reducían a dos

La víspera de votar, los cabecillas o directores, ricos ganaderos, aportaban al vecino pueblo, al pueblo que servía de centro a los hatos comarcanos, nubes de peones, trabajadores sufridos, buenos y simples llaneros, ignorantes de todo, hasta de la función electoral que iban a practicar al día siguiente.

Esos peones, traídos como recuas, eran los ciudadanos, es decir, los votantes. El traje de la mayor parte consistía en un pantalón de dril y una camisa listada. En los pies, alpargatas; en la cabeza, el sombrero cogollo de alas tendidas y el "pelo de guama" azafranado; a la cintura, terciada como un tahalí, la "cobija" azul y roja; el nunca desamparado machete, el arma del campesino, en la diestra mano, como un bastón.

Algunos, cloróticos, palúdicos, ulcerados, cadavéricos, gente de hospital, tenían algo de fantoches macabros. Otros, buena parte, de estatura medianeja, musculosos, bronceados del sol y de la sangre mestiza, recordaban a los llaneros clásicos, a los genuinos llaneros del Apure y del Arauca, a los terribles centauros del general Páez, en los ejércitos de Bolívar, a aquellos épicos llaneros que tomaban los barcos españoles a caballo, a punta de lanza, que arremetían en número de ciento cincuenta contra siete mil soldados de Morillo, como en las *Queseras del medio,* a aquellos héroes de nuestras pampas, que viven en la historia, en el lienzo, en el romance, en la epopeya y, sobre todo, en la imaginación popular.

Los partidos eran dos, como los candidatos. El interés de cada jefe de partido. estribaba en reunir el mayor golpe de gente posible. De este modo obtendría, para su candidato, el triunfo numérico de votos, a la mañana siguiente, en la plaza pública.

En Camoruco se acuarteló cada bando en su distrito: el uno al Norte, el otro al Sur del poblacho. Como a cada momento llegaban nuevas recuas de peones, los cabecillas se espiaban mutuamente los ingresos de votantes.

—Anda, fulano, solían decir a algún peón de confianza; anda y échales una ojeada a esos pendejos.

Algunos *leaders* explicaban, de grupo en grupo, en qué consiste la función de elegir el pueblo a un ciudadano.

Pero los rústicos manifestaban, a pesar de la explicaciones, cierto recelo. Muchos creían que se trataba de un alzamiento en armas contra el Gobierno. En uno de los grupos, mayormente, la desconfianza ganaba terreno. Se sostenían conversaciones curiosas.

—¡Elecciones! — exclamaba un vaquero, rechoncho y moreno como un chorizo; — muy pronto escucharemos: ¡pum! ¡pum! ¡Y a estacar cueros!

A este buen humor lúgubre, ante la tragedia probable, otro vaquero añadía:

—Sí; ya no tarda aquello de "muchachos, dos tiros y al machete."

La frase les era a todos familiar, y muchos sonreían con amargura al recuerdo de aquella expresión: "muchachos, dos tiros y al machete." Tal era la voz de los oficiales revolucionarios al tiempo de la pelea.

Careciendo por lo general de pertrechos, los revolucionarios disparan uno o dos tiros y corren al arma blanca sobre los batallones enemigos. Los máuseres del Gobierno producen pronto su estrago, y el campo queda cubierto en minutos de cadáveres de insurrectos. Pero los pocos rebeldes que llegan con vida al batallón, vengan a los caídos. En la lucha cuerpo a cuerpo, el máuser, según los guerrilleros, no ayuda, sino estorba, al infante, y contra el machete iracundo no vale bayoneta, no vale nada, morir o correr.

De ahí la impresión que produce la frase del vaquero: "muchachos, dos tiros y al machete."

—A mí lo que me disgusta, expresaba un peón, es que no le digan a uno la verdad. Si vamos a la guerra, vamos; pero que no nos lo oculten.

Todos convenían en que el quejoso estaba en lo cierto. Sabiendo la verdad, pudieran, al menos, despedirse de sus mujeres, de sus hijos, de sus madres.

—Es que lo creen a uno gallina.

—No, gallina no, sino pájaro.

—Sí; no temen que corramos a escondernos como gallinas o mujeres, sino que "cantemos" al comisario o al jefe civil; que les denunciemos el alzamiento.

Cierto mulato ya provecto, la cabeza grisácea, la frente partida por una cicatriz honda como una zanja, empezó a conciliar ánimos.

—Estas cosas se hacen así, muchachos. El 92, cuando nos alzamos en *El Totumo* con el general Crespo...

Y se engolfó en sus recuerdos militares. Se le oía con agrado. El viejo llanero era un *causer*.

Uno de los *leaders*, desde lejos, empezó a llamar al anciano llanero charlador:

—¡Eh, Ramón, viejo Ramón!

Y el viejo Ramón, antes de acudir, terminó su relato, abreviándolo:

—Entonces entramos en Villa de Cura. El general Crespo, cuando vió al general Zuloaga, tendido muerto al pie de una trinchera, exclamó: *¡Pobre hombre! ¡Qué guapo era!*

El cacique llamaba de nuevo:

—Véngase acá, viejo Ramón.

Se trataba de que el viejo Ramón hiciese comprender "a los muchachos," y comprendiese él mismo, que no era aquél asunto de guerra, sino de elegir presidente de Estado.

La tarde comenzó a caer. La noche batía sus alas de sombra sobre la campiña. La obscuridad corría sus cortinajes de terciopelo fúnebre sobre la llanura verde, sobre la carretera, amarillenta en parte, a trechos colorada, sobre el azul radioso del cielo.

Empezaban a oírse, a distancia, los ruidos de la noche: soplos de brisa, mugidos de vacas, canto de grillos, croar de ranas.

Las despertadas estrellas agujereaban las primeras sombras, y descendían a lavarse los ojos luminosos en el Guárico. Y, reflejando el oro de las estrellas, el Guárico se deslizaba en la noche, dulcemente, dorado como un Pactolo.

El pueblecito de Camoruco se despierta con el alba; pero también cierra los ojos cuando empiezan a abrir los suyos las estrellas.

Suenan las ocho... Camoruco se recoge; Camoruco va a dormir. Solamente en los cuarteles de los bandos sigue escuchándose, ya el rasgueo de una guitarra, ya la quejumbre de un galerón.

Las botellas han circulado profusamente por la tarde, y esa inquietud, y ese desvelo, y esa guitarra quejosa y el plañir de ese canto, no son sino el aguardiente llanero que, cuando no es feroz, es melancólico, y si no vierte sangre, vierte lágrimas.

Las coplas cruzan el aire:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí:
El último de mi madre
Y el primero que te dí.

En la puerta de la cárcel
Hay escrito con carbón:
"Aquí el bueno se hace malo
Y el malo se hace peor."

De pronto, uno de los *leaders* se presentó ante el grupo de cuyo centro surgía el canto.

—A ver, uno que quiera ir a echar un vistazo por allá.

"Por allá," era el otro bando. Mil voces respondieron:

—Yo.

—Yo.

—Yo.

El escogido fué un pastor de algunos veinticinco años, moreno, robusto, lampiño, los ojos pequeñitos y negros como dos paraparas.

Entonces empezaron los chistes despechados de los pospuestos.

—¡Cómo envían esa vaca!

—Llora, sabes, cuando quieras que vayamos a defenderte.

—Aquí hay una señora que puede acompañarte.

El cabecilla intervino:

—Calma, señores, calma. Y a dormir todo el mundo. Mañana venceremos al enemigo.

A pesar de la presencia del cacique, el muchacho electo repuso tres o cuatro groserías a sus compañeros, y partió.

Por el camino fué pensando:

—¿Qué imaginarán esos sinvergüenzas? ¿Que mañana venceremos al enemigo? ¡Ojalá fuera esta noche la trifulca! Piensan que tengo miedo. Lo que tengo es paciencia para oírlos. ¡Canallas!

El camino estaba desierto. La sombra lo cubría todo. El muchacho caminaba pensativo. Empezó a caer una fina lluvia. De lejos, de muy lejos, llegaron al espía, en las alas pluviosas de la brisa, rachas de música.

Era que también los del bando contrario se divertían.

El llanerito volvió a pensar en las burlas de sus compañeros y rugió:

—¡Canallas!

De repente le pareció distinguir un bulto en la sombra, y se puso en acecho. El bulto adelantaba en sentido contrario al llanerito. Ya muy cerca, reconoció el muchacho a un viejo del bando enemigo. El mozo y el viejo se encontraron.

—¿A dónde va, viejo?

—Cogiendo fresco por aquí.

—¡Cogiendo fresco! Usted es un espía. Y va a espiarnos.

—Espía será tu madre, sinvergüenza.

No hubo más. Los machetes tajaron la sombra, y el anciano quedó tendido en el fango, bajo la lluvia, muriéndose como un perro, la cabeza partida en canal.

El muchacho corrió a su jefe y relató, en presencia de todos, lo ocurrido, no sin cierta jactancia.

Matar a un viejo, dijo uno; ¿por qué no matar a una vieja?

El cacique censuró rudamente al llanerito.

—Has cometido un crimen, un crimen inútil. Te perseguirán. Yo nada puedo hacer por ti; anda, coge el monte.

El vaquero se desconcertó. ¿Cómo irse al monte, darse a huír como una fiera? ¡Luego era verdad que aquello era un crimen! Pero diablos, ¿no se trataba de un enemigo?

—Una voz benévola dijo:

—Vete, fulano; yo avisaré en tu rancho.

Y el muchacho partió, recatándose en la sombra, bajo la lluvia sutil.

La huída lo denunció. A la postre, cansado de vivir una vida trashumante y azarosa, se presentó "a la justicia." Y la mañana en que lo sentenciaron, cuando se vió irremisiblemente condenado a presidio, se echó a llorar el pobre llanero delante de todo el mundo, murmurando:

—Pero, ¿no se trataba de vencerlos? ¿No eran enemigos?

LECTURAS ESCOLARES

POR GABRIELA MISTRAL

LA CHARCA

RA una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro. Las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino i unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca, ni ella supo de él en su vida.

Mas, un buen día, como levantaran una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fué esto en un crepúsculo. Al día siguiente, el primer rayo cayó sobre la copa del árbol i se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro, i el agua, negra como un betún, se clareó, fué rosada, fué violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor, al traspasarla la flecha luminosa; luego un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.

Así, la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. Esa fisonomía de la charca, toda gloriosa, se les antojaba una cosa insólita.

I al descender el sol, vieron una cosa más insólita aún.

La caricia cálida fué, durante todo el día, absorbiendo el líquido impuro lenta, insensiblemente. Con el último rayo subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol i pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible i algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

Para las demás charcas de aquí abajo ¿no hai obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

EL CARDO

UNA vez un lirio de jardín, de jardín de rico, preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca—agregó un jazmín menudo i fragante—, i ningún espíritu delicado ha dejado de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo—añadió todavía la camelia, fría e impasible. Será un patán; yo he estado en el pecho de los hombres i las mujeres hermosas....

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, i mi dueño lo ha recordado al mirarme, esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hai que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino i conoce a cuantos pasan, i a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad—contestó el lirio—. Sin duda el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas i es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

I vino en el viento la voz, cansada i como rota, del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino i le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿I es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva un poco inclinada; pero su manto es albo como tu copo i eres harto feliz de parecértele. Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso.

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—, dijo el lirio.

—¿I qué lleva en las sienes por guirnalda cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia—. Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio, turbado. —¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—repuso el cardo, echando a volar las plumillas luminosas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—, querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino—respondió éste. El va siempre por las sendas sin reposo Al pasar me ha dicho: "Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante". Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Serón, que él cortó de niño, por las colinas; ni la madreselva trenzada, quisieron hacerse cardos del camino, i como los príncipes i las mujeres mundanas, que rehusaron seguirle por las llanuras requemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

EL NIDO DE AGUZANIEVES

POR SELMA LAGERLOF

ATTO el ermitaño oraba a Dios en el desierto. Era un día de tempestad: la luenga barba y la cabellera hirsuta flotaban alderredor de su cara como mechón de hierbas en lo alto de una vieja ruina; pero Hatto no hacía el menor movimiento para apartar los cabellos de sus ojos o sujetar su barba a la cintura, pues sus brazos estaban levantados al cielo. Desde el alba alzaba los brazos peludos y nudosos tan infatigablemente como un árbol tiende sus ramas, y parecía estar dispuesto a permanecer así hasta el anochecer.

Era un hombre que había aprendido a conocer la maldad de los hombres. El mismo había sido perseguido y atormentado; pero los tormentos y persecuciones que había sufrido eran superiores a lo que su corazón podía soportar. Habíase retirado, pues, al páramo enorme, cavando en la arena de la orilla del río una especie de cueva, donde llegó a ser un santo cuyas oraciones subían hasta el trono de Dios.

Hatto el ermitaño rezaba delante de la caverna la gran oración de su vida. Pedía a Dios que hiciera brillar el día del juicio sobre esta tierra maldita. Llamaba a los ángeles que con las trompetas sonoras anunciarán el fin de este reino del pecado; pedía los torrentes de sangre que ahogarán las iniquidades del mundo; llamaba a la peste que llenará los cementerios.

A su derredor el erial se extendía desierto y lóbrego y el huracán soplaba como una prodigiosa amenaza sobre la desnuda tierra; pero un poco más arriba crecía un viejo sauce de tronco enano y corto, que formaba en su extremidad un grueso nudo del que partían haces de verdes ramas. Cada otoño los habitantes de la planicie lo despojaban de su fresco ramaje, y cada primavera el árbol lanzaba nuevos y flexibles retoños que los días de gran viento se agitaban como la cabellera y la barba de Hatto el ermitaño.

La pareja de aguzanieves que había acostumbrado hacer ahí su nido, quería ese mismo día comenzar a construirlo: llegaba con briznas de paja, fibras de raíz de junco del pasado estío; pero entre los ramajes que crujían azotados por el viento, los pájaros no hallaban ninguna seguridad, y después de muchos vuelos se vieron obli-

gados a regresar. Fué entonces cuando se dieron cuenta del viejo Hatto que pedía a Dios que la tempestad aumentara y barriera así el nido del pajarillo como el de águila.

Seguramente las gentes de hoy se afligirán al pensar cómo un viejo ermitaño de aquel tiempo podía estar nudoso, negro y mohoso, y cuán poco se parecía a un hombre. La piel restirada sobre la frente y los carrillos, le daba el aspecto de una cabeza de muerto, en la que sólo al fondo de las órbitas dos pequeños destellos luminosos indicaban aún la vida. Los músculos desecados se untaban alderredor de sus miembros, y sus brazos no eran más que largos huesos cubiertos de una corteza de carne áspera y arrugada. Llevaba un viejo hábito negro muy ceñido. Tostado por el sol y ennegrecido por el lodo, sólo sus cabellos y su barba eran claros; el sol y la lluvia les había dado los mismos tonos verdes y gris que tiene el envés de las hojas del sauce.

Los pájaros, que buscaban un lugar para su nido, tomaron a Hatto el ermitaño por otro sauce igualmente viejo, al que un hachazo había destruído en su avance hacia el cielo. Volaban, se alejaban, volvían, giraban y daban vueltas a su derredor, tomando puntos de referencia; calcularon su situación con respecto a las aves de rapiña y a las tempestades, y la hallaron poco favorable; pero la proximidad del río y de los cañaverales, su almacén de provisiones y su leñera, los decidió. Una de las aguzanieves se arrojó como flecha a la mano levantada de Hatto y depositó su fibra de raíz.

La tempestad soplaba y la pequeña brizna se voló. Pero los aguzanieves regresaron e intentaron insertar los armazones de su nido entre los dedos callosos del viejo ermitaño. De improviso un pulgar grueso y rudo se colocó sobre las briznas de hierba con objeto de detenerlas y cuatro dedos encorvándose encima de esa mano formaron como un tranquilo nicho donde los pájaros podían establecerse.

Y Hatto continuaba sus oraciones: "Oh Señor, ¿dónde están tus nubes de fuego que asolaron a Sodoma? ¿Cuándo lanzarás las celestes cataratas que elevaron el Arca de Noé hasta las cumbres del Ararat?"

Y en el cerebro calenturiento del anacoreta surgieron las visiones del Juicio Final. El suelo temblaba, el firmamento se enrojecía; pero mientras esas visiones fúnebres fascinaban su alma, sus ojos principiaron a seguir el vuelo de las aguzanieves que revolaban sin cesar y que en cada vuelo, lanzando un ligero pío de satisfacción, consolidaban su nido con una nueva brizna de hierba.

El anciano no se movía, pues para constreñir al Señor a oír sus ruegos, había hecho voto de permanecer inmóvil y en oración desde el alba hasta la noche. Y a medida que su fatiga aumentaba, sus sueños de visionario se avivaban. Oía estruendos de casas que se derrumban y de muros desplomados. Multitudes despavoridas y voci-

ferantes pasaban ante sus ojos, perseguidas por los ángeles de la destrucción, ángeles de rostro terriblemente bello, acorazados de plata y oro y galopando en negros caballos, con relámpagos por látigos.

Las pequeñas aguzanieves continuaban construyendo y fabricando sin cesar. Para nada les faltaban los materiales sobre el páramo, donde crecían grupos de árboles secos, y cerca del río bordeado de juncos y carrizos. Y sin tomar el descanso del medio día, antes de entrar la noche, llegaron al techo de su construcción. Pero antes de que llegara la noche, Hatto, cuyos ojos habían seguido a las aves mucho tiempo, se interesó en su trabajo: las reprendía por su lentitud, se indignaba de las rachas de viento que entorpecían su tarea y, ciertamente, no hubiera tolerado que descansaran. El sol se puso y los pájaros tornaron a los carrizales del río.

Luego que amaneció, las aguzanieves creyeron que los acontecimientos de la víspera no habían sido sino un dulce sueño. Habían tenido ocasión de determinar sus puntos de referencia, volando en todos sentidos, elevándose hacia el cielo y escudriñando con la vista la inmensidad del páramo: el nido y el árbol habían desaparecido. Se colocaron sobre dos piedras que sobresalían del agua y se pusieron a discutir el caso, agitando las cabecitas y sacudiendo sus largas colas. Pero el sol no se había levantado a una altura mayor de una mano sobre la otra ribera, cuando su árbol vino a colocarse en el mismo lugar de la víspera. Era él sin duda: como siempre, nudoso y negro y levantando el nido en su especie de rama tosca y truncada. Y las aguzanieves reanudaron su trabajo sin ocuparse más tiempo en profundizar las maravillas de que la naturaleza es tan rica.

Hatto el ermitaño, que espantaba de la caverna a los chiquillos y que les gritaba que hubiera sido mejor que nunca hubieran nacido, este Hatto de quien los campesinos temían les hiciera *mal de ojo*, cuidaba de no hacer nada que pudiera espantar o molestar a las pequeñas aguzanieves. Sabía que en las cosas que Dios permite en la naturaleza, sucede lo mismo que en todas las sílabas de la Biblia: cada una tiene su sentido misterioso y místico. Y había descubierto lo que significaba aquel nido comenzado a edificar entre sus dedos. Era evidentemente la promesa de Dios de que si permanecía en oración, con los brazos levantados hasta que los pájaros hubiesen incubado a sus hijuelos, su plegaria sería oída y el mundo destruído.

Ese día, sin embargo, fué menos asaltado por visiones lúgubres. Sus ojos apenas se separaban del trabajo de los pájaros. Veía terminarse el nido, hacer experiencias a los pequeños arquitectos y a guisa de aplanado y pintura, pegar al exterior algunos líquenes recogidos en el verdadero sauce. Cuando fué preciso pensar en amueblarlo y en instalarse, buscaron el vello de las plantas más

sedosas y la aguzanieves arrancó algunos de sus plumones para rellenar mejor el interior de su casa.

Los campesinos que temían el funesto poder de las oraciones del ermitaño, procuraban aplacar su cólera llevándole pan y leche. Y ese día lo encontraron de pie, los brazos levantados y el nido en la mano: *¡Mirad*, dijeron, *cómo ama a los pajarillos ese santo hombre!* y no le temieron más; levantaron hasta su boca el cántaro de la leche y colocaron pedazos de pan en sus labios. Cuando Hatto hubo comido y bebido, despidió a los hombres con ásperas palabras; pero ellos no respondieron a las maldiciones sino con bondadosas sonrisas.

Desde hacía mucho tiempo su cuerpo era ya esclavo de su voluntad. Con maceraciones y ayunos, con genuflexiones de todo un día e insomnios de toda una semana, lo había reducido a la obediencia. Sus músculos de fierro sostuvieron los brazos rígidos días y días, y cuando la aguzanieves no dejó el nido para nada, ni siquiera volvió al anochecer a acostarse en su caverna, sino que durmió sentado y con los brazos tendidos hacia el cielo. Nunca un anacoreta en el desierto hizo sacrificios más duros.

Se había habituado a esos ojillos inquietos que le miraban por encima del borde del nido y los protegía contra la lluvia y el granizo.

Y he aquí que un día la aguzanieves se levantó y saltó sobre el frágil muro y presto se reunió con el macho que temblaba de gozo. Los dos celebraron consejo regocijadamente, mientras el nido se llenaba de píos desesperados. Un momento después se lanzaron él y ella a una caza desenfrenada de moscas y mosquitos. Y a medida que las moscas y los mosquitos atrapados eran llevados al nido, los píos aumentaban, a tal punto que el piadoso ermitaño perdió el hilo de sus oraciones. Entonces, lentamente, lentamente, con las articulaciones que habían casi perdido el poder de funcionar, sus brazos se abatieron y sus ojos de ascua se hundieron en el nido tumultuoso. Jamás había visto nada tan lastimosamente feo y miserable: pequeños cuerpos desnudos, sin ojos, sin alas, pero seis grandes picos, ampliamente abiertos. Recibió una extraña impresión; pero tal como estaban, sintió por ellos una infinita ternura. De aquí en adelante, al rogar a Dios que salvara al mundo por la devastación, hizo una silenciosa excepción en favor de esos pequeños seres sin defensa. Y cuando las campesinas le llevaban alimentos, no volvió más a agradecérselos con deseos de muerte. Se sentía satisfecho de que no lo dejaran morir de hambre,. puesto que su vida era necesaria a la nidada que piaba en su mano.

Luego, seis cabezas redondas se estiraban todo el día sobre los bordes del nido. Y cada vez más frecuentemente los brazos del viejo Hatto descendían hasta sus ojos. Veía las plumas que brotaban de la piel roja, los ojos que se abrían y la forma del cuerpo que prin-

cipiaba a redondearse. Y de sus labios la oración se elevaba siempre más vacilante. Dios le había prometido, estaba seguro, que la destrucción sobrevendría luego que los hijuelos de las aguzanieves supieran volar. Y entretanto buscaba pretextos, pues le parecía imposible inmolar a esos pequeños seres cuya eclosión había protegido. Hasta entonces nada había existido fuera de él, y el amor de los débiles y los humildes, insinuándose en su corazón, lo hacía vacilar. Por momentos hubiera querido arrojar toda la nidada al río. ¿Qué cosa más hermosa que morir sin haber conocido el dolor y el pecado? Hubiera salvado así a esas pobres criaturas de las aves de rapiña, del hambre, del frío, de todos los peligros de la vida. Pero mientras pensaba en esas cosas, un gavilán se arrojó sobre las pequeñas aguzanieves y Hatto no tuvo tiempo más que para agarrar al rapaz con la mano izquierda y arrojarlo del lado del río.

Al fin llegó el día en que los pequeñuelos debieran aprender a volar. Una de las aguzanieves se esforzaba en colocarlos al borde del nido, mientras la otra volaba en todo el derredor para demostrarles cuán fácil era y cómo bastaba con intentarlo. Pero los pequeños tenían miedo y se negaban. Entonces los dos padres desplegaron a la vista de su prole todos los recursos de su arte: volteaban y viraban con un brusco golpe de alas, o como las alondras, se elevaban en línea recta hacia el cielo y se sostenían inmóviles en el aire, con las alas violentamente trémulas. Los pequeños se negaban siempre. Y Hatto el ermitaño no resistió a la tentación de intervenir y les dió con el dedo un ligero capirotazo y ¡he ahí el asunto resuelto! Fuera del nido, batiendo y golpeando el aire a manera de murciélagos, vuelan con torpe ala, se derriban, caen, se levantan y se valen de sus primeros conocimientos para volver a ganar su morada lo más pronto posible. Los padres llegan arrogantes y gozosos y el viejo Hatto sonríe de contento: para algo había servido.

Sonrió, y después se preguntó seriamente si Dios no tendría otro propósito que violar su promesa... ¿Quién lo sabe? Dios, el Padre, tenía acaso esta tierra en la mano derecha como un nido de pájaros y tal vez había acabado por amar a todos los que en ella viven. Y en el momento de aniquilarla, acaso experimentaba por ellos la misma piedad que el solitario del páramo por los pajarillos. Los pájaros valían más seguramente que los hombres, pero Hatto comprendía igualmente que Dios podría sentir que su corazón se apiadaba de la especie humana.

Al día siguiente el nido estaba vacío y la amargura y la soledad invadían el alma del solitario. Lentamente el brazo bajaba a su costado y le parecía que toda la naturaleza contenía el aliento en espera de las trompetas del Juicio Final. Pero en ese momento las aguzanieves retornaron colocándose familiarmente sobre su cabeza y sus hombros. Y la luz se hizo en el cerebro turbado del viejo anacoreta. ¡El, que había ofrecido permanecer inmóvil, había

bajado los brazos! ¡Cuán poco se había fijado en eso! Cada día había abatido los brazos para mirar el nido. Y en pie, mientras que los seis pequeñuelos revolaban y jugaban a su derredor, meneaba la cabeza dirigiéndose a un sér invisible: "*¡Estás relevado de tu promesa,* dijo, *estás relevado! ¡Yo no he cumplido con mi palabra y no tienes obligación de sostener la tuya!*"

Y le pareció entonces que las montañas cesaban de temblar y que el río se extendía tranquilo en su lecho, con una inmensa seguridad...

Conocimientos Prácticos

SANTO DOMINGO

POR SALOMON DE LA SELVA

A ISLA de Santo Domingo, que se dividen la República Dominicana y la República de Haití, está en el Mar Caribe y es, con Cuba, Puerto Rico y Jamaica, una de las Antillas Mayores. Su forma parece la de una tortuga con patas, cabeza y cola fuera de la concha. Su formación geológica puede ser una terminación de Venezuela. Lazos históricos también la unen con ese país. Los antepasados de Bolívar, el Libertador, que vinieron de España a América, tuvieron su primer hogar americano en Santo Domingo. Y la forma del español que se habla en esa República isleña, corresponde a la venezolana, como la forma mexicana corresponde a la de Centroamérica, que es en efecto una prolongación de México.

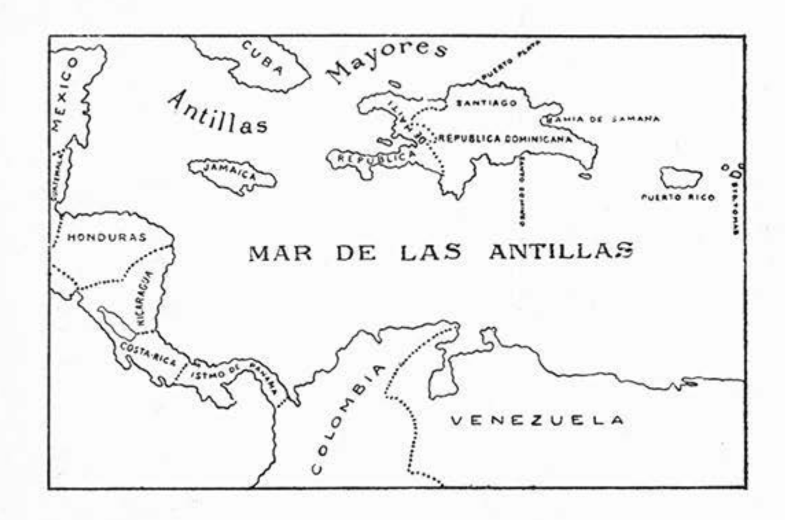
La superficie de la isla es de entre 77 a 78 mil kilómetros cuadrados, de los cuales unos 28 mil corresponden a la República de Haití y el resto a la Dominicana. Los límites entre ambos países no están aún definidos satisfactoriamente para ambas partes. La figura de la isla es muy irregular y su contorno forma varias penínsulas que a su vez comprenden numerosas bahías admirables para bases navales, y por eso, afirma el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*, son "grandemente codiciadas por los norteamericanos."

La población de Haití la forman negros en su mayor parte, y su idioma es el francés. En la República Dominicana el idioma es el español; predomina la raza blanca, y hay también, además de sangre africana, mucha sangre india. En el interior del país, que está casi sin explorar ni explotar, existen pueblos de indígenas, descendientes de los hombres que encontró Colón, cuando, en 1492, descubrió esa isla, a la cual dió el nombre de Española.

El cronista Juan López de Velasco, que escribió por 1571, dice de lo que es hoy la República Dominicana que, "por sus cualidades

y por haber sido primera en su descubrimiento y población, antiguamente fué como principio y cabeza de todas las demás Indias del Mar Océano," y que "tuvo en su distrito a Yucatán y parte de Tierra Firme (Venezuela) y otras provincias que se iban descubriendo."

Durante los siglos XVI y XVII, corsarios franceses empezaron a establecerse en la parte occidental de la isla, y a substituir con negros a los diezmados indígenas. Hacia fines del XVII España tuvo que reconocer ese territorio como colonia francesa. En 1795 el resto de la isla, lo que es hoy República Dominicana, también pasó,



en virtud del tratado de Basilea, al poder francés. A principios del siglo XIX la parte primeramente cedida a Francia declaró su independencia bajo el famoso caudillo negro Toussaint L'Overture. Por esa época, de invasión de España por Napoleón, la parte española de la isla repugnó el dominio francés y se declaró española. Esta reincorporación fué espontánea y duró hasta 1821, en el cual período, llamado de "la España boba," Santo Domingo, aun cuando se consideraba colonia, se rigió por sí misma. En 1821 la parte española también se declaró independiente de España; Haití sostenía que todo el territorio isleño era indivisible, y un año después los blancos de origen español sufrieron una terrible invasión de parte de los antiguos esclavos franceses. A esta lucha de razas se debe

que el progreso tanto social como económico de Santo Domingo se haya retrasado. Los negros mataban, robaban, destruían sin piedad. Innumerables familias huyeron del país, abandonando hogar y hacienda, y muchos nombres ilustres de Cuba, su principal refugio, son de origen dominicano; el nombre de Heredia, por ejemplo. En 1844 logró la antigua colonia española deshacerse por completo del yugo haitiano. En 1861, la nueva República se anexionó

Entrada principal de la Catedral de Santo Domingo, Primada de América

a España otra vez. Duró esta unión sólo cuatro años, y en 1865 se restauró la República Dominicana. La anexión a España carecía de espontaneidad y unanimidad de parte de los dominicanos, quienes en ruda lucha protestaron contra ella hasta lograr una separación definitiva.

En la nueva República existían graves divisiones políticas. Pronto volvió a reinar la anarquía como había reinado en tiempos

anteriores, y como había de reinar, substituida por tiranías o, a largos trechos de tiempo, por buenos pero débiles gobiernos, hasta 1915. Ocurría en Santo Domingo lo que en Centroamérica. Sucediéronse varios presidentes, o caciques con ese título, y hasta hubo dominicanos, de los antiguos anexionistas a España, que pensaron, como lo había pensado antes la República de El Salvador, en una anexión a los Estados Unidos de Norteamérica.

En 1869 y otra vez en 1870, el Presidente Grant, de los Estados Unidos, propuso esa anexión a su Congreso; pero entonces el espíritu imperialista de los norteamericanos no se empeñaba, como ahora, en obtener posesiones insulares, y la anexión fué rechazada. Sin embargo, la bahía de Samaná estuvo en poder de las autoridades navales de los Estados Unidos, por algún tiempo. En 1874 cayó del poder el tirano General Buenaventura Báez y en ese año se extingue por completo toda idea anexionista en Santo Domingo y se solidariza para siempre jamás el invencible espíritu de independencia dominicana.

Los malos o débiles gobiernos, tras la pobreza tristísima en que había quedado el país después de la invasión haitiana, consumaban su fracaso económico. Banqueros norteamericanos facilitaron al Gobierno dominicano empréstitos bajo contratas que contenían artículos de dudosa interpretación. Valiéndose de estos medios y proclamando cariño para el pueblo dominicano, que venía siendo víctima de continuas revoluciones, los Estados Unidos de Norte-América, en 1915, se posesionaron traidoramente de esa República latinoamericana, establecieron en ella un salvaje gobierno militar y obligaron a su Presidente Constitucional a abandonar el país. Esa es todavía la dolorosa condición de la tierra americana más querida del descubridor, patria de Máximo Gómez, libertador, con José Martí, de Cuba; patria también de la primera poetisa latinoamericana, Sor Leonor de Ovando, y de otra gran poetisa de habla española, doña Salomé Ureña de Henríquez.

La República de Haití está en iguales condiciones que la República Dominicana.

Cabe decir aquí que no todo el pueblo norteamericano está de acuerdo con los procedimientos imperialistas de su gobierno, y que fuertes órganos de su opinión, como *The Nation* de Nueva York, abogan incansablemente por la justicia y por los derechos atropellados de los pueblos débiles.

EL BAÑO

S concedido actualmente por todos, que los baños frecuentes, disfrutados con inteligencia y oportunidad, desempeñan un papel muy importante en la economía de la salud. Toda casa debe estar provista de las comodidades propias para tomar los baños necesarios. Cuando se construye y se amuebla una casa, conviene proveer estos requisitos, aun cuando séa menester privarse de algún objeto de lujo. La imposibilidad de conseguir esas comodidades, no obstante, no excusa el que se desatienda esa necesidad higiénica, pues el agua abunda y puede aprovecharse sin dichas comodidades.

Los siguientes breves informes referentes a la importancia de bañarse frecuentemente, han sido tomados de una buena revista de salud:

"La epidermis, o sea la envoltura superficial que cubre todo el cuerpo, está penetrada en toda su extensión por unas aberturas pequeñas, llamadas poros. En la totalidad de la superficie del cuerpo hay más de dos millones de tales poros. Cada uno de éstos es el orificio externo de un tubo capilar que sirve de caño de desagüe para llevar toda materia gastada, descompuesta y muerta, fuera del cuerpo. Cada uno de estos órganos de purificación está en constante trabajo, a no ser que de algún modo se obstruya la boquilla. Son especialmente activos en verano, y despiden grandes cantidades de sudor, el cual tiene en solución las materias ofensivas.

"Ahora veamos qué es lo que sucede si no hacemos caso al revestimiento natural con que bondadosamente hemos sido dotados. El sudor o transpiración insensible, cargado de impurezas, sale por dos millones de orificios y se extiende sobre la superficie del cuerpo. La parte acuosa se evapora, dejando tras sí todas las impurezas que contenía y que se adhieren a la piel. Esto es lo que sucede el primer día. Al día siguiente se deposita igual cantidad y de la misma manera, formando con lo que se había depositado antes, una capa delgada de suciedad que cubre la piel. El tercer día la cantidad ha aumentado tomando la consistencia del barniz. El cuarto día todo el cuerpo está completamente forrado con una capa cuádruple de inmundicias orgánicas. Desde el quinto día co-

mienza la fermentación, y puede notarse ya un olor acre y desagradable. Al sexto día se agrega material nuevo a la suciedad acumulada, aumentado aún más la intensidad del hedor que se escapa. El punto culminante se alcanza en el séptimo día. El hedor acre y penetrante se hace ya intolerable. El individuo se siente como si se hubiera bañado en miel y vinagre. Al acercarse a los amigos, éstos tratan de ver si no se le ha quedado un pedazo de carroña en el tacón de la bota. Empero, el individuo mismo está inconsciente del mal olor, habiéndosele acostumbrado la nariz a la fetidez; o si acaso lo advierte, hará de cuenta que no viéndole nadie el pellejo, se librará del descubrimiento. Vana ilusión. Toda persona cuyo sentido del olfato no haya sido destruído completamente con el rapé o con un catarro crónico, lo advertirá tan presto, como el perro olfatea la comadreja."

La cara y las manos que se lavan diariamente y a menudo varias veces al día, no necesitan tanto el lavado como las otras partes del cuerpo que se hallan cubiertas con la ropa. La ropa intercepta la luz del sol y el aire, de suerte que las substancias venenosas y las escamas se juntan en la epidermis, se secan y endurecen, y tapan los poros, hasta que uno se siente muy desaseado.—*Rossiter.*

Sea que una persona esté bien o que esté enferma, la respiración es más desahogada y fácil si se acostumbra uno al baño. Por medio de él se hacen más flexibles los músculos; el cuerpo y la mente se desarrollan armónicamente, la inteligencia se abrillanta y todas las facultades tienen mayor animación. El baño es un calmante para los nervios. Promueve la transpiración, aviva la circulación, vence las obstrucciones del sistema y obra con provecho sobre los riñones y los órganos urinarios. Los baños ayudan las funciones del vientre, del estómago y del hígado, dando energía y vida nueva a cada órgano. Facilita también la digestión, y lejos de debilitar el sistema, lo fortalece. Lejos de aumentar la propensión a los resfríos, si se toma el baño como se debe, protegerá contra el resfrío; porque la circulación se mejora y los órganos uterinos, que se hallan más o menos congestionados, se alivian, porque la sangre es atraída a la superficie, y una corriente más libre y más regular se establece por todos los vasos sanguíneos.—*La señora E. G. White.*

"Al descuidar el baño diario los poros se tapan; los desperdicios y materias gastadas y fétidas, en vez de ser eliminadas, son en parte reabsorbidas, convirtiéndose en causa prolífica de enfermedades.

"Un cutis limpio es una de las condiciones esenciales para la salud y la hermosura, y nada ayuda tanto a ello como la costumbre

de bañarse a menudo y frotarse vigorosamente. Así se mantendrá suave el cutis y vigoroso todo el cuerpo."

Se debe tomar el baño todas las mañanas, a no ser que haya alguna causa física anormal que lo impida. La mejor hora para el baño, que es afortunadamente la mejor para todo el mundo, es en la mañana, antes de vestirse. No es necesario que ese baño sea muy complicado, ni que ocupe más de cinco minutos de tiempo. Un caballero que ha sacado mucho provecho de esos baños matutinos, dijo que su baño consistía de una parte de agua, cuatro partes de frotamiento con una toalla áspera, y cinco partes de frotamiento con la mano. Casi todo el mundo puede darse un baño así y aprovecharse de él. Las personas que se resentirían gravemente con baños fríos de inmersión, pueden casi siempre tomar este baño con gran provecho.

Si hace mucho frío no es necesario quitarse toda la ropa a la vez. Se deja caer hasta la cintura; mójense las manos y salpíquense la cara, los brazos y el cuerpo. El agua no debe ser demasiado fría; siempre que sea fácil obtenerla templada, debe preferirse. En la mayoría de los casos, sin embargo, si se usa muy poca agua, lo frío no causaría ninguna sensación desagradable, ni entrará el frío si se frota uno vigorosamente. Este baño puede durar un minuto, refregándose después vigorosamente con una toalla afelpada muy áspera, hasta quedar seco. Una toalla tersa de algodón o de lino, sirve tanto para secar a uno como el papel abrillantado sirve para secar la tinta.

Así se termina la mitad del baño, conforme a las reglas dadas. Luego vienen las frotaciones de mano. Comenzando con las muñecas, frótense los brazos, el cuello y el cuerpo, suave pero rápidamente, hasta que toda la superficie quede ardiente. Si la temperatura de la pieza es demasiado fría, abríguese uno entonces con una camisa de lana u otro material. Cuídese bien de no tener reacción o resfriarse. Báñese luego el resto del cuerpo de la misma manera. Aunque al principio estos baños tempranos parezcan algo desagradables, en unos pocos días se acostumbra uno tanto que no puede pasarse sin ellos. Este ejercicio es fortificante, estimula la piel, entona todos los órganos y los templa para los trabajos del día; el calor que se desarrolla en el interior del cuerpo quitará el deseo de calentar excesivamente la casa, por medio de fogones, para avivar un sistema entorpecido.

El baño de agua fría, con enérgicas frotaciones de mano, no es suficiente para tener el cuerpo en completo aseo. Debe tomarse al menos una vez por semana un baño caliente o tibio para limpiar bien el cuerpo. Debe usarse una buena clase de jabón de tocador, uno que no perjudique la piel.

El baño neutral de todo el cuerpo, con una temperatura de unos treinta y siete grados, es un calmante excelente para los nervios, después de un día de arduo trabajo intelectual. El baño frío o de frotamiento de mano, es por lo general éstimulante y puede impedir el sueño, mientras que el baño neutral aquieta los nervios y llama el sueño. Llénese bien la tina; cerciórese de que la temperatura sea correcta, y permanézcase tranquilamente en el baño mientras uno se sienta a gusto y descansado.

Los baños fríos estimulan y endurecen a las personas fuertes, las que reaccionan vigorosamente. Aquellos que pueden tomarlos sin malos resultados, hallarán en ellos un preventivo excelente contra los resfriados. Empezando con agua que no sea demasiado fría y desagradable, puede ir bajándose la temperatura hasta que el baño frío sea grato y benéfico. La gente que, debido a la mala circulación y poca resistencia, se resfría y no puede entrar en reacción y sentir un calor fuerte y grato, no debería nunca tomar estos baños. Si no está uno acostumbrado al baño frío, conviene empezar cautelosamente.

SUGESTIONES GENERALES

1. Un frotamiento vigoroso suele ser lo mejor del baño.

2. Si por cualquier motivo no puede uno obtener agua, o si ésta no debe usarse, una frotación en seco con una toalla áspera o la mano desnuda, estimulará la piel y refrescará y fortificará el cuerpo.

3. El baño neutral es el mejor cuando se siente uno cansado física o mentalmente.

4. Nunca debe uno bañarse sino pasadas dos o tres horas después de haber comido.

5. Nunca debe entrarse al baño cuando el cuerpo esté muy caliente. Una zambullida en esa condición, aunque muy agradable, es realmente peligrosa. Siempre se debe mojar la cabeza antes de entrar al agua fría.

6. Acabando de bañarse uno en agua tibia o caliente, es bueno dejar correr el agua fría, para enfriar el baño poco a poco, a fin de cerrar los poros y aminorar el peligro de los resfríos. Este método para enfriar es más suave que el de la regadera fría, la ducha o la zambullida, puesto que no causa un choque violento.

Aladino Sección de los niños

EL VIOLIN MAGICO

GRIMM

ABIA una vez un viejo usurero, muy rico y muy avaro, y según lenguas, algo ladrón. Tenía a su servicio un joven honrado y trabajador llamado Martín.

Todas las mañanas el buen muchacho se levantaba el primero y era el último en acostarse por la noche. Al mismo tiempo se le veía siempre del mejor humor.

Al terminar el primer año de su servicio, su amo, con el cual no había convenido salario alguno, no le dió ni un solo centavo, pensando que, sin dinero,. Martín no podría abandonar su casa.

Martín no dijo una palabra y siguió trabajando alegre y entusiasta.

Al fin del segundo año tampoco le pagó su amo salario alguno y Martín no protestó.

Al cabo del tercer año, el amo, movido por un impulso generoso, echó mano al bolsillo para recompensar a su fiel criado, pero la avaricia lo detuvo y sacó del bolsillo las manos vacías.

Entonces Martín le dijo:

—Mi amo, durante tres años os he servido lo mejor que he podido y ahora deseo irme a correr el mundo, para lo cual necesito el dinero que ha ganado. ¿Quisierais ser tan bueno de entregármelo?

—Verdaderamente estoy contento de ti, muchacho, y voy a recompensarte dignamente. Toma estas tres pesetas nuevecitas, una por cada año que has estado a mi servicio.

Martín, que se contentaba con todo y que, además, ignoraba el valor de la moneda, creyendo que llevaba un capital con el cual podía mucho tiempo vivir holgadamente, se despidió de su amo y se fué por montes y valles, saltando y cantando, alegre como un pájaro.

Al pasar por las inmediaciones de una espesura, vió salir a un enanillo anciano y muy encorvado, que le gritó:

—¡Oh, alegre joven, parece que no tienes muchas preocupaciones!

—¿Y por qué he de estar triste? —contestó Martín—llevo en mi bolsillo mi salario de tres años de servicio.

—¿Y a cuánto asciende tu tesoro?

—A tres pesetas nuevecitas, que suenan como el oro, cuando golpeo mi bolsillo.

—Oye—dijo el enano—dámelas. Yo soy un pobre viejo que no puede trabajar. En cambio tú estás lleno de vida y fácilmente encontrarás qué comer.

Martín, que tenía buen corazón, se apiadó del enano y le entregó sus tres pesetas.

—Por ser tan bueno y caritativo—le dijo el viejecillo—te voy a conceder tres cosas que desees. Pídelas, y serán cumplidas en el acto.

—Yo sé que únicamente en los cuentos de hadas sucede tal cosa; pero, en fin, te voy a probar. Quiero una flecha que le dé a todo aquello a que apunte y un violín que haga bailar a todo el que lo escuche; quiero también que todos se obliguen a concederme la primera cosa que yo les pida.

—Has sido modesto en tu petición—dijo el enano—, y sacó del bolsillo la cerbatana y el violín.

—Toma—le dijo—y sábete que de hoy en adelante nadie podrá negarte la primera cosa que pidas.

Martín, cantando alegremente, continuó su camino.

Poco tiempo después se encontró con su antiguo amo que, embelesado, se había detenido para escuchar el canto de un ruiseñor que estaba posado en la rama de un árbol.

—¡Esto es maravilloso!—decía;—parece increíble que un animal tan pequeño cante tan fuerte! ¡Algo daría yo por tenerlo en una jaula!

—Yo puedo complaceros—contestó Martín, y, apuntando con su cerbatana al ruiseñor, lo hizo caer atarantado sobre la maleza

—Id por el pájaro—dijo Martín—, os pertenece.

El viejo se metió entre las zarzas, abriéndose camino con dificultad.

De pronto se le ocurrió a Martín tocar su violín con ánimo de divertirse.

En el acto el avaro se puso a brincar frenéticamente, enganchándose en las zarzas que le despedazaban sus ropas en jirones propinándole, al mismo tiempo, un sinnúmero de arañazos en la cara.

—¡Calla ese maldito violín! —gritaba desesperado el viejo. ¿No ves cómo me está torturando?

Pero Martín no cesaba de tocar, mientras decía:

—¡Has despellejado a tanta gente, infame usurero, que no estará de más que te despellejes tú hoy!

Y se puso a tocar cada vez más aprisa. El viejo, obligado a seguir el compás, daba saltos y volteretas, desollándose la cara y despedazándose el traje.

De pronto exclamó:

—¡Pára, por caridad, y te daré una bolsa llena de oro!

—¡Trato hecho! —dijo Martín guardando el instrumento—; pero debo advertirte que eres un notable bailarín. Después, tomando la bolsa que el avaro le arrojó con todo su pesar, siguió su camino cantando alegremente.

El viejo se echó a correr, con objeto de llegar a la ciudad antes que Martín.

Una vez allí, corrió a casa del juez y, arrodillándose a sus pies, exclamó:

—¡Pido que se me haga justicia, señor magistrado! Acabo de ser asaltado en el camino por un facineroso que, después de haberme golpeado brutalmente, me ha despojado de una bolsa llena de monedas de oro que representaba los ahorros de toda mi vida! ¡Por Dios, señor juez, haga usted aprehender a ese bandido y que se me devuelva lo que es mío!

—¿El ladrón le ha puesto en ese estado? —preguntó el juez.

—Sí señor, me ha arañado con sus uñas. El ladrón es joven y lleva una cerbatana y un violín. Con estas señas lo reconocerán fácilmente.

El juez envió inmediatamente sus alguaciles a la puerta de la ciudad, y bien pronto encontraron a Martín, que tranquilamente iba a entrar en ella.

Se le condujo ante el tribunal, donde se encontraba el avaro, que repitió su acusación.

—Yo no he tocado a este hombre—dijo Martín—ni le he quitado su bolsa por la fuerza: al contrario, me la ofreció voluntariamente para que cesara de tocar mi violín, cuyas notas le crispaban los nervios.

—¡Miente!—gritó el judío. ¡Yo no le he dado la bolsa!

—El juicio ha terminado—exclamó el juez—jamás se ha visto a un avaro dar un centavo, sólo por no oír música mala. Señor Martín, usted ha asaltado y robado en un camino real, y va usted a ser ahorcado en el acto.

El verdugo se apoderó del muchacho y lo llevó a la horca. Toda la ciudad estaba en la plaza para presenciar la ejecución.

El avaro, que estaba en primera fila, exclamaba enseñando el puño a Martín:

—¡Vas a recibir el premio de tu falta, bribonazo!

Martín, muy sereno, subió por su pie las escaleras de la horca y, cuando estuvo en lo alto, se volvió al juez y le dijo:

—¿Queréis concederme un favor antes de que muera?

—Siempre que no sea el que se te perdone, está concedido.

—No pido tanto: sólo deseo tocar una piececilla en mi violín.

Al oír estas palabras, el avaro lanzó un grito de espanto y dijo:

—¡No se lo permitáis, señor juez! ¡En nombre del cielo, no se lo permitáis!

—¿Y por qué—dijo el juez—no he de concederle esa pequeñez? ¡Que le traigan su violín!

El viejo, al oír esto, trató de marcharse; pero sin conseguirlo a causa de la muchedumbre que llenaba la plaza.

—Atame las piernas a un madero y te daré una moneda de oro—dijo al ayudante del verdugo.

Pero en aquel momento Martín comenzó a tocar, y todos los asistentes, incluso el juez, el escribano y el avaro, se sintieron estremecer, con unas ganas feroces de bailar; al segundo compás todos levantaron la pierna y comenzaron a hacer cabriolas.

El juez y el avaro saltaban como cabritos.

Jóvenes y viejos, gordos y delgados, todos danzaban que era un gusto, y hasta los perros, de pie sobre sus patas traseras, eran de la partida.

Martín aceleró el compás y aquello era una locura, se atropellaban unos a otros y se pisaban, lanzando alaridos de dolor. El juez, con la lengua fuera por la fatiga, gritó:

—Pára de tocar ese infernal instrumento y te concedo la vida!

Martín obedeció y, guardando su violín, bajó las escaleras y se colocó junto al avaro, que jadeante se había tirado al suelo para cobrar aliento.

—¡Bandido! —exclamó—. ¡Ahora mismo vas a decir de dónde has cogido esa bolsa que me diste esta mañana! ¡No mientas, porque si lo haces, cojo mi violín y toco una galopa que acabe con tu vida!

—¡La he robado! ¡La he robado!—exclamó el viejo lleno de espanto.

El juez volvió a entrar en funciones y el avaro fué ahorcado inmediatamente.

Martín continuó su camino y le sucedieron miles de aventuras pero, como no se escribieron, se ha perdido su memoria.

LA CAJA DE PANDORA

HACE muchos, muchísimos años, cuando aún el mundo estaba en su infancia, había un niño llamado Epimeteo, que nunca había tenido padre ni madre, y para que no estuviera solo, fué llevado a vivir con él una niñita llamada Pandora, procedente de un lejano país.

La primera cosa que vió Pandora, al entrar en la casa de Epimeteo, fué una gran caja, y casi inmediatamente después de haber atravesado el umbral, preguntó qué había en ella.

—Pandora querida—contestó el niño—es un secreto. Dejaron aquí esa caja para que estuviera bien guardada y yo mismo ignoro lo que contiene.

—Pero ¿quién te la dió?—preguntó Pandora. ¿De dónde procede?

—Una persona de aspecto risueño e inteligente la puso en el umbral de mi puerta, momentos antes de tu llegada.

—Ya sé quién es—dijo la niña—es Mercurio. Este fué el que me trajo y probablemente habrá traído, para mí, esa caja, y probablemente contiene hermosos trajes, juguetes y golosinas.

—Es posible—contestó Epimeteo alejándose;—pero hasta que Mercurio regrese y nos autorice para ello, no tenemos el derecho de abrirla.

—¡Qué muchacho tan poco animoso!—exclamó Pandora cuando el niño salió de la casita—. Me disgusta su timidez.

Y en cuanto Epimeteo se alejó, la niña se acercó a la caja, objeto de su curiosidad.

Las esquinas de la caja estaban talladas primorosamente. En los lados había figuras de hombres, mujeres y lindísimos niños. La cara más bonita había sido esculpida en el centro de la tapa. Ninguna otra particularidad se advertía, exceptuando la riqueza de la madera con que estaba hecha.

La caja estaba bien cerrada y no por cerradura u otro medio semejante, sino con un cordón de oro, cuyos extremos estaban atados de un modo tan complicado que parecía imposible deshacer el nudo. Sin embargo, parece que esa dificultad avivó la curiosidad de Pandora y se puso a examinarlo a fin de averiguar cómo estaba hecho.

—Creo—se dijo—que podré deshacerlo y atarlo otra vez, y como de ello no ha de resultar ningún daño....

Trató de levantar la tapa. La elevó algunos centímetros de un lado y la dejó caer, produciendo ruido.

Un momento después le pareció oír que dentro se removía algo. Aplicó el oído y escuchó. Se percibía dentro algo así como murmullos velados.

Al retirar la cabeza, sus ojos se fijaron en el nudo del cordón de oro.

—Yo creo—se dijo—que la persona que hizo este nudo debe haber poseído una destreza y una inteligencia poco comunes; pero si yo me dedico, comprendo que podré deshacerlo. Lo intentaré.

Apenas la niña había tocado el cordón, cuando éste se desató por sí mismo, como por arte de magia.

—¡Qué cosa tan extraña!—exclamó Pandora—. ¿Qué va a decir Epimeteo? Hizo algunas tentativas para volver a hacer el nudo, pero sin conseguirlo. Así, pues, nada podía hacer sino dejar la caja desatada hasta el regreso de Epimeteo.

Al mismo tiempo pensó que su amigo iba a figurarse que había mirado el interior de la caja, y no siéndole posible borrar esa sospecha, lo mejor sería satisfacer su curiosidad... Así, pues, se acercó a la caja, y ya iba a levantar la tapa cuando le pareció que algunas voces murmuraban dentro de ella:

—¡Querida Pandora, déjanos salir! Seremos inseparables compañeros de tus juegos! ¡Déjanos salir!

—¿Quién será?—pensó Pandora. Sin duda hay alguien dentro. Voy a dar una mirada, sólo una, y volveré a cerrar.

Entretanto Epimeteo, que había tratado de divertirse solo, se aburría y decidió volver adonde estaba Pandora.

En el momento en que iba a entrar en la casita, la niña tenía la mano a punto de levantar la tapa de la caja. Epimeteo la vió. Si le hubiera dado un grito, tal vez Pandora habría retirado la mano de la caja y tal vez aún no fuera conocido el fatal misterio que encerraba.

Pero no lo hizo así, y Pandora levantó la tapa, obscureciéndose el aire con una nube negra que salió de ella y que ocultó completamente el sol. Luego, durante algunos minutos, se escucharon murmullos que poco a poco fueron aumentando hasta transformarse en un fragor de tempestad...

Pero Pandora no se intimidó por eso y levantó completamente la tapa para ver bien el contenido de la caja. Una multitud de seres alados salieron, rozándole el rostro, y en el mismo instante se oyeron gritos de dolor que Epimeteo exhalaba.

—¡Me han picado! ¡Me han picado! ¡Oh! ¿Por qué has abierto esa maldita caja? La niña dejó caer la tapa e incorporándose miró

a su alrededor para ver qué le había ocurrido a Epimeteo. Nada pudo distinguir en un principio; pero cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la imperfecta luz que reinaba, vió un enjambre de asquerosas figuras provistas de alas de murciélagos y armadas de terribles aguijones en sus colas, una de las cuales fué la que picó a Epimeteo. Instantes después, también Pandora empezó a quejarse; pero sus quejas fueron más ruidosas que las de su compañero. Un repugnante monstruo se posó en su frente, y la habría herido, tal vez de gravedad, si Epimeteo no lo hubiera impedido.

Ahora es tiempo ya de que digamos quiénes eran aquellos repugnantes seres evadidos de la caja en que estaban prisioneros. Eran las malas pasiones, los dolores, las tristezas, las enfermedades, y todas las formas de maldad que es dable imaginar.

Tanto Pandora como Epimeteo habían sido gravemente picados y sufrían mucho, cosa que les parecía tanto más intolerable cuanto que era el primer dolor que sentían desde que existe el mundo. Por esta razón estaban de mal humor y muy disgustados uno de otro.

Epimeteo se sentó en un rincón dando la espalda a Pandora, y ésta, por su parte, se dejó caer al suelo, apoyando la cabeza sobre la fatal caja. Lloraba amargamente. De pronto oyó un golpecito procedente del interior de la caja.

—¿Quién será?—preguntó Pandora dirigiéndose a Epimeteo; pero éste o no había oído la pregunta o estaba demasiado preocupado para atenderla. Sea como fuere, no contestó.

—¿Por qué no me contestas?—exclamó Pandora sollozando.

Y entonces se oyó de nuevo el golpecito. Era tan suave que parecía como si lo dieran las manos de una hada.

—¿Quién eres?—preguntó Pandora con cierta curiosidad.

Una vocecita dulce contestó a sus palabras, diciendo:

—¡Levanta la tapa y lo verás!

—No, no—dijo Pandora echándose a llorar de nuevo—. Ya estoy escarmentada de haber abierto la caja! ¡Si estás encerrada, ahí te quedarás!

Y miró a Epimeteo solicitando su aprobación; pero el muchacho sólo murmuró que tal prueba de buen juicio era tardía.

—¡Abreme!—dijo nuevamente la vocecita—no soy como esos monstruos que tienen aguijones en la cola. Ven, hermosa Pandora. Estoy segura de que me dejarás salir.

Y había un encanto tal en el tono de aquella voz, que casi era imposible negarse a lo que pedía. Pandora, al oírla, sentía disiparse su tristeza, y Epimeteo, que continuaba en su rincón, volvió la cabeza mostrando en su aspecto mejor humor que antes.

—Querido Epimeteo—exclamó Pandora—¿has oído esa vocecita?

—Sí—contestó él, todavía malhumorado—¿y qué?

—¿Te parece que abra otra vez la caja?

—Obra como quieras—replicó Epimeteo—. Después de lo hecho, nada importa que repitas tu imprudente acción.

—Podías hablarme con alguna bondad—...murmuró la niña enjugándose los ojos.

—¡Si estás deseando verme, Epimeteo!—gritó la vocecita—. Abre, porque tengo gran prisa por consolarte.

—Suceda lo que quiera, estoy resuelta a abrir la caja—exclamó Pandora.

—Y, como la tapa está pesada, yo te ayudaré—dijo el niño.

Y así los dos niños unieron sus fuerzas para abrir nuevamente la caja. Salió de ella un personaje sonriente, cuyo cuerpo parecía formado con rayos de sol.

Empezó a revolotear por la estancia, iluminando los lugares en que se posaba. Se llegó a Epimeteo y tocó ligeramente con uno de sus dedos el lugar donde le había picado el dolor y en el acto el niño dejó de sentir sufrimiento alguno.

Luego besó a Pandora en la frente, y el daño que le causara el mal fué también inmediatamente curado.

—¿Quién eres, divina criatura?—exclamó Pandora.

—Soy la Esperanza—contestó el brillante sér.

—Tus alas tienen el color del arco iris—añadió la niña—. ¡Qué hermosa eres!

—Sí, son como el arco iris—dijo la Esperanza—porque aunque mi naturaleza es alegre, estoy formada de lágrimas y de sonrisas.

—¿Querrás quedarte para siempre a nuestro lado?—preguntó Epimeteo.

—No me moveré mientras me necesitéis. Sí, queridos niños, sé que más tarde os será otorgado un dón inapreciable.

—¡Oh, dinos cuál!

—No me preguntéis—repuso la Esperanza poniéndose un dedo en sus rosados labios. Pero no desesperéis aun cuando nunca gozaseis en esta vida de la felicidad que os he anunciado.

—¡Creemos en ti!—gritaron a coro Epimeteo y Pandora.

Y así lo hicieron, y no solamente ellos, sino que todo el mundo ha confiado en la Esperanza, que desde entonces vive en el corazón de los hombres.

LAS VENTANAS DE ORO

RICHARDS

URANTE las horas del día el pobre niño trabajaba sin descanso en el corral y en los sembrados, pues sus padres eran muy pobres y no podían pagar a un jornalero para que desempeñase esas faenas.

En las tardes, al ponerse el sol, disfrutaba de una hora, toda suya, cedida a él por su padre para que hiciese durante ella lo que le viniera en gana. A algunos kilómetros de distancia y sobre un cerro igual a aquel donde su casa se construyó y frente a ella, había una casita cuyas ventanas llamaban fuertemente la atención del niño. Las veía brillar como si fueran de oro y de diamantes, a la luz del crepúsculo, y en su contemplación permanecía todas las tardes en la hora de asueto que su padre le daba, hasta que unas persianas inconsecuentes le cubrían aquel tesoro.

Una mañana, muy temprano, su padre lo llamó y le dijo:

—Has sido un buen muchacho y con tu conducta irreprochable tienes ganado un día de fiesta. Este te pertenece, empléalo como gustes; pero ten presente que Dios te lo concede para que saques de él algún provecho.

El niño, muy agradecido y satisfecho, se despidió de sus padres y hermanitos, puso un pedazo de pan en el bolsillo, y salió de su casa encaminándose con dirección a la casita de ventanas de oro.

Fué una excursión deliciosa.

Sus desnudos pies dejaban una huella en la arena, dando al niño la ilusión de que sus piececitos lo seguían sin abandonarlo un instante.

La sombra suya lo acompañaba también, unas veces corriendo, otras brincando; de acuerdo siempre con los movimientos del niño.

¡Qué divertido era todo eso!

A poco andar sintió hambre, y sentándose a la orilla de un arroyo, sacó el pan de su bolsillo y comenzó a comerlo, bebiendo, a la vez, del agua cristalina que corría en el arroyo.

Continuó su marcha, y transcurridas algunas horas, llegó a una verde colina en cuya cima se veía una casita. ¡La misma que él había admirado tantas veces!

Desgraciadamente las inconsecuentes persianas estaban echadas y no le permitían contemplar las ventanas de oro. Así, al menos, lo pensaba el niño, mientras a pasos acelerados traspasaba la distancia que lo separaba de la casa.

Llegó a ella, y grande fué su decepción al ver unas ventanas de vidrio en lugar de las de oro y diamantes que él había admirado tantas veces.

Una mujer salió a la puerta, y al ver al niño, le preguntó con dulzura qué era lo que deseaba.

—Vine—dijo el niño—con el objeto de ver de cerca las ventanas de oro que, desde mi casa, contemplo todas las tardes; pero me encuentro con que no son tal y como yo las veía.

—Somos muy pobres—exclamó la mujer—y no podríamos tener oro en nuestras ventanas, cuando tanta falta nos hace en los bolsillos. Además, el vidrio permite ver a través de él todos los objetos, y el oro hasta la luz impediría entrar. Ven, niñito, siéntate a descansar y después jugarás con mi hija, que tiene aproximadamente tu edad.

Al llamado de la señora se presentó una simpática nenita, descalza y vestida pobremente; pero con los cabellos dorados como las ventanas que él había visto desde su casita, y con los ojos de un azul tan claro como el que tiene el cielo a mediodía.

Invitó al niño a que pasaran al corral y allí le enseñó su ternerita negra, en cuya frente lucía una estrella blanca; platicaron de los conejitos recién nacidos, de la gallina clueca que pacientemente esperaba en su nido la salida de los pollitos.

Partieron entre los dos una manzana, y convertidos así en buenos camaradas, el niño le habló de las ventanas de oro, preguntándole, a la vez, si ella las había visto.

La niña inclinó su cabeza afirmando. Sí que las conocía y bien; pero para llegar a ellas era preciso tomar el camino contrario al que el niño había seguido.

—Ven conmigo—le dijo tomándolo de la mano—y te mostraré la casita con ventanas de oro. Los dos niños se dirigieron hacia una colina que estaba situada a espaldas del rancho, y a medida que caminaban, la niña iba haciendo explicaciones sobre la hora en que mejor lucían las ventanas de oro.

El niño estaba de acuerdo con ella; era a la hora del crepúsculo cuando las ventanas lucían en todo su esplendor.

Al llegar a la cima de la colina, la niña señaló con su mano una montaña lejana, en cuya cumbre estaba una casita con ventanas que brillaban como si fueran de oro y de diamantes.

Fijóse bien el niño y reconoció en ella a la casita suya, donde tan feliz vivía con sus amados padres.

Se despidió de la niña, dejándole como recuerdo un precioso

guijarro blanco, veteado de rojo, que hacía un año guardaba en su bolsillo; la besó y le hizo la promesa de volver a visitarla; pero no le comunicó la lección que había recibido.

El camino era largo, y ya la noche estaba avanzada cuando llegó a su casa. La luz de la lámpara y el fuego de la chimenea brillaban, a través de los vidrios, con reflejos de oro y de diamantes.

Abrió la puerta y se encontró en los brazos de su madre, rodeado de sus cariñosos hermanitos y de su buen padre, que con dulzura le preguntó:

—¿Te has divertido mucho? ¿Has tenido alguna buena lección?

—¡Sí, padre!—contestó el muchacho entusiasmado—. ¡Que las ventanas de nuestra casita son de oro y de diamantes!

Poesía

JOSE MARIA HEREDIA

DON José María Heredia nació en Santiago de Cuba en 1803. De familia acomodada, tuvo la suerte de poder recibir una educación de lo más aventajada que entonces podía ser, aunque, desde luego, formalista y metafísica, a pesar de la labor de don Félix Varela, que dicen había acabado en Cuba con el silogismo aristotélico.

Le fué fácil dedicarse a sus aficiones y, discípulo de sacerdotes, primero en Santiago y luego en la Habana, podía, a los ocho años, traducir a Horacio, a los diez hacer versos (incluso en el idioma de Cicerón) y a los quince optar con éxito por el bachillerato en Derecho.

Hijo de español, sentía, no obstante, como patriota cubano. Le tocó vivir en aquel período revolucionario del mundo entero. Triunfante Napoleón; después de haber triunfado la Revolución francesa; independientes o guerreando los pueblos sudamericanos; agitada y vacilante España; germinando en Cuba la idea libertaria, siguió la corriente forzosa, y figuró en la conspiración cubana de "Los Rayos y Soles de Bolívar," denunciada al general Vives (1823). Apenas contaba entonces veinte años. Huyó a los Estados Unidos. En este país estaba, cuando, en 1825, precisamente el año en que el gobierno español daba plenos poderes al general Vives en Cuba, pasó a México, solicitado por el general Guadalupe Victoria, Presidente de esta República, y en su gobierno prestó inapreciables servicios administrativos en el desempeño de altos cargos.

La mayor parte de su producción literaria fué en México. En los Estados Unidos apenas estuvo dos años, y a Cuba sólo volvió por dos meses, a la muerte de Fernando VII de España, ocurrida en 1833. Por esta época contaba Heredia treinta años. En México murió en la ciudad de Toluca, el año de 1839, a los treinta y seis de edad.

Heredia fué un literato universal, que (sin duda por la circunstancia de haber pasado la segunda mitad de la existencia fuera de su país, precisamente en época en que se hacía su personalidad) se apartó del tipo del poeta cubano, en sus tendencias. Los poetas cubanos han sido siempre, hasta la última guerra de independencia, caracterizados por dos leit-motivs: el amor casto y melancólico, y el patriotismo quejumbroso y rebelde, sin que deje de haber buenos líricos. Pero Heredia puede decirse que fué el más lírico de todos, ca-

si exclusivamente lírico. De aquí que su Oda al Niágara *haya dado tono a esa personalidad.*

El Niágara *es su obra maestra, si bien sus otras odas son tan conceptuosas como aquélla; pero menos inspiradas. El* Niágara, *sin duda, no es la joya impecable que los fanáticos quieren presentarnos, porque tiene defectos, acaso hijos de la inspiración; pero, de cualquier manera que sea, es un justo timbre de gloria para él y para Cuba.*

*

AL OCEANO

¡QUE! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!... Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! Felice torno a saludarte
Tras once años de mortal ausencia.
¡Salve otra vez! A tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
A las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.
Me oyes ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,

Y cual flecha del arco despedida
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma
Ante el fiel Aquilón que la arrebata.
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.
¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El dón divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.
¡Augusto primogénito del Caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno;
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.
Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas a tu voz: tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto.
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.
¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo
Los ricos dones desplegó, que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso

Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento alígeros llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.
¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro vívido reflejo.
¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera;
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste a mi culto noble objeto:
Hoy a tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar. —Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.

A BOLIVAR

¡LIBERTADOR! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni a los tiranos,
Escucha su himno de loor, que inspira
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios celestiales
Y juzgue el Sér Supremo.

¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colón reveló? Bajo la saña
De la terrible España,
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento, vencedor del hado,
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo
Sienten al fin la agitación inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió a Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afán el dulce fruto
Fatal superstición seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Más osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolación, insano
Amenaza y fulmina.
Pero Bolívar fué. Su heroico grito.
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama
Y trábase la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre a Bolívar
En diez años de afán. La fama sola
A la posteridad los triunfos cuenta
Que le vió presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria expelido,
Peregrino en la tierra y oceano.
¿Quién le vió desmayar? El infortunio
Y la traición impía
Se fatigaron por vencerle, en vano.
Su genio inagotable
Igualaba el revés a la victoria;
Y le miró la historia
Empapar en sudor, llenar de fama,
Del Golfo triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso al Tequendama.

A B O L I V A R

¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana
Es de tu gloria noble monumento.
De vil polvo, a tu voz, robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.
Mas a tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
De Boyacá y de Quito los laureles.
Libertad al Perú volar te ordena.
La espada ardiente que tu mano esgrime,
Rayo al poder de España,
Brilla donde su saña
A servidumbre o destrucción condena
La familia del Sol, en cuyo templo
Inexorable y fiera
Alzaba ya la Inquisición su hoguera.

Entre guerra civil e iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda salvar sus esperanzas.
La discordia feroz huye aterrada,
El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz a Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabón de su cadena.
Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta,
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
Mas eran los patriotas colombianos,
Alumnos de Bolívar y la Gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fué suyo el laurel de la victoria.

Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellón glorioso,
Sangriento y polvoroso
Cede y se humilla el pabellón de España.

¡Libertad a la patria de los Incas!
¡Libertad de Colón al hemisferio!
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
Las vírgenes preciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan a Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y aduna
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuenan su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
A la constelación americana.

¡Numen restaurador! ¿Qué gloria humana
Puede igualar a tu sublime gloria?
¡Oh, Bolívar divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
O de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo
Tu genio admirarán,
Tu ardor triunfante,
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independencia y libertad de un mundo.

AL NIAGARA

TEMPLAD mi lira, dádmela: que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,

Sólo tu faz sublime ya podría
Tornarme el dón divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando;
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube

De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista.
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino.
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: a ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,

Y tu profunda voz baja a mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz a tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días
Y despierta el dolor.... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¿Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz?... ¡Oh! ¡Si una hermosa
Digna de mí me amase
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla en mis amantes brazos!...

¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.
¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Puede piadoso,

Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSE MARIA HEREDIA

LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA.

TRADUCCIONES DIRECTAS.

Homero	La Iliada	2 Vol. tela inglesa	Precio $ 2.00
"	La Odisea	1 " " "	" " 1.00
Esquilo	Tragedias	1 " " "	" " 1.00
Eurípides	Tragedias	1 " " "	" " 1.00
Dante	Divina Comedia	1 " " "	" " 1.00
Platón	Diálogos	1 " " "	" " 1.00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana. Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. México, D. F.

EL PLACER DE SERVIR

Toda naturaleza es un anhelo de servicio.

Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú; donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú; donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú.

Sé el que apartó la piedra del camino, el odio entre los corazones y las dificultades del problema.

Hay la alegría de ser sano y la de ser justo; pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir.

¡Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender!

Que no te llamen solamente los trabajos fáciles. ¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan!

Pero no caigas en el error de que sólo se hace mérito con los grandes trabajos; hay pequeños servicios que son buenos servicios: adornar una mesa, ordenar unos libros, peinar una niña.

Aquél es el que critica, éste es el que destruye, tú sé el que sirve.

El servir no es faena sólo de seres inferiores. Dios, que da el fruto y la luz, sirve. Pudiera llamársele así: el que sirve.

Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta cada día: ¿Serviste hoy? ¿A quién? ¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

GABRIELA MISTRAL.

Dios también pregunta: ¿Serviste hoy a la patria?

El servicio que se presta a la patria es servicio que se presta a toda la humanidad.

Los países verdaderamente libres son patria de todos; aun de los que jamás pisen su suelo.

Un pueblo verdaderamente libre no sólo es en sí y para sí un pueblo feliz; es más: es ejemplo y guía de todos los pueblos.

México nunca será libre de verdad mientras sea patria de ignorantes. La mayor parte de nuestras desgracias ¿no se deriva acaso de la ignorancia de nuestro pueblo? Instruyendo al pueblo se presta a la patria el servicio más hermoso.

¡Desterremos la ignorancia como hemos desterrado las tiranías!

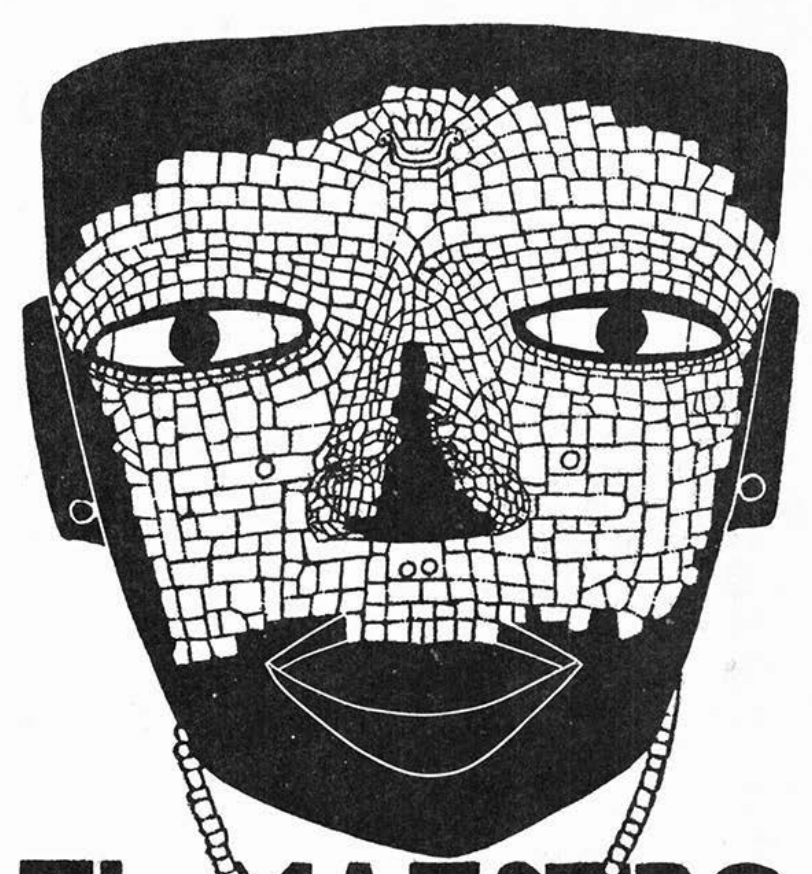
Cuando todo mexicano sepa leer y escribir, no sólo será México más grande: también el mundo habrá mejorado.

Los verdaderos maestros, los que enseñan al pueblo, sirven a la humanidad, sirven a Dios.

A Dios pudiera llamársele también: el que enseña.

MOCTECUS.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Dante 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.



EL · MAESTRO

REVISTA DE CVLTVRA NACIÕ
NAL ENERO · Y · FEBRERO

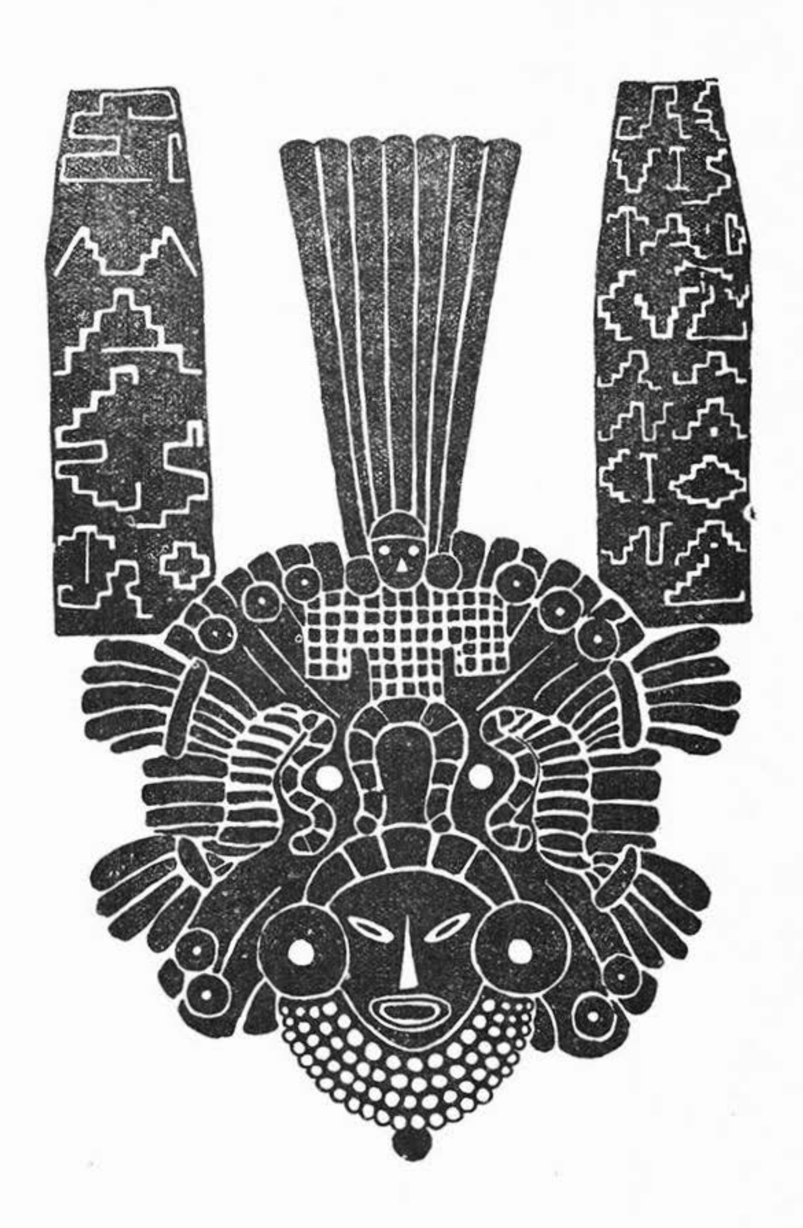
MEXICO · MCMXXII

EL MAESTRO
Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:
Enrique Monteverde

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri
Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO



SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8
MEXICO, FEBRERO DE 1922

EL GRITO

POR GABRIELA MISTRAL

MERICA, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechúa-español, el araucano-español, pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de la Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua, para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo: cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como *la otra,* manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérnoslo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el Dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él *hace*, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

(De *"Arte y Letras."*)

Revista Editorial Informativa

ARREGLOS PARA AMORTIZAR LA DEUDA

EN un banquete, dado la noche del 14 de enero por la "Ohio Society" de Nueva York, el banquero Thomas W. Lamont pronunció un discurso sobre la situación de nuestro país. Mr. Lamont estuvo en México como representante de los tenedores de bonos de la deuda para discutir su pago con funcionarios de nuestro Gobierno. Nada se había publicado acerca de los resultados de esas conferencias, a no ser pequeñas declaraciones que no llegaban a dar una impresión concreta sobre el asunto. Pero como del discurso de Mr. Lamont se deduce el estado de los arreglos, copiamos los párrafos más interesantes:

"Mis pláticas con el Presidente Obregón, el Secretario De la Huerta y otros miembros del Gabinete, aunque no fueron concluyentes, me hacen creer que si se pudiera mostrar un camino a los mexicanos, ellos estarían más que ansiosos de cubrir sus compromisos.

"Es posible que el arreglo de todas estas dificultades no sea una cuestión fácil; pero creo que es menos difícil de lo que algunas personas piensan. Yo soy bastante optimista para creer que si el Gobierno mexicano declara, como tengo esperanzas, su intención de cumplir sus compromisos, podrá entonces aclarar su determinación para resolver cualquiera otra de las cuestiones que, hasta hoy, parecen constituir los obstáculos para el reconocimiento. La actitud de los banqueros internacionales ha sido, desde un principio, un consistente esfuerzo para ayudar a México en la solución de sus difíciles problemas financieros. Tengo la seguridad de que esta actitud seguirá siendo la misma, y tengo la esperanza de que el pueblo y el Gobierno de México nos permitirán demostrar que sólo abrigamos sentimientos amistosos y muy sinceros deseos de cooperar para la mayor ventaja y el mayor desarrollo de su maravilloso país."

Debe recordarse que el Gobierno de México ha declarado, repetidas veces, la intención de cumplir sus compromisos, y ha dado los pasos necesarios para realizar esa intención; tales como un impuesto especial que se dedicará al pago de la deuda. Y esto lo sabe Mr. Lamont mejor que nosotros, puesto que vino a discutir la forma en que deberá pagarse. Por consiguiente, si

con hechos y con declaraciones no ha bastado "para resolver cualquiera otra de las cuestiones que, hasta hoy, parecen constituir los obstáculos para el reconocimiento," deben existir algunas diferencias **de detalle** a que no se refirió Mr. Lamont en su discurso. Y, suponemos, es en los detalles donde la actitud de los banqueros internacionales no resulta precisamente un esfuerzo para ayudar a México; porque, en tratándose de México, no debe permitírsele aprovechar ciertas ventajas del cambio que se permiten todos los días a los banqueros de Wall Street.

Abordando este asunto, **El Universal** del 17 de enero dice: "México no puede aceptar que, a cambio del reconocimiento oficial que se le niega, se modifique, respecto a nosotros, el mecanismo económico universal. Porque, en el fondo, lo que México desea es que sus bonos sean pagados en el justo precio que tienen actualmente en el mercado, y no en más. En otras palabras: no quiere que los banqueros, que han comprado esos bonos con demérito a los particulares, especulen con perjuicio de los intereses de nuestro pueblo. Es decir, México, con apoyo en las leyes que rigen los mercados de valores en el mundo, no se aviene a pagar en más lo que en justicia vale menos."

El Secretario de Hacienda dijo del discurso de Mr. Lamont que confirma su creencia de llegar a un arreglo satisfactorio para todos los intereses, y que, en todo caso, el resultado final pondrá de manifiesto la buena voluntad con que por ambas partes se lleven a un feliz término esas negociaciones. "En caso desfavorable —dijo— la historia de las discusiones dará una satisfacción cumplida, tanto al pueblo mexicano como al de los Estados Unidos, y en general a los demás países extranjeros, dando a conocer los motivos que hayan dificultado e impedido esos arreglos."

DECLARACIONES DEL PRESIDENTE

EL Presidente de la República concedió, el 30 de enero, una audiencia a los representantes de los diarios de esta Capital y a los corresponsales de la prensa extranjera, para hacer las declaraciones periódicas que acostumbra, sobre temas de actualidad.

Resumimos, a continuación, los principales puntos a que se refirió el señor Presidente en esta audiencia.

Arreglos con banqueros y petroleros: Las pláticas entabladas con los banqueros parece que conducirán a un arreglo definitivo. Se ha concedido un plazo indefinido a los petroleros para que paguen su deuda al Gobierno. No obstante, éste se reservó el derecho de avisarles el cobro, con diez días de anticipación, cosa que hará luego que se llegue a un acuerdo con los banqueros, pues ambos asuntos se relacionan íntimamente. Por otra parte, es lo mismo que los petroleros guarden ese dinero a guardarlo en las arcas del Erario, ya que se destina a la amor

tización de nuestra deuda exterior, exclusivamente.

La cuestión agraria: Las Comisiones Locales siguen repartiendo ejidos porque las autoriza el antiguo Reglamento; pero, en cuanto se expida la nueva ley orgánica, la dotación de ejidos quedará debidamente reglamentada. La nueva ley es, en esencia, una condensación de las diversas circulares que se han expedido a propósito de esta materia.

Un complot de banqueros: Preguntado el señor Presidente acerca de un complot de banqueros norteamericanos, contra el actual Gobierno de México, informó que constantemente se han tenido noticias de los trabajos de un grupo de expatriados para buscar el apoyo extranjero contra nuestro Gobierno; pero que, hasta ahora, han fracasado sus intentos.

Escasez de trabajo en la Laguna: Se han estado haciendo gestiones para ayudar a los sin trabajo. Mil de ellos se llevaron a regiones en que se facilita más encontrar ocupación, y la Comisión Monetaria ha dado, semanariamente, de sesenta a setenta mil pesos a los hacendados de la Laguna para ayudarlos a resolver la crisis. Los préstamos ascenderán a dos millones de pesos en un año.

Por lo que se refiere a la situación de los mexicanos en los Estados Unidos, por falta de trabajo, el señor Presidente informó que le parecían exageradas las noticias publicadas sobre el particular. No cree que las autoridades norteamericanas hayan preso a varios mexicanos no más que por encontrarse sin trabajo. Es lógico suponer que hayan cometido algunas infracciones, obligados por la miseria, y que fueran presos por tal motivo. El Gobierno ha estado dando ayuda, en la medida de su alcance, a nuestros compatriotas.

UN ROBO A MEXICO

En la demanda presentada por nuestro Gobierno contra la **Liberty Corporation** ante los tribunales de la ciudad de Nueva York, el juez Donnelly aprobó el sobreseimiento del caso, porque el acusador **"no es un Gobierno propiamente constituído, ni una nación soberana, ni ha sido reconocida como tal por los Estados Unidos ni por el gobierno del Estado de Nueva York."**

La acusación es ésta: **Los Estados Unidos Mexicanos contrataron** en 1920, por conducto de su **Ministro de Hacienda, la compra de veinte cazasubmarinos, por valor de quinientos mil setenta y tres dólares.** Se pagó a la **Liberty Corporation ciento veinticinco mil dieciocho dólares como anticipo; pero no se llegó a recibir ni un barco ni a devolverse un centavo. La Liberty Corporation robó a nuestro país doscientos cincuenta mil pesos. Y el** juez Donelly resuelve que no tenemos derecho a reclamarlos, basándose en un precedente establecido por el tribunal de apelación contra el Gobierno de Rusia. El injusto precedente, como se ve, ya forma parte de la bárbara jurisprudencia yanqui: **Los Estados Unidos presta-**

rán protección a los ladrones si se trata de robos cometidos en países que "mendigan" su reconocimiento.

De un editorial de **El Universal**, referente a este asunto, copiamos: "No se trataba de ninguna cuestión política.... ni de actos protocolarios que hubieran necesitado la sanción de la Casa Blanca. Era una simple demanda comercial, un juicio civil contra una corporación falta de honorabilidad.

"Pero lo interesante del asunto no es el hecho en sí, ni el admirable criterio judaico que tanto debe haber satisfecho a Wall Street. Carguemos el cuarto de millón, que no veremos más, en nuestra amplísima partida de pérdidas y ganancias, y conformémonos y olvidemos el caso. Pero lo que sería necio olvidar es la lección para el futuro. Puesto que hay dos resoluciones judiciales, por lo menos la de la Rusia "soviet" y la del México "no reconocido".... anotemos el hecho y recordemos los precedentes judiciales; y cuando tengamos necesidad de comprar algo o de hacer algún contrato, no lo hagamos sino con aquellos países en donde, por estar reconocido nuestro Gobierno, no hemos perdido los derechos de justicia más elementales."

LA CRISIS ECONOMICA DE CUBA

EN el curso de los últimos seis años, las instituciones bancarias han progresado en Cuba de manera prodigiosa para un pequeño país latinoamericano. Orgullo de los cubanos era hace dos años el hecho de que un gran porcentaje de su población depositaba en aquellas instituciones sus ahorros, los cuales, junto con capitales norteamericanos y españoles, servían para facilitar medios económicos a la explotación de la tierra, principalmente al cultivo de la caña de azúcar y a la fabricación de ésta. El trabajo era abundante, los jornales subidos, las ganancias inmensas. Cuba se consideraba próspera. Su capital, la Habana, se contaba en primera fila entre las ciudades alegres del mundo. En el campo se plantaba caña, en todas partes se erigían ingenios; en las ciudades aumentaban las tiendas de artículos de lujo, se cubrían de espejos las paredes de las cantinas, se multiplicaban los automóviles en las calles, se edificaban nuevos barrios aristocráticos, y, para colmo de tanta dicha, Caruso era tan ciudadano de la Habana como de Nueva York.

El anverso de la medalla era éste: Durante la guerra europea llegó a alcanzar el azúcar precios elevadísimos, gracias a los manejos y manipulaciones de "los hombres de negocios." La guerra sirvió para que los negociantes en todos los productos de la labor humana elevaran sus precios. No contentos con las ganancias así adquiridas, se dedicaron a ocultar esos productos, a almacenarlos, a no ponerlos en el mercado, para crear una carestía ficticia y conseguir precios fabulosos. De modo que, aun después de terminada la guerra, artículos como

el azúcar siguieron obteniendo cada día precios mayores.

El pueblo cubano no se daba cuenta de esto. La prosperidad de que gozaba le parecía que duraría eternamente; y, cuando gastaba, lo hacía con esplendidez; cuando ahorraba, depositaba en Bancos establecidos en su país.

Los negociantes de azúcar cubana se mostraron igualmente ilusos. No vieron que, para hacerle frente a los altos precios del producto antillano, se construían, en el Valle del Misisipí, ingenios para la fabricación de azúcar de remolacha, y que ésta llegaría bien pronto a competir con la de Cuba.

Los Bancos cubanos, que manejaban la riqueza adquirida por el pueblo de Cuba, hacían fáciles préstamos a los plantadores de caña, a los dueños de ingenios, y a los que —nuevos ricos— construían chalets y palacetes en los nacientes "repartos" o barrios de la Habana, Camagüey y Santiago de Cuba.

La catástrofe vino de pronto. En el curso de una semana el precio del azúcar bajó de 30 a 3 centavos la libra. Los Bancos quebraron casi en su totalidad. El trabajo escaseó. Los chalets y palacetes quedaron a medio construir y, abandonados, ya parecen ruinas. En los campos los sin trabajo se han convertido muchos de ellos en incendiarios. En las ciudades, los sin empleo causan lástima. El Gobierno está en la miseria y también las municipalidades. Los maestros se quejan de que no se les paga. Los limpiacalles hacen otro tanto y, además, se declaran en huelga. Y así, por el estilo, anda todo en la perla de las Antillas.

En un principio la situación no causó el terror que ahora. "Hay mucho capital norteamericano invertido en Cuba," se decían los cubanos, "y los Estados Unidos se encargarán de devolvernos nuestra prosperidad."

Los Estados Unidos, a pesar de haber acaparado casi todo el oro del mundo durante la guerra, no quedaron enteramente en pie concluída ésta. Por supuesto que si se comparan los treinta o cuarenta millones de gentes que mueren de hambre en Austria y en Rusia con los cinco o siete millones de trabajadores sin trabajo que hay en los Estados Unidos, éstos están, relativamente, prósperos. Pero no tanto para que no se cuide su Gobierno de reducir más y más los impuestos sobre las utilidades de los negocios dentro del país, sobre la renta, etc. Al mismo tiempo, a los Estados Unidos les es forzoso ayudar toda industria nueva dentro de su territorio y recaudar lo bastante para hacer frente a las exigencias de sus deudas. Hay que recordar que los Estados Unidos gastaban, mientras estuvieron en guerra y durante muchos meses después, un promedio de setenta millones de pesos diarios, inversión que sólo más gastos ha producido: pensiones, reducción de armamentos (porque hasta para destruir las armas hay que gastar), etcétera.

La creación de una nueva tarifa de impuestos sobre la importación ha sido el medio más fácil ideado por el Congreso norteamericano para resolver ese problema.

Curioso es notar que en la discusión de esta tarifa, la cual fué presentada por Mr. Fordney, miembro de la Cámara de Representantes, el punto que mayor acaloramiento causó fué el de si se debía o no dejar libre la entrada de materias colorantes (dyes). Alemania, productora de excelentes tintas, era antes de la guerra la dominadora del mercado de este producto. Durante la guerra lo substituyó en los Estados Unidos la fabricación de tintas norteamericanas de pésima calidad. La tarifa Fordney consigna que las tintas extranjeras deben pagar un tributo elevado si desean competir con el inferior producto norteamericano.

Respecto del impuesto sobre la importación del azúcar de Cuba, no se tiene noticia en la redacción de EL MAESTRO de que haya habido peros a la iniciativa de Mr. Fordney.

En julio 21 del año pasado, la Cámara de Representantes de Wáshington adoptó la tarifa propuesta. Con ello se vinieron al suelo las esperanzas cubanas de que los Estados Unidos velarían por la prosperidad de Cuba. Contra el azúcar de remolacha norteamericana, y teniendo su propio producto que pagar un crecido impuesto de importación, no saben los cubanos cómo podrán competir, y, donde antes reinara la alegría, hay casi desesperación.

En vano recuerda el pueblo de Cuba el entusiasmo con que abrazó la causa norteamericana en la guerra; en vano recuerda sus donativos a la Cruz Roja norteamericana y el ejército que llegó a adiestrar y que, de haber durado la guerra un año más, se habría batido por los Estados Unidos en Europa. Las simpatías cubanas, antes enteramente proestadounidenses, hoy se truecan. Hoy comprenderá Cuba que su felicidad más cierta no procede del Norte; que el sentimentalismo norteño tiene vida sólo cuando no cuesta nada, y que, entre apoyar una nueva industria norteamericana y ayudar a Cuba, hombres como Mr. Fordney no titubean, aunque Cuba, económicamente, vaya al fracaso total.

ACTITUD DE LOS ESTUDIANTES DE CHILE

MIENTRAS discuten en Wáshington, con el propósito de resolver una vez por todas el conflicto sudamericano del Pacífico, los plenipotenciarios de Chile y el Perú, es grato releer la siguiente nota tomada del número de agosto, 1921, del Boletín de la Federación Universitaria Argentina, publicación trimestral editada en Buenos Aires:

"Con verdadero orgullo de hombres americanos damos a continuación el texto de la nota enviada por la Federación de Estudiantes de Chile a la similar del Perú, con motivo del centenario de este país. Es una íntima satisfacción esta la nuestra de poder concurrir, hermanados, a esta histórica celebración, todos los estudiantes de América. El gesto honra a los estudiantes de Chile, y, con el mérito del espíritu generoso que lo alienta, súmase la idealidad que le da clara orientación y eleva-

do miraje. "Las tendencias pacifistas y de alianza han reemplazado hoy en el mundo el antiguo espíritu de guerra—dicen—que parecía inseparable del concepto de patria."

La nota está concebida en los siguientes términos:

"La Federación de Estudiantes de Chile no ha querido dejar pasar la fecha trascendental del Perú sin exteriorizar su hondo anhelo de paz y de justicia que, desde hace muchos años, viene predicando para apaciguar los viejos rencores que envenenan a nuestros pueblos y les impiden ver la imprescindible necesidad de subordinar sus pequeños intereses a la noción excelsa de humanidad, que ha de coordinar los esfuerzos dispersos y antagónicos de las familias, de los individuos y de las patrias, alrededor de la suprema noción de solidaridad humana, vivificada por sentimientos de amor universal.

"La generación que nos ha dado la vida, educada en el sofisma, hoy día evidente, de que el interés de la patria, justo o no, es superior a toda moral, no puede, por desgracia, comprender que nosotros antepongamos la paz y la justicia a transitorios intereses, que sólo la pasión hace aparecer como legítimos. Y como en cada nación este punto de vista exclusiva es análogo, las viejas cuestiones tienden a eternizarse y a hacer imposible todo progreso moral, porque los hombres, por natural flaqueza de su espíritu, generalmente amoldan su modo de pensar y de sentir a la justificación de la propia vida que se ven obligados a vivir. Sólo el grito de alerta de la juventud, sólo la prédica incansable y decidida, podrán aclarar las mentes obcecadas y reanimar, en los corazones, los dormidos sentimientos fraternales, cuyo fruto ha de ser algún día la paz, la justicia, la tranquilidad y la concordia, tan necesarias para afrontar serenamente los graves problemas que nos anuncia el porvenir.

"No renegamos de nuestros padres; pero comprendemos que son ellos quienes, ofuscados por el amor de la patria, han cultivado en nosotros el ciego espíritu guerrero que parece olvidado de la bella máxima de los estoicos: "el hombre es cosa sagrada para el hombre." Es tiempo de que este espíritu atávico desaparezca y dé lugar al de la fraternidad solidaria de los pueblos, no sólo porque así lo exigen las superiores nociones morales, sino porque la solidaridad real de los intereses de todo el planeta hace imprescindible el coordinar la pacífica actividad industrial de las diversas naciones de modo convergente y armónico, para mayor felicidad de los propios hijos de cada patria.

"Pero esta verdadera paz es imposible sin la justicia, porque los pueblos no se conforman sin ella y anidan eternamente un áspero deseo de venganza, que, preocupando, en una y otra parte, las inteligencias y los corazones, propalando minuto a minuto las alarmas asesinas, interrumpe las meditaciones de los sabios estadistas, arruina los intereses de los pobres, y perturba el trabajo de los talleres y los campos; en una palabra: desquicia el orden material y moral, que es el

principio y la fuente de todo progreso.

"La juventud americana, que tan señaladas pruebas ha dado de su idealismo y de su serena y acertada apreciación de los hechos reales del mundo político y moral, debe empezar una verdadera e infatigable cruzada por crear el espíritu de paz en esta bella parte del planeta, que es bastante grande y rica para que todos podamos convivir sin injusticia ni violencia.

"En la época lejana de la Colonia, del Perú nos vinieron los conquistadores creadores de nuestra nacionalidad, las armas y los soldados que permitieron afianzarla y los subsidios indispensables para su vida. Y hace cien años, cuando nuestros mayores creyeron llegada la hora de la libertad política de nuestros pueblos, de Chile partió la primera expedición libertadora del Perú.

"Tenemos, con el Perú, una historia común, una historia de hermanos, en la que los actos y sentimientos de solidaridad son incontables y han sido decisivos y trascendentales. El ofuscamiento de una o dos generaciones no debe hacernos perseverar en un odio eterno y morboso que nos está consumiendo el corazón. La conmemoración del centenario del Perú es el momento solemne en que la Historia debe hacernos meditar en el supremo deber de conformar el corazón, la inteligencia y la conducta, a los superiores intereses de la humanidad, en nombre de la cual habremos de ser juzgados en breve plazo.

"Aquella empresa gloriosa que es obra común, tuvo el privilegio de sellar la libertad de todo el Continente con el broche de oro de Ayacucho, cuyo centenario, ya próximo, ojalá podamos celebrar en noble y pacífica concordia.

"Al enviar la expresión de nuestra adhesión fraternal a los pueblos de América y en especial a la juventud y pueblo del Perú, con ocasión de la fiesta de su centenario, no se nos oculta que no reflejamos, ni con mucho, los sentimientos de la mayoría del pueblo chileno; pero no hemos vacilado en manifestar los nuestros, ciertos como estamos de que son los más nobles, y que acabarán por imponerse a la conciencia general.

"Crean, pues, los camaradas, que la juventud que piensa en Chile se asocia en espíritu a la celebración del Centenario de la Independencia del Perú, y formula votos muy sinceros por que reine de nuevo la paz y la amistad entre nuestros pueblos y se restablezcan entre ambos las viejas relaciones cordiales, sobre las bases inconmovibles de la justicia y del amor."

AMISTAD Y COMERCIO

CON ese título publicó el diario **El Universal**, de México, en su edición de diciembre 22, 1921, un artículo editorial que copiamos a continuación:

"Un suave escepticismo familiar hace que la mayoría de las personas sonrían cuando ven unidos estos dos términos: comercio y amistad. ¿Qué puede haber de común entre ambos? El comercio es egoísmo, interés, especulación. La amis-

tad es altruísmo, desinterés, cooperación. No obstante, la diplomacia universal ha hecho siempre tratados de amistad y de comercio.

"Nuestros amables parientes continentales, los Estados Unidos, han tenido la gentileza de empeñarse en que celebremos uno más con ellos, minutos antes de estrecharnos oficialmente las manos por medio de la fórmula del reconocimiento. Nosotros nos hemos negado hasta ahora, con una obstinación incomprensible para ellos. He aquí por qué podemos admirar, sin personales zozobras, los magníficos frutos que de sus tratados de amistad y comercio con la gran República del Norte, obtiene, en la hora presente, nuestra desdichada hermana Cuba.

"Porque Cuba celebró un tratado de amistad y comercio con los Estados Unidos, en virtud del cual se comprometió, por amistad, a subordinarles su comercio. En efecto, Cuba se obligó, por aquel documento, a no hacer tratados de igual índole con nadie, mientras su poderoso y aplastante amigo no los aprobara.

"Ahora bien; los Estados Unidos tienen una independencia arancelaria perfecta. Pueden elevar cuanto gusten sus tarifas de importación, sin hacer excepciones ni para su pequeña amiga Cuba.

"¿Qué ha resultado de esto? He lo aquí: los Estados Unidos aumentaron tanto los derechos de importación sobre el azúcar, que fué imposible ya para los importadores yanquis comprar el producto de Cuba. Este último país vive del azúcar y para el azúcar; pero como no puede, por el famoso tratado de comercio y amistad, tratar con nadie sobre la venta de su dulce si su aplastante amigo no lo consiente, y como su aplastante amigo no lo ha consentido, he ahí que se halla a punto de morir de hambre.

"El asunto es tan claro como una buena clase de disección. Cuba es tributaria económica de los Estados Unidos. Está incapacitada aun para refaccionarse en otros países. Los banqueros españoles, por ejemplo, se aprestaban a ir en ayuda de sus colegas cubanos cuando se interpusieron, obligándolos a desistir, las autoridades yanquis.

"Cuba agoniza de inanición, entre montañas de azúcar que no puede vender. El hambre traerá desórdenes. Los desórdenes, conflictos de carácter político. Los conflictos, quizá revolución. Y entonces su amigo, la arrolladora república norteamericana, intervendrá para restablecer la paz y se la anexará para explotar, por cuenta yanqui, los ingenios cubanos.

"¿Hay por ahí quien dude todavía de que los tratados de comercio dejan, por ello, de ser también de amistad?"

LA CONFERENCIA DE WASHINGTON

LAS películas cinematográficas norteamericanas como las **Fox News**, dedicadas a reproducir vistas de sucesos mundiales, presentan escenas de la reciente Conferencia de Wáshington y proclaman esa reunión de políticos y diplómatas como "el paso

de progreso más gigantesco que haya dado la humanidad en la época moderna.'' La prensa de los Estados Unidos casi unánimemente declara estupendo el éxito de la Conferencia. En Inglaterra no hay tanto acaloramiento; pero sí satisfacción igual. En los otros países del mundo que tuvieron representantes en sus sesiones, se siente un como resuello de salvación. Francia, por ejemplo, pudo haber perdido su gran ejército; Japón pudo haber sido obligado a retirar su amenaza imperialista de China y Manchuria, y a devolverle la libertad a Corea. En la conferencia no se logró nada de esto, y de ahí el regocijo, no del todo oculto, de las naciones fuertes. Pero la humanidad —no sólo éste o aquel pueblo determinado, sino todos los pueblos en conjunto— no puede menos que declarar un colosal fracaso, casi un fraude contra su anhelo más grande —el despertar de la conciencia universal,— lo que se llevó a cabo en la capital de los Estados Unidos de Norte-América.

Se le hizo creer a la humanidad que en Wáshington se trabajaría con sinceridad: primero, para reducir los armamentos y establecer bases seguras para su abolición en época cercana; y segundo, para resolver las cuestiones del Pacífico, es decir, restaurar la desquiciada nación china, poner dique a las crueles ambiciones dèl Japón en Asia y destruir los recelos que, respecto a la dominación sobre las islas asiáticas del Pacífico, vienen teniendo las grandes potencias navales.

Ahora bien, los armamentos son de cuatro clases: de superficie de mar, submarinos, terrestres y aéreos. De estos armamentos se logró en Wáshington reducir sólo una clase, la primera. Con respecto a los submarinos, a los ejércitos, a las flotas aéreas, se habló algo, hasta hubo agrias discusiones entre los plenipotenciarios de Inglaterra y de Francia; pero no se consiguió, ni se hicieron verdaderos esfuerzos por obtener el menor alivio, ni la más leve esperanza de su reducción. Y tocante a la abolición total de armamentos, no se abolirán, por lo que se ve, jamás. Después de llevados a cabo los convenios de la Conferencia, las grandes naciones tendrán escuadras y ejércitos mayores que los existentes al comenzar la gran guerra europea de 1914.

Con respecto a la segunda promesa de la Conferencia, China queda tan en peligro como antes Shantung no le es devuelta por completo, pues los japoneses se reservan la posesión de los ferrocarriles de esa rica península y, por tanto, siguen siendo sus verdaderos dominadores. Así lo declararon a la prensa los plenipotenciarios chinos. Apenas se ha prometido entregarle a China los sistemas extranjeros de correos establecidos en su territorio, pero dentro de un plazo de más de un año, y en doce meses suceden muchas cosas y se revisan y nulifican muchos convenios pactados sin espontaneidad. Corea no recobra su independencia. Y en Manchuria no se pone el sol de la bandera nipona. ¿Qué, pues, habrá logrado la Conferencia de Wáshington para justificar el jú-

bilo de los norteamericanos y la satisfacción de Inglaterra?

La derogación de la vieja alianza anglojaponesa.

"El Imperio Británico," dice editorialmente **The American Review of Reviews**, "fué creado valiéndose Inglaterra de tiempo en tiempo de la debilidad o de la desgracia o de los infortunios de los otros pueblos," y añade: "No era extraño que el Japón, potencia insular como Inglaterra, estudiara la historia de la expansión británica y llegase a creer que una alianza de los dos imperios insulares les aseguraría el dominio de todos los océanos para su desarrollo imperialista y comercial. Terminada la guerra europea, la imposibilidad de Rusia y de China para defenderse ofrecía al Japón una gran oportunidad para saciar sus deseos de imperio. La alianza anglojaponesa llegó a ser considerada en efecto como una licencia para que el Japón dominara, por medio de sus fuerzas navales, a Manchuria y a Siberia, y, por medio de fuerzas de mar y de tierra, a China. En Inglaterra, entre los imperialistas, esto era visto con agrado; los Estados Unidos, en cambio, no podían menos de inquietarse con el rumbo que esa política tomaba. Los Estados Unidos no podían pedir explícitamente que se pusiese término a esa alianza. Tampoco podían construir una armada superior a las armadas combinadas del Japón y de la Gran Bretaña. Había llegado el tiempo de entenderse, y, afortunadamente para los Estados Unidos, Australia y el Canadá hicieron suyos los puntos de vista norteamericanos, y se descubrió entonces que la opinión pública de la Gran Bretaña tendía a apoyar la de los dominios. Para que el Japón no se exasperara al separarse el Gobierno Británico de la alianza, era necesario agradar en algo al pueblo japonés, y esto se ha logrado en la Conferencia de Wáshington."

Esa alianza se hizo primero abiertamente contra Rusia. Vencida Rusia por el Japón en memorable guerra, la alianza quedó en pie, pues la potente rivalidad contra los ingleses y japoneses que ofrecía el Imperio moscovita, quedó substituída por una mayor: la del Imperio alemán. Vencida Alemania en la gran guerra, ¿cuál iba a ser el objeto futuro de esa alianza?

Después del fracaso de Versalles —porque el tratado de paz firmado allí en 1919 ha sido un fracaso,— lejos de unirse más estrechamente, como se intentó hacer por medio de la Liga de las Naciones, los aliados en la gran guerra se apresuraron a deshacer sus lazos de unión. Los Estados Unidos proclamaron de nuevo, y de la manera más enfática, su tradicional aislamiento de la política europea. Francia vió desmoronarse su reciente fraternidad con Inglaterra. Y como en los países pequeños, así también en los más grandes, cayó en todos, como el terror en la tragedia griega, el miedo de quedarse solos. Por eso el Japón no se ofreció de ningún mo do a romper su alianza con Inglaterra. De haberlo hecho su Gobierno, el pueblo hubiera sentido grande alarma. A Inglaterra no le convenía tampoco terminar de manera

sumaria sus vínculos con la potencia oriental, pues temía la enemistad de ese pueblo, que se creería abandonado después de haber servido de instrumento. Y mientras tanto, los Estados Unidos no podían ver, sin sospecha, la continuación de la formidable alianza, la cual, además, servía de estorbo para la "unión en propósitos de los países angloparlantes" que ha de dar —así dicen los que abogan por ella, que son las voces más autorizadas del Imperio Británico y de los Estados Unidos— "la dirección de los destinos del mundo a la raza anglosajona."

No parece, pues, sino que la aparatosa Conferencia, mal llamada de Desarme, ha sido sólo para derogar sin escándalo, sin inquietar al pueblo japonés, la alianza de su país con Inglaterra. Esto se ha llevado a cabo substituyéndola por un Tratado de Cuatro Potencias, a saber: Inglaterra, el Japón, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. Por este tratado se estipula: primero, que las partes contratantes respetarán sus derechos recíprocos establecidos en el Pacífico asiático; todo conflicto entre ellos, que no pueda ser resuelto por la vía diplomática, quedará sometido a la conferencia de las cuatro partes contratantes, las que se encargarán de la solución de toda la cuestión; segundo, que en caso de actitud agresiva de una potencia contra los derechos de las otras, estas últimas emplearán, de común acuerdo, todos los medios necesarios para hacer frente a las exigencias de la situación; tercero, que la duración del tratado será de diez años, a la expiración de los cuales continuará produciendo sus efectos, pero cada parte contratante tiene derecho a denunciarlo y el efecto de esa denuncia será efectivo doce meses después del aviso; y cuarto, que el tratado será ratificado de acuerdo con los métodos constitucionales de cada parte contratante, y que una vez ratificado, se considerará como terminada la alianza anglojaponesa.

El poder legislativo de los Estados Unidos de Norteamérica, siempre en pugna con el Ejecutivo en lo tocante a tratados internacionales, ha hecho fuerte oposición a ese convenio. Para los norteamericanos del grupo "irreconciliable," que formaron los republicanos opuestos a la Liga de las Naciones, el haberse firmado el tratado ha disuelto, de hecho, la alianza anglojaponesa, que es lo único o lo que más les interesa; mientras que el obligarse a someter cualquier problema suyo, que pudiera surgir en el Pacífico asiático, a una conferencia de potencias extranjeras, les repugna y rehusan aceptarlo.

Historia y Geografía

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE LOS GRIEGOS

POR VICTOR DURUY

OS poetas y los mitógrafos nos han conservado la historia primitiva de Grecia, de igual modo que la de los antiguos escandinavos ha llegado a nuestra noticia por el Edda, la de los primeros germanos por los Nibelungos y la de los persas por el Shah Nameh de Ferdousi. Es indudable que esta historia legendaria encubre un fondo histórico; pero, ¿cómo encontrar, cómo precisar lo que hay de realidad y de certeza en ella?

Creer que la mitología es únicamente ficción en la superficie, pero verdad en el fondo: que es un hermoso telón que basta levantar para contemplar una acción real, sería desconocer profundamente adonde llega el poder creador de la imaginación popular. Hay una edad en la vida de las naciones en la que todo se convierte en sentimiento y en imagen, en la que todo se anima y personifica; luego llega otra edad en la que todo es reflexión y examen, en la que todo se analiza y descompone. La primera es la época de la fe en los fenómenos, el tiempo de las leyendas que pueblan de divinidades el Olimpo y el Walhalla, que colman de aventuras la historia de los héroes, lo mismo la de Aquiles que la de Rolando, igual la de Theseo que la de Arthur. La segunda es la época de la duda para todo cuanto parece salirse de las leyes naturales; el tiempo de la investigación científica de las causas y de sus efectos; la época, en una palabra, que mata a los dioses y a los héroes, dejando ver detrás de éstos la sociedad que constituía la mitad de su fuerza; y detrás de aquellos una sola inteligencia suprema, de igual suerte que no se encuentra más que una causa primera a todos los fenómenos que tienen por teatro el Universo.

De estas dos edades, la primera dura hasta el siglo VI antes de nuestra era, incluso para los más eminentes genios de Grecia;

la segunda comienza apenas con Anaxágoras y Tucídides. Herodoto sufrió aún el yugo de la vieja fe, pues salvo algunas interpretaciones tímidas, admite todos los relatos de la antigua musa. Tucídides, más libre, analiza audazmente los hombres y las cosas del tiempo pasado, pero cuida de no aventurarse en las imposibilidades mitológicas. Sólo se detiene ante los hechos capitales; quita de ellos lo maravilloso y pone las razones políticas en acción; entonces no tiene más que ofrecer de aquellos tiempos, tan llenos de tinieblas para la crítica, tan deslumbradores para la fe, un sobrio cuadro que en sus líneas generales es probablemente una pintura muy aproximada de la verdad.

La musa épica teme lo presente, en el que todo es demasiado preciso y cierto. Sólo se explaya en medio de lo que ya pasó: con nuestros antepasados habita y en su vida busca la inspiración. Ignorante de los más grandes acontecimientos que se realizan a su alrededor, es como el divino ciego de Chíos y como aquel otro ciego inmortal que cantó la primera edad del mundo: la musa épica no ve, pero adivina y recuerda. Junto a Augusto, Virgilio no celebra la grandeza inaudita de la Roma imperial sino las fabulosas hazañas de Turno y Eneas. Frente a Lutero que triunfa, junto a Roma que se tambalea, el Tasso cierra los ojos ante la gigantesca lucha entablada alrededor del santuario espiritual y retrocede cinco siglos para cantar otra lucha, trabada en torno de un santuario material. El pueblo sólo tiene todavía poetas: de aquí esa exuberante riqueza de narraciones sobre la edad que les precede y esta obscuridad y este silencio para el tiempo mismo en que han vivido y cantado. Pero cuando las sociedades están ya bastante cimentadas y los espíritus bastante instruídos para pretender reconocerse seriamente a sí mismos, entonces nacen la prosa y la historia.

En Grecia los primeros escritores en prosa y los primeros logógrafos aparecen en el siglo VI. La historia verdadera alcanza tiempos más remotos, pero esto es porque aquellos escritores pudieron recoger tradiciones auténticas que reposaban sobre hechos fáciles de aquilatar, ya que estos hechos o sus consecuencias duraban todavía. Desde la fundación de la era de las Olimpíadas, en el año 776, había también merced a esto, un medio exacto de fijar la cronología. Pero a pesar de ello, ¡cuántas lagunas existen antes de la edad de Herodoto! ¡Y cuántas veces, como en las guerras de los mesenios, toma la poesía el lugar de la historia!

A partir de esta época, Grecia está ya constituída: su vida histórica comienza y se va desenvolviendo lógicamente. Cada comarca tiene el pueblo que ha de sustentar hasta el último día de la existencia de la nación; y cada uno de estos pueblos toma ya,

bajo la doble influencia de su posición geográfica y de las circunstancias que acompañan a su establecimiento, el carácter que ha de originar en la Hélade las oposiciones de razas, de ideas y de intereses.

Desde el siglo XI hasta el VII se produce un hecho de capital importancia para la historia de Grecia y para la del mundo: la difusión de la raza helénica por todas las costas del Mediterráneo.

Los griegos, que parecían complacerse en ocultar su profundo sentido de las cosas bajo las más graciosas imágenes, contaban que un pastor, apacentando un día sus rebaños junto a la orilla del mar, vió surgir de entre la espuma de las olas a una hermosa doncella que le sonreía y le llamaba. El pastor vaciló al principio, pero luego cedió al encanto y se arrojó a las olas. ¡Cuántas sirenas encantadoras como aquellas aparecían en torno de las hermosas costas helénicas incitando a sus habitantes a surcar las azuladas ondas! Los griegos cedieron como el pastor a la atracción irresistible y corrieron de isla en isla, ocupando aquel archipiélago que parecía aproximar entre sí tres continentes.

La Naturaleza les imponía de dos maneras la obligación de ser navegantes: por la situación de su país, enclavado en medio del Mediterráneo, y por su configuración en islas, cabos y montañas, desde las que se columbraba por todas partes el mar; y aún más por los productos de su suelo. Este, poco fértil para el cultivo de los cereales, es inmejorable para la vid y el olivo, cuyos frutos son principalmente industriales y comerciales. Un pueblo que produce trigo y cría ganados, puede pasarse sin auxilio ajeno y no pedir a nadie más que la tierra que le sustenta; ésta es la principal causa del lento crecimiento de los pueblos agricultores. Pero el que no tiene más que vino y aceite se moriría de hambre si no cambiase sus géneros; y esto le fuerza a vivir en relaciones continuas con sus vecinos, a recorrer el mundo y a comerciar, al propio tiempo que con sus mercaderías, con sus conocimientos y con sus ideas. Dicho esto, no nos causará extrañeza que el pueblo griego haya sido y sea todavía el pueblo mercantil por excelencia; que haya visitado todas las tierras a que ha podido alcanzar, y que en todas las costas haya dejado una colonia.

El comercio vive de libertad: las colonias griegas fueron libres, como las de Roma fueron dependientes de la gran urbe; éstas eran un instrumento de dominación, y la dominación quiere la obediencia.

Mientras los griegos salían por las mil puertas que la Naturaleza había abierto ante ellos, una revolución interior iba subs-

tituyendo lentamente los reyes de la edad heroica, hijos de los dioses, por los nobles, que aún pretendían ser de descendencia divina. Cuando estos nobles no tuvieron amos sobre sí, quisieron ver solamente vasallos en los que estaban debajo de ellos. Pero a su vez los vasallos que habían llegado a ponderar su felicidad y su inteligencia, se creyeron capaces de administrar por sí mismos sus asuntos y realizaron con la oligarquía lo que la oligarquía había hecho con los reyes. Para entablar esta lucha el pueblo tuvo necesidad de nombrar jefes que se convirtieron en tiranos; en unas naciones por la fuerza o la sorpresa, en otras por el consentimiento del pueblo, que les otorgaba el poder para que ellas le diesen el orden y la igualdad.

Estos tiranos también pasaron. Los abusos, las violencias trajeron como consecuencia una nueva revolución, que tuvo otra vez carácter democrático. Tal es la vida interior de Grecia hasta las guerras médicas; al principio los reyes, luego la aristocracia, después los tiranos, apoyados por la clase oprimida o por los mercenarios, últimamente la ciudad gobernándose a sí misma, ya otorgando mayor predominio al pueblo que vive de la industria y el comercio, ya a los ricos poseedores del suelo. Esta era la forma de gobierno que prevalecía en el momento en que Grecia fué invadida por los persas, y como dice Herodoto, fueron sus libres instituciones quienes la salvaron.

Durante esta larga y penosa labor de transformación interior, la vida intelectual de Grecia aparece como en suspenso. En las colonias asiáticas comienza ya el genio a desplegar sus alas: el arte y la ciencia nacen allí: la poesía aumenta la herencia de Homero, y el mundo griego se ilumina en su periferia con el más vivo fulgor. Al terminar el sexto siglo una dominación enemiga se extiende sobre estas cultas ciudades: la mano del extranjero hiela las fuentes de la vida. La civilización iba a perecer, ahogada en su germen: la salvaron Maratón y Salamina, nombres gloriosos que repetirá siempre reconocida la humanidad.

Grecia, con sus golfos por fosos y sus montañas por bastiones, es como una enorme fortaleza que se levanta entre Asia y Europa. En vano la asaltaron los millones de hombres de Jerjes: el inmenso imperio oriental se estrelló en aquellos muros. Aquellas victorias fueron ganadas principalmente por Atenas y decidieron de sus destinos. Rechazada la invasión era necesario prevenirse para evitar la contingencia de otra: Atenas sola pensó en ello y supo prepararse. Este es el origen y la legitimidad de su poder. Aquella dominación, que asegura la tranquilidad en los mares, que alienta a la industria y al comercio, que siembra el bienestar y excita a la inteligencia, constituye el momento más

feliz de Grecia y el más brillante de la vida de la humanidad. Atenas no es la única nación de la Hélade: todas trabajan y piensan, pero todo afluye hacia ella, lo mismo el genio que la fortuna y el poder. Es el foco que recibe y concentra los rayos dispersos, para volver a enviarlos al mundo en ráfagas de luz resplandeciente.

Por encima de todos los grandes hombres que guardan sus muros, sobresale la noble figura de Pericles. Sus enemigos le llaman el Olímpico. Tenían razón: él dirigía y contenía con su talento soberano aquel pueblo inteligente, apasionado e inquieto, que supo tener la constancia romana cuando necesitó de ella; que cometió faltas, sin duda, pero que supo redimirlas con sus obras maestras y sus grandes ejemplos. Multitud elegante y espiritual, curiosa de las artes y de las ciencias y de la poesía; en la que la fortuna establecía apenas diferencias: en donde la educación, igual para todos, no las consentía; con un carácter de aristocracia popular más que de pueblo, supo elevarse a la extrema grandeza que alcanzó, merced a su propio genio, resultado de su posición geográfica y de su historia, y por sus instituciones, las más humanas y más libres que tuvo la antigüedad.

Sí; ello es preciso, confieso mi simpatía calurosa por esta gloriosa república que tuvo partidos y revoluciones, pero que no fué ensangrentada por guerras civiles ni por insurrecciones de los esclavos; por esta ciudad, no de Cleón, sino de Pericles; por la patria de Demóstenes, no de Dénades a quien ni siquiera sus más grandes enemigos, Filipo y Alejandro, pudieron nunca odiar; por este pueblo que atribuía a uno de sus más antiguos héroes indígenas el sublime precepto: "haz a los demás lo que quisieras que te hiciesen;" y cuya historia se abre en Maratón y se cierra en Queronea con este grito elocuentísimo de Demóstenes: "No, no, atenienses, no os habéis equivocado defendiendo hasta la muerte la libertad de Grecia." Hubiera podido decir la civilización del mundo

No debe olvidarse que este pueblo tan injustamente acusado, trataba bien al esclavo, acogía hospitalariamente al extranjero y en determinados días, hacía caer los hierros que sujetaban a los cautivos para que pudiesen asistir también ellos a las alegres fiestas de Dionisos. Mataba al culpable, pero no lo torturaba; aseguraba su subsistencia a los viejos, a los débiles, a los soldados inválidos y daba a los niños a quienes la guerra había dejado huérfanos, una madre: la patria. El único pueblo que, según Pausanias, elevó en medio de la plaza pública un altar a la Piedad.

Era, merecidamente, el pueblo favorito de la diosa caritativa que se mezclaba entre los combatientes, pero con el propósito

de moderar su fogosidad: que exhibía su lanza, pero con el objeto de hacer triunfar el derecho; que era la Sophia divina, pero tambien la ciencia humana. La divinidad laboriosa que crea el olivo, inventa las artes útiles y enseña a la esposa las virtudes domésticas: la diosa "de los pensamientos numerosos" que revelaba a los sabios las leyes de la Naturaleza, pues ella era la sabiduría misma, nacida del cerebro de Júpiter.

A tal dios, tal pueblo; o para hablar con justicia: a tal pueblo tal divinidad. La más inteligente, la mejor de las ciudades griegas debía tener por diosa la más respetable de las divinidades del Olimpo helénico.

El día en que el joven ateniense, al cumplir dieciocho años, recibía las armas que debía llevar consigo para la defensa de la patria, protestaba el siguiente juramento:

"No deshonraré las armas sagradas ni abandonaré a mi compañero de pila. Combatiré por todo lo que es santo y sagrado, solo o con muchos, y a los que me sucedan no les dejaré una patria menor de la que he recibido, sino más grande y más justa. Obedeceré a los magistrados y a las leyes; y si alguien destruye esas leyes o no las cumple, yo las vengaré solo o con mis conciudadanos; y honraré la religión de mis padres. Tomo a los dioses por testigos de este juramento."

El gran siglo de Atenas es el que, rindiendo justo homenaje a Pericles, lleva el nombre de éste. Aquella edad de oro del espíritu humano había producido en las inteligencias una conmoción que las llevaba hacia regiones desconocidas. Sobre el camino de los grandes pensamientos, Grecia encontró inspiraciones inmortales; pero al propio tiempo aparecía una potencia nueva y formidable, la filosofía, hija rebelde del politeísmo, nacida junto a los templos que derribara, pues hijos de esa naturaleza matan a sus madres, como esas plantas que crecen en las hendiduras de las viejas murallas y acaban por derrumbarlas. Pronto entró la filosofía en lucha con la religión positiva: destronó a los dioses del Olimpo, único poder moral a pesar de sus imperfecciones y de sus debilidades, que conocían los pueblos, y como se salía del estrecho círculo de las creencias vulgares, traspuso también el estrecho recinto de la ciudad. Por encima del hombre verá a la humanidad; por encima del Estado, al mundo. Y quizás ha ayudado también a la ruina del patriotismo, como a la de los dioses, por lo mismo que se elevaba a tan altos conceptos que se sobreponía a la divinidad y a la virtud verdadera. La bella frase que se lee en Marco Aurelio: "Soy un ciudadano del mundo" es de Sócrates.

La misma poesía vino en ayuda de las deducciones ateas de Leucipo. Aristófanes con sus sarcasmos, Esquilo con su titánica

audacia en su Prometheo hicieron oír por vez primera aquel grito que Lucrecio recogió en Roma: "¡Los dioses morirán!" Y merced al espanto que causan a los pueblos el vacío, el silencio de los cielos y esas espesas tinieblas que los sofistas acumulan sobre cuestiones en otro tiempo tan sencillas, hirieron también a los que poseían la antorcha que alumbraba lo porvenir. Atenas expulsa a Anaxágoras y obliga a Sócrates a beber la cicuta. ¡Cruel y estéril victoria de la intolerancia! La predicción se realiza: los dioses se van, y por desgracia el Dios nuevo no ha llegado todavía. Un gran espíritu parece ya columbrarle: Platón anuncia algunas verdades de la fe futura; pero sólo un corto número de inteligencias le comprende y la multitud no escucha ni entiende sino a los que le hablan y aconsejan que dude de todo, del cielo, de la patria y de la virtud, y que sólo tenga fe en la fortuna y en el placer. Y entonces el patriotismo se desploma y la moralidad se desvanece, las ciudades se abaten al peso de la corrupción, y Grecia agotada, moribunda, se extingue sin ruido bajo una dominación extranjera.

Pero ¿quiénes fueron los instrumentos de esta inmensa ruina? Esparta y Macedonia. Cuando Roma llegó, ya no había allí más que un cadáver.

El siglo XVIII dedicó a Lacedemonia toda su admiración. Era la paradoja de Rousseau relativa al hombre de la Naturaleza, aplicada a la sociedad.

Es evidente que hay cosas admirables en Esparta. Nos ha dejado un ejemplo inmortal de sobriedad, de disciplina y de menosprecio hacia las pasiones, el dolor y la muerte. Los espartanos sabían obedecer y sabían morir. Empleando la magnífica expresión de Píndaro, que debiera grabarse en el frontispicio de todos nuestros monumentos, la ley era para los espartanos "la reina y la emperatriz del mundo." También les hemos de reconocer una virtud de los tiempos antiguos que yo quisiera ver más arraigada entre nosotros: el respeto hacia todos aquellos a quienes los años han colocado sobre la cabeza una corona de blancos cabellos. Si un pueblo no ha de cumplir otro deber que el de vivir al día, sin preocuparse del mañana ni del mundo exterior, en la adoración de sí mismos y en la práctica de ciertas virtudes, Esparta cumplió su misión. Pero si todos los pueblos son responsables ante la historia, como los mortales ante Dios, de los esfuerzos hechos para aportar su piedra al inmenso edificio que la humanidad construye. Esparta, simple máquina de guerra, instrumento de destrucción que acabó por destruirse a sí mismo ¿qué podrá responder cuando se le pregunte cuál ha sido su parte en la labor común?

Grecia, tranquila y próspera, florecía bajo una dominación

que ninguna violencia había hollado todavía cuando Lacedemonia comenzó la fatal guerra del Peloponeso. Victoriosa gracias a la loca expedición de Sicilia, gracias al oro de los medas y al azar de un día, arruina a la ciudad que había sido, durante un siglo el honor de la Hélade, su escudo y su espada. Y entonces, ¡cuán mal uso hace de su fortuna! ¡Cuánta violencia, cuánta sangre derramada! ¡Y finalmente, cuánta vergüenza en el tratado de Antalcidas que muestra a los descendientes de Leonidas recibiendo de rodillas las órdenes del descendiente de Darío y de Jerjes!...

No cae solamente Atenas al final de esta lucha fratricida: Grecia entera se bambolea: Esparta misma amenaza ruina, y pronto Epaminondas le hunde en el costado la espada de Leuctres y Mantinea. Inútiles victorias, también. Como la avispa que deja su aguijón en la herida y muere, Tebas no sobrevivió a su triunfo. Y entonces todo acabó. De ese vasto campo de carnicería, en el que la muerte siega abundante cosecha durante tres cuartos de siglo se desprende y eleva un miasma pútrido que toma cuerpo y que yo llamaría el condotticrismo. Los mercenarios lo invaden todo y todo lo corrompen. Y ellos hacen depender el éxito de una guerra, la suerte de un Estado, de un aumento mayor o menor en su sueldo, y para última miseria, constituyen un vivero de tiranos. Grecia se asemeja, entonces, al palacio de Ulises; los pretendientes no la sueltan, devoran las rentas de sus dominios e insultan el dolor de sus hijos y de sus servidores fieles. Penélope, llorando en su duelo y en su abandono, espera a Ulises, pero Ulises ya no vendrá. El arco sonoro no tornará a vibrar bajo su mano poderosa cazando a sus perseguidores. Estos son los que triunfan: primero Filipo que compra a Grecia en tanta parte como la vence; después Alejandro que la arroja al inmenso Oriente en donde se pierde; luego sus indignos sucesores que la desgarran; al fin Roma, que jugó algún tiempo con ella y la acabó en un día.

Pero ¿por qué cayó Grecia? Es la pregunta que se hace frente a toda nación que se derrumba. Grecia cayó por dos causas: en primer lugar, por la depreciación a que habían llegado las ideas morales y políticas: en Grecia ya no existían ciudadanos, ni hombres casi: según la enérgica palabra de Polibio, la Hélade murió por falta de hombres. En segundo lugar, porque en el fondo del espíritu griego hubo siempre irreducible instinto de aislamiento municipal, que tenía por origen el fraccionamiento del suelo de la península y que se oponía a la formación de un gran Estado helénico.

De existir este gran Estado no se hubieran producido tantas guerras intestinas con sus deplorables consecuencias políticas y morales y Grecia hubiera sido invencible. Pero era tan grande la

fuerza de este sentimiento de indèpendencia local, que Grecia pereció embriagada de una loca alegría cuando los romanos proclamaron que quedaba destruída toda liga y que las ciudades recobraban su aislamiento. Se creyó libre, entonces que comenzaba para ella una esclavitud de veinte siglos.

Una doble lección se desprende de esta historia. La anarquía y la corrupción trajeron como consecuencia la miseria, la vergüenza y la muerte. Para la unión y el patriotismo fueron la victoria, la grandeza y la triple corona de las artes, las letras y las ciencias.

Pero ¿cuál es, en la historia general de la Humanidad, el lugar que corresponde a este noble pueblo? El primero, indudablemente.

En las dilatadas llanuras que el sol de los trópicos fecunda y riegan los caudalosos ríos, el hombre encuentra sin esfuerzo, y abundantemente, cuanto necesita para su sustento. Pero su sol abrasa y enerva; sus ríos, al desbordarse, destruyen y arrasan bosques y ciudades, y la Naturaleza, que las ha dotado por tan espléndido modo, las agita a veces también en tremendas convulsiones. Allí todo es extremo; lo mismo el bien que el mal; y el hombre, reducido a intervalos por el encanto, horrorizado otras veces por la catástrofe, se abandona a las delicias como a los terrores que le rodean y se deja llevar sin resistencia. Dominado por la fatalidad física, incapaz de reaccionar victoriosamente contra el mundo exterior, que ejerce sobre él tan poderosa influencia, el hombre reconoce su debilidad y la confisca: y aquellas formidables fuerzas naturales llegan a ser para él divinidades imperiosas que tienen en sus sacerdotes y en sus reyes una representación inmutable.

(*Continuará.*)

CONQUISTADORES Y CIVILIZADORES DE MEXICO

POR LUIS DE LA BRENA

UE en Londres en el palacio del rey Carlos II, restaurador de la monarquía inglesa, donde a fines del siglo XVII tuvo lugar una conversación que al reproducirla me servirá ahora a guisa de prefacio del modesto trabajo que presento a ustedes en este festival organizado por la *Sociedad de Cultura Cívica.*

Lista ya para hacerse a la vela la partida de emigrantes que venía a establecerse a nuestro continente, el rey mandó llamar a su amigo el jefe de la expedición que no era otro que Guillermo Penn; al saludarlo le expresó en són de broma que probablemente sería la última vez que se verían porque dados los peligros a que iba a arrojarse y más que nada las costumbres de los indígenas, sería devorado por los más salvajes, a lo que el aludido contestó:

—Amigo Carlos, pienso comprar la tierra a los indios, y de este modo estaré en buenas relaciones con ellos, porque el comercio, los contratos y principalmente la buena fe, acercan a los hombres.

—¡Comprarles la tierra!—exclamó el rey; pues ¿qué no es mía toda la América?

—Ciertamente que no—contestó Penn.

—¡Cómo!—replicó el rey—¿no ha sido la Corona de Inglaterra la que ha hecho los descubrimientos?

—Bien, amigo Carlos—dijo Penn:—suponed que una canoa llena de indios cruce el océano y descubre Inglaterra. ¿Por esta sola circunstancia tendrían ellos derecho a ejercer la soberanía en nuestro país? ¿Los ingleses les daríamos posesión de nuestro territorio?

El rey no supo ya qué replicar a estos argumentos y no discutió más con aquel cuáquero amigo de los indios.

En efecto: la violencia con todas sus infinitas modalidades es el carácter esencial de la conquista, en tanto que el esfuerzo en pro del bien colectivo por el que progresa la inteligencia, la industria y de preferencia la moralidad, es el sello típico de la civilización.

Ahora bien, ¿cómo se realizó en nuestra patria la conquista?

¿Cómo se echaron los cimientos de la civilización? Os lo voy a exponer en breves palabras.

La primera tuvo su raigambre en el mal. ¿Qué es el mal? Es todo lo que degrada, lo que corrompe, lo que envilece, lo que desgasta, destruye y aniquila a la humanidad; llámese mentira, robo, despojo, hipocresía, infidencia, crueldad, matanza, concupiscencia. Y Cortés, Pánfilo de Narváez, Sandoval, Olid, Nuño de Guzmán, nos muestran con su conducta toda una gama de variaciones infinitas de esa fuerza destructora. La civilización, por el contrario, tiene su origen en el bien, es decir, en lo que enaltece, purifica, sostiene, alienta, consuela y consolida la fortaleza humana, y de aquellos varones que la generosa madre España mandó a México como heraldos de la más pura ética, voy a ocuparme, comenzando por los franciscanos y tomando como tipo a Pedro de Gante.

¿Qué antecedentes tenía antes de llegar a México? Poco o nada se sabe, ya que hasta su verdadero apellido se ignora y sólo se ha inquirido que tenía estrecho parentesco con Carlos V; que renunció desde temprana edad los goces y placeres del mundo y que al tomar el hábito de San Francisco se enclaustró en Gante, negándose a aceptar cualquier jerarquía a pesar de su sangre y de sus letras.

En 1523 desembarcó en Veracruz y se estableció en Texcoco con sus compañeros Juan de Tecto y Juan de Aora, dedicándose a aprender el idioma de los naturales para poderse acercar a su corazón, a la par que a su inteligencia. En esta obra se empeñó de tal modo que pronto adquirió los suficientes conocimientos para hacerse comprender de los indios; por algún tiempo se ocupó, tanto en Texcoco como en Tlaxcala, en iniciar a los habitantes en el Evangelio; en 1527 se trasladó a México, en donde desarrolló por cerca de medio siglo sus admirables trabajos de civilización, distinguiéndose especialmente como maestro de escuela. Veamos cómo cultivó esta labor.

Cerca de mil niños contaba año por año la primera escuela fundada en nuestro país, anexa al convento de San Francisco; por las mañanas, al principio, les daba Fray Pedro lecciones de lectura, escritura y canto, por las tardes enseñaba la doctrina cristiana y predicaba más tarde; enseñó lengua latina y añadió a su escuela un departamento de bellas artes con el objeto de preparar pintores y escultores, quienes bajo la dirección de un maestro flamenco y otro español, dieron su contingente para proveer de cuadros y esculturas las numerosas iglesias que por entonces se edificaban; pero el culto pedía, además, ornamentos, vasos sagrados, cruces, ciriales, andas, y en gran cantidad artesanos de diversos oficios para la construcción de templos y altares, para lo cual hubo que organizar en la escuela talleres, a los que con-

currían los indígenas de mayor edad y que se inclinaban al desempeño de tales artes.

Hizo de su escuela, además, un centro de cultura cívica, pues preparaba a los individuos próximos a formar hogar dándoles a conocer las obligaciones y responsabilidades de su nuevo estado, y fomentaba una buena administración civil, dándoles instrucciones correspondientes a los indios que salían a los pueblos, con los cargos de jueces, alcaldes y regidores.

Dependencia de la escuela era el hospital levantado a iniciativa del propio Gante, y dedicado a los niños enfermos que no podían continuar educándose en el Monasterio.

Sus ocupaciones docentes y filantrópicas no le impidieron dirigirse a la Corte en defensa de los indios, reprobando las atrocidades de la conquista y especialmente la institución de las encomiendas.

Labor semejante llevaron a cabo en una buena parte de la Colonia los doce apóstoles que presididos por Fray Martín de Valencia fundaron la Provincia del Santo Evangelio.

Con cuánta razón exclama mi insigne maestro el señor licenciado Ignacio M. Altamirano en su obra *Paisajes y Leyendas*: "¡Cómo no querer a estos padres de los primeros tiempos de la do minación, que se interponían entre la saña del conquistador y la actitud inerme del vencido! ¡Cómo no amar a esos hombres animados del espíritu cristiano de los primeros tiempos, que venían resueltos a hacer del indio su amigo y atraerlo al sendero de la civili zación con los tiernos lazos de la fraternidad y de la virtud!"

Vasco de Quiroga, Presidente de la segunda Audiencia y más tarde primer obispo de Michoacán, fué otro de los primeros civilizadores de nuestro país. Fomentó en gran manera el comercio y la agricultura, trajo en viaje de regreso de España, al pasar por la isla de Santo Domingo, multitud de semillas y aun de plantas, que cuidó con todo esmero durante la travesía, entre estas últimas el plátano que tan prodigiosamente se ha multiplicado en nuestro suelo. Respecto de la industria, basta recordar que hizo de Michoacán el emporio de un gran número de artes y oficios, habiendo especializado a pueblos enteros en corte de madera, en labrado y pintura de la misma, en curtiduría, alfarería, herrería, etc., etc.

Por último, el infatigable abogado de los indios, Fray Bartolomé de las Casas, fué uno de los hombres más notables del siglo XVI, y quien sembró en América la semilla fecunda de la igualdad; sus trabajos de civilización tuvieron lugar en Santo Domingo, en Cuba, en Nicaragua, en Guatemala, en México y en la corte misma de los reyes españoles.

En resumen, sobre los intereses mezquinos, sobre las efímeras glorias de la guerra, a pesar de los prejuicios y a despecho

del mal, se alza la majestad de los hombres que atentos a su carácter de hombres, saben que el individuo vale por su energía para el bien, por su sincera y vigorosa resolución de hacerse útil a sus semejantes, y que el objeto de la vida es practicar la justicia y extender ampliamente la fraternidad; por eso, ante el espectáculo de estos nobles caballeros de la civilización, nimbados por la inmortalidad, se marchitan los laureles de todas las batallas y fulguran entre el acervo de las herramientas, las páginas del libro y los perfiles redentores del trabajo.

ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN EL VALLE DE MEXICO

POR GEORGE E. HYDE

N ESTA noche espero dar a ustedes con los datos geológicos actualmente disponibles, alguna idea respecto a la antigüedad del hombre en el Valle de México, y por el estudio de las cabecitas de barro encontradas en las excavaciones, alguna idea también del tipo de las civilizaciones.

Mi amigo y colega señor Mena, del Museo Nacional, tratará después el asunto desde el punto de vista arqueológico. En esta conferencia, por consiguiente, la Geología y la Arqueología, ayudándose mutuamente, se esforzarán por presentar ante ustedes algo del pasado siempre interesante. las fases de la vida prehistórica en México.

Para esta exposición fueron estudiadas tres partes del Valle de México: el Pedregal de San Angel, las excavaciones en San Miguel Amantla, cerca de Azcapotzalco, y la zona de las pirámides de San Juan Teotihuacán.

Me referiré primero al Pedregal de San Angel; el término Pedregal se aplica comúnmente a aquella porción del Valle que se extiende de San Angel y Tlalpan, hasta cerca del Ajusco. Con excepción de los dos pequeños cerros: Zacatepec y Zacayuca, esta área está cubierta por una extensa capa de lava basáltica. Comenzando en San Angel esta lava, puede seguirse fácilmente hasta su manantial, el extinto volcán Xitle, en la falda Sur del cerro Ajusco. El Ajusco es mucho más viejo, probablemente de la misma edad que el Iztacíhuatl, y estos dos cerros no son sino fragmentos aislados de las series del Ajusco. El extinto volcán de Xitle tiene todavía un espléndido cráter de escoria de unos cien metros de profundidad y de 900 a 1,000 metros de circunferencia.

La lava del Xitle, dividida en dos ramas por los cerros de Zacatepec y Zacayuca, se extendió sobre el terreno inferior probablemente hasta los bordes del lago en aquel tiempo. A las orillas de este lago vivía una tribu de un pueblo un tanto primitivo, cuyas muestras de civilización quedan conservadas debajo del

Pedregal. Aquí han sido descubiertos varios esqueletos por el Departamento de Antropología, y también en los depósitos del antiguo lago se han encontrado algunos pedazos de alfarería, metates, pequeñas figuras y cabezas de barro. Los esqueletos están a medio metro aproximadamente del fondo del escurrimiento de lava y a unos 8 o 13 metros de la boca de los túneles o del frente actual de la lava. En la misma capa y hasta medio metro debajo de los esqueletos, se encuentran los artefactos de esta civilización.

Los esqueletos mismos representan verdaderos entierros de aquel tiempo, pues la gran cantidad de pedazos de alfarería y el estado que guarda el tepetate, ofrecen muestras evidentes de ello.

Como se verá en las fotografías que se van a exhibir, ilustrando la civilización del Pedregal, esta civilización fué de un tipo rudimentario o un tipo en el cual el arte había alcanzado un estado muy primitivo de desarrollo. En otras partes del Valle, cuando ocurre este tipo, donde los estratos son distintos, aparece como el miembro más bajo de las series. Puede considerarse, por consiguiente, como la civilización más antigua del Valle. A esta civilización le hemos dado con la ayuda del señor Mariano J. Rojas, (Profesor de Lengua Mexicana en el Museo Nacional) el nombre de Toachtopayotlaca, que en español significa "nuestra primitiva gente." El nombre será discutido subsecuentemente por el señor Mena.

LA EDAD DEL PEDREGAL.

Queda ahora la cuestión de ¿cuál es la edad de esta civilización primitiva? Tuve ocasión al estudiar la geología con el ingeniero M. Santillán, de las montañas del Ajusco, de pasar varias veces sobre las lavas del Pedregal. Pienso que a todos los geólogos, la naturaleza reciente de la lava, sería claramente aparente, y por ello seguramente fué colocada geológicamente en el período reciente. Sin embargo, para este trabajo se ha procurado buscar datos más exactos y se han tenido en cuenta las huellas dejadas por los arroyos en sus cuencas. Estas no son numerosas y la lava tiene una superficie muy áspera e irregular. La mejor marca fué encontrada en un arroyo seco cerca de San Andrés, al Sur de Tlálpan, el cual tenía una profundidad máxima de 1 m. aproximadamente excavada en la lava basáltica. Teniendo en cuenta que esta corriente sólo es activa probablemente en los meses de invierno o en la estación de lluvias, una estimación conservadora colocaría las emisiones lávicas del Pedregal como habiendo tenido lugar hace unos 3,000 años antes de la Era Cristiana. Los artefactos de la civilización probablemente implicarían que la civili-

zación había existido al menos otros 1,000 ó quizá 2,000 años más. (1)

Las primeras muestras de la existencia del hombre en el Valle, pueden referirse por consiguiente a unos 7,000 años, o sean 5,000 años antes de Cristo. El período neolítico de Europa (Poniente, Centro y Norte) data de 6,000 a 2,500 años aproximadamente antes de Cristo. (2)

Por consiguiente, tenemos hombre del período neolítico representado en la civilización del Pedregal. (Dar proyecciones del Pedregal).

SAN MIGUEL AMANTLA.—AZCAPOTZALCO.

Trataré ahora de la sección geológico-arqueológica más interesante del Valle. Me refiero a las excavaciones hechas por el señor Niven, cerca de Azcapotzalco. Dicho caballero se ha dedicado con entusiasmo a la Arqueología; por muchos años ha llevado a cabo trabajos arqueológicos en varias partes de México y ha explorado una área considerable en Azcapotzalco. Previa autorización de él, se hicieron excavaciones especiales hasta una profundidad de 3.30 metros, en las cuales se encontraron muestras evidentes de varias civilizaciones, algunas veces mezcladas por razones que serán fácilmente entendidas después, pero siempre suficientemente distintas o bien definidas, para poder hacer aseveraciones al considerarlas por métodos paleontológicos.

Las capas encontradas de arriba hacia abajo pueden distinguirse como sigue:

a). Desde 0½ a 1 metro: tierra arenosa y tierra vegetal.

b). Siguiendo a la tierra arenosa, hay en algunos lugares una capa de pómez de 5 a 15 centímetros de espesor y en otros lugares una capa de grava mezclada con una poca de arena.

c). Abajo de la capa de pómez o de grava, hay unas tierras, pero de naturaleza más arenosa hasta una profundidd de 2½ metros aproximadamente. En esta capa se han encontrado algunas

---

(1) Con respecto a lo asentado de las edades en esta forma, el que habla admite que las edades dadas pueden no ser aceptadas por todos los geólogos. Sin embargo, me parece que actualmente ofrecen una razonable interpretación y base para una hipótesis arqueológica. Esta nota es con el objeto de que las aseveraciones hechas con respecto a las edades, no puedan ser usadas como arma contra la parte principal de nuestro trabajo, que es las secciones geológicas y los artefactos encontrados de las razas.

(2) Y los artefactos del hombre del Pedregal, también tienen un aspecto neolítico.

veces varios estratos de pómez, fragmentos pintados de muros o pisos hechos de piedra pomosa y abajo de ésto nuevamente la misma capa nivelada con adobe y muros o pisos de adobe.

d). Abajo del nivel de 2½ metros, el material se vuelve gradualmente más arenoso, y a tres metros de profundidad, se encontró una capa bien distinta de cenizas de madera.

e). A 3.30 metros de profundidad, la excavación terminó en depósitos lacustres consolidados o arena volcánica. En esta arena y a cuatro metros de profundidad, aproximadamente, según el señor Niven y también según una sección geológica que aparece en la publicación de un trabajo del señor Gamio, relativo a esa región. se han encontrado a veces los artefactos de la civilización primitiva referida al Pedregal.

La sección anterior representa lo que se ha encontrado en las últimas excavaciones hechas en Azcapotzalco. De una manera general las profundidades relativas varían ligeramente, pero puede decirse que representan el orden en que se han estudiado en las excavaciones por un período de unos 10 meses.

CIVILIZACIONES ENCONTRADAS

Hablaré ahora de las civilizaciones encontradas y comenzaré con la capa más baja (E) La semejanza con los artefactos del Pedregal, puede notarse fácilmente; por lo cual podemos clasificar esta civilización como primitiva o sea la Toachtopayotlaca.

El material y cabecitas de la capa de cenizas (D), fueron encontrados sin estar mezclados con otros tipos. Las cabezas representan aparentemente un tipo claramente más elevado, pero primitivo aún. (1)

Indudablemente que un intervalo de tiempo separa este tipo del Pedregal; y por la apariencia Mongoloidal de esta civilización. ha sido llamado por nosotros Mongoloide.

Pasando gradualmente a la siguiente civilización, algunas veces separada de ella por pisos de adobe, se pasa al tipo más refinado que se haya encontrado. Esto ocurre en la capa (C). Aquí tenemos muestras evidentes de una nueva inmigración, una raza de artistas, escultores y constructores. Para la mente del que habla es imposible derivar esta civilización de las primeras por evo-

---

(1) Juzgando por la naturaleza de las capas y con el conocimiento de que la acción volcánica probablemente hizo inhabitable, por algún tiempo, esta parte del Valle, nos parece justificado suponer que un gran intervalo de tiempo separó este tipo del del Pedregal, aunque pudo ser muy bien una evolución del primero, que regresó al Valle después que las erupciones hubieron cesado.

lución, debe considerarse como una nueva raza enteramente distinta, probablemente la más intelectual y la más fina de todas las razas pre-históricas que hayan habitado México. Con la pómez consolidada de las faldas de las montañas vecinas y con una mezcla de pómez y de tierra, construyeron casas y templos.

Con las mejores arcillas del Valle labraron hábilmente hermosas miniaturas de sus jefes y dioses probablemente. Hay también quemadores de incienso, los cuales se encuentran más finos y más artísticamente pintados a medida que se aproxima la superficie de la capa. Hay sepulcros y probablemente también cremaciones.

DIVERSIDAD DE TIPOS

Revelada por el carácter de las cabezas, esta civilización muestra diversidad de tipos. Algunos ejemplares parecen ser de origen chino, otros del Hindú, otros quizá del Egipcio e implican probablemente una inmigración, de un centro donde una mezcla de razas adelantadas había tenido lugar parcialmente. Puede implicar también varias inmigraciones en diferentes períodos. Al darle nombre a esta civilización hemos tropezado con algunas dificultades, pues la palabra *Tolteca* no nos ha parecido conveniente, por razones que expondrá el señor Mena; y finalmente con la bondadosa ayuda del señor Rojas, Profesor de Lengua Mexicana en el Museo Nacional, nos hemos decidido por la palabra Tlachichique, que es quizá suficientemente comprensiva y que significa en español "los hacedores de todo" y la palabra Tolteca significa "gente que se aprovechó."

En lo que se refiere a la región de Azcapotzalco, el período antes mencionado terminó con una catástrofe, por la cual quedaron enterrados los restos de esta civilización por una capa de grava y de pómez.

Sobre la grava y la pómez sigue una nueva raza o quizá varias clases de razas mezclándose gradualmente hasta llegar a la Azteca. Los artefactos de esta raza pre-Azteca tienen en la parte de las excavaciones que han sido examinadas, un tipo netamente del Pacífico, pareciendo semejante a los de los Maris de Nueva Zelandia. En otros lugares se encuentran, según el señor Niven, cabecitas semejantes al tipo tan bien modelado de San Juan Teotihuacán. Parece por consiguiente que unos 500 años antes de la llegada de los Aztecas, tuvieron lugar varias inmigraciones en el Valle. Las razas que pertenecieron a este período las hemos llamado Chichimeca (perros bravos).

La raza Azteca llamada por nosotros "Nahua" dejó las hue-

llas de la última civilización antes de los españoles, y dichos restos ocurren en las actuales excavaciones solamente en la superficie.

GEOLOGIA HISTORICA

Habiendo discutido ya las capas y los artefactos encontrados en Azcapotzalco, será conveniente ahora dar una breve reseña de la Geología Histórica.

Pasando revista a lo dicho anteriormente, tenemos al menos cinco períodos o civilizaciones en el Valle y son: La Toachtopayotlaca, la Mongoloide, la Tlachichique, Chichimeca y la Nahua o "Azteca."

Comenzando desde 6,000 ó 7,000 años, la geología histórica podría leerse como sigue:

Vivía en el Valle, en aquel tiempo, una raza de pueblos neolíticos, la cual había llegado a México probablemente del Norte, durante las fases finales de la época glacial. Hace 5,000 años aproximadamente o 3,000 años antes de la Era Cristiana, la acción volcánica que había permanecido, adormecida por un considerable período, en esta parte del Valle, renació nuevamente y las erupciones tuvieron lugar no ya a través de los antiguos canales, sino a través de nuevas grietas y de los puntos más débiles del Valle y de las faldas de las Sierras. Grandes cantidades de cenizas fueron arrojadas, volcanes como el Xitle expelieron corrientes de lavas hacia las partes más bajas del terreno y grandes olas en los lagos motivadas por las erupciones, acumularon material de todo género en las faldas de las montañas. Así, en San Angel tenemos artefactos de hombre primitivo cubiertos por lava basáltica; en Azcapotzalco, debajo de una capa de arena volcánica, depositada por el agua y en las faldas de los cerros, dentro de los depósitos acumulados allí por las olas del antiguo lago.

Por un período considerable de tiempo la parte Sur del Valle fué probablemente inhabitable y posiblemente el Valle no quedó establecido nuevamente por 500 a 1.000 años. Después, durante el período de 2,500 a 2,000 años antes de Cristo vino la otra raza que hemos llamado Mongoloide, la cual vivió en varias partes del Valle, incluyendo Azcapotzalco.

Juzgando por la apariencia de las capas de ceniza y el espesor de los depósitos lacustres, transcurrieron al menos quinientos años antes de la llegada de la raza Tlachichique, la cual colocamos por consiguiente en el período de 2,000 a 1,500 años antes de Cristo. Por lo que se refiere a la historia de Azcapotzalco, esta raza quizá con posteriores inmigraciones continuó edificando sus casas y

templos y ellos vivieron sin ser molestados, probablemente unos 2,300 a 2,800 años, hasta que por el siglo octavo de la Era Cristiana sobrevino una catástrofe consistente en una gran inundación, la cual destruyó sus moradas y enterró todo bajo capas de pómez y de gravas. Cerca de Azcapotzalco hay varios arroyos que descienden de las montañas y sobre las faldas de esos cerros hay gruesas capas de formaciones sedimentarias volcánicas, incluyendo pómez. Por esto me inclino a creer en la destruccion por inundaciones y rechazo la idea de subsecuente actividad volcánica reciente. Fácil es comprender que sepultadas con esta civilización quedaron reliquias de las civilizaciones anteriores, cuyas reliquias fueron juntadas por las aguas de inundación. Sobre las capas de grava y pómez han desaparecido todas las huellas de esta civilización, la cual fué seguida por tipos de cultura inferior y después por la raza Nahua o Azteca.

SAN JUAN TEOTIHUACAN

Para terminar nuestro estudio haremos algunas breves consideraciones respecto a la región de San Juan Teotihuacán. Para muchas personas que viven o han vivido en la ciudad de México, les son familiares las ruinas que allí se encuentran.

Desde hace quince años el Departamento de Monumentos Arqueológicos ha estado descubriendo dichas ruinas. Desde entonces han sido reveladas dos Pirámides llamadas del "Sol" y de la "Luna" y otra de una arquitectura quizá superior llamada la "Ciudadela." Rodeando la Ciudadela se encuentran muros y, a intervalos más o menos regulares, porciones levantadas, semejando pequeñas ciudadelas. En el centro del cuadrado y enfrente de la Ciudadela se encuentra una plataforma aislada con apariencia de kiosco. Detrás de la que originalmente se ha llamado Ciudadela existe una segunda pirámide, bien ornamentada con figuras de serpientes, conchas y cabezas de animales. Este es, quizá, el trabajo más fino que se ha descubierto hasta la fecha.

Al W. de la Pirámide del Sol y pasando directamente hacia la Pirámide de la Luna se encuentra lo que vulgarmente se conoce con el nombre de Camino de los Muertos. El nombre fué probablemente derivado por el hallazgo de algunos esqueletos cerca de la Pirámide de la Luna. Al S.E. de la Pirámide del Sol se encuentran algunas grutas, las cuales son, en parte, restos naturales de la fase final de la actividad volcánica; sin embargo, por lo que se refiere al principal de ellos, pienso que se sirvieron de él como manantial de abastecimiento de una parte del material usado en

la construcción de las pirámides o en sus subsecuentes entierros. Respecto al origen del resto del material usado en la construcción de las Pirámides, puede decirse que proviene de la Sierra Nevada, en la parte comprendida al N. del Cerro Telapón, Sierrita de Tepetlaoztoc y de los cerros de San Juan Teotihuacán.

Las piedras que forman las casas de las pirámides no son sino una cubierta superficial, pues la porción interior de la Pirámide del Sol ha sido rellenada artificialmente, según la revela un túnel de exploración hecho en dicha Pirámide.

EDAD DE LAS PIRAMIDES

Se ha tratado de adquirir datos en San Juan Teotihuacán respecto a la edad de esas pirámides y de los frescos que decoran algunos de los muros de una parte de la ciudad sepultada; pero desafortunadamente, aunque se ha trabajado allí por largo tiempo y se ha construído un buen edificio para Museo, causa desagrado que el material no esté arreglado en orden científico y que muchos de los ejemplares no tengan marcado el lugar de donde proceden. Además, la cantidad de material que existe en el Museo no corresponde a la cantidad de trabajo hecho, si se tiene en cuenta la cantidad de material que los indígenas tienen siempre disponible para vender y su abundancia en otras partes del Valle. Los frescos, aunque actualmente están protegidos, revelan muy mal estado de preservación; sin embargo, debo decir que el actual director de Antropología, señor Gamio, quien es un entusiasta en estos asuntos, está haciendo todo lo posible por iniciar un programa mejor. Pero en todo caso debe tenerse mucho cuidado en el trabajo de reconstrucción a fin de conservar, hasta donde sea posible, la formación original y los dibujos, pues de otro modo se corre el riesgo de que en pocos años las ruinas de San Juan Teotihuacán tengan una apariencia extremadamente moderna. Respecto a este asunto he discutido con el señor Gamio la reconstrucción de las Pirámides. Debe entenderse que este trabajo es muy difícil si se considera que hay necesidad de llevarlo a cabo con hombres de escasa o ninguna cultura. Creo que la idea del señor Gamio es reemplazar primero, donde sea necesario, las porciones destruídas de las ruinas, apegándose hasta donde sea posible a la forma original y usando, siempre que se pueda, el material viejo de la construcción. Posteriormente la superficie de la porción reconstruída será cubierta nuevamente con otro material, a fin de dar a las ruinas, hasta donde sea posible, su apariencia natural antes de la destrucción. En el tiempo transcurrido, una gran parte de

la reconstrucción tiene un aspecto extremadamente moderno; pero debe tenerse presente que actualmente es el tiempo para la censura, mientras se está ejecutando el trabajo, y que tal crítica seguirá mientras no se termine la obra.

Considerando, sin embargo, el material que ha sido encontrado tanto en San Juan Teotihuacán como en el Museo, puede decirse, por lo que se refiere a los pequeños objetos, que nada de lo que se ha encontrado allí ha dejado de encontrarse en Azcapotzalco.

El tipo Toachtopayotlaca es muy escaso (solamente se ha encontrado un ejemplar dudoso que provino, según se dice, de unos escombros sacados de la Pirámide del Sol); el tipo Mongoloide se encuentra en buena cantidad; el Tlachichique y el Chichimeca, abundante. Puede decirse, por consiguiente, que todas las razas que se han discutido vivieron en San Juan Teotihuacán y que, por lo tanto, el término Teotihuacana, no parece conveniente para una raza especial.

Me referiré ahora a los constructores de las Pirámides:

Indudablemente se ha atribuído la construcción a los obreros de la raza Tlachichique. Según nuestras notas relativas a Azcapotzalco, esa raza comenzó a llegar al Valle probablemente por los años 2,000 a 1,500 antes de la Era Cristiana; y como dejamos dicho ya, fueron una raza de artistas, escultores y constructores.

Llegaron al Valle por lo menos 1,000 años después de la época de las Pirámides del Egipto, datando las Pirámides de Egipto de los primeros trabajos de mampostería, 3050 años antes de Cristo, hasta el tipo más fino que se construyó 150 años más tarde, o sea 2,900 años antes de la Era Cristiana. Habían pasado, por lo tanto, 1,000 años, durante los cuales pudo haber comenzado la mezcla de razas. Llegaron también 1,000 años después de que el primer bote hizo su viaje en el Mediterráneo, habiendo hecho los egipcios el primer récord de navegación, aproximadamente 3,000 años antes de la Era Cristiana.

Esta civilización en la zona de Azcapotzalco (en la capa superior) exhibe el mismo grado de cultura de los obreros, la misma pintura de los artefactos, como se ven en los Frescos y en la Ciudadela. Hemos dicho ya que ellos poseyeron la mejor de las civilizaciones. Vivieron probablemente en el Valle 2,500 a 3,000 años, alcanzando en la Gran Altiplanicie de México el más alto grado de cultura de todas las razas americanas.

Fueron seguidos por razas quizá más guerreras; pero de cultura inferior.

San Juan Teotihuacán fué, probablemente, uno de los principales cuarteles generales, aparentemente un centro de culto, la

casa del gran altar de sus dioses. Tenían pequeños templos, dioses en miniatura y quemadores de incienso para el culto ordinario del pueblo; pero San Juan Teotihuacán representa, probablemente un asiento de veneración en grande escala. El kiosco central quizá servía para quemar incienso en grande cantidad; las pequeñas ciudadelas para dar cabida a la gente de rango, y la gran banqueta que forma un cuadrado alrededor de la Ciudadela, el piso, sobre el cual el pueblo caminaba en torno de la Pirámide, venerando a sus dioses con manos y cabeza levantadas hacia el cielo.

Asimismo la Ciudadela puede haber sido considerada, por algunos, como el lugar de reunión, donde se decidían todos los grandes problemas, relacionados con el bienestar de la raza.

Allí, sugestionados por los grandes edificios de los dioses, el pueblo descansaba sobre las rampas o muros circundantes, para oír a los oradores del día.

También puede haber servido como el lugar donde se celebraban las festividades nacionales.

Sin embargo, el punto que quizá ha sido preguntado con más frecuencia es la "edad de esas ruinas," a lo cual se puede contestar "la edad de los tlachichique," que vivían en el Valle probablemente desde 1,500 a 2,000 años antes de la Era Cristiana, hasta 1,000 años después de Cristo.

No conociendo la fecha acerca de este punto, hasta que sea dada a ustedes por el señor Mena, me he aventurado por otra línea de argumentos. Podemos considerar que solamente llegaron al Valle un pequeño número de individuos. Si éstos vinieron por mar, podemos comenzar con unos pocos centenares, pues no es muy importante, dentro de determinado límite, conocer el número exacto.

Esta raza tuvo que crecer necesariamente, antes que trabajos de la magnitud de las Pirámides pudieran llevarse a cabo, por lo cual muy bien pudieron haber transcurrido 1,000 años antes de que la raza fuera suficientemente numerosa. Indudablemente que los Estados vecinos de Hidalgo, Tlaxcala, Puebla y Morelos pagaban tributo; esto implica una raza de un cuarto a un millón de habitantes, y colocaríamos entonces la época en que comenzaron las Pirámides en el período de 1,000—500 años antes de la Era Cristiana. Puede considerarse, por consiguiente, que la Pirámide del Sol fué terminada por lo menos 400 años antes del principio de la Era Cristiana. La época de las Pirámides continuó desde entonces. Los Frescos y partes de la Ciudadela tienen un aspecto más reciente, y por las excavaciones de Azcapotzalco se puede colocar cerca del final del período de los Tlachichique, terminando

prácticamente la época de construcción en el siglo VIII. Por este tiempo comenzaron a llegar en gran número otras tribus, las cuales probablemente combatieron a los Tlachichiques, que eran poco afectos a la guerra, y éstos, viendo que sus tierras sagradas y los templos de sus dioses podían ser profanados por los recién llegados, decidieron enterrar dichos templos, dejándolos como los hemos encontrado.

La época geológica final de San Juan Teotihuacán está caracterizada por el desbordamiento del río que cubrió las partes bajas de la ciudad, sepultada con una capa de grava y lodo. Esto puede verse en la excavación practicada al S.O. de la Pirámide del Sol.

Antes de mostrar a ustedes algunas proyecciones, deseo expresar mi gratitud por todos los miembros del Instituto y del pueblo mexicano en general. Puedo decir honradamente que nunca he sido tan feliz como durante mi estancia en México, y estimo grandemente la amistad de mis amigos mexicanos.

Es casi innecesario decir que en todas partes fuera de México, donde he encontrado personas cultas que hayan vivido en México, no he oído de ellas sino palabras de aprecio por la cortesía y bondad del pueblo mexicano. Muchos de esos viejos y estimados amigos cuentan su estancia en México, así como yo lo he hecho, como el más feliz de su vida.

Permítanme también congratular al pueblo mexicano por los grandes recursos potenciales que posee dentro de su República. En petróleo, los mapas geológicos muestran que el país está todavía relativamente intacto. Una de las más grandes bandas volcánicas diferenciadas del mundo, asegura para ustedes minas por muchos años; y por lo que toca a la agricultura, apenas se encuentra en la infancia.

En Arqueología tienen el material que con el transcurso de los años traerá miles de turistas a sus puertas, las cuales llevarán amplia y muy lejos la fama de su hermoso e interesante país.

En los otros recursos materiales tiene el material que servirá para el establecimiento de grandes industrias, las cuales ofrecen gran expectativa al investigador y al especulador.

En todas las ramas de la ciencia se ha hecho muy poco, pues prácticamente están en pañales; por lo cual el Gobierno debería de alentar y ayudar las investigaciones económico-científicas de una manera decidida.

El asunto que hemos tratado esta noche tiene un aspecto distinto en relación con el problema de las razas indígenas, el cual

sea quizá uno de los problemas más grandes para el actual Gobierno mexicano y para los venideros.

Creo, por consiguiente, que los datos arqueológicos puedan ayudar grandemente para dilucidar el problema. Pienso que el problema de los indígenas puede ser resuelto.

Día a día están ingresando a las instituciones de nuestro país más y más hombres y mujeres, llenos de amor para vuestra República y con conocimiento de sus posibilidades. Para México pienso que puedo ver ya el horizonte brillante de un día glorioso y próspero. Creo que en un futuro próximo las infinitas posibilidades, y aun imposibilidades, pueden convertirse en realidades, y México, con su gran desarrollo, en una de las más grandes repúblicas americanas.

Para concluir, señoras y señores, deseo dar a ustedes las gracias por la paciente atención que me han dispensado y expresar mi aprecio al señor ingeniero Leopoldo Salazar Salinas, por el interés y ayuda que él da a todos los asuntos de interés científico de este país.

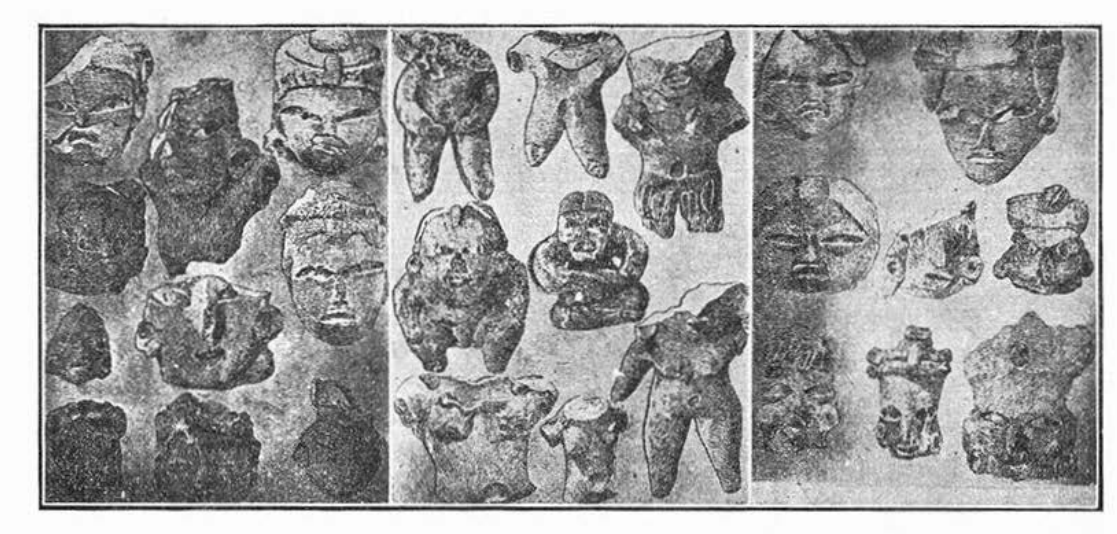
A continuación verán ustedes, en proyección, algunas de las cabecitas de las razas, a las cuales me he referido en las regiones de Azcapotzalco, San Juan Teotihuacán y el Pedregal de San Angel. (°)

(°) Conferencia dada en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, la noche del 27 de diciembre de 1921.

INSTITUTO GEOLOGICO

SECCION GEOLOGICA DE LA EXCAVACION DE SAN MIGUEL AMANTLA.—AZCAPOTZALCO

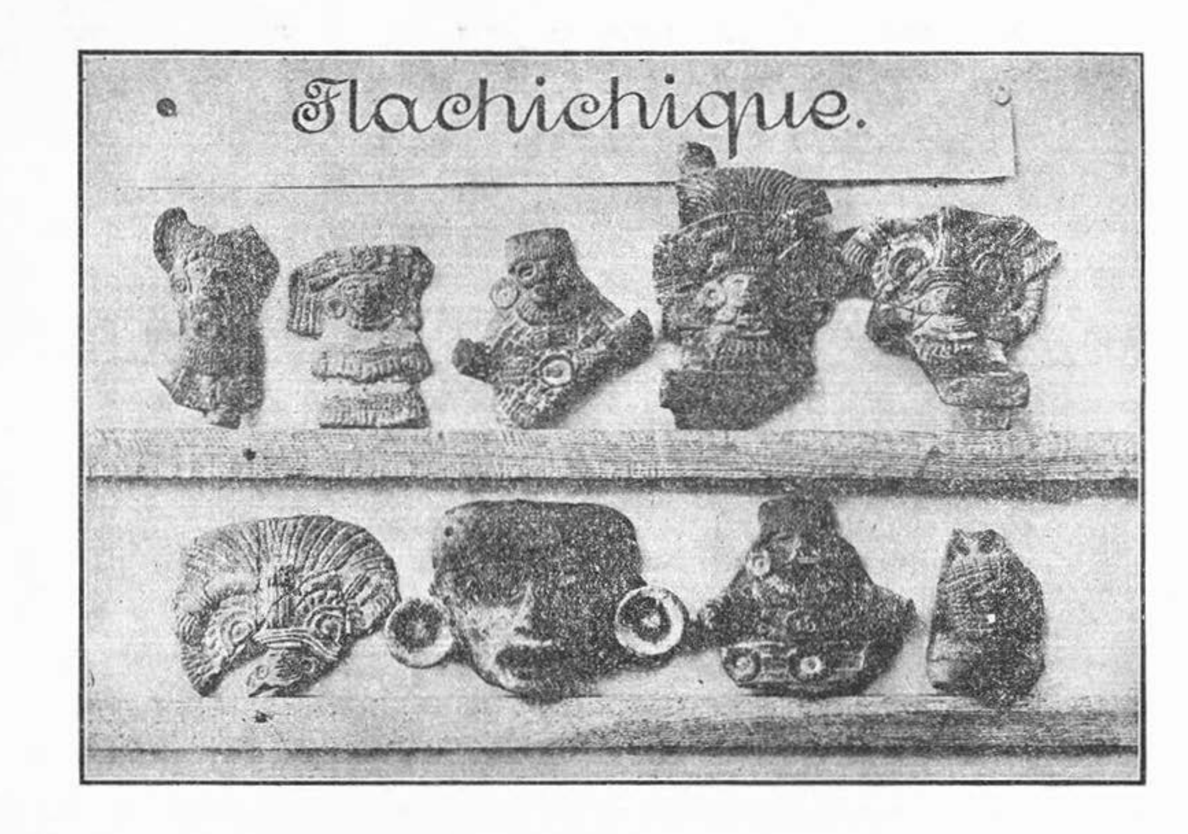
Profundidad	Naturaleza de los estratos	Civilización	Edad probable de la inmigración	Nombres anteriores desechados en este artículo	Notas
Superficial.	Tierra vegetal.	Nahuas.	1,200 J. C.	Azteca.	
0—½—1 mt.	Suelo arenoso y tierra vegetal.	Chichimeca.	800 J. C.		
1 mt.—1.15 mts.	Pómez o grava.				Depósito de corrientes de una edad probable de 800 A. C.
1 1/15—2 ½ mts.	Suelo arenoso y estratos de pómez. Fragmentos de argamasa de pisos y paredes, algunas veces pintada Depósitos de cenizas de madera. Fragmentos de adobes de pisos y paredes.	Tlachichique.	2,000/1,500 A. C.	Preazteca. Toltecas. Tecpanecas. Teotihuacanos.	
2 ½ —3 mts. 3 mts.—3.12 mts.	Suelo muy arenoso. Cenizas (de madera.)	Mongoloide.	2,500/2,000 A. C.		
2½ 2—3 mts.	Arena pura. (Probablemente arena volcánica depositada por agua.)	Toachtopayotlaca.	5,000/4,000 A. C.	Tipo de los cerros. Tipo de las montañas. Arcaico. Primitivo. Pedregalense. Prepedregalense. Subpedregalense.	La erupción volcánica del Pedregal 3,000 años A. C., seguida de un intervalo de unos 500 años.

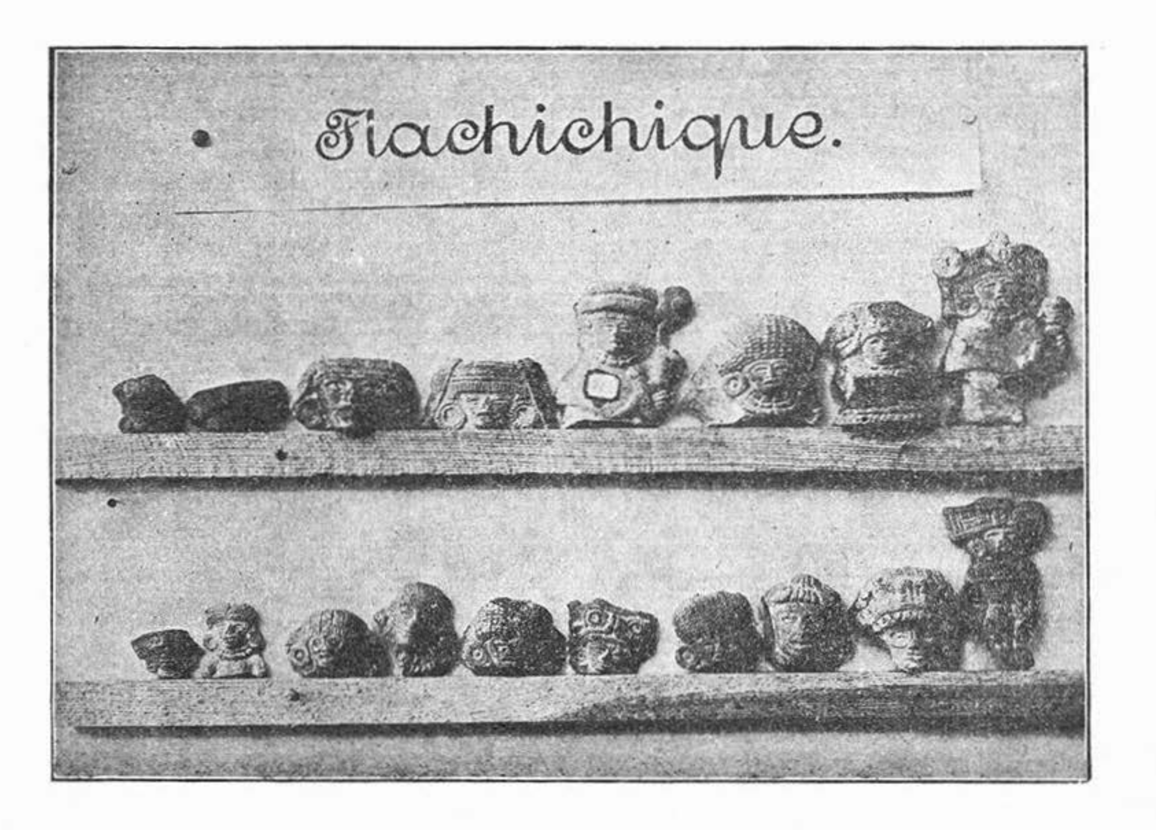


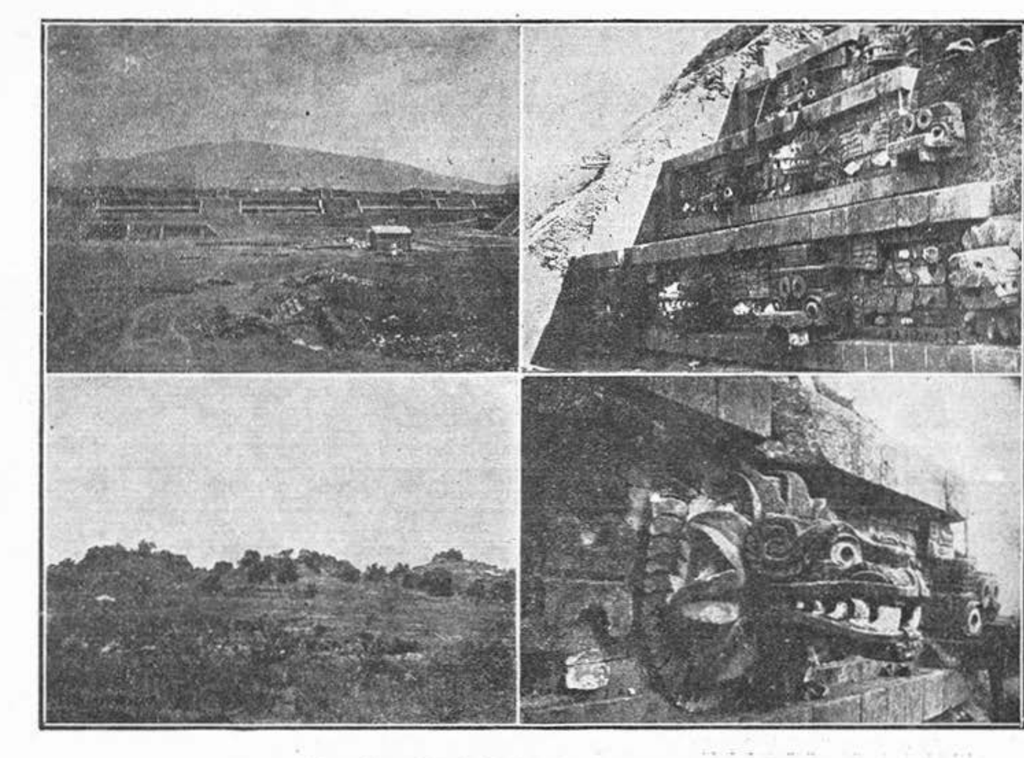
Toachtopayotlaca del Pedregal de San Angel. (Dir. de Antropología.)

De Azcapotzalco, Michoacán y Colima.—Museo y Col. Niven.

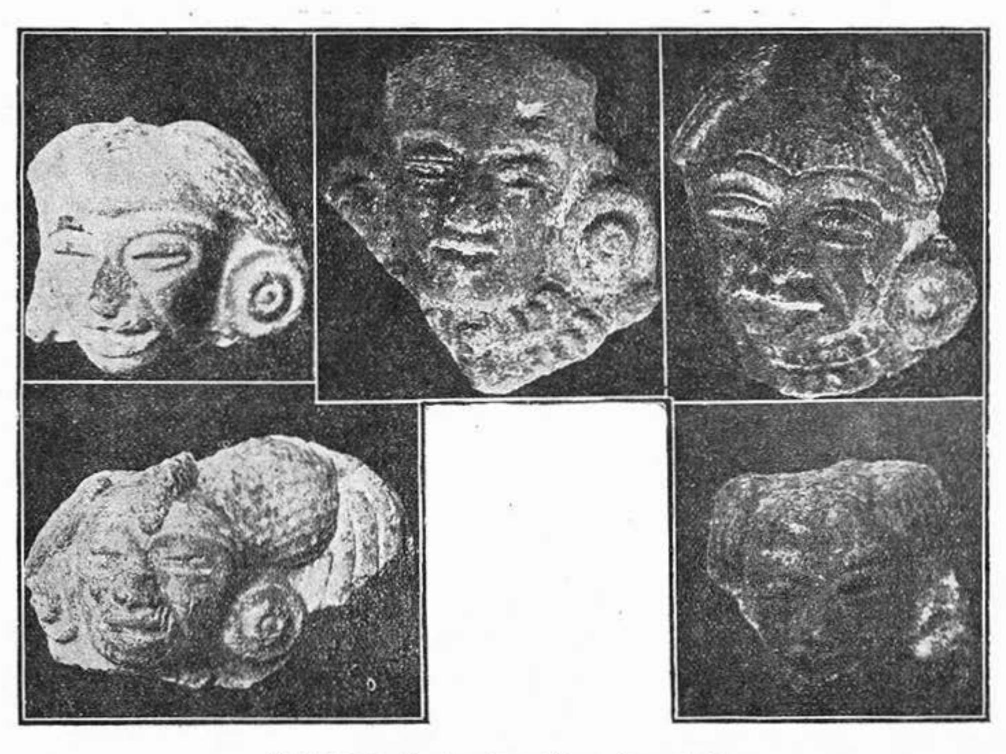
Colecciones Hyde y Niven


Tlachichique.

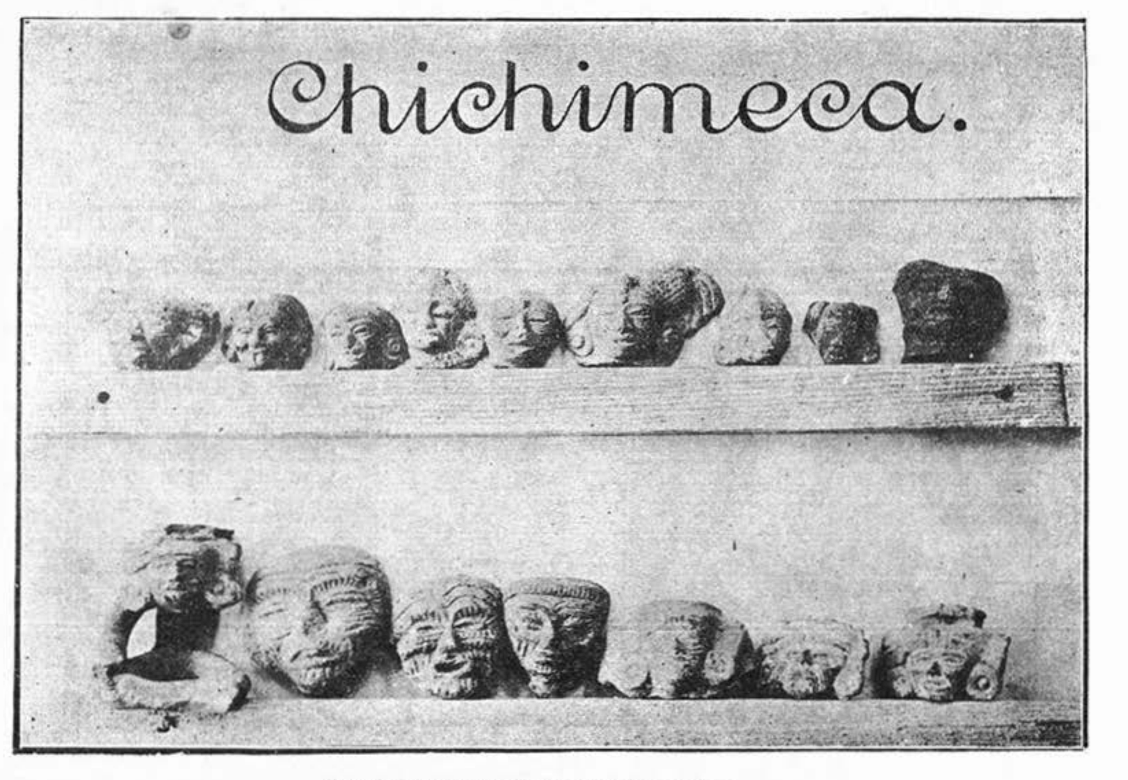

Tlachichique.



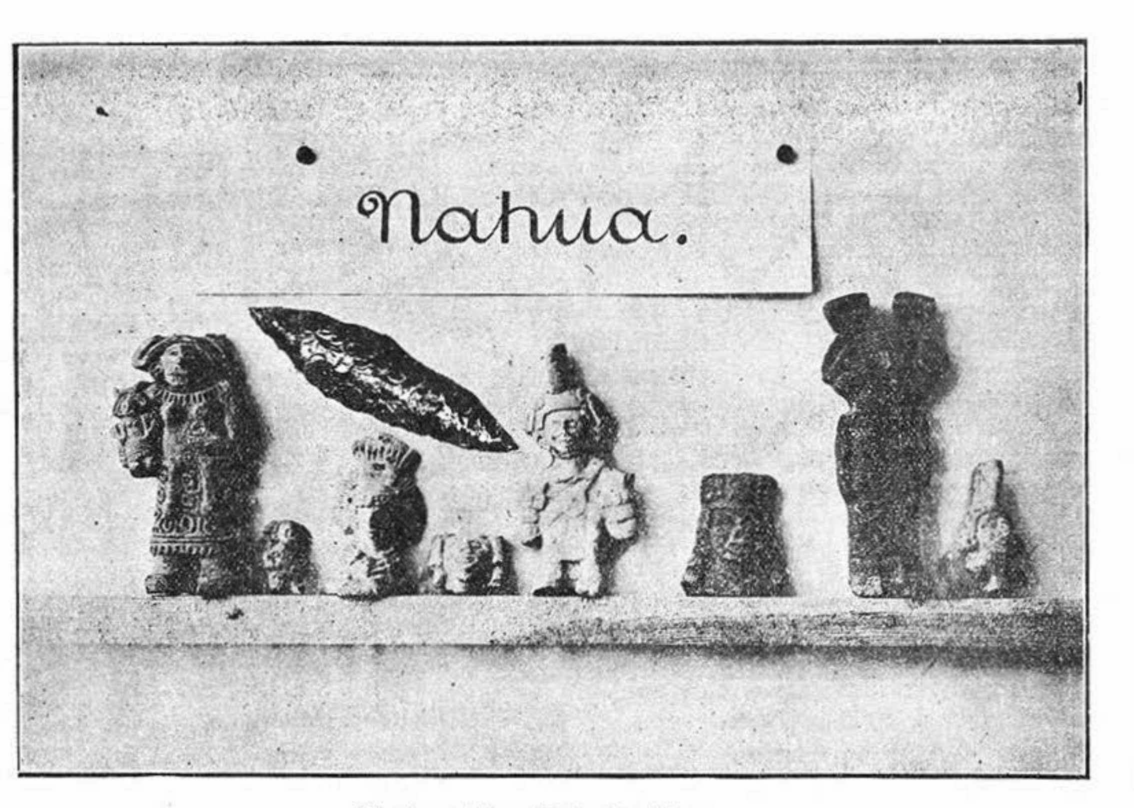
Texcalpan (Ciudadela) Templo de Quetzalcoatl



Chichimecas. Exploraciones Niven Azcapotzalco.



Colecciones Museo Nacional, Hyde y Niven.



Colecciones Museo Nacional y Niven.

LA REPUBLICA ARGENTINA (*)

I trazamos una línea imaginaria, a lo largo de la Cordillera de los Andes, desde el Cabo de Hornos en el extremo Sur de Suramérica, hasta Caracas, capital de Venezuela; y si trazamos otra línea perpendicular a la primera y un octavo de grado al Norte del Trópico de Capricornio, tendremos, en el cuartel Sureste formado por esta cruz, a la Argentina, el Paraguay, el Uruguay y una punta del Brasil. Durante la dominación española todo este territorio, y además el que ahora ocupa Bolivia, se consideró como unidad, excepto San Luis, Mendoza y San Juan (en la Argentina) que durante algún tiempo estuvieron sujetos a la Capitanía General de Chile.

En 1508 Juan Díaz de Solís recorrió las costas orientales de América hasta el 40° de latitud, pasando por delante del río de la Plata que tomó por un golfo. Seis años más tarde, en otra expedición, comprendió que aquel estuario debía ser la desembocadura de un gran río, y lo llamó Mar Dulce. En 1527 el célebre veneciano Sebastián Cabot (o Gaboto), al servicio de la corona de España, siguió el derrotero de Solís, que había muerto en una refriega con los indios charrúas; reconoció la costa del río de la Plata y remontó los ríos Paraná y Paraguay hasta la confluencia de éste con el río Bermejo. Allí encontró dificultades de parte de los aguerridos salvajes, a quienes sin embargo supo conquistarles amistad. De ellos recibió trozos de plata, e imaginando que ese metal abundaba en el país, llamó al río que había explorado Río de la Plata, nombre que luego se limitó al estuario o Mar Dulce de Solís. Çabot fundó el primer establecimiento español en esa región, el fuerte de Sancti Spiritus, en la isla del Paraná, conocido después con el nombre de Rincón de Gaboto.

En 1534 el Emperador Carlos V nombró adelantado del Río de la Plata a don Pedro de Mendoza, quien, en los primeros días de 1535, echó los cimientos del Puerto de Santa María de Buenos Aires, en la margen derecha del gran estuario. Mendoza y los capitanes que le sucedieron en el mando español de esa región, su-

(*) En el número 2 del Tomo II de EL MAESTRO, correspondiente a noviembre de 1921, se publicó una reseña geográfica de la República Argentina.

frieron grandemente en manos de los naturales belicosos, y debido también a sus propias rebeldías y disensiones. A mediados del siglo XVI don Diego Martínez de Irala, muerto en 1557, ejerció de Gobernador, y se le considera como el verdadero fundador y organizador del dominio español en el Río de la Plata.

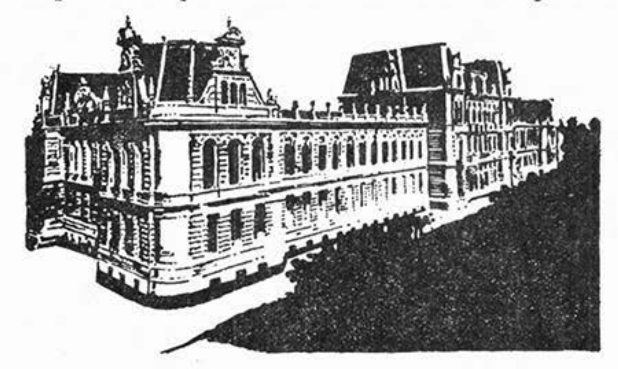
En 1538 se había fundado la ciudad de la Asunción del Paraguay, y todas las tierras situadas en las costas de los ríos Plata, Paraná, Paraguay y Uruguay, quedaron bajo la jurisdicción del gobierno establecido en aquella ciudad. El más notable de los sucesores de Irala, don Juan de Garay, fundó la ciudad de Santa Fe en 1573, y en 1580 levantó de nuevo la de Buenos Aires que había sido abandonada. Mientras tanto, y en años posteriores, la región de la plata (que es lo que Argentina significa) se moteó de ciudades: don Diego Villarreal fundó la ciudad de Tucumán en 1565; Luis Jerónimo Cabrera la de Córdoba (sitio de la más antigua Universidad argentina) en 1573; Abreu la de Salta en 1582. Don García Hurtado de Mendoza, famoso gobernador de Chile y vencedor de Caupolicán, cruzó los Andes y ordenó la fundación de la ciudad de Mendoza en 1559. Hernando Arias de Saavedra fundó en 1588 la ciudad de Corrientes y, más tarde, las de Rioja, Jujuy y San Luis. El siglo XVI fué, pues, el de descubrimiento, conquista y fundación de ciudades en la región del Río de la Plata.

En el siglo XVII lo más notable en esa dependencia española fué su crecimiento en importancia, aunque sin igualar jamás a los virreinatos de México y Perú, y la división de su gobierno en dos: el de Buenos Aires y el del Paraguay (1620). En el siglo XVIII la metrópoli fundó el Virreinato del Río de la Plata (1777), con la capital en Buenos Aires, que comprendía las provincias del Alto Perú (hoy Bolivia), los gobiernos subalternos de Montevideo, Mojos y Chiquitos, las misiones del Uruguay y Paraná, y los territorios de San Juan, Mendoza y San Luis, que fueron separados de Chile y agregados a la provincia de Tucumán. En ese siglo también, se expulsó a los jesuítas que en el XVII se habían establecido en el Paraguay principalmente y le hacían la guerra a España mientras que en la Península confesaban a los reyes. Voltaire, en su novela *Cándido,* dice cosas sabrosas a este respecto.

El 26 de mayo de 1810 se dió el primer grito de Independencia en Buenos Aires. Fué alma del movimiento inicial de la libertad de esa región, don Mariano Moreno (1778-1811). En la sanguinaria lucha consiguiente se distinguió primero el general Manuel Belgrano y después de 1812 el general José de San Martín, inferior como militar a ningún héroe de América, excepto, quizás, Bolívar.

Al primer gobierno independiente formado en 1810, sucedió

un triunvirato o Comisión Ejecutiva en 1811, tomando entonces los países del Plata el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata. En ese mismo año el Paraguay declaró su Independencia de España y su derecho a formar Estado libre y soberano. En 1813 se reunió la primera Asamblea Constituyente argentina y tomó el gobierno la forma de un Directorio que duró hasta 1820. En 1814 Montevideo cayó en poder de los rebeldes y la independencia y soberanía del Paraguay quedaron establecidas. Con la victoria de Ayacucho, en 1824, quedó también abolido para siempre el poderío español sobre las Provincias de la Plata, aun cuando no fué sino hasta 1842 que España reconoció al nuevo Estado independiente como tal. En 1825 se decretó la constitución de las provincias federadas, constituyéndolas en una República Argentina. En 1826 las provincias que formaban el Alto Perú se separaron de la



Palacio de la Junta de Educación, Buenos Aires.

federación argentina erigiéndose en República de Bolivia. Ese mismo año se eligió al primer presidente de la República Argentina, Bernardo Rivadavia. La política de este jefe de Estado tendía a crear un gobierno central ampliamente fuerte para mantener la unión de las provincias a todo trance y poder forjar así una patria vigorosa y homogénea. Durante su período de mando se sancionó, por un Congreso Constituyente formado por delegados de todas las provincias, la Constitución del 24 de diciembre de 1826. El ideal unitarista de Rivadavia encontró poderosa oposición tanto en Buenos Aires mismo como en las provincias y el primer presidente se vió obligado a renunciar su jefatura de la nacion. Tal era el estado de cosas en el interior del país durante esos primeros años de vida independiente. Con respecto a las relaciones exteriores, Buenos Aires, casi sin ayuda de las provincias, sostuvo con

éxito una guerra con el Brasil, en defensa de la Banda Oriental, por haber invadido los imperialistas brasileños el territorio de Montevideo. El resultado de esta guerra fué la derrota de las fuerzas imperiales y la creación de la República Oriental del Uruguay (1828).

La lucha entre federalistas y unitarios hizo de las diferentes provincias pequeños Estados militares semi-independientes, manejados por ambiciosos generales, entre los cuales descolló Juan Manuel de Rosas, federalista, que logró dominar a Buenos Aires en 1829 y subyugar a costa de mucha sangre las provincias en el curso de los tres años siguientes. Gradualmente Rosas concentró en sus manos todo el mando, y en 1835, con el título de Gobernador y Capitán General, adquirió poderes de dictador. Celoso de mantener incólume la soberanía de su patria, rompió relaciones con Francia en 1838, con motivo de una discusión respecto de los derechos de los extranjeros en la Argentina. Mientras tanto los unitarios levantaban contra el dictador revoluciones continuas, endureciéndole el carácter y obligándolo, en 1841, a convertirse en el monstruo sanguinario que ha pasado a la fama. Rosas se propuso exterminar a sus enemigos, para lo cual contaba con hombres de su temple como el general Ignacio Oribe. Oribe, copia de su jefe, ensayó con el apoyo de éste hacerse mandatario de la naciente República del Uruguay, cuyo gobierno era enemigo de Rosas y amigo de los extranjeros. Al sitiar Oribe a Montevideo, Inglaterra se unió a Francia y una armada de ambos países europeos bloqueó Buenos Aires y trató de forzar pasaje por el Paraná al Paraguay, ruta que Rosas había declarado cerrada a los extranjeros. En 1849 terminó este litigio, habiéndose firmado una convención que declaraba libre a los europeos la navegación en el Paraná y aseguraba la independencia del Uruguay La tiranía de Rosas continuó hasta 1852. En 1846 se había peleado con Justo José de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos, antiguo hombre suyo y amigo de Oribe. Después de varias intentonas de revolución, Urquiza logró obtener el apoyo del Brasil y del Uruguay y con un fuerte ejército invadió Buenos Aires, en enero de 1852, y en febrero 3 de ese mismo año, en la batalla de Monte Caseros, derrotó a Rosas, el cual huyó del país amparado por su antiguo enemigo, el gobierno británico.

Bajo el gobierno de Urquiza se sancionó una nueva Constitución. Para aplacar los celos de las provincias, se había arreglado que la constituyente se reuniera en Santa Fe y no en Buenos Aires; pero a ésto no convinieron los *porteños* (bonaerenses) quienes desconocieron el gobierno provisional de Urquiza. En mayo de 1853, elegido éste presidente por la constituyente que había convocado, hizo su capital en Paraná, y reconoció la independen-

cia de la Provincia de Buenos Aires. Así dividida, la Argentina no obstante progresó, habiendo permanecido en paz hasta 1859. En noviembre de ese año, las fuerzas de los porteños al mando del entonces Coronel Bartolomé Mitre, fueron derrotados por las fuerzas de la confederación al mando de Urquiza, y Buenos Aires se vió obligada a reunirse a las provincias. Urquiza entonces tuvo el patriotismo de retirarse de la presidencia a ser de nuevo gobernador de Entre Ríos. Mitre quedó como gobernador de Buenos Aires, y el doctor Santiago Derquì fué electo presidente de las catorce provincias, con su capital en Paraná.

Los rencores políticos entre Buenos Aires y las provincias no por eso quedaron abolidos; antes bien, en 1861 Urquiza y Mitre combatieron de nuevo, tocándole a éste la victoria, más grande y definitiva que la de aquél tres años antes. Mitre fué electo presidente de la confederación argentina; se mantuvo la constitución de 1853, pero el sitio de la capital se trasladó a Buenos Aires. La política de Mitre fué de tolerancia para con Urquiza y los demás caudillos de provincia, al mismo tiempo que se esforzaba por adelantar el progreso de Buenos Aires en la esperanza de que el engrandecimiento de este puerto pondría fin a las tendencias disruptivas de la federación, haciendo de esa ciudad el verdadero centro nacional. En 1865 la Argentina se vió obligada a sostener una guerra contra el Paraguay. El dictador de esta república, Francisco Solano López, había roto relaciones con el Brasil por el entrometimiento de este país en los asuntos de su gobierno, y solicitó pasaje para sus tropas a través de la provincia argentina de Corrientes. Mitre se negó a acceder a esa demanda, y con los del Brasil y el Uruguay formó su gobierno una alianza para ponerle coto a las pretensiones del dictador paraguayo. Así comenzó la famosa guerra del Paraguay. Mitre fué generalísimo de los aliados y luchó hasta 1867, año en que abandonó el campo paraguayo y regresó a su país con buena parte de su ejército para sofocar una intentona de revolución que fracasó. La guerra contra el Paraguay duró hasta 1870. Fué cruel, asoló ese país y lo dejó arrasado y casi sin hombres, motivo por el cual es el Estado más atrasado del continente, pues aún no se recobra de los horrores de esa guerra.

En 1868 terminó el período presidencial del general Mitre y el doctor Domingo Faustino Sarmiento fué electo pacíficamente para reemplazarlo. Hombre de grandes dotes intelectuales, de intachable rectitud moral y de patriotismo constructor adelantó la educación pública y desarrolló las riquezas naturales de su país. La ciudad de Buenos Aires progresó de manera asombrosa, con el crecimiento del comercio exterior. Mitre le dió su apoyo y fué él quien evitó la guerra con el Brasil que como resultado de

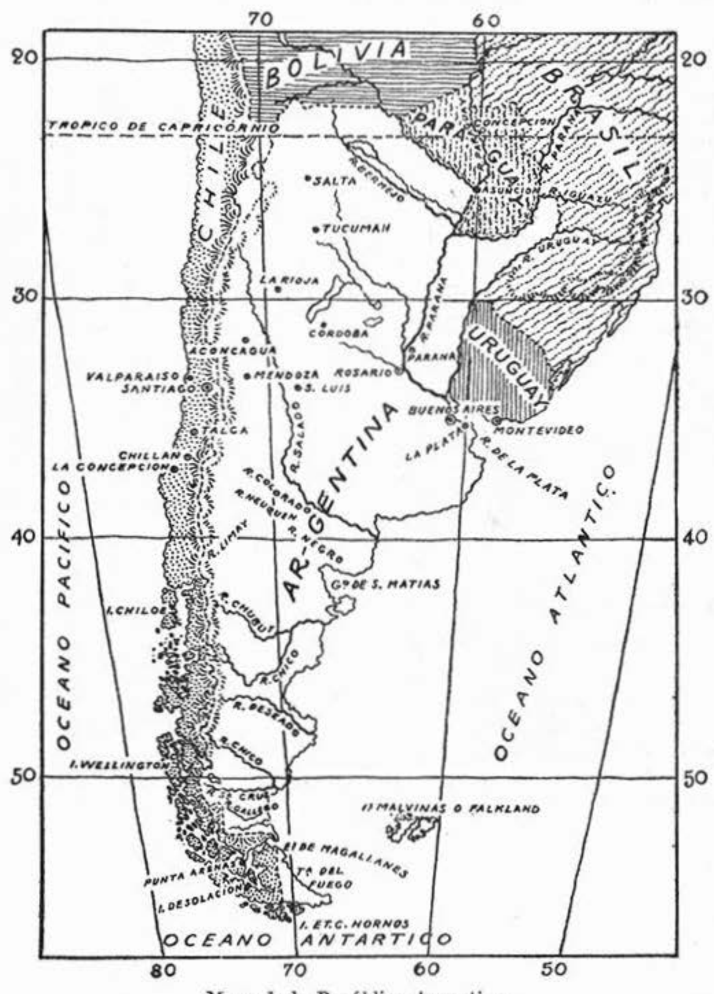
disputas acerca de límites, después de la guerra paraguaya, parecía inminente en 1872.

La lucha electoral de 1874 resultó ser, como era de costumbre, más bien que una lucha de partidos ideológicos una reyerta entre la metrópoli y las provincias. El candidato de éstas, doctor Nicolás Avellaneda, triunfó en las elecciones sobre Mitre; pero seguros los porteños de que ese triunfo se debía a trampas con las urnas, se levantaron en armas contra el nuevo presidente. El gobierno constituído logró vencer a los revolucionarios, mas no por eso quedó resuelto el problema crónico, causa casi única de revoluciones en la Argentina: los recelos políticos entre provincianos y porteños. En junio de 1880 abandonó el presidente Avellaneda la ciudad de Buenos Aires, y esto sirvió como declaración de guerra. De un lado estaban la ciudad y provincia de Buenos Aires con la provincia de Corrientes, y del otro las otras doce provincias de la confederación. En julio 23 triunfaron éstas, habiendo tomado a Buenos Aires, y su candidato, el general Julio Roca, fué electo presidente para substituir a Avellaneda en octubre de ese año.

Durante la administración de Roca se declaró propiedad federal la ciudad de Buenos Aires. La separación del gran puerto debilitó a la provincia, pero aseguró la unidad nacional, poniendo fin a las viejas rencillas. Roca pudo haber sido entonces, como lo fué después, un gran presidente, pero tuvo la debilidad de permitir a la clique de Córdoba que había ligado a las doce provincias contra Buenos Aires, que eligiese presidente para sucederle, en 1886, a su cuñado el doctor Miguel Juárez Celman, hombre intelectual y moralmente indigno de tan alto puesto.

Juárez Celman inició bien pronto la inmoralidad gubernativa; bajo su administración se derrocharon las riquezas del Estado, se menospreció el honor nacional y se pisotearon los derechos de los ciudadanos argentinos. Buenos Aires había quedado débil, desde 1880, y no podía levantarse en armas contra el odioso presidente y su desastroso gobierno. Sin embargo, aquel estado de cosas no podía continuar, y en 1889 se organizó la Unión Cívica encabezada por notables y honrados ciudadanos como los doctores Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Bernardo Irigoyen, Vicente López, Lucio López y Oscar Lilliedale, quienes no descansaron hasta extender y fortalecer su organización lo bastante para afrontarse al corruptor.

En la noche del 26 de julio de 1890 la Unión Cívica llamó a sus miembros a las armas. La ciudad de Buenos Aires fué escena de reñidos combates en las calles durante varios días. Por fin el 31 de julio, Celman renunció ante el Congreso. La población celebró su triunfo durante tres días, y don Carlos Pellegrini, vice-



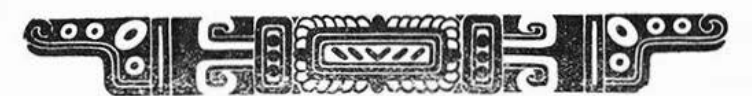
Mapa de la República Argentina.

presidente de la confederación, asumió la presidencia. La pésima situación económica del país y su descrédito en el exterior pronto se dejaron sentir contundentemente. Los agentes financieros de la Argentina en Londres y los Bancos de la Nación sufrieron quiebra. El Gobierno nada podía hacer para contrarrestar la debacle, y en medio de tantas calamidades parecía justo que los porteños lanzaran como candidato presidencial, en sucesión de Pellegrini, a su héroe el general Mitre. El general Mitre había estado ausente del país, y a su regreso, en abril de 1891, los bonaerenses le hicieron una recepción regia y le ofrecieron la candidatura. Aceptóla el patricio, pero en vista de que los provincianos se oponían a él y nombraban candidato al general Roca, lo cual preparaba los ánimos para una contienda por las armas, Mitre consintió en retirar su candidatura siempre y cuando Roca hiciera otro tanto. Este convenio entre los dos jefes se llamó por antonomasia *El acuerdo*. Bajo las bases del *acuerdo* se prosiguió a la elección de un candidato neutral y resultó electo el Dr. Sáenz Peña, en 1892.

Sáenz Peña tropezó con grandes dificultades; débil con los gobernadores de provincias, incapaz de formar un partido suyo y de hacer gobierno efectivo, en julio de 1895 se vió obligado a depositar el mando en el vicepresidente, doctor José Uruburu.

Durante la administración de Uruburu, hombre de Estado de habilidad probada, las finanzas de la nación recuperaron su buen crédito. Del Gobierno de Sáenz Peña había heredado el litigio con Chile sobre cuestión de límites. Terminado el período de Uruburu, en 1898, y en vista de que se sentía inevitable la guerra con Chile, triunfó sin oposición la candidatura del general Roca. Roca se mostró como el gran hombre que era. A sus esfuerzos personales se debe que esa guerra jamás haya estallado y a que, en cambio, se haya erigido al Príncipe de la Paz una estatua en el pico más alto de los Andes, como símbolo del amor cristiano que debe reinar entre las repúblicas de Hispanoamérica.

En 1904 concluyó su período presidencial el general Roca. De esa época acá la historia argentina poco nos muestra de disturbios y mucho de progreso verdadero. Buenos Aires es, después de París, la ciudad latina mayor del mundo y una de las más bellas capitales de Estado. La importancia del comercio argentino se siente universalmente. La Argentina es, con todo y su fragosa historia, prueba incontrastable de cuanto puede la raza latinoamericana.



BIOGRAFIAS DE HOMBRES CELEBRES

RODOLFO UBALDO EMERSON

BALDO o Waldo Emerson, célebre escritor y filósofo norteamericano, nació en Boston en 1803 Su padre fué un ministro de la secta unitarista.

Emerson hizo sus estudios en la Universidad de Harvard, y después estudió Teología para seguir la misma carrera que su padre, haciéndose cargo de una iglesia unitarista de su ciudad natal. Pronto abandonó estos trabajos para dedicarse al estudio de la Filosofía, para lo cual se retiró a Concordia.

Durante los años de 1837 y 1838, dió a luz sus obras tituladas *El Hombre Reflexivo* y *La Etica,* fundando también una revista de filosofía.

A su regreso de Inglaterra donde fué a dar una serie de conferencias, dió a la imprenta su libro *Los representantes de la humanidad,* donde hace un estudio de los personajes históricos representantes típicos, cada uno de una cualidad particular cuya realización total la harán los americanos del porvenir.

Emerson perteneció también a la Academia de Ciencias Morales y Políticas y escribió además de las obras ya citadas: *Conferencias sobre la época actual, La Naturaleza,* y *Método de la Naturaleza y el hombre reformador.*

Este distinguido filósofo murió en el año de 1822.

De Emerson ha dicho el profesor de literatura William P. Frent: "Hasta tal punto ha vivificado el pensamiento de América con su plácido idealismo, con su espléndida fe en la potencia y en los sagrados derechos y deberes del individuo, con su intrépido radicalismo democrático, que el lector acoge hoy como vulgares o muy naturales las palabras que en otro tiempo hicieron palpitar el corazón de la juventud americana."

FRANCISCO EDUARDO TRES-GUERRAS

ESTE ilustre arquitecto y pintor mexicano nació en Celaya, Guanajuato, en 1745. Desde los 15 años comenzó a demostrar sus inclinaciones por la pintura, arte que abandonó después de algún tiempo de haberse dedicado a él, por no encontrar en la opinión reinante aliciente alguno para perfeccionarse en ella, dedicándose entonces a la arquitectura.

Los monjes carmelitas de su ciudad natal le confiaron la construcción del templo del Carmen, obra que llevó a cabo a pesar de las intrigas de algunos envidiosos y con el beneplácito y satisfacción de los carmelitas, extendiéndose desde entonces su fama artística por toda la Nueva España.

Tresguerras también es autor del Teatro de San Luis Potosí, del puente de la Laja sobre el río del mismo nombre, cerca de Celaya, y de otras muchas construcciones particulares de esta ciudad, donde se nota sobre todo el buen gusto y sujeción cuidadosa a las reglas del arte.

En su ciudad natal y en Guanajuato, desempeñó Tresguerras algunos puestos públicos de importancia, hasta que en 1833 falleció del cólera morbo.

Se cuenta que habiendo sido encontrado en la calle por un amigo, la víspera de su muerte, dijo a éste que iba en busca de un confesor, pues presentía su próxima muerte. Efectivamente, al día siguiente de ese encuentro, este ilustre artista murió a la avanzada edad de 88 años.

El templo del Carmen, de Celaya, es un monumento arquitectónico que hace honor a nuestra República. Dicho templo estuvo a pique de no haberlo terminado su autor, pues los arquitectos Zapari, García, Ortiz y Paz, pusieron en juego muchas intrigas para quitarle la dirección de las obras.

RAFAEL SANZIO

RAFAEL Sanzio o Santi, es considerado el pintor más grande de los tiempos modernos. Nació en Urbino en 1483, por lo cual también se le conoce por Rafael de Urbino y fué hijo de un pintor mediano. Murió en Roma en 1520 en la plenitud de su edad, pues contaba apenas 37 años.

Muerto su padre, quedó a cargo de sus parientes, uno de los cuales lo hizo estudiar la pintura. Hacia 1495 comenzó a estudiarla con el Perugino, con quien hizo muchos progresos y en cuya compañía pasó a Florencia y a Cittá de Castello donde pintó varios cuadros para la iglesia del lugar.

Después viajó por Francia, regresando a Urbino, donde se hizo de la amistad de Andrés Doria y otras poderosas e influyentes personas, quienes le fueron muy útiles en su carrera.

Llamado después por el papa Julio II, pasó a Roma donde se encargó de decorar el Vaticano, adornando con sus pinturas muchas estancias y galerías de él. El sucesor de Julio II, León X, siguió prestando a Rafael su protección, encargándole muchos trabajos de importancia en el Vaticano e iglesias de la ciudad.

Rafael fué también un excelente arquitecto, habiendo hecho

para la Basílica de San Pedro unos magníficos planos que no se ejecutaron.

Entre sus cuadros más notables se encuentran sus célebres *Madonas, La Santa Familia, La Transfiguración* y *El Pasmo de Sicilia.*

Algunos críticos consideran a Rafael como el más ilustre de los pintores modernos. Otros, sobre la pureza de sus concepciones, encuentran demasiada frialdad; pero es lo cierto que sus obras son geniales. El Louvre—museo de París—conserva algunos cuadros de su inspirado pincel.

FEDERICO ALEJANDRO BARON DE HUMBOLDT

SABIO alemán, llamado el Aristóteles moderno a causa de la universalidad de sus conocimientos. Nació en Berlín en 1769.

Hizo sus primeros estudios en la Universidad de Francfort y siendo muy joven pasó a Gotinga, donde se dedicó al estudio de la economía política, arqueología y botánica.

Luego hizo viajes de carácter científico por Alemania e Italia.

En 1799 partió para la América del Sur, que recorrió durante cinco años, dedicado a hacer observaciones científicas sobre la Geografía, la Historia Natural y la Historia de los países que recorría. Visitó también México y los Estados Unidos, recogiendo en sus viajes numerosos datos que enriquecieron las ciencias en aquella época.

Después residió varios años en París donde estudió química con Gay-Lussac, siendo nombrado al regresar a su patria consejero privado, cargo que desempeñó hasta su muerte.

En 1829 emprendió un viaje por el Asia Central que duró nueve meses, donde también hizo muchas observaciones científicas.

Se dedicó luego a escribir numerosas obras sobre Historia, Historia Natural, Química, Física, Geografía, Geología y Política, algunas de las cuales se refieren a los países que recorrió en su fructífera vida.

Su principal obra es *Cosmos* o *Ensayo de una descripción física del mundo,* que se considera como una verdadera enciclopedia de los conocimientos humanos sobre dicha rama del saber y una de las más grandes obras del pasado siglo.

Su autor la escribió a los ochenta años, y sin embargo, está escrita en un estilo fresco y juvenil que caracteriza todas las obras de Humboldt.

Nuestro biografiado perteneció a muchas academias europeas y fué objeto de merecidos honores durante su vida.

Este célebre sabio murió en Berlín en 1859.

Muchos países han levantado estatuas en su honor.

De sus obras, la más popular en México es el *"Ensayo Político sobre Nueva España."* El barón de Humboldt fué quien llamó a México "la ciudad de los palacios." Nuestra patria ha honrado en diversas ocasiones la memoria de este gran alemán.

BLAS PASCAL

BLAS Pascal fué un célebre filósofo y geómetra francés, que nació en Clermont-Ferrand en 1623 y murió en París en 1662.

Su padre, que era un sabio matematico y Presidente del Tribunal de Contribuciones en Clermont, observando la inteligencia de su hijo, determinó trasladarse a París para consagrarse por completo a la educación del pequeño Blas.

Este a los 12 años demostró tal afición por las matemáticas, que sin ayuda alguna, y meditando él solo, descubrió y resolvió 32 proposiciones geométricas de Euclides.

A los 18 años escribió una obra sobre matemáticas tan notable que asombró a Descartes, quien creyó era de alguno de los maestros de Pascal.

Después este sabio descubrió el Triángulo Aritmético, que facilita grandemente la resolución de gran número de problemas de matemáticas. Luego se dedicó a estudiar física, donde también hizo valiosos experimentos y descubrimientos.

Aunque de naturaleza muy enfermiza desde su niñez, Pascal nunca interrumpió sus estudios.

En 1656 tuvo una disputa contra los jesuítas, por cuyo motivo escribió sus célebres *Cartas Provinciales,* obra de tal mérito, que provocó la admiración de Voltaire.

En 1670 publicó, por primera vez, sus *Pensamientos,* obra trunca, en donde se proponía hacer la apología de la religión cristiana, y que es considerada como una notable obra filosófica.

Su vida fué, en sus últimos días, un modelo de virtud cristiana, y dejó a la posteridad varias obras, de las cuales las más notables son, además de las ya citadas, un *Tratado sobre los números, Del espíritu geométrico* y *Tratado del triángulo geométrico.*

Pascal, escritor, sabio, moralista y filósofo, fué combatido y denigrado por Voltaire y Condorcet en el siglo XVIII; pero como dice el profesor Archambault: "la posteridad lo ha desagraviado cumplidamente."

A los treinta y nueve años, Pascal había escrito veinte obras notables, que Descartes consideraba como obras de sus maestros.

MIGUEL CABRERA.

IGNORASE el lugar y el año en que nació este insigne pintor mexicano, y sólo ha llegado a saberse que era un indio zapoteca nacido en Oaxaca, aunque algunos aseguran que nació en San Miguel el Grande (Guanajuato).

Lo que no tiene lugar a duda es que fué un notable pintor que floreció en el siglo XVIII y cuyas obras han sido llamadas, por su mérito, "Maravillas Americanas."

Era, además, de una fecundidad tan extraordinaria que llenó materialmente el país con sus producciones históricas; existiendo obras de él hasta en las iglesias más humildes de las poblaciones pequeñas.

Su mérito ha sido comparado con el de los mejores pintores italianos y españoles, y, además, Cabrera ha sido llamado el "Miguel Angel de México," por creerse que también fué escultor y arquitecto como ese ilustre artista italiano.

Las obras de Cabrera, entre las que se hallan *La vida de Santo Domingo, La vida de San Ignacio, La Virtud y San Bernardo,* están esparcidas en la catedral de Puebla, en Toluca y en Guadalajara, en la Academia de Bellas Artes de México y en muchas poblaciones de segundo orden, como Taxco.

Pintó, además, otros muchos cuadros para la Compañía de Jesús, cuyos individuos siempre demostraron al artista una gran estimación.

A la erección de la Academia de San Carlos, en 1753, tuvo el honor de ser nombrado su presidente perpetuo.

Como la fecha de su nacimiento, la de su muerte es, también, ignorada; pero sus obras hablan de él más elocuentemente que cualquier otro elogio, y por ellas Cabrera es inmortal.

Un crítico extranjero, al hablar de las numerosas producciones de Cabrera, ha dicho: "ofrece en ellas la síntesis del realismo elegante, del ideal religioso y del encanto antiguo." Asimismo el conde Beltrani, juzgando a nuestro pintor, asegura que: "Cabrera tiene los contornos del Corregio, lo animado del Dominiquino y lo patético de Murillo."

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

SARMIENTO fué un notable Presidente de la República Argentina, a quien como a Rivadavia, su patria le consagra una gratitud bien merecida.

Nació en San Juan de Cuyo en 1811 y murió en Asunción (Paraguay) en 1883.

Era hijo de una noble familia española, aunque de escasos bienes, y recibió su primera instrucción en una escuela de su ciudad natal y de un tío suyo, que le enseñó latín y gramática. Después un ingeniero francés le dió algunas clases de matemáticas y agrimensura.

Luchando rudamente por ganarse la vida, sin descuidar por eso su instrucción, Sarmiento fué sucesivamente maestro de escuela, comerciante, instructor de reclutas, periodista, etc.

A los 18 años tomó las armas contra el tirano de su patria, el memorable Rosas, y habiendo sido vencido, tuvo que huir a Chile, donde era por entonces Ministro de Instrucción Pública don Manuel Montt. Este le prestó amplia ayuda, y fué en ese país donde Sarmiento impulsó grandemente la educación fundando la escuela normal para profesores, de la cual fué director más de tres años, haciendo viajes a Europa y los Estados Unidos para estudiar los mejores métodos de educación, que luego implantó entre los chilenos, y escribiendo numerosas obras de texto para las escuelas, de las cuales hasta entonces se había carecido.

En estos viajes fué cuando Sarmiento tuvo oportunidad de conocer y tratar a hombres tan notables como Humboldt, Guizot y al insigne educador Horacio Mann.

No por eso se olvidaba el ilustre argentino de su patria, y en 1852 estuvo presente en la batalla de Caceros, que decidió la caída de Rosas.

Vuelto a su patria, hizo mucho por su engrandecimiento, impulsando, como ya lo había hecho en Chile, la instrucción pública, base del engrandecimiento de los pueblos.

Más tarde fué elegido Presidente por la voluntad unánime de sus conciudadanos, en cuyo puesto pudo hacer mucho por el progreso de su país que tanto amó.

La educación popular fué la más grande preocupación del presidente Sarmiento, interpretando fielmente la verdad que encierra este pensamiento: "El que dirige la Escuela, tiene al Estado."

AMADEO MOZART

ILUSTRE músico alemán. Nació en Salzburgo en 1756 y murió en Viena en 1791.

Su padre, que también era musico, fué el que se encargó de su educación musical.

Mozart, siendo un niño todavía, demostró muchas aptitudes para la música; y se cuenta que tenía apenas tres años cuando intentó ejecutar, sobre el piano, los ejercicios de su hermana María Ana, que era cuatro años más grande que él. Muy joven tam-

bién, comenzó a componer pequeños trozos musicales que revelaban ya su talento.

Más tarde viajó por Europa con su padre, dando conciertos delante de los personajes más encumbrados de las Cortes.

Cuando tenía 14 años, al pasar por Roma asistió en la Capilla Sixtina a una fiesta religiosa, donde debería cantarse el famoso "Miserere" de Allegri, cuya reproducción está estrictamente prohibida bajo pena de excomunión. Así es que sólo en Roma y en dicha Capilla podía oírse en ciertas ocasiones el "Miserere," pues no existía, en todo el mundo, una sola copia de él.

Mozart oyó solamente dos veces la célebre composición y, regresando a su casa, la escribió con tal exactitud, que parecía una copia fiel del original.

Este precoz genio musical siguió dando muestras de su talento en la edad madura, escribiendo algunas óperas celebradas, como su *Don Juan,* que es reputada como una obra maestra: *La Flauta Encantada* y las *Bodas de Fígaro.*

Escribió también una *Misa de Réquiem,* música religiosa de mucha fama y que fué una de sus últimas producciones.

"Fué Mozart el primer pianista de su tiempo; pero este mérito indisputable, que bastaría a ilustrar a un hombre ordinario, se desvanece ante su inmensa reputación de compositor. El catálogo de sus obras, que alcanzan a 800, comprende todos los géneros, y en todos, Mozart se muestra superior, siendo quizá el único músico a quien pueda tributarse semejante elogio."

ANDRES BELLO

ADEMAS de poeta y gramático, Andrés Bello fué también diplomático y jurisconsulto colombiano; nació en Caracas cuando esta ciudad pertenecía a Colombia, en el año de 1871.

En vista de su talento y aplicación al estudio, un tío suyo, Fr. Ambrosio López, se esmeró en darle una buena educación. En su ciudad natal hizo Bello sus primeros estudios, siguiendo después las carreras de abogado y de médico, que al fin dejó para dedicarse a la enseñanza privada; después entró a desempeñar un empleo en la Secretaría de Gobernación de Venezuela.

Cuando se inició en 1810 el movimiento libertador de su país, Bello se afilió en la revolución, acompañando a Bolívar en su viaje a Londres en una misión diplomática. Poco antes de esto había comenzado a darse a conocer como poeta.

Bello estableció su hogar algún tiempo en la capital inglesa, desempeñando algunos puestos diplomáticos de Chile y Colombia, y en esa época se dedicó entusiastamente a cultivar las bellas letras.

A fines de 1829 regresó a Chile a desempeñar el puesto de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones, y fué sucesivamente senador y rector de la Universidad cuando esta institución fué creada en Chile, desempeñando por varios años ese cargo, y siendo reelecto en él muchas veces.

Entonces se dedicó por entero a la educación, escribiendo para los estudiantes de Chile varias obras de texto y más tarde su famosa *Gramática Castellana* bien conocida en toda la América Hispana y de mérito reconocido, obra que le abrió las puertas de la Academia española.

Entre sus poesías más famosas y bellas están *"A la agricultura de la Zona Tórrida,"* modelo de corrección poética, y *"La oración por todos,"* que es una versión parafrástica de la composición original de Víctor Hugo.

Cuando murió, en 1865, Chile costeó sus exequias; sus obras fueron editadas por cuenta del Estado. Además, a la entrada del Palacio del Congreso en Santiago de Chile, se alza la estatua que honra su memoria.

El escritor colombiano M. A. Caro, dice que Bello es en América lo que don Alberto Lista es en España. Hay un paralelismo en las mentalidades de ambos sabios y maestros, igual en la influencia decisiva que desplegaron para dignificar y engrandecer el magisterio. Bello, antes que todo, fué el maestro por antonomasia de los hombres de su tiempo.

ENRIQUE PESTALOZZI

ESTE pedagogo suizo, a quien mucho debe la ciencia de la educación, nació en Zurich a principios del año de 1746 y murió en Brugg (Turgovia) en 1827.

Huérfano desde muy niño, unos parientes lo educaron; y desde temprana edad manifestó ya su vocación en una acendrada ternura hacia los niños.

Fué primero predicador y después se dedicó al estudio de las leyes, las lenguas y, por último, de la agricultura, para lo cual compró cerca de Berna, un retiro que llamó Newhof.

En 1775 comenzó propiamente su carrera pedagógica, recibiendo en su casa hasta 50 niños abandonados, quienes tuvieron en él un padre y un educador.

El Gobierno suizo entonces recompensó sus servicios en pro de la educación encargándose de los gastos de la institución, que fué trasladada sucesivamente a Stanz, Burgdof e Inverdun; pero una mala administración fué causa de que el establecimiento fracasara, causando esto grande pena a su fundador.

Pestalozzi fué autor de un método pedagógico en el que re-

comienda se desarrollen las facultades del niño gradual y armónicamente; y daba preferencia a la educación moral mejor que a la instrucción.

Escribió también varios libros de asuntos pedagógicos, entre los cuales están: *El libro de las madres* e *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano,* y otras varias.

Los profesores modernos deben a Pestalozzi el método de enseñanza fundado en la intuición o juicio rápido. Además, como personaje histórico, es el tipo del maestro de escuela por convicción y fe. Plebeyo, feo y miserable, no le arredra nada; su amor a la niñez raya en la obsesión; se sacrifica por los niños pobres y abandonados. En su epitafio hay estas palabras elocuentes: "Todo para los otros; nada para él."

Su expresión favorita era: "Por conseguir mi ideal, nada me importaría ir al través del fuego o de la lluvia al último pico de los Alpes."

NOTA.—Las biografías que preceden fueron arregladas especialmente para **EL MAESTRO** por el profesor A. Pérez y Soto, de la Escuela Normal de Veracruz.

Diversos Temas

LA UNICA SOLUCION POSIBLE DE LA CUESTIÒN AGRARIA

POR LEON TOLSTOY

I

L derecho exclusivo que se arrogan algunos sobre la tierra priva a los demás de la posibilidad de disfrutar de ella, y es una iniquidad tan cruel y tan nociva a todos como lo era en otro tiempo el derecho de poseer siervos.

Instintivamente consciente en todos los hombres, esta iniquidad la sintieron, sobre todo, y en todos tiempos, los campesinos de Rusia. Este sentimiento es más vivaz que nunca en estos días de revolución, y a abolirla tienden todos los esfuerzos y todas las reivindicaciones de los rusos.

Los círculos gubernamentales, lo propio que las agrupaciones antigubernamentales, procuran ahora encontrar los medios adecuados para satisfacer aspiración tan justa.

Por desgracia, unos y otros cuidan, ante todo, de las conveniencias particulares de sus partidos y no de lo que debe ser su fin único, predominante: el restablecimiento de la justicia.

Unos esperan poder dar satisfacción a los deseos del pueblo añadiendo al lote de tierra de cada campesino una parte tomada de los terrenos del Estado y de los dominios imperiales.

Otros proponen facilitar a los labradores, por medio de los Bancos agrícolas, la compra de las propiedades rústicas puestas en venta.

Estos advierten el remedio en la emigración de los aldeanos a quienes falta tierra que cultivar, hacia las comarcas donde existen vastos territorios baldíos.

Aquéllos quieren establecer el arrendamiento obligatorio y hereditario.

Tales preconizan la expropiación de las tierras que pertenecen a la Corona, a los apanajes, a los conventos, a los propietarios territoriales, para constituir con ellas una reserva para la distribución de tierras a los campesinos.

Cuáles se afanan en demostrar las ventajas de la nacionali-

zación del suelo, que sería el prefacio de una organización socialista.

Otros, en fin, ven el remedio en entregar la tierra entera a los agricultores.

Todas estas proposiciones se dividen, en realidad, en dos categorías: la de los gubernamentales y conservadores que querrían resolver la cuestión agraria sin que se modificara sensiblemente su situación privilegiada, pero apaciguando, gracias a algunas concesiones, la agitación popular; la de los revolucionarios que tienden a un fin completamente opuesto: el aumento de la efervescencia del pueblo, para arrastrarlo a la acción revolucionaria que consideran como la más útil a la comunidad.

Hasta ahora los revolucionarios logran sus fines. Por la influencia de su propaganda verbal o escrita, el pueblo se da cuenta, cada vez con más exactitud, de la iniquidad, tan antigua y abrumadora, que pesa sobre él: la de la expoliación de su derecho a disfrutar de la tierra.

Viendo que el Gobierno nada hace para que esa iniquidad desaparezca, y más convencido de su mala voluntad por la disolución de la Duma, el pueblo se irrita más y más y se apresta a cometer, comete ya, los actos más crueles para vengarse de la injusticia que padece desde hace tanto tiempo.

El pueblo siente que en el momento en que todo cambia en Rusia, no puede ni debe permanecer más tiempo en su situación precaria. Por otra parte, no le contentan medidas contemporizadoras, ni paliativos, tales como la compra de tierras por mediación de los Bancos, la expropiación forzosa, la colonización, el arrendamiento o la constitución de reservas de tierra. Quiere un cambio radical del sistema agrario que hoy padece, cambio por el cual cesaría la iniquidad presente, que consiste en permitir que algunos no sólo no trabajen la tierra, sino que impidan que los campesinos la cultiven, como el perro del hortelano que ni ladra ni deja ladrar. El pueblo quiere que todos los hombres tengan la facultad de gozar, por igual, de los provechos y ventajas que rinde la tierra.

Y el pueblo tiene razón que le sobra para formular esta reivindicación. Se engaña, en cambio, cuando imagina, inducido a ello por hombres poco serios y extraviados, que, para instituir el derecho igual para todos a poseer la tierra, basta quitar las propiedades a los que las poseen, y repartirlas con equidad entre los labradores que las cultivan con sus brazos.

¿Cómo dividir la tierra expropiada?

¿Qué lote ha de corresponder a cada cual?

¿Cómo distribuir las tierras más fértiles, los prados, los bosques?

¿Qué hacer de los pequeños propietarios?

¿Qué hacer de los braceros que no poseen ni una mota de tierra; pero que desean, sin embargo, obtener su parte?

En caso de un exceso de población, ¿quién debe emigrar y a dónde debe ir?

Todas estas cuestiones no pueden ser resueltas por ninguna comisión; sólo pueden suscitar discusiones, disputas sin término, y, sobre todo, engendrar peores iniquidades que las de ahora.

Los campesinos, absorbidos por sus intereses locales, no lo advierten y no pueden advertirlo. Pero los hombres que se consideran llamados a resolver ese problema desde el punto de vista de la equidad general, deberían darse cuenta de ello.

Ahora bien: la solución del problema agrario, desde el punto de vista general, no depende de la expropiación forzosa de unos y de la distribución de tierras a los otros; no estriba en disponer arbitrariamente de los terrenos, sino únicamente en esto: en la abolición completa de la antigua propiedad territorial, que es el origen de todas las opresiones y del odio entre los hombres.

Para resolver la cuestión agraria, importa, ante todo, restablecer el derecho natural de todos los hombres sobre la tierra y el derecho de cada uno al producto de su trabajo.

II

Todos los hombres tienen igual derecho a la tierra y cada hombre tiene el derecho inalienable de obtener el producto de su trabajo. Uno y otro derecho fueron conculcados por el reconocimiento del derecho de propiedad exclusiva sobre la tierra y por los impuestos sobre el producto del trabajo.

Para restablecer el verdadero derecho no hay más que un medio: el establecimiento de un impuesto sobre la tierra, cuyo valor equivaldría al provecho que los actuales propietarios obtienen de sus posesiones, y la sustitución de todos los impuestos, pagados por el trabajo, por un impuesto único sobre todas las tierras.

La adopción de ese impuesto único ha sido ya propuesta diferentes veces, y en nuestros tiempos fué expuesto en detalle por el norteamericano Enrique George.

Los principios del impuesto único son los siguientes:

1.° Como todos los hombres tienen derecho igual sobre la tierra, y como cada hombre tiene derecho inalienable al producto total de su trabajo, nadie debe tener el privilegio de gozar de la tierra y nadie debe desposeer a los trabajadores del fruto de su trabajo por medio de impuestos o contribuciones.

2.° A fin de que ni uno ni otro derecho puedan ser violados, es necesario que los que gozan de la tierra paguen a la comunidad un impuesto correspondiente a los beneficios que rinde un terreno

determinado comparativamente a los beneficios de los otros terrenos. Es preciso, también, que aquellos que no poseen tierra y se dedican a otros asuntos, queden libres de todo impuesto o contribución.

En semejante organización, todos los recursos que actualmente paga el trabajo y que están destinados a los gastos que ocasionan los servicios públicos, se obtendrían de la tierra, según fuera mejor o peor su calidad y mayores o menores, por lo mismo, sus beneficios.

Por ejemplo, los terrenos más fértiles o situados cerca de las vías de comunicación, que producirían más que los terrenos arenosos o los situados lejos de los centros populosos, pagarían más; los terrenos enclavados en las ciudades, o cerca de los puntos de embarque, o que contuviesen minerales, pagarían más aún. En fin, los que poseyeran una tierra desprovista de toda ventaja o los que no poseyeran tierra, gozarían de todos modos de las comodidades de la organización social: administración municipal, vías de comunicación y demás servicios, sin pagar un céntimo.

III

Los resultados de esta organización serían los siguientes:

1.° Los propietarios territoriales, sobre todo los que poseyeran grandes extensiones de tierra y que no las cultivaran por sí mismos, pero que deberían pagar el impuesto, renunciarían generalmente a sus posesiones cediéndolas a los agricultores que carecieran de tierra.

2.° El impuesto único, suprimiendo todos los otros impuestos sobre los productos de primera necesidad: azúcar, petróleo, cerillas, manteca, huevos, etc., disminuiría los gastos de los obreros y les permitiría mayor bienestar.

3.° El mismo impuesto único suprimiría los derechos de aduanas y restablecería, en las naciones donde se implantara, el libre comercio con el mundo entero, dando a sus habitantes la posibilidad de gozar sin obstáculo de todos los productos del suelo, del trabajo y del arte de todos los demás países.

4.° El impuesto único, permitiendo la posesión de la tierra a todos los trabajadores, mejoraría la situación de los asalariados; no se verían obligados, como ahora ocurre, a aceptar las condiciones que les imponen sus patronos, sino que establecerían ellos mismos las condiciones de su trabajo.

Esta situación independiente de todos los obreros haría que todos los inventos que facilitan el trabajo, y que no son hoy por hoy más que instrumentos para esclavizar, no fueran ya una calamidad, sino un beneficio para todos.

5.° Mejorando el bienestar de los obreros, el impuesto único impediría el exceso de producción, tan habitual ahora, pues los obreros tendrían mayor facilidad para adquirir los objetos producidos por ellos; además, se fabricaría principalmente los objetos necesarios a la gran mayoría de hombres y en cantidad proporcionada a las demandas reales.

6.° La implantación del impuesto único en todos los países y singularmente en Rusia en los momentos actuales, haría que todas las reivindicaciones legítimas del pueblo recibieran satisfacción en mayor medida de la que se puede esperar, pues no sólo tendría cada cual la posibilidad de gozar igualmente de todos los productos de la tierra, sino que los obreros quedarían eximidos de todo impuesto y contribución sobre el producto de su trabajo.

Así, sea cual fuere el régimen social, el de hoy día, fundado sobre la violencia gubernamental, o el de mañana, basado sobre la concordia universal, la implantación del impuesto único sobre la tierra sería el medio más seguro y práctico tanto para procurarse —sin imponer el trabajo— los recursos necesarios para los gastos de la sociedad, como para establecer relaciones agrarias equitativas.

(Muchas son las obras que demuestran que el impuesto único sobre la tierra bastaría ampliamente para reemplazar todas las otras contribuciones. Las mejores obras concernientes a esta cuestión son las de Enrique George: *Progreso y Miseria, Discursos y Estudios, Problemas sociales,* etc.).

IV

Pero, se dirá, el establecimiento del impuesto único arruinaría las bases de la sociedad, (la propiedad territorial y el sistema fiscal), edificadas y consolidadas durante siglos; acarrearía trastornos profundos en la sociedad y en la masa popular, lo cual, dada la agitación de estos tiempos, sería inoportuno y peligroso.

Creo, por lo contrario, que ninguna de las medidas que se propone actualmente para resolver la cuestión agraria, podría aplicarse con menos efervescencia, agitaciones y disturbios en las masas y entre los propietarios, que el establecimiento del impuesto único.

Me parece que podría procederse de esta manera a su aplicación:

La tierra sería declarada propiedad nacional y el producto del trabajo de los hombres propiedad intangible de éstos. A fin de restablecer estos derechos fundamentales, hoy violados, se establecería luego el impuesto único, según el valor del terreno y reemplazando a todas las otras contribuciones y gabelas.

Sin embargo, como el cobro brusco y en toda su extensión del

impuesto sobre la tierra y la supresión no menos súbita de todos los demás supuestos, arruinaría a gran número de propietarios territoriales e industriales, y como, por otra parte, la implantación del impuesto único exigiría la evaluación exacta de los terrenos, evaluación que no podría hacerse con rapidez, esta medida se aplicaría progresivamente.

El primer año se impondría el 15, 20 ó 30 por 100 de la renta total; el año siguiente se impondría otra parte y así sucesivamente hasta la transferencia completa de todos los impuestos por el impuesto único, transferencia que se puede efectuar en un plazo más o menos largo.

Esta imposición progresiva de la tierra y la supresión de los impuestos sobre el trabajo no podrían ni deberían producir trastornos ni agitación, pues la aplicación progresiva de esta medida permitiría, a los propietarios territoriales y a los industriales, adaptarse gradualmente a las nuevas condiciones de la vida social.

La realización de semejante reforma general haría cesar la dura iniquidad, que perpetúa el derecho exclusivo sobre la tierra, iniquidad de que se dan cuenta todos los hombres, pero más especialmente los cien millones de campesinos rusos; haría desaparecer también esa otra iniquidad, no menos cruel, pero que no se advierte tanto: la imposición arbitraria del trabajo; sería, en fin, el remedio más eficaz para restablecer la paz y el orden en todas las clases de la sociedad y en la esfera rural singularmente, ventaja inmensa si se considera que la clase rural forma las nueve décimas partes de la población rusa.

Esta solución del problema agrario no se encaminaría a favorecer una sola clase, por muy numerosa que fuese; no sería ni local ni provisional: como expropiación, compra, colonización, reservas de terreno, etc., sino una solución general de un carácter moral y radicalísima. Suprimiría de un modo seguro la tan antigua y flagrante injusticia, estableciendo la igualdad de derecho a la tierra y al trabajo, así para el millonario como para el más pobre de los labriegos, y únicamente esta solución sería capaz de apaciguar por completo al pueblo.

Los hombres que participan en el gobierno justifican su función por el hecho de asegurar la justicia a sus administrados. El restablecimiento de la justicia debería, pues, ser reconocido por ellos como su primero y más urgente deber. Con tanto mayor motivo cuanto que la iniquidad es patente a todos los ojos y ha penetrado en la conciencia de todos.

La servidumbre tenía en su tiempo un carácter parecido y la abolió el gobierno de entonces. En nuestros días la injusticia de la propiedad territorial se siente con mayor fuerza aún que se sintió, hace cincuenta años, la iniquidad de la servidumbre.

Los hombres que forman parte del gobierno de Rusia, tienen,

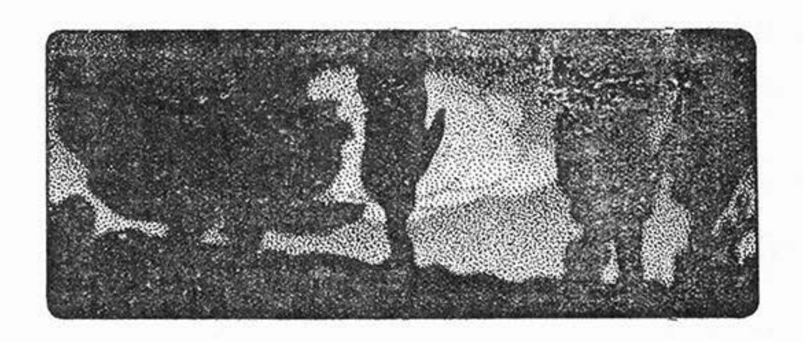
pues, en la actualidad, el deber ante Dios, ante el pueblo y ante su propia conciencia, de abolir esta iniquidad patente que el pueblo padece y ya conoce. Tiene el deber de hacerlo si no se engañan y no tratan de engañar a los otros acerca de su cometido.

¿Por qué, entonces, permanecer inertes?

La única explicación de su inercia consiste en que, por una costumbre inveterada de imitar en todo a las demás naciones de Europa, temen adoptar una medida que no ha sido experimentada en ninguna parte. Olvidan que las condiciones en que se halla el pueblo ruso son muy distintas de las de los pueblos occidentales y que no es necesario imitar eternamente a los demás países europeos.

Ha llegado ya el tiempo en que el pueblo ruso puede aspirar a su mayoría, fiar en su propia razón y seguir el camino que le aconsejen su naturaleza y las condiciones que le rodean.

Los hombres que en la actualidad están en el Poder en Rusia deben tenerlo presente, porque dejando subsistir en nuestros días el sistema inicuo de la propiedad territorial, no cumplen lo que reconocen como su estricto deber; se convierten, pues, en los factores de las mayores calamidades y declaran así su bancarrota y su nulidad.



SIMPATIA, JUSTICIA, SOLIDARIDAD

POR JOSE INGENIEROS

I SIMPATIA

IMPATIZAR ES COMPRENDER.—La simpatía es un secreto ritmo que pone en comunión los sentimientos, sin causa perceptible, anticipándose a toda reflexión sobre la conveniencia de la intimidad. Es confianza de ser comprendido, es deseo de serlo; simpatizar con alguien, implica entregársele en alguna medida, sin temor a la deslealtad o la traición.

En todos los que trabajan, piensan o cantan, existe un fondo común de inclinaciones que pueden fácilmente vibrar al unísono; y en todos hay, a la vez, diferencias personales inharmonizables. La capacidad de simpatía predomina en los que saben comprender en los demás las tendencias homogéneas, y las cultivan, y las aman, gozando en su humano regocijo, sufriendo de su humano dolor; los incomprensivos, que viven escudriñando lo inconciliable de los caracteres, para mellar las propias aristas contra las ajenas, no pueden sentir simpatía ni despertarla, están condenados a sembrar la discordia y a sufrir de ella.

Todo lo que es humano puede provocar una resonancia moral; pero no todo merece la misma simpatía, ni ésta nace igual ante motivos diferentes. La más fácil es la simpatía física; la más firme es la que arraiga en la comunidad de ideales. Debe ser espontánea y sin límites para que sea duradera; poner reservas a su natural expansión, es matarla. No conoce barreras; la lengua y las costumbres pueden apresurarla si son idénticas; pero no logran obstruirla por mucho que difieran. La afinidad de anhelos, de creencias, de esperanzas, acerca los caracteres y los hace simpatizar, trasponiendo la distancia y el tiempo; por eso se consideran hermanos todos los que sienten una misma ansiedad de justicia, auscultando con idéntico fervor optimista el porvenir de la humanidad.

Saber encender la simpatía es un dón natural, inexplicable y raro; saberla sentir, es un elemento decisivo de la felicidad. Los

hombres que están inclinados a simpatizar con los demás son los mejores instrumentos de la harmonía social.

2.—*La simpatía es bondad en acción.*—Obra bien todo el que puede simpatizar, porque esta aptitud abuena al hombre, apartándole del mal que conspira contra él mismo y contra los demás. La incapacidad de confiar en otros obstruye la felicidad; la simpatía es generosa fuente de dicha y nos impulsa a sentirnos elevados por todo lo que eleva moralmente a nuestros semejantes.

La intolerancia y el odio nacen de la incapacidad de simpatía; no se tolera al que no se comprende, no se ama al que no sabe comprender. La pérdida de este sentimiento es el martirio de los pesimistas y los fracasados; sufren por la felicidad que envidian y a veces disfrazan de escepticismo su amargura, como los malos críticos que murmuran de cien autores, pero no consiguen igualar a uno.

La incapacidad de simpatía mata la confianza en sí mismo y siembra la discordia en los demás. Los suspicaces son antisociales, porque su acíbar envenena a todos; donde entran, desatan los lazos más firmes del amor. En su desgracia llevan la fuente del propio sufrir; tiemblan de todo ruido y en toda sombra sospechan una celada; a nada se atreven, suponiendo que los demás están contagiados de su propio mal; cuando necesitan de cómplices, acaban por entregarse a los más viles, haciéndose manejar por seres sin conciencia y sin responsabilidad. Los que han vivido envenenados suelen morir envenenados.

La falta de comprensión y de confianza equivale al mal: es simple maldad en acción. Son escorias sociales los que viven de la hipocresía o esparcen la calumnia, los que fingen o mienten, los que ocultan una partícula de la verdad que saben para obtener una prebenda o un beneficio, los que alientan la indignidad ajena o no se avergüenzan de la propia, los cómplices del error o de la superstición, de la injusticia o del privilegio.

En la incapacidad de simpatía se incuban todas las degeneraciones del carácter. El engaño, la duplicidad, la artería, la traición, el crimen, son inconcebibles en un corazón capaz de simpatizar.

3.—*La comprensión es premisa de la justicia*.—Juzgar a los hombres sin comprender sus móviles, sus sentimientos o sus ideales, constituye una falta de moralidad; saber comprender a los mejores, es privilegio de pocos que pueden elevarse hasta su nivel, adiamantando la simpatía inicial en admiración firmísima.

Se asciende por grados las etapas de la comprensión. En su aspecto más simple la simpatía es una tendencia instintiva, que pronto engendra la ternura: como si un reflejo de los sentimientos ajenos estremeciera nuestro corazón y lo obligara a latir por ellos, poniendo al unísono la vida sentimental, entera.

Más honda comprensión existe en la solidaridad, que es simpatía consciente y pertinaz; la resonancia efectiva se eleva a unidad de creencias o de ideas, de actividad o de esperanzas. En la ternura la simpatía es íntima y encapullada; en la solidaridad es reflexiva y militante. Por eso la primera suele ser individual y preside a la comunión en el sufrimiento, mientras la segunda tiende a hacerse colectiva y es necesaria para la comunión en el esfuerzo.

El más alto ritmo de la simpatía es la admiración. Súmanse en ella los sentimientos y los conceptos superiores de la personalidad, los que convergen a la elaboración de los ideales humanos. Al admirar reconocemos que lo admirado se acerca a nuestro ideal de perfección; por eso el hombre sincero admira las obras ajenas en razón directa del goce que sentiría si las hubiera creado. Ningún sentimiento revela mayor espíritu de justicia; ninguno tiene más alto valor educativo.

La simpatía se convierte en instrumento de perfección cuando impulsa a tomar por modelos sus más altos objetos y enseña a ser justo en la valoración de los méritos humanos. Aprendan los jóvenes a comprender y admirar, porque la admiración de lo superior estimula el deseo de igualarlo. Y es superior todo lo que aumenta el saber, la virtud y la dignidad entre los hombres; lo que tiende a harmonizar los sentimientos de la humanidad; lo que puede encender la simpatía necesaria para servir grandes ideales.

II. JUSTICIA

1.—La justicia es el equilibrio entre la moral y el derecho.— Tiene un valor superior al de la ley; lo justo es siempre moral; las leyes pueden ser injustas. Acatar la ley es un acto de disciplina, pero a veces implica una inmoralidad; respetar la justicia es un deber del hombre digno, aunque para ello tenga que elevarse sobre las imperfecciones de la ley.

La perfectibilidad social se traduce en un aumento de la justicia en las relaciones entre los hombres. Esa creencia ha embellecido las inquietudes que en todo tiempo agitaron a los núcleos más morales de la humanidad, y es de augurar que cada generación las renueve con creciente fervor en el porvenir. El mayor obstáculo al progreso institucional de los pueblos es la fosilización de las leyes; si la realidad social varía, es necesario que los principios de Derecho experimenten variaciones correlativas. La justicia no es inmanente ni absoluta: está en devenir incesante, en función de la moralidad social.

Todos los ideales melioristas tienen la justicia por común

denominador; todos tienden a desterrar de la sociedad algún desequilibrio. La justicia tiende a orientar la estimación hacia la virtud, el bienestar hacia el trabajo, la honra hacia el mérito; y es, por eso, la cúspide imaginaria de la moralidad, que sólo puede admirar como fecundos esos valores sociales. Cuando por ellos se mira a los hombres, habrá justicia en los pueblos; y no es varón justo el que no contribuye al advenimiento de esos valores en la medida de sus fuerzas.

2.—Los intereses creados obstruyen el devenir de la justicia. Todo privilegio injusto implica una inmoral subversión de los valores sociales. En las sociedades carcomidas por la injusticia, los hombres pierden el sentimiento del deber y se apartan de la virtud; el parasitismo deja de inspirar repulsión a quienes lo usufructúan y encenega a las víctimas en la domesticación; los hombres viven esclavos de fantasmas vanos y la honra mayor recae en los sujetos de menos méritos. La justicia enmudece y se abisma.

Cuando en la conciencia social no vibra un fuerte anhelo de justicia, nadie templa su personalidad, ni esmalta su carácter. Donde más medran los que más se arrastran, las piernas no se usan para marchar erguidos. Acostumbrándose a ver separado el rango del mérito, los hombres renuncian a éste por conseguir aquél; prefieren una buena prebenda a una recta conducta, si aquélla sirve para inflar el rango y ésta apenas para acrecentar el mérito. Los hombres niéganse a trabajar y a estudiar al ver que la sociedad cubre de privilegios a los holgazanes y a los ignorantes. Y es por falta de justicia que los Estados se convierten en confabulaciones de favoritos y de charlatanes, aptos para lucrar de la patria, pero incapaces de honrarla con obras dignas.

Loados sean los jóvenes que enarbolan una bandera de justicia para aumentar en el mundo el equilibrio entre el bienestar y el trabajo. Sin ellos las sociedades se estancarían en la quietud que paraliza y mata; sin ellos la cristalina corriente del progreso, que jamás se detiene, tornaríase mansa estabilidad de pantano que asfixia. Loados los que conciben más Justicia, los que por ella trabajan, los que por ella luchan, los que por ella mueren. Son plasmadores del porvenir, encarnan ideales que tienden perennemente a realizarse en la humanidad.

3.—El hombre justo rehusa toda complicidad con el mal.— Niega homenaje a los falsos valores que ponen sus raíces en la improbidad colectiva. Los desprecia en los demás y se avergonzaría de usufructuarlos. Todo privilegio inmerecido le parece una inmoralidad.

El hombre justo se inclina respetuoso ante los valores reales; los admira en los otros y aspira a poseerlos él mismo. Ama a todos los virtuosos, a todos los que trabajan, a todos los que elevan

su personalidad por el estudio, a todos los que aumentan, con su esfuerzo, el bienestar de sus semejantes.

El hombre justo necesita una inquebrantable firmeza. Los débiles pueden ser caritativos, pero no saben ser justos. La caridad es el reverso de la justicia. El acto caritativo, el favor, es una complicidad en el mal. Detrás de toda caridad existe una injusticia.

El hombre justo quiere que desaparezcan, por innecesarios, el favor y la caridad; la Justicia no consiste en ocultar las lacras, sino en suprimirlas. Los remedios inútiles sólo sirven para complicar las enfermedades.

El hombre justo no puede escuchar a los que predican la caridad para seguir aprovechando la injusticia. Pero su respuesta debe estar en su conducta, juzgando sus propios actos como si fueran ajenos, midiéndolos con la misma vara, severamente, inflexiblemente. La complacencia con las propias debilidades constituye la más inmoral de las injusticias.

El hombre justo es capaz de rehusar un favor a su familia y a sus cómplices, sabiendo que la debilidad de su corazón encubriría una injusticia. El hombre justo es, por fuerza, estoico; debe serlo siempre y con todos, saber decir ¡no! a sus allegados y a sí mismo, cuando le asalta una tentación injusta. La madre de Pausanias llevó la primera piedra para que lapidaran a su hijo indigno.....

III. SOLIDARIDAD

1.—La solidaridad es harmonía que emerge de la justicia.— Es simpatía actuante y da fuerza a los que persiguen un mismo objetivo. Hay solidaridad en una comunión de hombres cuando la dicha del mejor enorgullece a todos y la miseria del más triste llena a todos de vergüenza. Sin esta fuerza que acomuna las voluntades y los corazones, imposible es realizar grandes ensueños colectivos; la cohesión de un pueblo en marcha depende exclusivamente del unísono con que se ritmen las esperanzas, los intereses y los ideales de todos.

Donde falta justicia no puede haber solidaridad; sembrando la una se cosecha la otra. Gobernar un pueblo no es igualar a sus componentes, ni sacrificar alguna parte en beneficio de otras: es propender hacia un equilibrio que favorece la unidad funcional, desenvolviendo la solidaridad entre las partes, que son heterogéneas sin ser antagónicas. La heterogenidad es natural por la diferencia de aptitudes y de tendencias humanas; y es provechosa, porque engendra las desigualdades necesarias para las múltiples funciones de la vida social. Siendo naturales, las desigualdades no pueden suprimirse; ni convendría suprimir-

las aunque se pudiese. La solidaridad consiste en equilibrarlas, creando la igualdad ante el derecho, para que todas las desigualdades puedan desenvolverse íntegramente en beneficio de la sociedad.

Cuando se obstruye a un solo hombre el camino de todas las posibilidades, hay injusticia en la nación. Todo privilegio en favor de una casta, partido, sexo, facción o grupo, cohesionado en oposición a los demás, es un residuo de barbarie violatoria de la justicia; las naciones están civilizadas en cuanto oponen la solidaridad total a los privilegios particulares.

La solidaridad se desarrolla paralelamente a la justicia que rige el equilibrio social. En las sociedades bárbaras, la lucha por la vida depende del desequilibrio entre las partes; éstas se van equilibrando en las sociedades civilizadas y aparece la asociación en la lucha por el bienestar común. La Justicia obra eliminando los privilegios no sustentados en el mérito, que se mide por la utilidad social de las funciones desempeñadas.

2.—El desequilibrio social engendra la violencia.—Cuando alguna parte de un todo se hipertrofia a expensas de las otras, la unidad funcional se altera y el juego de las recíprocas interacciones tórnase desatinado y funesto. Toda violencia es un efecto de causas; sólo puede suprimirse reparando el desequilibrio que la engendra. Oponer la violencia a la violencia puede ser un mal necesario, pero es transitoriamente una agravación del mal; sólo es un bien si de ella surge un nuevo estado de equilibrio fundado en mayor justicia.

Hay, sin duda, naciones pobres y épocas de pobreza, que nadie puede prevenir ni evitar. La miseria de una sola clase, en cambio, nace del desequilibrio interno en la economía de las naciones: es una desproporción entre las funciones ejercidas y las recompensas recibidas. El hambre de algunos es siempre injusta cuando otros ostentan opulencia; y lo es más, si como es frecuente, ella recae en los que trabajan para mantener en la ociosidad a los que no la sufren. La miseria, más grave para la mente que para el cuerpo, disuelve en los hombres los sentimientos sociales y entibia los vínculos de la solidaridad.

La fe en la justicia de los demás es necesaria para no vivir como entre enemigos; el egoísmo, la avidez, la avaricia, la usurpación, el robo, nacen de la falta de confianza y provocan la violencia, que es un efecto de la injusticia, aunque a su vez sea injusta. Es natural en las sociedades bárbaras, pero incompatible con un verdadero estado de civilización. Los intereses heterogéneos se coordinan favoreciendo el advenimiento de instituciones que aumenten la confianza en la lealtad de todos.

El odio y la hostilidad entre las partes son reflejos de viejas

carcomas que perturban el equilibrio de la sociedad y rompen la harmonía de sus funciones; esos funestos sentimientos sólo podrán extinguirse poniendo la Justicia como fundamento de la ética social, la Verdad como base de la cultura colectiva y el Trabajo cómo primera condición del mérito. El privilegio, la superstición y la ociosidad son los enemigos de la paz social.

3.—La solidaridad crece en razón directa de la justicia.— Quien dice que ella es una quimera irrealizable, conspira contra el porvenir. Antes fué solidario el hombre en su familia; después lo fué en su tribu; más tarde en su provincia política, en su comunión religiosa, en su grupo étnico. Hoy la solidaridad puede extenderse a todos los componentes de cada nación, cuya unidad espiritual debe fincar en la convergencia de ideales, aspiraciones e intereses de cuantos piensan y trabajan bajo un mismo cielo. Y mirando más lejos: ¿por qué la solidaridad no estrechará algún día en un solo haz fraternal a todos los pueblos?

Ensueño..... como tantas realidades actuales que en otro tiempo se dijeron ensueños. No neguemos a los corazones optimistas el hermoso privilegio de augurar el advenimiento de la paz y el amor entre los hombres; puede que en su ilusión haya una posibilidad, entre mil, de que llegue a realizarse. ¿Por qué cortaríamos esas únicas alas que impiden caer a la más bella esperanza de la humanidad?

Difundamos, entretanto, una nueva educación moral que desenvuelva sentimientos de armonía y de justicia. La solidaridad convertirá en derechos todo lo que la caridad otorga como favores, y mucho más que ella no puede otorgar; pero también impondrá a todos la aceptación de los deberes indispensables para que desaparezca el odio entre los hombres, preparando el advenimiento de nuevos equilibrios sociales, incompatibles con la violencia y la injusticia.

Violencia: reclamar derechos sin aceptar el cumplimiento de los deberes que les son correlativos. Injusticia: imponer deberes sin respetar los derechos correspondientes. Por eso la solidaridad puede considerarse definida en la más sencilla fórmula de moral social: "Ningún deber sin derechos; ningún derecho sin deberes."

LA TIRANIA DE LA FEALDAD

POR RICHARD MIDDLETON (*)

UANDO el joven despierta por primera vez al sentido de la belleza y el valor de la vida, es natural que se sienta vencido por la fealdad de la herencia que sus antecesores le obligan a recibir. Descubre en esta civilización, en cuyo plan no intervino, una tiranía contra la cual cree imposible hacer resistencia; un dogma que, según se le dice, todos aceptan como verdad, excepto los inútiles; una ley, cuya violación se lanzaría, fuera de toda redención, entre los criminales o los locos. Acaso ocurra que, en la primera alegría del descubrimiento de la belleza, piense que su vida y la vida de cualquier hombre debieran dedicarse a cultivar un sentido más agudo de lo bello; piense, digámoslo en forma concreta, que cuidar y amar las rosas en el jardín de una casa campestre es mejor que ser rey de una fábrica de paraguas; pero ésta, la

---

RICHARD MIDDLETON

Daremos a conocer en esta sección, de vez en cuando, la obra de escritores ingleses y norteamericanos que cultivan el género peculiar, poco acostumbrado entre nosotros, del **ensayo** o artículo de ideas personales, generalmente no sometido a plan. Entre los más notables **ensayistas** contemporáneos se cuenta Richard Middleton, más interesante aún como poeta. Middleton se suicidó en 1911, en Bélgica, desesperado porque nunca encontró editor para sus libros, y solamente lograba publicar poesías y artículos sueltos. Tenía, al morir, veintisiete años. Dejó gran cantidad de manuscritos, y ahora se están imprimiendo en volúmenes: **Poems and Songs** (Poemas y cantares, dos tomos); **The day before yesterday.** (Anteayer), cuentos y ensayos; **The ghost-ship and other stories** (El buque fantasma y otros cuentos); finalmente, **Monologues**, libro de **ensayos**, del cual forma parte el intitulado **La tiranía de la fealdad.** Aún quedan materiales inéditos, que dará a luz su fiel amigo Henry Savage.

Entre los ensayos de **Monologues**, libro publicado recientemente por el culto editor Mitchell Kernnerley, pocos hay que no reflejen el espíritu pesimista que se apoderó del poeta. Son muy originales las series que tratan sobre **El arte del sueño**, donde proclama la superioridad de éste sobre la vigilia y la posibilidad de perfeccionarse en él; y sobre el poeta y la necesidad de pensionarlo, para darle "la comodidad y seguridad necesarias al artista," como dice el personaje de un drama de Lord Dunsany, otro de los más originales escritores ingleses, del día. No menos interesantes son los ensayos sobre **La rebelión de los filisteos** (comparable al conocido estudio de Rémy

más breve de las ilusiones de la juventud, quedará destruída bajo la que aparece como primera ley de la vida civilizada: el hombre sólo puede ganarse la vida fabricando fealdad.

Quizás en su amargura el hombre se vuelva a pedir consuelo a esos profetas y filósofos de última hora, cuya sabiduría pudiera resolver un problema para él insoluble y por encima de toda esperanza; pero es seguro que sufrirá una decepción. Por la una parte, hallará a los hombres prudentes del día imaginando planes para la mejor administración e inspección de las fábricas de paraguas, a fin de alcanzar el bien público; por la otra parte, hallará a los mejores suspirando por las delicadas rosas de la Edad Media o probando, con paradojas ingeniosas, que los ojos sagaces pueden descubrir la Edad Media, aún hoy, en las callejuelas de Balham. Porque nuestros profetas y maestros filósofos olvidan que fueron jóvenes, y, con los años que pasan, su mundo ideal se ha convertido en una especie de plácido asilo de pordioseros, libre de ruidos y corrientes de aire, lugar donde los ancianos y los enfermos pueden sentarse con tranquilidad y proyectar pequeñas revoluciones sobre buenas bases de ideas conservadoras, sin ninguna de las discordantes notas de risa o disensión anejas a la sangre cálida del jóven. Y así, el joven se vuelve hacia los poetas, y encuentra el consuelo que le cabe con saber que otros han sentido y sienten como él, y que otros se han preguntado si la mejor parte de la vida del hombre debe consumirse en arrasar la naturaleza y sustituirla con horribles masas de ladrillo y acero, en ayudar a la manufactura de *cosas necesarias* que en realidad no lo son, en repetir estúpidamente los feos crímenes de ayer para aniquilar el espíritu de sus hijos y de los hijos de sus hijos.

---

de Gourmont, **Celui qui ne comprend pas**) y sobre **Los inconvenientes de la primavera**, estación que excita demasiada vivacidad y espíritu poético en los jóvenes, para escándalo de las personas prudentes.

En verso, Richard Middleton ha sido uno de los más delicados poetas de la lengua inglesa en los últimos tiempos. A través de toda su poesía se oye una nota de penetrante y orgullosa tristeza. Su sensibilidad responde intensamente a las más sutiles o tiernas emociones, ya vengan de la naturaleza exterior o del reino íntimo, pero se encrespa ante la estúpida indiferencia de los que viven sólo para lo útil y nada saben de la vida superior. Y así, aunque sus canciones íntimas son sobre el amor tímido, sobre el amor y el mar, sobre el poeta y las rosas, sobre los recuerdos de sus versos de infancia, sobre la niña ideal a quien llamó Cristina, sobre la juventud patética de Hylas o Narciso, el orgullo de su misión edificadora de poeta canta un himno de victoria sobre la muerte:

Los hombres de la ciudad seguirán su camino.
Yo no me quejaré.
El canto que hoy no saben escuchar
Mañana les enseñará a vivir.
Este es el orgullo que no pueden matar.
La Muerte me encontrará cantando todavía.

Bien es verdad que podría decirse que este amor del joven por la belleza es cosa enfermiza y poco natural, consecuencia de una educación equivocada y rebelde; porque la civilización, con astucia un tanto innoble, se resguarda contra las traiciones posibles de sus hijos obligando a que se les enseñen sólo aquellas cosas que les llevarán a servirla de buen grado. Innecesario recordar que el peligroso espíritu revolucionario que ama las cosas bellas no recibe estímulo en nuestras escuelas nacionales. A los niños se les enseña a cortar las flores en pedazos y dar a los fragmentos nombres curiosos, pero no se les invita a amarlas por su belleza. Aprenden a dibujar el mapa de la línea de ferrocarril desde Fishguard hasta Londres, y hablan con soltura de exportaciones e importaciones, pero nada saben sobre las bellezas naturales de los lugares que mencionan, ni siquiera sobre los timbres de la ciudad en que viven. Sus labios pronuncian fechas, cáscaras secas de la historia, pero no tienen idea de la espléndida procesión de los reinos pasados y las razas muertas. Ni en nuestra vida pública —que más bien debiera llamarse nuestra muerte pública—, se revela mayor cuidado por la salud espiritual de los padres que por la de los hijos. Desoyendo la voz de los artistas, los hombres ignorantes, incultos, a quienes la sola ambición ha llevado a los puestos de responsabilidad, afearán el aspecto de una calle por deseo de unas cuantas piezas de plata, y por temor de que gastar el dinero del público en embellecer a Londres les haga perder sus cargos en las elecciones próximas, ya que los honrados electores han aprendido demasiado bien su lección de fealdad. Los periódicos baratos, únicos leídos por todo el pueblo, buscan la fealdad y la extienden con la habilidad que nace del entusiasmo, y aun aquellos periódicos que parecen ser leídos por las clases más acomodadas no creen vergonzoso llenar cinco columnas con la narración de un asesinato bestial y reducir el discurso de un grande hombre de letras a cinco líneas.

¿Dónde, pues, ha de buscar el joven la belleza en la vida de hoy? Sólo en la literatura, y sólo en ella, porque escribir un libro no basta para hacer de éste una contribución a la literatura, si no es al mismo tiempo expresión de aquella belleza de la vida que es, a pesar de nuestros gobernantes, eterna. Porque hay buen número de libros feos; y hay multitud de escritores mediocres que lo acrecientan; pero nuestros críticos, cuando son honrados, pueden hacer inútiles tales esfuerzos; y aunque estallan gritos en el campo de la fealdad cuando uno de esos críticos pronuncia la palabra de sinceridad, la palabra queda dicha, y el libro desaparece rumbo a las bibliotecas de los mediocres. Pero nuestros críticos deben ser honrados.

(Trad. de P. H. V.)

PUERTO RICO A LOS VEINTIUN AÑOS DE DOMINACION NORTEAMERICANA (°)

POR CAYETANO COLL Y CUCHI.

DOS ADVERTENCIAS PRELIMINARES

O espero, señoras y señores, que de las bondadosas palabras del señor Argente subsistan en vuestro recuerdo solamente aquellas que se refieren a hechos concretos y se olviden las referentes a mi persona; porque me apenaría mucho, me dolería en extremo, que la esperanza, por vuestra parte, de escuchar al orador y político que os anunciaba el señor Argente, al ser forzosamente defraudada por mi humilde intelectualidad, desviase vuestro pensamiento del ideal grandioso que anima mi espíritu, y que voy a tratar de exponer ante vosotros.

Claro es que yo estoy hondamente conmovido, no solamente por ocupar ahora esta cátedra, que desde América la consideramos como la más alta cumbre de la intelectualidad española, sino también porque conozco la escasa autoridad de mi palabra.

Y como tengo empeño, señoras y señores, decidido y firme empeño de encontrar algún eco en España y América, eco de simpatías y de aliento en mi anhelo porque conozca el mundo entero la lucha tenaz que viene sosteniendo un pueblo hermano para no perder su personalidad histórica y que sea apreciada nuestra labor cultural como prueba definitiva e incontrovertible de que un pueblo de pura sangre española puede llegar al más alto grado de la civilización moderna, sin más esfuerzos que el de la escuela y el trabajo, y teniendo fe absoluta en la virilidad de su raza; y como tenemos la noble ambición de que Puerto Rico, el más pequeño de territorio de todos los pueblos hispanoamericanos, sea ejemplo vivo que despierte el espíritu y llame a las conciencias de los demás

---

(°) Discurso pronunciado en El Ateneo de Madrid, en la tarde memorable del 20 de diciembre de 1921.

pueblos de su habla para establecer la necesaria compenetración de afectos e intereses entre tantos pueblos, que, unidos, fueran inmensamente grandes y ricos, y son pequeños y pobres por vivir completamente aislados unos de otros, es evidente que yo debo estar, no ya emocionado, sino temeroso de no acertar a hacer una exposición clara y elocuente de mi tema. Me confío, pues, a vuestra benevolencia y espero de vosotros que acojáis mi ideal con cariño y entusiasmo, aunque mis palabras no estén a la altura de mi ideal.

En primer término, deseo hacer alguna que otra advertencia preliminar, porque, de este modo, será más fácil precisar el alcance de mis palabras. La primera y la más importante de todas ellas consiste en no olvidar que cuando yo diga "español" no me refiero a concepto político o geográfico determinado.

Tengo para mí que los pueblos no se encierran caprichosamente en límites geográficos por unos cuantos hombres sentados alrededor de una mesa con un tapete verde. Es ya de conocimiento vulgar que el concepto de "estado" no implica el de "nación" y mucho menos el de "pueblo." La vida ancestral, la cultura de muchas generaciones, la angustia de muchos miles de años condensados en una aspiración común e ideal de la felicidad, en una propia literatura, en un mismo lenguaje, forman un pueblo; y cuando yo diga "español" me refiero tanto a los hombres que han nacido en las frías regiones de la Patagonia como a los que nacieron en las cálidas tierras de Andalucía. Para mí son españoles todos los que hablan la lengua española, todos los que tienen el sentimiento español, todos los que ansían la grandeza de los pueblos de nuestra raza.

Otra advertencia importante consiste en no encontrar hostilidad alguna en mis palabras hacia el pueblo de los Estados Unidos cuando yo me refiera a los norteamericanos en su civilización, en su política, en su cultura, frente a los hispanos. Deseo hacer constar desde el primer momento que el norteamericano es un gran pueblo, uno de los más grandes pueblos de la tierra, que nosotros en Puerto Rico respetamos y queremos, al cual debemos grandes enseñanzas y grandes beneficios, por el cual hemos llegado a sentir, no ya gratitud, sino afecto; pero al que no queremos someter nuestra personalidad histórica, en su vida racial; nuestro anhelo es continuar viviendo con las virtudes y defectos propios de todos los pueblos de nuestra raza. Más aún: los portorriqueños hemos sabido apoderarnos de las más grandes instituciones jurídicas y políticas de los norteamericanos e implantarlas en nuestra isla, adaptándolas a nuestra alma española. Y, por último, no quiero en ningún momento, durante esta noche, hacer yo referencia a un Gobierno constituído, bien sea en España o en cualquier

república sudamericana, con intención de inmiscuirme en la política local.

LO QUE DEBIMOS APRENDER Y OLVIDAMOS DESPUES

Y, hechas estas preliminares advertencias, voy a desenvolver mi tema.

La guerra de España con los Estados Unidas determinó la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. para España. Muchas cosas hemos debido aprender de aquel desastre, y casi todas, si no todas, las hemos olvidado.

Cuando se reunieron los comisionados norteamericanos y los diplomáticos españoles en París, para tratar de las cuestiones de la paz, dicho sea en honor de los que defendieron el punto de vista español, se luchó de una manera denodada por salvar a Puerto Rico para la patria española. Era, señores, el trance más amargo en la historia de la nación descubridora que fuera ella, después de la firma del Tratado de París, la única europea cuyos colores no iban a flotar más en territorio americano. Y por eso quiso conservarse para España la soberanía española en Puerto Rico. Cedieron los representantes españoles el derecho a la soberanía bajo una solemne promesa, hecha por los comisionados norteamericanos: el pueblo español no debía tener duda alguna del tratamiento que los Estados Unidos de América darían a Puerto Rico, porque su suerte sería decidida por el Congreso norteamericano, que es un Cuerpo del cual jamás habrán salido leyes que coartasen la libertad y la democracia en el mundo. Y ante esa solemne promesa, se firmó el Tratado de París, por virtud del cual el pueblo portorriqueño español dejó de serlo. Vimos nosotros en Puerto Rico el cambio de soberanía, no ya con anhelos, por emprender un nuevo rumbo en nuestra vida política, sino con verdadera certidumbre de nuestros destinos futuros. El pueblo de los Estados Unidos de América, el de las tradiciones liberales, el que había bañado en sangre su territorio para abolir la esclavitud de los negros, el que proclamaba que la Humanidad, la Libertad y la Democracia eran las únicas normas de su justicia; el pueblo norteamericano, creímos, bien podía llegar a nuestras playas en la seguridad de que sería portador para el pueblo portorriqueño de libertad, democracia y justicia.

Había recibido el pueblo de Puerto Rico en 1897, de manos de la matrona española, la carta de su autonomía. Don Segismundo Moret, el insigne estadista, proclamó, en su célebre discurso de Zaragoza, que la civilización y la cultura portorriqueñas nos daban derecho a gozar de un Gobierno propio, en el cual fuéramos nosotros los únicos dueños de nuestra isla, y las Cortes españolas

promulgaron la autonomía de Puerto Rico, en virtud de la cual, como único símbolo de su soberanía, quedaba solamente la bandera española, y era el gobierno entregado a manos portorriqueñas. Al llegar los norteamericanos teníamos, por consiguiente, derecho a esperar y exigir que, por lo menos, tanto como la madre descubridora y colonizadora nos dió sería respetado por los Estados Unidos, ampliando aún nuestra Constitución, con una forma republicana de gobierno.

Los primeros momentos de toda conquista militar son de confusión. Un gran pensador ha dicho que detrás de los conquistadores siempre marchan los lobos, y los lobos venían en tal ocasión detrás de los conquistadores. Constituyóse un gobierno militar, supremo y absoluto, en manos de un general estadounidense; se cerraron las Cámaras legislativas; se constituyeron tribunales de Justicia, presididos por soldados. El pueblo que había ejercido con toda libertad el sufragio vióse, de repente, bajo un Gobierno medioeval, al cual debía someterse incondicionalmente. Duró poco; casi puede decirse desgraciadamente. El Congreso de los Estados Unidos, en 1900, formuló para Puerto Rico una carta de Gobierno civil, en la que se constituía una asamblea legislativa, compuesta de una Cámara Alta ó Senado, donde se sentaba todo el Gabinete del gobernador, formado de seis ministros, y los otros cinco senadores eran nombrados a propuesta de la junta, por el Presidente de la República, y una Cámara con los representantes electos por sufragio popular. Puede notarse, desde luego, que la acción del cuerpo popular de tal parlamento tenía que ser casi nula.

Cuando se instituyó este gobierno comenzó a sentirse inmediatamente un movimiento de reacción en Puerto Rico. Se formaron nuevos partidos políticos, uno de los cuales se declaró abierta y violentamente contra el nuevo orden de cosas. El año de 1902 vine yo a la política de mi patria; conmigo, un sinnúmero de muchachos, procedentes todos de las Universidades norteamericanas. Y un fenómeno digno, muy digno de notarse, se produjo casi instantáneamente. Los hombres de mi época habíamos sido nacidos durante las luchas de los partidos radicales en la isla contra los gobiernos metropolíticos españoles; habíamos formado nuestra naturaleza espiritual en los anhelos de la separación de España; creíamos que, para ser un patriota íntegro y bueno, era necesario que Puerto Rico, como todas las demás colonias sudamericanas, obtuviera su separación y se formara en una república independiente de la Península. Fuimos, ya formada así nuestra inteligencia y nuestra conciencia de adolescentes, a las aulas universitarias norteamericanas. Allí leímos a diario la gran Declaración de Independencia, los principios constitucionales de la gran República; Magna Charta; casi olvidamos las enseñanzas de nuestros primeros

años; aprendimos el idioma inglés mejor que nuestro propio idioma; hacíamos vida espiritual inglesa. Y con ese caudal de asimilación, regresamos a nuestras tierras en el momento en que los Estados Unidos inauguraban el gobierno civil en Puerto Rico.

CIVILIZACION NORTEAMERICANA Y CULTURA ESPAÑOLA

Era natural que todos nosotros estuviéramos al lado de la norteamericanización de nuestra patria. Pero al iniciarse el movimiento de protesta por nuestros viejos luchadores, al volver los ojos hacia atrás, y recordar el glorioso solar castellano, fuimos nosotros los elementos directivos, los hombres graduados precisamente en las aulas universitarias norteamericanas, los que encauzaron la protesta portorriqueña por el cauce de una reivindicación de nuestra tradición racial.

Yo creía tener un caudal inmenso de conocimientos, todo lo que puede adquirirse en una Universidad americana de tipo anglosajón; me entusiasmaban las grandes luchas habidas por la libertad del pensamiento, la separación de la Iglesia y el Estado y el respeto al individuo; mi criterio jurídico se había formado en todas esas doctrinas, y me había olvidado de mi alma, que se había conservado en los recuerdos de mi infancia española. Al primer contacto que hubo entre toda esa artificiosa creación de mi personalidad universitaria con la verdadera y la genuina, la de mi tradición y de mi raza; cuando todo lo que me enseñaron, cuando todo lo que aprendí se puso en contacto y en oposición con los primeros sentimientos de mi vida, me di cuenta de que era imposible, que no había manera alguna de trasformar por los hombres lo que Dios había creado de su propia mano, y rindiendo mi más grandioso homenaje a todo lo excelso de la nación norteamericana, pueblo extraordinariamente libre, justo y noble, se reveló mi alma española, y conmigo la de todos mis compatriotas y amigos de escuela, ante la negación que significaba de nuestra dignidad de hombres una apostasía de nuestra personalidad histórica, y nos lanzamos de una manera decidida a la propaganda, para salvar lo que de una manera indeleble nos habían dado nuestro nacimiento, nuestras tradiciones, nuestra raza, nuestro idioma, nuestra religión...... (*Grandes y prolongados aplausos impiden oír el final del párrafo.*)

La lucha no era fácil; era más bien ardua y empeñada: 3,600 millas cuadradas de territorio, con 1.300,000 habitantes, frente a 115 millones de habitantes y 15 millones de kilómetros cuadrados; además, lo que significa el poderío inmenso de los Estados Unidos, a cuya política le convenía demostrar que su obra de penetración en la América española podía realizarse fácilmente con un éxito de americanización en Puerto Rico. No nos asustó el problema. Te-

níamos fe y habíamos hecho dogma de nuestra lucha que a un pueblo que quiere vivir no hay quien lo destruya. Ministros norteamericanos, corporación norteamericana, fórmulas de gobierno norteamericanas, e intento de supresión de nuestro derecho, de nuestro derecho histórico español; todo ello no amenguaba nuestro entusiasmo, sino que, por el contrario, le enardecía.

EL DERECHO ANGLOSAJON POR EL DERECHO ESPAÑOL

En la Comisión Codificadora, creada para hacer la suplantación del derecho español por el derecho anglosajón, cometieron los dominadores su primera falta, y allí vió Puerto Rico, de una manera clara y definida, su redención, porque comprendimos que no solamente podíamos vivir si conservábamos nuestro derecho y nuestro idioma, sino que teníamos la necesidad de apoderarnos de todas las instituciones norteamericanas que, significando grandeza de espíritu, pudiéramos adaptarlas a la civilización española portorriqueña. Y comprendimos también que nuestra cultura secular podía resistir el empuje de la nueva civilización del Norte.

Cuando comenzaron los comisionados norteamericanos a hablarnos del jurado, de la inviolabilidad del domicilio, de la seguridad personal, de la separación de la Iglesia del Estado, de la libre emisión del pensamiento, encontraron abiertas las puertas de nuestro espíritu; ellos creyeron que iban a abrumarnos con esas fórmulas nuevas, que para el alma española son tan viejas, aunque olvidadas; porque hablarnos del parlamentarismo libre a los hombres que descienden de aquellos que a los reyes les decían: "Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos"; predicar la inviolabilidad del domicilio a quienes pueden comulgar, si bien quisieran, en el recuerdo de los comuneros de Castilla; hablar de la seguridad personal a los que instituimos en aquellos que fueron municipios la dignidad ciudadana, era simplemente llamar a las puertas de conciencias que estaban dormidas para que se despertaran en un grito de redención; porque es fecundo y redentor el grito de resurrección del pueblo portorriqueño dado a través de su recuerdo de esas instituciones....

(*El último párrafo del orador no es posible percibirlo, por expresarse el conferenciante entre clamorosos aplausos del público.*)

Y aceptamos la lucha, dispuestos a aceptar de los Estados Unidos, en nuestra condición del pueblo pequeño, todo lo que no im pidiera el desarrollo de nuestra cultura hispana. En este proceso, que no he de detenerme en relatar, por no ser demasiado extenso, llega una fecha culminante en la historia de Puerto Rico: 1909.

En este año vino la tentativa a que se refirió mi ilustre amigo

el señor Argente, de suprimir el idioma castellano, no en las escuelas, sino como medio de enseñanza en las escuelas; de modo que los maestros se habían de dirigir a niños castellanos en inglés para trasmitirles los conocimientos.

DOS IDIOMAS FRENTE A FRENTE

Sabemos nosotros, sí, sabemos nosotros que el alma de un pueblo es el idioma; y sabemos más: sabemos que los pueblos que tienen el tesón de conservar su idioma viven como pueblos, aún errantes y sin patria, como le sucede al pueblo judío. Y desde el primer momento preferimos ser hombres sin patria, pero conservando nuestro idioma. Comenzó la pelea. ¡Que luche yo, que luchen mis amigos, que luchen los hombres, bien! Pero la resistencia la iniciaron los niños de las escuelas, los niños de seis, de siete, de diez años; esos niños fueron los primeros que se rebelaron. (*Rumores de aprobación.*)

El primer conocimiento que tuvimos los hombres de política de la intentona de suplantar el castellano por el inglés fué una huelga escolar; los chicos de una escuela se declararon en huelga antes de recibir la enseñanza en otro idioma que no fuera el idioma de sus padres, el idioma de su patria.... (*Estrepitosos aplausos.*) Trascendió la cuestión al público, se hicieron eco de ello los periódicos, y llegó al Parlamento. Era realmente gloriosa aquella contienda y digna de ser mejor conocida por todos los pueblos de habla castellana. José de Diego, uno de los hombres cuya memoria es más venerada en Puerto Rico, de patriotismo puro y acendrado, presentó un proyecto de ley en el Parlamento, que no podía ser ley, porque, aun cuando lo aprobara la Cámara de Representantes, la Alta Cámara, compuesta por los ministros norteamericanos, la desaprobaría. El proyecto ordenaba que en las escuelas se enseñara en castellano, y el inglés se tratara como una asignatura privilegiada. Pero no falta en ningún país del mundo (también los hay en Puerto Rico) quienes graciosamente se pongan a las órdenes del dominador, y esos pocos sostuvieron el debate (en castellano) contra el proyecto, pretendiendo imponer el inglés en las escuelas.

Recuerdo yo —para que pueda formarse en vuestros espíritus un verdadero concepto de lo absurda y horrorosa de aquella situación—, recuerdo yo a un diputado de esos *que querían inglés en castellano* (*risas*), que fogosamente defendía la necesidad para el pueblo portorriqueño de que los estudios en las escuelas se hicieran en inglés. No quiero citar su nombre; pero supongamos que se llamaba Pérez y Rodríguez. En medio de su discurso, cuando la discusión había llegado al momento culminante de emoción de la Cámara de Diputados, se levantó riendo uno de los nuestros, y le

dijo: "Yo creeré todo lo que S. S. expone cuando deje de llamarse Pérez y Rodríguez." (*Risas.*) El proyecto fracasó en la Alta Cámara. Luego comenzaron los atropellos: los chicos, a ser expulsados de las escuelas; los que no asistieran a las clases de inglés ni aceptaran la enseñanza en ese idioma, eran puestos en la calle y perdían su educación y su porvenir. Por América acostumbramos a decir que "la pelea es peleando." Nos reunimos, pues, y formamos un instituto castellano: el Instituto José de Diego; los niños que eran arrojados de las escuelas públicas ingresaban en el Instituto, donde se les enseñaba gratuitamente hasta concluir su carrera.

WILSON

Llegó así el pleito a las autoridades norteamericanas en Washington. Poco después subió al Poder el gran Presidente Wilson. Tanto el nuevo Presidente como el partido democrático, para nosotros constituían un recelo, porque sus doctrinas de libre cambio podían traer la ruina de Puerto Rico. De manera que el pueblo portorriqueño rogó a Dios por la derrota de Wilson, sin saber lo que pedía. Pero cuando triunfó el gran Presidente, enviamos a Washington una comisión a exponer los males de Puerto Rico, y encontramos una franca acogida en el Presidente y en los hombres de su partido, a quienes expusimos nuestros deseos y nuestras aspiraciones.

Tenía el Presidente Wilson entre manos en aquellos días el mensaje que dirigió a la Cámara de los Estados Unidos poco después pidiendo la independencia de las islas Filipinas. Aquel papel significaba para nosotros la seguridad de que el pueblo de los Estados Unidos haría justicia a Puerto Rico. El final del mensaje glorioso, refiriéndose a la bandera americana en las islas Filipinas, decía: "Si gloriosa fué la bandera estrellada el día en que los soldados americanos la levantaron en los fuertes filipinos por el derecho de la fuerza, más gloriosa será el día en que se arríe y dé paso a la que represente la voluntad de un pueblo libre." Claro es que, cuando nosotros oimos eso, nos fuimos a la isla con el alma llena de esperanza. Poco tiempo después se presentaba un proyecto de ley en el Congreso americano, en el cual se concedía un amplio gobierno autónomo para Puerto Rico; pero como no podía realizarse inmediatamente el cambio, Wilson mandó a la isla un gobernador con instrucciones liberales, y fueron depuestos todos los ministros americanos y, en su lugar, puestos ministros portorriqueños. Aquel gobernador no actuó jamás sin que se nos llamara a todos nosotros y se nos consultara; y cuando estábamos en divergencia de opiniones, se hacía lo que la opinión pública de nuestro pueblo demandaba.

Vimos nuestra oportunidad; pensamos en que había llegado el momento de la solución de nuestro problema. Pero en la lucha de los diez años anteriores habíamos aprendido una cosa: a saber cómo se lucha con los norteamericanos, a qué terreno hay que llevarlos, dónde y de qué manera combatirlos, y, señores, cómo vencerlos en la noble lucha por nuestras libertades.

Se concedió a Puerto Rico la autonomía, se implantó el nuevo régimen, elegimos nuestro primer Congreso autónomo: Senado y Cámara de Representantes. Mi partido, el partido que quiere que Puerto Rico sea libre, copó casi todos los puestos de elección. El pueblo portorriqueño, en la primera oportunidad que se le ofrecía, votó por su libertad. Frente a nosotros estaba el pueblo más agresivo de la edad moderna, el más fuerte, el de una civilización práctica y emprendedora, cuyas riquezas y recursos eran incalculables; pueblo que en cien años de vida fundó poblaciones babilónicas, inventó los grandes medios de comunicación, impuso su influencia de una manera decisiva entre las demás naciones del planeta..... (*Los rumores de aprobación no dejan percibir al orador*) tal pueblo y tal civilización eran nuestros adversarios, y nosotros, un pueblo español, un pueblo que toca la guitarra, que canta peteneras y danzones y que duerme la siesta, que cifra el orgullo de sus ideales en recordar los tiempos de capa y espada y las serenatas de media noche en las rejas de la amada.... Pues bien; guitarra, seguidillas, capa y espada: ¡llegó la hora! Y el pueblo portorriqueño español, comprendiendo que para vencer necesitaba colocarse a la altura de sus grandes adversarios, realizó su primer acto de gobierno autónomo yendo a unas elecciones generales, donde participaron todos los mayores de veintiún años, y votando la abolición del alcohol, legislando contra el juego, suprimiendo garitos y tabernas, sin tener en cuenta para nada que privaba al Estado del 50% de sus rentas. ¡Viejas teorías españolas de explotar los vicios a favor del Estado! (*Grandes aplausos.*)

GRANDES REFORMAS LEGISLATIVAS

Suprimimos el alcohol, suprimimos el juego; pero nos encontramos sin dinero en el Tesoro insular. Teníamos 350,000 niños de edad escolar, y había que darles escuela a los 350,000 niños, ni a uno menos. (*Grandes y prolongados aplausos.*) Pensamos entonces: pues los ricos que paguen. (*Grandes aplausos.*) Se trasformó nuestro sistema contributivo e impusimos la contribución sobre la renta; la impusimos, sin embargo, con el agrado y sin protestas de los contribuyentes, portorriqueños o extranjeros. Aquí en esta sala, en estos momentos, me escucha un español que nosotros nos enorgullecemos en llamar portorriqueño, que, por virtud de la nueva

ley, paga en concepto de contribución el 40% de sus entradas para las escuelas de Puerto Rico. (*Prolongados aplausos. El público, con marcada insistencia, reclama que el señor aludido se ponga en pie para conocerlo, y el señor Coll y Cuchí hace levantar a don Rafael Fabián, asturiano, que hace cuarenta y seis años que vive en Puerto Rico, produciéndose una ensordecedora ovación.*)

Y de este modo llegamos a formar un presupuesto mucho mayor, el doble del que teníamos cuando se explotaba el alcohol y el juego, a beneficio del Erario público.

Cruzan nuestra isla tantas vías de comunicación, que no hay un rincón de la montaña portorriqueña que no esté unido a la capital por una carretera de primer orden. (*¡Bien!*) Fundamos más escuelas que millas cuadradas tenemos de territorio. (*Aplausos.*) Y para que los hombres tengan desde que nacen el sentimiento y la idea de que todos son iguales, a los niños pobres les damos calzado y comida, a fin de que no se sientan humillados de sentarse junto a los niños ricos. (*Aplausos prolongados.*) Hoy día, Puerto Rico gasta de instrucción pública la mitad de todas sus entradas. Así en higiene, justicia u obras públicas. En empleados gastamos una ínfima cantidad.

Después acometimos la tarea de organizar la justicia. tribunales de justicia independiente; tribunales de justicia donde un simple juez de distrito trae a un ministro a su presencia y le impone una multa por una falta de respeto. (*Grandes aplausos. ¡Muy bien!*) Todo nuestro sistema penal fué reformado, y creamos la institución del Gran Jurado, compuesto de veintitrés hombres, para que conozca de las acusaciones contra los ciudadanos y para que no hubiera en Puerto Rico ningún hombre, por grande que fuera su autoridad, que tuviera el poder de encarcelar a un ciudadano solamente con poner una firma en un mandamiento de arresto. Y cuando eso hacíamos nosotros en ocho años; cuando así nos aprovechábamos de las enseñanzas norteamericanas para hacer ver que un pueblo español era capaz de asimilarse y apropiarse de toda esa civilización, surgió la guerra europea.

NUEVA ETAPA DE LUCHA

Surgió la guerra, y el Presidente Wilson lanzó su célebre frase, que conmovió totalmente al pueblo portorriqueño: "La Humanidad está por encima de América." La Humanidad está por encima de América—nos dijimos nosotros—; pues nosotros somos parte de esa Humanidad, y América está por encima de nosotros. Había que continuar la lucha; no nos bastaba la autonomía: era necesario traer la frase de Wilson a Puerto Rico.

Pronto surgió la oportunidad. Se presentó en el Congreso de

los Estados Unidos la ley del servicio militar obligatorio, excluyendo a los portorriqueños del servicio. Puerto Rico protestó inmediatamente de esta omisión y pidió que sus soldados fueran enviados a los campos de Francia; pero no solamente para participar en el sacrificio, sino también en las glorias de la victoria. Con la protesta de Puerto Rico entramos en el servicio militar, y aquella isla, de 1.300,000 habitantes, alistó 140,000 soldados, sin un solo caso de deserción. Se vió el espectáculo insólito de que un pueblo que no era libre se aprestaba a morir por la libertad de otros pueblos, precisamente bajo la sombra de la bandera que le negaba su libertad. (*Grandes aplausos.*) Y era que nosotros sabíamos que, llegando a tierras europeas, los soldados portorriqueños iban a luchar por la libertad de Puerto Rico.

Pasada la guerra, vino en los Estados Unidos una reacción difícil de explicarse para muchos pueblos europeos. Se hizo una propaganda muy intensa en los Estados Unidos contra la posibilidad de que el pueblo americano volviera otra vez a tomar participación en una guerra europea, y las mujeres, por primera vez, tenían voto. Influencia casi decisiva fué la de las viudas, la de las madres que perdieron tantos seres en los campos de batalla de Francia. Y se derrotó en una lucha electoral el partido de Wilson, quien, por desgracia, fué atacado de una terrible enfermedad y no pudo tomar parte activa en la campaña.

Vino una nueva administración en Wáshington, y, desgraciadamente, se inició en Puerto Rico esa administración con una grotesc y absurda reacción. El gobernador Yager, representante de Wilson, ha sido substituído por otro gobernador, un gobernador que ejercía el oficio de corredor o no sé qué en su pueblo. Ese gobernador llegó a Puerto Rico y se pronunció violentamente contra las aspiraciones nacionales de la isla. No tardó mucho la rebelión. Seis horas después de inaugurado el nuevo Gobierno, el partido unionista había lanzado su voz de protesta y estaba la isla en pie. Empezó la destitución de funcionarios portorriqueños, que fueron substituídos por americanos, y en estos momentos estamos atravesando una dolorosa situación, bien de sentir, porque representa un grave peligro para las buenas relaciones de la isla con los Estados Unidos. La isla, según mis noticias, está en pie contra esa reacción, y mejor y con más valentía que nunca, estando dispuesta a obtener la completa reivindicación de los derechos portorriqueños, y en la absoluta seguridad de que serán obtenidos; porque el pueblo americano, el noble pueblo americano, no puede hacerse culpable de los desmanes de un gobernador inicuo, poniendo la grandeza americana al servicio de los que se enriquecen oprimiendo pueblos débiles. El pueblo portorriqueño funda su esperanza en la nación cuyos cementerios en Francia atestiguan su amor a la libertad; que no

puede concebirse a un pueblo norteamericano liberando a Polonia y haciendo surgir a Bohemia a la vida de la soberanía, y negando la libertad a Puerto Rico, creando una Irlanda en América. (*Aplausos.*)

ENSEÑANZAS PARA HISPANOAMERICA

Esa historia de Puerto Rico a grandes trazos, ¿qué nos enseña a los pueblos hispanos? ¡Ah!, en primer lugar, que no hay que tener miedo a la civilización norteamericana, en su contacto con la civilización española. Esa es la primera y fundamental de todas las enseñanzas. (*Aplausos.*) Su progreso maravilloso en la industria, en las ciencias y en el comercio; su positivismo, que ellos denominan "practicismo;" su culto a las riquezas, no es patrimonio exclusivo del pueblo norteamericano; en tanto que nuestra cultura de dos mil años es únicamente nuestra. Y así vemos que, estudiando sus métodos y adaptando a nuestra vida sus instituciones, somos capaces de formar pueblos españoles, como el de Puerto Rico, donde todos los hombres son iguales, donde no hay nacido alguno que tenga sobre los demás otros merecimientos que los de su honradez y su talento, donde los Tribunales de Justicia son inmaculados, donde el domicilio y la seguridad personal son inviolables, y donde la libertad está por encima de todos los demás atributos de la ciudadanía. Pero la lucha por alcanzar estas cumbres de la civilización resultará estéril si los pueblos hispanoamericanos no nos damos cuenta de la necesidad de una estrecha unión y solidaridad. No unión hispanoamericana, para fiestas, banquetes, discursos más o menos ridículos... (*Los aplausos interrumpen al orador.*)

Hay que darse cuenta, señores, de que somos 110 millones de españoles en el mundo; de que habitamos el territorio más rico y más fecundo de la tierra, y de que la inmensa mayoría de las industrias modernas dependen por completo del suministro de nuestras materias primas. Si nosotros nos enteramos de esto, si luego tendemos la vista hacia la inmensidad de los continentes americanos, si comprendemos el fruto que podríamos sacar de la unión hispanoamericana, ¡cuál no sería el futuro del pueblo español!

Como prueba de lo que afirmo, ocurre ahora a mi imaginación un ejemplo oportuno: Harding convocó en Washington a cuatro poderosas naciones, diciendo al mundo que se limitaran los armamentos y no habría más guerras. Francia, Inglaterra, el Japón y los Estados Unidos se reunieron en Washington en célebre conferencia, y cuando todos esperábamos la fórmula, por virtud de la cual no se derramaría más sangre humana en conflictos horribles como el de 1914, surge un tratado internacional de cuatro cláusulas, cuya primera es que el Japón, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos

se garantizan a cada otra la tranquila posesión de los territorios que tienen en el Pacífico. (*Aplausos.*) ¡De los territorios que tienen en el Pacífico, señores!; y eso es así, sin haberse invitado a ninguna nación de habla castellana a las conferencias, cuando el 76 por ciento de las riberas del Pacífico, descubierto por Balboa, están ocupadas por pueblos españoles. Y yo me atrevo a decir aquí, desde esta tribuna, que si un gobierno español, con un poco de la audacia que llenó el alma de aquellos osados abuelos que se lanzaron a lo desconocido, con la sola esperanza de encontrar un nuevo mundo que conquistar, hubiera inmediatamente extendido una invitación para reunir en Madrid un congreso de Estados españoles...... (*Grandes y estrepitosos aplausos impiden oír al orador el final.*) Porque esa conferencia es factible y es práctica. Podía tratarse de establecer una legislación de aduanas con privilegios iguales y exclusivos, regular de una manera eficiente y práctica el intercambio escolar de alumnos y profesores, estudiar la unificación de las leyes y sistemas militares, mejorar las vías de comunicación, y llegar a la valoración equivalente de la moneda y hasta de los valores nacionales.

¡Ah!, el día que todo eso sucediese, el día que la grandeza hispanoamericana se manifestase de esta forma, ¡con qué cuidado se denunciarían tratados comerciales con España! (*Grandes aplausos.*)

¡OPTIMISMO Y LUCHA!

Pero hay una condición indispensable para llegar al final de tal sendero: tenemos que compenetrarnos de que todos somos españoles, y ello con absoluta sinceridad y entusiasmo; a tal extremo, que se levanten estatuas en las plazas españolas, como héroes de la raza, a Simón Bolívar, a Sucre, a San Martín, a Hidalgo, a Duarte, a Martí, como nosotros a Hernán Cortés, Pizarro, Daoiz, Velarde... (*Grandes aplausos interrumpen al orador.*) Es necesario que no olvidemos que las guerras de la independencia fueron guerras civiles... (*Las continuas ovaciones y aclamaciones impiden oír al orador.*)

...Y para que tal sueño se realice, es necesario que los hombres de mando en todos nuestros países comiencen por llevar a las escuelas y al taller, no tan sólo a los parlamentos, estas ideas. El triunfo de Puerto Rico durante la administración de Wilson, consistió en que el representante de Puerto Rico en el Congreso de los Estados Unidos se levantó en la Cámara una noche, pronunciando palabras similares a las que yo digo aquí ahora; enalteciendo la cultura del pueblo de Puerto Rico, y por ella a pedir su libertad, la libertad de un pueblo, no arrancada por la fuerza de las bayonetas

ni la voz de los cañones, en contienda sangrienta y fratricida, sino la libertad a través de la escuela y del trabajo; de la escuela, que purifica y enaltece el espíritu, y del trabajo, que fecundiza y redime, haciendo grandes a los más pequeños pueblos de la tierra. (*Demostraciones de aprobación.*)

Hay que huir del pesimismo, que embrutece y mata, y mirar la vida cara a cara, con la seguridad del triunfo. A los que piensan en la pequeñez geográfica de España o Puerto Rico, advirtámosles que somos dueños de 36 millones de kilómetros cuadrados de la más rica y fértil tierra; a los que duden de nuestros medios de acción, respondámosles que somos 110 millones de hombres de un mismo pueblo; a los que amarguen nuestra pobreza, que fecundan nuestras tierras cuatro mil ríos, y que guardamos en nuestras grandes montañas, vírgenes aún de la planta del hombre, oro y vida inagotables.... (*Aplausos ruidosísimos.*) Un querido amigo mío exclamaba ayer, en nuestra tertulia del café:—¡Aquí no hay hombres! ¡Y somos 110 millones! (*Grandes risas y aplausos.*)

Con la dejadez en el alma, con la pesadumbre en el espíritu, no es posible ir a ninguna parte. Necesitamos fe; la más pura y la más noble de todas: la fe en nosotros mismos. El porvenir debe alegrarnos; y no amedrentarnos, si llegamos al convencimiento de que será como nosotros queramos que sea. Y si ponemos nuestro esfuerzo en alcanzar la grandeza de nuestros pueblos, a través de una completa solidaridad de intereses y afectos, no sólo en lo ideal y en lo abstracto, sino en la realidad de la política y el comercio, el día en que los grandes, o los que se creen grandes del mundo, se sentaran en una mesa a repartirse a los demás pueblos, no serían almas españolas las que sirvieran para el infame tráfico. (*Ovación extraordinaria.*)

El pueblo español unificado, sería el pueblo español único árbitro y dueño de su propia vida. No nos conformemos con acordarnos de Hernán Cortés y de Pizarro; no nos satisfaga formar en nuestras Universidades sabios que se dediquen a remover sepulcros viejos para producir glorias españolas, no; sino inteligencias luchadoras por la vida, seres que crucen los mares, que sientan la sangre en las venas, que vivan con el anhelo de la victoria y que sepan vencer.

Y creo que es más americana España que europea. España, junto a América del Centro y Sur, y nosotros junto a España y compenetrados íntimamente en amor intenso y en mutuos intereses, teniendo las mismas aspiraciones y sentimientos, no estaríamos alejados ni un minuto más de los grandes movimientos internacionales, y podríamos a todas horas, sin remordimiento de conciencia, hablar de Pizarro, y de Hernán Cortés, y de San Martín y de Simón Bolívar." (*Gran ovación.*)

EL LATIFUNDISMO ES EL VERDADERO ENEMIGO DE LA PEQUEÑA PROPIEDAD Y DEL BIENESTAR GENERAL DEL PAIS

POR LAURO G. CALOCA

ANTO por la variedad de las riquezas de nuestro país, como por las características especiales de los conquistadores, tales como su espíritu aventurero, su vanidad de superhombres, su sed de riquezas y algunas veces las cuentas pendientes que tenían con la justicia de su patria, resolvieron éstos, ante la fecundidad de las tierras descubiertas, permanecer para siempre en el Nuevo Mundo, dirigiendo su codicia hacia la posesión de la tierra, paracuyo efecto se extendieron por todo el territorio.

El oro de las minas—aunque seductor—resultaba una riqueza muy relativa ante la facilidad de adquirir tierras, las cuales, para poseerlas, bastaba una simple solicitud acompañada de unos cuantos medios o reales sencillos y un voto de gracia al Rey, quien, en nombre de los mil títulos de su alta jerarquía gubernamental, expedía testimonios de dominio, medidos y señalados con cinco o seis días de camino recorrido en todas direcciones. Tal hecho hasta la fecha se puede comprobar eligiendo cualquier caso; por otra parte, y como prueba de lo expuesto, ahí está la acción de restitución de ejidos, la que por falta de precisión en los linderos, por la total desaparición de las mojoneras o ya por las excedencias o demasías de los latifundios señalados como detentadores, casi siempre se revierte por la acción de dotación.

Más abajo de los predilectos o distinguidos de los virreyes, había otros que, por su reducida condición social o antecedentes personales, tenían que recurrir a otros medios para adquirir la tierra. Sobre este camino tuvieron ciertas dificultades; sin embargo, tales obstáculos cedían fácilmente ante el servilismo propio de los pretorianos retirados del servicio de las armas. Este es un hecho comprobado, pues les bastaba plantarse en este o aquel lugar, en que bajo el pretexto de servirle al Rey y a Dios, empezaban por adquirir un pedazo de tierra, más tarde otro, sucediéndose esta operación casi año por año. En la carrera vertiginosa de

tan sencillos medios de adquirir la tierra, pronto llegaron a apacer aquí y ahí los mayorazgos.

Esta nueva y desconocida modalidad de la propiedad en nuestro país le ofreció al virreinato un medio seguro de cimentar la tranquilidad pública de la Nueva España. Los reyes dudaron de las ventajas económicas del mayorazgo Más tarde confirmaron sus temores, pues los hombres virtuosos, entre los que se puede citar a Fray Bartolomé de las Casas, con peligro de su propia vida, informaban al Soberano que los mayorazgos se alzaban sobre charcos de sangre inocente, sobre injusticias incalificables. La Historia está llena de relatos fidedignos; pero ¿para qué exhumarlos, máxime si se toma en cuenta que nuestros propósitos son de justicia y no de venganza? Sin embargo, hay que desenterrar ciertos hechos, supuesto que estamos sobre el terreno de las pruebas.

El mayorazgo, casi en su totalidad, comenzó con el crimen más grande: redujo al indio a un pedazo de tierra, dentro de la cual, cautivo como botín de guerra, se le flageló hasta reducirlo a la más exasperante miseria tanto física como moral. Con tales procedimientos se le estrechó con el tiempo dentro de los muros del servilismo más bochornoso. De vez en cuando surgían hombres piadosos, pretendiendo religiosamente suavizar la condición del indio; pero sus propósitos se estrellaron ante la indomable avaricia de los hijos del Sol. ¡Qué diferencia entre nuestros conquistadores y los de los Estados Unidos del Norte! El publicista Carlos Calvo dice en su obra de Derecho Internacional: "Las tribus de indios que se encuentran en la América del Norte, pueden ser consideradas como semisoberanas en sus relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos. Muchas de estas tribus se han sometido a las leyes de la Unión americana. Otras a las del Estado en cuyos límites se encuentran. Algunas, en fin, como sucede a los indios situados al Oeste del Estado de Georgia, conservan el dominio absoluto del territorio que habitan y algunos derechos de soberanía."

"El tribunal supremo declaró que el Gobierno inglés, antes de la emancipación e independencia de las colonias, no se había mezclado en los asuntos interiores de las tribus indias, sino para separar de ellas a los agentes extranjeros que pudieran inducirlas a celebrar alianzas con Estados enemigos o rivales de Inglaterra. El Gobierno inglés se aseguraba por medio de subsidios la alianza y dependencia de las tribus, y adquiría sus tierras por contratos de venta celebrados con entera libertad. Sin obligarlas nunca a cesiones forzosas; resultando de esta conducta que se ha considerado a las tribus indias, durante su dominación en América, como naciones colocadas bajo su protección; pero capaces de gobernarse por sí mismas. Estos principios han sido aplicados por

los Estados Unidos, y la protección solicitada por las tribus y concedida por el Gobierno de la República se ha considerado siempre, por una y otra parte, como el lazo de unión entre un Estado dependiente de otro superior."

Los reyes de España pretendieron, por cuestión de orden público, refrenar la codicia de sus súbditos, para cuyo efecto votaron leyes protectoras. No obstante la distancia en que se hallan tales leyes de los tiempos presentes, se citan todavía como humanas y demasiado avanzadas en relación con las que actualmente rigen a la materia, con la circunstancia muy especial de que cada uno de dichos preceptos, principalmente los que se refieren al uso y posesión de las tierras comunales, subsisten bajo el concepto de imprescriptibles, inalienables; es decir, casi eternas en su observancia. Pero todo fué inútil: rodeados los mayorazgos de los privilegios, sus poseedores, obsesionados por los cortejos oropelescos de sus tiempos y deseosos de borrar su origen plebeyo, optaron, como era natural, por comprar la nobleza digna de su alta jerarquía económica-social.

La historia de cualquier mayorazgo bastaría para probar lo expuesto, pero no podemos detenernos en los dominios del detalle; sin embargo, hay que tratar algunos aspectos de la cuestión, pues es de advertirse que los mayorazgos dieron origen a la nobleza de la Nueva España, de la cual todavía andan por ahí dos o tres figuras decorativas, ocupando pomposamente, bajo el título de "Familias Distinguidas," las principales paginas de nuestras revistas ilustradas.

Los problemas más serios de los conquistadores fueron dos: hacerse ricos y obtener títulos de nobleza para borrar su origen. Respecto de sus riquezas, queda ya demostrado cómo las adquirieron; en cuanto a su pseudonobleza, el punto fué más fácil; bastaban dos o tres talegas de pesos fuertes y un presente ¡muy especial! para su majestad el Rey, para adquirir los mencionados títulos a la vuelta del primer barco.

Los priviligiados fueron muchos, pero aquí sólo citaremos a aquellos cuyos dominios—aunque desmembrados actualmente por motivos que más adelante expresaremos—subsisten aún bajo proporciones fanáticas. Sin duda que no basta citarlos para probar lo expuesto; pero, al referirnos a cada uno de ellos, tendríamos que descender al detalle, hecho que rehuímos por cuestión de orden moral; por otra parte, no lo creemos necesario, supuesto que su espíritu y memoria aún palpita en el alma de la leyenda nacional. Entre los más populares se hallan los siguientes: Marqués de Selva Nevada, Marquesado del Valle, Duque de Monteleón, Conde de Regla, Marqués de Rivascacho, Conde de San Mateo, Marqués de Ulupa, Conde de Medina y Flores, Duque de Abrantes y Linares, Conde de la Enjarada y Mejorada (Conde

del Valle de Orizaba). Conde de la Cortina, Conde del Valle del Suchil, Conde de Santiago y Marqués de Salinas, Conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, Marqués del Valle Ameno, Marqués del Jaral de Berrio, Marqués de Belgida, Marqués de Ostañiza, Marqués de Pánuco, Conde la Torre de Cosío, Conde Rábago, Conde de San Pedro del Alamo, Conde Zepa, Conde de Sierra Gorda, Marqués de San Juan de Rayas, y Vizconde de Sardaneta, Conde de la Presa de Jalpa, Conde Moctezuma, Marqués de San Miguel de Aguayo, Conde de San Bartolomé de Xala, Marqués de las Torres de Rada, Conde de Miravalle.....

Por un contraste muy explicable dentro de los dominios de la sociología, los hijos de los nobles enderezaron sus actividades tanto físicas como intelectuales por los senderos obscuros de la vida eclesiástica. No podía ser de otra manera, supuesto que la ciencia y el reparto de la gloria estaba en manos de la Iglesia. El resultado de esta modalidad social le prestó al clero la mejor oportunidad para adquirir dos dominios: las riquezas del país y la conciencia de las familias, las que se vanagloriaban de tener curas y monjas entre sus miembros.

Con tales ventajas, la Iglesia fué poco a poco monopolizando todos los poderes del país, sorprendiéndola la Guerra de Reforma tan poderosa, que verdaderos esfuerzos hicieron los reformadores para quitarle el poder público, dejándole desgraciadamente o por un fenómeno inherente dentro de los postulados de las guerras de conquista, lo principal: las riquezas, las cuales, por previsión, puso hábilmente el clero bajo el derecho privado de sus incondicionales, burlando de esta manera los preceptos prohibitivos de la Constitución de 57.

Desde el punto de vista histórico creo sinceramente haber delineado el origen y proceso de la grande hacienda de nuestra República, lamentando demasiado haber tratado con tanta generalidad el asunto, pero no podía ser de otra manera, más si se toma en cuenta que estoy muy lejos de los propósitos de los historiadores de oficio; sin embargo, marcho tras la prueba de los hechos incontrovertibles, los cuales, por su propia virtud, hablan más alto que la palabrería hueca e insustancial de los asalariados intelectuales de los latifundistas.

En artículos subsecuentes trataré otros aspectos de la grande hacienda, tan importantes como el que dejo expuesto, reservándome los siguientes artículos, que en breve publicaré bajo los títulos de: *El latifundio desde el punto económico, El latifundio bajo el concepto jurídico.*

LA SEPTIMA SINFONIA

POR JESUS VILLALPANDO

IENTRAS cierta gente se preparaba para asistir, a las once de la mañana, otra se reunía, como en el memorable pasaje de "Il Piacere" de D'Annunzio, para escuchar la voz de ese dios olímpico que es Beethoven, quien, en la marmórea estructura de sus sinfonías, interpretó los temas todos de la pasión y de la belleza humanas.

Me referiré especialmente a la Séptima Sinfonía y dejo de comentar por ahora la Segunda, ejecutada en la misma audición por la Orquesta Sinfónica Nacional, pues de ella mucho se ha dicho en la última temporada de conciertos.

Parece imposible que en un cerebro humano se llegue a complicar, tan armónicamente, el sentimiento estético de la danza con el sentimiento estético del dolor y de la muerte.

Cabe preguntar: ¿La danza es, acaso, síntoma del dolor? ¿Acaso los griegos, amantes de la belleza de la vida, y para atenuar el dardo tenaz de la dolencia humana, física y moral, se refugiaron en el Arte como en el más bello templo donde se pueda sentir la tranquilidad del espíritu? ¿Acaso Beethoven recogió ese sentimiento helénico y en la Séptima Sinfonía quiso ahogar el dolor de su vida triste y el presentimiento de la muerte con los movimientos rítmicos de la alegría, que están sintetizados en la danza? De seguro que sí. Su oído, cerrado para los rumores de fuera, sólo escuchaba las voces interiores que emanaban de su dolor secreto, resignado y soberbio, y en esta sinfonía destiló el misterio de su vida, amalgamando, con el anhelo del placer, la mole poderosa del dolor.

Difícilmente obra alguna humana—y si acaso habrá que recordar a Laocoonte—haya sido parida—"Paries in dolore"—como la Séptima Sinfonía. Los temas se engarzan sinfónicamente y con armonía, desde el principio del "Poco sostenuto." Este tiempo empieza con tres acordes magistrales que dan, que sugieren el presentimiento de la muerte.... La muerte es la dominadora, la que preside toda la estructura musical del genio: se siente como un escalofrío, cual si estuviéramos a la vera del sepulcro y ya no hubiera para nosotros redención. Y, de pronto, surge el tema de la

danza, en cinco notas que ya no abandonarán jamás la obra maestra, modulándose gradualmente en todos los tiempos de la partitura, pasando por el "Allegretto," el "Presto" y hasta el "Allegro" final, como Ménades sollozantes que quisieran entrelazar sus brazos de muerte con el abrazo rítmico de las Gracias de Botticceli.

Ningún genio, excepto Sófocles, ha realizado el sentimiento de la tragedia de la vida, cual lo ha logrado Beethoven. ¿Sería posible alguna vez realizar en nuestra vida de espectáculo el que nosotros, alejados de la atmósfera de los genios, pudiéramos, en algún momento, por breve que fuese, reunir el espíritu dionisíaco de la danza que flota en la Séptima Sinfonía, con la aceptación de la muerte?.....

Esto sólo pertenece al espíritu wagneriano.....

Conocimientos Utiles

LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD

POR L. BOLTON (*)

EL lector estará probablemente familiarizado con el método de determinar la posición de un punto en un plano, por sus distancias a dos ejes perpendiculares; y si el punto está en el espacio, por sus distancias a tres planos perpendiculares entre sí, como lo son las tres paredes de una caja cuadrada que convergen en una esquina. Este método se emplea también para expresar las relaciones entre varias cantidades por medio de gráficos o diagramas. Estos sistemas de ejes (este es el nombre que se da a las líneas perpendiculares) y las escalas que se emplean para medirlos, se suponen rígidos e indeformables, pues de otro modo no quedarían bien determinados los puntos o fenómenos referidos en ellos. Las longitudes que fijan un punto con relación a un sistema de ejes se llaman sus coordenadas.

Cuando estos sistemas de ejes se emplean para el estudio de fenómenos físicos, es preciso añadirles, además, unos relojes que precisen el tiempo en que ocurre un suceso determinado. Estos relojes deben estar sincronizados y tener la misma marcha; bástenos hacer constar que ambas cosas son posibles sin indicar cómo se logra su realización. Un sistema de ejes, con sus relojes, puede llamarse

---

(°) A principios de 1921, el señor Eugene Higgins, multimillonario de los Estados Unidos, ofreció un premio de $5,000 al que supiese vulgarizar, en menos de 3,000 palabras y sin el auxilio del lenguaje matemático, los fundamentos de la teoría de la relatividad.

Acudieron al concurso gentes de casi todos los países, hasta de las jóvenes repúblicas de Checoeslovaquia y Yugoeslavia y del Africa del Sur, y no faltaron tampoco artículos procedentes de naciones hispanoamericanas (Chile, México, Cuba).

Ha obtenido el premio de los 5,000 dólares L. Bolton, de Londres, con un artículo de 2,919 palabras, verdadera obra maestra de vulgarización.

un *sistema de referencia,* y podemos siempre suponer que todo observador dispone de uno de esos sistemas, que participa de su movimiento. Todos los objetos que participan del movimiento del observador pertenecen también a su sistema.

Se presenta la cuestión de si entre todos los posibles sistemas de referencia habrá alguno o alguna especie de sistema más a propósito que los otros para el estudio matemático de las leyes físicas. La experiencia debe contestar a esta pregunta, y la relatividad es una teoría que pretende dar la respuesta.

EL PRINCIPIO MECANICO DE RELATIVIDAD

Se ha afirmado que todos estos sistemas de referencia son igualmente adecuados para el estudio matemático de las leyes generales de la mecánica, siempre que su movimiento sea rectilíneo, uniforme y sin rotación. Este hecho está comprendido en el principio general que dice: "Todos los sistemas de referencia no acelerados son equivalentes para el estudio de las leyes generales de la mecánica." Este es el principio mecánico de relatividad.

Ha sido reconocido que las leyes de la dinámica envuelven dos suposiciones:

1.ª Las dimensiones de los cuerpos rígidos no son afectadas por el movimiento del sistema de referencia.

2.ª Tampoco son afectadas por igual causa las medidas del tiempo.

Es decir, que una longitud, medida en su propio sistema por dos observadores móviles, aparece la misma para los dos; o expresado de otro modo: que la longitud de un objeto y la marcha de un reloj no se alteran, cualquiera que sea el movimiento del observador. Parecen tan evidentes estas suposiciones, que cuesta trabajo convencerse de que no son más que hipótesis. Y en este caso, además, son falsas las dos.

EL PRINCIPIO ESPECIAL DE RELATIVIDAD

Aunque todos los sistemas de referencia, no acelerados, son equivalentes cuando se trata de estudiar leyes mecánicas, no ocurre lo mismo con las leyes físicas en lo referente a las anteriores suposiciones. Las leyes electromagnéticas cambian de forma con arreglo al movimiento del sistema de referencia; es decir, que si las suposiciones anteriores fuesen ciertas, los agentes electromagnéticos actúan de distinto modo, según el movimiento del sistema de referencia en que tienen lugar los fenómenos. No hay nada imposible en ello *a priori,* pero no se puede probar experimentalmente. El movimiento de cada punto de la tierra está cambiando de hora

en hora; pero tales cambios no ocurren en las acciones electromagnéticas. Debía, pues, haberse supuesto que, prescindiendo de aquellas suposiciones, desaparecería la dificultad y que las leyes electromagnéticas conservaban su forma bajo todas las circunstancias de movimientos no acelerados. De acuerdo con la teoría de la relatividad, la hipótesis correcta que reemplaza a aquellas suposiciones se deduce de los siguientes postulados:

1.° Un observador no puede determinar el estado de movimiento acelerado de su sistema por ningún experimento realizado dentro de su propio sistema.

2.° La medida de la velocidad de la luz *en el vacío* no es afectada por el movimiento relativo entre el observador y el foco luminoso.

Ambos postulados han sido comprobados experimentalmente. Una prueba del primero es la dificultad que experimenta el viajero de un tren parado en una estación junto a otro que empieza a moverse lentamente, para determinar si es su propio tren o el lateral el que se ha puesto en marcha. El viajero debe comprobar si ha sufrido una sacudida (es decir, una aceleración) o mirar un punto que sabe que está fijo, tal como un edificio (es decir, efectuar un experimento con algo que está fuera de su sistema) antes de decidirse en un sentido o en otro.

El segundo postulado es una consecuencia inmediata de la teoría ondulatoria de la luz. Del mismo modo que las ondas marchan en el agua con una velocidad independiente de la del barco que las formó, así las ondas luminosas marchan en el espacio con una velocidad que no guarda relación con la del foco que las dió origen. El hecho, sin embargo, ha sido comprobado experimentalmente, y puede demostrarse independientemente de cualquier teoría de la luz.

No es difícil deducir de estos postulados algunas conclusiones notables referentes a los sistemas de dos observadores, A y B, en movimiento relativo, y entre otras, las siguientes:

1.ª Los objetos del sistema B le parecen a A que se han acordado en la dirección del movimiento relativo.

2.ª La opinión es recíproca. B cree que las medidas del sistema A son demasiado grandes.

3.ª Lo mismo ocurre con los tiempos. Cada observador piensa que el reloj del otro marcha más lentamente que el suyo. Así, las duraciones del tiempo de B le parecen más cortas a B que a A, y recíprocamente.

4.ª Los sucesos que son simultáneos para A no lo son para B, y recíprocamente.

5.ª Las longitudes en ángulo recto con la dirección del movimiento no están afectadas por éste.

6.ª Estos efectos varían con la relación de la velocidad relativa

a la de la luz. Mientras más grande es la velocidad relativa, tanto mayor es el efecto. Dos efectos desaparecen si no hay velocidad relativa.

7.ª Para las velocidades corrientes los efectos son tan pequeños que no se perciben. Lo verdaderamente notable es su existencia y no su magnitud.

8.ª Similarmente los observadores aprecian de distinto modo las velocidades de los cuerpos de otros sistemas. La velocidad de la luz, sin embargo, aparece la misma para los dos observadores.

Teniendo en cuenta estos nuevos puntos de vista de longitudes y tiempos, el principio mecánico de la relatividad puede extenderse a las leyes de la Física del siguiente modo: "Todos los sistemas de referencia no acelerados son equivalentes para el establecimiento de las leyes generales de la Física." Expresado bajo esta forma, toma el nombre de Principio especial de la relatividad o Principio restringido de la relatividad, porque está restringido a los sistemas de referencia no acelerados. Naturalmente, las leyes de la mecánica clásica necesitan algunas modificaciones, desde el momento en que no son aplicables las hipótesis de la inalterabilidad de los tiempos y las longitudes.

EL CONTINUO DE CUATRO DIMENSIONES

Las longitudes y el tiempo, por lo tanto, no tienen el carácter absoluto que antes se les atribuía. Tal como hoy se nos presentan a nosotros, son sólo relaciones entre el objeto y el observador que cambian cuando cambia su movimiento relativo El tiempo no puede ser considerado como algo independiente de la posición y el movimiento, y se nos presenta el problema de averiguar qué cosa es el tiempo.

La única solución posible es la de considerar a todas las cosas como existentes en un mundo de cuatro dimensiones: tres de ellas, las conocidas, anchura, longitud y espesor, y la cuarta, el tiempo. El término "espacio" es aplicable solamente por analogía a una región determinada; se le ha dado el nombre de "continuo," y la cosa análoga a un punto en el espacio ordinario de tres dimensiones ha recibido el nombre de "suceso." Bajo el nombre de "dimensiones" se conoce una de las cuatro cantidades independientes que fijan un suceso en el continuo. No es posible una representación mental del continuo; la naturaleza humana carece de las facultades necesarias para ello.

En este aspecto, los matemáticos gozan de una importante ventaja: no pueden representarse mentalmente las cosas de mejor modo que la demás gente; pero sus símbolos les permiten extraer las propiedades relevantes de las cosas y expresarlas bajo una for-

ma apropiada para ser tratada con exactitud, sin necesidad de representación gráfica alguna y sin preocuparse de si esas propiedades son o no aquellas en las que se apoyan otros para sus conceptos.

GRAVEDAD Y ACELERACION

La limitación de los principios fundamentales a los sistemas animados de movimiento uniforme no es completamente satisfactoria.

El verdadero concepto de una ley general parece ser opuesto a la idea de limitación. Sin embargo, las dificultades que se oponen al establecimiento de una ley que afecte a todos los observadores animados de movimientos, con diferentes y variables aceleraciones, son demasiado grandes. Las aceleraciones implican la existencia de fuerzas que tal vez destruirían la expresión de algún principio general de la dinámica, y, además, la manera de medir varillas y relojes sería tan extraña, que llegarían a dejar sin sentido palabras como "rigidez" y "tiempo medido," y, por lo tanto, excluiría el uso de escalas rígidas o de un sistema rígido de preferencia, base de las observaciones siguientes.

El siguiente ejemplo, tomado de Einstein, aclarará estas ideas e indicará, además, un modo de eludir la dificultad Se trata de un sistema rotativo; pero como la rotación es un caso particular de la aceleración, puede servir de ejemplo de cómo deben tratarse en general los sistemas acelerados. Como vamos a ver en seguida, la atribución de aceleración a un sistema es sólo un tablero del andamiaje, que puede ser separado cuando la teoría general haya tenido ulteriores desenvolvimientos.

Examinemos los experimentos que podría hacer un observador situado sobre un disco giratorio y sin medios directos de percibir esta rotación. Este observador referirá todos los fenómenos ocurridos en el disco a un sistema de referencia fijo en éste, y dotado, por lo tanto, de un mismo movimiento de rotación. Notará este observador, al pasearse por el disco, que él y todos los objetos que le rodean sufren la acción de una fuerza que tiende a separarlos de un cierto punto, y que se va aumentando con la distancia a ese punto, que no es otro que el centro de rotación, aunque el observador no lo reconozca como tal. El espacio del disco en cuestión presenta las propiedades características de un campo gravitatorio. La fuerza de este campo difiere de la debida a la gravedad en que tiende a alejar los objetos del centro, en vez de aproximarlos, y en que la ley de las distancias no es exactamente la misma; pero esto no afecta a las propiedades características de actuar sobre todos los cuerpos del mismo modo y de no poderse anular su acción sobre un cuerpo por la interposición de otro que sirva de pantalla. Un ob-

servador que conociese la rotación del disco diría que esa fuerza es la fuerza centrífuga, esto es, la fuerza debida a la inercia, que siempre hace actuar el cuerpo cuando sufre una aceleración.

Supongamos ahora que el observador permanece en el punto del disco en el que no se siente fuerza alguna, y que intenta encontrar la relación entre la longitud de una circunferencia con su centro en aquel punto, y un diámetro, midiendo ambas longitudes por las sucesivas aplicaciones de una reglilla graduada. Cuando esta reglilla se apoya sobre la circunferencia, está animada de un movimiento longitudinal respecto al observador y estará sujeta a contracción según la opinión de éste.

Por el contrario, cuando se coloque radialmente, para medir el diámetro, no debe ocurrir esta contracción. La reglilla, por lo tanto, habrá de aplicarse más veces, relativamente, sobre la circunferencia que sobre el diámetro, y la relación entre estas magnitudes será más grande que 3.14159, que es su valor nominal. Sin embargo, la velocidad decrece a medida que nos acercamos al centro, y la construcción será tanto más pequeña cuanto menor sea el círculo, y la relación de la circunferencia al diámetro obtenido por esta experiencia se aproximará tanto más a su valor normal cuanto más pequeño sea el círculo considerado. Para círculos cuyo centro no esté en el punto de fuerza nula, la confusión será todavía más grande, pues las velocidades relativas al observador de los diversos puntos cambian al pasar de uno a otro. Toda nuestra concepción de la geometría queda, por lo tanto, desorganizada. La rigidez pasa a ser una palabra sin sentido desde el momento que los patrones con que puede ser comprobada están sujetos a alteración. Estos hechos se expresan diciendo que el espacio medido por el observador es "no euclidiano;" es decir, que en la región considerada los resultados de las medidas no están de acuerdo con el sistema de Euclides.

Igual confusión alcanza a los relojes. Dos relojes no marcharán, en general, del mismo modo, y un mismo reloj alterará su marcha cuando cambie su estado de movimiento.

EL PRINCIPIO GENERAL DE RELATIVIDAD

La región requiere para su estudio una geometría del espacio-tiempo, y es de observar que esta geometría especial está asociada a un campo gravitatorio definido; si este campo de gravitación deja de existir, por ejemplo, si el disco del ejemplo anterior queda en reposo, desaparecen todas las irregularidades de las medidas y la geometria de aquella región se convierte en geometría euclidiana. Este caso particular aclarará las proposiciones siguientes, que forman la base de esta parte de la teoría de la relatividad:

1.ª A cada campo gravitatorio está unido un sistema de geo-

metría; esto es, una estructura de espacio medible peculiar a aquel campo.

2.ª La masa de inercia y la de gravitación son una misma cosa.

3.ª Como en tales regiones fallan los métodos ordinarios de medida por la falta de fijeza de los patrones, es preciso que los sistemas geométricos sean independientes de cualquier género de medidas.

4.ª La geometría del espacio sin campo gravitatorio es la euclidiana.

La conexión entre un campo gravitatorio y su geometría particular, que nos ha sido así sugerida por el estudio de un caso especial, en el que la aceleración era la causa común, se extiende a todos los casos, cualquiera que sea la causa originaria del campo de gravitación.

El campo gravitatorio aparece en presencia de la materia. Supónese, por lo tanto, que la materia va acompañada por una geometría especial, como si gozase de la propiedad particular de producir una arruga o torcedura en el espacio, que hace inaplicables los métodos geométricos de Euclides; tal vez fuera más exacto decir que la geometría euclidiana es la forma especial adoptada por la geometría general cuando la materia no aparece o está tan distante que carece de influencia. La alteración del concepto de aceleración no es, después de todo, un cambio de punto de vista demasiado violento, pues que se supone que bajo algunas circunstancias el observador no se da cuenta de la aceleración. De lo único que se da cuenta es de la coexistencia del campo gravitatorio y de su geometría.

El intento de formar un sistema de geometría que no dependa de medición alguna parece, a primera vista, irrealizable. Sin embargo, ha podido formarse. Consiste este sistema en definir los puntos, no por sus distancias a líneas o planos fijos (puesto que esto envuelve la noción de medida), sino asignándoles números arbitrarios, a manera de rótulos indicadores, que no guarden relación alguna con distancias determinadas, del mismo modo que se fija la posición de una casa en una ciudad por el nombre de la calle y el número correspondiente. Si se hace esta rotulación de un modo sistemático y cuidando de que los números rótulos de dos puntos consecutivos difieran el uno del otro cantidades infinitamente pequeñas, puede llegarse a formar un sistema de geometría. Tal vez aparezca esto menos artificioso a nuestra mente si se recuerda que aun en el caso de poder utilizar patrones de medida necesitamos asignar números a las longitudes de los objetos para poder someterlos al cálculo, que es precisamente lo que se hace en este caso. Este sistema de rótulos lleva el nombre de *coordenadas gaussianas* por haber sido propuestas por el matemático Gauss

Las leyes de la Física deben ser formuladas mediante *coordenadas gaussianas* si han de tener toda su más amplia generalidad, y el principio general de la relatividad es que *todos los sistemas gaussianos son equivalentes para el establecimiento de las leyes físicas.* Con este objeto, el sistema de los rótulos no se aplica al espacio ordinario, sino al continuo espacio-tiempo de cuatro dimensiones. El concepto es bastante difícil y puede agravarse esta dificultad y convertirse en imposibilidad para los que esperen llegar a representárselo claramente. Afortunadamente esto no es necesario; se trata sencillamente de una de esas empresas irrealizables que intentan frecuentemente los que no están acostumbrados a pensar en símbolos.

Es de observar que entre todas las leyes de la Física ocupa un lugar preeminente la de la gravedad, pues ella es la que determina la Geometría, y ésta, a su vez, la que da forma a las leyes restantes. La conexión entre la Geometría y la gravitación es la ley de la gravedad. Esta ley ha sido estudiada y se ha llegado a la conclusión de que la célebre ley de Newton, de la proporcionalidad inversa al cuadrado de la distancia, es sólo aproximada, aunque esta aproximación sea la suficiente para poderla considerar como exacta cuando se estudian casi todos los movimientos de los cuerpos celestes situados dentro de los límites de nuestra observación. Como ya hemos dicho, la separación respecto del sistema de Euclides se acentúa con la rapidez del movimiento, y los movimientos de casi todos los cuerpos celestes son lo bastante lentos para no dar lugar a esa separación. En el caso del planeta Mercurio, el movimiento es lo suficientemente rápido para dar lugar a una irregularidad que en vano trataron de explicar los astrónomos y que ha sido explicada por la nueva y más general ley de la gravedad.

Otra consecuencia de esta ley es la de que la luz está sujeta a la gravitación. Esto ha dado lugar a dos predicciones, de las cuales se ha comprobado una. La otra está todavía sin confirmar, y son grandes las dificultades de las observaciones necesarias para ello.

Desde el momento en que la luz está sometida a la gravedad, dedúcese que la constancia de su velocidad, supuesta en la mayor parte de este artículo, no puede lograrse en un campo gravitatorio. No se trata de una incongruencia. La velocidad de la luz es constante durante la ausencia de la gravedad, condición que implica la existencia de un movimiento sin aceleración. El principio especial de la relatividad es, pues, un caso límite del principio general.

LA LEY DE CONSTANCIA VITAL SEGUN RENE QUINTON

POR A. R.

LAS teorías biológicas de René Quinton han tenido una aplicación terapéutica universalmente reconocida: las inyecciones de agua de mar, que producen tan asombrosos resultados para vigorizar el organismo decaído, resultados casi invariables en los casos infantiles, y algo menos, naturalmente, en los casos adultos.

Con todo, esas teorías biológicas, en sí mismas, son consideradas con cierta desconfianza por los especialistas, hombres reducidos al estudio o tratamiento técnico de dos o tres puntos concretos, a quienes infunde sospecha generalmente toda explicación vasta que ambicione abarcar el fenómeno total de la vida.

Pero el estudioso no puede dispensarse ya de conocer los trabajos de Quinton, primero porque todo está en todo y alguna parte de verdad ha de haber en hipótesis biológicas cuyas aplicaciones terapéuticas no fracasan; y después porque, en torno a tales estudios, se ha formado ya una atmósfera de cultura.

El sistema de Quinton, su interpretación de la vida—a que llega mediante un proceso complicado de supuestos y comprobaciones experimentales—queda resumido en la ley de constancia vital:

La vida animal, reducida a su último elemento, a su unidad —la célula viva—tiende a mantener, a través del tiempo y a pesar de todas las variaciones ambientes, las condiciones de su existencia primitiva.

Estas condiciones son: primera, medio acuático marino (el contenido de la célula es el agua de mar: en el mar se produjo la primera vida); segunda, concentración salina de 8 por 100; y tercera, temperatura de 44° centígrados.

Como se ve, la ley de constancia vital se funda en tres leyes parciales: primera, la ley de constancia marina; segunda, la ley de constancia térmica; y tercera, la ley de constancia osmótica y salina. Estas leyes, claro está, se realizan sólo como tendencias.

He aquí, pues, una idea que corrige, en un profundo sentido,

la antigua idea de la adaptación al medio. La vida se adapta al medio, sí, pero no como cosa maleable y plástica, sino como elemento combativo y terco que hace transacciones parciales, a fin de salvar, hasta donde puede, el mantenimiento del estado primitivo.

Esta noción procede de descubrimientos y nóciones anteriores, a los cuales, a su vez, da la congruencia que les faltaba. Y Quinton reconstruye así la historia de la vida:

La vida apareció en el Globo a una temperatura de 44 grados. Esta es la temperatura más favorable a los procesos vitales. Es también la más elevada que la célula animal tolera. En esta época pudieron aparecer los animales de sangre fría, los reptiles, cuya temperatura es exactamente la misma del ambiente.

Pero, en su lentísimo enfriamiento, la temperatura de la tierra bajó a 42°. Entonces los reptiles, equilibrados térmicamente con el medio, bajaron también a 42°. Y así, a medida que descienda la temperatura terrestre, descenderá la de los reptiles.

Y entonces aparecen los animales de sangre caliente. Ante el enfriamiento progresivo del Globo, la tendencia a la constancia vital produce un calentamiento progresivo de la sangre o jugo animal (agua marina). Y así aparecen nuevas especies, dotadas del poder de recuperar por sí el calor que el ambiente ha ido perdiendo.

Cuando, de 44°, la temperatura terrestre bajó a 42°, se produjo una especie capaz de calentar sus células a dos grados más que el medio ambiente: a los 44° primitivos. Cuando la temperatura baja a 40°, la especie anterior, que sólo puede calentarse a dos grados más, baja a 42°. Pero entonces se produce un nuevo organismo, capaz de elevar su temperatura a cuatro grados más que el ambiente, para lograr de nuevo los 44° primitivos. Y así, aparecen animales cada vez más calientes, en tanto que las primeras especies van decayendo con el enfriamiento sucesivo, y al fin perecen.

En efecto, la vida, con el frío, languidece. La vida quiere la actividad, y la actividad requiere calor. Cuando el animal no resiste el frío por su propio calor, se arrastra y vive como en sueños. De aquí el estado "hiberante," el sueño invernal que se apodera de ciertas especies. Ante el fenómeno de la "hiberación," Quinton tuvo el primer vislumbre de su teoría: "La vida—se dijo—no puede producir seres para que duerman. Esto es una enfermedad, una decadencia."

La hipótesis de Quinton exigía: primero, que los mamíferos y aves se escalonasen térmicamente según su orden de aparición en la tierra; segundo, que los más antiguos vertebrados de sangre caliente tuviesen una temperatura específica casi reptiliana; tercero, que la temperatura animal fuese creciendo a medida que nos

acercamos a las especies más recientes; y cuarto, que los organismos más recientes tuviesen una temperatura muy próxima a 44°. Cuando Quinton formuló su hipótesis, estos hechos no estaban aún demostrados. Posteriormente han quedado demostrados todos.

La hipótesis no puede ser más sugestiva y, desde luego, asigna a la inteligencia—orgullo del hombre—un papel secundario. La naturaleza produjo la inteligencia, y siguió adelante; y el pájaro es una creación más reciente que el hombre. Ya lo sospechábamos por su sobriedad y elegancia.

No es extraño que las mentes de orientación filosófica se hayan sentido atraídas por esta hipótesis, de la cual han sacado, algunos, curiosas consecuencias.

Jules de Gaultier, por ejemplo, en *La dependencia de la moral y la independencia de las costumbres,* dice: "La vida emplea todo su genio en ponerse al amparo de todo cambio, en construirse fortalezas para mantener la constancia de las condiciones que acompañaron a su génesis. El cambio no está en la vida. Hay que corregir a Spencer. El cambio está en los aparatos que la vida crea para mantener su propia fijeza. La fijeza domina la evolución. La fijeza es el principio, y la evolución el corolario. La inteligencia humana, que no es ya el producto último de la vida, sólo aparece como un procedimiento de constancia (medio transitorio de "calefacción") paralelo a los procedimientos directos que emplean otros organismos. La ética misma y el desarrollo de las sociedades pueden, finalmente, explicarse como una función del enfriamiento del Globo. Porque, como dice Raymond de Passillé, la moral aparece cuando la lucha contra el ambiente frío se hace ya tan ruda, que la humanidad, para continuar viviendo, debe modificar sus instintos al punto de refrenarlos. De aquí a explicar el Protestantismo y el Puritanismo como frutos de climas fríos no hay más que un paso. La teoría de los "deseos reprimidos," de Freud, resulta típicamente septentrional. Y la actividad excesiva de las razas del Norte es una defensa contra el frío (lo mismo que sus vocales cerradas y la pronunciación a boca abierta)."

Rémy de Gourmont que, con el grupo del "Mercure de France," ha contribuído tanto a propagar las teorías de Quinton, traslada así la ley de constancia térmica al terreno de la psicología: "Siempre había yo creído que la inteligencia humana se mantiene, a través de los siglos, invariable en su fondo y en sus poderes; pero no sabía cómo fundamentar esta creencia, cuando he aquí que los trabajos de M. Quinton vienen en mi auxilio. En cuanto quedó constituída la especie humana, sus posibilidades intelectuales quedaron establecidas y fijadas como su misma fisiología." Naturalmente, esto se aplica a la especie, no al individuo, que es capaz de determinado desarrollo. Además, hay que distinguir la facultad intelectual, constante, del contenido mismo de la inteli-

gencia, de las nociones, que son mudables. Y así como aparecen nuevas especies para nuevos esfuerzos térmicos, así piensa Gourmont que aparecen las nuevas razas. "Cuando ya la civilización egipcia supera las fuerzas de la inteligencia egipcia, aparece la inteligencia griega y produce el esfuerzo necesario; cuando la civilización griega desborda la inteligencia griega, he aquí que surge la inteligencia romana; cuando la civilización romana escapa ya a sus creadores, acude la inteligencia celtogermánica." Y de este modo el nivel tiende a mantenerse.

LA SALUD Y EL BUEN HUMOR

POR CAMILO MELINAU.

L buen humor proviene, frecuentemente, del estado de nuestra salud, por lo cual debemos esforzarnos en conservarnos bien, teniendo en cuenta que la higiene es el comienzo de la paz. Debemos procurar por el buen estado de nuestro amor propio, porque la vanidad contrariada perturba las almas serenas. Igualmente debemos esforzarnos en ser simpáticos a nuestros semejantes, pues con frecuencia el buen humor es sólo la satisfacción de sentirnos queridos.

Pongamos orden en las cosas, en las ideas y en los actos; porque la confusión, el desorden y la incertidumbre destruyen el equilibrio y alteran el contento.

Cumplamos, en fin, con nuestro deber; porque el placer que produce la tarea realizada, es superior a todas las satisfacciones.

El mal humor es un cambio, un conflicto de tendencias, una fluctuación, como decía Spinosa. Hieren nuestro amor propio: conflicto entre el elogio que nos hacemos de nosotros mismos y el crédito que concedemos a la opinión del prójimo. Se nos señala con aversión: conflicto entre la fatuidad que nos conduce a creernos amables y la inquietud en que nos pone la experiencia de lo contrario. El desorden nos irrita, porque entre cosas o ideas mal clasificadas nos sentimos dudosos e inquietos. El remordimiento nos atormenta, porque es un conflicto entre el orgullo natural y la humillación que nos sugiere la conciencia de un acto malo. Así es que el mal humor dimana del desacuerdo con nosotros mismos.

Para hallar el contento, basta encontrar la unidad. No ejecutar más que sólo una cosa a la vez y entregarse a ella por completo, haciendo converger todas nuestras fuerzas en una acción física enérgica, para gustar en esa unidad el sentimiento de la potencia. Este es el secreto del buen humor.

HIGIENE DE LOS OJOS Y LOS OIDOS

L mayor cuidado debe tomarse con los ojos, puesto que son los órganos más delicados del cuerpo. En ninguna parte se puede notar con más evidencia la deterioración de la raza humana como en los ojos. Hace unos veinte años era cosa muy rara ver a una criatura o algún joven usando anteojos. Era considerado como una desgracia. Hoy día es tan común que no causa comentario alguno y ni siquiera llama la atención.

Los siguientes datos respecto al cuidado de los ojos ahorran mucho sufrimiento y malestar, siempre que se les tenga presentes:

1. No se han de usar nunca los ojos para trabajos que exijan forzar la vista, ni para leer, cuando estén cansados.

2. No se debe forzar la vista cuando la luz es débil o cuando deslumbra.

3. No debe sentarse uno frente a una luz fuerte, para trabajar; siempre que sea posible, la luz debe pasar por encima del hombro izquierdo, a fin de que caiga sobre la punta de la pluma, evitando, de esta manera, todo reflejo.

4. El estrabismo, el rodar los ojos o el mirar atravesado es muy perjudicial, puesto que afecta los nervios y músculos que los rigen.

5. No hay que mirar al sol cuando brilla mucho.

6. Después de una enfermedad grave, los ojos están débiles y, por consiguiente, deben usarse con mucho cuidado. No deben forzarse con trabajos muy delicados.

7. No hay que tratar de leer rótulos o anuncios a grandes distancias.

8. Consúltese a un oculista competente y que avenga él los anteojos, cuando sea necesario usarlos; pero nunca debe uno ponerse en manos de un empírico.

9. No es bueno ponerse a leer acostado en la cama. Esta costumbre es dañosísima, sobre todo cuando se hace de noche y está uno cansado, o en la mañana, antes de que los ojos se hayan acostumbrado a la luz.

10. La lectura en los trenes o en cualquier vehículo daña mucho los ojos por la constante vibración.

PARA FORTALECER LOS OJOS

Pocas gentes ponen cuidado a los ojos hasta darse cuenta de que están perdiendo la vista. Un medio excelente para fortalecerlos consiste en darles de vez en cuando baños de agua fría; no es éste el baño ordinario de esponja, y con los ojos cerrados, sino que se abren bien los ojos y se les tiene así por un minuto o más, en agua clara, limpia y fría. Esto se hace tomando una taza llena de agua y, teniéndola pegada a los ojos, se meten dentro de ella y se abren los párpados dos o tres veces. Esto los dejará limpios y frescos. Se secan después con una toalla suave.

El hamamelis diluído es bueno para aplacar la inflamación de los ojos, especialmente cuando se trate de los párpados.

CUERPOS EXTRAÑOS EN LOS OJOS

Para sacar algún cuerpo de los ojos, se baja el párpado deteniéndolo con el dedo. La irritación que resulta producirá un derrame de lágrimas que se llevará la substancia extraña.

Frecuentemente se quitan partículas pequeñas de los ojos cerrándolos apretados y sonándose fuertemente las narices.

La única razón por que las semillas de lino quitan algo de los ojos, es que hacen derramar lágrimas que se llevan las obstrucciones.

El dolor causado por la cal que cae dentro de los ojos, puede aliviarse por medio de un lavado con algún ácido, tal como el jugo diluído de limón o un poco de vinagre diluído en agua.

EL CUIDADO DE LOS OIDOS

Otro órgano delicado del cuerpo es el oído, del que no se puede abusar ni descuidarlo impunemente. Deben evitarse las enfermedades de los oídos, no sólo porque son muy dolorosas, sino porque a menudo se resuelven en sordera crónica o males del cráneo o del cerebro que suelen causar la muerte. El oído es un dón tan precioso, y los órganos delicados de él están tan estrechamente ligados con el cerebro, que deben protegerse con mucho cuidado contra todo daño.

Si se observan debidamente las indicaciones siguientes, se logrará evitar mucho malestar y sufrimiento:

1. Que no penetre nada frío al oído. Antes de zambullirse en agua para nadar, tápense los oídos con algodón. Nunca debe permitirse que el frío penetre en ellos. Que se protejan bien contra

los vientos fríos y corrientes. Si se pone algodón en los oídos, se debe quitar tan pronto como deje de ser necesario.

2. Muchas gentes tienen la costumbre de quitarse la cera de los oídos por medio de una horquilla, cucharilla de oído, alfiler o algún otro instrumento por el estilo; esto es muy peligroso. El tambor del oído es una membrana muy delicada y hay peligro de perforarlo o lastimarlo con tales instrumentos punzantes, y puede resultar la sordera o un oído imperfecto. Los médicos nos dicen que cuando el oido es saludable no es necesario quitar la cera, puesto que si no se toca se secará y desprenderá en forma de escamas.

3. La costumbre de dar tirones de orejas o manotazos sobre el oído, como castigo, bien puede causar una sordera permanente.

4. Ruidos fuertes cerca de los oídos pueden dañar el sentido auditivo. Empero, si se cierra la boca y se tapan los oídos, puede uno librarse de tal peligro.

5. Si el oído despide pus, o si debido a un catarro o a cualquier otra causa, el sentido auditivo se encuentra temporalmente alterado, debe consultarse a un médico. Del descuido en tales ocasiones puede resultar una sordera permanente.

ENSEÑANZA DEL HOGAR

POR ERCILIA DELTORCHIO.

BREVES NOCIONES SOBRE LO QUE DEBE SER UNA ALIMENTACION RACIONAL Y FORMA EN QUE DEBE EFECTUARSE SU ENSEÑANZA

L encarecimiento que han sufrido en estos últimos tiempos todos los productos destinados a la alimentacion, hace que el ama de casa que cuente con un presupuesto reducido, se encuentre frente a un difícil problema, al tratar de procurar a los suyos una alimentación adecuada. Ninguna ocasión más propicia que ésta para revelar la necesidad de que se le procuren las nociones indispensables para que esté en condiciones de conciliar el presupuesto harto exiguo de que con frecuencia dispone, con una alimentación que, por satisfacer plenamente las necesidades orgánicas, nada deja que desear; bueno es que sepa, en los momentos en que se coloca fuera del alcance de su bolsillo un producto de gran valor nutritivo, que puede reemplazarse por diversas proporciones de otros que, desde el punto de vista económico, resulta más cómodo.

La mujer del campo, a quien la facilidad con que puede obtener la producción, en su propia casa y con escasos esfuerzos, de los alimentos que más han experimentado los efectos de esa crisis económica de que hablábamos (leche, huevos, manteca, queso, carne) la coloca en situación privilegiada, tiene también el mayor interés en la adquisición de esas nociones, ya que, la mayoría de las veces, no conoce el gran valor nutritivo de los productos que poco o nada le cuestan y está convencida, en muchos otros, de que es imposible nutrirse bien si no se ingiere una fuerte proporción de carne. Carne en el desayuno, carne en el almuerzo y carne en la cena, tal es el régimen alimenticio del habitante de nuestra campiña.

Es necesario, pues, hacer comprender al ama de casa, en una forma práctica y sencilla, los importantes principios en que se funda una alimentación racional; enseñarle la composición de los diversos alimentos; darle a conocer lo que representa para el organismo cada uno de esos elementos constitutivos y demostrarle en qué proporciones deben ingerirse para que las necesi-

dades orgánicas resulten satisfechas. Lejos de mí la idea de que debe ella calcular, antes de la preparación de cada comida, lápiz en mano, la cantidad de gramos de cada uno de los productos que utilice para alcanzar la proporción deseada de albuminoideos e hidrocarburados. No, nada de eso. Lo que se pretende es que sepa que esos dos principios desempeñan importante papel en el organismo; que no es posible, por lo tanto, suprimir ninguno de ellos en una alimentación racional, y que no es en absoluto indiferente la proporción de uno y otro que se ingieran.

Con una enseñanza que tiene por base la confección de platos simples y nutritivos, combinados, en la preparación de cada menú, de una manera racional, se pondrá a la futura ama de casa en posesión de esos importantísimos principios. Fácil será hacerle comprender que el cuerpo se gasta y se renueva constantemente, que pierde calor por el trabajo que realiza, por los mismos movimientos que ejecuta y, en virtud de la ley de irradiación, por el que de continuo despide. Los alimentos proporcionan, al mismo tiempo que el combustible que al quemarse en el cuerpo constituirá esa fuente de calor tan necesaria, los elementos que, por intermedio de ese importante vehículo que es la sangre, repararán las pérdidas que sufren los tejidos. Responden, pues, los alimentos a un doble fin: 1.° subvenir a las pérdidas de calor experimentadas por el organismo; 2.° reparar el desgaste incesante de los tejidos.

Es indudable que esa pérdida de calor y ese desgaste varían considerablemente de un individuo a otro, dependiendo de diversos factores como son la edad, el estado de actividad o de reposo y la naturaleza del trabajo que se ejecute. Se consideran, teniendo en cuenta esas diversas circunstancias en que pueda encontrarse el individuo, tres clases de raciones: la de entretenimiento o conservación, que corresponde al individuo en reposo; la de crecimiento, que es la que se debe proporcionar al niño hasta su completo desarrollo, y la de trabajo, que es la que satisface las necesidades de un individuo en actividad, ya sea ésta muscular o intelectual. Fácil es comprender, por lo que se refiere a estas dos últimas, que deben estar de acuerdo, la primera, con el período de crecimiento, y la segunda con la naturaleza del trabajo que se realice.

En cualquiera de estas raciones intervienen, en proporciones variables, distintas clases de alimentos: albuminoideos, cuaternarios o nitrogenados, destinados a asegurar la reparación de los tejidos; hidrocarbonados y grasas, a las cuales está reservado el aprovisionamiento de la energía necesaria. Además de estos principios que acabamos de nombrar, debemos agregar el agua, que constituye las dos terceras partes del peso total del cuerpo, indispensable en la elaboración de todos los líquidos del organismo, y las sales minerales, tales como los fosfatos de potasa y de cal, clo-

ruro de sodio y otras, elementos esenciales de los tejidos y líquidos de nuestro cuerpo.

En la ración alimenticia, todos esos principios deben figurar en proporciones tales que las necesidades del organismo queden satisfechas.

Las investigaciones realizadas por médicos e higienistas har llegado a las siguientes conclusiones: Un hombre adulto, de 65 a 70 kilogramos de peso, debe ingerir: 80 gramos de albúmina, 50 de grasas y 300 de hidrocarburados. Estas proporciones corresponden a la ración de un individuo en reposo; para el mismo, en actividad, es necesario aumentar la cantidad de albuminoideos hasta 120 gramos; la de grasa hasta 56 y la de hidrocarburados hasta 300, proporciones que habría que reforzar aún si se tratara de un trabajo muy activo.

En cuanto a los principios minerales, hay que tener en cuenta que diariamente se eliminan, término medio, 25 gramos, cantidad contenida en los diversos alimentos que se ingieren.

Por lo que se refiere al volumen en que deben ofrecerse los alimentos, puede decirse que debe ser tal que dé la sensación de saciedad.

Como se deduce claramente de los datos que acabamos de exponer, las proporciones de hidrocarburados que deben ingerirse son, aproximadamente, tres veces y media a cuatro mayores que la de albuminoideos. Esta proporción entre unos y otros elementos, que constituye lo que se llama relación nutritiva y nos obliga a ingerir por cada gramo de albuminoideos cuatro de hidrocarburados, debe ser tenida muy en cuenta en el cálculo de cada ración, si se ha de hacer alimentación racional. Los albuminoideos que están en exceso, según esa relación, no se aprovechan: son eliminados; fueron ingeridos, pues, inútilmente. Pasa con ellos lo que en el eudiómetro cuando se introducen dos volúmenes de hidrógeno y dos de oxígeno; un volumen de este último queda como sobrante después de que se ha efectuado la recomposición de los dos gases para formar el agua.

¿Qué se gana, pues, con introducir fuertes dosis de alimento si las proporciones de los elementos que los constituyen no guardan esa relación nutritiva que las investigaciones de médicos e higienistas nos han revelado? Fácil es deducir, de lo que acabamos de exponer, lo desastroso del régimen alimenticio del habitante de nuestra campaña que, a base de carne, o exclusivamente carnívoro, no ofrece, al lado de una proporción inútil por lo exagerada, de albuminoideos, más que en cantidades reducidas los principios hidrocarburados. Reduciendo la dosis de carne, agregando algunos farináceos, frutas y verduras, se obtendría una alimentación más digerible, más agradable y, sobre todo, más racional.

Estudiemos ahora la composición nutritiva de los principales alimentos, ya que ese convencimiento es necesario para combinarlos en las comidas a fin de obtener, de una manera aproximada, la relación nutritiva que tanto interés hay en aplicar, no sólo por lo que representa fisiológicamente, sino también por lo que desde el punto de vista económico reporta.

Carne de vaca.—En 100 gramos de ésta figuran 76 a 77 de agua; 20 a 21 de albúmina; 1 a 2 de grasa. Además, una pequeña proporción de sales minerales; en particular, cloruro de sodio y fosfato de cal.

Carne de aves.—Contiene de 18 a 20% de albúmina.

Caldo.—Tal como se le prepara generalmente está lejos de poseer el gran valor nutritivo que se le atribuye; pero es siempre un gran estimulante de la secreción de los jugos digestivos, lo que demuestra la necesidad de tomar la sopa.

Pescado.—Debe mencionarse por ser grande su riqueza en fósforo, además de la buena proporción de albuminoideos que ofrecen. Algunos son muy ricos en materias grasas, los que resultan, casi siempre, muy indigestos.

Crustáceos y moluscos.—Nutritivos por la proporción de albúmina que ofrecen; pero, en general, de difícil digestión.

Leche.—De gran valor nutritivo, sobre todo cuando es posible tomarla cruda, pues la ebullición a que se le somete para esterilizarla, al destruir los gérmenes patógenos, destruye también los fermentos, cuyo papel es tan importante en los actos digestivos. La composición de 1,000 partes de leche es la siguiente: 875 de agua, 35 de materia grasa, 35.5 de caseína, 46 de azúcar, 7.5 de sales. Estas proporciones son las que corresponden a la leche de vaca, que es la más utilizada en la alimentación. El simple examen de esos datos nos revela que están comprendidos en ese alimento todos los principios requeridos por la alimentación, figurando los albuminoideos en forma de caseína; los hidrocarbonados están representados por el azúcar y la materia grasa por la crema.

Queso.—Alimento muy rico en principios albuminoideos, representados por la caseína coagulada, contiene también, aunque en pequeñas proporciones, principios grasos e hidrocarbonados, dependiendo en gran parte, los que ofrezca de estos últimos, de la clase de producto de que se trata.

Manteca.—Debe su valor nutritivo casi exclusivamente a la presencia de la substancia grasa; de ahí que procedamos de la manera más lógica cuando la agregamos al pan, y, sobre todo, cuando no olvidamos cubrirla de una capa de miel, jalea o una confitura cualquiera, pues de esa manera, en una forma tan agradable como sencilla, reunimos todos los elementos que hemos considerado necesarios en una alimentación racional.

Albuminoideos, representados por el gluten.

Hidrocarbonados, representados por el almidón y el azúcar, contenida en fuerte proporción, en la miel, jalea o confitura.

Grasas, representadas por la manteca

Huevos.—Su composición es la siguiente: la clara que representa el 59% del peso total del huevo contiene: 85% de agua y 12% de albúmina; la yema, el 29% del peso total, está constituída por 40% de grasa y 16% de albúmina. La materia grasa contiene, sobre todo, lecitina; la albuminoidea se caracteriza por su riqueza en fósforo, ofreciendo también cierta proporción de hierro.

Vegetales.—En éstos predominan principios ternarios o hidratos de carbono sobre los albuminoideos, constituyendo una de sus características la presencia de la celulosa, substancia no asimilable. Algunos contienen proporciones apreciables de grasas y de sales minerales.

Legumbres.—Debemos dividirlas en farináceas y acuosas. Las primeras comprenden: los granos de las leguminosas y los tubérculos farináceos.

Las leguminosas representan, por su composición, un alimento casi completo, sobre todo si los granos se reducen a puré, pues despojados de su envoltura, su grado de digestibilidad aumenta.

La composición de los más usados es la siguiente:

COMPONENTES	Judías	Lentejas	Arvejas	Habas
Agua	15.00	12.5	8.90	16.0
Albúmina	26 09	25.0	25.90	24.4
Almidón	48.80	55.7	59.60	51.5
Grasa	3.00	2.5	2 00	1.5
Celulosa	2.80	2.1	3.60	3.0
Sales	3.50	2.2	3.00	3.6

Como se deduce de la observación del presente cuadro, cualquiera de las leguminosas estudiadas ofrece una proporción de albuminoideos más rica que la carne, por lo que pueden reemplazarla con grandes ventajas, máxime si se considera la presencia de abundantes hidrocarbonados, que no se presentan más que en cantidades insignificantes en aquélla. Por eso, en un régimen vegetariano, el empleo de esos productos es en absoluto indispensable.

Tubérculos farinaceos.—De éstos, el más usado en la alimentación es la patata. Se caracteriza por una fuerte proporción de hidrocarbonados, representados por la fécula. La proporción de albúmina y materia grasa es escasa. Su composición, aproximadamente, es la siguiente: 70 a 80% de agua; 20% de fécula. La

gran riqueza en hidrocarbonados que nos ofrece este tubérculo, lo hace apto para completar el valor nutritivo de platos ricos en albúmina; por eso, las variadas preparaciones a que se presta se sirven muy acertadamente con otras, en que el elemento predominante está representado por la carne.

Legumbres acuosas.—Pertenecen a éstas las zanahorias, los nabos, el salsifí, etc. Su riqueza en sales minerales las hace en extremo recomendables en la alimentación. Su proporción de agua es considerable, no conteniendo albúmina ni grasa, y ofreciendo sólo muy reducidas cantidades de hidratos de carbono.

Legumbres herbáceas.—Tampoco ofrecen gran valor nutritivo, siendo recomendable su uso en la alimentación, como en el caso anterior, por la presencia de las sales minerales. Las ensaladas, las acelgas y las espinacas pueden considerarse comprendidas en este grupo.

Frutas.—Su riqueza en azúcar, que varía de 5 a 15%, les comunica un gran valor nutritivo.

Algunas de ellas se caracterizan por cualidades nutritivas especiales: las castañas, por ejemplo, ricas en principios amiláceos; las almendras y las nueces, que ofrecen hasta un 60% de materias grasas.

Cereales.—Uno de los más empleados es el trigo, cuya principal aplicación es el pan, que ofrece, considerada una cantidad de 100 gramos, 50 de hidrocarbonados, representados por el almidón y 7 de materias azoadas o sea el gluten. Los 43 gramos restantes corresponden al agua, a las sales minerales y a la substancia grasa.

El gran valor nutritivo que gracias a esta composición, ofrece el pan, se acrecienta cuando está bien masticado. De otra manera, la ptialina, que tan favorablemente actúa sobre el almidón, iniciando la acción química que ha de transformarlo en azúcar, no tiene tiempo suficiente para dejar sentir sus efectos, circunstancia que impone al estómago la realización de un trabajo excesivo, puesto que debe desenvolver por completo una acción a la que sólo le corresponde dar término.

Empleado en la confección de pastas es también el trigo muy nutritivo, ganando con el huevo y manteca, que se utilizan en esas preparaciones, lo que le falta de albúmina y grasa.

Arroz.—Sobrepasa a todos los cereales por la fuerte proporción de hidrocarbonados que ofrece; por eso es tan grande su valor nutritivo cuando se le prepara con leche y huevos.

Tanto o más útil que el conocimiento de la composición de cada uno de los alimentos, que acabamos de detallar, es el de la forma en que debe preparárseles, a fin de que su valor nutritivo no desmerezca, y si es posible se acreciente. Todos conocen las ventajas que existen en introducir la carne en agua hirviendo cuando se

quiere que conserve sus jugos y la de sumergirla en agua fría cuando lo que se desea obtener es un buen caldo.

La coagulación de los principios albuminoideos de la capa externa, en el primer caso, origina la formación de una película impermeable que impide la salida de los jugos del interior. Es por eso también que en la preparación de un asado se empieza por comunicarle fuego muy vivo al principio, a fin de que se endurezca con rapidez la superficie externa e imposibilite la pérdida de los principios nutritivos.

Esta última es una de las mejores formas en que puede ofrecerse la carne. Las frituras y guisados que con ellas se preparan, son, casi siempre, indigestas; la alta temperatura que necesitan el aceite o la manteca para llegar a la ebullición, endurece totalmente las fibras y, en esas condiciones, se hace difícil y hasta imposible, la acción que han de ejercer los jugos digestivos para transformar los alimentos en principios asimilables y, por lo tanto, útiles al organismo.

En cuanto a los vegetales, y tratándose de las leguminosas, diremos que la preparación que permite utilizar mejor su valor nutritivo es el puré. Cuando se aprovechan esas farináceas secas, deben sumergirse en agua la noche anterior. De esta manera la albúmina o legúmina, se disuelve y los principios feculentos se desagregan. De más está el advertir que tanto para el remojado como para el cocido debe hacerse uso del agua dulce; el agua de pozo contiene con frecuencia carbonatos y otros compuestos de cal que, unidos a determinados principios que encierran las legumbres, originan la formación de principios insolubles que dificultan el reblandecimiento de las mismas.

Como se va haciendo demasiado extenso este trabajo, que no debe ser más que un breve resumen, terminaré con esto la serie de consejos y observaciones motivadas durante el desarrollo de las lecciones prácticas, en las que el hecho más sencillo requiere y tiene su explicación, exigiéndola hasta la manera de pelar una papa, que debe hacerse con cuidado si no quiere perderse la parte más rica en fécula, que es la que está más cerca de la cáscara.

Bizcochos de papas.—Cocidas éstas, se pasan por un tamiz o se utiliza el pasador de papas. Se agrega leche hasta formar un puré que se condimenta con sal, pimienta y nuez moscada, y que se ablanda después con yemas de huevo, manteca y claras batidas en nieve. En un molde enmantecado, se deja cocer en el horno alrededor de media hora.

Para la elección de este plato, cuya preparación es tan sencilla, encontré varias razones. En primer término, su gran valor nutritivo, pues están representados en él todos los elementos que hemos considerado indispensables en una alimentación racional· la fécula de las papas nos ofrece una fuerte proporción de hidro-

carbonados; la leche y los huevos nos procuran los albuminoideos; la manteca, la substancia grasa. Un simple cálculo aritmético, a base de un cuadro que nos ofreciera con exactitud la composición de cada uno de los elementos empleados, nos revelaría cuánto nos acercamos en ese plato a la relación nutritiva que médicos e higienistas tanto aconsejan. Utilizando agua en vez de leche, y reduciendo la proporción de huevos en el caso de que escasearan estos productos, constituiría siempre un precioso complemento en las comidas, en las que se hará acompañar a los platos de carne.

En segundo término, lo preferí a otros, porque utiliza elementos que, en la campaña, el ama de casa tiene al alcance de su mano y poco o nada le cuestan.

En tercer término, porque puede considerarse como plato tipo, del que es posible derivar la preparación de muchos otros. Reemplazando el puré de papas puede emplearse el de cualquiera de las leguminosas y como en ese caso se aumenta considerablemente la proporción de albuminoideos por la riqueza en legúmina que aquéllas nos ofrecen, puede reducirse la cantidad de leche y huevos.

Pueden considerarse también, como derivados de éste, los deliciosos bizcochos de sémola, de arroz con leche y de harina de papas, preparados con azúcar, que constituyen un alimento tan sano para los niños y que son excelentes postres cuando se sirven en las comidas.

Papas a la duquesa.—Para cuatro personas se utilizan seis papas. Peladas y cortadas en el sentido longitudinal, se dejan cocer durante veinte minutos. Una vez escurridas, se meten dentro del horno a fin de hacer más rápida la evaporación de la humedad. Se retiran cuando están secas, se pasan por el tamiz o el pasador de papas y, agregándoles una cucharada de manteca, se remueven sobre el fuego con una espátula de madera. Después de cinco minutos se separa la cacerola del fuego y se agrega un huevo entero, que se mezcla bien al conjunto. Unos minutos más sobre el fuego y la pasta está pronta para ser distribuída en la forma que se desee sobre una placa aceitada, utilizándose para esta operación una manga de tela provista de un pequeño embudo metálico, idéntica a la que se emplea en la fabricación de las bombas. Recubiertas con huevo batido, quedan preparadas las papas para ser puestas en el horno.

Huevos a la aurora.—Dejarlos cocer diez minutos en agua hirviendo, no olvidando la precaución de darles vuelta continuamente, a fin de que la yema quede en el centro. Pelarlos y dividirlos en dos partes en el sentido longitudinal. Trabajar la yema con una espátula, agregando tres cucharadas de salsa blanca y una cucharada de conserva de tomate. Con la pasta que de esa manera

se obtiene se rellenan las claras, que se disponen sobre un plato, en el que se ha vertido de antemano la salsa blanca. Polvoreando cada huevo con yema en polvo (que se ha reservado), se coloca sobre cada uno un pedacito de manteca. Así preparados se ponen al horno unos minutos.

Gateau trois quarts au chocolat.—Pesar los huevos que van a utilizarse según el tamaño que se quiera dar al bizcocho y tomar el mismo peso de azúcar y de harina. Trabajar bien esa mezcla hasta que caiga en cintas. Verterla en un molde amantecado y ponerla al horno unos 10 minutos. Puede decirse que está cocida cuando, introduciendo en ella una aguja de hacer medias, sale seca y bien caliente. En este momento se hacen fundir, para un bizcocho de dos huevos, dos barras de chocolate con una buena cucharada de manteca. Con este baño se cubre el bizcocho una vez que esté bien frío.

Gateau plumcake.—Para un bizcocho de aproximadamente medio kilo, se necesitan: 150 gramos de harina, 150 de azúcar, 150 de manteca, 3 huevos enteros, 100 gramos de pasas de Corinto y 50 de frutas secas.

Se empieza por trabajar la manteca con una espátula de madera hasta convertirla en pomada. Después se agrega el azúcar poco a poco, y de la misma manera los huevos y la harina. Entretanto, se han hecho hervir las pasas y las frutas secas con un vaso de ron. Se envuelven en harina, una vez fría, y se mezclan al todo. Se llenan con esta masa los tres cuartos de un molde enmantecado, que se expone al calor de un horno moderado durante veinte minutos o media hora.

Bombas.—Hacer hervir un cuarto de litro de agua, a la que se han agregado una pulgarada de sal y dos de azúcar. Fundir en la misma, 100 gramos de manteca e incorporar de una sola vez 126 gramos de harina tamizada, operación ésta que debe tener lugar fuera del fuego para evitar la formación de grumos. Hecho esto, se vuelve a colocar la cacerola sobre el fuego, removiendo la pasta siempre con una espátula de madera. Está preparada cuando no se adhiere a los dedos. En este momento se van incorporando uno a uno, fuera del fuego, cuatro o cinco huevos enteros, cantidad que depende de la consistencia que ofrezca la masa. Se llena con ésta la manga provista de un embudo y se procede a depositarla en pequeños montículos sobre la plancha del horno u otra previamente aceitada. Por medio de un pequeño pincel o de un manojo de plumas se humedece cuidadosamente la masa así distribuída y se cubre con una ligera capa de azúcar. La cocción exige de 10 a 15 minutos de horno moderado.

Retiradas del horno las bombas, se cortan cuidadosamente por uno solo de los lados, se rellenan con la crema cuya prepa-

ración indicamos en seguida, y se cubren con azúcar impalpable o se bañan con "fondant."

Crema para rellenar las bombas.—Batir en una "terrine" 100 gramos de azúcar, una cucharada de harina, un huevo entero y dos yemas. Agregar un cuarto de litro de leche hirviendo y dejar cocer sobre el fuego muy lentamente. Si se desea, puede incorporársele cacao o chocolate disuelto.

Genoise.—El molde que se utiliza para este bizcocho tiene la forma de un cilindro muy bajo, midiendo aproximadamente 15 centímetros de diámetro por 5 o 6 de alto. Se empieza por batir dentro de agua caliente, a fin de acelerar la operación, 100 gramos de azúcar con 3 huevos enteros, hasta que la pasta se sostenga en el batidor, al levantarlo y caiga en cintas. Agregar entonces 100 gramos de harina en forma de lluvia, agitando activamente la masa con una cuchara de madera e incorporando en seguida 60 gramos de manteca que se ha hecho fundir lentamente. Verter esta preparación en el molde previamente enmantecado, y someterla al calor de un horno moderado durante 20 o 25 minutos.

Frío el bizcocho, se retira del molde y se divide en dos mita des por un corte horizontal. Hecho esto se separa con delicadeza una porción del centro, que se reemplaza con dulce de leche o con la crema, cuya preparación indicaremos. Colocadas una sobre otra las dos partes, se recubren los bordes del bizcocho con una confitura de damasco u otra que hemos tenido la precaución de calentar y ablandar con un poco de agua, a la que se adhiere una capa de almendras peladas y picadas muy finamente. Sólo nos falta decorar con crema la capa superior de nuestro bizcocho, para lo que emplearemos la manga, que ya hemos utilizado en la preparación de las bombas y de las papas a la duquesa.

Crema empleada en la decoración de la Genoise.—Agregar a 100 gramos de azúcar, 25 de harina y 2 yemas, trabajando bien esta mezcla, a la que se incorpora un vaso de leche hirviendo, que se ha aromatizado con vainilla. Puesta esta preparación sobre el fuego, batir continuamente, retirándola cada vez que la ebullición se inicia, hasta que esté bien lisa y se mantenga adherida al batidor. Una vez tibia se le agregan, poco a poco, 250 gramos de manteca, batiéndose bien el conjunto. Esta crema debe estar completamente fría en el momento de ser utilizada.

LO QUE ES LA GIMNASIA LLAMADA ESPECIALMENTE "GIMNASIA RITMICA" EN SUS RELACIONES CON EL BAILE Y LA GIMNASIA COMUN

POR SAMUEL CHAVEZ.

SUNTOS:

Introducción.—I. El ritmo, formación fundamental de todo cuanto existe.—II. El movimiento como base del ritmo, el baile y la gimnasia rítmica.—III. Ejercicios de gimnasia rítmica.—IV. Formación de cuadros plásticos.—V. Exposición sintética de los ejercicios que componen cada una de las lecciones explicadas en el libro titulado "Méthode de Jaques Dalcroze. Gymnastique Rythmique."

Referencias: The Eurhytmics of Jaques Dalcroze, Introduction by profesor M. F. Sadler University of Leeds London. Constable and Company Ltd. 10 Orange St. Leicester Sq. WC.—Méthode Jaques Dalcroze-Gymnastique Rythmique, París, 18, Rue de Bondy, Sandoz Jobin & Cie. Editeurs.

Para la palabra "Ritmo" véase el diccionario inglés de Oxford y el Wesbester "International Dictionary."—Para las palabras "ritmo," "simetría," véase el diccionario enciclopédico "Le Larousse pour tous."—Para la significación de ῥυθμός el diccionario grecofrancés de Bailly.

INTRODUCCION

Muchas personas consideran que gimnasia rítmica es la simple ejecución de movimientos, aprendidos por imitación y realizados al són de la música; pero la propia significación de gimnasia rítmica es una especialización, derivada de los conceptos generales de gimnasia y de ritmo. La gimnasia rítmica, enseñada por su insigne fundador Jaques Dalcroze, se realiza ejecutando movimien-

tos rítmicos según una simultánea representación mental de esos movimientos. Esta es la acepción que yo considero al hablar de gimnasia rítmica.

Refiriéndome de un modo especial a la gimnasia estética, caracterizada por el hecho de que es una gimnasia simultáneamente mental y física, con razón es llamada música de la plástica, pues los conjuntos plásticos que realizan los que practican debidamente esta gimnasia, son verdaderamente bellos y por consiguiente armónicos. Justamente, habiendo tenido la gran satisfacción de haber contemplado yo personalmente, así como otras muchas personas, bellísimos ejercicios de gimnasia rítmica admirablemente realizados en un instituto de gimnasia rítmica (HELLERAU en Dresden-Alemania), edificado especialmente para las enseñanzas del insigne creador de esta gimnasia, Jaques Dalcroze, yo que antes y ahora he sentido tendencias vocacionales por la arquitectura y las artes plásticas, encontré, así como en general los que han visitado esa institución, una íntima relación entre el arte que descubre esa gimnasia rítmica llamada propiamente música de la plástica, y las artes especiales, denominadas artes plásticas.

Habiendo yo comprendido entonces la gran trascendencia del estudio práctico de esa gimnasia por el hecho de que sus ejercicios son verdaderamente educativos por la adquisición de hábitos de desarrollo de coordinación de actividades mentales, del sentimiento y de la voluntad, me sentí impulsado vivamente para hacer un estudio analítico, a fin de tener la comprensión clara de lo que es la gimnasia rítmica, y he confirmado que la práctica debida de esta gimnasia desarrolla hábitos que demuestran prácticamente el proceso para la mejor organización de todo aquello en que el hombre puede intervenir.

I

EL RITMO, FORMACION FUNDAMENTAL DE TODO CUANTO EXISTE

El ritmo se encuentra en todo lo que existe en la naturaleza y se manifiesta con una variedad infinita de formas. El ritmo, en general, es una armonía o correlación de partes, y una composición de arte se manifiesta por una repetición regular de rasgos semejantes. Un ritmo cualquiera se caracteriza por "disposiciones simétricas o de coordinación de agrupaciones," o sea por "disposiciones de partes semejantes, dispuestas de un modo semejante en un conjunto." El ritmo es la "armonía resultante de ciertas combinaciones y proporciones regulares." En todas las cosas, en la naturaleza, en el espacio y en el tiempo, esencialmente se produce el fenómeno de una reaparición o repetición periódica de motivos o sea de elementos que, por esa repetición semejante, resultan rítmicos, tendiendo todo ello a la formación de un conjunto. En griego,

ritmo (ῥυθμός) significa movimiento arreglado y medido, medida, cadencia, proporciones regulares, ordenamiento simétrico, justa medida y en cierto modo, forma, género, carácter.

La reaparición periódica o repetición caracteriza toda formación rítmica, y el movimiento rítmico se manifiesta en todo cuanto nos rodea, pues todo cuanto nos rodea importa formaciones rítmicas. Lo rítmico como movimiento arreglado, como proporcion regular, como ordenamiento simétrico, como justa medida, es armónico; pero hay que tener en cuenta que las distintas partes de un conjunto cualquiera se relacionan entre sí de distintas maneras, y si bien entre las diversas relaciones de las partes de un conjunto siempre encontraremos que una o varias de ellas son rítmicas, sucede generalmente que además de esas relaciones especiales rítmicas y por consiguiente armónicas, existen, en general, otras relaciones que, desde otro punto de vista, no son rítmicas ni armónicas entre sí. Lo rítmico es una relación especial y entre los mismos elementos de un conjunto coexisten relaciones rítmicas con otras que no lo son. La relación especial llamada rítmica se caracteriza, como hemos dicho, por disposiciones simétricas, o sea armónicas, o de coordinación de agrupaciones, tendiendo todas ellas a un mismo fin. Son disposiciones de partes semejantes dispuestas de un modo semejante en un conjunto.

II

EL MOVIMIENTO COMO BASE DE RITMO. EL BAILE Y LA GIMNASIA RITMICA

Siendo el ritmo la armonía resultante de ciertas combinaciones y proporciones regulares (ahí se encuentra la justa medida, el género, el carácter), toda formación rítmica significa proporción desde el punto de vista que se considere entre elementos rítmicos. El ritmo en general, o sea esa proporción rítmica, se manifiesta en los movimientos de todo cuanto nos rodea, así como en los movimientos que nosotros mismos hacemos y en los movimientos de todos los seres vivientes: se percibe claramente en los movimientos de marcha, en el baile, en los ejercicios de gimnasia y en otros muchos movimientos; pero ni la simple gimnasia, ni la marcha común, ni los ejercicios de baile constituyen lo que especialmente se denomina gimnasia rítmica.

Aunque los ejercicios de la gimnasia común siempre son rítmicos, y el baile está formado con movimientos rítmicos, lo que se llama especialmente "gimnasia rítmica" tiene por base este hecho fundamental: Cuando al mismo tiempo que se hace un ejercicio, o sea una experiencia física de movimientos corporales, se representa uno mentalmente esos movimientos y se tiene así una percepción clara de la sucesión y duración de las formas de los movi-

mientos que se ejecutan en relación simultánea con su ejecución, se experimenta lo que se llama el sentido rítmico. Los ejercicios gimnásticos son llamados especialmente de gimnasia rítmica cuando simultáneamente, al ejecutarlos, uno se los representa en sus relaciones temporales, o sea de tiempos de duración de los diversos movimientos elementales que forman el conjunto y en las relaciones especiales o plásticas, o sea relaciones de forma de esos movimientos.

La imagen de las proporciones del tiempo de duración, simultáneamente con la ejecución de los movimientos, determina el sentido rítmico del tiempo o sea el sentido rítmico musical. Imaginar las proporciones del tiempo, simultáneamente con la percepción de las actitudes y de la amplitud de los movimientos que los ligan entre sí, determina el sentido rítmico de la extensión o sea de la forma plástica.

La gimnasia rítmica es una gimnasia de coordinación de las sensaciones de los movimientos que se ejecutan con la percepción del ritmo de esos movimientos. Es preciso que las proporciones de los elementos del ritmo que forman los movimientos se perciban con toda claridad al efectuar éstos. De no ser así, si se hace, por ejemplo, un ejercicio rítmico de baile aprendido sin formarse simultáneamente la imagen de la estructura del ritmo que se ejecuta, este ejercicio no se podrá llamar gimnasia rítmica por bien ejecutado que parezca.

Un ejercicio rítmico bien estudiado es altamente educativo, pues es un ejercicio de coordinación de la inteligencia con el sentimiento y con la voluntad. Jaques Dalcroze dice que no se deberá pensar jamás que sea mejor para un alumno imitar los ejercicios que otros están haciendo, y que debe tenerse presente que si tal cosa fuere hecha, el discípulo, que debiera entender el ritmo musical, acaba por confundirse y desalentarse, porque si la mente pierde el poder de seguir el proceso del *trabajo,* es muy difícil que lo vuelva a adquirir otra vez.

Un distinguido educador y profesor de música me ha dicho: "En el baile se aprenden movimientos (pasos de vals, de mazurka, etc.) que se repiten sin relacionarlos conscientemente con la composición musical que se escucha; y por esto, diversas composiciones se bailan en la misma forma." "En la gimnasia rítmica los movimientos se agrupan y repiten traduciendo el ritmo de la composición musical que se interpreta. La ejecución de la gimnasia rítmica constituye, por sí sola, una composición; es una verdadera creación del que la ejecuta. Resulta así enteramente personal y original la interpretación de una composición musical. Al contrario de lo que pasa en el baile, una misma composición será interpretada de distinta manera por cada persona. La forma de interpretación depende

de la impresión que la composición musical produce en el individuo y es esencialmente espontánea.

En el baile, tal como se ejecuta por la mayoría, los movimientos están relacionados sólo genéricamente con la composición musical por el ritmo del compás, y generalmente no interpretan el ritmo especial de la composición, pues no es común que se sienta ni se interprete ésta debidamente porque no se hacen estudios especiales para percibir con detalle el ritmo de dicha composición musical. En la gimnasia rítmica los movimientos se relacionan íntimamente con el ritmo de la composición musical.

Aprender por simple imitación solamente capacita para ejecutar lo que se ha aprendido, en tanto que el que interpreta conscientemente el ritmo de una composición, podrá interpretar otras por sí mismo. Debemos agregar que excepcionalmente profesores de baile llamado estético saben impresionar a sus alumnos con el ritmo especial de la composición que enseñan; sólo en ese caso sus enseñanzas se relacionan con las de la Gimnasia Rítmica.

III

EJERCICIOS DE GIMNASIA RITMICA

Comprender facilita la ejecución; pero es difícil darse cuenta, si no se procede convenientemente. Los movimientos de que nos damos cuenta claramente y que dependen de nosotros mismos, los podemos realizar fácilmente. Th. Ribot lo explica así: "Siendo la inteligencia una correspondencia, un ajuste continuo de relaciones internas a relaciones externas, y bajo su más alta forma, un ajuste perfectamente coordinado, la coordinación de esos estados de conciencia implica la de los movimientos que los expresan." Es verdad que al tratar de ajustar con claridad en nuestra mente las relaciones internas con las externas, o sea el tratar de desarrollar nuestra conciencia con la percepción inteligente de lo que nos rodea, es, a veces, bastante difícil. Con respecto a determinados asuntos, no tener el hábito ni los conocimientos relativos, o tener conocimientos imperfectos o deficientes, o prejuicios que rutinariamente nos impulsan, o no tener la persistencia y serenidad necesarias para vencer los obstáculos que no nos permiten ver con claridad, todo ello nos determina mayores dificultades para poder razonar debidamente.

Cuando oportunamente comprendemos algo que nos interesa, este hecho nos determina gran satisfacción y el sentimiento se estimula con esa comprensión. Entonces nos sentimos impulsados para vencer dificultades, a fin de comprender o habituarnos a comprender mejor. Hay que observar, por otra parte, que la falta de

oportunidad en la comprensión, puede determinar la imperfección o la falta relativa de ajuste entre lo interno y lo externo.

Cuando se logra realizar el ajuste entre las relaciones internas y las externas, o sea realizar ese *ritmo mental,* necesariamente resultante de ese ajuste continuo, disposición simétrica, ordenamiento o coordinación, entonces se experimenta una satisfacción que puede ser muy grande. El sentimiento se deriva del ritmo mental. La doctora Montesori dice: "Ninguna emoción es tan fecunda para el hombre como la emoción intelectual." "El que realiza un descubrimiento rico en consecuencias, experimenta ciertamente el mayor de los goces humanos; pero el que *comprende,* sencillamente tiene un goce superior." Hay que observar cómo los niños se complacen ejecutando ejercicios de gimnasia rítmica: la percepción inteligente de los movimientos rítmicos, o sea la asociación mental de esos movimientos, facilita su ejecución y les produce grande satisfacción.

Orientación general.—Percepciones determinando tendencias que pueden contribuir para darnos cuenta de los ritmos hermosos y experimentar el placer "eurítmico." Haciendo conveniente y persistentemente ejercicios rítmicos que se tratan de comprender, se desarrollan percepciones mentales determinando *tendencias* que contribuyen para experimentar el placer que se llama *eurítmico.* Este es el placer determinado por los ritmos hermosos. Euritmia significa ritmo hermoso. Un ritmo hermoso no es simplemente un ritmo externo que se comprende, sino el ritmo mental que resulta del acuerdo de nuestras *tendencias* (que son internas) con un ritmo externo. Acuerdo determinado por el hecho de que comprendemos este ritmo externo y su relación concordando con nuestras tendencias. Las tendencias, modo y medios personales de acción, son lo que fundamentalmente caracteriza a un sér humano; y todo sér se nos manifiesta como un conjunto de ritmos en movimiento, formando un ritmo completo. La relación concordante entre un ritmo externo y nuestras tendencias, determina un ritmo de conjunto, del cual formamos parte. En cambio, cuando no comprendemos las relaciones de un ritmo externo con la naturaleza en su conjunto, lo encontramos opuesto a nuestras tendencias, y esto tiende a determinar un desequilibrio en nosotros. El mayor adelanto y satisfacción de un sér consciente, está determinado por el mayor desarrollo en él de ritmos armónicos, con los ritmos fundamentales del desarrollo universal.

Orientaciones concretas.—Cómo una gimnasia realizada en forma conveniente, facilita su comprensión, con lo que se experimenta gran satisfacción al ejecutarla. La gimnasia rítmica, o sea la gimnasia a la vez inteligente y corporal, o gimnasia simultánea del cuerpo y de la mente, es verdaderamente educativa; desarrolla percepciones mentales, tendencias y energías, para realizar ritmos

con la base de su clara comprensión. Su realización en esta forma, material, inteligente y vigorosa, entusiasma, determinando el placer llamado "euritmia." Por esta razón a esta gimnasia se le llama *euritmia*. Es una gimnasia de movimientos ajustados entre sí convenientemente. Realiza ritmos mentales, combinados con ritmos materiales que se ejecutan individualmente. Esos ritmos resultan naturalmente relacionados con todos los ritmos generales de la naturaleza; por lo que la práctica de esa gimnasia hace comprender el ritmo universal, y nuestra cooperación para la armonía del conjunto que nos rodea.

La base fundamental para la práctica de la gimnasia rítmica es el perfeccionamiento de los medios físicos que faciliten la destreza y la precisión en la ejecución de los movimientos rítmicos, determinando a la vez la claridad de la percepción mental de estos mismos movimientos, al ejecutarlos. Eso se logra con ejercicios gimnásticos de experimentación, los cuales sirven: Primero, para vigorizar y equilibrar los órganos; segundo, para estimular la percepción de las duraciones relativas de los movimientos que se ejecutan, o sea para estimular la percepción de las proporciones del tiempo, y tercero, para estimular simultáneamente la percepción de las formas de dichos movimientos, o sea de su desarrollo en el espacio. Así se forma la conciencia del ritmo del movimiento y se estimula la conciencia del ritmo musical. A la percepción de los tiempos de la duración de los movimientos que se ejecutan, se le llama percepción de las relaciones de los tiempos; y a la percepción de las formas y desarrollo de esos movimientos, se le llama percepción de las relaciones del espacio.

Para desarrollar la percepción de las relaciones del tiempo y del espacio, no son suficientes ni la gimnasia que se hace sin fijarse en los tiempos de duración de los movimientos y acentuaciones de los mismos, ni tampoco los ejercicios de baile. Hay que hacer ejercicios físicos apropiados; ejecutando a compás, o sea a intervalos regulares de tiempo, movimientos con los pies, los brazos o cualquiera parte del cuerpo, periódicamente repetidos y acentuados; cuidando conscientemente de la coincidencia de los movimientos que se coordinan en el ejercicio, con las agrupaciones rítmicas cuya coordinación realiza una composición. Las unidades del compás se marcan: Mentalmente. Con movimientos (llevando el ritmo de la composición con una parte del cuerpo y el ritmo del compás con otra parte del cuerpo). Contando con los movimientos regulares de un metrónomo. Con sonidos acentuados periódicamente, en una pieza musical que se escucha, se recita o se canta. Comúnmente el compás (que siempre es una dirección o una guía) se marcará, aun cuando sólo sea mentalmente, o por cualesquiera de esos otros medios, para regularizar los movimientos del ejercicio. Se acentuarán periódicamente algunos de los movimientos de cada ejer-

cicio, fijando para ello nuestra atención en los movimientos especiales que corresponden a las unidades del compás que deben ser fuertes (las que indicadas en la escritura del mismo ejercicio, hay que imaginar en las interpretaciones) Quedarán marcadas por contraste, clara y periódicamente, con relación a los movimientos acentuados, todos los otros movimientos no acentuados de ese ejercicio. Guiándose por las orientaciones generales, pero proponiéndose entender y retener en la mente la comprensión de cada estructura rítmica, se logrará estimular la representación rítmica mental de las proporciones del tiempo y del espacio, simultáneamente con la ejecución de los movimientos, lo que conduce a desarrollar conscientemente el sentido rítmico del movimiento.

Los principiantes pueden hacer ejercicios de gimnasia rítmica interpretando, con movimientos de los pies, los valores de los tiempos y de acentuación de las notas, siguiendo la escritura de ejercicios sencillos, pudiendo aprovechar, para hacer esas interpretaciones fáciles de realizar, la escritura de ejercicios de solfeo o de música, compuestos para los que comienzan a practicar la lectura musical.

Las notas negras, así como todas las otras notas que representan tiempos de menor duración que el que representa una negra, se interpretan dando un paso por cada nota, el cual debe ser más o menos rápido, según la duración mayor o menor de la nota de que se trate. La nota blanca se interpreta dando un paso y haciendo una inflexión; la blanca con puntillo, con un paso y dos inflexiones; la redonda, con un paso y tres inflexiones. En general, un puntillo se interpreta haciendo una inflexión. Las pausas se representan con actitudes que resultan de la suspensión de movimientos. Se realizan propiamente los movimientos con la rapidez que corresponde a los tiempos de duración que expresan las notas de la escritura, llevando el compás, por ejemplo, con los brazos. Las duraciones de las notas realizadas con otros movimientos del cuerpo, se determinan por comparación, con la duración de las unidades del compás. Estas son las orientaciones generales; pero cada trozo musical hay que interpretarse comprendiendo la coordinación especial de los elementos que lo forman y no procediendo nunca por rutina ni por simple imitación. Debe tratarse de que el alumno por sí mismo se dé cuenta de cada frase musical, no olvidando lo que dice Jaques Dalcroze: "El alumno que simplemente hace por imitación lo que otro está haciendo, está perdido, pues pierde el proceso de la interpretación y es muy difícil que lo pueda encontrar otra vez."

Los detalles concretos generales que sirven de base para realizar las interpretaciones de la gimnasia rítmica, se encuentran definidos muy claramepte en las descripciones de los muy interesan-

tes ejercicios del libro de Jaques Dalcroze, fundador, pocos años hace, de la gimnasia rítmica.

Para facilitar el estudio de una interpretación rítmica según la escritura musical, hay que tener en cuenta: primero, que una pieza musical es una composición formada con combinaciones de duraciones, o sea de tiempos marcados con sonidos de distintas alturas, siendo, además, algunos de ellos, fuertes o sea acentuados; segundo, que para definir una formación rítmica que interpreta sonidos por medio de movimientos, no habría inconveniente en considerar todos los sonidos iguales entre sí, o sea de igual altura, pues los elementos del ritmo formado con movimientos, sólo interpretan las duraciones y las acentuaciones. Hay que tener en cuenta, además, que un ritmo compuesto solamente con movimientos que representan duraciones y acentuaciones realizadas con la ejecución vigorosa de esos movimientos, produce una impresión muy interesante, sobre todo para el que lo ejecuta, aunque ese ejecutante no perciba sonidos de diversas alturas. La forma rítmica, realizada sin considerar las alturas de los sonidos y suponiendo un solo sonido siempre de la misma altura que se produce sucesivamente con la fuerza o vigor que indican las acentuaciones y con las duraciones marcadas en la escritura, determina una muy clara PERCEPCION DE RITMOS DE TIEMPOS Y ACENTUACIONES, que son fundamentales en las composiciones musicales.

La satisfacción que se siente al estudiar los ritmos de las composiciones musicales, según la escritura, sin tener en cuenta las diversas alturas de los sonidos, se experimenta mejor después de haber realizado algunos ejercicios que nos inicien prácticamente en este género de interpretaciones.

No habrá inconveniente al estudiar la interpretación con movimientos de un ritmo, según la escritura musical, en que el alumno, sin tener en cuenta la altura de los sonidos indicados en esa escritura, emita vocal y ocasionalmente sonidos cualesquiera de diversas alturas, siguiendo el ritmo de las duraciones y acentuaciones, para que la interpretación resulte más variada. Esto no determinará desventaja para el principiante, por la entonación especial definida de antemano, determinando la subordinación de la percepción del ritmo de los tiempos y acentuaciones a la percepción de la entonación. La entonación produciéndose espontáneamente, la atención fundamental al ritmo de duraciones, no se pierde, puesto que la atención se subordina a la percepción del ritmo de las duraciones y no la percepción de ese ritmo fundamental a las entonaciones.

Excelentes ejercicios para la percepción del ritmo, llevando movimientos de compás con una parte del cuerpo y realizando simultáneamente con otra parte del cuerpo otros movimientos que formen ritmos (que podrán, cuando sea del caso, ser inventados

por los alumnos) se pueden realizar, por ejemplo: marcando con el brazo izquierdo el compás y con el derecho golpeando simplemente sobre una mesa. Estos ejercicios pueden aprovecharse ventajosamente para que los alumnos, escribiendo los ritmos que ejecuten, aprendan cómo se representan con caracteres musicales (1).

En un ritmo complexo que se escucha o que se sabe de memoria, formado con duraciones y acentuaciones producidas con sonidos de diversas alturas, las duraciones o acentuaciones, o sea propiamente la parte rítmica fundamental de la composición, queda íntimamente ligada a la combinación armónica de sonidos de diversas alturas, formando el ritmo de conjunto. Ese ritmo complexo es la composición musical propiamente dicha, en la que la combinación de sonidos diversos que la forman es como el colorido del ritmo de la duración. Este colorido nos impresiona tan vivamente, que la parte rítmica fundamental comúnmente no se puede percibir en sí misma con claridad, en su forma y estructura esencial. Una composición musical que se escucha, tiende a fijarse en la memoria, necesariamente con su colorido o sea con la combinación de los sonidos que nos impresionan vivamente. El ritmo fundamental de las duraciones queda asociado íntimamente al ritmo de la combinación de sonidos de alturas diversas, formando la melodía. Esta asociación comúnmente determina que el ritmo fundamental o de las duraciones y acentuaciones se retenga en la memoria, sin la comprensión de su estructura, pues este ritmo se retiene como una imagen colorida, de la que no concebimos poder desprender fácilmente ese color; y así impresionados, no sentimos sino muy excepcionalmente, tendencia alguna, ni facilidad para darnos cuenta del ritmo propiamente dicho, pues la impresión de los sonidos diversos dificulta nuestra percepción. Ahora bien; la percepción mental de la estructura rítmica es esencial para realizar un ejercicio de gimnasia rítmica, pues que, sin esa percepción, no se realizan los movimientos rítmicos inteligentemente, sino automáticamente, por imitación o por simple memorización de ellos. Para evitar la ejecución del ritmo en esa forma, que es de baile y no de gimnasia rítmica, y para facilitar la percepción de la estructura rítmica, o sea de las combinaciones de duraciones y acentuaciones de movimientos que corresponden a las notas de la escritura, hay que hacer estudios prácticos especiales. Estos consisten en interpretaciones rítmicas con movimientos, sin distraerse con los soni-

---

(1) El compás que se realiza con el brazo izquierdo es conveniente llevarlo en forma simétrica de como se llevaría con el brazo derecho. En efecto, cuando se lleva el compás de cuatro tiempos, simétricamente con los dos brazos, se puede hacer así: Primer tiempo, bajando los dos brazos; segundo tiempo, cruzando los brazos; tercer tiempo, separándolos horizontalmente; cuarto tiempo, subiendo simultáneamente los dos brazos.

dos, no fijando la atención fundamentalmente sino en las duraciones y acentuaciones; esto es, sin considerar sonidos, considerándolos todos de igual altura, o produciéndolos espontáneamente a cualquiera altura. Se intercalarán periódicamente, entre estos ejercicios fundamentales, otros ejercicios de interpretación rítmica, de otras composiciones, realizándolas con movimientos, según la simultánea impresión mental de combinaciones de duraciones, acentuaciones rítmicas y sonidos que se escuchan de diversas alturas.

Debiendo darnos cuenta de la estructura rítmica de las composiciones que tenemos que interpretar, nos será más fácil lograrlo atendiendo a la escritura musical, para la ejecución de los ejercicios gimnásticos de dificultades progresivas que hay que hacer; pero esto, sobre todo para los niños, sería una complicación, si se tratara de considerar desde luego las entonaciones que representan las notas de la escritura; en tanto que si, para interpretar la escritura musical con movimientos, solamente se consideran las duraciones que expresan las formas de las notas, esto lo harán fácilmente aun los niños pequeños, guiados por un hábil profesor. Son muy interesantes como práctica para la apreciación rápida de valores relativos de las notas y como estudio de interpretaciones de notas ligadas entre sí, formando una nota de mayor duración, los ejercicios con movimientos relacionados a combinaciones rítmicas formadas con notas ligadas de distintos valores (redondas, blancas con puntillo, blancas, negras o corcheas): primero, realizando, según el caso, cuatro movimientos o cuatro conjuntos de movimientos, equivalentes cada movimiento o conjunto de movimientos a una negra, para interpretar una nota redonda; tres movimientos o conjuntos rápidos, para interpretar una blanca con puntillo, dos para interpretar una blanca; uno para interpretar una negra, y uno más rápido para interpretar una corchea, cuidando, en todo caso, de marcar oportunamente con los movimientos, la acentuación que se indique en la escritura Segundo, haciendo estos movimientos anteriores con una parte del cuerpo, por ejemplo con los pies, y simultáneamente con otra parte del cuerpo o con enunciaciones, marcando cada conjunto de notas de la combinación rítmica que, representada como una unidad, se trata de interpretar con un solo movimiento o una enunciación.

Sonidos de diversas alturas caracterizan, entre otras cosas, la música que escuchamos; la gimnasia, en general, la concebimos como una sucesión de ejercicios para determinar un desarrollo y adquirir una habilidad. La gimnasia rítmica tiene que hacerse ejecutando persistente y conscientemente movimientos rítmicos, a fin de producir un desarrollo rítmico de nuestro organismo y de nuestra mentalidad, capacitándonos para percibir e interpretar inteligentemente los ritmos del movimiento y darnos cuenta del ritmo

universal. Cuando se ha aprendido a interpretar con movimientos el ritmo de los tiempos de duración de las notas de una composición musical, se podrá producir fácilmente el ritmo, con las propias entonaciones de las notas de la escritura, tocándolo en un instrumento "pneumaphono," o en un instrumento musical cualquiera, provisto de un ajuste "pneumaphono" y esto se podrá hacer aun no teniendo conocimientos previos relativos a las alturas de los sonidos de la escala musical.

IV

FORMACION DE CUADROS PLASTICOS

Los ejercicios progresivos de interpretaciones rítmicas de composiciones musicales en forma de gimnasia, hechos individualmente, o sea por cada alumno, de los que forman un grupo trabajando simultáneamente, conducen, según los procedimientos de la gimnasia rítmica, a la concepción estética de formaciones rítmicas de conjuntos plásticos. Jaques Dalcroze, en su "Método de Gimnasia Rítmica," enseña, con el nombre de movimientos lentos o de marchas lentas (véase lección XVIII de su método), una serie de actitudes y movimientos estéticos de expresión simbólica que se pueden aprovechar y que sugieren otras actitudes plásticas expresivas, ùtilizables en la composición de conjuntos plásticos.

Los cuadros plásticos sucesivos, formados por una agrupación de personas en movimiento, o bien una sucesión de actitudes diversas de una sola persona que efectúa movimientos diversos, correlacionados todos esos movimientos y actitudes en uno y otro caso, inteligente y sentidamente, con la sucesión de los sonidos, unos vigorosamente acentuados, otros tenues y otros de una intensidad media, siendo todos esos sonidos los elementos componentes de una armoniosa y expresiva composición musical, que se escucha, todo ello, en conjunto bien combinado, produce un efecto muy agradable y nos impresiona. Esos cuadros formarán un solo ritmo, según las definiciones en que hemos convenido, y ese ritmo de conjunto, si son varias personas las que lo forman, estará compuesto de diversos rítmicos, cada uno de estos ritmos tanto más interesante y expresivo cuanto mejor ejecutado, comprendido y sentido sea por el que lo ejecuta. En ese conjunto todo se relaciona, todo conduce a un fin, que es la correlación armoniosa de todos los elementos. De ahí que esa tendencia de todos los elementos es variada en sus manifestaciones y armoniosa a la vez. Variada precisamente, porque los que ahí trabajan realizan ritmos especiales formando el suyo cada cual, en una posición especial y con elementos que son diversos de los que emplean los otros, pero a la vez armoniosa porque todos

están animados del deseo predominante de correlacionar sus ritmos armónicamente para formar un conjunto que sea hermoso.

Para poder llegar a ese resultado es necesario que los organizadores de este trabajo conciban previamente un plan general, que al enseñar su realizacion, completarán y detallarán modificándolo cuando convenga para su mejor efecto. Este plan general estara basado en la consideración de la clase de elementos (fundamentalmente las personas) con los que se cuente para hacerse el trabajo, teniendo en cuenta las condiciones de esas personas. Cada persona, trabajando según el plan general y en conjunto con los demás, tendrá necesariamente que desarrollar un ritmo enteramente especial, determinado por la labor que especialmente tiene que hacer y por sus condiciones características personales; pero tendiendo a cooperar para el mejor resultado del ritmo del conjunto. De ahí que es verdaderamente interesante la conveniente EDUCACION de aquellos que tienen que realizar ritmos de conjunto, pues trabajan a la vez individual y colectivamente. Hay que considerar, como base, este modo de educación, a fin de que cada cual realice consciente y sentidamente su labor. En suma, cada individuo dedicado especialmente a su labor tiene que comprender la labor del conjunto, esto es, la labor de los demás, y un educando que trabaja en esta forma como elemento asociado con sus compañeros, podrá ser capaz luego de definir, organizar y dirigir satisfactoriamente una labor de conjunto.

Sucede a menudo en las organizaciones sociales que los que las dirigen y los que en detalle desarrollan funciones parciales, proceden simplemente por imitación o al acaso, sin concentrar su atención para formarse el concepto claro de la correlación necesaria que hay que buscar para la ideación y desarrollo satisfactorio del conjunto. Esa concentración de atención hay que practicarla siempre para obtener el hábito. En la vida práctica es imperioso obrar oportunamente; pero hay que tratar de conciliar la acción oportuna con la coordinación necesaria evitando los errores o la servil imitación, que se manifiesta por la rutina. Esta se evitará necesariamente si se tiene la clara comprensión del asunto de que se trate, de lo que es y de lo que debe ser según las circunstancias especiales. Esa comprensión clara se desarrolla en la práctica, no procediendo superficialmente. Cuando se resuelve cada problema, si se tiene debidamente en cuenta todo esto, la solución no será rutinaria, ni disparatada y satisfará los justos anhelos por alcanzar lo bueno y lo bello.

Ahora bien: si falta la práctica y los conocimientos necesarios adquiridos por el hábito de pensar correlacionando todas las ideas para proceder en la forma más conveniente, ¿qué hacer? Hay que hacer lo que se crea mejor, pero poniendo todos los medios posibles sin sacrificar ninguno y sin flaquear por ningún motivo, para des-

arrollar nuestra comprensión y los hábitos de acción que nos conduzcan a mejores resultados, lo mismo si se trata de componer bellos ejercicios de conjunto de gimnasia rítmica, que si se trata de organizar cosas mucho más difíciles en la vida.

V

Exposición sintética de los ejercicios que componen cada una de las lecciones de Gimnasia Rítmica de Jaques Dalcroze, tratando de explicar el objeto fundamental de cada uno de ellos. (Véase "Méthode Jaques Dalcroze.—Gymnastique Rytmique.—Sandoz. Jobin & Cie., editeurs.—28, Rue Bondy, París").

Primera serie de ejercicios

Como base del equilibrio y oportunidad en las estancias y movimientos que constituyen las interpretaciones rítmicas: *Ejercicios rítmicos generales de gimnasia para vigorizar los órganos,* con el fin de realizar eficazmente, al interpretar los valores musicales, el equilibrio y la oportunidad en las estancias y movimientos.

Observaciones

Todos los movimientos rítmicos implican estancias, o sea permanencias en un lugar, y movimientos. Simplemente al andar, alternativamente cada pie permanece en una posición o estancia, en tanto que el otro se mueve para cambiar de estancia o posición.

Segunda serie de ejercicios

Ejercicios realizando con los pies conscientemente movimientos y estancias a compás, o sea realizando movimientos y estancias regularmente destacadas, y mental y materialmente correlacionadas, formando combinaciones de agrupaciones de movimientos sucesivos o coexistentes, marcadas por la acentuación.

Observaciones

Las estancias, o permanencias en lugares sucesivos, se agrupan formando series. Cada serie se relaciona con alguna de las estancias que la componen material o mentalmente acentuada. Estos ejercicios se ejecutan haciendo la descomposición de los valores musicales que hay que realizar.

Los valores musicales se representan en cada ejercicio por estancias, sean o no acentuadas, con el vigor del movimiento que precede a cada estancia. Las estancias están ligadas y destacadas a

la vez por medio de los movimientos que las unen y las marcan. Cuando se lleva el compás con el movimiento de un brazo, la mano *debe llegar,* sea abajo, sea a la derecha, sea a la izquierda o arriba, en el *momento mismo* en que el tiempo comienza y debe quedar en esa estancia o posición durante un tiempo de duración del compás. Los cambios de estancia se verifican en ese caso con movimientos rápidos. (Véase las "Reglas generales para llevar el compás," página 10. Método de Jaques Dalcroze.)

Tercera serie de ejercicios

Ejercicios especiales de respiración en los que las espiraciones y las aspiraciones representan valores musicales.

Cuarta serie de ejercicios

Ejercicios realizando con los pies conscientemente movimientos y estancias a compás, acompañadas de movimientos rítmicos de los brazos y la cabeza, esto es, realizando así movimientos y estancias regularmente destacadas y mental y materialmente correlacionadas, formando combinaciones de agrupaciones de movimientos sucesivos o simultáneos, marcadas por la acentuación.

Quinta serie de ejercicios

Ejercicios de independencia (ejecuciones complexas) *llevando simultáneamente con dos partes del cuerpo, dos ritmos diversos con movimientos independientes uno de otro,* o sea realizando ejercicios rítmicos de independencia de los miembros.

Sexta serie de ejercicios

Ejercicios de libertad o empleo ocasional de las distintas partes del cuerpo para realizar los movimientos y estancias rítmicas, con el objeto de desarrollar la voluntad espontánea.

Séptima y octava serie de ejercicios

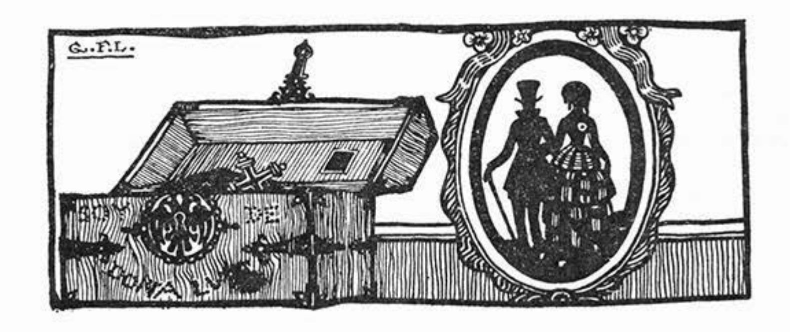
Ejercicios especialmente tendientes a que el alumno lleve un ritmo no sólo con movimientos, sino también mentalmente, aun sin ejecutar los movimientos: (a) (VII). *Ejercicios de detención* accidental, en la sucesión de las estancias y movimientos rítmicos; pero continuando la percepción mental de las estancias y movimientos por medio de la imaginación. (b) (VIII). *Ejercicios de alternancia o variación periódica de compás* en relación con la acentuación en los movimientos.

EJERCICIOS RITMICOS COMBINADOS CON PERCEPCIONES MELODICAS

Novena y décima series de ejercicios

(a) (IX). *Ejercicios de estancias, movimientos y acentuaciones rítmicas previa audición.* (b) (X). *Ejercicios de estancias, movimientos y acentuaciones rítmicas, con ademanes y gestos cantando.*

El punto de mira esencial de la exposición anterior es el de que nos demos cuenta de la importancia relativa, que el insigne maestro de Gimnasia Rítmica, Jaques Dalcroze, concede a cada género de ejercicios, los cuales deberán practicarse tal como especialmente convenga a los alumnos de que se trate, debiendo considerarse el libro de ese notable creador, como una excelente orientación que merece ser analizada concienzudamente por los maestros.



CLASES DE LECHERIA

POR ERCILIA DELTORCHIO

DESCREMADO

El descremado mecánico que ha casi completamente reemplazado al descremado espontáneo a temperatura natural y al que se efectúa a baja temperatura, que no entro a detallar, pues se haría este resumen demasiado extenso, es una aplicación de la fuerza centrífuga. De ahí que el órgano esencial en toda descremadora sea lo que se ha dado en llamar tambor o turbina, en que se somete la leche a la acción de esa fuerza.

Sabido es que si se imprime un rápido movimiento de rotación a un recipiente cilíndrico en el que hayan introducido dos líquidos no miscibles y de distinta densidad, es posible observar dos círculos concéntricos formados por los dos líquidos en movimiento, estando constituído el interior por el más liviano y, por el más pesado, el que se aproxima a las paredes del vaso, alejándose, por lo tanto, del centro. En la turbina de la descremadora pasa lo que en este recipiente: la leche que ella contiene puede considerarse como la mezcla de dos líquidos de distinta densidad representados por la crema (el menos denso) y por el suero, que lleva en suspensión la caseína, el azúcar y las sales. El movimiento de la manivela de la máquina, trasmitido a la turbina por intermedio de un engranaje, queda multiplicado en forma tal, que, mientras el operador imprime a la primera 50 ó 60 vueltas, describe la segunda más de 2,000.

La turbina, cuya forma varía considerablemente, de una a otra descremadora, lleva en su interior una serie de piezas que afectan a veces la forma de embudos muy abiertos, encajados unos en otros; otras la de aletas o platillos, teniendo por objeto, todas ellas, la división de la leche en capas muy delgadas, a fin de facilitar la separación de la crema.

Además del tambor o turbina que acabamos de mencionar, pueden considerarse como partes esenciales de toda descremadora: el depósito destinado a recibir la leche y el regulador, que está representado en las más sencillas por un flotador y, en otras, por un bote de movimiento oscilatorio, y tiene por objeto hacer llegar a la turbina, en el mismo tiempo, una cantidad igual de leche.

La instalación de la descremadora exige desde luego cuidados especiales, si se ha de obtener su regular funcionamiento. Ante todo, es necesario asegurarse de su firmeza y, por medio de la plomada o de un nivel de aire, de su posición horizontal.

Nunca debe ponerse en uso si no ha sido aceitada de antemano y si no se encuentran todas sus partes perfectamente limpias. El movimiento que se imprima a la manivela debe ser lo más regular posible, debiendo respetarse la velocidad que cada máquina trae indicada, de otra manera el descremado se efectúa muy imperfectamente. La llave que permite la llegada de la leche a la turbina no debe abrirse hasta que no alcance ésta la velocidad deseada. Una vez vacío el depósito de la leche, se continúa vertiendo en él leche descremada hasta que haya caído la última gota de crema, momento en que se suspende la operación.

La limpieza de la descremadora, cada vez que ha sido utilizada, debe ser objeto de los cuidados más minuciosos, recomendándose en este caso como en todos los que se trate de útiles de lechería, el uso previo del agua fría, desde el momento que el agua caliente al determinar la coagulación de la caseína, facilita la adherencia de las partículas de leche que hubieran quedado en los recipientes o utensilios empleados.

Hay que advertir que la temperatura de la leche más favorable en el descremado mecánico es la que oscila entre 30 y 32°. Como esta es la temperatura que ofrece la leche en el momento de ser extraída del animal, se comprenden las ventajas de descremar inmediatamente después de haber ordeñado. Cuando ésto no es posible se consigue la temperatura deseada por medio del calentamiento al baño maría.

La superioridad del descremado mecánico sobre el espontáneo, que ha casi completamente suplantado, es bien fácil de apreciar. Por una parte, proporciona un mayor rendimiento de crema.

No efectuándose en el descremado espontáneo la separación de la substancia grasa, sino al cabo de muchas horas, mismo cuando se facilita esa separación por medio del enfriamiento, una parte de los glóbulos de crema quedan aprisionados entre la masa de la albúmina que ha sufrido ya un principio de coagulación. Esto da a comprender el porqué de un menor rendimiento de crema cuando se aplica ese procedimiento.

Cuando se aplica la fuerza centrífuga no hay que temer ese inconveniente desde el momento que se obtiene la separación de la crema en la leche completamente fresca; además, la operación se reduce a pocos minutos de trabajo y los productos obtenidos están en las mejores condiciones para ser utilizados.

Por lo que se refiere a la leche descremada conviene advertir que como sale de la desnatadora a una temperatura de 27 a 30°, que es la más favorable al desarrollo de microorganismos, es nece-

sario hacerle sufrir la pasteurización, que consiste en elevar la temperatura a 75 u 80° para hacerla descender después a 10 ó 15.

Esta leche puede muy bien ser utilizada en alimentación, pues si bien ha sido despojada de la sustancia grasa, conserva una buena parte de su valor nutritivo, gracias a su fuerte porcentaje de caseína.

En cuanto a la crema, si va a ser empleada en la fabricación de la manteca, debe ser objeto de cuidados especiales. No hay que olvidar que, por perfecta que sea su separación cuando se opera mecánicamente, siempre encierra partículas de caseína y azúcar de leche, sustancias éstas que se descomponen tanto más rápidamente cuanto más alta es la temperatura a que se encuentran expuestas; por eso se recomienda introducir el recipiente que la contiene en otro con agua fría en cuanto se termina su extracción.

Fabricación de la manteca. Es necesario emplear en esta fabricación, si se quiere obtener un buen rendimiento de manteca y un producto de gusto agradable, crema ácida y en un momento dado de su acidificación. La temperatura más favorable para la obtención de este estado es la que oscila entre 12 y 18°; la más baja para el verano; la más alta para el invierno.

Esta operación es la más difícil de todas las que comprende la fabricación de la manteca. Para obtener un buen resultado es condición indispensable el empleo de crema que provenga de leche completamente fresca.

Después que estudios especiales revelaron que es la acción de determinadas bacterias la que contribuye a comunicar a la crema ese gusto agradable que tanto aprecian los paladares refinados, se consiguieron aislar esas bacterias y hoy se hacen cultivos especiales de las mismas a fin de utilizarlas en un momento dado. Por medio de la pasteurización se destruyen todos los fermentos naturales de la crema, dejando así libre campo a los que son introducidos intencionalmente.

Durante todo el tiempo que dura la fermentación, 24 a 36 horas, debe procurarse mantener la misma temperatura, no olvidando de remover de cuando en cuando la crema, para que la acidificación se produzca de una manera uniforme. Ese grado tan propio de acidificación a que hemos hecho referencia, llega a conocerse perfectamente con la práctica, pudiendo determinarse con exactitud con el auxilio de un acidímetro. El uso de este aparato se basa en la propiedad de la fenoltaleína de enrojecerse en presencia de un álcali. Si a 10 ctms.^{3} de crema ácida, se agregan unas gotas de fenoltaleína, no se observa ningún cambio en la coloración del líquido; pero si se vierten además algunos gramos de soda cáustica, llegará un momento en que toma aquél un color rojo muy pronunciado. De la cantidad de soda cáustica que haya necesidad de emplear para neutralizar el ácido, se deducirá la acidez de la crema. Puede de-

cirse que se encuentra ésta convenientemente acidificada cuando no se constata el color rojo hasta después de haber empleado 6 ó 7 centímetros cúbicos de soda.

Como no disponíamos de acidímetro realizamos esta experiencia valiéndonos de un simple cuentagotas y de la fuleta graduada en gramos, que utilizábamos para medir el cuajo y el colorante. Como se comprende, el resultado no pudo ser más que aproximado.

Adquirido el grado de acidez conveniente, está preparada la crema para el batido, operación esta que tiene por objeto la unión íntima de todos los glóbulos de la sustancia grasa.

No entraré a describir los diversos sistemas de aparatos que se utilizan para efectuar esa manipulación de la crema, limitándome a recomendar la adopción de aquel que, al mismo tiempo que ofrezca las mayores facilidades para la limpieza, sea de un mecanismo sencillo y de sólida construcción. Las batidoras de madera deben ser preferidas a las de metal. Las construídas con el primer material, en virtud de su escaso poder conductor para el calor. evitan la influencia de la temperatura exterior sobre el contenido, lo que es importante; además, y esta es la causa por la que se construyen de madera todos los utensilios empleados en la manipulación de la crema y la manteca, impregnándose de agua ese material, dada su gran porosidad impide la adherencia de las partículas grasas en las paredes del recipiente.

Una batidora de esta clase, antes de ser usada por primera vez, debe ser objeto de cuidados especiales. Llena de agua caliente, en la que se han disuelto cristales de soda, debe mantenerse así durante 24 horas. Transcurrido este tiempo se reemplaza el agua por igual cantidad de suero, el que se retira al cabo de algunas horas, procediéndose entonces al enjuague con agua caliente primero y después con agua fría.

La temperatura a que debe batirse la crema oscila entre 13° y 15°, debiendo procurar el efectuar la operación en un local en que el calor no exceda de 12°. Una temperatura elevada acelera la unión de los glóbulos grasos y una muy baja la retarda. En el primer caso la manteca obtenida es blanda y se adhiere a las paredes de la batidora, perdiéndose en el suero una gran proporción de sustancia grasa; en el segundo caso se obtiene una manteca consistente, pero la duración demasiado larga del batido hace que su calidad pierda también. Es por eso que es necesario buscar un término medio.

La rapidez del movimiento que se imprima a la batidora depende de la temperatura, de la cantidad de crema y de la naturaleza de la crema, pudiendo establecerse que esa velocidad debe ser mayor para una baja temperatura, una pequeña cantidad de crema y una crema fluída y, menor, por lo tanto, en los casos contrarios.

Como la temperatura de la crema tiende a aumentar, debido

al mismo calor desarrollado por el movimiento, conviene agregar, al final de la operación, cierta cantidad de agua fría.

Obtenida la manteca hay que proceder inmediatamente a su lavado y a su amasado después, operación esta última en la que se utilizan aparatos especiales, amasadoras, de las cuales existen diversos sistemas, obteniéndose en todas ellas el resultado perseguido por el movimiento de un rodillo acanalado, de madera, sobre una superficie de madera también o por el de esta superficie, cuando no se mueve el cilindro de la referencia. La suave presión que de esta manera se imprime a la manteca la despoja lentamente del suero que contenga todavía, para lo que bastan 10 o 15 pasajes del cilindro. Agregada la sal y un colorante, si se desea, se procede con el auxilio de paletas especiales a la formación de los panes, operación que debe efectuarse en un paraje fresco y después que la manteca, expuesta a una baja temperatura, haya adquirido la consistencia deseada.

Nota.—Como la batidora de que disponíamos era demasiado grande para la cantidad de crema con que debíamos hacer nuestros ensayos, recurrimos al sencillo procedimiento del batido a mano para obtener la manteca y, a falta de "malaxeur," utilizamos en el amasado un simple rodillo acanalado que a la manera de palote, hacíamos deslizar sobre la manteca colocada sobre una mesa de madera.

FABRICACION DE QUESO PONT L'EVEQUE

El queso no es más que la caseína coagulada a la que se hace sufrir, después, una fermentación más o menos larga, según la naturaleza del producto que se quiere fabricar. La caseína es el principio albuminoideo o azoado de la leche, que aparece en ella en dos estados: en estado de suspensión y en estado de disolución. Esta última figura en proporciones relativamente reducidas. La caseína en suspensión se coagula bajo la influencia del ácido láctico que, a su vez, es originado por la descomposición que determinados fermentos desarrollan en la glucosa o azúcar de leche. Este conocimiento es indispensable en el uso de los diversos procedimientos que tienen por objeto la conservación de la leche. Si la coagulación de la caseína tiene lugar por la influencia que sobre ella ejerce el ácido láctico, hay que evitar la acción de los fermentos que actuando sobre la glucosa determinarán la producción de ese ácido. Estos procedimientos son: el frío, que paraliza los fermentos y el calor que los destruye. Cuando el ácido láctico se ha formado ya, hay que neutralizarlo, lo que se consigue por la adición de sustancias alcalinas, tales como el carbonato de soda. Este último procedimiento es poco recomendable, pues por escasa que sea la cantidad

de sustancia que se introduzca, resultan modificadas las propiedades de la leche. El frío y el calor, si son los mejores, no son tampoco perfectos, pues, a la vez que paralizan o anulan los fermentos que originan la producción del ácido láctico, ejercen la misma acción sobre otros que, en los actos digestivos, desempeñan un rol muy importante.

Volviendo a la coagulación diremos que la que tiene lugar espontáneamente no se utiliza nunca en la fabricación del queso, ni aun para reforzar la acción del cuajo.

Adición del cuajo.—Es la primera operación en la fabricación del queso.

El cuajo se extrae del cuarto estómago del ternero que contiene un fermento especial. Su preparación es muy sencilla. Debe preferirse el de un ternero joven, pues la cantidad de fermento disminuye con la edad. Bien limpio y salado, se guarda en un recipiente de arcilla sobre una capa de sal. Dos días antes de ser utilizado se retira de la sal y, una vez bien seco, se corta en pedacitos que se sumergen en agua salada, agua con vinagre o suero. Al cabo de 36 ó 48 horas está pronto para ser empleado. El cuajo así preparado ofrece el inconveniente de debilitarse muy fácilmente, obligando a medir su fuerza cada vez que se hace necesario utilizarlo. El preparado industrialmente no sólo ofrece la ventaja de ser un producto más puro, sino la de conservar por mucho tiempo, si se tiene la precaución de taparlo bien, su fuerza de coagulación.

Para medir esa fuerza, basta agregar a un litro de leche a 35° de temperatura, 1 gramo de cuajo, debiendo efectuarse la coagulación en 4' para poder atribuirle la fuerza de 1|10.000. Si se efectúa en menos tiempo, el cuajo es demasiado fuerte y demasiado débil, se requiere, por el contrario, más.

Con esta base basta conocer el tiempo de coagulación requerido en cada caso, para poder determinar con la mayor facilidad y exactitud, la dosis de cuajo a emplearse. Y ese conocimiento del tiempo es indispensable puesto que de él dependen, casi exclusivamente, las propiedades que nos ofrezca la cuajada. Una cuajada obtenida en poco tiempo, es dura y permite la exudación rápida del suero; la que por el contrario se obtiene en largo tiempo, es blanca y deja separar con dificultad el suero que encierra. Determinadas fabricaciones exigen el empleo de la cuajada de la primera clase; otras requieren el de la segunda. Se comprende esto fácilmente si se tiene en cuenta que la distinta manera de actuar los microorganismos que determinan las fermentaciones según el ambiente en que se les ofrezca, origina en cada fabricación las características que la hacen inconfundible con cualquiera otra.

Ahora bien, ¿cómo se prolonga el tiempo de coagulación? Adicionando a la leche, a baja temperatura, una escasa cantidad de cuajo. ¿Cómo se procede para acelerarla? Con el empleo de una

fuerte dosis de "fresure" y una alta temperatura de la leche. Pongamos un ejemplo: Con 1 gramo de cuajo hemos conseguido coagular 1 litro de leche a 35° de temperatura, en 4'. Suponiendo que deseamos obtener una cuajada de mayor consistencia, duplicamos la cantidad de cuajo y obtendremos entonces la operación en la mitad del tiempo o sea en 2'. El mismo resultado se obtendría elevando la temperatura. La cantidad de cuajo utilizada y la temperatura de la leche son factores, pues, que obran en razón inversa del tiempo. Pero no pretendamos obtener en la práctica la rigurosa exactitud que nos procura el cálculo aritmético, máxime cuando esto no puede hacerse intervenir más que dentro de ciertos límites, pues tan peligroso como emplear una temperatura excesiva es la de hacer uso de una proporción de cuajo demasiado fuerte. Por otra parte, ¿cómo influye la composición de la leche en cada caso para prolongar o hacer más breve el tiempo de coagulación que el cálculo nos había fijado en un número dado de minutos?

Por todas estas circunstancias, recomendamos la más fina observación para que la experiencia adquirida con la práctica venga a modificar, a cada instante, la manera de proceder que los números hubieran indicado.

Cuando por primera vez fabricamos el Pont l'Evêque elevamos la temperatura de la leche a 34° y empleamos un gramo de cuajo y 1|10 para cada litro. De esta manera obtuvimos una cuajada demasiado dura, que no correspondía al tipo de queso que es el Pont l'Evêque, cuya especial fermentación exige en aquélla otras cualidades. Las veces subsiguientes disminuimos la cantidad de cuajo (1 gramo por litro) y rebajamos la temperatura de la leche (30 grados) obteniendo así, en la cuajada, las propiedades que deseábamos.

Hay que advertir que la elevación de la temperatura de la leche debe hacerse al baño maría, y que el cuajo que se mide con una probeta graduada en gramos, o lo que es lo mismo, en centímetros cúbicos, se disuelve en agua tibia antes de ser incorporado a la leche, que se agita fuertemente en ese momento a fin de que la mezcla sea completa.

Antes del cuajo y adoptando las mismas precauciones que para éste, se agrega el colorante producto vegetal, preparado industrialmente, cuyas proporciones pueden fijarse en 2 gotas para cada litro de leche. En estas condiciones se tapa el recipiente y, puesto esto en un lugar donde conserve la temperatura, se espera el momento de la coagulación, que puede considerarse completa cuando al aproximarse un dedo a la superficie de la leche se le retira cubierto de suero.

Hay que proceder ahora a la división de la cuajada. Sabido es que ésta tiene la propiedad de contraerse en cuanto se forma y, al hacerlo, dejar salir por sus superficies libres el suero que con-

tiene. La división de la cuajada, aumentando el número de esas superficies, facilita la exudación del cuajo. En esa operación, para la que se emplea una gran paleta, especie de cuchillo de madera o de metal, debe procederse muy lentamente, pues de otra manera se correría el riesgo de perder una parte de la sustancia grasa que la caseína no retiene bien todavía, y que sería, por lo tanto, arrastrada por el suero.

La división debe hacerse en porciones de unos 3 centímetros cuadrados de superficie, lo que se consigue haciendo correr el instrumento empleado en dos direcciones que se corten perpendicularmente. Esas porciones deben ser lo más regulares posibles para que, ofreciendo superficies iguales, la exudación se produzca de una manera uniforme, a fin de que ofreciendo todas la misma constitución, se obtenga una masa de composición homogénea. Y si se establecen sus dimensiones es para evitar, en el caso de que fueran demasiado grandes, la retención del suero en el interior de estas porciones, debido a que en la superficie de cada una, por la misma contracción experimentada por la caseína, se origina una red cerrada que da paso con dificultad al suero que ésta contiene; si fueran los fragmentos muy pequeños se originarían los inconvenientes que dejamos indicados al hablar de una exudación demasiado activa.

Después de unos minutos de reposo, durante el cual la caseína se desprende lentamente del suero que la impregna, se procede a retirar una parte de este líquido e, inmediatamente, valiéndose de una cuchara especial o, a falta de ella de una espumadera, se separa por capas delgadas la cuajada que se dispone en una etamina, previamente sumergida en agua hirviendo y colocada sobre una rejilla de madera de la que la separa una estera.

Al cabo de 2 horas se llenan con esta cuajada los moldes (1) que se hacen descansar sobre las rejillas recubiertas de esteras, de que acabamos de hacer mención. Después, y durante 3 días, no hay que olvidar de dar vuelta a los moldes, a fin de que las dos caras, superior e inferior de los quesos, reciban por igual el efecto de la presión de la propia masa, haciéndolo cada 15 minutos el primer día, cada 2 horas el segundo y 3 veces el tercero. Pasado ese tiempo se retiran los quesos de los moldes y se procede a su salado, operación esta que se hace en dos veces. La primera vez se sala una de las superficies y los bordes; la segunda vez, al día siguiente, la otra superficie y de nuevo los bordes.

---

(1) Estos moldes son de madera (haya o fresno) de base cuadrangular y miden unos 12 centímetros de diámetro, por 6 u 8 de altura, siendo muy recomendables por la facilidad de su manejo, el uso de 4, 6, 8 o más unidos, formando una sola pieza.

Están así preparados los quesos para pasar al secador donde permanecerán de 3 a 5 días, teniéndose la precaución de darlos vuelta una vez por día.

Deben pasar ahora al sótano o al lugar apropiado que se les destine para hacerles sufrir la fermentación, la más importante de todas las fases por las que atraviesa la fabricación del queso, pues como ya lo hemos dicho, de las condiciones en que ésta se desenvuelva, del ambiente más o menos propicio que se ofrezca a los microorganismos que han de determinarla, dependerán la naturaleza y cualidades del producto que se obtenga.

Allí se dispondrán verticalmente sobre planchas de madera, muy juntos, a fin de evitar el desarrollo de los mohos en la superficie, a lo que también se contribuye con el frecuente lavado, para el que se emplea agua tibia, ligeramente salada.

Durante todo el tiempo de la fermentación, que varía entre 40 días y 2 ó 3 meses, según el grosor de los quesos, no hay que olvidar de invertir la posición de éstos cada 2 días.

Como acabamos de verlo, en la fabricación del Pont l'Evêque se aprovecha la acción de los microbios que trabajan en el interior del queso, por lo que se trata de destruir, por todos los medios, los que se desarrollan y viven en la superficie de los mismos.

Si se observa lo que sucede en uno de estos quesos, en el que no se aplique el tratamiento que se emplea con los demás para conseguir el antedicho resultado, se verá que su superficie se cubre de pequeños puntos blancos, que toman después un tinte azulado que se acentúa y llega hasta el negro, si en el sótano en que se verifica la fermentación hay exceso de humedad. Esos puntos blancos son microbios vegetales, verdaderas criptógamas, que en una cuajada, blanda, que con tanta facilidad se acidifica, encuentran el campo más propicio a su rápido desenvolvimiento. Ahora bien, ¿cuál es la causa de esa acidificación de la cuajada? El fermento láctico no obra más que sobre la lactosa y, el ácido láctico, que su acción sobre ésta origina, no hace más que determinar la precipitación de la caseína, dejándola completamente inalterada. Es necesario que intervengan otros fermentos para iniciar en la caseína esa serie de modificaciones, que tanto valor tienen en la fabricación del queso. Esos fermentos provienen del cuajo, del medio en que se trabaja, de los utensilios mismos que se emplean.

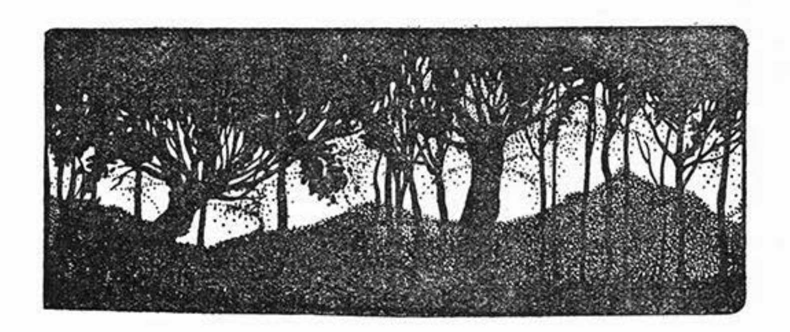
Los hongos que vemos desarrollarse en la superficie del queso que tenemos en observación, la cubrirán completamente si ha sido ésta uniformemente salada; de otro modo veremos cómo se intercalan entre los mohos manchas amarillentas, resultado de una acción más activa de los microbios del interior. Los que se desarrollan en el exterior son más vigorosos que estos últimos, pero, también, por lo mismo que viven exteriormente, están más expuestos a desaparecer a cada instante bajo la acción de las influencias que

tienden a destruirlos. Es por eso que la fabricación de los quesos que utiliza esa fermentación (Brie, Camembert, etc.), es sumamente delicada.

Las modificaciones que esos microbios vegetales que estamos estudiando, determinan en la caseína, convierten en un medio alcalino, el que era antes completamente ácido. En ese momento se suspende su obra dejando su continuación a cargo de los que se desarrollan en esa clase de medios, es decir, los originados por los álcalis. Estos, que empiezan a trabajar en las superficies exteriores, poco a poco van ganando el interior. Un corte hecho en nuestro queso en observación, nos demostrará este movimiento de avance por la distinta coloración que ofrecen las capas que se aproximan a la superficie y las que constituyen el centro.

Nos falta estudiar los microbios animales, aerobios o anaerobios, según que absorban el oxígeno del aire libre como todos los seres vivos, o que lo tomen de los elementos que ellos mismos se encargan de descomponer. Estos últimos son los que viven en el interior de los quesos y los que determinan exclusivamente la fermentación en aquellos en que una corteza endurecida hace imposible la entrada del aire en el interior de la masa. En los quesos de pasta blanda, como el Pont l'Evêque, cuya fermentación estamos estudiando, cuando se detiene la acción de los microbios vegetales, empieza la de los aerobios, siendo los anaerobios los encargados de completar la transformación.

Con esto doy por terminadas las indicaciones necesarias para la fabricación del Pont l'Evêque, que pueden tomarse como base para la de todos los quesos llamados de pasta blanda.



Aladino Sección de los niños

GUILLERMO TELL

UN día atravesaba la plaza-mercado de Altdorf, población suiza, un hombre de gran belleza varonil. Alto y erguido, ancho de espaldas y bien formado, de cara y barba rubicundas y aspecto altivo, este hombre de las montañas cruzaba la plaza con paso firme y airoso. En sus ojos brillaba la satisfacción, y tenía para todos sus amigos una palabra de afable saludo. Muchos se volvían diciendo: "Ahí va Guillermo Tell, el ballestero de Bürglen."

Este, tenido por el mejor ballestero de toda Suiza y el que mejor sabía manejar un bote en el tempestuoso lago Uri, vivía tranquilamente en una casita de la montaña, con su esposa, que con él compartía sus penas y alegrías, y sus hijos, para los cuales trabajaba con ardor. Cazaba ciervos en el monte y pescaba en el lago. A sus hijos nunca les faltaron buenos alimentos ni vestidos adecuados. Su vivienda era limpia y arreglada. No había, en todos los contornos, otra familia que viviera en paz más estable y con mayor felicidad.

Tell acababa de vender el fardo de pieles de venado que había traído a Altdorf, y ahora se encaminaba a comprar recios abrigos de lana para sus hijos, en previsión del próximo invierno. Se sentía feliz y alegre; dentro de una hora ya iría cantando camino de su casa, monte arriba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro; volvióse, y se encontró detenido por un soldado austriaco; un momento después estaba cercado. El soldado que le había detenido señaló un poste rematado por un sombrero ducal, y le dijo:

—Ya sabes que hay pena de muerte para el que no salude.

Un silencio profundo reinó de pronto en toda la plaza. La gente dejó sus puestos y empezó a apiñarse alrededor del grupo: ¡se trataba de algo más importante que el negocio, la libertad de un hombre, la independencia de una nación! La sangre coloreaba el rostro de Tell. Apartó la vista del poste y, mirando serenamente al soldado, dijo con calma:

—No he cometido ningún delito.

—¡Has insultado a la majestad del duque!—repuso el soldado.

Guillermo Tell le miró fijamente y replicó:

—¿Por qué hay que demostrar más reverencia a un sombrero vacío que a una capa o a un par de medias?

En esto asomó, por detrás de los soldados, la figura del gobernador del país, el tirano Géssler. Este Géssler, impuesto sobre la antes libre nación suiza por el conquistador y opresor, el duque de Austria, había hollado la libertad, había asesinado o hecho prisioneros a todos los que se levantaron contra él y, para colmo de crueldad, llegó a decretar que todo el que no rindiera homenaje al símbolo de dominación austriaca, colocado sobre el poste en la plaza del mercado, sería condenado a muerte. Guillermo Tell se volvió hacia el gobernador, pues ni temía a hombre alguno, ni nadie hubiera sido capaz de quebrantar la altivez de su espíritu. En sus montañas había pensado mucho en la vergüenza de la esclavitud a que se hallaba sujeto su país, y había hablado también con sus amigos de alzarse contra ella; él, por su parte, nunca, nunca saludaría al odiado símbolo de la tiránica dominación.

—¿De modo que te burlas de la representación de la autoridad?—preguntóle el gobernador, aproximándose mientras los soldados le saludaban militarmente.

En aquel momento se oyó entre la multitud la voz de un niño que gritaba:—¡Padre!, ¡Padre!—La muchedumbre se volvió, abrió paso y vióse al hijo de Guillermo Tell, que, habiendo ido al mercado sin permiso, llegaba ahora corriendo junto a su padre. El gobernador cogió al muchacho por el brazo.

—¿Es éste el hijo del traidor?—preguntó.

—No le hagáis daño—exclamó Tell—; es mi primogénito.

—No pases cuidado—respondió el terrible Géssler. —Si alguien le hace daño, no seré yo, sino... tú.

Una sonrisa cruel iluminó sus ojos.

—¡Ea!—añadió dirigiéndose a un soldado.—Toma al muchacho y átalo al tronco de aquel tilo: luego le colocarás una manzana sobre la cabeza.

—¿Por qué hacéis eso?—preguntó Tell.

—Me han dicho que te llaman "el ballestero de Bürglen"—contestó el gobernador—, y me gustaría presenciar una prueba de tu destreza. Estás condenado a muerte, pero me siento generoso, y te perdonaré si haces lo que te mande. Oye: si a esta distancia disparas una flecha que atraviese la manzana sobre la cabeza de tu primogénito, te dejo en libertad; pero si, por el contrario, no tocas la manzana, o matas al niño..., mandaré que te ejecuten inmediatamente.

—¡No tenéis piedad!—exclamó Tell temblando de indignación.

—¿Y creéis que voy a intentar el rescate de mi vida arriesgando la de mi hijo?

—¡Te hago un favor—replicó Géssler. —Calcula; ¡con un disparo afortunado salvas la vida y te marchas libremente a casa!

Tell, levantando acongojado su mano temblorosa, dijo:

—¿Cómo puede un padre que ame a su hijo, apuntar con mano firme, un dedo por encima de su frente? ¡Miradle! ¡Vedle, señor! ¡Cómo se ve que no comprendéis de qué modo tan profundo ha penetrado en el corazón de su padre la inocencia de sus ojos, la belleza de su rostro! ¿Por qué he de arriesgar su vida?

—¡Bueno! O disparas la flecha, o mueres.

—Prefiero morir.

—Pero antes mandaré estrangular a tu hijo ante tus propios ojos.

Una oleada de ciega rabia inundó el alma del montañés.

—Dadme el arco—dijo.—Una cosa os pido, por compasión; poned al muchacho de espaldas, para que no vea yo sus ojos fijos en los míos.

Se dejó el espacio libre entre padre e hijo, alineándose la multitud a ambos lados. El muchacho, de cara al árbol, atado al tronco con cuerdas, sintió la manzana pesar como plomo sobre su cabeza. Un silencio de muerte reinó en toda la plaza. Guillermo Tell escogió dos flechas; una se la puso en el cinto, la otra la colocó en el arco. Por un momento quedó inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo; estaba orando. Hubiera podido oírse el ruido de una hoja al caer; —tan grande era el silencio que reinaba en la plaza—. Por último, Tell levantó la cabeza; su mirada estaba serena; sus manos firmes; su rostro parecía de acero. Levantó el arco y fijó la mirada en la pluma de la flecha, apuntando a su hijo. Vibró la cuerda del arco.

La flecha partió veloz, y casi en el mismo instante quedó profundamente clavada en el árbol. La manzana cayó partida por la mitad, a ambos lados de la cabeza del niño. Una atronadora aclamación salió de los labios de la multitud, y Géssler, volviéndose a Tell, le dijo:

—Buena puntería, ¡traidor! —Pero dime, ¿por qué tomaste dos flechas?

Tell puso la mano sobre la flecha que tenía al cinto.

—Si la primera hubiese herido a mi hijo—contestó—, esta otra la tendríais clavada en el corazón.

—¡Ah! ¿De manera que mi existencia corre peligro?—dijo el gobernador—. Sin embargo, quiero ser fiel a mi promesa. No morirás, te perdono la vida; pero el resto de ella lo pasarás en un calabozo de mi castillo. Así nada tendré que temer de tu arco.

Entonces los soldados se apoderaron otra vez de Tell y lo arrastraron por entre la irritada multitud, hasta el muelle donde estaba

atracado el barco del gobernador. Pero ocurrió que mientras cruzaban el lago Uri, se desencadenó una terrible tempestad que amenazaba hacer naufragar el barco. Los austriacos, no pudiendo gobernar la embarcación, empezaron a perder las esperanzas de salvarse. En su terror, se acordaron de que Tell tenía fama de ser el mejor patrón de todo el lago, y se lo comunicaron al gobernador.

—Soltadle, y que empuñe el timón—dijo Géssler.

Tell empuñó el timón, y puso proa a la orilla. Al hacerlo no pensaba en la vida de Géssler, ni en las de los soldados austriacos, sino en su libertad, su propia libertad y la independencia de Suiza. Quería escapar él y salvar a su patria.

Condujo la embarcación hasta acercarla a una roca que sobresalía en la costa, y acertando a pasar velozmente por su lado, saltó repentinamente a ella, dejando a los austriacos abandonados a su suerte. Con gran ligereza escaló la roca, ascendió por el acantilado, y, atravesando los montes, llegó a un lugar del camino por el que tenía que pasar Géssler, si llegaba a salvarse. Allí se escondió entre la espesura, con la flecha preparada en el arco y el corazón dispuesto a librar a Suiza del tirano. Mientras esperaba, comenzó a caer la tarde. Poco después oyó ruido de pisadas.

—Y si llego con vida a Altdorf—iba diciendo Géssler—juro destruir toda la raza de ese traidor de Tell, madre e hijos, todos a un tiempo.

—Nunca llegarás—se dijo Tell.

Y mientras los soldados marchaban ante él, flechó el arco. Pocos momentos después, Géssler caía muerto sobre el polvo del camino.

Guillermo Tell dirigió el levantamiento del pueblo suizo, que derribó el poder de los austriacos, e hizo de Suiza un país independiente.

Sus compatriotas le hubieran proclamado rey; pero Tell rehusó y se volvió a su casita entre las montañas, que para él valía más que todos los palacios del mundo.

IX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL PRESIDENTE MADERO

I

IÑOS: Escuchad con atención lo que voy a referiros, porque es de grande interés para vosotros.

Hace nueve años, en una mañana brumosa y fría del mes de febrero, cuando apenas comenzaba a clarear el día, los escasos transeúntes que a esa hora pasaban por la plaza de la Constitución, vieron un numeroso grupo de gente armada que desembocó por la calle que hoy se llama de Pino Suárez, en tanto que otro grupo desembocaba por la calle de la Moneda.

Estos dos grupos de soldados se arrojaron sobre las guardias que custodiaban las puertas del Palacio Nacional, y, después de una breve lucha. quedaron posesionados del punto. Hicieron presos a los jefes y fusilaron a los principales de ellos.

Afuera, en la plaza, no obstante que el combate había sido muy breve, habían quedado tirados algunos muertos y heridos.

Las descargas de fusilería se habían oído en toda la ciudad, y como chispa eléctrica había circulado la noticia de aquellos graves acontecimientos hasta en los barrios más apartados de la Metrópoli.

II

¿Quiénes eran los sublevados y qué querían?

A las siete de la mañana de aquel mismo día, en todas partes se escuchaban los nombres de Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón, que eran los jefes de la sublevación, y se hablaba de centenares de muertos y heridos que había en las afueras y dentro del Palacio Nacional.

Las noticias que corrían de boca en boca eran un tanto exageradas; pero sí era lo cierto que aquellos tres hombres funestos, aprovechándose de la influencia que tenían sobre algunos grupos de soldados, provocaron un pronunciamiento contra el Presidente de la República que, a la sazón, era don Francisco I. Madero.

Félix Díaz y Bernardo Reyes habían estado presos desde al-

gunos meses atrás; Manuel Mondragón se propuso salvarlos para que, unidos los tres, derrocaran al Gobierno.

Aquellos hombres eran altos jefes del ejército mexicano, y, faltando a su honor de soldados, cometieron el crimen más negro que puede cometer un militar: el de prostituir al ejército haciéndolo faltar a sus deberes de guardián de las instituciones sociales.

Cometieron un crimen más: el de comprometer en esta aventura a un numeroso grupo de jóvenes que estudiaban en la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan. Aquellos jóvenes, en quienes la Patria esperaba tener más tarde unos bravos defensores cuando estuviera en peligro, precozmente se convirtieron en viles mercenarios al servicio de un jefe desleal, y volvieron las bocas de los fusiles, que la Nación puso en sus manos para que la defendieran, contra el pecho que legalmente ostentaba las insignias de la República!

III

El Presidente de la República, don Francisco I. Madero, había pasado la noche en su residencia de Chapultepec, y allí recibió aviso de los graves acontecimientos ocurridos en el Palacio Nacional.

Con una impasibilidad asombrosa, el señor Madero se cruzó la banda tricolor, símbolo de su alta investidura, y, montado a caballo, se dirigió hacia la ciudad escoltado por los fieles muchachos alumnos del Colegio Militar.

Quiero llamar vuestra atención sobre este hecho altamente significativo: un grupo de jóvenes inconscientes, alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, fueron arrastrados a cometer un crimen; pero un grupo de bravos muchachos, sucesores de los gloriosos aguiluchos de Chapultepec, lavaron la mancha de cieno que aquéllos arrojaran sobre la juventud mexicana, y demostraron elocuentemente que *juventud significa lealdad, hidalguía y honradez.*

El señor Madero se dirigió al Palacio Nacional, desafiando todos los peligros que en el trayecto se le presentaron, siendo aclamado por el pueblo al desembocar en la plaza de la Constitución, por la calle que lleva hoy su nombre.

Al aproximarse el ciudadano Presidente de la República, los sublevados abandonaron el Palacio Nacional y se fueron a refugiar a la Ciudadela, donde se fortificaron.

IV

Diez días de zozobras para los habitantes de la Capital; diez días de asesinatos en masa y de crímenes sin cuento, constituyeron lo que se ha llamado *la decena trágica*.

Los sublevados se apoderaron de la Ciudadela, donde tenían abundantes elementos de guerra; el Gobierno, representado por el ciudadano Presidente de la República, permaneció en Palacio, y desde allí sostuvo diarios combates con las fuerzas infieles.

En estas condiciones el señor Madero tuvo que llamar a su alrededor a todos los hombres que consideró útiles para la defensa del Gobierno; entre ellos se encontraba un viejo militar, degenerado por el alcohol, que se presentó a ofrecer sus servicios jurando fidelidad.

El señor Madero puso en las manos de aquel hombre todos los elementos que tenía para la defensa de la ciudad, y desde ese momento quedó bajo la salvaguardia de un criminal.

V

Victoriano Huerta, jefe supremo de las fuerzas federales, faltando a su palabra de hombre y a su honor de soldado, traicionó villanamente al jefe de la Nación, haciéndolo prisionero, lo mismo que al Vicepresidente de la República y a sus ministros.

Al día siguiente, valiéndose de engaños viles y cobardes, hizo que los ciudadanos Presidente y Vicepresidente de la República presentaran sus respectivas renuncias, y él se hizo nombrar jefe supremo de la Nación.

Conseguido esto, faltó una vez más a sus promesas, y, procediendo con la mayor felonía, mandó asesinar despiadadamente a los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Este fué el sangriento epílogo de la decena trágica, ante el cual sintieron arder su rostro todos los hombres honrados!

VI

¿Quién era don Francisco I. Madero?

Madero fué un demócrata soñador.

Hijo de padres ricos, vivía tranquilamente dedicado a sus negocios particulares en San Pedro de las Colonias, Coah., que era su pueblo natal.

Al principio del presente siglo comenzó a inmiscuirse en los asuntos políticos, no obstante que, como él mismo dice, "consciente de su poca significación política y social, comprendía que no sería él quien pudiera iniciar un movimiento salvador."

Y en esto se equivocaba; porque sí fué él quien originó la caída de un Gobierno caduco y quien despertó las dormidas energías del pueblo mexicano para recobrar sus libertades; sí fué él quien derribó una dictadura que había durado un tercio de siglo, y enseñó al pueblo cómo se hace respetar el derecho por la fuerza cuando la voz de la razón no se puede hacer oír.

Para operar este milagro, Madero comenzó por lanzar a la publicidad un valiente libro intitulado *La Sucesión Presidencial,* en el cual hacía un llamamiento al pueblo mexicano para que se organizara en partidos políticos, a fin de poder contrarrestar la influencia oficial en las elecciones de gobernantes. En este libro se dirigía también al general Díaz, quien, por más de treinta años, había sido el árbitro de los destinos de la patria.

"Le hablaré—decía—con el acento sincero y rudo de la verdad, y espero que un hombre que se encuentra a su altura sabrá apreciar, en lo que vale, la sinceridad de uno de sus conciudadanos que no persigue otro fin que el bien de la patria."

Y en efecto; aquel hombre incansable, por medio de la prensa y de la tribuna, llevó sus ideas redentoras a todos los ámbitos de la República, y, al consumarse el último atentado electoral del general Díaz en 1910, después de agotar todos los recursos legales para impedir el atropello, levantó al pueblo en una formidable revolución que acabó con el viejo régimen.

Un año después era llevado Madero por aclamación unánime del pueblo mexicano a ocupar la primera magistratura de la República; y entonces el apóstol de la democracia quiso poner en práctica sus ideas igualitarias; pero su corazón magnánimo y generoso era incapaz de concebir la maldad y la traición, y no se cuidó de ellas.

Aquel hombre bueno fué víctima de su bondad y de su excesiva confianza.

Hemos dicho ya cómo cayó a los arteros golpes de sus asesinos; pero su muerte causó un movimiento de justa indignación en todas las clases de la sociedad, y, desde entonces, el nombre de Madero pasó al glorioso registro de los mártires de nuestras libertades.

Desde entonces el pueblo mexicano, año tras año se dirige en procesión a depositar las más fragantes flores de su gratitud sobre el sepulcro que guarda las cenizas de aquel hombre bueno; desde entonces los ojos de nuestras mujeres riegan, con sus lágrimas, la tierra bendita que guarda, en su seno, las cenizas del apóstol.

LA CAMPANA DE LA DICHA

POR JUAN GABRIEL SEIDL.

STE era un rey que, sintiéndose ya muy próximo a la muerte, dijo al príncipe, su hijo:

—Luego que expire yo, subirás al trono, mi querido Enrique; pero no te envanezcas, recuerda en todo momento que una vida, ya sea la del poderoso, o ya la del humilde, siempre está llena de amargura, porque en este mundo la dicha se mide por copas, y el dolor, por cubas.....

Dicho esto el rey expiró, y el príncipe, que lloró por su padre como todo hijo bueno, fué llevado al trono y proclamado rey.

Durante un largo tiempo, el joven Enrique, henchido de pena por la pérdida del autor de sus días, recordó de continuo las palabras de su padre. Tenía razón el monarca: en la vida, el dolor es el pan cotidiano; y la prueba estaba a la vista, porque él era ya rey, se hallaba sentado en el trono, y sin embargo, las lágrimas humedecían a menudo sus ojos, y con frecuencia caía en un profundo abatimiento, del cual le sacaban con dificultad sus vasallos y amigos.

Pero el tiempo corrió veloz, y un día de hermoso sol y de cielo sereno, el rey Enrique se encontró con que su corazón estaba menos fatigado, y con que sus labios propendían a sonreír. La Corte entera se alegró sinceramente al advertir aquel cambio. Ya era justo que su rey, su amado rey que había sabido llevar el duelo con tanta dignidad y devoción, diera cabida en su pecho a la santa y merecida felicidad.

El rey, alentado por sus amigos, y juzgando además, que no era generoso de su parte seguir imponiendo en la Corte aquella vida de rigurosa severidad, prometió cambiar los rituales de todo, hasta los que tenían que ver con su corazón.

—Dispuesto me encuentro ya para alegrarme en el primer momento oportuno—dijo el rey.—Y para que veais que esto es verdad, voy a mandar colgar una poderosa campana en lo alto de mi palacio, y cada vez que yo me sienta invadido por una franca alegría, la campana será tocada inmediatamente, y mi pueblo sabrá por fin que su rey está contento.

La Corte quedó encantada con aquella disposición, y poco después la campana quedó instalada, y los bandos salían para anunciar al pueblo la determinación del rey. Todos los habitantes se regocijaron al saber la noticia. Una alegría general se desbor-

daba por todas partes. Los vivas y los hurras más espontáneos se escapaban de las bocas de viejos y de niños. Aquello era verdaderamente una catarata resonante de júbilo. El alboroto era tal, que el rey, regocijado por primera vez desde la muerte de su padre, sintió que el éxtasis de la dicha lo levantaba hasta la cumbre, y entonces, casi enloquecido de gozo, gritó a sus vasallos:

—¡La campana, la campana! ¡Mandad que se toque inmediatamente!.....

Pero cuando todos corrían hacia lo alto del palacio para cumplir aquellas órdenes, las formidables trompetas de los vigías que hacían su guardia en los torreones, hicieron saber al rey y a su pueblo entero, que el enemigo se acercaba.

Más aprisa de lo que habían subido, bajaron los emisarios que iban hacia la campana de la torre, y ya nadie volvió a acordarse de ella, dedicados todos a la defensa de la ciudad y de la patria, única mira que podía absorberles en aquellos momentos.

La lucha fué larga y reñida, porque el enemigo iba muy bien pertrechado y había invadido traicioneramente, pero aquel pueblo venía de una raza de valientes, y aunque eran más en número los invasores, se logró arrojar a éstos después de muchos días de brega en que millares de hombres quedaron muertos o heridos en el campo de batalla.

El rey en persona estuvo presente en la pelea, y él también, con sus propias manos, dió tierra a los muertos y recogió a los heridos. Con solicitud cariñosa y liberal curó a los que pudo y dió dinero a raudales para que las viudas y huérfanos quedaran asegurados contra la pobreza. A ninguno abandonó el rey Enrique. Todos formularon sus peticiones ante él, y fueron atendidos al instante. Pero a pesar de tanta dádiva y de tanto empeño, una tristeza visible había caído sobre la ciudad y la tenía silenciosa y mustia.

El rey volvió nuevamente a hundirse en su melancolía habitual, y nada parecía ya capaz de volver a levantar su espíritu; pero el tiempo, como siempre, se encargó de ir despertando a la población, y de comenzar a infundirle nueva vida; y el rey, animado también al ver que su pueblo se esperezaba y se ponía en pie valientemente, mandó que se regaran flores por las calles y que las recorrieran bandas de músicas, llevando heraldos al frente que alentaran a los ciudadanos y que les invitaran al contento y a la dicha.

El pueblo, encantado de ver que su rey estaba tan pendiente de él, salió jubiloso a las calles, y los vivas y los hurras volvieron a escaparse de los labios de todos. La alegría se desbordó como mar hirviente, y el rey, sintiendo que las lágrimas del regocijo humedecían sus ojos, y que una inmensa felicidad bañaba su corazón, gritó nuevamente a los vasallos que tenía delante:

—¡La campana, la campana! ¡Mandad que se toque inmediatamente!.....

Pero cuando todos corrían hacia lo alto del palacio para cumplir las reales órdenes, un violento terremoto les paralizó de terror. La ciudad parecía venirse abajo. Aquello duró tan sólo unos segundos, ciertamente, pero ese tiempo bastó para causar un grave daño a la mayoría de los habitantes.

El rey en persona volvió a visitar casa por casa, y repartió nuevamente, y en gran profusión, sus mercedes y dádivas; pero la ciudad cayó otra vez en la tristeza, y nada fué capaz en muchos años de alentarla de nuevo y de volver a inyectarle impulso Y no hay para qué decir que su rey compartía con ella su gran melancolía.

Mas la obra inevitable del tiempo volvió a curar a los ciudadanos y al monarca, y un hermoso día, en que iban a ser bendecidas las nuevas banderas del ejército, el rey, sintiendo en su pecho una oleada subyugadora de dicha, se acordó de la campana y ordenó que se tocase inmediatamente. ¿Tocar la campana?.... ¡Oh, no! La violenta noticia de una nueva calamidad detuvo a los emisarios, y aquella campana enmudeció otra vez por larguísimo tiempo.

Y así, de aqueste modo, los años habían corrido, y esa campana que todos esperaron oír frecuentemente cuando quedó instalada en la torre, no había sonado ni una vez siquiera.

El rey Enrique estaba ya encorvado por los años. Desde sus terrazas contemplaba con amor sus dominios, iluminados siempre por la luz de un triste sol.

Un día, el rey cayó enfermo, y los médicos declararon que su fin había llegado. Cuando estaba ya casi expirante, el monarca se irguió de pronto para preguntar a qué se debía aquel rumor que hasta él llegaba, como de colmena que se agita.

—Es el pueblo—se le respondió—; el pueblo que solicita la bendici. de Vuestra Majestad.

—Haced pasar a todos—dijo el rey.— Quiero despedirme de mis hijos amados. Que entren por el frente del palacio y que salgan por el fondo.

Y el pueblo, emocionado, lloroso, desolado, comenzó a desfilar ante el lecho del rey.

Entonces el monarca, sintiendo en su corazón la plena dicha de verse querido y llorado, gritó de pronto con sus últimas fuerzas:

—¡La campana, la campana! ¡Haced que se toque al punto!

Y por esta sola ve la campana tocó al fin, y tocó muy largamente; pero su canto sonó a responso, y el pueblo quedó sumido en la tristeza.

(*Adaptación y traducción de María Enriqueta.*)

Literatura

ESQUILO, PADRE DE LA TRAGEDIA

POR POMPEYO GENER.

SQUILO es inclasificable: ni tiene escuela, ni puede formarla. Es solo, como el Sol. Para que uno forme escuela, se necesita que haya mínimos que se le aproximen; y él es inaproximable e inimitable. Es demasiado grande; tanto, que no tiene medida.

Hay cosas que son solamente grandes; éstas se miden. Pero Esquilo es inmenso, y lo inmenso excluye toda dimensión y toda mesura. No cabe en una ciudad, ni en una nación, ni en una época. Ni es solamente ateniense, ni exclusivamente helénico, como tampoco es únicamente de su siglo. Es más que todo esto: es humano, superhumano, y aún más: es divino, superdivino, ya que es superior a muchas otras manifestaciones que conocemos de la divinidad sobre la tierra. Honra de la humana especie, orgullo del planeta proclámanle todos los fuertes, todos los grandes, todos los profundos, todos los dignos de todas las razas nobles.

Esquilo es magnífico y formidable a la vez, como si fuera un Sol que tuviera el poder de arrugar el entrecejo. Todo en él es grande. El Génesis tiene su Caín. El tiene dos: Eteoclo y Polinice. A veces, a fuerza de ser grande, parece desmesurado; por esto no fué del gusto de los retóricos del siglo XIX. Necesitó un Víctor Hugo y los románticos para ser reivindicado y comprendido. Es abrupto, rudo, enérgico, desbordante y excesivo; duro como las rocas, tumultuoso como el mar embravecido, ardiente como el fuego. No le espantan las *gorgonas* ni las *parcas;* entre los dioses toma partido por los Titanes, y tiene la heroica audacia de profetizar la caída de Zeus. Es el profeta del esfuerzo humano, el heraldo del progreso.

A haberse conservado todos sus dramas, constituirían una verdadera *Biblia* griega, unos *Vedas* de nuestra raza aria mediterránea que servirían de modelo a todas las demás razas.

Es el gran patriarca del Teatro. Se le ha tenido por extravagante, desproporcionado, enfático, antitético, hinchado, inarmónico, absurdo. Esto por los que sólo estudian la literatura en la gramática y en la retórica, por académicos nimios y críticos mio

pes de inteligencia. Esquilo es un gigante, y no puede ser comprendido por los que le miran desde el suelo. Para verle hay que poder subir a las grandes alturas y no tener vértigo.

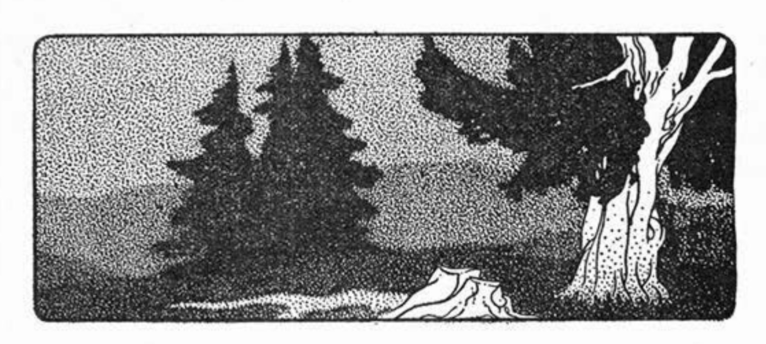
Los hombres correctos, mesurados, acompasados, metódicos, vulgares, nada tienen que ver con él, ni tan siquiera pueden comprenderle. Eso sería como pretender que el lagarto se remontara a la atmósfera cual el águila, o que el gusano, roedor de maderos viejos, comprendiera al león del desierto. Esquilo es una verdadera piedra de toque que nos revela los espíritus superiores; el que no le comprende es un sér nulo o mediocre, uno del rebaño humano. Desconcierta a los débiles, pulveriza a los rutinarios. Para mirarle de frente sin perturbarse, es preciso habitar en las cimas, y tener talla de gigante.

Es inmenso como sus asuntos. Sus personajes son los Titanes, el Etna, las Montañas, el Cáucaso con Prometeo, el sublime titán encadenado encima, el Mar, el Océano, sobre un dragón, las olas, los oceánidos, el Oriente con sus persas del imperio asiático, las tinieblas profundas en sus *Euménidas*.

Todo crece de una manera colosal en su Teatro. Su voluntad, como su temperamento, es un potente soplo que agranda las cosas. Bajo su poder, el carro de Tespis se convierte en tablado, en escenario, y la sandalia se eleva a coturno, alzando la estatura huma na, y luego inventa la máscara que aumenta la voz. Sus metáforas son enormes, sus adjetivos son de caballería y llevan gran plumero.

Jerjes yendo contra Grecia, presentado por él, tiene ojos de *dragón;* sus soldados son fieras. El mar que él describe tiene tal encrespamiento de olas que se vuelve en bosque de agua.....

(De *"El Intelecto Helénico."*)



FRAGMENTO DE "PROMETEO ENCADENADO"

Tragedia de Esquilo.

ERMES.—Ante los males presentes, resuélvete temerario, resuélvete a pensar cuerdo una vez siquiera.

PROMETEO.—En vano me importunas exhortándome; como si hablases a las ondas del mar. Que jamás se te ponga en mientes que, por temor a sentencias de Zeus, me he de hacer de ánimo femenil y he de tenderle las manos como una mujer, suplicando a ese aborrecidísimo que me suelte de estas cadenas. Lejos de mí éso.

HERMES.—Mucho he hablado, lo sé, y que hablaré en vano, porque tu corazón no se mueve ni ablanda con ruegos; antes como potro recién puesto al yugo, así tú tascas el freno, y te resistes violento, y forcejeas contra las riendas. Pero en vano sacas fuerzas de tu necio consejo; menos que nada puede la pertinacia del desaconsejado. Considera qué tempestad y grande ola de males caerá sobre ti sin remedio, de no rendirte a mis razones. Hará padre saltar en pedazos esa áspera cumbre con la fulmínea llama en medio del estampido del trueno, y sus despojos cubrirán tu cuerpo y te estrecharán con pesados y roqueros brazos. Después de largo espacio de tiempo volverás a la luz; pero el can alado de Zeus, el águila carnicera vendrá a ti, convidado importuno, todos los días, y voraz te arrancará la carne a pedazos, y se cebará con el negro manjar de tus hígados. Y no esperes el fin de este suplicio hasta que un dios no se preste a sustituirte en tus trabajos, y quiera bajar a la oscura morada de Ades y a las caliginosas profundidades del Tártaro. Conque así, determina. No es esto fingida baladronada, sino dicho muy de veras; que la boca de Zeus no sabe decir mentira, y todas sus palabras se cumplen. Mira bien, pues, en derredor tuyo, y reflexiona, y no tengas nunca la arrogancia por mejor que la prudencia.

PROMETEO.—Ese ha vociferado su embajada a quien ya la sabía. Pero en que un enemigo padezca malamente bajo el poder de su enemigo, no hay afrenta. ¡Caiga, pues, sobre mí el afilado rizo del fuego; conmuévase el éter con el estampido del trueno y el huracán de los vientos desatados; que la tormenta sacuda la tierra en la raíz misma de sus hondos cimientos; que invadan las olas del mar, con bárbara furia, los celestes caminos de los astros;

que arrastre mi cuerpo el irresistible torbellino de la Necesidad hasta el fondo del negro Tártaro! ¡Como quiera no podría darme la muerte!

HERMES.—¡Esas son las palabras y razones que es posible oír de los mentecatos! ¿Qué le falta a tu demencia? ¿Por ventura a tratarte mejor se calmarían tus furores? Pero a lo menos vosotras, que os doléis de sus miserias, alejaos de estos lugares al punto. El horrendo rugir del trueno os dejaría atónitas.

....

Pues acordaos de lo que a tiempo os he advertido, y cuando os asalte el mal, no acuséis a la fortuna, ni digáis jamás que Zeus os hirió con improviso golpe. En verdad que no, sino vosotras mismas, que a ciencia cierta, no a deshora ni con cautela, seréis cogidas por vuestra locura en la red del infortunio, de la cual nadie se desenvuelve.

(*Vanse Hermes y las Oceánidas.*)

PROMETEO.—Ya las palabras son obras. La tierra se agita, y el eco del trueno ruge en sus hondas entrañas; y las inflamadas vueltas del rayo fulguran en el aire; y el polvo se levanta en revuelto torbellino; y los ímpetus todos de los vientos se desatan, y encontrados soplos se chocan con porfiada pelea; y el mar y el aire se encuentran y confunden. Contra mí, a no dudar, y de parte de Zeus, viene esta furia poniendo espanto. ¡Oh, deidad venerada de mi madre! ¡Oh, éter, que haces girar la luz común para todos, viéndome estáis cuán sin justicia padezco!

RONDAS DE NIÑOS

POR GABRIELA MISTRAL

I. ¿EN DONDE TEJEMOS LA RONDA?

¿EN dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
Cada uno nos va a contestar.
Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar.....

¿La haremos en medio del bosque?
El va vóz con voz a mezclar,
i cantos de niños i de aves
se van en el viento a besar.

Haremos la ronda infinita:
La iremos al bosque a trenzar;
la haremos al pie de los montes
i en todas las playas del mar!

II. LA MARGARITA

EL cielo de diciembre es puro
i la fuente mana, divina,
i la hierba llama. temblando,
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle.
Sobre las altas hierbas finas,
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una blanca margarita
que se levanta i que se inclina,
que se desata i que se anuda
i que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
i perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina.....

III. INVITACION

¿QUE niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se han rezagado
se ven por las cuestas subir.....

Vinimos los niños buscando
por viñas, majada i pomar,
i todos cantando, se unieron,
i el corro hace el valle olanquear.

IV. DAME LA MANO

DAME la mano i danzaremos;
dame la mano i me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, i nada más....

El mismo verso cantaremos
i al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, i nada más.....

Te llamas Rosa i yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, i nada más.....

V. LOS QUE NO DANZAN

UNA niña que es inválida
dijo:—¿Cómo danzo yo?
—Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón.

Luego dijo la quebrada:
—¿Cómo cantaría yo?
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón.

Dijo el pobre cardo muerto:
—¿Cómo, cómo danzo yo?
Le dijimos:—Pon al viento
a volar tu corazón.

Dijo Dios desde la altura:
—¿Cómo bajo del azul?
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro, bajo el sol,
i al que no entra, se le hizo
tierra, tierra, el corazón.....

VI. LA TIERRA

DANZAMOS en tierra chilena,
más suave que rosas i miel;
la tierra que amasa los hombres
de labios i pecho sin hiel.....

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia que mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que besa los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reír,

i besa los pies de la ronda
que la hace cual madre jemir.

Es bella, i por bella queremos
su césped de rondas blanquear;
es libre, i por libre queremos
su rostro de cantos bañar.

Mañana abriremos sus rocas;
la haremos viñedo i pomar;
mañana alzaremos sus pueblos:
¡hoi sólo sabemos danzar!

VII. JESUS

Haciendo la ronda,
se nos fué la tarde.
El sol ha caído,
la montaña no arde.

Pero la ronda seguirá,
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda,
venir no lo oímos
i entrar en la ronda.

Ha abierto el corro sin rumor,
i al centro está hecho resplandor!

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

I jiramos a su redor,
i sin romper el resplandor!

Ya es silencio el coro;
ya ninguno canta.
Se oye el corazón
en vez de garganta.

I mirando su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer.....

VIII. TODO ES RONDA

LOS astros son ronda de niños,
jugando la Tierra a mirar.....
Los trigos son talles de niñas,
jugando a ondular..... a ondular.....

Los ríos son rondas de niños,
jugando a encontrarse en el mar.....
Las olas son rondas de niños,
jugando este mundo a abrazar.....

ADA NEGRI

POR EDOUARD SCHURE.

ACE tres años apenas, en 1892, Ada Negri era una pobre maestra de escuela en un pueblo remoto de la Lombardía. De un día a otro la hizo célebre su selección de poesías titulada *Fatalitá.* Su nombre, proclamado como el de la primera poetisa italiana, recorrió la península y resonó más allá de las fronteras. Fortuna rara, pero muy merecida, y por el esfuerzo de ese libro, por el alma impetuosa y génerosa que palpita en esta hija del pueblo.

Ada Negri nació en Lodi, no lejos de Milán. Su madre era muy pobre y trabajaba como obrera. "En la fábrica de hilados, donde el áspero clamor de las máquinas hace temblar siniestramente la gruesa bóveda, un millar de mujeres se consume en el trabajo, entre las ruedas estridentes. Aun está allí, después de quince años, una madre animosa. Su mano rápida maneja con prontitud la lanzadera, y la potente y alta voz de la tempestad de hierro que ruge a su rédor, no la conmueve A veces se siente fatigada, ¡oh, tan fatigada! Pero su frente abatida se ilumina y se levanta con una franca firmeza. Y parece que dice: ¡Adelante! ¡Pobre de ella si un día cayera enferma, si no pudiera volver a su puesto! ¡Oh, que esta desgracia no llegue nunca! Ella no debe, no puede enfermar. Su hijo, el único, inmenso orgullo de su miseria.... ¡su hijo estudia!...."

En vez de "su hijo" leed "su hija" y tendréis una imagen de la madre de Ada Negri. Se comprende que la pobre niña, al compartir prematuramente las zozobras maternales, haya conocido desde su infancia "las noches de insomnio, el inquieto pensamiento de la mañana y los días sin pan." Creció "con el corazón rodeado de sombra y una feroz nostalgia de sol." Pero en la niña pálida, del rostro delgado y semioculto por los cabellos negros como alas de cuervo; en esos ojos apasionados que lanzaban flechas de luz, se adivinaba una sensibilidad vibrante y contenida, dotada de una de esas voluntades silenciosas que marchan invenciblemente hacia un fin lejano.

A los dieciocho años se despidió de su madre y salió de Lodi para ser maestra de escuela en Motta-Visconti, un pueblo grande

situado a las orillas del Tessino. Ni camino de hierro ni tranvía conducen a este lugar apartado. El río, encajonado profundamente, rueda sus aguas fangosas entre altos precipicios. Sobre sus dos orillas se extienden espesos bosques, donde se pierden a menudo los cazadores milaneses. Ni montañas ni colinas. Por todas partes se alarga, interrumpida por bosques sombríos o dibujada de claras verduras, la inmensa llanura lombarda, más grande que un mar. Los grandes vientos juegan en esos espacios libres; y las tempestades que funden los Alpes, el Adriático o el Mediterráneo, llevan allí escuadrones de nubes amontonadas. En esta soledad absoluta y en este horizonte sin límites, debería brotar, sin ruido, una poesía salida íntegramente de las profundidades del alma.

Una amiga de Ada Negri, la señora Sofía Bisi Albini, describe así la casa de la maestra de escuela de Motta Visconti (°): "Se cruza un corral fangoso sobre el que se levantan pesebres y donde cloquean los patos. Una puerta de madera da a una escalera de dos cuerpos y de ladrillos rotos. En el cuarto penetra una luz débil. Las ventanas no tienen vidrios; los cristales son de papel amarillo. El mueble más elegante es una caja de libros. Por la mañana Ada Negri se va en zuecos a la escuela, donde ochenta niñas le gritan los buenos días con voces estridentes y ponen a prueba su paciencia, queriendo deletrear, todas a un tiempo, el alfabeto." Rígida, con una dulzura y una firmeza impasibles, cumple su deber durante las horas de clase. Pero por las tardes regresa a su pobre cuarto y comienza otra vida para la maestra, libre de sus cadenas. Saca de su caja de madera los volúmenes medio desencuadernados de los grandes poetas italianos que repasa desde su infancia: Dante, Manzoni, Leopardi, Ugo Foscolo; y se pone a leer apasionadamente. Al oír estos acentos familiares, que le parecen de una lengua maternal reencontrada, su verdadera naturaleza se ensancha. Siente nacer en sí misma un mundo de pensamientos, de deseos, de rebeliones, de esperanzas y de simpatías; y comprende que podrá decirlas según el ritmo de la sangre que corre por sus venas. Una alondra canta en su corazón, a pesar de su miseria; un aguilucho se estremece bajo sus sienes de fuego. Ella siente que nació poeta. Un diario popular ha publicado ya sus versos, cuya nota personal sorprendió a los lectores. Un admirador desconocido le enviaba con regularidad paquetes de periódicos. Por obra de su viva inteligencia, de su imaginación ardiente, estos periódicos reemplazarán años de experiencia; serán para ella como un viaje a través del vasto mundo.

En las apretadas columnas donde se confunden bajo mil máscaras, como en un gran carnaval, la política, la literatura, las re-

---

(°) En la noticia biográfica que encabeza el libro de Ada Negri, FATALITA.

señas de teatros, los escándalos del día, los crímenes, la caridad, los horrores del vicio, las locuras del lujo y los esplendores del genio, Ada adivina la vida, la sufre, la comprende. Así, en su cuarto enlosado de ladrillos, la maestra recorre cien existencias distintas y explora desatinadamente el laberinto de nuestro mundo moderno, inclinada sobre los periódicos desplegados a la luz de una pobre vela. Y después, en las tardes apacibles y luminosas de otoño, se interna sola en los bosques de las orillas del Tessino. El oro leonado del poniente fluye de las altas ramas de los olmos y las encinas. Viendo esto se ensancha su corazón. Se siente capaz de mil vidas, de mil amores. Pero el sol se pone; todo se vuelve negro, y la *Voz de las Tinieblas* le dice: "Tú, nacida para las auroras relumbrantes y para los vuelos de águilas que pasan.... pides un ideal entre las blasfemias cínicas y las creencias extinguidas.... Una cadena te retendrá por el puño.... la fatalidad pesa sobre tu cabeza..... eres rebelde y eres esclava...." Entonces entra en su alcoba fría, esconde su cabeza entre las manos y deja a las tibias lágrimas filtrarse lentamente entre sus dedos. ¡Ser poeta, sí, poeta! ¡Ser una voz en el universo, una lira en el mundo de las almas, y destruirse en silencio, con una mordaza en la boca! ¡Oh! en esos momentos, si pudiera, se haría bohemia, vagabunda, para alimentar su dolor sobre los grandes caminos.

Pero en otras tardes sopla el viento del Oeste, el viento de tempestad. Un sentimiento más fuerte la arrastra entonces hacia el bosque. Y ahí salen voces humanas de las ramas agitadas: "El viento se hincha, golpea, penetra, silba y arremolina. Toma una voz de angustia y todo el bosque se estremece... Ahora son palpitaciones de follaje, palabras de cólera sopladas al vuelo, resuellos, sollozos." La caminante nocturna se detiene. Presta oídos y tiembla, no ya como mujer débil, sino como sibila irritada. Porque le parece que esas voces son de los infelices, de los oprimidos por el trabajo, de las víctimas de la avaricia y del lujo desenfrenado, de los mártires del pensamiento libre o del prejuicio social, de los aniquilados de todas las especies. Y su pecho se llena de una inmensa piedad y de un gran valor. Siente que una fuerza invisible entró en ella con todas esas almas, una fuerza que la engrandece en varios codos. Fué indudablemente al regresar de uno de esos locos paseos cuando dijo Ada Negri:

¡Ahora soy poeta; seré la voz de los vencidos!,

Y lo ha sido victoriosamente. Los sufrimientos de los otros han anegado los suyos. Sin duda por esto ha triunfado sobre el destino tan arrogantemente. El renombre de su primer libro dirigió la atención pública hacia ella, y un ministro le dió la cátedra de literatura italiana en la escuela normal de Milán. En la actua-

lidad, Ada Negri goza de la independencia de una mujer de letras, llegada a la gloria.

Su poesía es un clamor salido directamente de las profundidades del pueblo. Además, lo que le da una fisonomía singularmente vívida, es el revelar no sólo todos los movimientos de un alma entusiasta, sino aun el esfuerzo heroico de una voluntad. Vemos desarrollarse esta alma en el combate con el destino, la vemos engrandecerse en su lucha contra el amor y la pasión, cuyas tentaciones todas las sufre sin sucumbir; en fin, la vemos vencer y libertarse, volviéndose la expresión de esa multitud fraternal de oprimidos, desdichados y luchadores, de quienes quiso ser la voz.

Tratemos de desprender rápidamente de su obra misma, esta figura original en que se anuncia un nuevo tipo de mujer y algo como el primer estremecimiento de un mundo en germen.

I

Ada Negri comenzó desde la infancia la áspera lucha por la vida. Pero las raíces de esta alma poderosa se encuentran en el tierno corazón de su madre, la pobre obrera de Lodi. Esta, con una abnegación absoluta, con la ebriedad del sacrificio, derramó amor y esperanza para que su hija querida no los perdiese nunca en el duro combate contra el destino. La victoria tenía ese precio. Ada Negri tuvo la suprema dicha de ser apasionadamente amada por su madre, y gracias a ello, sin duda, presintió con su adivinación de poeta el poder del amor. Comprender el acorde perfecto es saber toda la armonía. Y por tanto, esas imágenes de la infancia tienen en Ada Negri algo inenarrablemente triste, a causa de los sufrimientos de su madre y de la pobreza que pesaba sobre ella. Piensa en el canto maternal como en una *berceuse fúnebre*. Más tarde, en sus horas de abatimiento, se refugiaba, a pesar de todo, en la dulzura melancólica de ese recuerdo.

Cuando me confiaba a la almohada, niña dichosa y ávida de sueño, mi madre velaba inclinada sobre la aguja, durante las largas noches.

Me velaba cantando. Era una dulce cantilena, graciosa como un hada, cuyo débil recuerdo aun consuela mi alma afligida.

Las lentas notas morían en el silencio, trémulas de una dulzura íntima. Morían en la vasta oscuridad dormida, ligeras como una caricia.

Ada tiene ahora dieciséis años. Inclinada sobre sus libros, prepara su examen de maestra en el cuarto de su madre. Algo fuerte late en su corazón; querría lanzarse al amplio mundo. Pero

su mirada ha encontrado ya los ojos de un fantasma que se llama *Fatalidad.*

Esta noche se apareció en mi cabecera una figura opaca. Con un relámpago en el ojo y un puñal en el costado, me miraba burlonamente a la cara. Tuve miedo... Me dijo: "Yo soy el Infortunio."

"Nunca te dejaré, chiquilla tímida, nunca, nunca. Entre las zarzas y las flores, hasta la muerte y en la nada. Te seguiré sin cesar, por todas partes adonde vayas."

—"Aléjate..." sollocé.

Permaneció inmóvil cerca de mí y me dijo: "Está escrito allá arriba. Eres una flor lívida, una flor de ciprés, flor de nieve, de delito y de tumba. Allá arriba, allá arriba está escrito."

Yo salté gritando: "Quiero la esperanza que brilla a los veinte años, quiero la trémula exaltación del amor, quiero el beso del genio y de la luz... —¡Vete, oh funesto!"

Y dijo: "Solamente alcanzará el resplandor de la gloria el que sufre y crea sangrando. Aguila sublime, el Dolor alumbra la Idea. Al que lucha valientemente: la victoria."

Le respondí: "¡Quédate!"

Y no creais que esta niña pálida no siente fuertemente la vida. La naturaleza la embriaga y la enloquece con todas las embriagueces del amor. El perfume de los campos, el brillo de las flores, le dan languidez y voluptuosidad. La hace palidecer la vista de una rosa que se deshoja en un vaso. Ha creído, mirándola, ver una mujer marchita y aterrada por la pasión. Querría ser esa mujer. Respirando esos pétalos ajados palidece ante delicias y torturas desconocidas. La miseria ha sido su hábito de monja y el trabajo su cilicio salvador. No deja de sentir el amor con esa violencia y esa sensualidad áspera de las italianas de temperamento. Testigo, *El Beso Pagano*:

Entre las espigas de oro, frente al sol resplandeciente que incendia el valle, en el surco humeante, él la besó sobre los labios cálidos.

El cielo sin nubes y el trigo sonríen a la pareja arrebatada: y alrededor del beso sencillo y sano, se regocija poderosamente la vida universal.

Perfuman las rojas corolas entreabiertas como dos bocas jadeantes de amor. En las brisas difusas se lanza el canto alegre de la tierra florecida.

Los jóvenes amantes se besan sonriendo, sobre el corazón del campo, mientras un trino de golondrinas se pierde bajo el arco de los cielos azulados.

Y por todas partes, bajo las malezas sombrías, en los cálices de las flores, en los haces dorados, en los nidos misteriosos, tiembla el beso que embriaga y fecunda.

Sin embargo, el alma valerosa de esta hija del pueblo se opone a la fuerza invasora de ese amor físico que expresa con tanto poder. Este la ha turbado, pero no vencido. Han llegado a ella los homenajes, la han asediado las seducciones, se han estremecido sus senos, su corazón ha dejado de latir. Rechaza con desprecio las tentaciones vulgares y a los ricos ociosos; despide a los apasionados en breves diálogos donde se siente la lucha magnética de dos voluntades. Casi siempre tiene, frente al hombre, una actitud de defensa o de agresión. ¿Cuál es, pues, el ideal de esta mu jer? No es el dulce poeta de versos armoniosos que pondría a sus plantas la gloria, las místicas armonías, los sueños, las sonrisas, los entusiasmos, presto a sacrificarlo todo para hacer de ello el incienso de su adoración. No: es el hombre de acción, el luchador, el triste rebelde, el sufrido invencible. Escuchad aún:

...El otro levanta una frente imperiosa como un tronco de encina en la tormenta. Se calla; pero en su fondo leo la poesía oculta de un alma audaz y rebelde.

No me habla de amor, quizá porque no se atreve; pero su mirada ayuda, antorcha encendida, me repite, con una embriaguez secreta y dolorosa, que me ama y que soy bella.

Cuando el día languidece y se apaga en la vidriera y él inmoviliza mi rostro abatido, piensa y sufre y no sabe decirme:

—Te amo.

Inclino mi rostro en una embriaguez rendida, y un deseo me arroja en sus brazos como a un pájaro trémulo en la trampa.

¿Cederá ella? Seguramente; naturalezas como la suya saben darse enteras. Mientras más profunda es la conciencia y más enérgica la voluntad, el amor es más grande y terrible. Un río se precipita de manera distinta a la de un arroyo. Ella siente el vértigo del abandono, la sed de olvidar. Y, no obstante, un poder oculto la detiene al borde del delicioso abismo. Tal vez presiente que, cuando la mujer se entregue, muera la poetisa. Su fuerza y su llama serían absorbidas por el vencedor; su voz iría extinguiéndose; no cantaría más los placeres y los dolores de los otros. Esta situación penosa la describe en los siguientes versos:

¿Por qué, cuando con una voz dulce y encantadora me cuentas tu vida vagabunda, tu mirada amorosa y azul parece chupar todo mi corazón palpitante?... No, no me obligues a los sueños muertos y a los besos...¡No puedo, callate!

Cuando recogida y pensativa escucho tu voz que vibra como un arpa, ¿por qué sube una llama a tu rostro, por qué corre un estremecimiento en mis fibras?... ¡No, no me obligues a los sueños muertos y a los besos!... ¡No puedo, cállate!

Otro destino me impulsa. En la hora voluptuosa en que todo se olvida, en la hora rápida que florece bajo el delirio, nunca me dirá un labio de amante: ¡Eres mía! Sobre mi boca juvenil y pura me entristece un beso.

¿Has pensado alguna vez lo que sería mi amor?... Sería una luz radiante de alegría y de gloria, una risa de juventud victoriosa, un himno de esperanza, un canto de triunfo; una fiesta del alma y del pensamiento, una sacudida mágica del espíritu y de las medulas.

Y, no obstante, ¿ves? te separo y me alejo, rígida y casta, en la noche profunda. No me preguntes el porqué de este misterio extraño y tiránico que me rodea; no me obligues a los sueños y a los besos... ¡No puedo, cállate!

II

Hemos dicho que en la soledad de Motta-Visconti, adonde la desterró su empleo de maestra, y en los bosques del Tessino Ada Negri vió surgir ante ella los cuadros de miseria que asaltaron su infancia. Le pareció que la multitud creciente de mudos y de oprimidos llegaba a ella para pedirle una voz. A esta visión de conjunto ha dado una poderosa expresión en un poema que quizás sea el más característico y el más sorprendente de su selección:

LOS VENCIDOS

Son cien, son mil, son millones, hordas infinitas. Un sordo rugido de trueno lejano rueda sobre sus filas apretadas.

Bajo el rudo viento del Norte avanzan con un paso igual y lento. Llevan vestido de blusa, desnuda la cabeza y la mirada febril.

Me buscan... han llegado todos. Como un mar que mueve formas grises y rostros demacrados, me rodea la multitud.

Me roza, me oculta, me aprisiona. Oigo roncas respiraciones, largos lloros resonar en las tinieblas, blasfemias y suspiros:

"Venimos de casas sin fuego, de lechos sin paz, donde el cuerpo, domado poco a poco, se doblega, cede y permanece tendido.

"Venimos de callejones cerrados y de guaridas; venimos de madrigueras ocultas, y arrojamos sobre la tierra una sombra amenazante de duelos y de peligros.

"Encontramos un ideal de fe: nos ha engañado. Encontramos el amor que espera y cree; nos ha traicionado.

"Buscamos el trabajo que regenera y fortalece; nos ha repe-

lido. ¿Dónde está, pues, la fuerza?... ¡Piedad!... Somos los vencidos.

"...Sobre nuestras cabezas, alrededor de nosotros, sobre el sol radiante, en la gran luz de oro, brilla y vuela el amplio cantar de fiesta del beso y del trabajo.

"Serpiente de hierro, pasa y ruge el tren de vapor; bajo la bóveda de la montaña proclama a la industria con su trompeta guerrera y junta los brazos y los espíritus.

"Mil bocas se buscan deseosas, se buscan amorosamente; mil vidas generosas se lanzan en la hornaza encendida.

"¡Y nosotros somos inútiles!... ¿Quién nos ha echado sobre la tierra, esa mala madre?... ¿Quién nos ha rehusado el suspiro del corazón? ¿Quién nos oprime y nos humilla?

"¿Qué odio pesa sobre nosotros?... ¿Qué mano desconocida nos rechaza? ¿Por qué el destino ciego nos grita: ¡En vano? ¡Piedad!... Somos los vencidos."

Después de ese lúgubre desfile, en que el ojo no tiene tiempo de distinguir las expresiones individuales, Ada Negri hace pasar ante nuestros ojos una serie de figuras sacadas por un lápiz ligero; pero de las que cada una se destaca con el relieve enérgico de un carbón o de un aguafuerte. ¿Qué es esa mancha de luz en una masa de sombra? ¡Larva o forma humana! ¡Cadáver o cuerpo vivo! Pero se oye la voz dolorosa de un alma:

Entre las altas orillas, ciega y desenfrenada, el agua corre y llora. El cielo de plomo escucha; la bóveda nublada no tiene una sonrisa, ni el aire un soplo en la oscuridad de la noche.

El agua corre y llora. Y lleva en su seno el cuerpo inanimado y ligero de una hija del placer, pálida suicida que una ola triste arrastra en su camino.

El agua corre y llora. En su lamentación rueda el eco de un misterio extraño y confuso; de su queja se eleva un grito humano, EL GRITO DE UN AMOR DESESPERADO, VENCIDO Y DESVIADO DE SU CURSO.

Pero la imaginación del poeta va más lejos. Su pensamiento se identifica con la desgraciada. La persigue hasta la mesa de disección, donde sirve de presa a la ciencia que estudia el cuerpo humano, sin inquietarse por la persona. Le parece al poeta que esas fibras sangrantes y desmenuzadas palpitan aún bajo el escalpelo; que el alma no ha dejado aún esas pobres carnes profanadas, y que el cadáver profiere, con voz penetrante como una hoja de puñal, palabras que estremecen:

AUTOPSIA

Flaco doctor, que con un ojo atento y un deseo bárbaro e intenso, disecas mi carne desnuda y la atormentas con tu hoja fría, acerada.

¡Escucha! ¿Sabes quién fuí? Desafío la mordedura impía de tu escalpelo; aquí, en la horrible cámara sepulcral, te cuento mi pasado.

Crecí sobre las piedras del camino. Nunca he tenido casa ni padres. Sin zapatos, sin cinto y sin nombre, erre detrás de las nubes y los vientos.

...He conocido todas las crueles fatigas y las miserias oscuras; he pasado a través de poblaciones lívidas y hostiles, a través de lágrimas y temores.

Y por fin, un día, sobre el cojín blanco de un hospital, un pájaro negro de uñas encorvadas me cubrió con sus alas.

Y morí así, ¿comprendes?, sola como un perro perdido; morí así, sin oír una palabra de esperanza o de salvación.

¡Cómo es brillante y negra y abundosa mi cabellera flotante! Se me sepultará bajo la tierra helada sin un beso de amor.

Es virgen y blanco mi cuerpo flexible y cómo es esbelto! Y ahora lo desfloras con el beso de tu escalpelo.

Sondea, taja, diseca, corta y desgarra, doctor infatigable y mudo. ¡Regocíjate con mis vísceras, sáciate de mi cuerpo vendido!

...Penetra con tu cuchillo hasta las últimas fibras y desgarra mi corazón, y busca en él el sublime misterio del sufrimiento!

Así, toda desnuda bajo tu mirada, sufro aún, ¿sabes? Te miro con mis pupilas vidriosas y no me olvidarás...

Pues de mis labios se exhala, en la convulsión última, un ronco suspiro, un aliento de dolor y de maldición.

Las tres poesías que acabo de citar muestran hasta qué profundidad sabe descender Ada Negri en el sufrimiento humano y, sobre todo, en el de los desheredados. No obstante esta ojeada al infierno del alma, su nota dominante es una nota de esperanza y de sosiego. Pues por arriba de la multitud de vencidos que caminan en la noche, su mirada advierte una visión consoladora, cuya luz cae a la vez sobre la tierra y sobre el cielo.

Sueño. Frente a mi mirada errante reluce una tropa fantástica, envuelta toda en la roja luz de un poniente de junio, austero y lento.

Rostros flacos, pechos desgarrados, cabezas cubiertas de polvo y de espinas, ojos fulgurantes de amor divino, cuerpos devorados por llagas interiores.

Y pregunto: ¿Quiénes sois, ¡oh vosotros que me hacéis signos y os deslizáis delante de mí!; que me sonreís, silenciosos y radiantes, en la gloria del sol?—Somos los héroes.

—Somos la corte inspirada y trágica que sobre los campos de batalla y en las fortalezas, entre el golpe de las armas y el són de los himnos ardientes, ofreció sus pechos robustos a la muerte

—Somos los héroes desafortunados del pensamiento, somos la falange demacrada y rendida que consumió la vida en vano buscando la verdad fugaz.

—Fuimos soldados, mártires y gigantes; para nosotros fueron los combates, los sacrificios y las venganzas; y pues el hierro enemigo nos ha hendido el cráneo, sollozamos al caer: ¡Adelante!

—Plebes insensatas se encarnizaron con nosotros; fuimos vilependiados y lapidados, crucificados, burlados y torturados, sin tregua ni cuartel!... Somos los héroes.

Y me levanto y grito: ¿Oh, por qué, pues, tantos suspiros y tantas vidas aniquiladas, esos duelos y esas angustias, esa serie infinita de infinitos gemidos?

¿Por qué se persigue con un ardor insensato el relámpago de un ideal que huye? ¿Por qué se aniquila el alma llorando, en el deseo, en la ilusión y en el amor?...

¿Por qué?... Delante de mi mirada soñadora reluce aún la tropa fantástica, envuelta toda en la roja luz de un poniente de junio, austero y tardo.

Sobre los rostros radiantes y sin velos, respira una calma que no es de la tierra; entreabriendo su pupila larga y serena muestran el cielo con el dedo, sonrientes.

Así, la transfiguración de los héroes en un mundo superior, es el faro salvador para la inspirada poetisa del sufrimiento humano. Pues no basta que la muerte haya hecho triunfar parcialmente su idea sobre la tierra; es preciso, para satisfacer la conciencia, que esta idea triunfe completamente con ellos mismos en otra vida. Ada Negri tiene el sentimiento íntimo de que la idea de la justicia final está estrechamente ligada con la supervivencia del alma Porque la felicidad perfecta de la humanidad terrestre, suponiendo que fuera posible en un porvenir lejano, ¿podra contrapesar los incalculables sufrimientos y las innumerables injusticias que agobiaron a los hombres en el pasado y los agobian aún en el presente? No hay en lo absoluto justicia final para la raza humana, si no la hay para los individuos en un más allá divino. Pero ¿qué quiere decir eso? La visión de las alturas, el mensaje de los héroes, ¿era un bello sueño tan sólo o la realidad suprema?

Ante esa duda, el corazón de Ada Negri se siente oprimido poi un tornillo más cruel que todos sus sufrimientos personales. Entonces se combaten en ella dos conciencias, dos almas. Una, profunda y dulce, murmura:—Hay una justicia final; hay un Dios en el universo; es preciso creer y obrar. Otra, amarga y violenta, grita: —No hay más que el sufrimiento eterno; es preciso odiar y rebelarse, o no ser nada. El Amor la impele por el sendero luminoso en que sonríe la esperanza; el Orgullo la lleva por la senda sombría en que la Cólera forja las armas sobre el yunque de la maldición. De ahí el conflicto terrible. Escuchad estas estrofas dirigidas a un sér real o imaginario; poco importa. Lo que oiréis no es el amor de una mujer, sino la lucha del Angel y del Demonio en un corazón humano.

EN EL HURACAN

Cuando relumbra la cólera de la tempestad desmelenada, ora roja, ora amarilla, ora lívida, y Eolo sopla relámpagos deslumbrantes como una furia desencadenada, querría perderme toda. perderme a lo lejos en el torbellino del huracán. entre las flechas de oro; así, oprimida sobre tu corazón!

En esta fiebre del cielo y de la tierra, suspendida contigo en la inmensidad, QUERRIA DECIR LA ANTIGUA Y OBSTINADA GUERRA QUE TU NO SOSPECHAS EN MI Y QUE DIOS NO CONOCE.

Alrededor de mí, el quejido del viento, la oscuridad, la tormenta y el furor; bajo mis pies, la ruina y el espanto... Mi cabeza sobre tu corazón...

Esta guerra en el alma de Ada Negri, que magnifica la batalla de los elementos, y que en este caso se mezcla extrañamente a un sueño de amor exaltado; esta "guerra antigua y obstinada" no es, como pudieran creer los que han leído esas tres estrofas, la guerra entre el hombre y la mujer, o la del alma y los sentidos, o la del ideal y la realidad. No; toda la poesía de Ada Negri lo atestigua y lo proclama: es una lucha aún más profunda y más terrible; es la guerra entre la verdad del alma y el orgullo de la razón, entre la plegaria y la rebeldía, entre la Providencia y el Destino, entre los Mesías y los Titanes, entre Dios y Lucifer; lucha gigantesca que hace gemir la creación. lucha necesaria de donde sale la vida, pero que puede triturar al hombre y con más razón a la mujer, cuando los dos adversarios se encuentran en un mismo corazón y en un mismo cerebro.

¿Cómo ha resuelto el problema Ada Negri? Ella había oído también esa voz que retumbó bajo las naves profundas de las

catedrales, la voz de la iglesia que dice al alma perdida: "Sólo yo poseo la verdad, sólo yo tengo la llave de la salvación. Deja de pensar y obedece." Pero ella no era de las que, para vivir felices y tranquilas, pueden abdicar el divino privilegio del hombre: la conciencia y la libertad. Escuchaba también la voz de la ciencia materialista que dice a los incrédulos y a los rebeldes: "Dios y el alma son vanas quimeras. Resígnate y consuélate de que no haya tirano allá arriba. Pues el hombre, ese hijo de la nada, será un día Dios sobre la tierra." Alguna cosa dijo a la poetisa que tal doctrina no solamente no satisface al alma, sino que no explica nada del universo. El misterio de los mundos es más amplio y más profundo. El mundo exterior no puede darnos la llave. Pues no se encuentra sino en lo más íntimo del alma. Y solamente ahí está el sér verdadero y la fuente de la vida. Ahí lo buscan todos los que quieren ser una fuerza inicial, un verbo vivo. Hay una poesía de Ada Negri en que asistimos, de cierto modo, a la cristalización de esta certidumbre del alma que reconoce su fin y su destino, volviéndose consciente de sí misma:

VIAJE NOCTURNO

Partimos: es media noche. La yegua es perezosa y el vehículo se bambolea sobre sus ruedas inseguras. ¡Adelante, al galope! Para nosotros, hijos alegres de la aventura, el bosque no tiene amenazas, ni la sombra peligros, ni la ruta piedras.

Todo se esconde y duerme. ¡Adelante, al galope!

Fuera de la nube, la luna echa una ojeada burlona; lamparilla incómoda, va acechando por la llanura. Los árboles tienden sus ramas torcidas como los brazos de torneados esqueletos en oración. ¿Qué cuentas, oh inmensidad?

Fuera de la nube, va acechando la luna lustrosa.

Recta, muda y pálida, con el ojo extraviado y fijo y los cabellos al viento, interrogo al abismo. La tiniebla devora praderas y rencores de almas, besos de labios de amantes, sueños, delitos y lágrimas, delirantes caricias de amor envenenado.

Suspiros delatores y estremecimientos cruzan la tiniebla...

"¿Qué haces? ¿Qué quieres," me preguntan, saliendo de las fosas impuras, fuegos juguetones que brillan cerca de los bajos muros del negro cementerio.—No sé; busco mi destino. El viaje puede ser eterno, puede ser eterna la noche; ¿qué importa? Tengo valor. ¡Adelante, al galope!

No os tengo miedo, espíritus locos del cementerio.

En el tranquilo silencio del vacío adormecido, vela el pensamiento humano, misterioso centinela, como un ángel inmortal.

Vela, y con sus alas, emplumadas de sueño y de audacia, roza la tierra ciega, las nubes de plata, la tumba y el ideal.

¡Vuela, ¡oh pensamiento! sobre las ruinas, como un ángel inmortal!...

He ahí la solución del enigma capital que paraliza o mata a quienes no saben resolverlo. Ante las contradicciones y los obstáculos, el alma se ha recogido en sí misma; se acoraza de todo su valor; se arma de toda su voluntad. Se ha hecho consciente de sí misma por su resistencia al mundo exterior. Y ahora encuentra en su propia nobleza la certidumbre de su origen y de su fin divinos. El insondable misterio de las cosas, la inmensidad del dolor, aun podrán torcerla, pero ya no desviarla. Está orientada para siempre. Aún más: entrevé en lo que la espantaba, en el dolor, la condición de su propio desarrollo y la ley evolutiva del hombre, sin dolor, ni progreso, ni conciencia, ni libertad. Pero vencido ya el dolor por el trabajo creador de que nacen la fuerza y la alegría, el alma se eleva a un peldaño más alto, desde donde domina, como dueña, el mundo y la vida. Una vez más el espectro de la Fatalidad entra en la alcoba de la joven. Esta vez lo aleja con palabras sin réplica:

¿Te encarnizas? ¿Para qué? ¡La juventud y la vida están conmigo! No me verás debilitarme en la batalla fatal. Sobre las ruinas dispersas y sobre las angustias, brillan mis veinte años.

No me quitarás esta fuerza divina que arde en mi corazón. No me detendrás en el vuelo impetuoso que me arrastra. Tus uñas son impotentes, ¡oh negra diosa!; yo sigo mi camino.

Ves, allá abajo, en el mundo, ¡qué de luz, de sueño y de rosas! Oyes en el cielo gozoso los trinos de las alondras triunfantes! ¡Qué fulguración de fe y de ideal, qué estremecimiento de alas!...

QUIERO EL TRABAJO QUE DIVINIZA Y QUE CON NOBLE DOMINIO GOBIERNA TODAS LAS COSAS. Quiero el sueño y la armonía, la juventud eterna del arte; la risa del azul y los bálsamos de las flores, los astros, los esplendores y los besos.

Pasas, bruja negra, pasas como una sombra funesta al sol. Pero todo renace, todo espera. Las violetas sonríen bajo las breñas, y yo, escapada de tus lazos, audaz y juguetona, canto el himno de la vida!

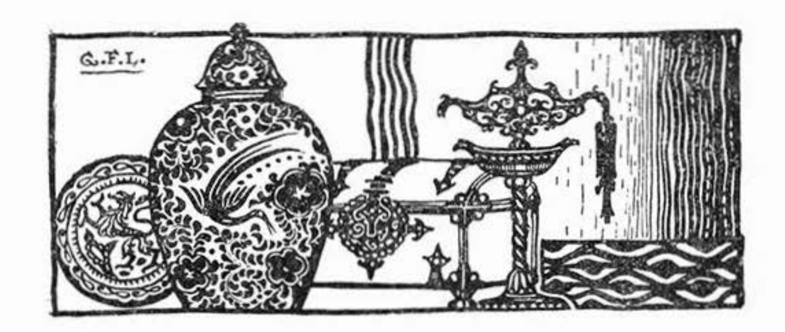
¿No oís en ese canto atrevido la voz de una generación que avanza? "El trabajo que diviniza," el esfuerzo concebido como instrumento y signo de la nobleza humana, es su divisa. Puede entreverse, en ese deseo profético de la entusiasta italiana, una de las leyes fundamentales de la sociedad nueva, que se elabora en medio del caos presente. Notemos, por otra parte, que Ada

Negri, como también nosotros, entiende por trabajo todos los esfuerzos graduados y ordenados del espíritu humano, desde el brazo que hunde la reja en el surco humeante, a través de todas las artes, la industria y la imaginación, hasta el pensamiento del filósofo que moldea los espíritus y la acción del héroe que alumbra las almas.

***

Mientras las aristocracias agonizantes buscan su signo de distinción, ora en un refinamiento decadentista, ora en un análisis exagerado que falsea la idea y mata el sentimiento, ¿no es sorprendente y tranquilizador ver que en Italia, como en Francia, la juventud seria ha inscrito el trabajo y la solidaridad sobre su bandera, como marca de la verdadera nobleza? Por mi parte, creo firmemente que el porvenir está ahí, a condición de que después de haber proclamado los derechos absolutos del Alma, armada con la doble antorcha de la Intuición y del Amor, se dé uno cuenta de sus poderes creadores y renovadores en todos los dominios: arte, filosofía, religión y organización social. Habiendo afirmado yo mismo esta verdad hace largo tiempo, no obstante el triunfo efímero del materialismo en filosofía y en literatura, saludo con regocijo a la nueva generación francesa, a la que responde como una música amiga, por encima de los Alpes, la voz de la poetisa lombarda.

(Traducción de José Gorostiza.)



COMO MEDITABA EN SILENCIO

POR WALT WHITMAN.

Como meditaba en silencio,
Considerando mis poemas, deteniéndome largamente en ellos,
Un fantasma de rostro desconfiado se levantó ante mí.
Terrible de belleza, de edad y de potencia,
El genio de los poetas del antiguo mundo.
Que mirándome con ojos de llama,
Señalando su índice sendos cantos inmortales,
Me dijo con voz amenazante: "¿Qué cantas tú?
¿No sabes que no hay más que un solo tema para los bardos inmortales?
¿El tema de la guerra, la fortuna de los combates, la creación de verdaderos soldados?

"Sea—respondíle entonces—;
Yo también, sombra altanera, canto de guerra, una guerra más larga y más grande que otra alguna.
Que contenía en mi libro, con suertes diversas,
Con marchas adelante y retiradas, con victorias diferidas e inciertas.
(Sin embargo, la victoria me parece segura, o casi segura al fin), teniendo el mundo por campo de batalla;
Guerra de vida y muerte, para el cuerpo y para el alma eterna.
Oíd: yo también he venido para cantar el canto de los combates.
Yo también, por encima de todo, suscito bravos soldados."

ERRATAS NOTABLES: En la página 396, en el artículo sobre Emerson, se asienta que este filósofo murió en 1822. Su muerte ocurrió el año de 1882.

En la página 402 se afirma que don Andrés Bello nació en 1871. Debe corregirse tal año, poniendo en su lugar el verdadero: 1781.

SECCION DE LOS NIÑOS

GUILLERMO TELL
IX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MADERO
LA CAMPANA DE LA DICHA — JUAN GABRIEL SEIDL

LITERATURA

ESQUILO, PADRE DE LA TRAGEDIA — POMPEYO GENER
FRAGMENTO DE «PROMETEO ENCADENADO» — ESQUILO
RONDAS DE NIÑOS — GABRIELA MISTRAL
ADA NEGRI — EDUARDO SCHURE
COMO MEDITABA EN SILENCIO — WALT WHITMAN

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana. Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. México, D. F.

LUCHA ENTRE EL BIEN Y EL MAL

Que todo hombre descienda en sí mismo y se observe atentamente.

Por poco que sepa mirar y que consiente en ver, se conmoverá profundamente al ver la guerra incesante que libran en él las buenas y las malas inclinaciones, la razón y el capricho, el deber y la pasión, el bien y el mal

Se contemplan con ansiedad las agitaciones exteriores de la vida humana. ¿Qué ocurriría si se asistiese a las luchas interiores del alma?

Allí se ve cómo en un día, en una hora, pueden encontrarse peligros, asechanzas, enemigos, victorias y derrotas.

No digo esto para descorazonar a mis semejantes. El hombre está llamado a vencer en esta lucha por la vida, y lo hará con ayuda de la libertad.

Pero la victoria es imposible para él, y cierta la derrota, si no tiene una idea justa y un sentimiento profundo de sus peligros, de sus debilidades y de la ayuda que le es necesaria.

Hay una inmensa ignorancia a este respecto en el hombre. Y se debe al error del orgullo, que enerva al mismo tiempo, el orden moral y el orden político, su gobierno interior y el gobierno general de la sociedad.

GUIZOT.

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 3 o Apartado Postal 105 bis, México, D. F.

CANJE

Se solicita canje.—Exchange solicited.—On prie de bien vouloir établir l'echange.—Um Tauschexemplare wird ersucht.

EL MAESTRO
REVISTA DE CVLTVRA
NACIONAL
MEXICO · MCMXXII

EL MAESTRO
Revista de Cultura Nacional
DIRECTOR:
Enrique Monteverde
OFICINAS: 1ª GANTE, 3
Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri
Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

A.G.R.
EL MAESTRO
REVISTA D CVLTVRA NACIONAL
TOMO II NRO. VI MEXICO MCMXXII

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

DIRECCION DE TALLERES GRAFICOS

México.—1922

Revista Editorial Informativa

EL NUEVO EDIFICIO DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

LA República debe al Presidente Obregón y a su colaborador, el Secretario Vasconcelos, el primer gran paso para cimentar la obra colosal de nuestra cultura. Ha sido necesario sentar el precedente, mucho tiempo ansiado, de que, para integrar el núcleo de la cultura popular, tengamos edificio, punto de partida de donde irradie la energía mental que ha de darle fuerza y unidad al ramo. Para favorecer este ideal se ha edificado la Secretaría de Educación Pública, que revela, por sus grandes proporciones materiales, el pensamiento de un vasto plan de cultura que se inicia hoy y que tomará incremento poderoso dentro del complejo organismo de la vida nacional.

El 9 de julio del presente año, a mediodía, el nuevo edificio de la Secretaría de Educación se vió ocupado en sus tres pisos por el pueblo de México, sin distinción de categorías. Cinco mil alumnos de las escuelas oficiales, un orfeón de obreros y varias bandas y orquestas, formaron la parte artística del programa de la inauguración.

El Presidente, los Secretarios de Estado, el Gobernador del Distrito, los Directores de las Facultades Universitarias, de la Escuela de Bellas Artes y del Museo Nacional, los miembros del H. Cuerpo Diplomático y demás invitados de honor, quedaron instalados en el corredor del primer piso de la arcada que divide los dos patios.

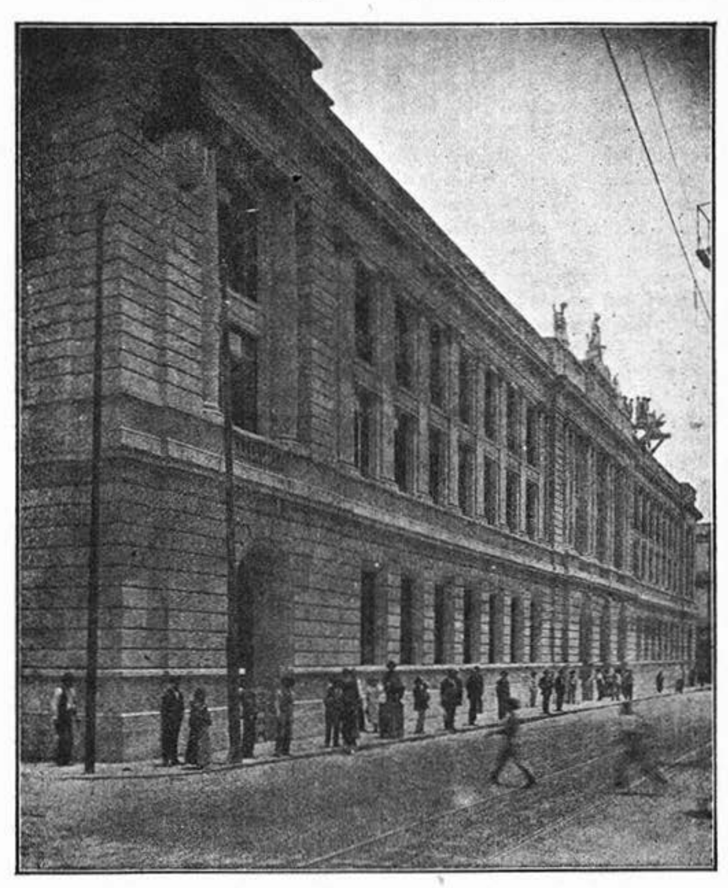
A la hora indicada, el C. Presidente de la República declaró inaugurado el flamante edificio y, a continuación, la Orquesta Sinfónica ejecutó la "Marcha Heroica" de Berlioz. El Ministro del Ramo eyó en seguida el informe de los trabajos llevados a buen término, finalizándose el acto con hermosos coros de los niños de nuestras escuelas y con la ejecución del Himno Nacional.

A las trece y treinta fué servido un banquete en los dos patios del edificio, al que tuvieron acceso desde el Ministro Vasconcelos hasta el último peón de albañilería, reinando en este ambiente de cordialidad y júbilo el más correcto orden y la más sencilla decencia.

INFORME DEL LIC. VASCONCELOS EN EL ACTO DE LA INAUGURACION

LOS habitantes de la ciudad de México recordarán la montaña de escombros que llenaba el lote formado por la antigua calle del Reloj, hoy cuarta de la República Argentina; la novena de la Perpetua, hoy de la República de Venezuela, y parte de la calle de San Ildefonso. Se había derruído el antiguo edificio de la Escuela Normal de Mujeres, y no se había logrado reemplazarlo en los últimos diez años. En el fondo de un gran patio inconcluso se aloja la Escuela de Maestros, sin salida decorosa para la calle, oculta entre el hacinamiento de los muros derruídos y de la obra sin comenzar. La extensión del sitio era tentadora; todo el que miraba aquéllo debía pensar: "¿Por qué no se hará aquí una gran casa como las que hacían nuestros mayores en la época de Tolsa, en la época en que se sabía construir?" Y se reflexionaba en seguida en la ruindad de las construcciones llamadas modernas, en la arquitectura porfirista, que angostó las puertas señoriales, que redujo el vasto corredor español a un pasillo con tubos de hierro, en vez de columnas, y lámina acanalada, en lugar de arquería; todo ruin como la época; y contrastando con todo esto veíamos los corredores de la antigua Escuela de Jurisprudencia, y pensábamos: "Poder construir ahora una obra así, con altos arcos y anchas galerías, para que por ellas discurran hombres:" "construir con amplitud, construir con solidez," y estos pensamientos de erigir una obra en piedra coincidían con los otros de construir una organización moral, vasta y compleja: la Secretaría Federal de Educación Pública; y unos y otros pensamientos se fueron combinando, y a medida que el proyecto de creación del Ministerio de Educación Pública cristalizaba en leyes y reformas constitucionales, el proyecto de este edificio también tomaba cuerpo rápidamente. En efecto, era necesario alojar la nueva Secretaría de Estado en alguna parte, y aunque los ricos de los barrios elegantes de la ciudad, incitados por el afán de lucro, se apresuraron a ofrecer en venta sus casas, yo las hallé tan inútiles que, para deshacerme de importunos, dije una vez a un propietario, introduciéndolo al aula mayor de la Universidad Nacional: "Mire usted, su casa cabe en este salón; no nos sirve." Así era en verdad, puesto que nosotros necesitábamos salas muy amplias para discurrir libremente, y techos muy altos para que las ideas puedan expandirse sin estorbo. ¡Sólo las razas que no piensan ponen el techo a la altura de la cabeza! Pero, después de tamañas jactancias, nos decíamos aterrados: "¿Y cómo vamos a poder construir un palacio, si estamos padeciendo la miseria de diez años de guerra; si el porfirismo con todas sus riquezas no pudo dar a la Secretaría de Educación más que un entresuelo de una casa señorial, y, todavía después, el señor Carranza arrojó de ahí a los educadores, porque ni de un entresuelo los juzgó dignos?" Y el peso de esta tradición funesta nos hacía sentirnos tímidos,

y vacilábamos hasta que el otro polo del entusiasmo, la fuerza del odio, nos hizo exclamar: "Pues bien, pre-



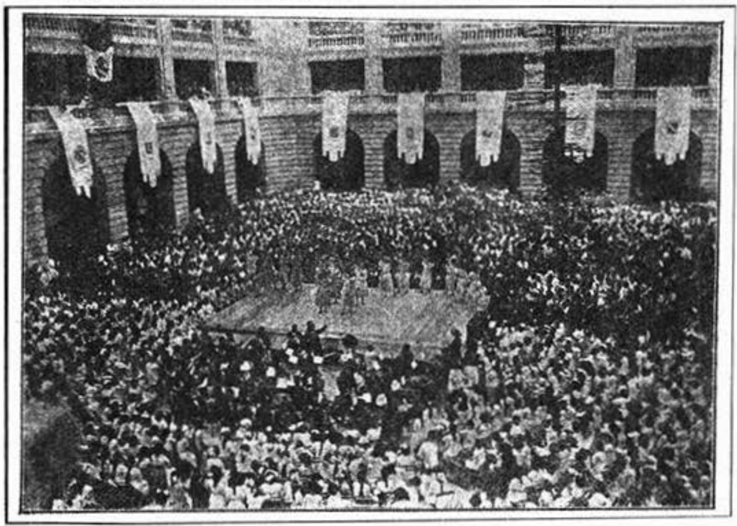
Fachada principal de la Secretaría de Educación Pública

cisamente porque ellos no pudieron, nosotros, que no somos como ellos, sí vamos a poder." Y entonces, sin más estímulo que mi confianza en la revolución, fuí a ver al Jefe del Ejecutivo y le hablé de edificar un palacio, y recibí la sorpresa de que le pareciera muy sencillo y viable el proyecto. En seguida el Secretario de Hacienda, con igual optimismo, puso a mis órdenes veinticin-

co mil pesos semanarios para materiales y rayas. Hay que advertir que en aquella época la pobre Universidad Nacional casi no tenía presupuesto propio, y hubo necesidad de violar la ley carrancista, que manda que todas las obras federales las haga la Secretaría de Comunicaciones, y directamente emprendimos la obra, cargando los gastos a una partida de la citada Secretaría de Estado; y gracias a la fe de los revolucionarios, y al espíritu de progreso que late en la conciencia nacional, por los mismos días en que la Constitución se reformaba comenzamos a escarbar cimientos, y el edificio fué creciendo sin detenerse ni un solo día, y sin que careciésemos una sola vez del importe anticipado de las rayas, y la misma Contraloría (ese otro estorbo, importado de la Unión Americana por extranjeros ignorantes, al servicio del carrancismo) nos ha mostrado en este caso una diligencia y eficacia que honra a sus actuales jefes. Además de los arreglos administrativos, fué necesario resolver acerca de la dirección técnica de la obra, y, al efecto, hablé con ingenieros de reputación, que vieron los escombros, hicieron gestos de desaliento y prometieron estudiar proyectos; pero como no se trataba de **estudiar**, sino de **hacer**, busqué un hombre de acción y lo encontré en la persona del señor ingeniero don Federico Méndez Rivas, autor de este edificio desde sus cimientos, y de cuyos méritos da fe la obra misma; no pudiendo menos de agregar que, alguna vez, mirándolo trabajar con ímpetu ordenado y certero al frente de setecientos hombres que a diario cumplían con puntualidad y eficacia su labor, me acordé del general Joffre, que cuando contemplaba el acierto tenaz de algún oficial competente, se llenaba de júbilo y le enviaba un beso de entusiasmo.

Al practicarse el examen del terreno se vió que la parte libre comprendía todo lo que hoy ocupa este patio del frente, la fachada principal y el cuerpo de la derecha, que son nuevos desde los cimientos, y existía ya el patio grande del fondo, inconcluso, y las dos alas, también incompletas, de la Escuela Normal de Varones. Examinados los planos antiguos, se vió que en aquel tiempo se había pensado dividir las dos construcciones—la de la antigua Escuela de Jurisprudencia y la proyectada—con un salón de actos intermedio, que hubiera dejado al nuevo edificio casi sin patio. Se ha corregido este error, ligando los dos patios con la hermosa galería descubierta que hoy miramos y creando uno nuevo y hermoso. En el estilo general de la obra no se pudo proceder con libertad, porque fué necesario adaptar la nueva construcción a las líneas generales de su anexo más antiguo. No se pudo, por lo mismo, hacer un proyecto totalmente nuevo; pero sí se corrigió en buena parte el antiguo edificio, sustituyendo la pesada cornisa por la que hoy lo adorna y levantando todas las ventanas de la planta baja. Como la línea de la fachada había sido diseñada en forma irregular, porque anteriormente la manzana estaba ocupada por dos edificios: el de la Escuela Normal de Señoritas y una casa particular, y se había dejado un saliente en la parte Sud-Oeste, tuvimos que abrir nuevas ce-

pas para colocar todo el frente sobre una sola recta. El corredor Nord-Este del patio de Jurisprudencia tuvo que ser destruído para reconstruirlo en forma más sólida, ligándolo con el nuevo edificio, y así por el estilo, no sólo se construyó una casa nueva, sino que se reparó y mejoró la antigua adyacente. Comenzaron los trabajos formales el 15 de junio de 1921 y se han concluído al año casi de comenzados, lo cual establece un verdadero ejemplo de rapidez, en un país tan amante del ocio, que, no conforme con las innumerables fiestas religiosas y civiles tradicionales, todavía exige que cada partido que llega al Poder invente fiestas y lutos, que son pretextos para continuar la holganza. Sin embargo, justo es decir que no hubo aquí pereza, y justo es, también, hacer constar que los planos, los materiales, la ejecución, todo lo que aquí se ve, es obra exclusiva de ingenieros, artistas y operarios mexicanos. No se aceptaron los servicios de un solo operario extranjero, porque quisimos que esta casa fuese, a semejanza de la obra espiritual que ella debe abrigar, una empresa genuiramente nacional en el sentido más amplio del término.



Aspecto de uno de los patios en la fiesta de la inauguración

¡Nacional, no porque pretenda encerrarse obcecadamente dentro de nuestras fronteras geográficas, sino porque se propone crear los caracteres de una cultura autóctona hispanoamericana! Algo de esto quise expresar en las figuras que decoran los tableros del patio nuevo; en ellas: Grecia, madre ilustre de la civilización europea, de la que somos vástagos, está representada por una

joven que danza, y por el nombre de Platón, que encierra toda su alma. España aparece en la carabela que unió este Continente con el resto del mundo; la cruz de su misión cristiana y el nombre de Las Casas, el civilizador. La figura azteca recuerda el arte refinado de los indígenas y el mito de Quetzalcóatl, el primer educador de esta zona del mundo. Finalmente, en el cuarto tablero aparece el Buda envuelto en su flor de loto, como una sugestión de que en esta tierra y en esta estirpe indoibérica se han de juntar el Oriente y el Occidente, el Norte y el Sur, no para chocar y destruirse, sino para combinarse y confundirse en una nueva cultura amorosa y sintética. Una verdadera cultura, que sea el florecimiento de lo nativo dentro de un ambiente universal, la unión de nuestra alma con todas las vibraciones del universo en ritmo de júbilo semejante al de la música, y con fusión tan alegre como la que vamos a experimentar dentro de breves instantes cuando se liguen, en nuestra conciencia, los sones ingenuos del canto popular entonado por los millares de voces de los coros infantiles, y las profundas melodías de la música clásica, revividas al conjuro de nuestra Orquesta Sinfónica. Lo popular y lo clásico unidos, sin pasar por el puente de lo mediocre.

La ejecución de los tableros esculpidos se debe al cincel de don Manuel Centurión, que hoy trabaja en concluir una magnífica fuente de cantería que ha de ornamentar el patio antiguo.

Para decorar el remate de la fachada se ideó un grupo ejecutado por Ignacio Asúnsolo: de la Inteligencia, que es Apolo; la Pasión, que es Dionisos, y la suprema armonía de la Minerva divina, que es la patrona y la antorcha de esta clara dependencia del Poder Ejecutivo de la República.

Para la decoración de los lienzos del corredor, nuestro gran artista Diego Rivera tiene ya dibujadas figuras de mujeres con trajes típicos de cada Estado de la República, y para la escalera ha ideado un friso ascendente, que parte del nivel del mar con su vegetación tropical, se transforma después en el paisaje de la altiplanicie y termina en los volcanes. Remata el conjunto un vitral de Roberto Montenegro, en que la flecha del indio se lanza a las estrellas. Los salones del interior serán decorados con dibujos fantásticos de Adolfo Best, y así sucesivamente, cada uno de nuestros artistas contribuirá con algo para hermosear este palacio del saber y el arte. Y al hablar de los artistas que han contribuído a levantar esta obra, sería injusto no mencionar a los canteros que han labrado las columnas y las cornisas, las estatuas y las arcadas, puliendo cada piedra con esmero que da al conjunto una especie de unción, como de templo. Y es porque todos los que aquí laboraron han puesto en la obra su corazón, como si presintiesen que en esta estructura moderna no se va a fomentar el saber egoísta, que es privilegio de una casta, sino la acción esclarecida, que beneficia a todos los hombres por igual, es decir, con preferencia para los humildes y necesitados, puesto que sólo con esa preferencia se puede conseguir una relativa igualdad. Menciono a los canteros que duran-

te un año han repetido aquí la música discorde y creadora de sus cinceles, música a cuyo són complejo se levantaron las catedrales y los palacios, que dieron a este país lo que no tiene ningún otro del Continente: una arquitectura poderosa y noble y autóctona. Recuerdo también a los albañiles, y a los peones, y a los carpinteros y a los útiles plomeros, a todos los seiscientos y tantos hombres que durante un año han puesto aquí sus manos impregnadas de ansia creadora, y me parece que sus almas se elevan a la región del espíritu, y nos ofrendan esta obra que ellos ya concluyeron, y presentan su ejemplo de tenacidad y abnegación para que se les imite en esa otra obra de los que van a trabajar en esta casa, obra también generosa y ardua y que nunca se podrá decir que está concluída.

Heredamos unas ruinas y un mal proyecto; y no quisimos hacer ceremonia alguna cuando se colocó la primera piedra, porque sólo la última piedra es orgullo de los fuertes y sólo sobre ella levantaremos cantos. Hemos trabajado procurando responder en cada detalle a la transformación moral que se ha operado en la República, apartándonos del pasado inmediato y pensando en el destino propicio para poder levantar un edificio símbolo, como este que veis ahora; de proporciones nobles, sólido y claro, como la conciencia de la revolución madura.

La casa material está concluída; pero el edificio moral se perfila apenas, y sus lineamientos están ya contenidos en los rasgos de la estructura de esta casa, cuya distribución corresponde al plan educativo que ha comenzado a regirnos. Cada uno de los tres departamentos esenciales en que se subdivide este Ministerio ocupa su sitio adecuado. En el ala derecha está el Departamento Escolar, desde donde van a dirigirse casi todas las escuelas del país. El Departamento de Bibliotecas cuenta con sus oficinas y su almacén, y en los bajos dispone de local para una biblioteca moderna de más de diez mil volúmenes, todos realmente útiles y de sistema eficaz, no como el de nuestras antiguas instituciones, donde sólo la polilla tiene acceso a la letra impresa. Una sala anexa se dedicará especialmente a biblioteca infantil, de tipo norteamericano, con colecciones de estampas fotográficas y mapas, para la instrucción y el recreo de los niños. Estarán estos salones abiertos de tarde y de noche para todos los que sufren sed del espíritu, y contendrán, además, colecciones de duplicados para hacer préstamos a los que gusten de tener por compañero el libro en la soledad; y todo este servicio será el modelo para las bibliotecas semejantes que ya se han ido fundando en todo nuestro territorio. Por su parte, el Departamento de Bellas Artes dispondrá de las oficinas necesarias y de una sala de música y un gimnasio con baños, para el servicio de los empleados del Ministerio, tanto para hombres como para mujeres, pues es menester que todas las personas que trabajen en esta Secretaría de Estado, se sientan educadores y eduquen con el ejemplo, ajustando sus cuerpos a ejercicios y aseo, y forjando sus almas con noble conducta y alto pensar. Al hablar de conducta he dicho noble y no pre-

cisamente austera, sino generosa y libre, porque no son las disciplinas severas la norma de los tiempos nuevos, sino la acción dichosa y audaz. Gloria en la tierra, mientras se acerca el tránsito. Ya es tiempo, mexicanos.

En cuatro siglos de acogimiento y de mutismo, la raza se ha hecho triste de tanto refrenarse y de tanto cavilar, y ahora se suelta a las empresas locas de la acción, que es dolor o contento, victoria o yerro; pero siempre gloria. Hay un ritmo de danza en el tiempo, como si la era del baile se estuviese anunciando. La humanidad pugna por ser libre, tan libre y feliz como lo es el alma, sin las trabas que la vida social impone, porque no sabe acomodarse a la ley jubilosa del corazón. En estos instantes solemnes, en que la Nación Mexicana, en medio de su pobreza, dedica un palacio a las labores de la educación del pueblo, hagamos votos por la prosperidad de un Ministerio que ya está consagrado por el esfuerzo creador, y que tiene el deber de convertirse en fuente que mana, en polo que irradia. Y, finalmente, que la luz de estos claros muros sea como la aurora de un Nuevo México, de un México espléndido.

RECIPROCIDAD DIPLOMATICA

La Embajada del Brasil

EN los primeros días de marzo de este año se dió a conocer por la prensa el mensaje cablegráfico que el Embajador de México, doctor Alvaro Torre Díaz, envió a nuestro Gobierno desde el Brasil, manifestando que el señor Ministro de Relaciones Exteriores de esa República le había declarado oficialmente, para que lo comunicase al Gobierno de México, que el Gobierno del Brasil, correspondiendo al paso que había dado nuestro país elevando la categoría de su representación diplomática, procedería en igual forma, es decir, constituiría una Embajada permanente en México.

Días después se anunció oficialmente que la designación del primer Embajador del Brasil en México había recaído en el Exmo. señor Raúl Regis Oliveira, actual Ministro de aquel país en Holanda.

El señor Oliveira ha ocupado puestos de gran importancia: ha sido Subsecretario de Relaciones y Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Austria, Japón, Francia y Holanda.

La expresada Secretaría dió a conocer los comentarios a que dió lugar en la prensa de Río Janeiro el hecho de que el Gobierno de México haya elevado la categoría de su representación diplomática en el Brasil. Transcribimos la entrevista que concedió nuestro Embajador en dicho país a "La Noche," periódico que, como se sabe, es uno de los más grandes que se publican en Río Janeiro. La entrevista fué publicada a raíz de que el Gobierno de México diera tan importante paso; dice de la siguiente manera:

"La política de intercambio entre los países de América dió últimamente un paso más para el mayor estrechamiento de las relaciones entre el Brasil y nuestro hermano latino de América del Norte: México. Tuvo magnífico eco, en todos los

círculos diplomáticos y sociales, la publicación del telegrama que dimos en nuestra edición del sábado, en el cual el señor Secretario de Relaciones Exteriores de la República Mexicana comunicaba, a nuestro titular de la misma cartera, la elevación, a categoría de Embajada, de la representación diplomática de México en el Brasil. Eso se verificó en virtud del decreto de 25 del corriente. La designación de Embajador recayó en el señor don Alvaro Torre Díaz, antiguo Ministro acreditado ante nuestro Gobierno. Con respecto a este acto de los poderes públicos de México, fuimos a entrevistar a Su Excelencia, quien nos habló con evidente júbilo.

La noticia oficial de que la Legación de México acaba de ser elevada a Embajada en el Brasil, nos dijo Su Excelencia, y la consecuente comunicación del Gobierno de mi país al Secretario de Relaciones Exteriores de aquí, acompañada de mi promoción al más alto puesto de la diplomacia, me llena de gran satisfacción y de orgullo, por ver que nuestras relaciones de sincera amistad se van estrechando cada vez más en pro de la cordialidad americana.

Cuando llegué a Río Janeiro, para asumir el cargo de Ministro de mi país ante éste, grande y hospitalario, sentí desde luego la especial amistad que unía los dos grandes países, por la forma, principalmente, en que fuí acogido por la noble y culta clase de los periodistas, que me dispensó atención especial de tal manera y con tal cariño, que les di mi corazón con la firme creencia de que esto traería consecuencias benéficas para las dos patrias. Veo que mis esfuerzos no fueron estériles, y que mis profecías se realizaron plenamente.

El señor Presidente Obregón, cuyo programa de política internacional descansa en el lema **concordia americana**, acaba de dar al Brasil y a todos los brasileños una prueba del aprecio que tiene por este gran país. Para eso contribuyeron hechos diversos y elocuentes, principalmente las manifestaciones especiales del Gobierno brasileño para con mi país en ocasión de nuestro centenario, cuando aquí nos fueron rendidos homenajes excepcionales, además de la Embajada especial que tuvo como jefe al señor Feitosa, figura de gran relieve, recibido en México con las demostraciones a que era merecedor como representante de un país sudamericano amigo, grande, sincero y leal componente de ese grupo de naciones que viven para las libertades, predicando principios sanos y de gran alcance para la cordialidad americana.

Mi esfuerzo en ese sentido se juntó al trabajo de otros, especialmente al concurso del señor Ministro don Antonio de Feitosa. Con gran satisfacción, pues, veo elevada a Embajada la Legación de México.

Agradezco y continuaré agradeciendo a los periodistas de este país la acogida que dispensaron al representante de México, y hago votos por que otras demostraciones, como esta última, se efectúen en bien de nuestra amistad.''

EL GOBIERNO BRITANICO PONE FIN A SU PROTECTORADO EN EGIPTO

EL primer ministro Lloyd George anunció a fines de febrero, en la Cámara de los Comunes, que el protectorado británico en Egipto queda en libertad para establecer las instituciones nacionales que mejor convengan a las aspiraciones de su pueblo. Agregó que la ley marcial quedará abolida tan pronto como se apruebe la ley sobre indemnizaciones.

Explicó el Primer Ministro que la ley marcial no se ha usado para hacer efectiva la política británica en Egipto, sino como un instrumento del Gobierno en manos de los ministros egipcios para llevar a cabo ciertas medidas que las condiciones de la guerra hicieron necesarias. Por lo tanto, es indispensable una ley sobre indemnizaciones, antes de poner fin a la ley marcial.

"Toca al Gobierno de Egipto—dijo—crear la legislación necesaria, a la que no pretendemos poner ningún obstáculo siempre que observe cumplidamente la cláusula final de la declaración política, hecha por el Gobierno Británico en diciembre."

Esta cláusula final define las relaciones especiales entre el Gobierno Británico y Egipto, y declara que deberán quedar exclusivamente a discreción del Gobierno de la Gran Bretaña los cuatro puntos que siguen:

"Primero, la seguridad de las comunicaciones del Imperio Británico en Egipto.

Segundo, la defensa de Egipto contra cualquier agresión o intervención extranjeras, directa o indirecta.

Tercero, la protección de los intereses extranjeros en Egipto y la protección de las minorías.

Cuarto, el Gobierno Británico está listo para llegar a un acuerdo con el Gobierno de Egipto, dentro de un espíritu de concordia, siempre que de la conclusión de tal acuerdo nazcan condiciones favorables; pero mientras el arreglo no sea satisfactorio para nosotros, y el Gobierno de Egipto no haya puesto término al "statu quo," la situación permanecerá intacta."

El Primer Ministro dijo que hace mucho tiempo reconoció que el protectorado no era una forma satisfactoria de relaciones entre el Imperio Británico y Egipto; pero que, debido a la peculiar posición geográfica de ese país, el protectorado no podía terminar hasta que los intereses imperiales británicos estuvieran debidamente garantizados.

Aun cuando hasta el momento no existe ningún Gobierno egipcio capaz de comprometerse a unas relaciones de su pueblo con la Gran Bretaña, que proporcionen a ésta las seguridades adecuadas, el Gobierno Británico se ha resuelto a tomar esta actitud, completamente suya, con el apoyo espontáneo del general Allenby, Alto Comisario Británico en Egipto, y el de los funcionarios de todas las categorías en el Gobierno de Egipto.

Refiriéndose a las relaciones especiales entre la Gran Bretaña y Egipto, como quedan fijadas en los cuatro puntos anteriores, Lloyd

George dijo: "Las potencias extranjeras no están interesadas en este asunto y nos proponemos declararlo así de manera inequívoca al notificar la terminación del protectorado."

Agregó que el bienestar y la integridad de Egipto son necesarios para la paz y la seguridad del Imperio Británico, y que el Gobierno no podía permitir que sus relaciones especiales fueran puestas en tela de juicio por ninguna otra potencia. Cualquier intento de intervención de otra nación en Egipto sería considerado por este Gobierno como un acto de enemistad, y cualquiera agresión contra el territorio de Egipto sería considerada como un acto al que el Gobierno debe oponerse por todos los medios de que pueda disponer. Añadió que, naturalmente, los ingleses aceptan la protección de los intereses extranjeros en Egipto "como una responsabilidad inseparable de la posición especial que pretenden tener en aquel país."

Y puso, como ejemplos, varios casos registrados en los últimos años, en los cuales los extranjeros que recibieron protección expresaron su esperanza de que, al reconocer a Egipto como un Estado independiente, sus nacionales reconocerían, como imperiosa, la necesidad de mantener las pasiones dentro de límites razonables.

Lloyd George terminó diciendo que los esfuerzos que cualquier Gobierno egipcio haga en ese sentido, encontrarán siempre la simpatía y el apoyo del Gobierno Británico.

En virtud de las anteriores declaraciones del Primer Ministro de la Gran Bretaña, el sultán Ahmed Fuad Pashá ha lanzado un edicto, en el que manifiesta que la nación egipcia ha llegado a ser un Estado libre y soberano, y que el Sultán adopta el título de rey de Egipto.

La proclamación oficial del Sultán como rey de Egipto fué acompañada por salvas de honor de ciento un cañonazos en su capital de El Cairo, en Alejandría y Port Said, y por veinte cañonazos en otras capitales.

El Alto Comisario inglés, general Allenby, acompañado de su Estado Mayor, visitó el Palacio y felicitó al rey Fuad Pashá, a quien se dirigió usando el término de Su Majestad, hablando entusiastamente sobre la nueva era que comenzaba para Egipto.

El Rey, por medio de su primer ministro, Sarwat Pashá, dirigió un manifiesto a "nuestra noble nación," diciendo: "Dios Todopoderoso ha permitido graciosamente la independencia de Egipto, la que ha sido confiada a nuestras manos. Quedamos íntimamente reconocidos a la Suprema Bondad y, en consecuencia, anunciamos al mundo que, desde hoy, Egipto celebra su independencia y soberanía.

"Nos hemos conferido a nosotros mismos el título de Su Majestad el Rey de Egipto, con el objeto de afirmar la dignidad y Estatutos de la Nación. Pedimos al Todopoderoso y a nuestro querido pueblo sean testigos de nuestro gran deseo de trabajar por el bienestar y felicidad de nuestro venerado país.

"Confiamos en que este día inaugura una nueva era, la cual restaurará la antigua grandeza egipcia."

LA SITUACION ACTUAL DE IRLANDA

NO obstante haber concedido Inglaterra el "home rule" a Irlanda, no cesan los disturbios en este infortunado país. Los republicanos, con Eamon de Valera a la cabeza, se niegan a reconocer al Gobierno provisional, y en Dublín, lugar que se creía adicto al Gobierno provisional, presentaron seis proposiciones, ratificando que la nación irlandesa es indivisible, que toda la autoridad del Estado se deriva únicamente del pueblo irlandés, que la corona británica es extranjera en Irlanda, y que Irlanda no es parte del Imperio Británico.

Se declaró, además, que las condiciones del tratado angloirlandés no representan los verdaderos deseos del pueblo irlandés, y que el tratado se obtuvo por presión. Que el Dail Eirean es incompetente para sancionar legalmente el tratado, y que, por lo tanto, es nulo.

Días después Sir Winston Churchill, Ministro de las Colonias, declaró en la Cámara de los Comunes que Inglaterra no tolerará nunca la República de Irlanda.

Más adelante el Ministro pintó un cuadro del triste estado en que actualmente se encuentra Irlanda. Churchill manifestó que el Gobierno había entrado en arreglos con la administración provisional, señalando algunas razones por las que el Gabinete entró en tratos con Eamon de Valera; pero atacando duramente el pacto, que, según dijo Churchill, está en contraposición con el tratado angloirlandés, el que será roto si los cuatro republicanos que van a entrar al Gobierno irlandés en las próximas elecciones rehusan firmar la declaración de adhesión al tratado.

En el curso de los debates, en los que el grupo de Ulster atacó la política del Gobierno, Winston Churchill admitió francamente que las tropas británicas están detenidas en Dublín, como preliminar de operaciones militares, si éstas llegan a ser necesarias.

La intransigencia de los republicanos irlandeses ha arrastrado a la "Verde Erin" a una guerra civil, en la que éstos llevan, seguramente, la peor parte, ya que el Gobierno del Estado Libre cuenta con el apoyo de la Gran Bretaña.

El proyecto de la nueva constitución irlandesa, que se publicó en vísperas de las elecciones en Irlanda, es un extenso documento que contiene setenta y nueve artículos que dan, como lo declara el mismo documento, fuerza de ley al tratado angloirlandés, y declarando expresamente que cualquier provisión constitucional o cualesquiera arreglos o leyes allí fijadas, que en cualquier respecto estén en pugna con el tratado, serán nulas o no tendrán efecto.

De esta manera la constitución queda ligada con la Corona Británica, como ya se había establecido en el tratado y, en general, coloca las relaciones entre Irlanda y el Imperio Británico sobre la misma base que las del Canadá y otros dominios. La constitución exige que todos los miembros del Parlamento y del Estado Libre suscriban su fe y lealtad a la constitución y juren que serán leales a Su Majestad en virtud de la común ciudada-

nía de Irlanda y la Gran Bretaña, y de ser Irlanda miembro de la comunidad de las naciones británicas.

La constitución es un documento completamente moderno, pues da a las mujeres una representación proporcional, fija el referéndum popular, y da poder al pueblo mismo para iniciar cualquiera legislación. También da un gran poder a la Cámara en relación a los decretos sobre fondos, sin el control del Senado, como sucede entre las Cámaras de los pares y los lores.

Exceptúa al Estado Libre de Irlanda de tomar participación activa en las guerras, sin el consentimiento del Parlamento, salvo en el caso de una invasión de hecho, y da los más grandes poderes a la Suprema Corte Irlandesa, dando a los ciudadanos el derecho de apelar ante el Consejo Real contra las decisiones de la Suprema Corte.

Especifica la libertad de religión y de conciencia, y da a los ciudadanos del Estado Libre completas garantías contra la fuerza arbitraria de las cortes marciales, dando asimismo, al Parlamento, control absoluto sobre las fuerzas armadas, como se especifica en el Tratado.

CONCEPTOS SOBRE LA RUSIA BOLCHEVIQUE

EL primer ministro inglés, Lloyd George, informó últimamente a la Cámara de los Comunes sobre algunos puntos de la política desarrollada en las conferencias de Génova.

El Primer Ministro dijo que hay dos modos para resolver la cuestión rusa: primero, por la fuerza (de este método no se habló en las conferencias de Génova). Segundo, dejar que Rusia corra su propia suerte. "Pero el tratado rusogermano nos demuestra la clase de peligros que podía acarrear.

"Alemania no puede ayudar a Rusia, económicamente, en estos momentos, porque no dispone de capital; pero ese no es el caso tratándose de armamentos, pues hay toda clase de recursos naturales en un país, en tanto que el otro dispone de una completa organización técnica.

"Los delegados británicos se dieron cuenta de que era necesario, para la paz del mundo, que se llegara a algún acuerdo con Rusia, con el objeto de que este país contribuyera a aumentar el volumen de comercio, del que dependen tantos millones de gentes, y se dió una orden para asegurar la estabilidad y seguridad de Europa."

Los líderes rusos, según el Primer Ministro, se dieron perfectamente cuenta de que su gobierno no va a obtener crédito en las demás naciones occidentales, si continúa con su política de repudiación de las deudas, de confiscación, etcétera. También saben que Rusia no podrá ser nunca restaurada si no obtiene un empréstito. Los rusos saben ya que no podrán obtener créditos hasta no merecer la confianza del único pueblo que está en condiciones de darles créditos.

Y agregó: "Las conferencias de La Haya van a constituir una discusión práctica entre los expertos, sobre las bases de la resolución de Cannes, y tengo esperanzas de que cuando lleguen al examen de la cuestión, algo práctico se hará. No

voy a decir ahora que las conferencias de Génova triunfaron; pero creo que muy importantes soluciones se han alcanzado. Si las conferencias de Génova fracasan, entonces la situación de Europa será trágica.''

Más adelante dijo el Primer Ministro que las revoluciones siempre llevan en su tren la confiscación de la propiedad, y ''siento decir que sin compensación.'' ''Esa es nuestra experiencia; la Revolución francesa fué acompañada por una serie de confiscaciones, que jamás se han reembolsado. Quizá el conservatismo de Francia está arraigado en la confiscación. Además hay otra característica de las revoluciones: la repudiación de todas las deudas contraídas por el régimen anterior. Pero hay una diferencia: Francia creó un sistema de propiedad para los campesinos, sin compensación; pero la República no trataba de obtener créditos en otros países. En cambio, Rusia confisca propiedades, desconoce su deuda y se dirige a las naciones cuyas propiedades ha confiscado y cuyas deudas ha desconocido, y les tiende la mano, diciéndoles: ''Préstenme más dinero.''

Terminó el primer ministro Lloyd George diciendo que debe seguirse una política de cooperación con la democracia francesa y que él apoyará enérgicamente esa política.

EL CONVENIO FINANCIERO DE NUEVA YORK

HASTA la fecha no se ha dado al público el proyecto de convenio celebrado en Nueva York entre el señor Secretario De la Huerta y el Comité Internacional de Banqueros; sin embargo, podemos asegurar que éste ha sido muy favorable a nuestro país en vista del boletín entregado a los periodistas en la Presidencia y de los considerandos que el Secretario De la Huerta entregó a la prensa de la ciudad de Nueva York. Los documentos mencionados dicen:

''El Ejecutivo de mi cargo, después de estudiar todos y cada uno de los puntos del proyecto de convenio para la reanudación de la Deuda concertado entre el Comité Internacional de Banqueros y el Secretario de Hacienda y Crédito Público del Gobierno Mexicano, señor don Adolfo de la Huerta; y después de convocar a dos Consejos de Ministros, donde fué ampliamente discutido el aludido proyecto, está en condiciones de declarar, como lo hace, que el proyecto en general está redactado con un mutuo y amplio espíritu de equidad, y que la ardua y hábil labor desarrollada por nuestro Ministro de Hacienda y Crédito Público debe ser estimada, en su justo valor, por todos los buenos mexicanos.

El Ejecutivo de mi cargo, considerando que el proyecto de arreglo no puede surtir sus efectos mientras no reciba la sanción del H. Congreso de la República, no considera de urgente resolución la aceptación que de su parte tiene que recibir el mencionado convenio, y ha acordado aplazar dicha aceptación para después que regrese el señor De la Huerta, de quien espera una amplia información verbal sobre las fases complementarias del convenio aludido.—El Presidente de la República, **Alvaro Obregón.**''

Los Considerandos del Convenio

"**Primero.** Que las obligaciones exteriores del Gobierno mexicano, poseídas por tenedores extranjeros, así como la deuda de los ferrocarriles nacionales y ciertos empréstitos anteriores, especificados en lista adjunta, ascienden, aproximadamente, a la suma de mil millones de pesos.

Segundo. Que los intereses de esas sumas, acumulados por falta de pago desde 1913, ascienden, aproximadamente, a la suma de cuatrocientos millones de pesos.

Tercero. Que si bien debido a las revoluciones sucesivas en México desde 1913, aquel país no ha recobrado aún toda su estabilidad económica, el Gobierno de México declara su propósito de hacer frente, con fidelidad y presteza, a sus obligaciones financieras hasta donde se lo permitan sus posibilidades.

Cuarto. Que el Comité Internacional de Banqueros, reconociendo las dificultades con las que ha tenido que luchar México y las limitaciones en sus impuestos y su capacidad para el pago inmediato de todas sus obligaciones vencidas, y deseando sinceramente encontrar la manera de proteger los intereses de los tenedores de bonos, y a la vez prestar su concurso al Gobierno Mexicano para solucionar sus problemas y restablecer su crédito, está dispuesto a recomendar a los tenedores de bonos del Gobierno Mexicano que hagan ciertas reducciones y ajustes de cuantías sobre sus derechos.

Quinto. Que asimismo reconoce el Comité que el Gobierno de México tiene otras obligaciones cuyo cumplimiento es importante, tales como la restitución de las reservas metálicas de los Bancos, la deuda agraria y los bonos a los empleados, los cuales deben satisfacerse por medio de una emisión de bonos interiores o de algún otro modo que más tarde se resuelva.

Sexto. Que por lo que hace a las cantidades mínimas que el Gobierno de México debe destinar al servicio de la Deuda durante el año de 1923 y los cuatro siguientes, el Comité, después de examinar la situación, juzga que, dada una administración juiciosa y económica de los asuntos de México por su Gobierno, la entrega de dichas cantidades y la ejecución de este convenio están dentro de las posibilidades de México, sin tomarse en cuenta la mejoría que debe de resultar del arreglo de la Deuda y la intención manifiesta del Gobierno de mantener una administración sana, así como el hecho de que el plan mismo, si se adopta, puede producir fácilmente una mejoría considerable en la situación económica de México.

Séptimo. Que siendo idénticos los intereses del pueblo y el Gobierno de México, por una parte, y los de sus acreedores por la otra, en cuanto a que debe asegurarse la prosperidad creciente de México para beneficio de ambos, los individuos que ahora componen el Comité Internacional de Banqueros manifiestan su deseo de colaborar en una forma útil.

Por todo lo cual, a fin de lograr el ajuste de las obligaciones exteriores del Gobierno de México, del sistema de los Ferrocarriles Nacio-

nales y ciertos empréstitos interiores especificados en la lista adjunta, se ha concertado el siguiente plan entre el Secretario de Hacienda de México y el Comité Internacional de Banqueros, el cual hará todo lo que esté de su parte para lograr que sea aceptado por los tenedores de las obligaciones comprendidas en la lista anexa.''

Transcribimos, también, unas declaraciones del señor De la Huerta, que corroboran lo que se afirma al principio de esta nota. Dijo el señor De la Huerta:

''No he esperado que el Presidente de la República ratifique los arreglos celebrados con los banqueros para la liquidación de la deuda mexicana antes de mi regreso a la capital de la República, porque estos convenios se han verificado conforme a las instrucciones que antes y después de mi partida de México he recibido del Presidente Obregón. El plan general de organización económica del país comprende otros aspectos que completarán el convenio del 16 de junio.

''Además de que el convenio, por sí mismo, implica la fijación de los derechos de exportación del petróleo, cuya confirmación debe dar el Primer Magistrado de la República, está pendiente el arreglo relativo al Banco Unico de emisión, que deberá reglamentarse sobre las bases que someteré a la consideración del Presidente Obregón, y en el que jugarán un papel muy importante los fondos que suministrarán en su mayor parte los financieros europeos, debiendo quedar suscrito el resto por capitalistas de este país.

''Estos y otros puntos de carácter financiero debo someter a la consideración del Presidente, y probablemente del Consejo de Ministros, antes de que se presenten al Congreso Mexicano para su legalización definitiva. Puedo decir a ustedes que lo estipulado hasta hoy no ha sufrido objeciones serias de parte del Gobierno de México, y creo firmemente que, al terminar mi misión en Nueva York, podrán encauzarse las finanzas del país dentro del proyecto general ideado por el señor Presidente de la República.''

CONTRA EL IMPERIALISMO AMERICANO

Discurso del Senador Borah

UNO de los principales diarios de México ha recibido, de su oficina de información establecida en Nueva York, amplios informes de los terribles cargos que el senador Borah ha lanzado contra el imperialismo norteamericano, diciendo que la supuesta nación altruísta y libertadora de América, amiga y protectora de los países débiles, está ahora empeñada en torturar, oprimir y robar a las pequeñas naciones latinoamericanas, sólo para satisfacer las ambiciones del capitalismo norteamericano.

Afirma el senador que los pueblos que arrebatan las libertades a los otros, están siempre expuestos a perder las propias. Borah acusa a Inglaterra de haber seguido esta misma política en la India, al Japón en Corea, a los Estados Unidos en el Caribe.

''Por nuestra propia conveniencia—ha declarado el senador Borah,

—debemos abandonar Haití, Santo Domingo, Nicaragua y otras naciones donde estamos como amos, sin tener derecho alguno, pues no nos pertenecen.''

El discurso pronunciado por el líder parlamentario en el ''Carnegie Hall,'' ante un público numeroso y selecto, fué entusiastamente aplaudido, y la ovación estalló unánime cuando el senador dijo que los Estados Unidos habían destruído los Gobiernos haitiano y dominicano, que los soldados norteamericanos habían asesinado a los pueblos de esas repúblicas, no por centenares, sino por millares, alejando del poder a los mejores de sus ciudadanos, y obligando a sus Gobiernos a que solicitaran empréstitos de Wall Street, que no necesitaban ni deseaban, sólo para que los lobos especuladores ganaran comisiones fabulosas.

''Los Estados Unidos—agregó—han obligado a estos pequeños países a destruir sus sistemas de impuestos, a promulgar nuevas leyes de contribuciones, sólo para que los capitalistas norteamericanos puedan ir allí a adquirir terrenos por sumas irrisorias.''

Y dijo más el senador:

''Los Estados Unidos han acabado con la libertad de imprenta, encarcelando y castigando severísimamente a todos los periodistas que han tenido el valor de protestar contra los atentados que cometen. Hemos fusilado a muchos hombres útiles, sólo porque han cometido el crimen de repetir las mismas palabras que inmortalizaron a James Otis y a Thomas Jefferson.

''Si queremos la paz, seamos justos, y en vez de extorsionar a los débiles, ayudémosles.''

Mr. Borah se refirió después a lo barata que está la mano de obra en esos desdichados países, donde pueden contratarse braceros por veinte centavos diarios. Luego dijo:

''Resulta extraño que apenas un pueblo posee vastos recursos naturales, crea en los pueblos fuertes el magnánimo deseo de ayudarles.''

A continuación se refirió a la supresión de un artículo de la Constitución haitiana, que determinaba que los extranjeros no podían adquirir tierras.

''Suprimido ese artículo—dijo,—los norteamericanos han sido hábiles para adquirir doscientos mil acres de terreno en la mejor región del país.

''¿Quién es responsable de esta situación? No lo sé. Quizá el Senado, quizá el Secretario de Estado; pero, quienquiera que sea, es una vergüenza para los Estados Unidos.''

Se sabe que el senador Borah se documentó, para lanzar esas acusaciones, en el informe que rindió recientemente la Comisión del Senado que estuvo en Haití, haciendo un estudio de la situación general.

A continuación habló Mr. Marshall, que presidió el mitin, y dijo que, después de leer la orden en que el secretario Daniels ordenaba al almirante Capperton tomar posesión de Haití, pensó en que esa orden era un padrón de infamia, que sería difícil borrar del escudo nacional norteamericano.

NOTAS DE LA POLITICA RUSA, ANTES DE LA CONFERENCIA DE GENOVA

Palabras de León Trotzky.

A principios del presente año, los hombres prominentes de la política soviet adelantaron sus opiniones sobre los acontecimientos que tendrían margen en el Congreso de Génova. En este artículo extractamos las declaraciones de mayor interés que León Trotzky hizo a los representantes de la Prensa.

Al efectuarse la primera entrevista oficial que se concedió a los periodistas desde que fué cambiada la política económica de la Rusia Soviet, el Ministro de Guerra, León Trotzky, declaró que la Conferencia de Génova será un fracaso, "a menos que los Estados Unidos vayan a ella con una mano dura," haciendo posible que se encuentre el centro del equilibrio político del mundo.

"La actitud de Norteamérica hacia la Rusia Soviet es enigmática," declaró Trotzky. "Si nos ayuda más que ninguna otra nación para alimentar a los hambrientos, ¿por qué se niega a dar voz a su actitud política hacia nosotros? Nosotros vemos esto con pena y esperamos que esa actitud cambiará. Creemos que esta actitud se debe al hecho de que los Estados Unidos no tienen informes fidedignos respecto al gobierno soviet."

Trotzky sonrió al decir lo anterior, y agregó: "Hago esta declaración con mis excusas para ustedes, compañeros periodistas." Había presentes siete periodistas norteamericanos, dos ingleses y un italiano; pero cualquiera que fuera la pregunta hecha, la respuesta de Trotzky casi nunca dejaba de contener una declaración que hacía notar la creencia del Gobierno soviet de que la Conferencia de Génova fracasaría y de que la restauración de Europa es imposible sin la cooperación norteamericana.

"Rusia no está en favor de la Liga de Naciones, agregó. Si la Conferencia de Génova se convierte en un negocio a base de Liga de Naciones, será inútil. América no quiere tener nada que ver con la Liga de Naciones: Rusia tampoco. Queremos realidades, no fantasmas."

Interrogado respecto a cuáles serán las proposiciones que haga Rusia en la Conferencia y si se discutirán las cuestiones del Extremo Oriente, Trotzky respondió que Rusia no irá a la Conferencia con la idea de delinear un programa, sino creyendo sinceramente que se estudiarán allí todos los problemas mundiales que han resultado de la guerra.

Aparentemente el Ministro Trotzky tiene tan poca simpatía para Francia como mucha para los Estados Unidos.

Interrogado respecto a cuál sería la actitud del Gobierno soviet, en Génova, respecto al programa general del desarme, respondió que Rusia lo favorece, pero que es un escéptico respecto a la actitud de Francia.

Respondiendo a una pregunta sobre la actitud del Gobierno ruso hacia las reparaciones, el Ministro de la Guerra declaró, riéndose, que

Rusia tiene tantas reparaciones que hacer en su propia casa, que no tiene tiempo para ayudar a otros. Más seriamente, Trotzky agregó que Rusia está dispuesta a discutir las reparaciones si las potencias que las exigen muestran buena disposición para dar su honrada cooperación en la reconstrucción de Rusia, haciendo que sus grandes recursos naturales se conviertan en medios de pago.

Algunas preguntas respecto a la inquisición soviet y a la situación en las prisiones, dió pie a una discusión general respecto a los medios empleados para lograr la revolución social.

"Algunos reprobarán los medios empleados —dijo Trotzky,— pero con nuestros métodos revolucionarios triunfamos a pesar de nuestra enorme desventaja. La revolución es un hecho histórico. Como el nuevo orden de cosas está establecido bajo el régimen soviet, lo hemos creado para que permanezca. Todo esfuerzo para derrocarlo será inútil. Está legalizado y es inconmovible. El pueblo, fuera y dentro de Rusia, debe adaptarse a él. La gente no verá con gusto la erupción de un volcán, pero no puede impedirla."

LA SITUACION DE MEXICO

Declaraciones del Ministro Argentino

DE paso por Nueva York el Ministro de la Argentina, señor Manuel E. Malbrán, hizo, a principios de abril del presente año, interesantes declaraciones sobre la situación de nuestro país, expresándose en los siguientes términos al ser requerido por la prensa: "Que en México existe una paz más firme que nunca y que los extranjeros disfrutan de mayores garantías que en cualquiera otra época, así como que el reconocimiento del Gobierno del Presidente Obregón, por el de los Estados Unidos, beneficiaría a ambos países."

El señor Malbrán se mostró totalmente optimista respecto a México, declarando que el Presidente Obregón tenía más control sobre el país que cualquier otro Ejecutivo.

"México está completamente pacificado—dijo—y los dos casos de dificultades en Puebla y Michoacán, que fueron de carácter local y no dirigidos contra el Gobierno del Centro, fueron solucionados rápidamente."

Respecto a las conferencias que habían de verificarse en mayo entre el Secretario De la Huerta y los banqueros norteamericanos, en Nueva York, para llegar a un acuerdo sobre la deuda exterior de México, el señor Malbrán dijo que esperaba que se logrará un entendimiento. Considera al Ministro De la Huerta como un hombre muy honorable, que ha subordinado los éxitos personales que podía haber logrado en otras ocasiones, a un plan concertado, por el que su país obtendrá los resultados más benéficos.

Afirmó el señor Malbrán que los extranjeros gozan ahora de toda clase de garantías en México, y que ha desaparecido por completo el sentimiento de hostilidad que prevalecía antiguamente.

La Comisión Mixta que debe es-

tudiar las reclamaciones por daños, presentadas por los extranjeros que sufrieron en sus intereses durante la revolución, ha sido nombrada y pronto dará principio a sus labores. Agregó que si los extranjeros sufrieron durante la revolución, debe recordarse que también sufrieron los mexicanos, y que como los primeros gozaron de gran prosperidad en los tiempos de paz, deberían estar conformes con la parte de males que les tocó en los días aciagos. Declaró, además, que algunos extranjeros han tomado parte y han ayudado en las revoluciones.

El señor Malbrán, que tiene íntima amistad con el Presidente Obregón y con otros líderes mexicanos, dijo que está convencido de su honradez y de sus rectas intenciones, pues no son comunistas, como pretende demostrarse, sino, por lo contrario, desean mejorar las condiciones de las explotadas clases bajas de México. Añadió que los informes de que en México se está extendiendo el bolchevismo son exagerados.

El Ministro expresó la opinión de que el reconocimiento del Presidente Obregón por el Gobierno de los Estados Unidos sería muy benéfico, e hizo notar que tanto Argentina como otras repúblicas hispanoamericanas han reconocido a Obregón hace mucho tiempo.

Refiriéndose a la cuestión agraria, justificó la política del Gobierno mexicano, y dijo que, aun cuando se han cometido errores inevitables, el Gobierno está tomando en cuenta las necesidades del país y tratando de evitar las injusticias.

Expresó su más profunda gratitud por las atenciones que recibió en México, no solamente de los funcionarios y de los miembros de la sociedad, sino también de los estudiantes y de los obreros, diciendo: "Jamás olvidaré, y no sé cómo pagar, las atenciones de que fuí objeto en México," y dijo que el pueblo mexicano siente gran amistad por el argentino, y que las relaciones entre ambos países son cada día más cordiales e íntimas.

Se negó a hacer comentarios sobre la próxima conferencia que Chile y Perú tendrán en Wáshington; pero manifestó que esperaba que se llegaría a una solución justa, en bien de la paz en el Continente sudamericano.

LO QUE PIDEN A MEXICO LOS ESTADOS UNIDOS

EL "New York National Democrat" publica un artículo diciendo que la persona que pase en México una semana se sentirá impresionada por la sombra que los Estados Unidos reflejan sobre aquel país. Cuando se abre una nueva escuela; cuando se emprende un nuevo negocio; cuando se divide una hacienda; cuando se soluciona una huelga, todo México se pregunta cómo tomarán la cosa los Estados Unidos. La prensa que hace oposición al Gobierno actual aprovecha esta circunstancia, resultando que la atmósfera de México está verdaderamente electrizada por los temores que inspira el Coloso del Norte.

La verdad es que el Presidente Obregón ha logrado establecer un gobierno capaz y digno del recono-

cimiento; pero, a pesar de esto, Wáshington se rehusa a reconocerlo, obligando a Inglaterra y a Francia a seguir la misma política. Así resulta que México está bloqueado financieramente y no tendrá los capitales que le hacen tanta falta mientras el Departamento de Estado no lo borre de las listas negras.

El articulista señala en seguida cuántos actos del Presidente Obregón han dado motivo para creerlo animado de sentimientos de amistad hacia los Estados Unidos, y luego vuelve a preguntar por qué el Departamento de Estado sigue en sus trece negando el reconocimiento.

Dice que el Departamento de Estado está ejerciendo un verdadero imperialismo en la América Latina, mientras el Congreso se cruza de brazos y lo deja hacer. El articulista pide que algún miembro del Congreso demande al Secrptario Hughes que someta a la consideración del Congreso toda la correspondencia cambiada entre los Gobiernos de los Estados Unidos, México y Centroamérica, desde que el Presidente Harding subió al poder.

El autor del artículo asegura que habló con el Secretario Calles y otros personajes importantes de México, y que alguno de ellos le aseguró que los Estados Unidos habían enviado a México notas de tal especie que, si se hubiera accedido a lo que pedían, México hubiera perdido totalmente su soberanía. El mismo funcionario mexicano le aseguró que un tratado como el que se propuso a México le fué presentado al Presidente Orellana, y que éste lo aceptó sin vacilar, siendo reconocido en el acto.

Afirma el autor del artículo que una de las proposiciones hechas por los Estados Unidos a México, es la revisión de las elecciones, o, cuando menos, la seguridad de que los radicales no serán candidatos para cargos de elección popular. Además, piden lo siguiente:

Que todos los elementos radicales del país abandonen México, es decir, que sean expulsados;

Que se permita que el culto protestante norteamericano goce de privilegios, teniendo el derecho de poseer tierras, templos, etc.;

Que se reconozcan todas las concesiones otorgadas por todos los gobiernos, a contar desde el de Porfirio Díaz;

Que se concedan derechos especiales a los capitalistas norteamericanos sobre los de otras naciones;

Que los accionistas de los Ferrocarriles Nacionales de México ejerzan nuevamente el control absoluto sobre las líneas, no obstante que constituyen una minoría, pues el Gobierno de México tiene en su poder el cincuenta y uno por ciento de las acciones.

El autor comenta estas demandas diciendo que para los que sepan lo que ha ocurrido en Haití, Santo Domingo, Nicaragua, Cuba, etc., estas exigencias del Departamento de Estado parecerán naturales; pero que en el fondo de estos asuntos hay un gran misterio, que el pueblo norteamericano tiene derecho de conocer.

El Departamento de Estado—sigue el articulista— puede confundir fácilmente a quienes lo calumnian, si estos hechos son falsos, con sólo presentar los voluminosos testimonios que seguramente posee en sus archivos.

LA CAMARA ESPAÑOLA DE COMERCIO Y EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Contestación a un Memorial

EL señor Presidente de la República ha contestado el Memorial que le dirigiera la Cámara Oficial Española de Comercio, Industria y Navegación, sobre el reparto de tierras, en los siguientes términos:

"Señores Francisco Cayón y Cos y José Monti, Presidente y Secretario, respectivamente, de la Cámara Oficial Española de Comercio, Industria y Navegación.—Av. Palacio Legislativo, 2. Ciudad.

Cuidadosamente he examinado el atento Memorial formulado por la Comisión de Agricultura de esa H. Cámara de Comercio, Industria y Navegación y aprobado por la Junta Directiva de la misma, en el cual se proponen las soluciones más acertadas, en concepto de ustedes, al llamado problema agrario.

Tres son los puntos principales que se desarrollan en dicho Memorial, a saber: que el artículo 27 de la Constitución General de la República y la ley de 6 de enero de 1915, incorporada a ese mismo precepto fundamental, no deben surtir efectos retroactivos en materia agraria, y que, por tanto, los derechos adquiridos por los propietarios territoriales al amparo de las leyes anteriores deben ser respetados; que en el caso de que las fincas rústicas, pertenecientes a dichos propietarios, sean expropiadas en todo o en parte por causa de utilidad pública para dotar con tierra a los pueblos y demás centros de población comprendidos en la ley de 6 de enero de 1915, la indemnización correspondiente debe ser previa o simultánea a la expropiación, y en dinero efectivo equivalente a su valor real; y que deben de corregirse los abusos e irregularidades cometidos por las autoridades agrarias en el ejercicio de sus funciones.

Manifiestan ustedes que son partidarios del fraccionamiento de las grandes propiedades rurales, y que consideran como un ideal que todos los campesinos se convirtieran en propietarios de una parcela de tierra para que se ganaran su vida independientemente por medio de un honrado trabajo; pero no están conformes con los procedimientos empleados para obtener esa reorganización de la propiedad territorial de México, por lo que sólo me limitaré a procurar llevar al ánimo de ustedes y de sus muy apreciables consocios la convicción de la legalidad de la acción administrativa en la solución del problema agrario, ya que, como Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, debo yo ser el primero en respetar y hacer cumplir las leyes. Ustedes opinan que el espíritu de previsión y el ahorro constituyen el medio más adecuado y legítimo para proveer de tierras a los pueblos que las necesitan por depender la vida de sus habitantes de la agricultura y carecer de ellas total o parcialmente; pero contra el muy ilustrado parecer de ustedes está el precepto claro y terminante de la ley en el sentido de que se den esas tierras expropiando las que sean necesarias para su objeto, de las fincas colindantes.

En vano invocan ustedes el ar-

tículo 14 de la Constitución en apoyo de sus pretensiones, porque este artículo no se refiere ni podría referirse a otro precepto también constitucional como lo es el contenido en el artículo 27 adicionado por la ley de 6 de enero de 1915, y porque como ustedes mismos lo reconocen expresamente, "México, como cualquiera otra nación soberana, tiene el derecho de darse las leyes que crea convenientes, por lo mismo, de cambiar régimen de propiedad territorial."

Así es que las mencionadas leyes deben de cumplirse en sus términos mientras no sean derogadas o modificadas de acuerdo con las disposiciones establecidas en la Constitución, que es la suprema ley de la República.

En cuanto al segundo punto del Memorial, o sea a la manera como las indemnizaciones han de regularse y pagarse, tampoco estoy conforme con sus opiniones, porque si bien es cierto que ni la Constitución ni el decreto de 6 de enero de 1915 dicen cosa alguna a este respecto, no lo es que el Código Federal de Procedimientos Civiles deba de aplicarse para suplir el silencio de aquellas leyes fundamentales, en virtud de que existe otra ley que reglamenta especialmente la materia y que fué expedida por el Congreso de la Unión con fecha 10 de enero de 1920 y promulgada debidamente el día 17 del mismo mes y año.

Según esta ley reglamentaria de observancia general, "el Ejecutivo de la Unión, de acuerdo con el artículo 27 de la Constitución y de la ley de 6 de enero de 1915, indemnizará a los propietarios de los terrenos de que se haya dotado o se dote en lo sucesivo a los pueblos, rancherías, congregaciones, comunidades, etc., e igualmente indemnizará a los propietarios de terrenos restituídos o que se restituyan a los pueblos, congregaciones, etc., cuando proceda la indemnización conforme a lo dispuesto en las referidas leyes."

En tal virtud, en acatamiento a esta disposición legal, el Ejecutivo que es a mi cargo debe fijar las indemnizaciones de que se trata tomando en consideración los valores catastrales de las tierras afectadas con las dotaciones o restituciones a los pueblos, aumentadas con un diez por ciento, y hacer efectivas dichas indemnizaciones por medio de bonos agrarios en los términos establecidos por el repetido artículo 27 constitucional.

El Ejecutivo de mi cargo considera que de la falta de equidad que pudiera existir en la forma de pago que establece la ley para indemnizar los terrenos que sean tomados para los ejidos de los pueblos, el menos responsable es el Estado, ya que nuestros legisladores, haciendo honor al gremio de terratenientes, aceptó, como sinceras y justas, las manifestaciones espontáneas que los mismos interesados hacían sobre el valor de sus propiedades, en sus relaciones con el Fisco, y no podían nuestros legisladores, sin poner en tela de juicio la honorabilidad de este importante gremio, suponer que esas manifestaciones sobre el valor de sus propiedades no eran sinceras ni equitativas y que entrañaban solamente una maniobra para defraudar los intereses del Fisco, y cree, por lo

tanto, que no puede acusarse de falta de equidad un procedimiento que tuvo como base la buena fe que nuestros legisladores concedieron a los terratenientes.

Finalmente, por lo que respecta a los errores e irregularidades cometidos por las autoridades agrarias, según ustedes lo afirman, al efectuarse las dotaciones y restituciones de tierras ejidales, debo manifestar a ustedes que aunque no dudo que en algunos, pocos casos, los procedimientos administrativos en materia agraria se han torcido por ignorancia o malicia, en general han sido correctos, como lo demuestran las decisiones de la Suprema Corte de Justicia, que han apoyado invariablemente a las autoridades que los han llevado a cabo contra los propietarios de tierras que han recurrido a la justicia federal en demanda de amparo de garantías. Esto no obstante, y para mejorar hasta donde sea posible el servicio agrario, actualmente se está desarrollando una labor minuciosa de selección del personal empleado y de reorganización del mecanismo administrativo establecido.

Protesto a ustedes las seguridades de mi distinguida consideración.

Sufragio efectivo. No reelección.

Palacio Nacional, 1.° de febrero de 1922.

El Presidente de la República.—(Firmado.)—**A. Obregón.**''

INTERESANTE NOTA SOBRE EL PROBLEMA AGRARIO

EN entrevista que tuvieron los representantes de la prensa a fines de mayo último con el C. Presidente de la República, fué consultado el propio Primer Magistrado sobre la manera de resolver el problema agrario, obteniendo los periodistas la siguiente información del Ejecutivo Federal:

—Pueden ustedes decir que se están reorganizando en todos los Estados las comisiones locales de acuerdo con el reglamento relativo, para continuar sus labores.

Que la Comisión Nacional Agraria ha iniciado también sus trabajos, estudiando con todo cuidado los asuntos que tiene pendientes de resolución.

Y en relación con el debatido asunto que ha dado en llamarse el ''problema agrario,'' y cuya gestación se le atribuye al movimiento revolucionario, considero oportuna la publicación de un interesante documento, cuya copia me permito incluirles a continuación, que es revelador del verdadero origen del citado ''problema agrario,'' y que es una demostración evidente de que este problema no lo ha creado la revolución, ni sus hombres, sino que viene de tiempos remotos y ha sido, desde entonces, un incesante anhelo popular, insatisfecho desde aquella remota época por la falta de atención que a las leyes de Indias y a las reiteradas disposiciones de su soberano prestaban los hombres que regían los destinos de la Nueva España.

El texto del documento a que me refiero, y que es una cédula del rey Felipe V, fechada el 15 de octubre de 1713, se incluye a continuación:

''El Rey. Por cuanto estando mandado por Ordenanzas y Leyes de Indias y con especialidad con la 8.ª, libro tercero, de la recopilación de ellas, que a las nuevas re-

ducciones y pueblos que se formen de indios se les dé un sitio que tenga comodidad de aguas, tierras, montes, salidas y entradas, para que hagan sus labranzas y un ejido de una legua, donde pacen sus ganados, sin que puedan revolverse con los de los españoles; se me ha informado se falta enteramente a esta disposición en todas las Misiones de Nueva España, pues Gobernadores y encomenderos, no sólo no les dan tierra a los indios para que formen sus pueblos, sino que si las tienen, se las quitan con violencia, vendiéndoles sus hijos como esclavos, y trayendo sus mujeres a sus casas a que les sirvan, empleándolas en hilar, tejer y lavar, sin pagarles su trabajo, con que se aniquilan los pueblos que se han fundado, a costa de los grandes trabajos de los Misioneros, siendo motivo de que no puedan administrarles ni enseñarles la doctrina, ni consiguientemente formarles pueblos de los muchos que se hicieran en las nuevas conversiones, si los Gobernadores y encomenderos atendieran al cumplimiento de la expresada Ley y obligación de ese empleo, y no al de sus propios intereses. Por tanto, mando a mi Virrey de la Nueva España, Audiencias y Gobernadores de ella que, en inteligencia del desagrado que me han causado estas noticias, cuiden en lo de adelante del remedio de este tan pernicioso abuso, y castigo de los trasgresores de las expresadas leyes, y que en conformidad y observancia de ellas, pongan su mayor desvelo y eficacia en que se dé a los referidos recién convertidos, las tierras, ejidos y aguas que les están concedidos y que por ningún motivo se puedan valer de ellos, ni de los hijos ni mujeres para el servicio personal, sino que sea voluntario en ellos y pagándoles el jornal que fuere estilo, por convenir así al servicio de Dios y mío, teniendo entendido que de lo contrario pasaré a tomar severa resolución. Y del recibo de este despacho, y de haberse hecho notorio para su cumplimiento en las partes que convenga, y de lo que resultare de las providencias que aplicaren, me darán cuenta en la primera ocasión que se ofrezca para hallarme enterado.—Fecho en Madrid, a 15 de octubre de 1713. **Yo el Rey.** Por mandado del Rey nuestro Señor, Don Diego de Morales Velasco. Señalado con el sello correspondiente y tres rúbricas.''

LA REIVINDICACION DE TIERRAS Y LA REVISION DE LOS TITULOS DE PROPIEDAD

PROBABLEMENTE en pocos países es la titulación predial tan defectuosa como en México. Arrancando de la dominación española, y constituída la propiedad privada casi en su totalidad, por medio de mercedes reales, se ha ido modificando por efecto de las diversas situaciones políticas por las que ha atravesado el país, especialmente en la época de la independencia, más tarde alterada por las leyes de desamortización, y siempre sujeta a los cambios de regímenes. Para nadie es un secreto que muchas propiedades tuvieron origen o se agrandaron por efecto de favoritismos, de tolerancias y hasta de inicuos despojos. Esto, sobre todo, es lo que ha crea-

do el malestar que ha querido remediarse con la política agraria seguida desde el triunfo de la revolución maderista, aunque usándola en no pocas ocasiones, no como medida de reforma social y de justas restituciones, sino muchas veces de fines personalistas que la han desvirtuado y hasta prostituído.

Teniendo aquellas características la titulación de la propiedad predial, se imponía como medida, no sólo lógica, sino de necesidad imperiosa, hacer una revisión que se ha emprendido ya y que debe ser guiada por un alto espíritu de imparcialidad y de honradez; pues de otro modo, en vez de producir frutos provechosos, será de resultados funestos.

La Dirección General de Tierras y Colonización, de la Secretaría de Agricultura y Fomento, es la que está llevando a cabo aquella revisión, que, por demás está decirlo, no es general de toda la propiedad rústica, sino de aquellas propiedades de las que puede tenerse alguna sospecha o haya algún indicio de titulaciones defectuosas o ilegales. La revisión general implicaría un trabajo inmenso para el que no bastarían muchos años, aun aplicando legiones de empleados.

Esta labor, para que sea completa, necesita contar con la cooperación social. Las leyes de la materia, previsoras en este punto, han establecido la acción popular, y sabido es que, en los casos de denuncio, el denunciante disfruta de un importante tanto por ciento de las propiedades reivindicadas por la Nación.

En esta forma es como el Gobierno ha podido descubrir muy importantes demasías que han vuelto al dominio del Estado, y de propiedades privadas como anteriormente aparecían, han vuelto a ser terrenos nacionales.

Para ilustrar al lector sobre la importancia de la revisión que se está haciendo, basta citar los casos siguientes: por efecto de ella, sólo en Tamaulipas probablemente aparecerán, como de tierras baldías, varios miles de hectaras, y sólo en la hacienda de Bavícora, en Chihuahua, de la propiedad del general Terrazas, se encontraron trescientas mil hectaras de demasías, de que ya ha tomado posesión el Gobierno.

Todo eso hará aumentar de manera muy considerable los terrenos nacionales, que en la actualidad suman más de treinta y seis millones de hectaras en la extensión nacional.

El siguiente cuadro es un detalle de esa propiedad en los diversos Estados y Territorios:

	Hectaras.
Baja California	12.100,000
Campeche	512,000
Chiapas	2.290,000
Chihuahua	5.090,000
Coahuila	242,000
Durango	1.078,000
Guanajuato	4,000

	Hectaras
	—
Guerrero	882,000
Jalisco	54,000
Nuevo León	92,000
San Luis Potosí	94,000
Sinaloa	102,000
Sonora	4.338,000
Tabasco	1.006,000
Tamaulipas	4,000
Nayarit	1.540,000
Veracruz	1.185,000
Yucatán	940,000
Zacatecas	4.520,000
Quintana Roo	149,000
Cozumel e Islas de Mujeres	13,000

Esto hace un total de 36.325,000 hectaras, a cuya formación han contribuído 14.903,000 por revisiones y caducidad y 266,000 por deserciones.

Correlativamente a aquella política de revisión va a seguirse con ahinco la de colonización y arrendamiento de los terrenos nacionales, a fin de poner prontamente en producción las vastísimas extensiones que forman el acervo del Estado. Esta misma política, aplicada a los terrenos nacionales ya existentes, se seguirá también por lo que respecta a las demasías que en la revisión se vayan encontrando.

Para fomentar la colonización, en la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos, dependiente de la Secretaría de Agricultura, se han impreso unas cartas, que se han mandado con profusión al extranjero, y en las cuales se marcan las propiedades nacionales, señalando con toda claridad las condiciones climatológicas de la respectiva región, la abundancia o escasez de lluvias, etc., etc. Actualmente se están formando cartas particulares de cada Estado, en que se llenan los mismos requisitos, y que asimismo, por medio de nuestros Consulados en el exterior, se distribuirán en abundancia, a fin de interesar a los colonos extranjeros.

Uno de los elementos que serán aprovechados en la revisión de títulos que se está haciendo, es el que proporcionen los mismos propietarios afectados por la política agrarista, pues al examinarse las reclamaciones, que deben ir acompañadas de los títulos de propiedad respectivos o de los instrumentos que los substituyan, se desprenderá si las tierras de que los propietarios fueron despojados se les han quitado injustamente, y a la vez respecto de las que les queden, si están legalmente tituladas.

EL SOCIALISMO EN MEXICO SEGUN MARCELINO DOMINGO

El socialista español don Marcelino Domingo dió a conocer, en el mes de marzo del presente año, en el teatro "Rialto," sus ideas sobre el sindicalismo. Los principales asuntos

de su conferencia fueron muy comentados por el elemento obrero. Reproducimos a continuación lo más interesante de dicha conferencia, que tuvo por tesis: "La relación entre intelectuales y obreros." A modo de prolegómeno de su conferencia, el señor Domingo habló de la fuerza que representan los intelectuales y los obreros: aquéllos, poseedores de la energía cerebral, y éstos, de la del músculo que produce, y del antagonismo que ocasiona esta aparente diferencia.

En seguida recorrió un gran ciclo, arrancando de la Grecia de Pericles, el cristianismo embrionario, la reforma luterana y la Revolución francesa, para llegar a la conclusión de que esos movimientos rebeldes, obra de los intelectuales de pretéritas épocas, no tenían la importancia del socialismo moderno, que el proletariado pugna por establecer como sistema de gobierno.

Y no lo tiene porque hoy la solución de este problema social se presenta apremiante, ya que, al cabo de tantas revoluciones, inclusive la francesa, que creyó que con delinear y establecer los derechos del hombre todo estaba hecho, la práctica ha demostrado que, sin resolver la parte económica de los pueblos, la libertad es un mito.

Al final de este período de su conferencia, el orador llegó a la conclusión de que esa serie de revoluciones que abarca desde la Grecia de Pericles a la revolución de 89-93, fué hecha por los intelectuales convertidos en hombres de acción, llámense Jesús, Lutero o Robespierre.

En la actual revolución mundial a que asistimos y que en algunos países ha triunfado y en otros existe en estado más o menos desarrollado, son los obreros los que influyen para que las ideas socialistas se cristalicen en un método de gobierno.

Los obreros, ya en el poder, ya con sus organizaciones, influyen para llevar a cabo la obra.

Y en cambio al intelectual, que había sido el revolucionario de todos los tiempos, justamente cuando llega la revolución más grande, la de mayor trascendencia, cuando por su preparación y técnica podía convertirse con éxito en el responsable del movimiento libertario, se le ve apático, apartado de la lucha social.

Según el conferencista esto obedece a que el intelectual de hoy estima que, en toda sociedad, debe existir una aristocracia como única manera de sostener la cultura racial.

De modo que, juzgando al socialismo como una crisis de ésta, se apartan de él, en vez de prestarle sus luces y apoyo.

Esto opina el orador que es un error, como lo es también que se crea que el socialismo ahoga el arte, hoy que el proletariado tiene ansias infinitas de saber, la aristocracia de que hablan los intelectuales llegará a ser muy superior a la actual.

Para fundar su aserto, el orador se refiere a Rusia, donde dice que hay arte y teatros accesibles al proletariado, cuando antes eran un privilegio de la burguesía.

Y como aquél compone la mayoría de la nación, llega a la conclusión de que el arte y la cultura en Ru-

sia tienen actualmente más valor que antes.

Se refiere luego a los festivales artístico-socialistas que la Secretaría de Educación está organizando, y al esfuerzo general del Gobierno para hacer accesible al proletariado la educación superior, la cultura profesional, la técnica obrera, y afirma que esto obedece a que en nuestro país "el socialismo, más que una emisión de ideas, es ya un método."

Considera, en fin, a los intelectuales como a unos desertores, a quienes debe atraerse convenciéndolos de la buena fe y sinceridad del socialismo, y que se refiere al estado actual de éste.

Antes de la guerra existían en Europa dieciocho millones de obreros organizados y hoy suman cincuenta; lo que prueba que este sistema avanza incesantemente en vez de retroceder y que llegará un momento en que triunfe en todo el planeta.

Volviendo siempre al tema de los intelectuales, que en vez de prestar su apoyo a la causa socialista, se limitan a criticarla, habla de la Inglaterra socialista.

Dice de este país, que seguramente fué el primero que presintió la revolución social que se avecinaba, y, para encauzarla debidamente, fueron los intelectuales, el fabianismo, o sea el partido socialista inglés, el que en 1880 logró la socialización del Municipio y el fomento de varias obras, entre ellas el canal de la Mancha, para dar vida y sostener los servicios públicos socializados.

Este paso de Inglaterra fué sencillamente gigantesco, toda vez que con él se logró formar funcionarios responsables del movimiento socialista.

Y fué más tarde un intelectual de la talla de Lloyd George quien, en su plataforma electoral, propuso el voto igualitario; pues antes el proletario tenía solamente uno, y el aristócrata tres, cuatro y hasta cinco; el impuesto directo y elevado sobre el latifundio para provocar la expropiación de las tierras que poseía la nobleza y crear la pequeña propiedad rural; y toda una serie de altos tributos para fomentar el establecimiento de escuelas y de asilos y pensionar a los obreros envejecidos en el trabajo.

Todo lo anterior puede juzgarse como obra del fabianismo, siendo el Partido Liberal, al ascender al poder, el que se encargó de llevar a la práctica aquellas ideas.

Y más tarde la socialización de los servicios públicos dieron su fruto, su verdadero fruto para el proletariado, cuando Inglaterra, al pretender invadir a Rusia, intentó formar un ejército; pero como los municipios socialistas se opusieron a dar un solo hombre, el primer ministro Lloyd George hubo de declarar, ante la Cámara de los Comunes, que la invasión no podía hacerse porque se carecía de ejército.

Terminó su discurso el líder socialista español haciendo una invitación a los intelectuales para que, arrojando de sí sus prejuicios contra el socialismo, se unan al proletariado, y con su método, con su técnica puesta al servicio de este movimiento social y constituyéndose en responsables de la obra, la

lleven por su verdadero camino y hacia el objeto que se busca.

Este movimiento de mejoramiento social se ha realizado ya en Rusia y se realiza actualmente en México bajo la dirección de intelectuales responsables, según el orador, y por lo demás, con la invitación hecha por Rusia de que se unifique el movimiento obrero, antes distanciado por la heterogeneidad de ideas en las Internacionales segunda y tercera, en una nueva Internacional que se reúna en Amsterdam, seguramente que se acelerará la revolución y se llegará más pronto al éxito que se busca.

Inmediatamente después un orador ebanista felicitó calurosamente al Secretario de Educación Pública por su obra socialista desde la cartera que ocupa en el Gobierno del señor general Obregón, y por la ayuda que está prestando a todo el proletariado mexicano, dentro de su amplia esfera de acción, como convencido socialista que es.

Habló luego un obrero de Jalisco con el mismo objeto, haciendo extensivas sus felicitaciones al Gobierno, que, al decir del orador, ha dado prueba de ser y es eminentemente socialista, y al señor Domingo por sus frases de aliento para el proletariado mexicano, en abierta lucha con el capital.

NUESTRA LEGISLACION OBRERA NO ES MUY AVANZADA

Declaraciones del líder socialista Marcelino Domingo

POCO tiempo después de su arribo a esta Capital, el socialista español don Marcelino Domingo fué interrogado por los reporteros de la prensa sobre diversos aspectos de la cuestión socialista en México, contestando que, a su juicio, está mejor orientada que organizada, desarrollándose dentro de una sincera ideología, llena de buena fe y sinceridad, y lo que es mejor, con hombres responsables que la encauzan y la dirigen.

A continuación se le invitó para que opinara sobre nuestra legislación obrera, contestando: "que es avanzada; pero no tanto como se dice en el extranjero, y menos radical aún que muchas europeas.

"En Italia, por ejemplo, la legislación es mucho más avanzada que en México, y de Austria podría decirse otro tanto.

"En México el proletariado organizado se halla dividido en dos núcleos: el de la Regional Obrera, dirigida por políticos y que busca la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo con mediación del Estado, y el de la General de Trabajadores, que, ateniéndose a a fórmula marxista, aplica invariablemente la "acción directa."

"Por lo que respecta a la acción directa en las naciones europeas, puedo decir que se halla un tanto restringida, pues al obrero se le permite obrar; pero no aislada o colectivamente como organización trabajadora, sino como entidad política.

"Es decir, en este último campo tienen un amplio radio de acción; pero no como simples organizaciones obreras."

Hablando de socialismo mundial, opinó el señor Domingo que prevé un cambio esencial en los problemas sociales.

Hoy difieren en cada país las

cuestiones sociales, pues influyen en ellas el carácter, las tendencias, la ideología, el atavismo racial, lo que provoca una heterogeneidad de principios y de ideas, que perjudica grandemente a las doctrinas socialistas.

Para evitar esto, en la Internacional de Amsterdam se habló de la supresión de la segunda y de la tercera Internacionales, para establecer una única, que, al unificar los procedimientos, acelerará y favorecerá los ideales que persigue el socialismo.

LEY REGLAMENTARIA DEL ARTICULO 123

Proyecto del Presidente de la República

A FINES de mayo último el C. Presidente de la República dió a conocer, públicamente, su proyecto de ley sobre la reglamentación del artículo 123, que será presentado a las Cámaras en septiembre próximo, a fin de que sea estudiado. Como dicho proyecto tiende a favorecer liberalmente a las clases laborantes, reproducimos aquí los principales artículos, que ponen de relieve el espíritu demócrata del Ejecutivo Federal, los cuales tratan sobre indemnizaciones por accidentes, seguros de trabajo y jubilaciones en favor de los trabajadores.

Tales artículos son los siguientes:

"Art. 7.° Los derechos que esta ley otorga en favor de los trabajadores, se dividen en tres clases:

I. Indemnizaciones por accidentes del trabajo.

II. Jubilaciones por vejez de los trabajadores.

III. Seguro de vida de los trabajadores.

Art. 8.° Los accidentes del trabajo se dividen en tres categorías para los efectos de esta ley:

I. Los de carácter permanente y que incapacitan totalmente al accidentado para el ejercicio de cualquier trabajo remunerativo.

II. Los de carácter permanente y parcial, que resten solamente a la víctima una parte de sus facultades adquisitivas en el desempeño de su trabajo, y

III. Los de carácter transitorio, que sólo incapacitan temporalmente al trabajador para la reanudación de sus labores."

Indemnizaciones por accidentes

Art. 9.° "En los casos de accidentes a que se refiere la cláusula del artículo anterior, el Estado ministrará al accidentado una pensión igual a la del setenta y cinco por ciento del salario que disfrutaba en el momento del accidente, mientras viva."

Art. 10.° Si la muerte de un accidentado de los comprendidos en el artículo anterior ocurriese dejando éste viuda o hijos menores de edad, el Estado continuará ministrando las dos terceras partes de la pensión en los siguientes términos:

(A). Si la viuda del extinto no tiene hijos, disfrutará de la pensión mientras viva, siempre que no cambie de estado, pues en caso contrario este solo hecho determinará la supresión de la pensión aludida.

(B). Si la viuda al ocurrir la muerte del accidentado, tiene hijos me-

nores varones, el Estado continuará ministrando a ésta la pensión hasta que el último de dichos hijos alcance su mayor edad.

(C). Si al acaecer la muerte del accidentado, éste deja hijos menores de edad, y huérfanos, la pensión se seguirá ministrando por el Estado a éstos, por conducto de su tutor, hasta que alcance el último su mayor edad.

(D). Si la viuda del accidentado perdiera la vida y los hijos no hubiesen llegado a su mayor edad, la pensión seguirá ministrándose por conducto de su tutor hasta que lleguen a su mayor edad.

(E). Los hijos naturales, para los efectos de esta ley, tienen los mismos derechos de los hijos legítimos, cuando éstos no existan.''

Accidentes parciales y de carácter permanente

Art. 11.° ''Los accidentados comprendidos en la cláusula segunda del artículo 8.°, tienen derecho a recibir del Estado una suma igual al setenta y cinco por ciento de la mengua que causó el accidente sufrido en su capacidad adquisitiva, mientras viva o sea jubilado.

Art. 12.° Si el accidentado a que se refiere el artículo anterior, muere antes que ser jubilado, queda comprendido en los beneficios del seguro.

Art. 13.° Los accidentes de carácter transitorio quedan a cargo de los patronos, quienes están obligados a proporcionar a los accidentados las atenciones médicas y a pagarles el sueldo íntegro que disfrutaban, mientras dure el impedimento y siempre que el término no exceda de noventa días.

Art. 14.° Pasando los noventa días, quedan comprendidos dentro de los beneficios que esta ley concede a los que sufren un accidente del trabajo, que les produzca incapacidad permanente.

Art. 15.° Si el lesionado recobra su capacidad para volver al trabajo, el Estado queda relevado de la obligación respectiva.''

Jubilaciones

Art. 16.° ''Todo trabajador tiene derecho a pedir su jubilación, y el Estado está obligado a concedérsela dentro de las siguientes bases:

I. La jubilación por treinta años de trabajo da derecho a una pensión, por parte del Estado, igual al cuarenta por ciento del sueldo medio que disfrutó durante ese período de trabajo.

II. La jubilación por cuarenta años de trabajo, concede el mismo derecho, solamente que la cuota ascenderá al cincuenta y cinco por ciento.

III. La jubilación por cincuenta años concede el mismo derecho, con la diferencia de que la cuota será de un setenta por ciento.

Art. 17.° A la muerte de un jubilado pasarán sus derechos en la siguiente forma:

(A). Si acaeciere la muerte de un jubilado, teniendo esposa, ésta seguirá percibiendo la pensión, reducida a sus dos terceras partes y solamente perderá ese derecho por muerte o cambio de estado.

(B). Si acaeciere la muerte de un jubilado teniendo hijos menores, éstos continuarán disfrutando de la pensión mientras lo sean.''

Seguro de Trabajo

Art. 18.° "El Seguro del Trabajo lo constituirá una suma que el Estado deberá entregar a los familiares de todo trabajador que muera después de la vigencia de esta ley, y cualquiera que sea la causa de su muerte, siempre que al acaecer ésta deje viuda, hijos menores, padres ancianos que no estén capacitados para trabajar y no estén jubilados, o hermanas huérfanas menores de edad, siendo su monto proporcional al período de tiempo que haya trabajado el beneficiario, después de la promulgación de esta ley.

Art. 19.° Con objeto de que los beneficios de seguro sean enteramente prácticos, el trabajador deberá declarar previamente quién o quiénes deben ser considerados como beneficiarios si ocurriese su muerte.

Art. 20.° Solamente pueden alcanzarse los beneficios de seguro cuando el finado deje esposa, hijos menores de edad, padres ancianos que no estén dentro de los beneficios de la jubilación o hermanos mujeres, menores de edad.

Art. 21.° Para los efectos de la jubilación y del seguro que esta ley establece, el tiempo extraordinario será considerado como doble, siempre que sea cobrado como doble, según lo previene la Constitución.

Art. 22.° No quedan comprendidos, dentro de los beneficios que esta ley establece, por accidentes, pensiones y jubilaciones, los miembros del Ejército Nacional, porque en su propia legislación están establecidos los beneficios a que tienen derecho por estos conceptos."

Historia y Geografía

LOS ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL

ITUACION Y LIMITES.—Están situados en la parte más oriental de la América del Sur, entre los 5° 10' de lat. N., y los 33° 46' 10" de lat. S. Corresponde, pues, su territorio a la zona tórrida y en pequeña parte a la templada meridional. Confinan: al N., con las Guayanas y Venezuela; al E., con el Atlántico; al S., con el Uruguay, y al O. con la República Argentina, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia.

Superficie y población. La República del Brasil, comprendiendo todos los territorios que reclama como suyos, tiene una área de 8.485,824 kilómetros cuadrados; es decir, 1|15 de la superficie total del Globo terrestre, 1|5 del Nuevo Mundo y más de 3|7 de la América meridional. Sólo la superan en extensión el Imperio ruso, la República China y los Estados Unidos, incluyendo Alaska.

La población. Según el último censo, llevado a cabo en 1920, es de 30.635,605 habitantes, notándose un aumento de 13.317,049 sobre el censo anterior practicado en 1900, y que dió un total de 17.318,556 habitantes. La población relativa es de poco más de siete habitantes por cada dos kilómetros cuadrados.

Aspecto general.—Orografía. Varia es la configuración o relieve del terreno, como no puede menos de suceder, dada la gran extensión de lo que fué Imperio. Hállanse vastas planicies y extensos valles que riegan caudalosos ríos, grandes mesetas y sierras y cordilleras en distintas direcciones. Las principales de éstas son cuatro: la Central del Espinahço o Mantiqueira; la Oriental o Marítima, la Occidental o de las Vertentes, y la Septentrional, que comprende las sierras de Paracaima y Tumucuraque, límite de la República al N. Las tres primeras constituyen el sistema brasileño propiamente dicho, puesto que las del sistema Septentrional, o Parima, penetran solamente por varios puntos de la línea divisoria política. La Central es la más importante; hállanse sus muchos puntos culminantes en la provincia de Minas-Geraes, o sea entre los paralelos de 10° y 23° 30' S., desde la margen del río San Fran-

cisco hasta la sierra de La Cantareira, cerca de la capital de la provincia de San Paulo. Su mayor altitud y de todo el Brasil, es el Pico del Itatiaya, de 1,994 metros. En ella nacen los ríos San Francisco, Jequitinhonha, Paraná y otros muchos. La Oriental, entre los 6° y 30° lat. S., sigue las sinuosidades del litoral, y llega en su límite Norte al cabo de San Roque; gradualmente, pero con interrupciones hasta el paralelo de 15°, va extendiéndose por el territorio de la provincia marítima, siendo más acentuado su relieve desde el paralelo de 16° en adelante, donde se aproxima ya mucho más a la costa.

Hidrografía, ríos y lagos. Es el Brasil uno de los países más favorecidos por las corrientes fluviales, pues a su gran territorio corresponden gran parte de las cuencas del Amazonas y el Plata. De este último sólo le corresponden los principales afluentes superiores; del primero, todo el curso superior y las bocas. Desde el punto de vista hidrográfico puede considerarse el Brasil como una isla inmensa entre el Atlántico al E., el Amazonas al N. y la región en que se confunden al SO. los afluentes del Madeira y del Paraguay, de tal modo que la cuenca del Amazonas se une con la del Plata por serie de ríos y pantanos, y no hay medio de precisar divisoria entre una y otra. Más de la mitad de la superficie del Brasil pertenece a la cuenca del Amazonas, comprendiendo en ésta el río Tocantins, cuya corriente termina en el estuario de aquél. La parte del territorio que pertenece a la cuenca del Plata, por los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, es aproximadamente 1/4 del territorio. Otra cuarta parte, pues, pertenece a las cuencas independientes y directas del Atlántico.

Clima. Nótanse dos climas predominantes muy distintos: el de la zona intertropical, que comprende casi todo el territorio, es cálido y húmedo por regla general; fuera de estos límites, o sea al S., el clima es templado y seco. Pero en la primera zona, dada su gran extensión, hay también diferencias muy marcadas. Así, por ejemplo, en los alrededores del cabo San Roque, o sea en la provincia de Ceará, Río Grande do Norte, Parahyba y Pernambuco, hay años en que la falta de lluvias determina sequías extraordinarias. Hay también muchas regiones de la zona intertropical en que la vegetación, los vientos reinantes o la altitud, modifican la temperatura, y el clima tiene más de templado que de cálido. En los puntos en que se siente mayor calor, la temperatura, por lo común, no pasa de 36°, y en los que hace más frío, por excepción desciende a menos de 0°.

Producciones, agricultura y ganadería. En los campos, en las montañas, en las más elevadas sierras, en la misma costa, entre las acantiladas rocas, en todas partes, en fin, se ostenta vigorosa vegetación, en casi constante primavera. La flora del Brasil se considera como una de las más espléndidas del Mundo por la abundan-

cia y variedad de interesantes especies, de las cuales se conocen más de 20,000. Además de las indígenas se han aclimatado muchas plantas exóticas. En maderas de construcción hay extraordinaria riqueza. Se han aclimatado en el Brasil, y prosperan perfectamente, el café, principal riqueza del país; quina, olivo, vides de Europa y Estados Unidos, que se cultivan en las provincias del Sur para fabricación de vinos, tamarindo, limonero, camelia, baobab, melón, sandía, moreras, higueras, castaños, sagú, bambúes y varias especies de palmeras. Las plantas medicinales de mayor importancia comercial son la zarzaparrilla, ipecacuana, copaiba y falsas quinas.

Es la agricultura la principal fuente de la riqueza nacional, y a ello se presta la admirable fertilidad del suelo. Los principales cultivos son: café, caña de azúcar, tabaco, algodón, cacao, arroz y mijo. El mijo rinde por término medio 150 por 1, y hay puntos, como la isla de Fernando de Noronha, en que da 400. Sólo en la provincia de Paraná se conocen 36 variedades de mijo. El arroz da 1,000 por 1. En cuanto al algodón, puede formarse idea de su producción teniendo en cuenta que, mientras en los Estados Unidos en 36 áreas se recogen 925 kilos de algodón limpio, en el Brasil rinden 1,469 las tierras pobres, 4,407 las medianas y 8,814 las buenas. En las provincias del S. hay zonas a propósito para café. caña de azúcar, algodón, cacao, vainilla, cereales, legumbres y viñas.

La exportación de estos artículos, durante el primer trimestre del presente año, fué así: algodón, 10,928 toneladas; arroz, 9,243; azúcar, 50,076; cacao, 10,188 toneladas; café 3,475 sacos de 1,000 kilos; mijo, 241 toneladas, y tabaco 4,278 toneladas. Los inmigrantes de las inmediaciones de Coritiba cultivan con gran éxito trigo, centeno, cebada y avena. El lino de la provincia del Paraná es mejor que el de Europa. En la de Río Grande do Sul ha recibido gran impulso la plantación de lúpulo. El café, como ya hemos indicado, tiene capital importancia en la agricultura brasileña. Río de Janeiro es el primer mercado de café del Mundo; la región más favorable para este cultivo es el O. de la provincia de San Paulo, donde la planta, de excelente calidad, alcanza la mayor altura conocida. El Brasil da cuatro veces más café que el resto del Mundo. Casi todo el país se presta al cultivo de la caña de azúcar; pero se halla más genralizado en las provincias de Pernambuco, Alagoas, Sergipe, Bahía, Río de Janeiro y Matto Grosso.

No menos rico que el vegetal es el reino animal en el Brasil. En su vasto territorio, que comprende casi todos los climas; en los bosques vírgenes, en las campiñas, en las montañas y en las grandes llanuras, se encuentran mamíferos y aves de variados géneros y especies, y abundantísimos peces en el mar y en los ríos. Entre los ganados figura en primer término el vacuno, especialmente en las provincias de Río Grande do Sul, Matto Grosso, Goyaz, Paraná, San Paulo, Bahía, Sergipe, Ceara, Río Grande do Norte

y Maranhao. El lanar tiene menos importancia; en las provincias de Paraná, Río Grande do Sul y Municipio de Nova Friburgo, de la provincia de Río de Janeiro, se crían razas de carneros procedentes de otros países. La raza caballar ha adquirido algún desenvolvimiento en la provincia de Minas-Geraes. Todos ellos, así como los ganados de cerda y mular, encuentran en casi todo el país exce-

Mapa de los Estados Unidos del Brasil

lentes condiciones de desarrollo, pues hay vastísimas praderas con magníficos pastos, apropiados a las diferentes especies.

Durante los tres primeros meses del año, la exportación de productos animales fué la siguiente: manteca, 43 toneladas; carne en conserva, 84 toneladas; carne refrigerada, 4,339 toneladas; cueros, 7,323 toneladas; lana, 1,022; pieles, 962, y sebo, 250 toneladas.

Razas y lenguas. Los habitantes del Brasil pertenecen a las razas blanca europea, negra e indígena.

Exceptuando los holandeses de Pernambuco y los franceses e italianos que se establecieron en las inmediaciones de Río de Janeiro y Maranhao, los primeros colonos blancos del Brasil fueron casi exclusivamente portugueses de Europa, y de las Islas Azores, Madeira y Cabo Verde. Hoy día, los elementos que componen la población brasileña son muy heterogéneos, pues en los últimos años la inmigración ha sido muy considerable y variada, siendo los italianos, portugueses, españoles, alemanes, rusos y japoneses el principal factor de ésta.

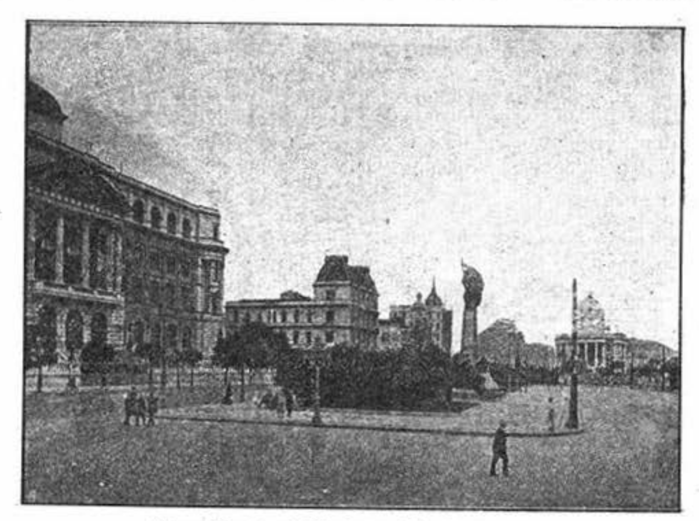
La población de raza negra está constituída por los descendientes de los hombres de color llevados del Africa para servir de esclavos. Desde la ley de 1871, que ordenó la emancipación progresiva de éstos, ha disminuído su número considerablemente.

La población indígena del Brasil pertenece a la familia llamada guaraní por los españoles y tupí por los portugueses. Según tradiciones, las tribus brasileñas descienden de dos razas completamente distintas: la tupí, raza conquistadora que habitaba en las orillas del mar y en los valles de los grandes ríos, y la tapuya, raza vencida que habitaba en los bosques del interior.

El idioma oficial de la República y de toda la población civilizada, es el portugués; en cuanto a los indígenas, todos los testimonios están conformes en asegurar que en los días del descubrimiento y la conquista, la mayor parte de las tribus que vivían entre los Andes, el Amazonas y los afluentes del Plata, hablaban dialectos derivados de un idioma común. Era ésta la lengua guaraní, de la que se valieron los misioneros para sus predicaciones, y que hablaban también algunos colonos europeos, españoles y portugueses. Sin embargo, hay dialectos que en nada se relacionan con el idioma guaraní, lo cual confirma la existencia de dos o más razas distintas en el Brasil.

Industria. El Brasil no es nación industrial; sin embargo, nótase bastante progreso en este ramo de la actividad humana, y se han establecido en la capital y en las provincias algunas fábricas, con energía eléctrica y máquinas de vapor de cierta importancia.

Los productos que en mayor escala se fabrican son: azúcar, aguardiente de caña, harina de mandioca, mijo y trigo, tapioca y otras féculas, aceites, vinagres, vino de Cajú y de uva en las provincias del Sur, licores, quesos, dulces, conservas, cigarros, velas de sebo y cera, goma, tejidos bastos para sacos y finos para vestidos, cuerdas y objetos de barro. Además, en la capital y en las principales ciudades hay fábricas destinadas a preparar artículos de consumo que antes se importaban; tales son, en la capital, las fábricas de productos químicos, hielo, instrumentos ópticos, náuticos, de ingeniería y cirugía, cueros, vidrio, loza fina, carruajes, barnices,



Plaza Mariscal Floriano. Río de Janeiro

Teatro Municipal. Río de Janeiro

papel, asfalto y mármol artificial, fundiciones de hierro, cobre y bronce, que elaboran tubos, calderas, máquinas, etc.; fábrica de cervezas y sombreros; en las provincias artículos de oro y plata, hilados y tejidos de algodón y lana, en fábricas movidas por fuerza hidráulica o de vapor; aceite de ricino, leche condensada, extractos y caldos concentrados de carne; jabón, aserraderos de maderas y mármoles, fósforos, chocolate, aguas gaseosas, talla de diamantes, etc.

División política. El Brasil se encuentra dividido en veinte Estados, el Territorio de Acre y un Distrito Federal. Los nombres de los Estados y el número de habitantes que cada uno tiene, son: Alagoas (978,748), Amazonas (363,166), Bahía (3 334,465), Ceará (1.319,228), Espíritu Santo (457,328), Goyaz (511,919), Maranhao (874,337), Matto Grosso (246,612), Minas Geraes (5.888,174), Pará (983,507), Parahyba do Norte (961,106), Paraná (685,711), Pernambuco (2.154,835), Piauhy (609,003), Río de Janeiro (1.559,371), Río Grande do Norte (537,135), Río Grande do Sul (2.182,713), Santa Catharina (668,743), San Paulo (4.592,188), Sergipe (477,064) El Distrito Federal tiene una población de 1.157,873 y el Territorio de Acre 92,379 habitantes. De los veinte Estados en que se encuentra dividido el Brasil, sólo cuatro no tienen salida directa al mar. Quince capitales tienen más de cincuenta mil habitantes y éstas son: Belem, 236,402; Bello Horizonte, 55,563; Curityba, 78,986; Distrito Federal, 1.157,873; Fortaleza, 78,536; Maceió, 74,166; Manáos, 75,704; Nictheroy, 86,238; Parahyba, 52,990; Porto Alegre, 179,263; Recife, 238,843; Sao Luiz, 52.929; Sao Paulo, 579;033; Sao Salvador, 283,422; Therezina, 57,500

La parte más poblada del Brasil es el Distrito Federal, que tiene, como se ha dicho, una superficie de 1,163 kms. cuadrados y una población de 1.157,873 habitantes (densidad, 985.967); sigue el Estado de Río de Janeiro, que en una extensión de 68,982 kms. cuadrados, tiene 1.559.371 habitantes (densidad, 22.605). La parte más despoblada es el Estado de Amazonas, que mide 1.894,724 kms. cuadrados y que sólo tiene 363,166 habitantes (densidad, 0.192).

Forma de gobierno. La nación brasileña adoptó, como forma de gobierno, el régimen representativo federal. Las antiguas provincias que componían el Imperio del Brasil han quedado perpetua e indisolublemente unidas bajo la denominación de Estados Unidos del Brasil. Cada una de las antiguas provincias recibe hoy el nombre de Estado y funciona con la necesaria autonomía para mantener su gobierno y administración. El antiguo municipio "Neutro" fué erigido en Distrito Federal, capital de la República Existen tres organismos diferentes; pero ligados entre sí por un fuerte lazo de subordinación constitucional. Estos son: el Gobierno Federal; los Estados, que constituyen las unidades federales, y los Municipios, que representan las unidades constitutivas de los mis-

mos Estados. Corresponden al Gobierno Federal todos los asuntos de interés colectivo y nacional; a los Estados, todo lo que se refiere a su régimen interior; a los Municipios, todo lo que propiamente es de orden municipal. Rige a la nación una Constitución Federal. Los Estados tienen sus constituciones especiales; pero en todas se repiten los principios que constituyen la Unión. El principio fundamental de la Constitución es que la soberanía reside en el pueblo por medio de sus órganos esenciales: Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial, armónicos e independientes entre sí. El Poder Legislativo está representado por la Cámara de Diputados y por el Senado. El Ejecutivo lo ejerce el Presidente de la República, que es electo por sufragio directo de la Nación, y el Supremo Tribunal Federal es nombrado por el Ejecutivo con la intervención del Senado.

Reseña histórica del Brasil. Por el tratado de Tordesillas, celebrado entre España y Portugal en 1494, la mayor parte del territorio que forma hoy la República del Brasil fué adjudicado a Portugal. A principios de 1500, Vicente Yáñez Pinzón desembarcó en la costa del Brasil, probablemente cerca del cabo San Agustín, y costeando descubrió la desembocadura del Amazonas. Ese mismo año, Pedro Alvarez del Cabral desembarcó en Porto Seguro. Américo Vespucio visitó aquellas tierras en 1501 y en 1503, y al dejar el país en el último año citado, regresó a Europa con un cargamento de maderas preciosas, dejando, como señal de dominio, una guarnición de veinticuatro hombres. Desde 1501 los portugueses comenzaron a establecer colonias en territorio del Brasil; pero, a causa de la hostilidad de los nativos, la única que subsistió fué la fundada en la isla de San Vicente. En 1549 fué fundada Bahía, que hasta 1773 fué la capital de la nueva colonia. Los hugonotes, que huyendo de las persecuciones en Europa, establecieron una colonia en 1558 en la bahía de Río de Janeiro, fueron desalojados en 1567 por los portugueses, que fundaron la ciudad del mismo nombre. De 1580 a 1640, Brasil, siguiendo la suerte de Portugal, estuvo en poder de los españoles, y con motivo de la guerra entre España y Holanda los holandeses se apoderaron de buena parte del territorio brasileño. En 1624, en que tomaron Bahía las tropas enviadas por la Compañía Holandesa de las Islas Occidentales, españoles y portugueses, unidos con los nativos se esforzaron en reconquistar la ciudad perdida, lo que consiguieron en 1625. Esta fecha es memorable en la historia del Brasil, porque con motivo de los honores otorgados a los jefes indios que combatieron al lado de españoles y portugueses, cesó la hostilidad de los nativos y comenzó la mezcla de las razas por el matrimonio de los europeos con las aborígenes. En 1630 los holandeses se apoderaron de Pernambuco y retuvieron el fuerte de Olinda hasta 1654. Holanda no admitió su derrota hasta el año de 1662, en el que se firmó el tratado

por el que los holandeses renunciaron todo derecho al territorio del Brasil. El descubrimiento de minas de oro y diamantes en 1691 y en 1710 respectivamente, dió como resultado la fundación de varias ciudades.

En 1800, con motivo de la invasión que sufrió Portugal por las huestes de Napoleón I, la familia real huyó al Brasil, manteniendo su gobierno de hecho en el territorio americano hasta 1821, en que el rey Juan VI regresó a Portugal, dejando a su hijo don Pedro en calidad de Príncipe Regente. Con motivo de algunas diferencias surgidas entre el Reino y su Colonia, en enero de 1822 fué llamado don Pedro a Portugal con el pretexto de que debería terminar su educación en aquel reino; pero el Príncipe se negó a obedecer. Un gran estadista, José Bonifacio, declaró nulas y sin ningún valor todas las leyes llegadas de Portugal mientras no tuvieran el "cúmplase" del Príncipe, lo que, unido a la desobediencia de que hemos hecho mención, precipitó los acontecimientos que favorecieron la independencia de la Colonia. Poco después la ciudad de Río de Janeiro fué atacada por las fuerzas portuguesas, las que tuvieron que retroceder ante el empuje de los insurgentes brasileños, siendo este el comienzo de la revolución. El 7 de septiembre del mismo año, 1822, estando don Pedro en San Paulo, recibió, de Portugal, comunicaciones que juzgó humillantes y a las que contestó con un noble gesto de rebelión, lanzando solemnemente el histórico grito de "Independencia o Muerte," conocido por "El Grito del Ipiranga." El Senado y la Cámara dieron a don Pedro el título de "Defensor Perpetuo del Brasil" y declararon rotas todas sus ligas con el reino de Portugal. El 21 de septiembre fueron adoptados, como colores nacionales, el verde y el amarillo, que debían figurar en las banderas el día de la aclamación de don Pedro (octubre 12) como emperador del Brasil, siendo coronado soberano el primero de diciembre. En 1824 el nuevo emperador juró la Constitución, y al año siguiente el rey de Portugal reconoció la independencia del Imperio del Brasil.

Pedro I pronto perdió su popularidad y, para evitar la caída del régimen monárquico, abdicó la corona de Portugal—a la muerte de su padre—en favor de su hija María, y poco después, en 1831, la corona del Brasil en favor de su hijo don Pedro de Alcántara, a la sazón de cinco años de edad. El Imperio, con su segundo emperador constitucional, tuvo un período de regencia, que fué fatal para el Brasil, pues hubo constantemente desórdenes e intrigas políticas hasta 1841, cuando Pedro II cumplió quince años y fué declarado mayor de edad. El gobierno de este emperador fué altamente benéfico al Brasil; en 1871 quedó abolida la esclavitud, y a los primeros síntomas de insurrección republicana don Pedro II abdicó (noviembre 15 de 1889), quedando al frente del gobierno el mariscal don Deódoro da Fonseca, caudillo de los republicanos.

En el mismo año, el Emperador y su familia dejaron el Brasil. El 21 de noviembre fué proclamado el sufragio universal; el 10 de enero de 1890 se decretó la separación de la Iglesia y el Estado, y el 23 de junio del propio año se promulgó la nueva Constitución.

En febrero de 1891, el mariscal Da Fonseca resultó electo Presidente de la República; pero antes de que concluyera el año dejó el poder al vicepresidente, general don Floriano Peixoto, que estuvo en el poder hasta 1894. De entonces acá los Estados Unidos del Brasil han entrado en un franco período de progreso. Actualmente cuentan con la marina más poderosa de la América Latina; su ejército es de los mejores y su agricultura y comercio han alcanzado enorme importancia. Hace tres años, con motivo de la baja que en el mercado mundial sufrió el café, Brasil pasó por una crisis que habría sido fatal si no contara con múltiples recursos y una gran organización económica. Brasil celebra, en este año, el primer centenario de su Independencia.

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE LOS GRIEGOS

(CONCLUYE)

POR VICTOR DURUY

RECIA no tiene esta naturaleza terrible en sus dones y en sus cóleras. El aire es allí vivo, el invierno riguroso muchas veces, el suelo más bien árido que fecundo. En lugar de esas llanuras sin límites en que la mirada se pierde, en donde los pasos se extravían y plantas y animales alcanzan colosales proporciones, Grecia es un conjunto de valles y montañas, rodeado de mar, de golfos y de puertos, circundado de penínsulas, de promontorios y de islas. En ninguna parte se ha realizado más felizmente la fecunda unión de la tierra y el Océano. Todo es allí limitado y de armónicas proporciones, y mil influencias diversas obran en vez de una sola, imperiosa e inmutable, como para dejar al hombre su absoluta libertad de acción. Lucha con energía para disputar el alimento escaso a las bestias feroces, en tiempo de los héroes. Ataca después a las tribus vecinas; entabla luego ruda pelea para arrancar a la tierra sus frutos y sus riquezas al mar y todo lo logra tras largos y penosos esfuerzos. Pero obligada constantemente a hacer uso de su fuerza y de su inteligencia, éstas adquieren un desarrollo extraordinario y puede enorgullerse de lo que merced a ellas consigue. Lejos de identificarse con la naturaleza; lejos de creerse como el habitante de las zonas abundosas, un accidente, una emanación efímera del dios mundo que pronto irá a perderse en el foco de la vida, de donde salió un instante, el griego se coloca frente a la creación, y si consiente en guardar algún respeto a las fuerzas de la Naturaleza, es con la condición de que se conviertan en hombres, como él, para combatirlas en caso de necesidad. En Homero, Diómedes hiere a Venus, y Ayax se atreve a luchar con Marte.

En aquel pueblo que cantaba, con el poeta, estas audacias de los héroes, el sentimiento religioso perdía, sin duda, una buena parte de su poder; pero era en provecho de otro sentimiento que el Oriente no ha conocido: el de la libertad y dignidad humanas. En las teogonías indias el hombre no se pertenece; todos sus actos son indiferentes: el bien es la sumisión; el mal, la desobediencia

a ciertas prescripciones arbitrarias. El hombre, declarándose libre, se convierte en responsable y moral. Se ve el paso gigantesco que el espíritu griego hace avanzar al mundo. Veinticinco siglos no han bastado para agotar todas las consecuencias de esos dos principios: la moral privada y la libertad política. Y esto explica claramente que entonces no existieran, a pesar de la aparente diversidad de formas, más que dos civilizaciones: la de Oriente, en donde reinan la fatalidad en las doctrinas y el despotismo en la sociedad, es decir, lo inmutable a través de tantos imperios como allí se elevan y desploman; y la de la Europa griega o cristiana, que es el movimiento mismo que la engrandece merced a la libertad.

No es exacto, como decía no sé qué romano envidioso, que la reputación inmortal de que Grecia disfruta depende únicamente de haber sido la cuna de grandes y hábiles escritores. La verdadera gloria de este pequeño país consiste en que él ha hecho cambiar, en el orden moral, los polos del Mundo. Oriente fué, también, cuna de muchos sabios; pero, bajo ellos, los pueblos no constituyeron sino rebaños dóciles a la voz del amo. En Grecia, la humanidad tuvo, por vez primera, conciencia de sí misma: allí tomó el hombre plena posesión de las facultades con que el Creador lo favoreció y de los sentimientos de su dignidad personal; allí, en fin, se encendió la hoguera que alumbra todavía a Europa, y que Europa, a su vez, ha llevado al Nuevo Mundo y al viejo Oriente, que acaba de encontrar.

El creador de la comedia, Epicharmo, decía ya hace veinticuatro siglos: "los dioses nos venden todos los bienes: el precio es el trabajo." Grecia hizo lo que el poeta decía: alrededor de ella afluyeron todos los dones del cielo.

Pero precisemos aún más.

En materia religiosa, Grecia es, a la vez, estéril y fecunda. Heredera, no del genio sobrio y severo que una parte de la raza semítica adquirió en sus desiertos; pero sí el amor a lo maravilloso con que la India enaltece la idea religiosa, adornándola de todos los encantos de una imaginación infatigable, Grecia vió dioses en todas partes. En este poleteísmo helénico, la forma ocupa el lugar de la idea: ésta aparece pobre y confusa; aquélla, elegante y graciosa. ¿Qué quedaría de toda la mitología griega si se hiciese caer el espléndido ropaje que la cubre? Sólo la poesía y el arte ganaron con este sistema que hablaba a los ojos, pero sin influir en el alma con acción poderosa.

En política y en filosofía, Grecia es la escuela del mundo. Todos los sistemas políticos se ensayaron allí, excepto el de la Europa moderna; el gobierno representativo, incompatible con el ideal griego y romano de la soberanía, ejercitada siempre direc-

tamente, sin delegación. Monarquía despótica o moderada, tiranía violenta o popular, aristocracia amplia o estricta, democracia prudentemente contenida o demagogia desenfrenada, Grecia lo vió todo y todo lo practicó. Adoptó, finalmente, el único sistema que hubiera podido salvarla: una democracia moderada que satisfacía sus instintos inveterados de libertad y un gobierno casi representativo, que hacía posible la unión. Entonces no fué ya condición necesaria de ella el poder imperioso de una sola persona, como en tiempos de Atenas, de Esparta, de Tebas y de Filipo. La unión se preparaba bajo condiciones iguales para todos. Desgraciadamente el carácter revolucionario que Esparta tomó, hizo necesario el concurso de Macedonia, y esta intervención sirvió de pretexto a la de los romanos.

En la antigüedad, la primera preocupación del legislador y del ciudadano fué el Estado. Esto era justo, pues si la servidumbre del individuo hacia la comunidad resultaba excesiva, era indispensable, ante todo, constituir la ciudad. En la Edad Media esta preocupación fué exclusivamente para la materia religiosa, lo cual también es comprensible. En los tiempos modernos, toda esa preocupación recae casi en absoluto en el interés privado, y esto ya es lamentable. Así, a pesar de las profundas diferencias que separan al mundo moderno del antiguo, es bueno para nosotros, que vivimos como perdidos en el seno de vastos Estados, estudiar la historia de aquellas ciudades griegas, en las cuales el primèro y más importante asunto del ciudadano era el cuidado de la cosa pública. En ella aprenderemos a amar con mayor fuerza a esa gran familia que se llama patria.

En la sociedad griega, la propiedad y la familia reposaban sobre más sólidas bases que en Oriente; pero las constituciones helénicas, inspiradas casi todas únicamente en la grandeza e independencia del Estado, sólo garantizaban, de un modo imperfecto, la seguridad de los bienes y de las personas.

De ello resultaban dos consecuencias. Siéndolo todo el Estado, los ciudadanos dieron inmortales ejemplos de patriotismo, pero mostraron también un horror invencible hacia todo lazo federativo que les ligase a otros Estados, temerosos de que la ciudad perdiese con esta unión una parte de su independencia. Mal garantizada la seguridad de las personas y de los bienes, los ricos profesaban animosidad contra aquellas instituciones que hacían intolerable su condición, especialmente cuando las guerras no eran afortunadas. En Chíos, siempre que la ciudad tenía necesidad de dinero, se decretaba que todas las deudas privadas fuesen donadas al Estado.

A este mal se añadía otro. Con el objeto de que el ciudadano

no distrajese su actividad de la vía pública dedicándola a trabajos privados, los esclavos trabajaban por él. Aristóteles dice que así debe hacerse en toda ciudad bien organizada. No he de nombrar siquiera el desprecio en que cae el trabajo libre frente al forzado. Sólo haré observar que la ley y las costumbres, al dejar la industria en manos de los esclavos, impedían la formación de una clase media bastante fuerte para imponer la paz entre los partidos y conservar el equilibrio de la ciudad. El trabajo voluntario, dón precioso que nos hizo Dios, salva a los Estados como salva a los individuos. Ahí está el ejemplo de Esparta, en donde la estéril ociosidad de los ciudadanos dió por resultado la más extrema desigualdad. Y, consecuencia de esto, fué la inestabilidad de las constituciones, los complots, las violencias, las revoluciones, y el inmenso número de desterrados que merodeaban armados por los alrededores de la ciudad.

Nosotros, herederos de Grecia, nos dolemos de aquellas violencias, llegando a considerarlas casi como un crimen contra nosotros mismos, pues la obra sangrienta de la guerra distrajo a fuerzas que hubiesen sido fructíferas dedicándolas a los trabajos bienhechores de la paz. Pero si la civilización no es la flor de las ruinas ni de los trastornos, tampoco se abre siempre entre la calma y el silencio: la lucha de intereses y de pasiones desenvuelve los caracteres. De la fragua en que los cíclopes golpean el hierro, entre el fuego y el polvo, allí donde sólo se oyen gemidos y estrépito, salen muchas veces los más delicados productos del trabajo humano. De igual manera, de cada una de aquellas pequeñas ciudades, tormentosas e inquietas, salieron maravillas del arte o del pensamiento.

Como no había entre los griegos ni libros santos, ni cuerpo de doctrina que atajase, ni carta sacerdotal que monopolizara el dogma y la ciencia, ni una aristocracia, en fin, que limitase el campo del pensamiento, Grecia pudo dejar al espíritu de sus hijos el más libre desenvolvimiento. Esta independencia de los griegos dió por fruto la filosofía, que separaron de la religión, haciéndola del dominio de todos y no asignándole más objeto que el de llegar al conocimiento de la verdad. Fué aquel un inmenso horizonte abierto a la inteligencia humana. Lo que el sentimiento, por sí solo, podía apenas alcanzar vagamente, la razón logró estudiarlo y analizarlo. ¡Y cuán poco se ha logrado añadir a los descubrimientos filosóficos de los helenos durante veinte siglos! Tal fué la fecundidad de aquel pueblo genial que, sobre las ruinas de la sociedad griega, aún pudo colocar esa bella moral del estoicismo, que, combinado con el espíritu cristiano, y modificado por éste, logra todavía formar grandes caracteres.

Respecto a las ciencias, los griegos comenzaron a medir la tierra y a contar las estrellas. Crearon las matemáticas puras, la geometría y la mecánica que Egipto y Caldea esbozaron apenas; la botánica, la medicina y la higiene. Es indudable que el Oriente precedió a Grecia en estos estudios, pero sin sistematizar nada. A los griegos debemos los principios y los métodos, es decir, las bases verdaderas y el progreso fundamentado de las ciencias. Por desgracia no siguieron con paso firme y continuado por la amplia y magnífica vía que Hipócrates les abrió y a la que Aristóteles les llamaba: la de la observación y el análisis filosófico de la Naturaleza.

Y en las letras, ¡qué esplendor! ¡Qué de géneros creados y llevados hasta la perfección más acabada!.... La epopeya, la elegía, la oda, la tragedia, la comedia, la historia, la elocuencia tribunaria, la oratoria forense... ¡Y cuán verdadera su grandeza y su imperio! Europa, desde que ha nacido a la vida intelectual, absorbe toda su savia del rico manantial heleno. Las literaturas germánicas cayeron en el olvido. Excepto Shakespeare y Milton, que no son muy antiguos; salvo Goethe, tan helénico muchas veces, y Schíller, que no es siempre alemán en su obra. las literaturas eslavas están por nacer. Y las del Mediodía, las más brillantes hasta ahora, han tenido por únicos maestros a los escritores llamados clásicos; esos escritores que, en su inmensa mayoría, hablan la lengua de Homero; pues los romanos más ilustres no fueron más que sus discípulos. Las musas latinas son también hijas de Zeus y hermanas de Apolo de Delfos.

Por consiguiente, puede decirse que casi toda la literatura laica sale de Grecia, como la literatura religiosa sale de Palestina. De esos dos países descienden los dos inmensos ríos que han fecundado a la Europa bárbara.

Y en lo que respecta a las artes, los griegos han hecho más aún: han sabido apoderarse del momento fugitivo de la belleza, y la han hecho eterna, fijándola en mármoles y en bronces. Las grandiosas producciones del Egipto, de la Asiria y de la India, fueron reducidas en Grecia a las justas y armónicas proporciones de la belleza humana, que irradia una juventud imperecedera en las obras de Fidias y de Praxiteles, como en las de Homero, Sófocles y Platón. El escultor, el arquitecto y el pintor encontraban en la religión y en la poesía manantial abundantísimo y valioso para sus concepciones, y en las instituciones políticas, inspiración y terreno adecuado para los más enérgicos atrevimientos.

"La época de la libertad republicana —dice Wínckelman— fué también la edad de oro de las bellas artes." Para la belleza plástica, el mundo se ha conservado pagano. Cuando se olvidaron

las piadosas leyendas con que la Iglesia meció sus años juveniles, desde las arcadas góticas, bajo las cuales subía fervorosa hasta Dios su mística plegaria, el mundo volvió sus ojos y su espíritu al culto de Grecia. Desde Londres hasta Viena, desde San Petersburgo hasta Madrid, ¿qué arquitectura no recuerda la de Olimpia o la del Paternón? ¿Tenemos algún émulo de los grandes escultores de Atenas y Sicione que no siga el camino que aquéllos le trazaron? ¿Qué arte nuevo, en fin, ha creado el mundo desde hace dos mil años? La Edad Media nos ha dado la arquitectura gótica y árabe; los tiempos modernos, la música, y —preciso es decirlo, a pesar de Zeuxis y de Apeles— la pintura.

Los romanos no añadieron a la arquitectura griega, más que la cúpula y el arco. Chateaubriand dice ("Itinéraire," pág. 153): "Si, después de haber visto los monumentos de Roma, los de Francia me han parecido groseros, los monumentos de Roma me parecen bárbaros desde que he podido contemplar los de Grecia." El suelo suministraba a los helenos los mejores materiales para sus obras, su clima las conservaba y, en lugar de revestirlas con esa negruzca envoltura que las brumas del Norte dan a los edificios y a las estatuas, las doraba en la península griega con sus más suaves tintas. El pintor y el escultor contemplaban la raza más bella que ha existido y experimentaban la más preciosa de las emulaciones al sentir el ambicioso deseo de embellecer a su ciudad de manera que fuese más hermosa que las ciudades que con ella rivalizaban. Hasta los tiempos de Alejandro los artistas sólo trabajaban para el Estado casi en absoluto; rara vez componían sus obras para particulares. El mosaico fué convertido, por los romanos, en un arte; pero ¿no es, más que nada, una curiosidad? Los griegos no construyeron tampoco vías militares, ni arcos de triunfo, ni acueductos de monumental aspecto. Los anfiteatros, cuyas colosales ruinas admiramos, olvidando cuánta sangre han bebido sus arenas, son también todos romanos.

Hay que hacer numerosas reservas, indudablemente, en los elogios que se tributan a esta civilización. Como políticos teóricos fueron realmente admirables los griegos, sobre todo Aristóteles; pero no supieron organizar, en la práctica, más que ciudades.

Les era antipática la idea de un gran Estado. Mientras no fuese para un momento en que la unión se imponía como en las guerras médicas, o, ya demasiado tarde, en el tiempo de la liga aquea, nunca consintieron los griegos en unir fraternalmente sus fuerzas y sus destinos. Por eso perdieron su independencia el día en que, junto a sus puertas y aprovechando los recursos de su propia civilización, llegó a formarse la monarquía militar, semi-

bárbara y semihelénica, de los macedonios. A Roma aún le costó menos esfuerzo dominarles.

La religión griega, que tanto favorecía el desenvolvimiento de las artes y de la poesía, no fué tan beneficiosa para la virtud. Representando los dioses personificaciones de las fuerzas naturales, admitiéndoles como entregados a las más vergonzosas pasiones; cometiendo el robo, el incesto, el adulterio; sintiendo los impulsos del odio y de la venganza, la religión obscurecía toda noción de lo justo y legitimaba el mal ante el ejemplo que a los humanos ofrecían aquellos que hubieran debido ser la representación del bien. Entonces, merced a un desenvolvimiento paralelo, pero en sentido contrario, de las leyendas divinas y de la razón humana, se dió el caso, mortal para un culto, de que el politeísmo griego marchase por un lado y la moral por otro. Esta atacó a la religión justamente; los dioses cayeron del Olimpo y la hierba creció en los atrios de los templos. Quizás se hubiese operado una reacción benéfica si a los dioses destronados hubiese sucedido una viril doctrina que esclareciese y purificase la razón humana; pero esta enseñanza sólo se encontraba en las palabras de los poetas y de los filósofos; sus beneficios sólo eran patrimonio del menor número, y la multitud no las escuchaba. Entregada a las vergonzosas supersticiones en donde terminan para los débiles las grandes creencias, se vió indefensa cuando las malas tentaciones despertaron en ella con la corrupción asiática que le había inoculado las conquistas de Alejandro. El oro lo corrompe todo: los hombres y las instituciones. Aquellos mercenarios de los seleucidas y de los Ptolomeos, ejecutores del vicio en las voluptuosas ciudades del Asia; aquellos hombres, sin patria desde que les arrebataron la libertad, perdieron, con sus malas costumbres, aquella intrépida y generosa energía que les había hecho tan grandes en Maratón y en las Termópilas; el respeto de sí mismo, el culto de la belleza y de la verdad que habían forjado tan buenos ciudadanos y realizado tantas obras maestras. Y aun entonces produce Grecia algunos hombres superiores, como tierra que, habiendo sido fecunda durante largos años, ya agotada, da todavía algún sabroso fruto. Pero falta la multitud de lo que es sostén de un pueblo, se abatió. Sólo tuvo un dios: el placer, y puso en este infame culto todas las bajezas y todos los servilismos de su cortejo. "La Patria —decía un poeta de aquella triste etapa— está donde el placer." Y los que no podían vivir bien con una fortuna recogida entre el lodo o la sangre, se aplicaron a vivir a expensas ajenas. En los mejores tiempos del Imperio romano, los herederos de Arístides, de Pericles y de Foción, ejercieron todas las industrias indignas, y en el bajo Imperio el gran espíritu griego acabó por aquel que fué precursor de las últimas ruinas: el espíritu bizantino.

En los más hermosos días, la falta de seguridad, las perfidias y las guerras produjeron sus consecuencias naturales: el destierro, la confiscación y la sangre, corrieron en oleadas. En los días luctuosos siguió a esto una depravación repugnante que nuestra lengua, felizmente, no tiene palabras con que describirla. Y siempre y en todas partes la sangrienta llaga de la esclavitud, con todas las miserias que forman su séquito. Estos fueron los males sufridos por Grecia y que encuentra la historia. Pero a medida que el tiempo nos aleja de esos días, a medida que se profundiza en el estudio de aquel pueblo, estas sombras desaparecen ante un fulgor que deslumbra. Desmades se borra, Demóstenes queda; Pericles desvanece a Alcibíades; la Atenas de Sófocles a la de Alexis y los diogenistas; la ciudad de Leónidas a la de Nabis. Ya no se ven los males con que de un modo tan caro pagó Grecia su laboriosa vida: sólo se ve la inmensa obra que ha legado al mundo. Cicerón escribía a su hermano: "Acuérdate de que mandas a los griegos que han civilizado el mundo enseñándole la dulzura y la humanidad, y que Roma les debe las luces que la alumbran."

"Esta antigüedad me encanta —exclama justificadamente Montesquieu.— Estoy dispuesto a decir con Plinio: "Si vais a Atenas, respetad a los dioses."

Rafael quiso un día pintar a Grecia, y en lugar de trazar como Parrhasios, un retrato enigmático, supo componer la obra inmortal que se llama la Escuela de Atenas. Bajo aquellos pórticos que levantara la mano de Ictinos o la de Fidias, están Sócrates, que funda el dogma de la moral humana; Platón y Aristóteles, que abren a la filosofía sus dos grandes caminos; Pitágoras, que revela las propiedades de los números; Arquímedes, que las aplica; y aquella multitud ilustre que rodea a los maestros para recibir sus palabras y trasmitírnoslas. Dadle vida a esta obra maestra del más grande pintor que ha tenido la humanidad, y, como la historia, admiraréis a aquellos héroes del pensamiento, escucharéis absorto sus voces armoniosas y austeras, y diréis de Grecia lo que Chenier decía de su poeta:

"Tres mil años han pasado sobre las cenizas de Homero; tres mil años, y Homero permanece intangible, joven todavía, con la juventud de la gloria y de la inmortalidad."

Diversos Temas

LA LIBERTAD DE LA INDIA Y EL PROCESO DE GANDHI

Llamamos la atención de los lectores de "El Maestro" sobre este particular que contiene el resumen del proceso iniciado contra Gandhi, célebre personaje del Indostán, que desde hace algunos años viene luchando por la independencia de su patria. Las páginas de este proceso revelan un conflicto sublime de la voluntad humana y demuestran la fuerza que tiene el derecho cuando lo encarna una conciencia limpia; parece esta historia una página arrancada a los antiguos Upanishads. Aun el estilo que emplea el Gandhi en su discurso recuerda la noble sinceridad de los más antiguos maestros, ritornelo en que incurre cuando vuelve a repetir al juez que no le queda más remedio que condenarlo a la pena máxima, si cree que representa la justicia, o renunciar su cargo de juez si opina como opina el acusado, que el gobierno inglés en la India es una cosa intrínsecamente mala.

Las declaraciones en que el juez reconoce el alto valer de la personalidad del Gandhi, honra mucho a quien las hace, aunque se podría objetar que si es cierto que el juez tiene en tan alto concepto al acusado, debiera renunciar su cargo antes que condenarlo a sabiendas de que es un inocente y un santo, como el mismo juez lo indica. Pero estos son secretos de la complicada psicología inglesa, que nunca toma resoluciones francas y siempre encuentra excusas morales y nobles para encubrir los más infames atentados a la justicia y al ideal.

En cambio, las palabras del Gandhi son de aquellas que deben ser enseñadas a los niños como un modelo de heroísmo y de grandeza. Léanlas como lo merecen, con lágrimas en los ojos, y preparen su corazón para oponer iguales resistencias, si llega el caso, a cualquier género de intervención o de opresión extranjera.

EL PROCESO

UANDO en la segunda semana del mes de marzo de 1922 se supo en la India que Mohandas K. Gandhi había sido arrestado, hubo un momento de angustia en que todos esperaron lo peor. La India entera se preocupó por la suerte del ilustre prisionero de la cárcel de Ahmedabad; y con su antiguo gesto de renunciación todos abjuraron de la revuelta. La cárcel no debía ser lugar de combate; antes, por el contrario, debía de ser ahora un santuario, porque la adoración de la India por sus héroes es genuina y apasionada.

El Occidente no tiene ningún hombre que sea tan amado como lo es Gandhi en la India; de manera que es muy difícil para los occidentales comprender por qué el menor gesto de este débil personaje podía causar una gran tempestad.

Hay mucha gente en la India que desea la lucha a mano armada, y la verdad es que la teoría de Gandhi contraria a la revuelta y su maravilloso poder personal han impedido un levantamiento. Aun los revolucionarios extremos esperan la ocasión de ver si pueden triunfar las teorías contrarias a la violencia.

Con la prisión de Gandhi se aligeraron inmediatamente las diligencias hechas alrededor del proceso que venía instruyéndosele. Y el 18 de marzo se presentó Gandhi ante las autoridades y se declaró culpable de todos los cargos que se le hacían. Hizo más aún: aconsejar al Juez Supremo que le aplicara la pena máxima porque su crimen era completo. Cuando fué sentenciado felicitó al Juez y exhortó a sus compatriotas a perseverar en su trabajo de tejer la tela.....

La Corte se vió completamente llena de personajes gloriosos que han tomado participación en las luchas por la independencia, la mayor parte de los cuales usaban el *khaddar,* el vestido que se teje en los hogares hindúes.

Entre todas estas gentes se veían mezclados los agentes de la policía británica, también seis o siete policías europeos.

La Corte estaba custodiada por un cuerpo de infantería india al servicio del Imperio.

Gandhi se confesó culpable del delito de sedición. Llevaba escrito lo que deseaba decir; pero antes de hacerlo, hizo esta declaración:

"Antes de leer lo que he escrito, deseo manifestar que acepto los cargos del Procurador General que se refieren a mi humilde persona. Creo que ha procedido con entera justicia en sus acusaciones y comentarios: ellos son exactos y yo no deseo en forma alguna ocultar a esta Corte mi desafección hacia el sistema de gobierno existente; desafección que ha llegado a convertirse, en mí, en una verdadera pasión. Y el ilustrado Procurador General tiene razón cuando afirma que mi propaganda no comenzó con mi contacto con la asociación la "Joven India," sino mucho antes; y en esta declaración que traigo escrita y que leeré inmediatamente, será para mí un penoso deber declarar, ante esta Corte, que dicha desafección y propaganda de descontento comenzaron mucho antes del período señalado por el Procurador General. Es un deber penoso, pero es un deber que necesita ser confesado a sabiendas de la responsabilidad que pesa sobre mis hombros.

"Deseo también reconocer toda la culpa que el Procurador General echa sobre mí en lo que hace relación con los sucesos desarrollados en Bombay, Madras y Chauri Chaura. Pensando sobre estas cosas profundamente noche tras noche, y examinando mi conciencia, he llegado a la conclusión de que me es imposible desligarme de los crímenes diabólicos de Chauri Chaura o de los sucesos de Bombay.

"El señor Procurador General tiene razón cuando dice que como hombre de responsabilidad que ha recibido una esmerada educación y que tiene experiencia en los negocios del mundo, debí tener presente las consecuencias de cada uno de mis actos realizados. Yo lo sabía. Estaba persuadido de que jugaba con fuego. Y me arriesgué a afrontar todos los peligros; y si en este momento se me pusiera en libertad, yo volvería a repetir esos mismos hechos. En caso contrario, faltaría a mi deber.

"Esta mañana pensé que yo habría faltado a mi deber de no haber dicho todo cuanto acabo de declarar. Yo desee evitar la violencia. La paz es el primer artículo de mi fe y el último artículo de mi fe. Pero tenía que decidirme, tenía o que someterme a un sistema que considero que ha causado daños irreparables a mi país, o incurrir en el peligro de que estallara la furia de mis compañeros al escuchar de mis labios la verdad. Yo sé que mis compañeros han perdido muchas veces la razón, y lo siento profundamente; pero aquí estoy dispuesto a sufrir una breve condena o el último de los castigos. Y no pido piedad ni imploro que se me atenúe la pena que merezco. Estoy, pues, aquí para someterme a la pena que la ley señala en los casos análogos al mío y que son reputados por la misma ley de crímenes deliberados; pero que a mí me parece que es el mayor deber de un ciudadano.

"La única solución que se le ofrece a usted, señor Juez, es esta que propongo inmediatamente: o renunciar usted a su empleo. o aplicarme la pena máxima. Si usted cree que el sistema de gobierno y la ley que usted ayuda a administrar son justos para nosotros, no espero de usted el primer sacrificio; pero cuando yo haya terminado mi declaración, tal vez usted comprenderá ligeramente lo que en mi pecho se agita para haberme hecho llegar al peligro en que me encuentro."

LA DECLARACION ESCRITA DE GANDHI

Gandhi empezó a leer entonces el notable documento que merece los honores de ser reproducido íntegro:

"Debo tal vez al público de la India y al público de Inglaterra, explicarles por qué de un realista extremado y de un cooperador me he convertido en un propagador de descontento A la Corte también diré por qué me he confesado culpable del cargo de propagandista de descontento hacia el gobierno establecido legalmente en la India.

"Mi vida pública empezó el año de 1893 en el Africa del Sur. Mi primer contacto con las autoridades británicas en ese país no fué feliz. Descubrí allá que como hombre y como ciudadano de la India, yo no tenía ningún derecho; por el contrario, descubrí que

no tenía los derechos del hombre porque era indio; pero pensé que este trato era debido a la aberración de un sistema intrínsecamente justo.

Mohandas K. Gandhi, líder de la libertad de la India.

"Di al Gobierno mi cooperación voluntaria, criticándolo plenamente cuando comprendía que estaba en el error; pero sin desear jamás su destrucción. Por consiguiente, cuando en el año 1899 fué

amenazada la vida del Imperio por la revuelta bóer, le ofrecí mis servicios al Gobierno, formé un cuerpo de ambulancia voluntario y combatí en diferentes acciones de guerra, por la libertad de Ladysmith. De la misma manera, en el año de 1906, durante la revuelta de Zulú formé un pequeño partido y serví hasta el término de la rebelión. En ambas ocasiones recibí condecoraciones y fuí mencionado en los despachos oficiales. Por mi trabajo en el Africa del Sur, Lord Harding, Kaiser-i-Hind, me dió la medalla de oro.

"Cuando en el año de 1914 estalló la guerra entre Inglaterra y Alemania, formé un cuerpo de ambulancia de voluntarios en Londres, formado casi en su totalidad de estudiantes. Las autoridades reconocieron que habíamos hecho un trabajo de gran importancia. Por último, en la India, cuando en el año de 1917 Lord Chelmsford pidió en la conferencia de guerra de Deehi un cuerpo de reclutas, luché poniendo en peligro mi salud para formar un regimiento en Kheda, y ya iba a obtener su formación cuando cesaron las hostilidades. En todos estos esfuerzos he actuado en la creencia de que era posible obtener la completa igualdad para mis compatriotas.

LAS ESPERANZAS DE REFORMA DESAPARECEN

"Sufrí el primer contratiempo con la Ley Rowlatt, una ley que robaba a la gente toda libertad. Me sentí llamado para guiar una intensa agitación en su contra. Más tarde siguieron los horrores de Punjab, que comenzaron en Jullianwalla Baugh y que culminaron con mandatos de humillación y de azotamiento público. También descubrí que la palabra dada por el Primer Ministro de Inglaterra a los musulmanes de la India en lo que se refería a la integridad territorial de Turquía y de los lugares de la Tierra Santa del Islam, no iba a cumplirse.

"Sin embargo, a pesar de todas estas cosas, combatí por la cooperación y por el triunfo de las reformas Montagu-Chelmsford esperando que el Primer Ministro cumpliera su promesa a los musulmanes de la India; que la herida abierta en Punjab se cicatrizaría, y que las reformas, aunque eran inadecuadas y deficientes, marcarían una nueva era de bonanzas en la vida de la India. Pero todas estas esperanzas fracasaron. La promesa de Khilafat no se cumplió. El crimen de Punjab fué mirado con indiferencia y la mayor parte de los culpables no sólo no fueron castigados, sino que continuaron en el servicio activo, recibieron pensiones pagadas por el tesoro hindú y en algunos casos fueron condecorados.

"Vi también que las reformas no solamente eran incapaces de señalar un cambio profundo, sino que eran únicamente un método para despojar a la India de sus riquezas y prolongar su servidum-

bre. De mala gana llegué a la conclusión de que la intromisión británica había llevado a la India a una situación peor que las anteriores, política y económicamente hablando.

EL SISTEMA

"Una India indefensa no tiene poder contra ningún agresor en el caso de un conflicto armado. Esto es de tanta importancia que algunos de nuestros hombres dirigentes consideran que para que la India llegue a ser un Dominio pasarán primero muchas generaciones. La India se ha empobrecido tanto, que es casi imposible ya resistir el azote del hambre. Antes de la intromisión británica, la India tejía e hilaba en sus miles de cabañas lo necesario para completar sus débiles rendimientos agrícolas. Esta industria de las cabañas, de valor tan importante para la existencia de la India, había sido arruinada por medio de procesos inhumanos y despiadados, como lo han descrito muchos testigos ingleses. Los habitantes de las ciudades saben muy poco de la manera como las masas infelices y hambrientas se sumergen lentamente en la inactividad. Pocos saben que su bienestar miserable lo representa lo que ellos obtienen del extranjero explotador; que los beneficios salen o son sacados de las masas; no tienen nociones de que el gobierno establecido por la ley en la India continúa la explotación de las masas que lo mantienen. Ninguna razón justifica el estado desgraciado que infinidad de villas ofrece a la simple vista. No tengo dudas en absoluto de lo que tanto Inglaterra como los habitantes de las ciudades de la India tendrán que responder, si es verdad que hay un Dios, de estos crímenes, contra la humanidad que tal vez no hayan sido igualados en la historia.

"La misma ley en este país ha servido de instrumento al explotador extranjero. Mi sereno examen de los casos de ley marcial en Punjab me ha inducido a creer que por lo menos el 90 por ciento de los procesos eran completamente falsos. Mi experiencia de los casos políticos en la India me llevó a la conclusión de que de todos los condenados el 90 por ciento eran inocentes. Su crimen consistía en el amor a su país. En 99 casos de 100 la justicia fué negada a los hindúes. Esto no es un cuadro exagerado; por lo contrario, es la experiencia basada en hechos de casi todos los hindúes que han tenido relación con dichos casos.

"En mi opinión, la administración de las leyes se prostituye consciente o inconscientemente en beneficio de los explotadores.

"La desgracia mayor es que los ingleses y sus asociados hindúes en la administración de la India no saben que están perpetrando este crimen que acabo de describir. Estoy convencido de que muchos oficiales ingleses e hindúes creen sinceramente que ellos

tienen implantado en la India el mejor sistema del mundo y que la India hace progresos definidos, aunque lentos. Ellos ignoran sin embargo que tal sistema de terror y de fuerza inútil, pero efectivo por un lado, y la privación de todos los poderes de represalia o desquite y defensa propia por otro lado, han introducido en las gentes el hábito de excitación. Este hábito terrible se ha agregado a la ignorancia y al engaño de los administradores.

LA INJURIA EN LA INDIA

"El artículo 124-A bajo el cual felizmente se me somete a esta Corte es, tal vez, el principal de los artículos del Código Penal de la India destinado a suprimir la libertad del ciudadano.

"El cariño no puede ser ni fabricado ni regularizado por la Ley. Si uno no tiene cariño por una persona o por una cosa, debería dársele la más amplia libertad para expresar su falta de cariño siempre que no incite a la revuelta. Pero el artículo 124-A, por el cual el señor Banker y yo somos acusados, considera crimen lo que es mera propaganda de descontento. He estudiado algunos de los casos que este artículo ha condenado y sé que algunos de los más queridos patriotas de la India han sido convictos por él; por lo cual yo considero un gran honor ser castigado por este artículo.

"He tratado de dar lo más brevemente posible las razones de mi descontento. No tengo irritación personal contra ningún administrador; mucho menos con el Rey; sin embargo, considero que es una virtud el manifestarse descontento con un gobierno que en su totalidad ha hecho más mal a la India que todos los gobiernos anteriores. La India bajo el dominio británico ha perdido mucho de su virilidad, y como sustento esta creencia, considero un pecado, una falta, tener cariño a un sistema de gobierno que nos causa este mal; y ha sido para mí un privilegio el poder escribir los artículos con que ahora se me acusa.

"En verdad yo creo que he prestado un gran servicio a la India y a Inglaterra al manifestar con mi falta de cooperación el camino de salvación para tal estado de cosas artificiales en que ahora viven. En mi humilde opinión la falta de cooperación con el mal es un deber tan grande como lo es la cooperación con el bien. Pero en el pasado, el movimiento de no cooperación se ha expresado violentamente contra sus enemigos. Yo estoy tratando de demostrar a mis compatriotas que la no cooperación aplicada violentamente sirve únicamente para multiplicar los males, y que como el mal puede sostenerse solamente por medio de la violencia, el retiro de la ayuda de las cosas malas requiere una abstención completa de toda violencia. La no violencia implica una sumisión voluntaria al castigo por no cooperar con el mal. Yo estoy aquí, por

lo tanto, para someterme alegremente a la pena máxima que pueda aplicárseme por lo que se considera un crimen deliberado según la ley, y lo que me parece ser el más alto deber de un ciudadano.

"A ustedes, señores Juez y Asesores, no os queda sino una solución en el presente caso: o renunciar a vuestros puestos y así separarse de todo mal, si ustedes creen que tal ley es errónea y que yo soy en realidad inocente, o en caso contrario, aplicarme la pena más severa si ustedes creen que el sistema y la ley que administran son buenos para las gentes de este país; y que por lo tanto mis actividades son perjudiciales al bien público."

TEXTO DE LA SENTENCIA

El Juez de la Suprema Corte pronunció entonces la sentencia que sigue:

"Mr. Gandhi, usted ha facilitado por un lado mi tarea, grandemente, al confesarse culpable; sin embargo, la determinación de una sentencia justa en el presente caso, es tal vez una de las proposiciones más difíciles que ha tenido que confrontar un Juez en este país.

"La Ley no se detiene nunca a considerar las personas; pero es imposible ignorar que es usted una persona de una categoría distinta de cualquiera otra persona hasta hoy procesada, y probablemente de cualquiera otra persona que jamás procesaré. Sería imposible ignorar el hecho de que a los ojos de millones de sus compatriotas usted es un gran patriota y un gran dirigente. Aun aquellos que están en desacuerdo con usted en política, lo consideran un hombre de nobles ideales y de vida elevada. Más aún: de vida santa.

"Tengo que resolver esta cuestión desde un solo punto de vista. No es mi deber ni presumo tampoco juzgar o criticar su actitud desde ningún otro punto. Es mi deber juzgar a usted como un hombre sujeto a la ley; que ha violado la ley y cometido lo que parece grave ofensa al Estado, según usted mismo lo reconoce. No olvido que usted ha predicado constantemente contra la violencia y que en muchas ocasiones usted ha hecho grandes esfuerzos por evitar la violencia; pero considerado el carácter de las doctrinas políticas y la naturaleza de muchas de aquellas a quienes eran aplicadas, no alcanzo a comprender cómo usted podía creer que la violencia no sería una consecuencia inevitable. Probablemente hay muy pocas personas en la India que no lamenten con toda sinceridad el hecho de que por su actitud, ningún gobierno pueda dejarle en libertad. Pero es así. Trato en este momento de equilibrar las consideraciones que usted merece con lo que yo creo necesario al interés público. Y propongo al dictar esta sentencia, tomar como precedente de este caso, otro que se le parece mucho y que fué acordado hace doce

años. Este es el caso contra Mr. Balgangadhar Tilak. La sentencia que se le aplicó fué de prisión por seis años, y yo creo que usted no considerará injusto que se le aplique la misma pena que a Mr. Tilak. Esto es: una pena de dos años de prisión por cada cargo: seis años en total, que yo considero de mi deber imponer a usted. Y me agradaría agregar, al aplicar este castigo, que si en el curso de los sucesos en la India, hubiera facilidades para reducir el término de la pena y dar a usted libertad, nadie se sentiría más satisfecho que yo."

Durante la lectura de la sentencia el rostro de Gandhi expresó duda por prever una sentencia benigna; pero cuando por fin sentenció el Juez, Gandhi volvió a expresar felicidad, y dijo al Juez:

"Desde el momento en que usted me hace el honor de invocar el proceso de Balgangadhar Tilak, me veo precisado a decir algunas palabras. Quiero agregar que yo considero el mayor de los honores el verme asociado al nombre de Tilak. Por lo que respecta a la sentencia la considero tan breve como tal vez ningún otro Juez la habría aplicado; y con respecto a los trámites generales diré que nunca había esperado tanta cortesía."

El Juez entonces se puso de pie y salió de la Corte. Los amigos de Gandhi lo rodearon, muchos lloraban; pero él estaba sereno; y tuvo tiempo para decir algunas palabras más, para aconsejar a sus compatriotas perseverancia en la lucha. Luego llegaron los guardias, y aquel hombre, considerado por una quinta parte del género humano, merecedor de honores divinos, fué conducido a la celda. Sus palabras últimas fueron: "Usad el khaddar y seguid hilando."

POLITICA FUTURA

1.° Después de la sentencia de Gandhi el Comité del Trabajo del Congreso Nacional Hindú felicita al país por su actitud serena y la paz reinante en todo el territorio desde el arresto de Gandhi; y confía que la misma serenidad habrá de imperar durante los difíciles tiempos presentes.

2.° El Comité opina que el mantenimiento de la paz estricta en todo el país, en estos momentos, es demostración decisiva de progreso; y afirma que el arresto de Gandhi y su serenidad personal mantenida en la lucha han hecho avanzar considerablemente la causa del Khilafat, de Punjab y de Swarat.

3.° El Comité desea expresar claramente que el arresto de Gandhi no altera en nada el programa recientemente anunciado en las resoluciones del Bardoli y de Delhi, y pide a todas las organizaciones congresionales que se dediquen a la realización del programa constructivo que se han trazado. El Comité aconseja a los

Comités Provinciales el cuidarse contra cualquier medida violenta de los poderes conferidos a ellos con respecto a la desobediencia individual civil ya sea defensiva o agresiva.

4.° El Comité del Trabajo resuelve que la aceptación universal del uso de la hilandería hecha a mano y del vestido khaddar son esenciales para obtener la realización del ideal que se persigue. Por lo tanto, todas las organizaciones congresionales y de Kilafat deben proseguir en el programa khaddar mucho más vigorosamente que antes.

5.° Por cuanto khaddar, aparte de su valor político da a millones de seres y de hogares hindúes pan y unión y medios de realizar el ideal; el Comité del Trabajo espera que todos los hombres y las mujeres de todos los partidos y las razas que viven en la India, sin tomar en cuenta colores políticos, prestaran su apoyo cordial y su cooperación al movimiento y con ese fin autoriza a Mian Muhammad Haji, Jan Muhammad Chotani y a Mr. Jamma Lall Bajaj a entrevistar a los capitalistas y a otras personalidades para establecer la industria nacional de las cabañas sobre bases económicas estables.

FILOSOFIA DE LA ENFERMEDAD

POR CARLOS BRANDT

> La naturaleza ha dado el dolor a los seres vivientes que se mueven, para conservar los instrumentos que, por medio del movimiento, se pudiesen reducir o dañar. Los seres vivientes sin movimiento no tienen necesariamente que tropezar con los objetos que se le opongan; de ahí que el dolor en las plantas no sea necesario. Así es que cuando se les toca, no experimentan dolor como los animales. Donde hay movimiento, hay dolor para conservar el movimiento.
>
> **Leonardo da Vinci.**

L dolor es un admirable alerta de la naturaleza. Puede decirse que sin él ya no existirían ni el hombre, ni la mayor parte de los animales. El dolor es el origen del progreso humano, y del desarrollo del mundo biológico. Si tropezamos con algo, el dolor nos indica que hemos dañado alguna parte de nuestro cuerpo, de nuestro tejido celular, y que debemos tener cuidado. Nosotros nos precavenos de los golpes y de las heridas, no porque seamos muy cuidadosos con nuestro tejido celular y con nuestros órganos, sino por evitar el dolor. De manera que éste es un *imperativo vital,* como lo es también la enfermedad, la cual sirve para alentarnos contra un profundo estado degenerativo del organismo. Somos tan negligentes con nuestra naturaleza, que nadie se cuidaría de los golpes, las heridas y las enfermedades si no fuese por el dolor y el malestar que causan. Como el dolor físico y las enfermedades, el dolor moral y los remordimientos de conciencia son igualmente un aviso, un imperativo vital, para obligarnos a favorecer la vida. Como el dolor, las enfermedades son desagradables, pero al mismo tiempo convenientes, necesarias, pues sirven para evitar un mal mayor, y por lo tanto para favorecer la vida.

Que el estado ideal y natural del hombre es la salud, me parece innecesario tener que demostrarlo. En el resto del mundo biológico la enfermedad es la excepción y la salud la regla, en tanto que en la especie humana la enfermedad es la regla y la salud la excepción; ¡y qué excepción!.... Los animales silvestres no sufren enfermedades: éstas son un producto del hombre civilizado y de los animales sometidos a él.

Jamás se ha sentado un principio patológico más racional, ni de más fundamento científico que el demostrado por Kuhne sobre la unidad de la enfermedad. Todo tiende al monismo (la unidad); no solamente en la filosofía, sino en la ciencia. No hay varias enfermedades, sino una sola, que se manifiesta en diferentes formas, o síntomas. Debemos considerar la enfermedad como un árbol: Sus hojas son todas distintas, como son distintas sus manifestaciones; pero en realidad son una misma cosa. Querer destruir el árbol cortándole las hojas es una empresa tan inútil como querer llenar el tonel de las Danaides, pues así lo que se hace es podarlo de algunas hojas, para que más tarde retoñe con mayor vigor. Creer que los síntomas sean la enfermedad, es tomar los rábanos por las hojas. Si queremos destruir el mal, no lo podemos: tratemos de arrancarlo de raíz.

Las enfermedades crónicas son el resultado de un estado degenerativo, recargo de substancias extrañas, predisposición profunda, o estado anormal, que se adquiere y trasmite en la herencia muchas veces sin manifestarse, por varias generaciones, hasta que al fin aparece en esta o en aquella forma (cáncer, diabetes, locura, etc.) El objeto de las enfermedades agudas (crisis curativas) es destruir en lo posible ese estado degenerativo o predisposición, curando a los enfermos; o destruir a los que no pueden resistir esas crisis, es decir, a los que ya no tienen curación y que por lo tanto no deben continuar existiendo para que no procreen hijos degenerados como ellos.

Así tenemos que las enfermedades son también un aviso o alerta (imperativo vital) y por lo tanto un gran beneficio para nuestra naturaleza. Cuando el hombre comienza a separarse de su medio natural, es decir, cuando comienza a transgredir la ley de la conservación de la vida (lo moral), y se comienza a recargar su cuerpo de substancias extrañas, aparece el primer estado morboso, o enfermedad aguda, cuyo objeto es librar el cuerpo de las substancias extrañas, que son la base de las enfermedades crónicas. Pero si después de curado, es decir, de eliminadas dichas substancias, el individuo continúa prevaricando (recargándose otra vez de dichas substancias); o si la curación no es racional, sino sólo aparente, como son las *curaciones* que efectúa la medicina facultativa, entonces se manifiesta más tarde el estado profundo degenerativo, por medio de las enfermedades latentes o crónicas (cáncer, locura, diabetes, etc.) Parece innegable que el objeto de estas últimas es acabar con todos aquellos individuos que prevarican incorregiblemente, o con sus descendientes, para que no engendren hijos degenerados como ellos, y no continúen así degenerando la especie. Las enfermedades podrán ser un mal, pero obsérvese que su objeto es siempre evitar un mal más grande; así es que las debemos considerar como un beneficio. Su fin es favorecer la ley de la conser-

vación de la vida, salvando, por medio de las enfermedades agudas, a los que tienen mejores condiciones de vida, y eliminando, por medio de las enfermedades crónicas, a aquellos que no tienen buenas condiciones de vida. El que prevarica contra la ley de la conservación de la vida (la moral), no solamente se daña su naturaleza, sino que daña la de sus descendientes trasmitiéndoles la enfermedad en la herencia. De manera que no solamente en lo espiritual, sino en lo físico se cumple aquello de que los hijos pagarán las faltas de sus padres, lo cual es muy justo, pues no es la naturaleza la que castiga a la especie humana, sino que es ésta la que castiga y se va suprimiendo a sí misma, a causa de sus faltas. Por otra parte, no debemos pensar que si un individuo es vicioso, se daña, enferma y muere a causa de su vicio, sino que debemos plantear el axioma de esta manera: Desde luego que un individuo es vicioso, es porque su naturaleza y facultades están atrofiadas o pervertidas, siendo por tal motivo un factor desfavorable para la humanidad. Así, pues, justo es que sucumba.

Dice Kuhne que las enfermedades agudas son crisis curativas para hacer eliminar las substancias extrañas. Dichas crisis, según la expresión de Wigelworth, "se presentan cada vez que la naturaleza tiene que recurrir a su válvula de seguridad para purificar el cuerpo." Debemos convenir en que la naturaleza no hace nada que no tenga su razón de ser y que no sea beneficioso, aunque en nuestra ignorancia no lo comprendamos así. Las enfermedades agudas no son nunca degeneritarias ni hereditarias, y casi siempre son fácilmente curables por medio de un sistema racional (naturoterapia). Su acción es, pues, beneficiosa, y torpe nuestro empeño en tratar de hacerlas abortar por medio de drogas y demás venenos médico facultativos. En su obra "Patología General" dice el eminente facultativo doctor F. A. Rizquez: "La fiebre es una reacción de defensa..... y como acto de defensa orgánica, debe ser más bien protegida que combatida.... Las infecciones generalizadas febriles son más graves cuando evolucionan apiréticamente, como en la pulmonía de los viejos, el cólera, la difteria, etc."

La enfermedad en su esencia es algo indefinido y aun incomprensible (¿predisposición, degeneración, recargo de substancias morbosas?) que existe en nosotros mismos sin que lo sepamos, y que poco a poco se va desarrollando, hasta que al fin aparecen los síntomas, que es lo que nos sorprende y lo que llamamos *enfermedad*. El hombre no es perverso porque practica el mal, sino que practica el mal porque su naturaleza está ya pervertida. Y este axioma filosófico puede aplicarse a la patología del modo siguiente: El hombre no está enfermo porque tiene síntomas, sino que tiene síntomas porque está enfermo. De manera que la enfermedad es algo cuyo origen es tan profundo, que constituye un misterio para la ciencia; en tanto que los síntomas son manifestaciones se-

cundarias. El hombre superficial dice: "Tú eres perverso porque practicas el mal;" pero el filósofo dice: "Tú practicas el mal porque eres perverso." Asimismo el superficial sistema médico-facultativo dice: "Tú estás enfermo porque tienes síntomas; déjame curarte estos últimos y todo quedará bien." Pero el racional sistema naturista dice: "Tú tienes los síntomas de la enfermedad porque ya estás enfermo; no te preocupes de los síntomas, y sólo trata de curar tu naturaleza toda, que es en donde está la raíz del mal." Quitar síntomas no es curar la enfermedad, sino retardarla o cambiarla en otra forma más tardía o lenta, pero más peligrosa. Cierto que la quinina, algunos sueros y demás venenos tienen la facultad de hacer reducir la fiebre; pero es porque debilitan el organismo; y si *las infecciones generalizadas febriles son más graves cuando evolucionan apiréticamente*, es, precisamente, porque la naturaleza del enfermo está tan débil, que ya no es capaz de producir la fiebre (reacción curativa). He ahí, pues, el secreto del aparente éxito obtenido por la quinina, los sueros, las vacunas, etc : debilitar la naturaleza del enfermo, haciendo imposible las reacciones o crisis curativas, aunque sea a costa de la salud y muchas veces de la vida del paciente..... Obsérvese que las enfermedades más malignas e incurables (cáncer, diabetes, locura, males del corazón, etc.) no van acompañadas de fiebre ni de dolor.

Pero las leyes de la naturaleza no se violan impunemente. Aunque, como dice el doctor Lust, "la medicina facultativa siempre ha creído en la superstición de que con sus drogas y demás peligrosas substancias puede curar," la gente de sentido común sabe que tal pretensión es uno de los muchos absurdos que tanto distinguen a dicha ciencia. El hecho de que tal ciencia aún subsista y continúe predominando, es el peor síntoma de la perversión intelectual del cerebro humano, y el más claro ejemplo del eclipse total de sentido común que reina en las masas. Esa ciencia ha sido combatida por casi todos los más claros cerebros del ingenio humano, como Lamettrié, Moliére, Spencer, Schopenhauer, Kant, Humboldt, Le Sage, Voltaire, Rousseau, Tolstoy, etc. En mi libro "La Medicina Facultativa ante la Crítica," cito más de mil afamados médicos facultativos, de las principales universidades del mundo, quienes combaten los sueros, vacunas y demás infames disparates, dando así la razón a la naturoterapia. De manera que no es a los médicos facultativos a quienes debemos atacar—pues entre ellos tenemos muchos aliados—sino al sistema médico-facultativo.

Según las estadísticas oficiales (véase mi libro "Actual Estado de la Moral"), en todos los países civilizados se ha observado que el aumento del empleo de vacunas, sueros, linfas, quinina, morfina, cocaína y demás venenos, ha coincidido con la disminución de la viruela, los resfriados, las fiebres, gripas y demás enfermedades agudas. Mas, por otra parte, esas mismas estadísticas demuestran

también que dicha disminución ha coincidido con un espantoso aumento del cáncer, diabetes, males del corazón, locura, tisis y demás enfermedades crónicas e incurables, lo que demuestra que el aparente éxito de las citadas medicinas, debilitando el organismo e interrumpiendo e imposibilitando así el proceso curativo natural de las enfermedades agudas, es lo que ha causado el creciente aumento de las enfermedades crónicas, siendo, por lo tanto, la principal causa de la degeneración del hombre.

En defensa de la vacuna algunas personas aducen que la conveniencia de ésta consiste en producir una reacción o crisis por medio de una viruela suave, para purificar el cuerpo. En primer término no está demostrado, sino muy discutido por los mismos facultativos, que el efecto de la vacuna sea una viruela suave (1). En segundo término, si para purificar nuestro cuerpo, la naturaleza requiere una reacción fuerte, como la viruela verdadera, entonces el pequeño y artificial proceso que causa la vacuna, no solamente sería insuficiente, sino que impidiendo así el proceso mayor requerido por la naturaleza, nos causaría un gran daño, exponiéndonos, además, a muchos y muy graves peligros como, entre otros, los citados por el doctor Richet en un interesante artículo sobre "L'Anaphylaxie," publicado en el "Journal Medical Français."

No cerremos los ojos ante la evidencia. Hay que convenir que en muchos casos el aumento del empleo de vacunas, sueros y demás venenos ha coincidido con la disminución de la viruela, fiebres y demás enfermedades agudas. Que dicha disminución haya sido beneficiosa para la salud humana, es lo que negamos; y aun observaremos, como hemos dicho, que el aumento de los citados venenos ha coincidido también con un espantoso aumento del cáncer, diabetes, males del corazón y demás enfermedades incurables. El país que más se vacuna es Holanda, y es en donde hay más cáncer; el país que menos se vacuna es Hungría, y es donde hay menos cáncer. (Datos tomados de "La Réforme Alimentaire," Bruselas.) De manera que si la vacuna, sueros y demás venenos son malos, no es solamente porque con ellos introducimos en nuestra sangre impurezas y supuraciones de animales inmundos, sino principalmente porque el objeto de tales venenos e impurezas consiste en debilitar el organismo humano, para impedir o hacer abortar naturales procesos fisiológicos, es decir, reacciones curativas de vital impor-

---

(1) El Profesor Metchnikoff de París, dice: "Hasta ahora no tenemos conocimiento alguno del microorganismo de la viruela, ni del de la vacuna, y ni siquiera se han determinado las relaciones que puedan existir entre los dos virus y entre las dos enfermedades que provocan. Varios autores creen que la enfermedad bovina es solamente una forma modificada o atenuada de la viruela humana, en tanto que otros sostienen que constituyen exantemáticas distintas. (De "Natura," Montevideo.)

tancia, y de los cuales depende en primer término nuestra salud. Veamos el mal cara a cara, y no tratemos de engañarnos, como hacen nuestros adversarios.... Quizá lo más malo que tienen la vacuna, los sueros y demás venenos, no sea su falta de eficacia, sino su mucha eficacia.... Como toda enfermedad aguda, la viruela destruye la raíz de todas las enfermedades crónicas en estado de gestación, es decir, cuando el mismo atacado ni siquiera sospecha que las tiene.

Como toda fiebre y toda enfermedad aguda, la viruela es siempre curable por medio de un sistema terapéutico racional, como la naturoterapia, y su objeto es beneficioso, porque consiste en purificar el cuerpo, siendo, como dijimos, un preventivo contra las enfermedades crónicas incurables. Si el sistema médico-facultativo no fuera tan torpe e ignorante en lo que concierne a los altos designios de la naturaleza, no se ocuparía sino en favorecer y ayudar, racionalmente, el proceso natural de las enfermedades, para que el enfermo tenga mayores probabilidades de salvarse. Pero como la ciencia médico-facultativa le da toda la importancia al individuo, no preocupándose de la especie, practica la vacuna, que no solamente entorpece los procesos naturales, sino que tiene un fuerte poder tóxico de efectos desastrosos para la naturaleza humana. Como bien dice el profesor Sir Russel Wallace: "la vacuna es un crimen; su institución obligatoria una infamia, y constituye una de las manchas más negras de nuestra decantada civilización. La vacuna es una superstición sin base científica, por medio de la cual se está infectando la sangre de las más elevadas razas, con enfermedades tanto conocidas como insospechadas."

Para comprender bien la filosofía vegetarista, hay que tener presente, como hemos dicho en el libro "Cultura de la Moral," que dicha filosofía concede más importancia a la colectividad que al individuo. Este principio vegetarista lo confirman todos los animales, los cuales están siempre dispuestos a sacrificarse por sus hijos (sus descendientes, la especie, el prójimo), así como también lo confirman todos los hombres superiores, los cuales reconocen el precepto "ama a tu prójimo como a ti mismo." En cambio la mayor parte de los hombres son tan cortos de vista, que continúan en su egoísta empeño de que el individuo está primero que la sociedad. De ahí que todos no nos preocupemos sino en quitar síntomas, en curar al individuo, sin tomar en cuenta la raíz del mal, sin tratar de curar la especie humana.

La forma más grosera del egoísmo humano ha culminado en la llamada medicina facultativa. Desde el punto de vista de la filosofía, los principios de la medicina facultativa son completamente absurdos. Dicha medicina se circunscribe a *quitar los síntomas,* cuando lo que debería hacer era curar al enfermo, como lo hace la naturoterapia. En cuanto a su intento, la naturoterapia tiende

a curar la raza, la humanidad, en tanto que la medicina facultativa sólo trata de curar al enfermo, con detrimento de la especie humana, pues para el médico está el individuo primero que la especie!

Es innegable el hecho de que los médicos facultativos, con la práctica, adquieren un regular conocimiento del proceso fisiológico de las enfermedades (síntomas), pero es a costa de un mayor desconocimiento de la esencia y origen de la enfermedad, y, sobre todo, a costa de una ignorancia absoluta de lo que es la salud, el conocimiento de la cual es para la felicidad humana de más importancia que el conocimiento de la enfermedad, si bien es verdad que el conocimiento de esta última es, para los intereses particulares de los médicos, de mucho más importancia que el de aquélla Ellos saben lo que son las enfermedades, pero no saben lo que es la salud. No estudian esta última, sino aquéllas, que es lo que más les conviene.

Como las tempestades y el dolor, la enfermedad es un mal necesario, un mal cuyo objeto es evitar otro mal mayor Sin las tempestades, que purifican la atmósfera, los bosques no existirían; sin el dolor, los animales no existirían tampoco. De la misma manera, la humanidad ya no existiría si no fuese por las enfermedades, lo que demuestra que éstas son provechosos. Naturalmente que mejor sería que no fueran necesarias, pero para ello se requeriría una salud tan perfecta, que la humanidad está muy lejos de poseer. El principio científico de Kuhne sobre la unidad de la enfermedad, es decir, que todas las enfermedades tienen un mismo origen, y que todas existen mucho tiempo antes de manifestarse, está corroborado por el principio filosófico. Yo creo que se puede heredar una enfermedad, aun sin que en nuestros antecesores se haya declarado. El principio de la enfermedad reside en nosotros (y quizá en nuestros antepasados) muchos años antes de manifestarse.

En cuanto a ese algo (predisposición, degeneración), ya que tuvimos la desgracia de engendrarlo, heredarlo o aumentarlo, debemos también, cuando se manifieste (enfermedades, síntomas), hacer que tenga su proceso natural y, como decía Hipócrates, debemos ayudar ese proceso natural, por medios naturales (naturoterapia), mas no entorpecerlo por medio de venenos (drogas). Si por ejemplo nos da un resfriado, dejemos que la enfermedad cumpla su proceso natural y no tomemos quinina y demás drogas que interrumpan ese proceso, pues así lo que haremos es perturbar, debilitar la naturaleza, lo cual nos acarrearía graves consecuencias.

Todas las enfermedades agudas (fiebre, etc.) son crisis curativas; son como las tempestades que vienen a purificar la atmósfera y hacer florecer las plantas, pero que también arrasan con aquellos árboles viejos y carcomidos que no tuvieron fuerza para resistirla, y cuya existencia, por lo tanto, no solamente era innecesaria, sino peligrosa para los propósitos de la conservación de la vida, pues a

causa de su enfermedad (tiña, etc.) eran un terreno abonado para criar más gusanos, parásitos, etc. Así como los bosques existen por que existen las tempestades que purifican la atmósfera y acaban con los árboles enfermos y carcomidos, asimismo la humanidad existe porque existe la viruela, las fiebres y demás enfermedades agudas. Si para tratar de salvar algunos árboles carcomidos, pudiésemos eliminar las tempestades, la consecuencia sería la destrucción y desaparición de los bosques. Tal es la estúpida actitud de lo hombres, quienes, para tratar de salvar (sólo momentáneamente!) la vida a algunos enfermos que no se consideran con fuerzas suficientes para resistir una crisis curativa, tratan de suprimir esta última, con lo cual acabarán, a la larga, con la existencia de la especie humana.

Las enfermedades son un mal cuyo objeto es evitar otro mal más grande. Quizá sea a la caspa que se deba que todos los hombres no sean calvos. El animalito que nos obliga a rascarnos constantemente, causa un masaje favorable para el cuero cabelludo. Claro que mejor es no tener caspa, viruela, fiebres, etc., pero para ello deberíamos ser completamente sanos, lo cual está muy lejos de ser una realidad. Las crisis curativas, o enfermedades agudas, son convenientes, pero deben ser *espontáneas, naturales,* pues tratar de provocarlas artificialmente (como en el caso de la vacuna) es tan absurdo como sería tratar de provocar las enfermedades crónicas e incurables, para librarnos de los degenerados.... Nuestra misión no es suprimir a estos últimos, sino mejorarlos; tratar de curar la especie humana en general, para que las enfermedades agudas no sean necesarias, ni mucho menos lo sean las enfermedades crónicas. La humanidad, cada individuo, tiene un depósito más o menos grande de substancias extrañas que se va aumentando cada vez más, con la herencia, con nuestra absurda manera de vivir, y con los medicamentos que tomamos. Aunque las enfermedades son convenientes para reducir ese depósito de substancias extrañas, lo lógico es vivir racional, natural y sencillamente, para no tener ese depósito, y que dichas enfermedades no sean necesarias.

LA ALIMENTACION NATURAL

Que vuestro alimento sea vuestra única medicina, y que vuestra única medicina sea vuestro alimento.
Hipócrates.

La regeneración de la humanidad no se logrará hasta que los hombres no se resuelvan a mantenerse sino puramente de alimentos frescos y crudos del reino vegetal.
Elmer Lee.

Abmorticinus abstineto
Ab animalibus abstineto.
Pitágoras.

Por todo lo más sagrado que existe en nuestras esperanzas por el género humano, suplico a todos los que deseen el bien de la Humanidad, y que amen la verdad, que examinen imparcialmente las teorías vegetarianas.
Shelley.

Ni uno solo de los argumentos que sacan en contra del vegetarismo, resiste a un examen honrado y sincero.
Mauricio Maeterlink.

N mi libro "El Vegetarismo" he demostrado que el hombre, por naturaleza, no es carnívoro, sino fitófago:

1). Porque los niños, que tienen instintos más puros y delicados que los adultos, piden con delirio las frutas, y en cambio rechazan las carnes. "Para demostrar que el gusto a la carne no es natural en el hombre, baste ver la indiferencia con que los niños miran todo alimento de carne, así como la afición que demuestran por el alimento natural." (Rousseau.)

2). Porque la medicina naturista o naturoterapia, que es la más científica y avanzada de todas, nos enseña que la carne es la causa principal de las enfermedades y de la degeneración humana, en tanto que los vegetales, y sobre todo las frutas, son el alimento más sano y conveniente. (Kuhne, Kneipp, Bilz, Just, Platen, etc.) "¡Oh mortales, no sigáis envenenando vuestro cuerpo con un alimento tan repulsivo!" (Pitágoras.)

3). Porque la misma medicina facultativa, no obstante haber sido siempre gran partidaria de la carne, hoy por boca de sus más ilustres representantes la rechaza como perjudicial para la salud

humana. (Lahmann, Metchnikoff, Kleinschrodt, Huchard, Birchner, Irwin Fisher, Pouchet, Haig, etc., etc.) "El alimento animal del cual abusamos cada día más, no es un alimento: es un envenenamiento contínuo." (Huchard.)

4). Porque la historia nos demuestra que los pueblos que no se alimentaban con carne, fueron antiguamente los más poderosos y civilizados, habiendo comenzado a decaer cuando empezaron a hacer uso de la carne en la alimentación. (Romanos, Griegos, etc.) "La alimentación vegetal ejerce influencia saludable en la harmonía del cuerpo y en la belleza del alma." (B. de S. Pierre.)

5). Porque la estadística nos demuestra que actualmente son los obreros que no comen carne, los más laboriosos, los más fuertes y sanos, y los más pacíficos (obreros turcos, indos y chinos).

6). Porque la anatomía nos demuestra que el hombre no es carnívoro, sino frugívoro. "Frutas y plantas comestibles constituyen el alimento más apropiado para el hombre." (Linneo.) "Toda la estructura del cuerpo humano, hasta en sus más insignificantes detalles, corresponde a una alimentación vegetal." (Cuvier.)

7). Porque la antropología nos demuestra que "el hombre es pariente del mono" (Haeckel), y que "nuestros antepasados vivían sobre los árboles." (Darwin.)

8). Por razones económicas, pues a medida que pasa el tiempo, la alimentación de carne será cada día más cara (Sponheimer, May, Konig)., y además la carne, tras de causar enfermedades, con la irritación que produce trae ciertos vicios como el del tabaco y el del alcohol, todo lo cual es dispendioso. "El que como yo, sólo de pan, agua y frutas se alimenta, no necesita del ayuda de nadie para vivir." (Franklin). "La misma extensión de terreno que como sabana, esto es, cultivada con pasto, puede mantener diez hombres en segundo término con la carne de los animales que se hayan mantenido allí, cultivada con frijoles, lentejas, chícharos y cebada, podría alimentar cien hombres." (Humboldt.)

9). Por razones religiosas, pues todas las grandes religiones prohiben comer carne y ordenan "no matar." "Y Dios dijo: He aquí os he dado para vuestro alimento toda yerba que hace simiente y todo árbol que dé fruto y haga simiente" (Génesis 1,29.)

10). Porque son y han sido exclusivos fitófagos muchos de los más fuertes y sublimes pensadores: Buda, Confucio, Zoroastro, Loatse, Maneto, Mahoma, Cristo, Moisés, Empedocles, Pitágoras, Plutarco, Séneca, Homero, Platón, Sócrates, Porfirio, Lucrecio, Cicerón, Horacio, Eurípides, Leonardo da Vinci, Giordano Bruno, Gassendi, Flanklin, St. Pierre, Shelley, Michelet, Baltzer, Tolstoy, Reclus, Franz Hartmann, Bernhard Shaw, Carmen Sylva, Zamenhof, etc., etc. Se distinguieron mucho combatiendo el carnivorismo. Voltaire, Rousseau, Wagner, Schopenhauer, Hufeland, Humboldt, Leibnitz, Linneo, Cuvier, Nietzsche, Newton, Milton, Byron, Bella-

my, Edison, Tesla, Littré, etc. Al pintar Cervantes al hombre superior alimentándose de frutas, nueces y raíces, y al hombre ordinario alimentándose de cerdo y otras carnes, rompió con ello lanzas en favor del fitofagismo, como el alimento ideal. Otro tanto hizo Goethe protestando contra esa infamia que se llama cacería. "La razón por la cual debemos considerar la abstinencia de comer carne, como el acto fundamental de la vida moral, se nos ha demostrado admirablemente durante la existencia del hombre sobre la tierra, por boca de todos los mejores representantes del género humano." (León Tolstoy.)

11). Por razones de estética que a nadie se escapan, la carne es repulsiva a la vista y al olfato, en tanto que las frutas son todo lo contrario. "Vendrá el día en que los hombres abominarán el consumo de la carne, del mismo modo que nosotros hoy abominamos la antropofagía." (Lamartine.)

12). Por razones de moral personal (individual), pues, como lo he demostrado en otra parte, la carne no solamente es un estimulante para ciertos vicios, sino que posee, como el alcohol, substancias que predisponen al crimen. "Todos los grandes comedores de carne son, por lo general, más crueles que los demás hombres...." "Los bandidos y asesinos acostumbran comer carne, para endurecerse la conciencia." (Rousseau.) "Es un hecho irrefutable que al rechazar la alimentación carnívora, el hombre siente irremisiblemente la inclinación a abandonar el alcohol y todo excitante." (Maeterlink.)

13). Por razones de moral general, pues, el hecho de comer carne implica la destrucción de animales, y ya sabemos que destruir vidas constituye la más grave ofensa que se puede hacer a la moral (ley de la conservación de la vida). "Por más que todos los lobos y buitres del mundo aprobasen el uso de la carne, nosotros no convendríamos en que ello fuese justo" (Porfirio). "¡Oh asesino desnaturalizado que os llamáis hombre y que sois cien veces más salvaje que las fieras, ¿quién os obliga a derramar sangre de inocentes animales? ¿Por qué matáis y martirizáis tan cruelmente a esos seres mansos que no hacen daño a nadie, sino que os son tan útiles en las faenas de la vida, os ayudan en vuestras labores, se hacen vuestros fieles compañeros y os dan su lana para vestiros y su leche para alimentaros? ¿Qué más exigís de ellos? ¿Por qué los matáis también? ¿No produce acaso la tierra suficiente fruto para vuestro alimento?" (Plutarco). "La vida de los animales es divina, pues toda vida es divina. Los animales son nuestros hermanos, y aunque hermanos menores, nosotros no tenemos el derecho de matarlos para satisfacer nuestro gusto pervertido." (Leadbeater.)

14). Por razones de lógica, pues, nuestro padre ancestral, llámesele Adán, llámesele Antropiteco, o como se le quiera llamar, carecía del fuego y del cuchillo, y por lo tanto no ha podido ser

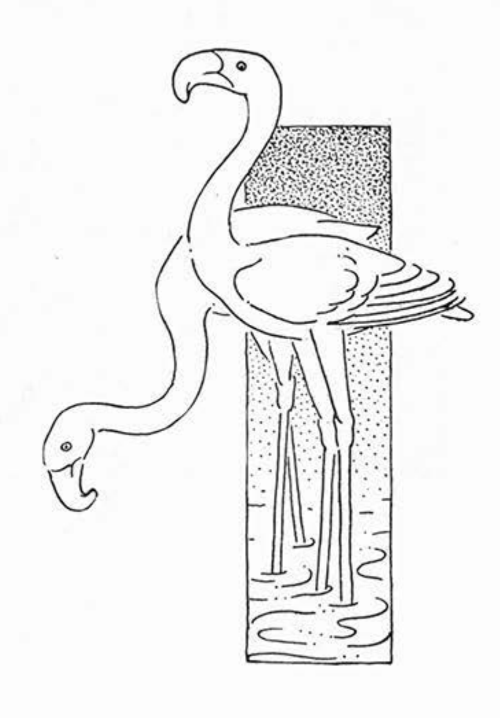
carnívoro, sino únicamente frugívoro y crudívoro (apirotrofago.) Los caníbales o antropofagos no constituyen el tipo ancestral, como algunos erróneamente han creído, pues está demostrado que ellos sólo constituyen una forma de la degeneración humana. "En los tiempos primitivos se consideraba la carne como comida infame, y como el más horroroso de los crímenes, matar animales y devorarles sus nobles miembros." (Empedocles.)

15). Porque si es cierto que desgraciadamente el hombre, a causa de su absurda alimentación, ha pervertido su naturaleza de tal manera que hoy se le hace difícil poder volver al régimen frugívoro, también es cierto que con un poco de buena voluntad, la humanidad puede llegar otra vez a alimentarse únicamente de frutas. La prueba de ellos es que existen muchas personas que a pesar de haber sido carnívoras o descendientes de carnívoros, no solamente han logrado convertirse en frugívoras, sino que con este sistema se encuentran mucho mejor, física y moralmente, que cuando comían carne. Cierto que hay personas que a causa de haber estado alimentándose de carne por toda su vida, al fin se pervierten de tal suerte su naturaleza, que no pueden abandonar la alimentación de carne sin experimentar trastornos fisiológicos. Tal aconteció al gran filósofo Spencer, según nos lo cuenta él mismo en su "Autobiografía." Pero esto no pasa sólo con la carne, sino con muchos otros venenos. Sabido es que ningún viejo y contumaz bebedor puede abandonar el vicio del licor, sin experimentar también graves trastornos fisiológicos; y aun se ha visto que muchos contumaces bebedores y hasta fumadores, han muerto a causa de haber dejado el vicio repentinamente. Mas ello no quiere decir que el alcohol ni el tabaco sean buenos para la salud, como tampoco quiere decir que la carne sea buena para la salud el hecho de que algunos comedores de carne, por tener ya su naturaleza enviciada, no puedan prescindir de ella. El comedor de carne se encuentra exactamente en el mismo caso que el tomador de alcohol. Uno y otro tienen su naturaleza pervertida, y es por ello que no pueden dejar de ingerirse dichas repugnantes, asquerosas y abominables substancias.

Si el comedor de carne, o el tomador de alcohol, no hubiesen tenido nunca la oportunidad de ingerirse por primera vez esas substancias, jamás se habría pervertido su naturaleza, y no tendrían más tarde que exponerse a los perjuicios fisiológicos que causa todo cambio violento de género de vida viciosa. Esto nos enseña que las madres jamás deben permitir que sus hijos coman carne, tomen licor, ni fumen, para que mañana no les sea molesto tener que abandonar esos vicios. Por mucho tiempo se creyó que el alcohol era un alimento; hoy se sabe que es tan sólo un excitante. Pues bien, la carne es otro excitante como el alcohol. Ambos son igualmente innecesarios, igualmente perjudiciales e igualmente viciosos, pues con el uso se hacen aparentemente necesarios.

Las costumbre de comer carne es infame e inmoral. Ella es una de las formas en que el hombre se separa del medio natural y pervierte su propia naturaleza, contrariando así la ley de la conservación de la vida (la moral). Tal costumbre es también la causa principal de las guerras, pues ha dado al hombre sangre de tigre.

Aunque la costumbre de comer carne ha sido combatida por todos los hombres superiores de la antigüedad, hay que convenir en que tan degradante costumbre no se había combatido sistemáticamente, es decir, por medio de sociedades y de prédicas, en los tiempos modernos. Ya el mismo Voltaire se había quejado de esto diciendo: "Es increíble que no se encuentre entre nosotros un moralista o predicador que haga sentir más severamente su protesta contra esa vergonzosa costumbre de comer carne."



NAPOLEON Y BOLIVAR

POR JUAN MONTALVO

STOS dos hombres son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira a la guerra y la política, unos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleón salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella y revistiéndose de su fuerza le dió tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido Dios hecho hombre, fué omnipotente; pero su encargo no era la redención, sino la servidumbre. Napoleón fué el dios de los abismos que corrió la tierra deslumbrando con sus siniestros resplandores. Satanás, echado al mar por el Todopoderoso, nadó cuarenta días en medio de las tinieblas en que gemía el universo, y al cabo de ellos ganó el monte Cabet, y en voz terrible se puso a desafiar a los ángeles. Esta es la figura de Napoleón: va rompiendo por las olas del mundo, y al fin sale, y en una alta cumbre desafía a las potestades del cielo y de la tierra. Emperador, rey de reyes, dueño de pueblos, ¿qué es, quién es ese sér maravilloso? Si el género humano hubiera mostrado menos cuanto puede acercarse a las gentes superiores, por la inteligencia con Platón, por el conocimiento de lo desconocido con Newton, por la inocencia con San Bruno, por la caridad con San Carlos Borromeo, podríamos decir que nacen de tiempo en tiempo hombres imperfectos por exceso, que por sus facultades atropellan el círculo donde giran sus semejantes. En Napoleón hay algo más que en los otros, algo más que en todos: un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno, ¿qué de más hay en esta naturaleza rara y admirable? "Mortal, demonio o ángel," se le mira con un como temor supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratísima, tomada el alma de ese afecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastorno cual nunca se ha visto otro; le echa mano a la revolución, la ahoga a sus pies; se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia. Los reyes dan diente con diente, pálidos, medio muertos; los troncos crujen y se desbaratan; las naciones alzan el rostro, miran espantadas al gi-

gante y doblan la rodilla. ¿Quién es? ¿De dónde viene? Artista prodigioso, ha refundido cien coronas en una sola, y se echa a las sienes esta descomunal presea; y no muestra flaquear su cuello, y pisa firme, y alarga el paso, y poniendo el pie en su reino, el otro en otro reino, pasa sobre el mundo, dejándolos marcados con su planta como a otros tantos esclavos. ¿Qué parangón entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y otro, activo, puro, vasto, atizándolo a la continua esa vestal invisible que la Providencia destina a ese hogar sagrado; el corazón era en uno y otro, de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argos, éso que relampaguea como un genio sobre las murallas de Erix; uno y otro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales, ¿en qué se diferencian? En que el uno se dedicó a destruir naciones, el otro a formarlas; el uno a cautivar pueblos, el otro a libertarlos; son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo. Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo: vese humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor que destruye con su fuego a los tiranos, e infunde vida a los pueblos, muertos en la servidumbre: el yugo que es tumba; los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

Napoleón surge del hervidero espantoso que se estaba tragando a los monarcas, los grandes, las clases opresoras; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos. Bolívar, otro que tal, nace del seno de una revolución cuyo objeto era dar al través con los tiranos y proclamar los derechos del hombre en un vasto continente: vencen entrambos: el uno continúa el régimen antiguo, el otro vuelve realidades sus grandes y justas intenciones. Estos hombres, tan semejantes en la organización y el temperamento, difieren en los fines, siendo una misma la ocupación de toda su vida: la guerra. En la muerte vienen también a parecerse: Napoleón encadenado en medio de los mares; Bolívar a orillas del mar, proscrito y solitario. ¿Qué conexiones misteriosas reinan entre este elemento sublime y los varones grandes? Parece que en sus vastas entrañas buscan el sepulcro, a él se acercan, en sus orillas mueren: la tumba de Aquiles se hallaba en la isla de Ponto. Sea de esto lo que fuere, la obra de Napoleón está destruída; la de Bolívar próspera. Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior a Napoleón: si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efímeras, Bolívar es superior a Napoleón. Mas como no sean

las virtudes y sus fines los que causan maravilla primero que el crimen y sus obras, no seré yo el incauto que venga a llamar ahora hombre más grande al americano que al europeo· una inmensa carcajada me abrumaría, la carcajada de Rabelais que se ríe por boca de Gargantúa, la risa del desdén y la fisga. Sea porque el nombre de Bonaparte lleva consigo cierto misterio que cautiva la imaginación; sea porque el escenario en que representaba ese trágico portentoso era más vasto y esplendente, y su concurso aplaudía con más estrépito; sea, en fin, porque prevaleciese por la inteligencia y las pasiones girasen más a lo grande en ese vasto pecho, la verdad es que Napoleón se muestra a los ojos del mundo con estatura superior y más airoso continente que Bolívar. Los siglos pueden reducir a un nivel a estos dos hijos de la tierra, que en una como demencia acometieron a poner monte sobre monte para escalar el Olimpo. El uno, el más audaz, fué herido por los dioses y rodó al abismo de los mares; el otro, el más feliz, coronó su obra, y habiéndolos vencido se alió con ellos y fundó la libertad del Nuevo Mundo. En diez siglos Bolívar acrecerá lo necesario para ponerse hombro a hombro con el espectro que, arrancado de la tierra, hiere con la cabeza la bóveda celeste.

¿Cómo sucede que Napoleón sea conocido por cuantos son los pueblos, y su nombre resuene lo mismo en las naciones civilizadas de Europa y América que en los desiertos del Asia, cuando la fama de Bolívar apenas está llegando sobre ala débil a las márgenes del Viejo Mundo? Indignación y pesadumbre causa ver cómo en las naciones más ilustradas y que se precian de saberlo todo, el libertador de la América del Sur no es conocido sino por los hombres que nada ignoran, donde la mayor parte de los europeos oye con extrañeza pronunciar el nombre de Bolívar. Esta injusticia, esta desgracia provienen de que con el poder de España cayó su lengua en Europa, y nadie la lee ni cultiva si no son los sabios y literatos poliglotos. La lengua de Castilla, ésa en que Carlos V daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, ésa que traducían Corneille y Moliére; la lengua de Castilla, ésa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra, es en el día asunto de pura curiosidad para los anticuarios; se la descifra, bien como una medalla romana encontrada entre los escombros de una ciudad ruina. ¿Cuándo volverá el reinado de la reina de las lenguas? Cuando España vuelva a ser la señora del mundo; cuando de otra obscura Alcalá de Henares salga otro Miguel de Cervantes; cosas difíciles, por no decir del todo inverosímiles. Lamartine, que no sabía el español ni el portugués, no vacila en dar la preferencia al habla de Camoens, llevado más del prestigio del poeta lusitano que de la ley de la justicia. La lengua en que debemos hablar con Dios ¿a cuál sería inferior? Pero no entienden el castellano en Europa, cuando no hay galopín que no lea el francés, ni buhonero

que no profese la lengua de los pájaros. Las lenguas de los pueblos suben o bajan con sus armas; si el Imperio alemán se consolida y extiende sus raíces allende los mares, la francesa quedará velada y llorará como la estatua de Niobe. No es maravilla que el renombre de un héroe sudamericano halle tanta resistencia para romper por medio del ruido europeo.

Otra razón para esta obscuridad, y no menor, es que nuestros pueblos en la infancia no han dado todavía de sí los grandes ingenios, los consumados escritores que con su pluma de águila, cortada en largo tajo, rasgueen las proezas de los héroes y ensalcen sus virtudes, elevándolos con su soplo divino hasta las regiones inmortales. Napoleón no sería tan grande si Chateaubriand no hubiera tomado sobre sí el alzarle hasta el Olimpo con sus injurias altamente poéticas y resonantes; si de Stael no hubiera hecho gemir el mundo con sus quejas, llorando la servidumbre de su patria y su propio destierro; si Manzoni no le hubiera erigido un trono con su oda maravillosa; si Byron no le hubiera hecho andar tras Julio César como gigante ciego que va tambaleando tras un dios; si Víctor Hugo no le hubiera ungido con el aceite encantado que este mágico celestial extrae por ensalmo del haya y del roble, del mirto y del laurel al propio tiempo; si Lamartine no hubiera convertido en rugido de león y en gritos de águila su tierno arrullo de paloma cuando hablaba de su terrible compatriota· si tantos historiadores, oradores y poetas no hubieran hecho suyo el volver Júpiter tonante a su gran tirano, ese Satanás divino que los obliga a la temerosa adoración con que le honran y engrandecen.

No se descuidan, desde luego, los hispanoamericanos de las cosas de su patria, ni sus varones ínclitos han caído en el olvido por falta de memoria. Restrepo y Larrazábal han tomado a pechos el trasmitir a la posteridad las obras de Bolívar y más próceres de la emancipación; y un escritor eminente, benemérito de la lengua hispana, Baralt, imprime las hazañas de esos héroes en cláusulas rotas, a la grandiosa manera de Cornelio Tácito, donde la numerosidad y armonía del lenguaje dan fuerza a la expresión de sus nobles pensamientos y los acendrados sentimientos de su ánimo. Restrepo y Larrazábal, autores de nota en los cuales sobresalen el mérito de la diligencia y el amor con que han recogido los recuerdos que deben ser para nosotros un caudal sagrado; Baralt, pintor egregio, maestro de la lengua, ha sido más conciso, y tan sólo a brochazos, a bulto, nos ha hecho su gran cuadro. Yo quisiera uno que en lugar de decirnos: "El 1.° de junio se aproximó Bolívar a Carúpano. . . ." le tomase en lo alto del espacio, *in pride of place,* como hubiera dicho Childe Harold, y nos le mostrase allí contoneándose en su vuelo sublime. Pero la musa de Chateaubriand anda dando su vuelta por el mundo de los dioses, y no hay todavía indicios de que vengan a glorificar nuestra pobre morada.

WASHINGTON Y BOLIVAR

L renombre de Washington no finca tanto en sus proezas militares cuanto en el éxito mismo de la obra que llevó adelante y consumó con tanta felicidad como buen juicio. El de Bolívar trae consigo el ruido de las armas, y a los resplandores que despide esa figura radiosa vemos caer y huir y desvanecerse los espectros de la tiranía; suenan los clarines, relinchan los caballos, todo es guerrero estruendo en torno al héroe hispanoamericano; Washington se presenta a la memoria y la imaginación como gran ciudadano antes que como gran guerrero, como filósofo antes que como general. Washington estuviera muy bien en el Senado romano al lado del viejo Papiro Cúrsor, y en siendo monarca antiguo, fuera Augusto, ese varón sereno y reposado que gusta de sentarse en medio de Horacio y Virgilio, en tanto que las naciones todas giran reverentes alrededor de su trono. Entre Washington y Bolívar hay de común la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vió coronarse su obra; ahí está la diferencia de esos dos varones perilustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro. Bolívar, en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabía dónde ir a buscarlo; su amor inapeable hacia la patria; ese punto de honra subido que obraba en su pecho; esa imaginación fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituían su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible, le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro del mundo real. Caudillo inspirado por la Providencia, hiere la roca con su varilla de virtudes, y un torrente de agua cristalina brota murmurando afuera; pisa con intención, y la tierra se puebla de numerosos combatientes, esos que la patrona de los pueblos oprimidos envía sin que sepamos de dónde. Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aun antes de su emancipación de la madre Inglaterra; en faltando su caudillo, cien Washingtons se hubieran presentado al instante a llenar ese vacío, y no con la desventaja. A Washington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jefferson, Madison, varones de alto y profundo consejo; Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro de los tiranos, arranca el rayo a las nubes: *Eripui coelo fulmen sceptrumque tyrannis*. Y éstos y todos

los demás, cuán grandes eran y cuán numerosos se contaban, eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico Bolívar tuvo que domar a sus tenientes, que combatir y vencer a sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independencia, al paso que batallaba con las huestes españolas y las vencía o era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

Washington se presenta más respetable y majestuoso a la contemplación del mundo, Bolívar más alto y resplandeciente: Washington fundó una república que ha venido a ser después de poco una de las mayores naciones de la tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nación; pero, menos feliz que su hermano primogénito, la vió desmoronarse, y aunque no destruída su obra, por lo menos desfigurada y apocada. Los sucesores de Washington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamás pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un jirón de púrpura sobre sus cicatrices; los compañeros de Bolívar todos acometieron a degollar a la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía. En tiempo de los dioses, Saturno devoraba a sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo a ciertos hijos devorar a su madre. Si Páez, a cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparación tocante a esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como había además que mentar a un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho, del héroe de la guerra y las virtudes, vuelvo a mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignación mía. Washington, menos ambicioso, pero menos magnánimo; más modesto, pero menos elevado que Bolívar. Washington, concluída su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehusa los millones ofrecidos por la nación peruana. Washington rehusa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y cual un patriarca se retira a vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos; enemigos, no los tuvo, ¡hombre raro y feliz! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene a molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sudamericanos. Washington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Conocimientos Utiles

EL GARBANZO.—SU CULTIVO EN ESPAÑA

(Sugestiones para la agricultura nacional)

I

EXIGENCIAS Y MEDIO

1. ESPECIES Y VARIEDADES

Las dos especies de cultivo son: el común, *Cicer arietinum,* de semilla amarilla, más o menos redondeada, y de flor blanca, y el *Cicer rubrum,* de semilla roja o negra y de flor ocrácea y amarilla.

Variedades se conocen diversas, siendo las más extendidas en el cultivo: la común, la castellana, la Alfarnate, cultivada en Málaga especialmente; la Carriol, de cultivo en Castellón de la Plana; la blanca, la rosada, la roja forrajera, la mulata, etc.

Por su división geográfica, las variedades cultivadas en las distintas provincias de España son las siguientes: la común, en Burgos; variedad redonda, en Soria, en Teruel, en Murcia, en Granada; en Badajoz, el garbanzo de grano grueso redondo; en Segovia, el castellano y ribereño zamorano; en Avila, el castellano y de la Moraña; en Alicante, la variedad pequeña del país y de Fuentesaúco, que degeneran pronto; en Castellón, además de la común, la castellana y de Carriol; en Málaga, la variedad llamada Alfarnate, tierno y de muy buen aspecto y cochura, y la común; en Almería, la variedad pequeña del país y la castellana, que, al igual que en buena parte de Andalucía y Levante, degenera pronto; en Sevilla, la variedad garbanzas y los mulatos, para alimento del ganado, así como los garbanzos duros castellanos, para la siembra; en Cádiz, estas últimas variedades duras; en Córdoba, variedades duras para la siembra, del país, pequeños y blandos, y negros para el ganado, y en Canarias, las garbanzas de grano grueso y blando y la variedad morena, de difícil cocción y propia para alimento del ganado, aunque en algunos lugares se consume por el hombre.

En las provincias de Zaragoza, Coruña, Pontevedra, Oviedo, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa, Barcelona, Tarragona, Valencia y Baleares no figura extensión alguna cultivada de garbanzo en las estadísticas oficiales, y, en realidad, en la mayor parte de ellas la planta es desconocida, y sólo en algunas, como Tarragona y Valencia, por rara excepción, puede hallarse una pequeñísima parcela.

En las provincias de Huesca, Logroño, Lugo, Orense y Navarra se cultiva muy poco, y las variedades empleadas son las procedentes de Castilla, de Andalucía—duros de siembra—y de México.

Con relación a las variedades amarillas de buena cocción, procedentes de México, ocurre que, empleándose en gran cantidad en algunos años, tanto para el consumo como para la siembra, se oculta su procedencia porque tienen algún desmerecimiento en el mercado. Algunas variedades amarillas ofrecen diferencias de aspecto con relación a las nacionales y son reconocibles; pero otras no presentan diferencia apreciable y se venden y circulan como del país.

2. CLIMA

Del análisis de las regiones donde se cultiva el garbanzo con más éxito y en mayor extensión puede deducirse que, con exclusión de los climas *templados* y *húmedos,* en los demás vegeta en buenas condiciones esta leguminosa.

Podemos, pues, fijar el clima conveniente al garbanzo, por exclusión, diciendo que, exceptuando los del litoral templados y húmedos y los excesivamente fríos —Soria, Teruel, Cuenca—, en los demás vegeta el garbanzo en buenas condiciones. Aun se puede agregar que en los países más fríos, por ser cultivo de primavera, puede, retrasándose la siembra, extenderse perfectamente el área geográfica de la leguminosa que nos ocupa. Esto por lo que concierne a temperatura y humedad ambiente.

En resumen: no son climas propios para el cultivo del garbanzo los templados y húmedos y los muy secos con gran evaporación. En los climas templados no húmedos —Sevilla, Badajoz, Canarias— se produce perfectamente, y en los secos con poca evaporación —Zamora, 296 milímetros de agua caída y 3 de evaporación; Salamanca, 284 y 2,7, respectivamente—, las condiciones vegetativas del garbanzo son también excelentes.

Podemos, pues, establecer, como consecuencia importante de lo que precede, que el cultivo del garbanzo puede extenderse considerablemente, ya que su área geográfica en España es dilatadísima, y añadir, de pasada, que existe conveniencia en hacerlo así, puesto que la producción nacional es insuficiente, como ya hicimos notar y luego confirmaremos, y el cultivo de esta leguminosa pre-

senta ventajas indudables, anotadas anteriormente, que hacen recomendable su inclusión en las alternativas con los cereales.

En los climas de primavera y verano secos puede auxiliarse el cultivo con riegos.

3. TERRENO

La composición del terreno es tal vez el factor más importante en el cultivo del garbanzo, hasta el punto de ser la determinante de sus condiciones comestibles. Hasta tal grado influye esta composición, que la clasificación de garbanzos duros y blandos es el terreno quien la hace, independientemente de la semilla empleada.

Las tierras sueltas y de consistencia media, en las que la arcilla no es preponderante, los garbanzos, aun utilizando semilla dura, son blandos y gruesos. En contrario, en los suelos arcillosos los productos obtenidos son duros, empléense o no garbanzos de esa naturaleza como simiente. Tiene, pues, interés primordial la elección del terreno, según se desee obtener garbanzos comestibles o blandos y de fácil cocción, o duros, de cocción difícil y propios para la siembra.

La característica del terreno, por lo tanto, para obtener garbanzos blandos, de fácil cocción, es la silíceo-arcilloso-caliza, no muy rico en materia orgánica, que, favoreciendo el desarrollo de la parte foliácea y precipitando su aparición, hace a la planta más vulnerable a los ataques criptogámicos.

La orientación del terreno también tiene una gran influencia, así como su situación con respecto a manantiales de humedad ambiente (arroyos, ríos, etc.), tan influyentes en las condiciones de higroscopicidad en los momentos de la salida del Sol, que son los de mayor influjo en la patología del garbanzo. La orientación al saliente es la más perjudicial, porque la planta recibe con los primeros rayos del Sol, rápidamente, una gran cantidad de calor, que, combinado a la humedad mañanera, determina condiciones favorables a la vida de los microorganismos que atacan los tejidos vegetales del garbanzo. A igual efecto pernicioso conduce la situación de los terrenos en lugares hondos y protegidos de los vientos en donde no contribuyen las corrientes de aire al oreo de las plantas antes que los rayos del Sol incidan enérgicamente sobre las hojas de las mismas.

Por cooperar a los efectos perjudiciales anotados, no es conveniente la proximidad de grandes masas de agua a los garbanzales, y en los terrenos en que esta condición se dé, debe procurarse la orientación Norte de los mismos.

Para la obtención de garbanzos duros, destinados a la siembra, las tierras mejores son las propias del cultivo del trigo, esto es, de

miga, y de característica arcillo-silícea-caliza, prefiriendo los terrenos de esa naturaleza menos húmedos y abrigados o las localidades de temperatura media estival más elevada.

II

TECNICA DEL CULTIVO

1. LABORES

La preparación del terreno puede hacerse a partir de la siembra de los cereales en el otoño; pero es conveniente anticiparse con una labor de grada, inmediatamente después de la recolección de éstos, para que puedan los terrenos destinados a garbanzales recoger las aguas de lluvia otoñales. Bien conocemos que a esta práctica se opone la costumbre del agricultor de aprovechar la rastrojera de los cereales para la alimentación del ganado; mas una réflexión elemental le dirá que vale más el agua almacenada, y la facilidad de comenzar las labores en cualquier tiempo posterior, que la utilidad que la rastrojera le reporta.

De no realizar la operación de romper la costra en el verano, debe anticiparse todo lo posible la primera labor en el otoño, empleando para ella el arado de vertedera, que alcance una profundidad de 12 a 15 centímetros. Después debe darse al terreno un pase de grada, y otro a continuación de una época de lluvias, si se registra con anterioridad al mes de diciembre, en el que se debe proporcionar al suelo la segunda vuelta de arado y pase de grada subsiguiente. En febrero, otro pase de grada.

Preparado el terreno con los dos pases de arado de vertedera y los tres de grada, se ha realizado una labor incomparablemente más eficaz que con los dos o tres de arado romano que en el cultivo tradicional se considera como suficiente.

2. ABONOS

Antes de la última labor de grada deben extenderse los abonos, pues la práctica ha aconsejado que esta distribución ha de realizarse con la mayor anticipación posible al día de la siembra, que para el garbanzo viene por tradición, siendo uno de los del mes de marzo o primeros de abril, ya que el adagio popular dice que por San Marcos el garbanzal ni nacido ni por sembrar.

Del análisis químico de los garbanzos resulta que los principios fertilizantes levantados por 1,000 son (1):

---

(1) Datos medios de análisis, realizados por las Estaciones agronómicas de Madrid, de Hamburg-Horn y Estación de Agricultura de Arévalo.

Nitrógeno.	35,28
Potasa.	9,51
Acido fosfórico.	9,40
Cal.	1,39

Del anterior resultado medio se deduce que no es muy exigente en elementos de fertilidad, y que la opinión extendida de que es planta esquilmadora no tiene ninguna razón sólida en qué apoyarse, corroborada por la consideración de que, por tratarse de planta de poco porte, tampoco por la cantidad total de productos obtenidos (grano y paja) pueden resultar esos efectos agotantes del suelo.

Sin embargo, el garbanzo no enriquece en tanta medida como las demás plantas leguminosas el terreno en nitrógeno, ya que realiza la función fijadora de ese elemento atmosférico con menos intensidad. En la alternativa con las cereales, la tierra queda, por tanto, menos fertilizada que con las habas, los guisantes y las algarrobas, y esta debe ser la causa de sostener—deducida de la observación de efectos relativos— la función esquilmante del garbanzo en las tierras de su cultivo.

Dedúcese también, de esto, que se hace necesario adicionar abonos nitrogenados a las tierras para garbanzales, no sólo para compensar su defectuosa asimilación del nitrógeno atmosférico, sino para proporcionar este elemento en forma de fácil asimilación, dado que el corto período vegetativo del garbanzo hace muy conveniente el auxilio químico en sus períodos de desarrollo, muy reducidos si se comparan con los análogos de las cereales.

Esta adición de nitrógeno será, pues, muy útil en los climas de nitrificación poco activa, esto es, en los fríos y secos; pero no debe generalizarse, ya que en los templados la nitrificación es tan activa, que incluso no es necesario abonar con principios nitrogenados (1) ni las cereales.

a) *Abonos orgánicos*

El efecto de los abonos orgánicos se puede considerar poco eficaz desde el punto de vista de surtir de elementos de fertilidad; pues por ser muy rápidas las fases vegetativas del garbanzo, no tiene tiempo el estiércol de realizar las transformaciones necesarias para hacer solubles los principios que en estado insoluble no pueden ser asimilados directamente por el vegetal. La existencia de abono orgánico muy descompuesto, o sea con su transformación

(1) Experiencias realizadas por el ingeniero agrónomo don Eduardo Noriega, en Jerez de la Frontera, mediante análisis sistemáticos de las aguas de riego en cajas de vegetación exentas de nitratos procedentes de abonos y presentándolos, sin embargo, en gran cantidad.

en inorgánico muy avanzada, es, naturalmente, beneficiosa; pero la adición de estiércol fresco no produce en los garbanzales los efectos de fertilización deseados, y en cambio puede determinar un exceso de elementos verdes en el vegetal, muy favorables a los ataques criptogámicos.

b) *Abonos químicos*

Debe, por lo expuesto anteriormente, reducirse el abonado del garbanzal al empleo de abonos químicos, que, por su propiedad de ser utilizados rápidamente, sin necesarios cambios previos de su naturaleza, están especialmente indicados, no sólo en el caso que nos ocupa, sino en todos aquellos que sea conveniente o necesario procurar elementos constitutivos del organismo a formar con una celeridad incompatible con el lento proceso biológico de las desintegraciones orgánicas.

Dentro del orden relativo, los principios fertilizantes que coadyuvan a la formación del fruto con los de mayor importancia en la fórmula de abono del garbanzal, ya que la relación del fruto a la paja en el cultivo que nos ocupa es más estricta que en los cereales y en otras leguminosas del gran cultivo. En efecto, mientras que en el garbanzo la relación media de fruto a paja es de $\frac{15 \text{ Hl.}}{17 \text{ qq.}}$, en los productos que siguen es:

Trigo, $\frac{12}{35}$; centeno, $\frac{22}{34}$; guisante, $\frac{14}{29}$; habas, $\frac{14}{37}$; alverja, $\frac{14}{20}$.

De esto se deduce que, por la relación entre el fruto y la paja, este cultivo es más exigente relativamente a los que anteceden en los principios necesarios a una buena fructificación, entre los cuales el ácido fosfórico juega un principal papel.

Sin embargo, no está desprovisto de fundamento el adagio popular que dice que "donde hay paja hay grano." y es, por tanto, necesario no descuidar la producción de una robusta parte aérea verde, que es la que cumple las funciones vegetativas de respiración, transpiración, elaboración de la clorófila, de la savia, etc., íntimamente relacionadas con la producción de flores y de frutos, y, por tanto, en la fórmula de abono debe entrar, ya que la fijación de nitrógeno atmosférico en el garbanzo no se cumple con gran actividad, el abono nitrogenado en la forma más rápida de asimilación, habida cuenta de las consideraciones apuntadas con anterioridad, relativas al corto ciclo vegetativo del garbanzo.

De potasa están bien surtidas casi todas las tierras para las exigencias del garbanzo, y, por lo tanto, sólo por excepción será necesario hacer entrar este elemento fertilizante en la fórmula de abono.

De acuerdo con las consideraciones que anteceden, el abonado

del garbanzal debe constar de superfosfato de cal y de nitrato de sosa en las cantidades siguientes por hectara:

Superfosfato de cal $\frac{1}{20}$	300	kilogramos.
Nitrato de sosa....................	100	,,

El superfosfato de cal debe entregarse al terreno a seguida de la segunda labor de arado, con el fin de que la acidez de este producto químico no ataque a la delicada semilla del garbanzo, y el nitrato de sosa, unos veinte días después de nacidas las plantas. Si son de temer lluvias, cuando de añadir este último abono se trate, debe sólo entregarse al terreno la mitad de la cantidad señalada, y con posterioridad el resto, pues de caer agua abundante hay peligro de que el abono sea arrastrado a las capas inferiores del terreno y no ejerza su influencia sobre el sembrado, resultando completamente inútil el dispendio.

3. SIEMBRA

La siembra se realiza en los meses de marzo o abril, según tradición en las comarcas productoras, empleando para ello granos escogidos, de piel gruesa y lisa, conocidos con el nombre de garbanzos duros o garbanzos de siembra.

Las condiciones del producto dependen, ya lo hicimos constar, de las características de clima y terreno, no de la semilla empleada, que parece transmitir únicamente, en las circunstancias más favorables, su grueso. De aquí que el único esfuerzo que realizan los agricultores es el que se refiere a elegir las clases de menor número de garbanzos en onza, que, tanto en los blandos como en los duros, son los de más alto precio.

A. *Sistemas de siembra*

La siembra puede efectuarse a voleo, a chorrillo y a golpe, según la naturaleza del cultivo. A voleo se siembra el garbanzo moreno y negro, destinado a servir de alimento al ganado, cuyo cultivo no reúne las condiciones de esmero que se exigen con el garbanzo apropiado para la alimentación del hombre. La cantidad de simiente empleada en esta clase de sementera se acerca a 90 kilos por hectara.

Los garbanzos para siembra y los destinados al consumo se siembran generalmente a chorrillo, y con menos frecuencia a golpe, aunque esta forma de repartir la semilla sea muy recomendable, no sólo por la conveniente distribución de la misma, sino por la regularización que supone en la distancia de las plantas.

La cantidad de semilla empleada en la siembra a chorrillo es,

naturalmente, menor que a voleo, y oscila entre los 60 y 75 kilos, según la naturaleza del terreno.

La siembra a golpe, y la que se realiza por medio de sembradoras, reduce el gasto de semilla, por hectara, a 50 kilogramos, y sería muy conveniente por todos conceptos que se generalizara.

La siembra en terrenos de regadío se anticipa en un mes o dos a la realizada en secano, verificándose aquélla en los meses de enero o febrero; este cultivo es aún más expuesto y contingente que el de secano, pues, caso de sobrevenir lluvias abundantes de primavera, la flor del garbanzo, que es muy delicada, es arrastrada y destruída por las aguas, con lo que la cosecha queda anulada o, por lo menos, reducida en gran parte. Además, las lluvias del invierno, más abundantes que en marzo y abril, dañan a la semilla que no se desarrolla en un medio muy húmedo o lo hace defectuosamente. La práctica ha demostrado que el garbanzo no es planta que reciba algún beneficio de su cultivo en regadío. Solamente el regadío eventual, para sortear los peligros de una sequía persistente, puede ser un recurso estimable.

B. *Desinfección de semillas*

Sea cualquiera el procedimiento empleado para la siembra, es conveniente someter la semilla a la previa desinfección, para destruir las posibles esporas del hongo *Ascochyta pisi* (productor de la rabia de los garbanzales) que pudieran encontrarse sobre la cutícula de la semilla.

De las experiencias realizadas por el ingeniero director de la Estación de Patología vegetal de Madrid, don Leandro Navarro, resulta que la dosis de sulfato de cobre a emplear en disolución, para sumergir los garbanzos destinados a la siembra, que no altera el poder germinativo de los mismos, es el de un ½ por 100, o sea de 5 gramos de sulfato de cobre por litro de agua. El tiempo máximo que deben estar los garbanzos sumergidos en la disolución cúprica puede fijarse en unos diez minutos, aunque en la práctica bastan cinco, puesto que durante ese tiempo, como afirma el autor de las experiencias, quedan destruídas las esporas del hongo *Ascochyta pisi,* productor de la enfermedad denominada *rabia del garbanzo,* sin que se altere en lo más mínimo el embrión de la semilla.

Para preparar la disolución de sulfato de cobre es necesario tener en cuenta la cantidad de garbanzos a desinfectar, sabiendo que en cada 10 litros de agua se deben disolver 50 gramos de sulfato de cobre; esto es, en la proporción de 5 es a 1.000 Para preparar la disolución se debe disponer de una vasija de madera, echando, por ejemplo, en ella 20 litros de agua y 100 gramos de sulfato de cobre, que se disuelven perfectamente.

La operación de desinfectar la semilla puede hacerse de un día

para otro, tratando en la tarde del día anterior a la siembra la cantidad de garbanzos que van a ser utilizados al siguiente. El procedimiento más cómodo para el tratamiento consiste en valerse de una cesta de asa, en donde se colocan los garbanzos, sumergiendo el todo en la vasija que contiene la disolución de sulfato de cobre durante *cinco minutos,* extendiendo después los garbanzos sobre sacos durante toda la noche, para ser empleados al día siguiente. El señor avaro afirma que en ninguna de las plantas cuyas semillas han sido sometidas a este tratamiento ha tenido ocasión de apreciar durante la vegetación señales de invasión del hongo *Ascochyta pisi* (rabia de los garbanzales), si bien reconoce que no repitiendo las experiencias en diversidad de circunstancias y en una serie consecutiva de años, no puede asegurarse que una planta cuya semilla ha sido desinfectada no esté expuesta a ser atacada por la citada enfermedad.

Nosotros, en la Estación de Agricultura general de Arévalo, hemos repetido estas experiencias durante siete años, y, en efecto, no puede afirmarse que el procedimiento preconizado sea eficaz en absoluto para evitar la rabia de los garbanzales.

Mejores resultados hemos obtenido de retrasar la época de la siembra, realizando ésta a últimos del mes de mayo. Resulta de la biología del hongo *Ascochyta pisi,* y de la de la mosca (*Agromyza ciceri*), que todo retraso en el desarrollo de la planta del garbanzo, natural alimento de ambos, hace más difícil el ataque, por no coincidir el desarrollo vegetativo del garbanzal con las necesidades fisiológicas del hongo y de la mosca, adaptadas a las fases de desarrollo de las plantas en las épocas que se deducen de su cultivo tradicional. Debemos, pues, aconsejar que se retrase la siembra todo lo posible, dentro de las condiciones climatológicas de cada lugar.

C. *Prácticas de siembra*

Aparte de los procedimientos de siembra a golpe y a máquina, más perfectos que los generalizados a voleo y a chorrillo, debemos referirnos a los empleados en Castilla la Vieja, según se trate de tierras fuertes o sueltas. Para las tierras fuertes o recias, el procedimiento de siembra más generalmente empleado es el llamado *a dos sí y uno no, o al tercero,* que consiste en *abrir,* por medio del arado romano, los *cerros* formados en el terreno por la labor anterior, depositando en el surco nuevo la semilla a chorrillo, rompiendo a seguida, por medio de otra labor análoga, los cerros recientes, para tapar la semilla así extendida, cosa que se realiza en dos surcos colindantes, dejando el tercero sin sembrar, con su cerro correspondiente, que está destinado a acollar las dos siembras inmediatas paralelas, por medio de una operación de *abrir,* realizada

en el mes de mayo con un arado romano provisto de grandes orejeras.

El procedimiento empleado en las tierras sueltas recibe el nombre de *añiclín, pulgar* o *a surca,* que consiste en abrir un surco cruzando el terreno, partiendo la labor antigua, y otro a seguida, que se siembra, sirviendo el tercer surco, que parte el lagrimal del segundo, para cubrir la simiente de éste. El cuarto surco también se siembra, y el quinto sirve, como el tercero, para cubrir la semilla del anterior, y así sucesivamente. El cerro que queda sin sembrar se parte en mayo, para dar tierra a los colindantes sembrados.

La diferencia del procedimiento empleado en tierras fuertes y ligeras debe reposar en la conveniencia de trabajar más intensamente los terrenos recios, pues la labor de *dos sí y uno no* es más enérgica que la de pulgar, y, además, en éste no se arica, y en el de *al tercero,* sí.

4. CUIDADOS CULTURALES

Los cuidados culturales del garbanzal quedan reducidos a abrir los surcos no sembrados, para recalzar la sementera, en el mes de mayo, y a aricar, con arado romano o cultivador, también por esta época, cuando se trata de sembrados por el procedimiento de *al tercero.* La operación de escarda se realiza en el mes de junio o en los últimos días de mayo.

Cuando se trata del procedimiento conocido con el nombre de *añiclín, pulgar* o *a surca,* el cerro que queda sin sembrar se parte, para recalzar, en el mes de mayo, y no se *arica,* como en el anterior, escardando en la misma época que en el cultivo *al tercero.*

Para combatir la enfermedad de la rabia del garbanzo, así como los ataques de la mosca del garbanzo, preconiza el señor Navarro el empleo del *caldo bordelés* para el sulfatado de las plantas. "Estos tratamientos —dice el director de la Estación de Patología vegetal de Madrid— no perjudican a la planta en lo más mínimo y son eficaces para las dos enfermedades producidas por el hongo y la mosca, respectivamente."

Los tratamientos deben ser dos: uno, a los pocos días de salir las primeras hojas, o sea cuando las plantas tienen de 8 a 10 centímetros de altura, y el segundo, al aparecer las primeras flores.

La fórmula empleada para elaborar el *caldo bordelés* es la siguiente:

Sulfato de cobre.	2 kilogramos.
Cal grasa.	1 —
Agua.	105 litros.

Para la preparación de la papilla es necesario disponer de dos

recipientes de una capacidad de 125 litros, uno de ellos de cualquier clase, y el otro, un barreño o tinaja. En éste se echa la cal viva en piedra (1 kilo), se apaga poco a poco, removiendo la pasta, con 2 litros de agua, y se vierte esta papilla lentamente, *nunca al revés,* sobre la disolución de sulfato de cobre, que se habrá verificado previamente en la otra vasija con el resto de agua (103 litros), y removiendo en ellos el sulfato de cobre (2 kilos), reducido a pequeños trozos, hasta su completa disolución.

El caldo bordelés se puede repartir con un sulfatador corriente, yendo por medio de dos filas y pulverizando ambas a la vez, no utilizando vestidos que se tengan en estima para realizar la operación, pues la secreción salitrosa del garbanzo mancha las ropas y las deteriora.

5. RECOLECCION

La recolección se hace, según las regiones, en los meses de julio y agosto, segándose con hoz y dejando las plantas sobre el terreno tres o cuatro días para que obre el *salitre* sobre ellas, conduciéndolas después a la era para proceder a su trilla y limpia.

Dada la forma de cultivo empleada, en surcos o alomada, no pueden utilizarse las segadoras mecánicas, además de que, por el poco porte de la planta, siempre sería difícil la adaptación de este medio a la recolección de los garbanzales.

La trilla puede realizarse empleando los medios usuales, caballerías, trillos de piedras, etc., y la limpia se puede hacer a pala o valiéndose de las aventadoras mecánicas con cribas especiales.

La producción media en España es de 8-10 hectolitros por hectara, de grano, y de 17 quintales métricos de paja.

Después de recogido el producto, ensacándolo, se traslada a los almacenes, en donde es objeto de una clasificación previa, por tamaños, antes de ponerse a la venta, con arreglo a una escala usual determinada por el número de garbanzos que entran en una onza castellana.

La conservación no exige más que un lugar seco y ventilado. Generalmente se emplean paneras de suelo de cemento, y allí se colocan los garbanzos, en sacos o en montón, después de la clasificación oportuna.

6. ALTERNATIVAS

El garbanzo puede figurar en todas las alternativas de secano, combinado a los cereales y a las otras leguminosas; siendo, sin embargo, conveniente que siga y no que preceda al trigo, por su condición de enriquecer el terreno poco en nitrógeno, elemento que es muy necesario a las cerales—que no se procuran de la atmós-

fera, sino del suelo—, y especialmente al trigo por ser entre ellas el que exige el cultivo más esmerado y la tierra más fértil para obtener cosechas remuneradoras.

Como ejemplos de alternativas pueden anotarse las siguientes:

Año primero, trigo; segundo, garbanzos; tercero, cebada; cuarto, habas. Año primero, garbanzos; segundo, centeno; tercero, almortas; cuarto, avena. Año primero, trigo; segundo, garbanzos; tercero, cebada; cuarto, barbecho. Año primero, garbanzos; segundo, cebada; tercero, algarrobas; cuarto, trigo. Año primero, trigo; segundo, garbanzos; tercero, algarrobas; cuarto, trigo; quinto, barbecho.

En las alternativas de regadío puede ir colocado entre el maíz, el trigo, la cebada y la achicoria; la remolacha, los nabos, según la región.

En las alternativas de secano consiente el garbanzo los medio-barbechos, y esta circunstancia es muy favorable para la ordenación conveniente de los trabajos de campo, considerando el conjunto de la alternativa.

Aladino Sección de los niños

LA HISTORIA DE VALDEMAR DAAE Y DE SUS HIJAS, CONTADA POR EL VIENTO

POR HANS CRISTIAN ANDERSEN

I

UANDO el viento pasa acariciando las altas yerbas, éstas ondulan como el agua de un lago; cuando se desliza por entre las mieses, éstas se doblan y se levantan como las olas del mar. El viento canta y relata alternativamente. ¡Qué voz tan llena y sonora es la del viento! ¡Qué variadas son sus modulaciones, según se deslice por entre las copas de los árboles, o a través de los ventanales de un campanario o de las troneras de un viejo muro! ¿Lo veis allá arriba impeliendo las nubes, que huyen tan pronto apiñadas como dispersas cual un rebaño de ovejas perseguidas por el lobo? ¿Oís sus fieros aullidos? ¿Lo oís silbar a través de las rendijas de la puerta, remedando el sonido de una bocina? Ahora se introduce por la chimenea; ¡qué extraña melodía produce! Escuchadle con atención: entona un cantar triste y quejumbroso, y no os asombre, pues sabe millares y millares de historias. Prestemos oído a su relato. ¡Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo! Este es el estribillo de su balada.

II

A orillas del gran Belt, dice el viento, se levanta un viejo castillo señorial, de gruesos muros de asperón. Yo conozco una a una sus rojas piedras, desde que sirvieron para construir el castillo de Marsk-Stig, hasta que éste fué demolido, y las transportaron más lejos para fabricar con ellas el castillo de Borreby, a que me refiero y que aun se mantiene en pie.

Yo he conocido a todos los altos y poderosos barones y a todas las bellas castellanas que lo han habitado; pero dejémoslas. Hoy

no quiero hablar más que de Valdemar Daae y de sus hijas, que un tiempo lo poseyeron. ¿Cuándo? Buscadlo en las crónicas.

"¡Qué altiva era la frente del señor Daae! Sangre real corría en sus venas, y era hombre para hacer algo más que vaciar la copa o dar caza al ciervo. Tenía en sí mismo una absoluta confianza, y cuando hallaba obstáculos a sus empresas—, "Todo se andará,"— solía decir, sonriendo tranquilamente y sin dudar nunca del éxito.

"Su esposa vestía trajes recamados de oro, y parecía una reina cuando pasaba con solemne arrogancia por el gran salón, cuyo pavimento incrustado de maderas finas brillaba como un espejo. Magníficos tapices colgaban por todas partes y los muebles artísticamente cincelados eran de ébano y marfil. Cuando se casó trajo en dotes grandes riquezas en oro y plata labrada. ¡Qué lujoso era el castillo de Borreby! Su bodega estaba llena de los mejores vinos y en las cuadras relinchaban fogosos caballos de las castas más puras y estimadas.

"Tres graciosas niñas jugaban en el parque: Ida, Juana y Ana Dorotea: jamás olvidaré sus nombres.

"Eran hijas de padres ricos y nobles, nacidas en la grandeza, educadas en el fausto. ¡Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo!, dijo el viento, y luego continuó su relato.

"Jamás vi allí, como en los otros castillos, que la noble señora manejara la rueca rodeada de sus criadas: ella no hacía más que tañer las cuerdas de su laúd y cantar, y no los antiguos cantos daneses, sino endechas y baladas extranjeras.

"La vida y el movimiento eran incesantes en el castillo; de cerca y de lejos iban a él los huéspedes, renovándose de continuo. Los festines se sucedían, y era tan ruidoso el choque de las copas que se oía desde afuera, aun en los días en que yo bramaba con todas mis fuerzas. "Alborozo, lujo y soberbia, de todo había allí, menos virtudes."

"Una vez, érase la noche del primero de mayo, y yo llegaba del Oeste. A mi paso me había divertido arrojando los buques contra las costas de Jutlandia, en donde se estrellaban hundiéndose ellos y las tripulaciones; luego desfilé por encima de las vastas llanuras cubiertas de matorrales, atravesé como un rayo la isla de Fionia y llegué el Gran Belt, fatigado, jadeante, tosiendo. Estaba sediento de descanso y me acurruqué en las playas de Selanda, cerca de Borreby, a favor del sombrío encinar que había entonces en aquel sitio.

"Los mozos del país andaban atareados recogiendo haces de leña seca, y los trasladaban a la plaza de la aldea, los amontonaban y los encendían; y ellos y las muchachas cantaban y bailaban en torno de la hoguera.

"Yo soplé suavemente sobre el haz que había traído el más apuesto joven, sobresalió de la hoguera una gavilla de llamas, ful-

gurando como un rayo. ¡Qué gritos de alegría dieron las muchachas! El mancebo ganó el premio, y fué durante todo el año el gallito del pueblo, pudiendo escoger entre todas las mozas la que más le plugo, que no era por cierto la que lo esperaba. Las risas y el alboroto fueron entonces mayores y más francos que en las pomposas fiestas del castillo.

"En esto aparece una carroza dorada tirada por seis caballos, en la cual iba la castellana con sus hijas, tiernos, delicados y encantadores pimpollos: una rosa, una azucena y un pálido jacinto. La madre, radiante de belleza y cubierta de preciosos atavíos, parecía un soberbio tulipán, erguido sobre su tallo. La alegre reunión interrumpió sus juegos, y se inclinó con respeto ante sus señores; ella, en cambio, pasó sin saludar ni con la más ligera inclinación de cabeza.

"Al ver a las tres graciosas niñas, me pregunté: ¿Quienes serán los jóvenes destinados a tomarlas por esposas? ¿Serán poderosos caballeros? ¿Serán príncipes?

"¡Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo!

"Los campesinos hicieron lo que yo, se arremolinaron danzando en torno de la hoguera; y en tanto el carruaje escapó a galope.

"A media noche, al levantarme dispuesto a reanudar mi carrera, la altiva castellana se acostó para no volver a levantarse. Una enfermedad repentina se la llevó con tanta presteza como la que yo emplear pudiera.

"Ante tan inesperado contratiempo, Valdemar Daae estuvo algunos días triste y pensativo; pero si el árbol más robusto llega a doblegarse al ímpetu de una ráfaga, se endereza en seguida. Lloraron las muchachas de la aldea; pero los vasallos y escuderos no tuvieron por qué enjugar sus lágrimas. ¡Había sido tan dura su señora! ¡Hu-u-hud! Y yo huí con ella.

"Volvía, volvía a menudo a las costas del Belt a descansar cerca de Borreby a favor del espeso bosque de encinas. En este encinar anidaban garzas reales, palomas torcaces, cuervos y cigüeñas. Era la primavera: algunas de esas aves incubaban sus huevos, a las otras ya les había nacido la pollada. De repente se oyó una baraúnda estrepitosa: toda la población volátil se dispersó desatinada, exhalando gritos de dolor y de cólera. Resonaba el hacha sobre los robustos troncos: el bosque iba a desaparecer. Valdemar Daae se había propuesto construir un soberbio navío de tres puentes, un navío de guerra, seguro de que el rey se lo compraría a muy buen precio. Por eso decretó la desaparición del espeso bosque, que era a la vez que abrigo de las aves, señal preciosa para los navegantes que andaban por aquellas costas sembradas de escollos y peligros.

"Los buhos huyeron los primeros: sus nidos fueron destruídos. Luego las garzas, los cuervos y el resto de aves y pájaros se decidieron a abandonar un sitio en el cual centenares de generaciones

de su raza, por espacio de siglos enteros, habían tenido un domicilio inviolable. Antes de partir revolotearon a bandadas, formando grandes círculos y exhalando agudos gritos de furor. Yo les entendía perfectamente. Las cornejas gritaban: "Crah, crah... nuestra casa cruje. Crah, crah."

"Entre los troncos derribados, Valdemar Daae y sus tres hijas contemplaban la obra de destrucción, riendo a carcajadas de los salvajes quejidos de tantos animales. Sólo Ana Dorotea, la más joven, tuvo un rasgo de piedad al ver que iban a cortar un árbol medio seco, en el cual tenía su nido una negra cigüeña. Vió la niña a los pequeñuelos asomando sus cabezas amedrentadas, y con los ojos humedecidos suplicó por ellos, y el árbol salió ileso. Por lo demás, era muy poco lo que valía.

"Arrasado el bosque, sucediéronse algunos meses de incesante trabajo; era menester aserrar tablones, pulirlos, ajustarlos y clavarlos para construir el navío de tres puentes. El arquitecto era un pechero; pero no estaba de ello menos orgulloso, y con razón, pues en su frente y en sus ojos brillaba la inteligencia. Valdemar Daae le escuchaba siempre con agrado, y su hija Ida, la mayor (tenía quince años) sonreía al oirle. Y en tanto que fabricaba el navío, el joven arquitecto hacía castillos en el aire deseoso de entrar en ellos en compañía de Ida. Fácil le hubiera sido, teniendo esos castillos robustos muros de piedra, grandiosas salas bien decoradas, extensos dominios a su alrededor, granjas y bosques.

"Pero no estaba en este caso, y a pesar de su gallardía y de su inteligencia, el joven arquitecto no encontró mejor acogida entre la noble familia, que un gorrión que pretendiera alternar con pavos reales. ¡Hu-u-hud! El se fué y yo también.

"Acabado su empeño, al salir de Borreby, la hermosa Ida le lloró por espacio de una semana; mas luego se resignó con los golpes de la suerte.

III

"Relinchaban en la cuadra los arrogantes corceles de pelo negro y reluciente. Eran unos soberbios animales. Cuando yo no tomaba mi andar más rápido luchaban conmigo en celeridad. Desde lejos venían las gentes a admirarlos. El almirante enviado por el rey al objeto de examinar el navío y adquirirlo si lo encontraba conforme, hizo de ellos los más cumplidos elogios. Yo lo oía todo; él y Daae se paseaban por la playa hablando del navío, y yo amontonaba en torno del señor de Borreby las dispersas pajas de color de oro, pero no es oro todo lo que reluce, y el oro verdadero que él codiciaba le escapó. El almirante deseaba poseer los arrogantes corceles; por esto los encomiaba tanto; pero no fué comprendido y el navío quedó por comprar, y como sólo era propio para el rey,

permaneció en la arena, mal cubierto de tabla, cual nueva arca de Noé, sin que jamás flotara sobre las ondas.

"¡Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo! ¡Hu-u, por el frondoso bosque, arrasado inútilmente!

"Llegó el invierno, añadió el viento, y cuando los campos se cubrieron de nieve, y el mar de témpanos y yo rugía a lo largo de la costa, vi reunirse grandes bandadas de cuervos y grajos a cual más negros, que se refugiaron en el navío abandonado sobre la playa; la muerte parecía reinar en él. Empezaron a lanzar roncos graznidos: hablaban del hermoso bosque destruído inútilmente, de todas las aves que lo alegraban y que se habían dispersado, de los nidos destruídos y del gran número de pequeñuelos que habían muerto en tan horrible cataclismo, todo por una masa inerte, por el famoso navío que no había navegado nunca.

"Yo arremoliné la nieve que se extendió como un vasto sudario en torno del navío, y se posó sobre los mástiles. Luego soplé con todas mis fuerzas, y si bien nunca se balanceó en las olas, bien pronto supo lo que son las tempestades. ¡Hu-u-hud! ¡Hu-u-hu!

"Y desfiló el invierno y luego el verano; los días pasaban volando, como vuelo yo, como vuela la nieve, y en seguida las flores y últimamente las hojas de los árboles. Todo desfila, todo vuela, todo pasa. ¡Uhuh! y desfilan, y vuelan y pasan los hijos de los hombres.

"Pero las hijas de Valdemar Daae aun no estaban prontas a tomar vuelo.

"Ida resplandecía, joven y lozana, cual una rosa recién abierta; así el pobre constructor del navío la imaginó un día, así la adoraba. Yo solía sorprenderla absorta y pensativa sentada bajo los manzanos del huerto. A mi aliento ondulaba su obscura cabellera; se le cubría con las hojas blancas y sonrosadas de los árboles; y no se apercibía de ello permaneciendo inmóvil y contemplando a través del follaje el sol poniente y el horizonte encendido como una fragua.

"Su hermana Juana era alta y esbelta cual una anémona y radiante de belleza; pero por su tiesura recordaba a su madre. Gustábale pasearse por la gran sala de honor, cuyas paredes cubrían los retratos de sus nobles antepasados. Llevaban las damas ricos trajes de terciopelo y seda, y un sombrerito cuajado de perlas sobre sus extraños tocados, y resplandecía en ellas la más arrogante belleza. Los caballeros llevaban corazas de acero con embutidos, o soberbias capas de pieles, una espléndida condecoración pendiente del cuello y la espada ceñida al muslo y no a la cintura, según la moda antigua.

"¿Qué sitio ocuparía, con el tiempo, el retrato de Juana, y qué traje llevaría el noble caballero destinado a ser su esposo? Esto

pensaba y yo la oí hablar consigo misma, un día que encontrando una ventana abierta, me colé en la sala de los retratos.

"Ana Dorotea, el pálido jacinto, era una niña de sólo catorce años y permanecía siempre silenciosa. Sus grandes ojos azules y profundos como el mar, lanzaban miradas pensativas, y en sus hermosos labios brillaba la dulce sonrisa de la primera juventud. Por nada del mundo yo hubiera querido marchitarla.

"Sin cesar la encontraba en el jardín, en el parque y hasta en los campos, cogiendo flores y yerbas de las que su padre hacía gran uso para destilar remedios y brebajes. Si estaba Valdemar Daae saturado de orgullo, no estaba menos lleno de ciencia, conociendo los secretos de las plantas y las piedras y de toda la naturaleza, circunstancia harto rara en aquellos tiempos, por lo que se contaban misteriosamente cosas muy singulares de su vasto saber.

"Ni en los días más insoportables de verano se apagaban las hornillas de su laboratorio, en el cual permanecía encerrado día y noche, de bruces sobre sus retortas y crisoles. No hablaba nunca a nadie del objeto de sus investigaciones, pues harto sabía que para hacerse dueño de las fuerzas de la naturaleza, es preciso guardar el silencio más absoluto. Sin embargo, aspiraba a poseer el arte supremo, y creía tocar a su término, que no era otro que poder hacer oro rojo.

"Por eso la chimenea humeaba de continuo. ¡Qué fuego! ¡Qué llamaradas! Yo solía mezclarme en el asunto, y soplando por el tubo de aquélla, cantaba: "¡Escapa! ¡Huye! Todo se irá en humo y cenizas. Que te abrasas, que te abrasas.... ¡Hu-u-hud! ¡Escapa! ¡Vuela!"

"Pero Valdemar se sostenía con tesón y no quería soltar su presa.

"Y los ricos corceles ¿qué se han hecho? ¿Y qué las copas de oro, y las vajillas de plata sobredorada, y los ganados y las granjas, y las alquerías? Todo se ha derretido, todo se ha ido vendiendo para alimentar el insaciable crisol, empeñado en no restituir una sola partícula del oro que devora.

"Granjas, bodegas, graneros y armarios van limpiándose sucesivamente, desaparecen los criados, y acuden los ratones en su lugar. Se rompe un cristal, salta otro, y yo ando a mis anchas por la antigua morada, ya sin necesidad de que abran una puerta, ni de deslizarme por la chimenea, entro y salgo a mi gusto. Soplo a través de la puerta de honor, resonando mi voz como la bocina del guardián; pero ya no hay guardián: hago voltear la veleta de la torre, con un rumor estridente y bronco como los ronquidos del vigía; pero ha tiempo que éste partió, y los buhos y las comadrejas son los únicos moradores de la altiva torre. Se desgoznan las puertas, se hienden, se resquebrajan, se destrozan. Y así entraba y salía, añadió el viento, y por eso pude enterarme de todo.

"Sin separarse de entre el humo y las cenizas, la expectación, la fiebre y las vigilias corroían el cuerpo y el alma de Valdemar Daae: su cabeza y su barba se llenaban de canas; pero al igual que en la hornilla de su laboratorio, no se apagaba nunca la llama de sus ojos, brillando con los salvajes destellos de la codicia y de la insaciable sed de oro.

"Y en el crisol nada, siempre nada: ya nada quedaba para vender, las deudas se acumulaban; y yo cantaba alegremente a través de los cristales rotos y de las grietas de las murallas y me revolvía por los cofres de las señoritas, en donde yacían revueltos y ajados los ricos vestidos de otros tiempos, los únicos que tenían y que ya no podían reemplazar con otros.

"No habían oído cantar nunca esas orgullosas niñas la antigua balada—"Vivieron en Jauja y murieron de hambre."— y no obstante, esto es lo que les sucedía.

"Y yo andaba cada vez más suelto por el castillo, soplando melodiosamente por los largos corredores. ¡Qué extraños sonidos! Pero harto tenían que hacer para escucharme. El invierno era glacial y yo arremolinaba la nieve en torno del castillo, pues según dicen esto resguarda del frío; todo inútil: las tres señoritas, sin leña con qué hacer fuego desde que desapareció el bosque, pasaban todo el día en la cama.

"Valdemar Daae también tiritaba; pero ni el hambre ni el frío bastaban a dominar su orgullo. En vano yo le decía: ¡Hu-u-hud! ¡Escapa! ¡Huye!....; él permanecía impávido.

"Tras el invierno viene la primavera, exclamaba; después de las penas las alegrías. ¡Paciencia! ¡Paciencia siempre! El castillo y sus dominios están empeñados a los usureros, se agotan los recursos.... ¿qué importa? La hora del triunfo se acerca: el oro va a aparecer en el crisol, me consta, será por la próxima Pascua, así lo he leído en las estrellas del firmamento.

"Viendo un día a una araña hilando su tela, le dijo:

"—¡Tenaz e infatigable tejedora! "Tú me enseñas a tener firmeza. Si la telaraña se desgarra, en seguida la recompones; la arrancas, y vuelves a empezarla y la terminas. Yo haré lo mismo y no ha de faltarme la recompensa."

IV

"Erase la mañana de Pascua, y las campanas de la vecina iglesia sonaban alegremente echadas al vuelo; hacía un sol espléndido, y todo respiraba fiesta. Sólo Valdemar Daae se consumía en la fiebre y la congoja. Había pasado la noche en vela, fundiendo y dejando enfriar, mezclando y destilando, y mezclando nuevamente. Yo oía sus suspiros de desesperación, intercalados de blasfemias

y oraciones; luego permanecía inmóvil y retenía el aliento, contemplando la fusión que se verificaba en las retortas.

"Se apagó la lámpara y no lo notó siquiera. Yo soplaba el fuego de la hornilla, y un rojo resplandor iluminaba su rostro blanco como la cera. Sus ojos hundidos estaban fijos; pero de súbito se abrieron, se dilataron y parecía que iban a estallar

"—¡Helo aquí por fin el vidrio alquímico!, exclamó. ¡Cómo brilla en la retorta! ¡Qué puro es y qué macizo! Y con sus trémulas manos levantó el recipiente, vaciló vencido por la emoción, y balbuceó: "Oro.... oro...."

"Estaba tan poseído del vértigo, dijo el viento, que yo habría podido derribarle al más leve soplo. Cuando hubo vuelto en sí, seguí sus pasos. Se dirigió a la sala en que se hallaban sus hijas estrechamente agrupadas para resguardarse del frío. Valdemar llevaba los vestidos cubiertos de ceniza y en desorden su cabellera y su luenga barba. Se irguió con aire triunfante, y levantó a lo alto la retorta, y con ella el tesoro que tantos afanes y sufrimientos le costara.

"—¡Albricias!, gritó. ¡Es oro!.... ¡Vedlo! ¡Es oro!...." Y sostenía sobre su cabeza la retorta que, herida por la luz del sol, brillaba como un astro, pero, ¡ay!, ésta se desprendió de sus trémulas manos, y se quebró en mil fragmentos. Su precioso contenido se derramó sobre el suelo y filtró por las rendijas del pavimento. El júbilo de Valdemar Daae duró lo que una pompa de jabón, se evaporó en un instante.

"Hu-u-hud. ¡Escapo! ¡Vuelo!

"Y salí volando de Borreby.

V

"A fines de Otoño volví por aquellos parajes, y como estaba de buen humor, arremoliné las nubes, despejé el cielo y desgajé y arrastré las ramas secas de los árboles, tarea poco difícil, es cierto; pero que constituye mi trabajo de todos los años, y debía cumplirlo.

"También la desventura había cumplido el suyo en Borreby. Owe Ramel, el señor de Basnaes, implacable y mortal enemigo de Valdemar Daae, acababa de presentarse, provisto del título hipotecario, por el cual se le transfería la propiedad del señorío, del castillo y de todo cuanto éste encerraba. Yo me deslicé por entre los cristales rotos, hice crujir las viejas puertas de goznes herrumbrosos y silbé a través de las grietas y rendijas: ¡Hu-hí-hí! ¡Qué baraúnda! Trataba con mis diabluras de hacer desistir al noble Owe Ramel, del deseo de instalarse en Borreby. Inútil empeño fué el mío.

"Ida y Ana Dorotea lloraban amargamente. Sólo Juana afron-

taba con altivez esta desgracia, puesta en pie, lívida de despecho y mordiéndose el pulgar hasta hacerle brotar sangre.

"Owe Ramel ofreció a Valdemar dejarle vivir en el castillo por durante su vida; pero rehusó esta nueva humillación. Y entonces vi al señor Daae, un día tan opulento y después sin abrigo, erguir su cabeza como nunca altiva, y abandonar con firme paso la morada de sus mayores. ¡Soberbio espectáculo que me emocionó tanto, que me hice atrás para franquearle paso, hasta desgajar una robusta rama de uno de los viejos tilos del patio!

"Terrible era aquel instante y se necesitaba un gran temple de alma para sobrellevarlo con dignidad; pero Valdemar Daae tenía corazón de roca.

"Ni él ni sus hijas poseían más que los vestidos que llevaban. Pero no, poseían aún una nueva retorta, comprada a fuerza de privaciones, en la cual conservaban los restos del precioso preparado alquímico, que habían logrado recoger del suelo.

"Valdemar Daae la estrechó contra su seno con el mayor cuidado, y el señor un tiempo tan rico y tan temido, salió del castillo de Borreby con sus tres hijas. Sus mejillas ardían de cólera reprimida; pero yo se las refrescaba con mi suave aliento, jugueteaba con su luenga cabellera cana y le consolaba cantando: ¡"Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo! Pero quizás con ello no hice más que recordarle su opulencia que había volado también, como arrastrada por una ráfaga. ¡Hu-u-hud! ¡Hu-hi!

Ida marchaba al lado de su anciano padre; Dorotea en pos de éste y Juana detrás de todos. Esta, al pasar los dinteles de la puerta, se volvió para lanzar una última mirada al lugar en que había vivido en el lujo y la opulencia, y aunque sus ojos no se humedecieron, este rasgo de altivez no ablandó a la suerte.

"Recorrieron el camino que tantas veces habían seguido en carruaje; mas a la sazón se les hubiera tomado por una familia de mendigos. Atravesando campos y breñas, llegaron a una choza de fango, que habían alquilado por un escudo y medio anuales, y allí se instalaron, sin muebles, sin más que las paredes desnudas, como las del castillo que acababan de abandonar. Cuervos y grajos revoloteaban a bandadas, graznando con voz agria: Crah, crah, crah, crah, como cuando arrasaron el frondoso bosque.

"El señor Daae y sus hijas oían esas voces burlonas; mas ¿qué les importaban después de lo que habían sufrido?

"Allí les dejé en esa choza miserable para continuar mi tarea, arrebatar las hojas secas de los árboles, barrer las nubes, amontonarlas, derretirlas en lluvia, agitar las olas del mar y sumergir los buques.

"Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo!

VI

"¿Qué fué de Valdemar Daae y de sus hijas?

"Medio siglo había transcurrido cuando vi por última vez a Ana Dorotea, el pálido jacinto de otros tiempos, envejecida y encorvada. Había sobrevivido a sus hermanas y se acordaba de todo.

"Asomada al balcón del hermoso castillo del preboste de Viborg, se hallaba la noble dama de la casa en compañía de sus hijas, contemplando la vasta y árida campiña. Sus miradas se fijaron en un árbol aislado en medio del yermo, del cual pendía un nido de cigüeñas que tenía adosada al tronco una cabaña destartalada cubierta de ramaje y musgo y peor conservada que el nido.

"Cuando pasaba por allí, reprimía el aliento para no dispersar los restos del miserable albergue. Era el único objeto que se destacaba en el paisaje, y a no ser por el nido, pues el ave de Egipto inspiraba cierta curiosidad, habrían desaparecido el árbol y la cabaña. Gracias al nido de la cigüeña, la pobre vieja tenía un abrigo. ¿Era esto en recompensa del interés que siendo niña había demostrado por el nido de la cigüeña? Así lo creía ella, pues se acordaba de todo.

"¡Ay de mí! Oí que suspiraba. No tañeron las campanas por tu entierro, infortunado Valdemar Daae; ni acudieron los niños de la aldea a entonar los salmos cuando fué enterrado el último vástago de los nobles y poderosos señores de Borreby.

"Ya sabía él que no habían de honrar su cadáver. No obstante vió llegar la muerte con alegría. Todo tiene fin, hasta la miseria. Nada logró abatir su espíritu hasta que mi hermana Ida, vencida por los sufrimientos y privaciones, consintió en casarse con un labriego. Esto fué demasiado para Valdemar Daae. ¡Su hija, mujer de un siervo, sujeto al impuesto y adscrito al terruño, a quien podía su señor clavar en la picota, a la menor falta! ¡Cómo no había de estallar el noble corazón de Valdemar! Ida se libró del hambre, pero murió de pesar y de vergüenza. ¡Oh, envidiable suerte la tuya: ¡Yo sola no puedo morir! ¡Señor, Señor misericordioso, libradme de esta larga tortura!

"La otra hermana, añadió el viento, la altiva Juana, dotada de un ánimo varonil y un corazón entero, se vistió de hombre. Como las penas habían ajado su belleza, con este traje nadie podía tomarla por hembra. Se alistó en un buque en calidad de marinero. Siempre sombría y taciturna, trabajaba de firme y no mereció nunca reprensión alguna. Se limitaba a recibir el salario y a multiplicarse en la maniobra. Una noche de tempestad la barrí de a bordo. Yo creo que obré bien, y que le presté un favor.

VII

"En una mañana de Pascua, tan risueña como aquella en que Valdemar Daae creía haber descubierto el secreto de hacer oro, oí un canto en la cabaña que había al pie del nido de la cigüeña. ¡Dulce y conmovedora era la voz que lo entonaba, como el rumor de las cañas cuando yo las acaricio! Era el último canto de Ana Dorotea, que estaba mirando la campiña por la única abertura de su albergue; el sol brilla como una esfera de oro, y a este espectáculo se amontonaron en su alma todos sus recuerdos. Exhaló un suspiro: fué el último; su corazón se partió, sus ojos se cerraron para siempre.

"Yo solo canté en su entierro, añadió el viento. Yo sólo conozco donde está su sepultura y la de su padre. Nadie más lo sabe.

"En el día pasa una línea férrea por el sitio en que descansan: un largo tren de vagones se aproxima con estrépito, pasa y se aleja. Aún se percibe el rumor: ¡Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo!

"Y yo hago lo propio.

"Se acabó la historia."

EL OSO QUE QUERIA JUGAR

POR JACINTO BENAVENTE.

N pesados carros de ruedas chirriantes, arrastrados perezosamente por mulos y caballos viejos y algún borriquillo delantero, que puesto allí para alegrar al ganado cancino, llegaba a creerse que él solo tiraba del carro, que esto suele traer el colocar borricos en lugar preferente.... Iba de lugar en lugar, adonde hubiera feria o romería, la colección de fieras de unos húngaros, que en ella tenían su Arca de Noé; con hombres y animales, si no de todas las especies, los bastantes a ser pasmo de lugareños, y tocan a la especie humana los bastantes a que no se acabara el mundo, aunque ellos solos se salvaran de un nuevo diluvio, pues con no haber más de cuatro hombres y tres mujeres en la tribu, los chiquillos eran enjambre y sus llantos y berraqueos sobresalían sobre el rugido de los leones, el bufar de tigres y panteras, el chirriar de los carros y el jurar de hombres y mujeres.....

Las fieras de la colección eran hasta una docena, si se contaba como fieras a un mulillo enano rayado blanco, para figurar como cebra.... y al hombre más viejo de la tropa, que solía figurar el oso blanco, con unos pellejos de borrego y una cabeza de cartón, revestida de algodón en rama. Pero no podía darse nada más propio.

Los leones eran dos, apolillados y flaquísimos. Daban muy triste idea del rey de los animales. Como suele decirse, no podían ni con el rabo. Pero si les faltaba fuerza, les sobraba pereza. Y esto era milagro del hombre, que los tenía siempre de un humor de perros.... de perros hambrientos, que es mucho peor que el de leones hartos. Que si un perro con hambre parece una fiera, una fiera bien alimentada puede parecer un perro. Cosa que no debieran olvidar nunca los que gobiernan pueblos.

La mejor persona de la colección era un oso pardo. No parecía un oso: parecía un senador vitalicio con gabán de pieles. A todo el mundo hacía buena cara: en cuanto se paraba la gente ante su jaula, se ponía a bailar y dar volteretas. Era el payaso de la compañía.

Una vez llegaron a la feria de un pueblecito muy lindo. Instalaron su barraca en un prado cerca de un bosque, al pie de unas montañas.

Las tablas carcomidas que cerraban el jaulón, permitían, al oso, ver desde su encierro la alegría del campo, los árboles del bos-

que y las montañas culminantes. Veía también la animación de la feria, el ir y venir de la gente alborozada, los niños sobre todo. Al oso le gustaban mucho los niños. No para comérselos, no seáis tan mal pensados. Ya os he dicho que el oso era la buena persona; ahora os diré que era un buen animal, y os parecerá mejor cuando hayáis conocido muchas personas que pasan por buenas.

Pero lo que más encantaba al oso era un puesto de confitería, con rosquillas, mazapanes, frutas confitadas, almendras, anises y ¡unos pasteles de crema! ¡Oh, aquella crema que él veía desbordar del hojaldre, al hincar los dientes en algunos de aquellos pasteles un chicuelo, goloso! El hocico se le hacía agua. Lamía y relamía las tablas de su jaula como si fuera de palo dulce.

—¡Oh!—gruñía el pobre oso.—¡Si yo pudiera salir de esta jaula un ratito, nada más que un ratito; darme un paseo por ese prado verde, revolverme sobre la yerba fresca, hacer cuatro payasadas a los niños con estas manos mías de terciopelo y que me regalaran unas cuantas de esas golosinas ricas que no he de probar nunca! Aquí, pan duro y unas cuantas patatas cocidas. ¡Qué triste es nacer oso! Mucho más triste que hacerlo.

Tanto lamió las tablas de la jaula, que un día una de ellas cedió ablandada al apoyar el oso sus manazas. ¡Ah! ¡Si él pudiera pasar la cabeza! Aquella cabezota suya. ¡Dichosa cabeza, siempre ha de ser un estorbo en la vida!

De pronto, ¡oh, felicidad!, sin saber cómo se halló libre, en el campo, en el prado verde, a dos pasos de la confitería, entre la gente que reía y los niños que jugaban.

De contento se puso a bailar, acompañándose con unos berridos que a él le parecían muy dulces. Pronto fué un grito de espanto a su alrededor. La gente huía despavorida; hombres y mujeres alzaban a los niños en brazos; otros ni de sus hijos se acordaban en su huída.

¿Por qué se asustan?, se decía el oso. ¡Yo creía que iban a divertirse tanto!

Vió llegar hacia él a unos hombres terribles, con armas, sables y escopetas. El oso, de un salto, retrocedió hacia su jaula.... Vió avanzar a los hombres terribles. Había que defenderse. Sonó una descarga. El oso cayó acribillado, panza arriba, y al mirar al cielo azul, sobre los árboles y las montañas, pensó al morir: —¡Qué brutos son los hombres! Han creído que yo era una fiera y se han asustado al verme. ¡Y yo sólo quería revolcarme en la yerba, comer golosinas y jugar con los niños!

Literatura

ELEGIA ESCRITA EN UN CEMENTERIO CAMPESTRE

Pocas composiciones han alcanzado tanta popularidad como esta bellísima elegía de Tomás Gray, poeta inglés (1716-1771), quien la publicó en 1751.

YA de la queda el toque reposado
Anuncia el fin del moribundo día,
Y por la loma el mugidor ganado
Camina lentamente a la alquería:
El cansado gañán por el sendero
Torna a su pobre choza con premura,
Y, abandonando el Universo entero,
A mí nos deja y a la noche obscura:
Turbio, indistinto, miro por doquiera
Borrarse ya el paisaje antes hermoso;
El viento duerme, en derredor impera
Quietud solemne, funeral reposo,
Y sólo se oye el vuelo y el zumbido
De la cigarra en los pelados cerros,
Y del rebaño en el lejano ejido
El soñoliento són de los cencerros.
O ya de aquella torre, que abrazada
La hiedra tiene con verdor lascivo,
Alza a la luna blanca y argentada
Su amarga queja el buho pensativo,
Contra los que, profanos y atrevidos,
Quebrando con sus pasos el misterio
De estos bosques hojosos y escondidos,
Turban su antiguo y solitario imperio.
Bajo de aquellos álamos nudosos,
Del tejo melancólico a la sombra,
Donde se alza en mogotes numerosos
El césped verde en desigual alfombra,
En su estrecha morada colocados
Bajo la humilde cruz que allí campea
Descansan, sin afanes ni cuidados,
Los rústicos abuelos de la aldea;

El leve soplo, el plácido gemido
Del viento en la aromática mañana,
La golondrina en el pajizo nido
Sus dulces trinos repitiendo ufana,
La aguda voz del gallo vigilante,
La ronca trompa, y el clarín risueño,
No alcanzarán ya más un solo instante
A despertarlos del eterno sueño.
No más para ellos el hogar sagrado
Dará su alegre fuego en el invierno,
Ni de una esposa el sin igual cuidado
Les mostrará su afán y afecto tierno;
Ni sus niños con pláticas sencillas
Los rodearán de mágico embeleso,
Para trepar después a sus rodillas,
Y disputar el envidiado beso.
¡Cuántas veces la espiga ya madura
Dobló a sus hoces la cerviz dorada!
¡Cuántas otras la gleba, inerte y dura,
Rompió su reja y quebrantó su azada!
¡Oh, cuál gozaban al lanzar con brío
En el abierto surco el rubio grano!
Y ¡cómo resonaba el monte umbrío
Del hacha al golpe en su robusta mano!
No la ambición se mofe envanecida
Con insultante risa y gesto duro,
De los humildes goces de su vida,
Y destino pacífico y obscuro,
Ni escuche desdeñosa la Grandeza,
A quien ciegos adoran los mortales,
Torciendo con desprecio la cabeza,
Del pobre los domésticos anales.
El fausto de alta alcurnia, el gran tesoro,
Y del poder la pompa soberana,
Y cuanto la hermosura, y cuanto el oro
Dar han podido a la ambición humana,
Todo tiene la misma triste historia,
Todo en un mismo fin acaba y cesa,
Y la senda brillante de la gloria
Sólo conduce a la profunda huesa.
Ni los culpéis ¡oh vanos y orgullosos!
Si sus tumbas no adorna un monumento,
Con trofeos lucidos y vistosos
Que a la voz de la fama dan aliento,
En vasto templo, al esplendor radiante
De la luz que refleja en jaspe y oro,

Donde, en la inmensa nave resonante,
Se oye el clamor del órgano sonoro.
¿Pueden marmóreo busto, urna esculpida
En donde el arte sus primores vierte,
Volver a dar respiración y vida
Al que duerme en el seno de la muerte?
¿Pueden vagos y estériles honores
A esos huesos tornar su antiguo brío,
Y hacerse oír los ecos seductores
De la lisonja en el sepulcro frío?
Tal vez en ese sitio despreciado
Descansa un corazón noble y hermoso
De sacro fuego celestial colmado,
Y lleno de entusiasmo generoso;
Tal vez se pudran manos que pudieran
Regir el cetro augusto dignamente,
Que si las cuerdas de la lira hirieran,
Excitaran un éxtasis ferviente;
Pero a sus ojos el saber divino
Que guarda de los tiempos el tesoro,
Ni abrió su libro, ni mostró el camino
Que guía adonde crece el lauro de oro;
Su altiva inspiración con ceño adusto
Heló la triste y mísera pobreza,
Y la suerte secó con soplo injusto
El raudal que les dió Naturaleza.
¡Cuánta perla gentil, rica y lozana,
De puro brillo y esplendor sereno,
Vedada siempre a la codicia humana
Guarda la mar en su profundo seno!
¡Ay! ¡cuánta flor ostenta sus primores
En retirado valle, sola y triste,
Y en medio de su aroma y sus colores,
Nadie la mira, y para nadie existe!
Aquí tal vez, un Hampden campesino
Yace, cuyo vigor y noble celo
Supieron contener en su camino
De la aldea al soberbio tiranuelo;
Algún obscuro Milton escondido,
Cuya alma no inflamó fuego sagrado;
Un Cromwell para el mal desconocido
Y de la sangre patria no manchado.
El aplauso arrancar con elocuencia
De un Senado suspenso a sus acentos,
Despreciar con heroica indiferencia
La flecha del dolor y los tormentos,

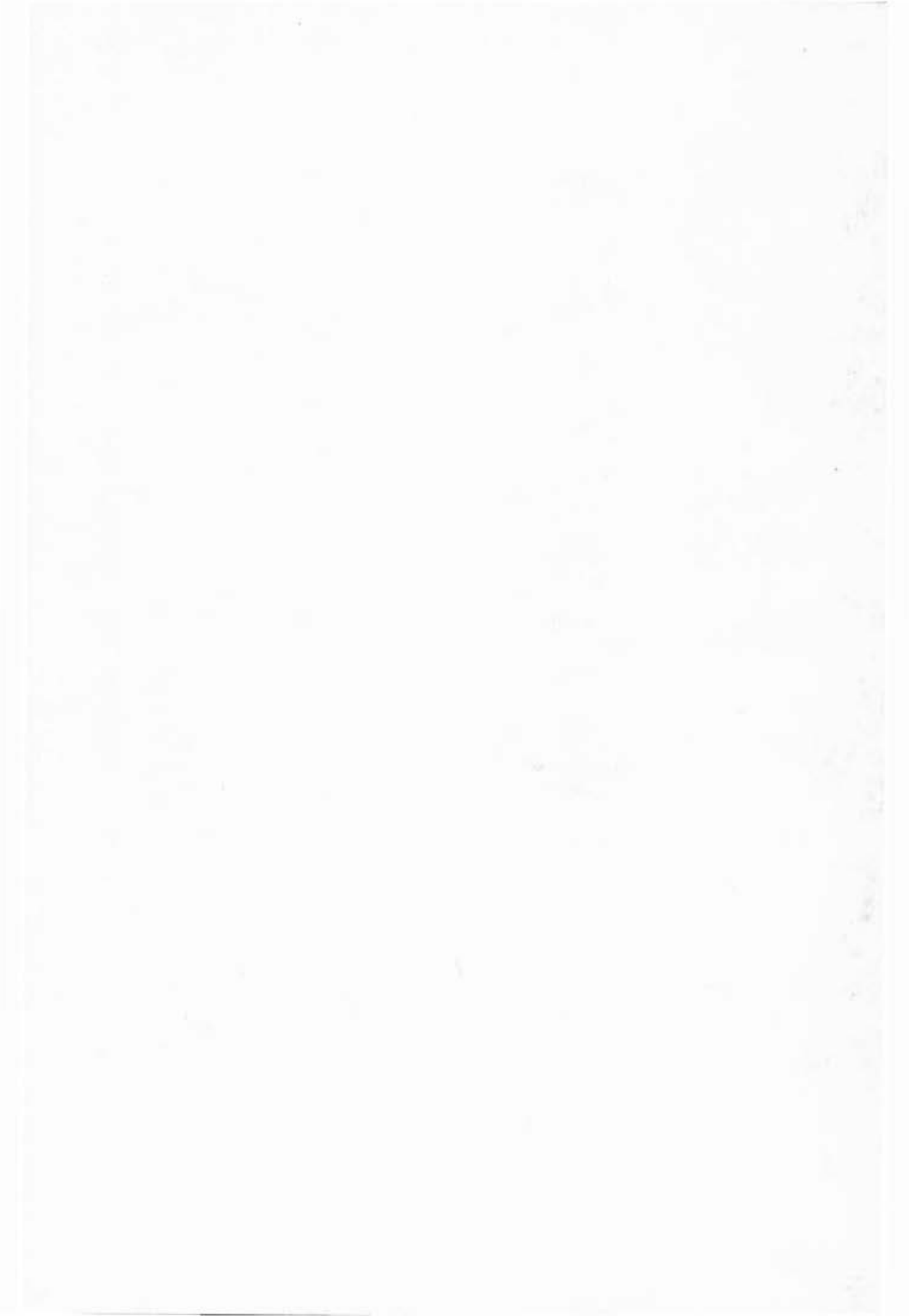
Sobre un país risueño y delicioso
Derramar la abundancia sin medida,
Leer su historia escrita en el gozoso
Rostro de una nación agradecida,
Su suerte les vedó; ceñidas fueron
Sus virtudes a límites estrechos,
Ni más allá sus faltas se extendieron
Del corto asilo de sus pobres techos;
Ni por sendas de víctimas cubiertas,
Subieron a la cumbre soberana,
Ni de la tierna compasión las puertas
Cerraron nunca a la miseria humana.
Ni supieron ahogar con agonía
De la conciencia el grito penetrante,
Ni el incienso de dulce Poesía
Rendir ante el altar del arrogante;
Lejos del mundo vil que despreciaron
Y de su hueco orgullo y desvarío,
Sus modestos deseos los salvaron
De locura, de error y de extravío.
Y por los valles frescos y frondosos
De la humana existencia en el retiro,
Siguieron su camino silenciosos
Hasta lanzar el postrimer suspiro.
Mas para proteger de insulto impío
Estos huesos, aún miro levantadas
Pobres memorias que su polvo frío
Cubren con tosca gala ornamentadas,
Y contemplo en sus verdes sepulturas,
Que cuidó amiga mano con esmero,
Rudos versos, informes esculturas
Que mueven a piedad al pasajero:
Una rústica musa aquí ha grabado
Sus nombres y su edad, breve memoria
Que sustituye al canto levantado,
Y al rumor de la fama y de la gloria.
Y veo en otras piedras, entretanto
Que estas tristes reliquias examino,
Textos que nos ofrece el Libro Santo
Y enseñan a morir al campesino.
Porque ¿quién al mirarse condenado
A amarga soledad y eterno olvido,
Del todo y para siempre ha renunciado
A recobrar las horas que ha vivido?
¿Quién, al perder el gozo y la alegría
Del claro sol y del brillante cielo,

No lanzó una mirada en su agonía
Y no tornó sus ojos hacia el suelo?
¡Ay! Cuando el alma su morada deja,
Pierde tierno cariño en su quebranto,
La turbia vista en lamentable queja
Demanda el dón de campesino llanto:
Hasta del fondo de la tumba helada
Su augusta voz levanta la Natura,
Y en las yertas cenizas, abrigada
La llama está de amor y de ternura.
Tú, que haciendo memoria de los muertos
Sin honor a la tierra encomendados,
En estos versos, si sencillos, ciertos,
Sus vidas cuentas, e inocentes hados;
Si un corazón simpático, embebido
Y a solas meditando aquí llegare,
Y por la suerte y fin que te ha cabido
Con cariñoso anhelo preguntare,
Tal vez responda a su demanda pía
Un anciano pastor con triste acento:
"Aquí mil veces, al rayar el día,
Satisfecho le vimos y contento;
Ya hollando con sus pasos presurosos
El rocío, a la brisa matutina
Para gozar los rayos deliciosos
Del sol, naciente en la gentil colina,
O del flexible fresno al pie sentado,
Cuyas raíces viejas y torcidas
Se extienden caprichosas por el prado
En la grama vivaz entretejidas,
De la mañana pura el fresco ambiente
A la margen del plácido arroyuelo
Contemplar el cristal de la corriente
Que retrata los árboles y el cielo.
Ora en el bosque umbroso recostado
Con amargo desprecio sonreía,
Ora en sus pensamientos abismado
Los solitarios campos recorría,
En ocasiones grave, en otras ledo,
Siempre en continua y desigual mudanza,
Ya inspirando piedad, ya horror y miedo,
Como herido de amor sin esperanza.
Un día en la colina acostumbrada
Le perdimos de vista y le buscamos,
Y la pradera verde y esmaltada
Y el árbol favorito visitamos,

Y corrió un día más, y ni a la orilla
Del arroyo fugaz que frecuentaba,
Ni en el profundo valle que se humilla,
Ni en el alto collado se encontraba,
Hasta que al otro, en procesión doliente,
De la campana al són, con triste llanto
Le vimos conducido lentamente
Por la senda que guía al Camposanto.
Acércate, y pues sabes su destino,
Leerás en la inscripción que ves escrita
En esa losa, bajo el viejo espino
Cuya desnuda copa el viento agita.

EPITAFIO

Aquí reposa, y la cansada frente
Reclina de la tierra sobre el seno,
Un mancebo ignorado de la gente,
A la Fortuna y a la Fama ajeno.
Su pobre cuna y de su infancia el llanto
La ciencia no miró ceñuda y fría,
Y sobre él, al nacer, tendió su manto
La santa y celestial melancolía;
Fué su alma noble y pura; fué sincero
Su corazón, y su piedad inmensa,
Y el cielo favorable y lisonjero
Le concedió abundante recompensa.
De una sentida lágrima el consuelo,
Y era cuanto tenía, dió al mendigo;
Y mereció de la piedad del cielo,
Y era cuanto anhelaba, un buen amigo.
No su virtud y méritos explores
Escudriñando con afán curioso,
Ni pretendas sus frágiles errores
Sacar de este recinto pavoroso;
Los ha pesado en su imperial balanza
De la Justicia el inflexible brazo,
Y reposan con trémula esperanza
De su padre y su Dios en el regazo.



INDICE

INDICE DEL TOMO II DE "EL MAESTRO"

NUMERO UNO

NUMERO DOS

Páginas

NUMERO TRES

I N D I C E

Páginas

NUMEROS CUATRO Y CINCO

Páginas

NUMERO SEIS

EL OPTIMISMO

El optimismo es la ley suprema.

Los pesimistas están ebrios o locos. La embriaguez y la locura es el veneno de su fracaso.

El corazón del hombre debiera ser siempre el de un niño, y no dar jamás cabida al escepticismo, a la ironía y al cinismo. Para el que lleva siempre fe y esperanza, el optimismo es la ley suprema.

Tarde o temprano sobreviene la muerte. Hay, pues, que esperarla y prepararnos para cuando llegue, armándonos de optimismo.

La humanidad entera, considerada en conjunto, como un solo individuo, también es optimista; y no se asombra de las funestas predicciones que para el futuro hacen los pesimistas, pues sabe que cuenta cada día con el mayor dominio de las ciencias y de las artes. Los recursos de la tierra gradualmente se agotan. Esto es porque últimamente ha caído la humanidad en el error de consumir más de lo que produce. Afortunadamente comienza ya a ocuparse de resolver este problema, uno de tantos que se le han presentado. El hombre de hoy es mil veces más inteligente que el de hace cien años, muy superiores también son sus conocimientos y los elementos con que cuenta.

La vida es una lucha de la humanidad contra los elementos; y en esa lucha la humanidad lleva la mejor parte.

Afuera, pues, todo pesimismo.

El optimismo es la ley suprema.

ERA UN GRANDE HOMBRE

Aparece un hombre de genio: es bondadoso, fuerte, magnánimo, útil para todos.

Como el alba, apareciendo por encima del océano, doran los rayos de su ilustración las frentes de la multitud, derrama brillante claridad; aporta una idea al siglo que lo espera, cumple su misión, trata de engrandecer los espíritus, de disminuir las miserias, desea el progreso y es feliz si consigue que se piense algo menos.

¿Creéis que le van a coronar?

Pues lo silban. Escribas, sabios, retóricos, la aristocracia, el populacho, todos le silban a la vez, produciendo siniestra algarabía.

Si es orador o misionero, le silban, si es poeta, todos exclaman en coro: "Es absurdo, monstruoso, causa indignación."

El poeta, sin embargo, mientras babean sus laureles, de pie, cruzados los brazos, con la frente erguida y la mirada serena, contempla tranquilamente y piensa......y de vez en cuando sacude una antorcha a sus pies y en la obscuridad, deslumbrando al odio, alumbra de repente el fondo del alma humana.

Para sus contemporáneos y para las generaciones vivientes va sembrando la gloria y recoge la ofensa.

El progreso es el bien que persigue; el bien le sirve de brújula y de piloto; se asila en el puente del navío; los marineros, para tomar los vientos y las corrientes, ponen la proa hacia distintos rumbos y para llegar mejor al puerto dijérase que se desvían de él. El hace lo mismo y oye vituperios e imprecaciones; ignorancia que todo lo sabe, lo denuncia todo; si se dirige hacia el Sur, se equivoca; si se encuentra con la tempestad, ¡cuántos se alegran!

Bajo tan enorme peso, al fin dobla la cabeza; van pasando los años y muere......

Entonces la envidia, ese demonio vigilante, se acerca, le reconoce, le cierra los ojos y cuida de clavarle las manos en el ataúd; se inclina, escucha para espiar si verdaderamente está muerto, y enjugándose los llorosos ojos, exclama: ¡Era un grande hombre!

VICTOR HUGO.

■

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana. Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. México, D. F.

■

No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.

■

CANJE

Se solicita canje.—Exchange solicited.—On prie de bien vouloir établir l'echange.—Um Tauschexemplare wird gesucht.

Este libro se terminó de imprimir el día 30 de octubre de 1979, en los talleres de EDIMEX, S. A., Calle 3 núm. 9, San Bartolo Naucalpan Edo. de México. Se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A., Municipio Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron 3 mil ejemplares. La edición estuvo al cuidado de *Manuel Fernández* y *Felipe Garrido*.

REVISTAS LITERARIAS MEXICANAS MODERNAS

FCE

Savia Moderna (1906)
Arte (1907-1909)
Nosotros (1912-1914)
Gladios (1916)
La Nave (1916)
Pegaso (1917)
San-ev-ank (1918)
Revista Nueva (1919)
México Moderno (1920-1923)
El Maestro (1921-1923)
La Falange (1922-1923)
Vida Mexicana (1922)
Antena (1924)
La Pajarita de Papel (1924-1925; 1941-1943)
Ulises (1927-1928)
Contemporáneos (1928-1931)
Bandera de Provincias (1929-1930)
Monterrey (1930-1937)
Barandal (1931-1932)
Examen (1932)
Número (1933-1934)
Cuadernos del Valle de México (1933-1934)
Fábula (1934)

Taller Poético (1936-1937)
Letras de México (1937-1947)
Taller (1938-1941)
Poesía (1938)
Tierra Nueva (1940-1942)
Revista de Literatura Mexicana (1940)
Rueca (1941-1947)
El Hijo Pródigo (1943-1946)
Eos (1943)
Litoral (1944)
Pan (1945-1946)
Ultramar (1947)
Presencia (1948-1950)
Clavileño (1948)
Medio Siglo (1952-1958)
Revista Mexicana de Literatura (1955-1965)
El Espectador (1959-1960)

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Revistas literarias mexicanas modernas es una serie publicada por el Fondo de Cultura Económica con el propósito de poner nuevamente en circulación, en ediciones facsimilares, las principales revistas literarias aparecidas en México en la primera mitad del siglo XX. De esta manera el 'curioso lector' y el estudioso de nuestras letras tendrán a su alcance este sector de la literatura nacional de acceso tan difícil y de tanto interés documental. Con el objeto de facilitar su consulta, cada revista va precedida por una presentación y una ficha descriptiva, y cada volumen va provisto de un índice de autores.